

Clare Francis

**EL  
INVIERNO  
DEL  
LOBO**



Una intriga internacional  
de grandes repercusiones  
que se desarrolla  
junto a la frontera soviética

Lectulandia

En uno de los peores momentos de la guerra fría son abatidos a disparos dos voluntarios noruegos que llevan a cabo una misión secreta en la frontera entre Finlandia y la Unión Soviética. El incidente tiene importantes repercusiones internacionales. La intriga, que tiene sus raíces en los tiempos de la ocupación nazi de Noruega, se basa en un complejo caso de espionaje cuyos escenarios son la ciudad de Oslo y las inmensas extensiones heladas del Ártico lapón.

Clare Francis nos ofrece una excelente narración a la altura de los más grandes autores del género.

La acción, llena de dinamismo, absorbe la atención del lector hasta la última página.

**Lectulandia**

Clare Francis

# **El invierno del lobo**

ePub r1.0

Titivillus 27.05.2018

Título original: *Wolf Winter*  
Clare Francis, 1987  
Traducción: Rosalía Vázquez  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Roma Schapiro*

*Mi agradecimiento a los numerosos amigos,  
viejos y nuevos, que aquí y en Noruega  
me han ayudado a investigar para este libro.*

# Prólogo

## Al norte de Noruega, enero de 1945

La noche era fría y de una transparencia brillante. Se podía ver a muchos kilómetros de distancia. Una sucesión de picos de montañas heladas se alzaban hacia la bóveda del cielo, desiguales dientes cristalinos atenazados entre las profundas irrupciones de los fiordos negros como el azabache.

Sobre las cumbres, la luna, casi llena, proyectaba largas sombras y daba a la nieve una luminosidad intensa que hacía excelente la visibilidad, lo cual les venía muy bien a los dos jóvenes que descendían rápidos, aunque con la debida cautela, por la montaña conocida con el nombre lapón de Goalsvarre.

Con sus cuatro mil doscientos treinta metros de altitud, no era la cima más alta de los Alpes Lyngen, había otras superiores, muchas de ellas sin haber sido alcanzadas todavía, por lo que resultaban aún más tentadoras; pero Goalsvarre se encontraba cerca de la aldea de Lyngseidet y la consideraron la más conveniente para poder tomar el autobús y el transbordador que había de llevarles de vuelta a Tromsø.

De haber estado al corriente de aquella expedición, la mayoría de la gente la habría considerado una locura. Ya parecía bastante irresponsable practicar el montañismo en plena noche invernal; pero hacerlo cuando aquello era un auténtico hormiguero de alemanes era buscarle tres pies al gato.

Pero nadie lo sabía. Y, si lo hubieran sabido, los jóvenes habrían alegado que el invierno era la mejor época para subir a las montañas, que había nieve polvo y firme, y que a sesenta y nueve grados norte, bien adentrados en el Círculo Ártico, las largas horas de oscuridad en aquella época del año hacían inevitables las ascensiones nocturnas.

Y en cuanto a los alemanes... Bueno, la ocupación duraba ya cinco años, y si uno tuviera que aguardar a que se terminara, podría pasarse la vida esperando.

Descendieron sin novedad por las vertientes más altas y, a las siete de la mañana, habían llegado a su campamento en un risco, debajo de la cresta principal, donde devoraban un frugal desayuno, en medio de una animada charla acerca de cosas triviales. Había sido un ascenso estupendo, aunque duro, y lo habían hecho en un

tiempo récord, con el equipo mínimo. Cogieron sus esquís y empezaron el descenso de las vertientes inferiores. La luna estaba desapareciendo pero la nieve reverberaba con el reflejo de las estrellas. Sobre las cumbres del norte, el cielo polar se iluminaba mortecino con la irradiación de las luces septentrionales.

Como siempre, Hal abría la marcha y Jan le seguía. Avanzaban en silencio, no necesitaban hablar. Les bastaba escuchar el suave siseo de los esquís sobre la nieve impoluta y la ahogada resonancia del aire gélido.

Un lago helado se unía a una corriente también helada, y su curso era apreciable tan sólo por una leve depresión en la densa nieve. Los jóvenes comenzaron a seguirlo en sentido descendente, y fue abriéndose ante ellos el fiordo Lyngen, una hendidura angosta y negra entre las montañas centelleantes.

Hal hizo un ademán y ambos se detuvieron.

Desde las profundidades del fiordo se alzó un denso murmullo. Por un instante, prestaron oído atento; luego, siguieron esquiando hasta que pudieron ver a través de las lejanas aguas, el punto donde la Ruta Cincuenta, la carretera construida por el Ejército alemán y que cruzaba de norte a sur, bajaba tortuosa por la playa más alejada del fiordo. Se detuvieron de nuevo y quedaron fascinados al contemplar el espectáculo de una procesión de puntos de luz, que, lanzando destellos, se deslizaban lentamente hacia el Sur.

—¿Retirada? —sugirió Jan incapaz de contener su excitación.

—Al menos hasta aquí —repuso Hal cauteloso.

—Pero es seguro que seguirán la marcha. No les queda otro remedio.

—Bueno —dijo Hal dubitativo—. Dependerá de los rusos.

—A eso me refiero. ¡Los rusos los echarán de aquí!

Hal guardó silencio un instante.

El xx ejército de montaña alemán hacía ya dos meses que se estaba retirando de la frontera rusa, atravesando penosamente Finlandia y la parte alta de Noruega hasta allí, hasta el fiordo Lyngen. Durante su retirada a lo largo de la costa ártica, el Ejército alemán había puesto en práctica una política implacable de tierra quemada, evacuando a los civiles, prendiendo fuego a pueblos y aldeas y matando el ganado. Hacía semanas que, en un vapor costero, llegaban a Tromsø, sin cesar, numerosos evacuados, muchos de los cuales eran enviados todavía más al Sur. Y, en aquellos momentos, más de cien mil soldados alemanes de los ejércitos XVIII y XXXVI de montaña se encontraban acantonados en Lyngen.

Hal trató de imaginar lo que aquella retirada pudo haberles costado a los alemanes, debatiéndose por los bosques y las tierras de los lagos del norte de Finlandia, y luego atravesando la inmensa soledad de la meseta alta hasta llegar allí, a la escarpadísima costa norte de Noruega. Y todo ello en pleno rigor del invierno, a través de carreteras primitivas, interceptadas a menudo por aludes y amontonamiento de nieve. Y encima con el Ejército ruso pisándoles los talones.

Desde luego parecía ser una de las retiradas más difíciles jamás emprendidas. Hal

sabía cuán arduo resultaba movilizar con presteza a un Ejército que llevara equipo pesado, incluso en condiciones idóneas. A los doce años, se había sentido muy atraído por la historia militar y leyó con toda atención un informe detallado de las guerras napoleónicas. Durante un tiempo incluso quiso ser militar. Pero luego, a los catorce, descubrió la gloria de las montañas que le hizo perder el interés por cualquier otra cosa.

Ahora tenía casi dieciocho y se había reavivado su vieja ambición de ser militar. Al igual que cualquier otro muchacho de su edad, ansiaba hacerse con un arma decente para luchar contra los alemanes y obligarles a irse de Noruega.

¿Pero *llegarían* los rusos? Corrían rumores. Se decía que habían penetrado profundamente en la provincia más septentrional de Noruega, la llamada Finnmark, y que avanzaban rápidos sobre Lyngen. Pero Hal lo ponía en duda. Ningún ejército se arriesgaría a quedar atrapado en aquella costa, bordeada por un lado de fiordos y el mar abierto, y de montañas por el otro.

No, los rusos se detendrían. Y los alemanes, tras abandonar Finnmark, se quedarían allí, en Lyngen, hasta el amargo final.

—Vamos —dijo a Jan.

Se ajustaron pasamontañas y guantes y emprendieron de nuevo la marcha.

Mientras seguían bajando, la noche empezó a batirse poco a poco en retirada y los perfiles de las montañas perdieron sus aristas, haciéndose suaves y matizados de azul con el lento apuntar del nuevo día invernal, que no llegaría a ser más que una leve luz crepuscular.

Podían ver ya Lyngseidet abajo. Se detuvieron y miraron hacia allá. El pequeño pueblo, a orillas del fiordo Lyngen, estaba atestado de vehículos alemanes que no se encontraban allí al atardecer del día anterior.

—Más nos valdrá mantenernos alejados —concluyó Hal.

Dando media vuelta se dirigieron hacia el desfiladero, a través de las montañas, que llevaba a un pequeño fiordo llamado Kjosén, un dedo de agua que prácticamente dividía los sesenta kilómetros de longitud de la península Lyngen. Una carretera angosta, casi cegada por la nieve, conducía por encima del desfiladero hasta el transbordador de Tromsø. Ni siquiera en aquella carretera, que no era nunca muy frecuentada, había ese día mayor circulación de la habitual.

Hal llegó a la conclusión de que resultaría peligroso que tomaran el autobús, en el caso de que funcionara, lo cual era hartamente dudoso. Ambos tenían la documentación en orden pero, con toda aquella actividad, era posible que, en los puestos de control, los guardias se mostraran más picajosos que de ordinario y les interrogaran respecto a la desusada cantidad de comida y de equipo de supervivencia que llevaban en sus mochilas. Los encargados de la vigilancia se mantenían muy alerta para descubrir a aquellos jóvenes que, a través de las montañas huían a Suecia para evitar el *Arbeidsljenesten*, más conocido como AT, supuesto «servicio laboral» establecido por el Gobierno Quisling, en un intento apenas disimulado de obligar a los noruegos a



incorporarse al Ejército alemán.

Hal abrió la marcha hasta el desfiladero y, cuando lo consideró seguro, en el cruce de la carretera cubierta de nieve y el ascenso a la vertiente opuesta, siguieron avanzando por la ladera de la montaña paralela a la carretera, manteniéndose muy por encima de ella y de los controles, hasta dejar bien atrás el desfiladero y divisar abajo el fiordo Kjosen y a su izquierda una oscura hendidura entre las violentas vertientes de tonos azulados. A lo largo de la playa, se veía de cuando en cuando una oscura granja destacando sobre la nieve, las ventanas cerradas a cal y canto y, al parecer, desiertas.

La ladera se hizo más abrupta. Hal miró hacia arriba, intentando recordar la formación de las paredes superiores que quedaban ocultas. Sabía que había un glaciar colgante y, por lo menos, un barranco lleno de nieve. Terreno de aludes.

Por último, se vieron obligados a descender hasta una ladera más suave, con matorrales de abedul poco densos. La carretera ya estaba sólo a un centenar de metros. De tanto en tanto, pasaba algún vehículo militar alemán, levantando a su paso nubes de nieve, pero no advertía la presencia de los esquiadores, que, ocultos tras la vegetación, avanzaban con el largo ritmo deslizante de dos expertos en la práctica de campo a través.

A su derecha apareció un valle. Giraron hacia la entrada con el fin de alejarse de la carretera.

De repente Hal se detuvo en seco haciendo que Jan casi chocara contra él. Inmóviles, prestaron oído atento. No se movía ni una brizna. Durante varios minutos reinó un silencio profundo e ininterrumpido. Luego, a través de la nieve flotó un sonido ahogado.

Una voz humana.

Hal se quedó rígido. Ahora ya los veía. Se trataba de un grupo de esquiadores a unos seiscientos o setecientos metros de distancia, que se dirigían directamente a ellos en sentido contrario. Eran seis, todos vestidos con parkas blancas y llevando rifles colgados al hombro. Una patrulla alemana. Y viajando de prisa.

Hal no podía imaginarse qué estarían haciendo en aquel lugar tropas alpinas; pero el hecho era que allí estaban. Y ellos no tenían escapatoria.

Lo mejor sería mostrarse tranquilos y despreocupados cuando les echaran la vista encima. Con un suspiro de resignación y al propio tiempo de enfado, Hal hizo una seña a Jan e iniciaron de nuevo el camino hacia delante.

Cuando ya parecía que la patrulla estaba a punto de verlos, el soldado que iba en cabeza se detuvo y enfocó los prismáticos hacia el angosto valle lateral. Daba la impresión de que había divisado algo, ya que, con un movimiento repentino, cogió su rifle y se lo echó al hombro. Luego, con igual brusquedad, lo bajó de nuevo e indicando con un ademán a sus hombres que le siguieran, abrió la marcha en dirección al valle, esquiando con rapidez.

La oportunidad era demasiado buena para dejarla escapar. Tan pronto como la

patrulla se alejó, Hal y Jan se apresuraron a lanzarse hacia delante con un rápido movimiento de deslizamiento que era casi una carrera, y cruzaron raudos por detrás de los alemanes que ya desaparecían.

Mientras corría, Hal miró de soslayo. Ahora ya era evidente el motivo de la excitación de los soldados. En la parte alta del valle se divisaban dos puntos negros, bien visibles bajo la luz azulada. Hombres con esquíes que ascendían despacio por la empinada ladera. Parecían dos hormigas sobre un muro blanco.

Una vez hubieron alcanzado la relativa seguridad de unas densas matas de abedules, en la parte más alejada de la entrada al valle, los dos jóvenes hicieron un descanso.

—¿Quiénes serán? —musitó Jan.

Hal se encogió de hombros. Aquellas dos siluetas no podían ser lapones, ya que en esa época del año se encontraban en la meseta, muchas millas al interior. Y tampoco era probable que se tratara de montañeros, pues no era un deporte popular. Lo más lógico era pensar que fueran fugitivos AT. A Hal le hubiera gustado poder hacer algo para ayudarles; pero, salvo atraer la atención de las patrullas con el resultado de que fuera a ellos a quienes detuvieran o mataran, nada podían intentar.

Los alemanes habían alcanzado ya la cabecera del valle, hacia la que se dirigían los esquiadores, y estaban atacando un profundo barranco, en un ascenso lento y penoso.

Resultaba difícil poder asegurarlo desde aquella distancia, pero a Hal le pareció que el barranco estaba lleno de montículos, protuberancias y depresiones. Sobre él, algo más allá, se extendía un empinado campo de nieve, liso como el glaseado de una tarta, que centelleaba con un azul glacial bajo la luz crepuscular de la última hora de la mañana.

El barranco parecía peligroso; pero no era nada al lado de la pista nevada, la cual daba la impresión de ser de una inseguridad aterradora. Sólo unos locos, o bien hombres entrenados para aquellas montañas, habrían elegido aquella ruta.

Pero los dos puntos negros que se encontraban más arriba de la montaña sabían lo que se hacían, porque habían evitado el barranco y dominaban ya una cresta a un lado del amenazador campo de nieve. Pronto alcanzarían la seguridad de las altas montañas. Hal lanzó para sus adentros un grito de victoria.

A mitad de camino del barranco, los soldados ascendían con visible esfuerzo. Habían aminorado la marcha y el jefe parecía dubitativo, como si no estuviera decidido a seguir la ruta que tenían ante sí.

De repente, quedó roto el silencio por el estampido lejano de un disparo, cuyo eco resonó distante a través del valle.

Hal se quedó rígido y pensó: están *locos*.

Hubo un silencio, largo y mortal.

Se oyó otro disparo, seguido de un eco breve, absorbido pronto por la nieve.

Jan jadeó de manera audible.

A un lado del blanco campo había aparecido un pequeño pompón de nieve. Poco a poco, casi con tranquilidad, nuevos pompones delicados se alzaron semejantes al humo de un cañón después de una andanada.

El sonido llegó segundos después, un sordo trueno lejano. Densas nubes surgieron del fondo del campo de nieve que, de modo curioso, permanecía prístino e intacto en su parte central. Sin embargo, no era más que una ilusión visual ya que, de hecho, toda la superficie se estaba deslizando, el fondo se vaciaba al igual que un inmenso y grandioso salto de agua, una catarata blanca arrojando toneladas y más toneladas de nieve compacta al barranco que había debajo.

La superficie del campo de nieve se cuarteó, se resquebrajó y se alzó, hasta ir quedándose oscurecida por la oleada de nieve que se desplomó hacia fuera como una inmensa nube.

Abajo, los seis soldados parecían haberse quedado clavados. Pero al punto, como obedeciendo a una señal, todos se pusieron en movimiento al unísono, precipitándose barranco abajo en nervioso zigzag, semejantes a insectos huyendo de la llama. Dos de aquellas figuras chocaron y una de ellas cayó. Los otros apresuraron la huida, avanzando con penosa lentitud sobre la densa nieve.

Era una carrera que no podían ganar. El alud seguía cayendo inexorable sobre el barranco. Hal se estremeció cuando la intensa nube blanca engulló al primer hombre y luego al siguiente y al otro, hasta que los cuatro desaparecieron. Por un instante, tuvo la impresión de que los dos últimos podrían escapar, pues daba la sensación de que iban por delante del avasallador muro; pero, al final, también ellos quedaron sumergidos en la ensordecedora nube.

Abajo, por la carretera, pasó un camión del Ejército alemán. No se detuvo.

Transcurrieron dos minutos largos antes de que se apagara el último eco atronador. Sobre el valle se extendía un manto azulado semejante a las brumas matinales.

Hal y Jan intercambiaron una rápida mirada. Ambos sabían lo que el otro pensaba. Si los hombres sepultados hubieran sido noruegos, habrían acudido a ayudarles y a tratar de desenterrarlos. Pero era imposible sentir lástima de los alemanes. Había sido una guerra larga y pocas familias la habían sufrido con mayor intensidad que la de Hal. En 1941, su hermano mayor desapareció en el mar al ser torpedeado un barco mercante en el que navegaba. Un año después, su padre fue deportado a Alemania.

Sin decir palabra dieron media vuelta.

Hal avanzaba con ritmo rápido. Cuanto antes se alejaran de aquel lugar, tanto mejor. Al no tener a quién culpar, no cabía duda de que los alemanes les arrestarían.

Lanzando una exclamación, Jan llamó a Hal, al tiempo que señalaba hacia el valle, a sus espaldas. Al seguir su mirada, Hal comprobó sorprendido que los fugitivos habían vuelto a reaparecer. Aquellas dos diminutas siluetas descendían de nuevo en dirección al valle.

Jan miró a Hal enarcando las cejas con expresión interrogante.

—Es posible que necesiten ayuda —dijo Hal al cabo de un largo rato de reflexión.

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Si los alemanes buscaban a aquellos hombres, el riesgo sería considerable. Sus condenas iban desde la deportación hasta una bala en la cabeza, pasando por campos de trabajos forzados.

No había alternativa. Hal y Jan dieron media vuelta y esquiaron en dirección al valle. Apenas entraron en él, se detuvieron y esperaron al abrigo de una espesura de abedules enanos.

Las dos figuras habían alcanzado las vertientes más bajas de la cabecera. Pero, en lugar de dirigirse presurosas hacia la boca del valle, procedieron a un largo recorrido oblicuo en dirección al inmenso montón de nieve al pie del barranco. Deteniéndose sobre el blanco sudario, fueron primero hacia un lado y luego hacia el otro, como si buscaran algo.

Al cabo de un rato, pareció que habían encontrado lo que buscaban, porque uno de los esquiadores se acercó al otro y ambos se pusieron en cuclillas sobre la nieve. Permanecieron en el mismo sitio durante algún tiempo y Hal tuvo la impresión de que estaban cavando.

Por fin, al cabo de cinco minutos largos, las dos figuras se pusieron en pie, como si hubiesen terminado su tarea, y empezaron a esquiar hacia el valle.

Hal dejó que estuvieran muy cerca, antes de salir de la espesura.

Los dos hombres se pararon en seco. Uno de ellos se apresuró a descolgar el arma automática que llevaba colgada al hombro.

—Buenos días —saludó Hal con tono casual.

Se hizo un largo silencio.

—¿Quiénes sois? —se decidieron a preguntar.

—Amigos.

Musitaron algo entre sí y luego avanzaron cautelosos hasta que los cuatro se encontraron frente a frente. Los dos forasteros llevaban pasamontañas y bufandas, pero Hal pudo darse cuenta por sus ojos de que eran jóvenes; supuso que más o menos de su misma edad.

Hal se decidió a hablar sin ambages.

—Hemos visto lo ocurrido. Pensamos que tal vez necesitéis ayuda.

El más alto de los desconocidos se apartó la bufanda de la boca.

—¿Ayuda? Nunca mejor dicho. ¿Podrías decirnos cómo salir de aquí?

—¿A dónde vais?

Se hizo una pausa mientras el de mayor estatura observaba pensativo a Hal. Pareció tomar una decisión.

—Al Norte.

Hal parpadeó con una mezcla de alarma y admiración. Sólo unos hombres desesperados eran capaces de intentar aquello. Las nuevas líneas alemanas serían casi impenetrables. E incluso si lograban atravesarlas, tendrían que vérselas con las

brigadas de demolición antes de poder alcanzar la relativa seguridad de las líneas rusas.

—No es fácil —advirtió.

El más alto lanzó una breve y áspera carcajada que resonó de forma inquietante en el valle silencioso.

—Bueno, eso ya lo sabemos, amigo mío.

Hal enrojeció. Pero se recobró pronto e intentó pensar.

—Todo cuanto puedo hacer es encaminaros a un lugar donde hay embarcaciones. Es posible que alguien pueda llevaros unas millas arriba de la costa, más allá de las líneas. Aunque es peligrosísimo.

Aquellos dos intercambiaron miradas.

—Lo intentaremos —decidió el segundo de ellos—. Cualquier cosa es preferible a quedarnos helados allí —y señaló hacia las montañas.

—También necesitamos comida —dijo el alto—. Toda la que podáis encontrar.

Era la petición de alguien acostumbrado a obtener lo que quiere.

—Podéis disponer de cuanto tenemos —les ofreció Hal con tono solemne.

Por la lejana carretera pasó otro vehículo alemán.

—Hemos de alejarnos de aquí —añadió Hal con tono apremiante dándose cuenta de que los fugitivos llevaban armas automáticas colgadas al hombro, de forma bien visible.

Abrió la marcha, salió del valle y avanzó por la margen del fiordo, manteniendo la mayor altura posible sobre la carretera. Al fin, la angosta franja de tierra baja que bordeaba la playa, desembocó en una extensa llanura. Entonces, se alejaron de la carretera hasta tener la seguridad de no ser vistos desde los vehículos que pasaran. Se detuvieron y acamparon, esperando la cobertura de las sombras del crepúsculo vespertino.

Los dos fugitivos comieron con voracidad, dando buena cuenta de las raciones que les quedaban a Hal y Jan. El primero los observó mientras comían. Pensó que los dos tendrían unos dieciocho años, veinte como mucho. El más alto tenía un hermoso rostro, de facciones regulares, abundante pelo rubio y ojos de un azul vivido. Pero lo que más resaltaba en él era su tensa energía, una especie de fuerza impulsora que exigía atención. Hablaba con grandes explosiones, como si apenas pudiera contener su energía, y en su mirada había una turbulencia que sólo le desaparecía al reír. Entonces parecía optimista, casi eufórico.

Su amigo, moreno, de rostro redondo y agradable, era mucho más tranquilo, y parecía como si los acontecimientos de aquel día no le hubieran afectado lo más mínimo.

No dieron explicación alguna de cómo habían llegado a Lyngen ni de dónde procedían; y Hal no hizo preguntas. Pero su acento no era local; le parecía más bien del Sur, aunque no podía precisar el lugar.

Jan preguntó:

—¿Venís de lejos?

El primero de ellos dirigió una mirada de advertencia al otro, aunque demasiado tarde.

—Trondheim —dijo.

Hubo una pausa incómoda; luego, la conversación se orientó hacia el alud. Los dos forasteros hablaron de él muy divertidos, incluso con orgullo. De repente Hal se dio cuenta, con un ligero sobresalto, de que habían sido ellos y no los alemanes quienes hicieron los disparos. Se quedó mirándolos algo pasmado.

—¿Lo hicisteis con intención de provocar la avalancha? —preguntó al fin.

—Bueno, no era exactamente ésa nuestra *intención*. ¡Pero desde luego la provocamos! —dijo el alto, y rió sarcástico; la mirada de sus ojos azules era penetrante y astuta, y Hal tuvo la impresión de que sabía muy bien lo que se proponía al hacer aquellos disparos—. Y además salimos con bien de ella —continuó y dio unas palmadas a la metralleta, colocada junto a la mochila que tenía al lado—. Una «Schmeisser» —dijo orgulloso—. Ahora tenemos una cada uno.

—Y munición, y un cuchillo, y guantes nuevos, y gafas, y una gorra bien caliente forrada de piel de cordero —añadió su amigo a medida que iba sacando un artículo tras otro de su mochila.

—¡Mirad esto! —alardeó el alto sacando un par de prismáticos con funda de caucho y pintados de blanco—. Los alemanes son muy buenos fabricando binoculares. ¿Sabíais que hacen las mejores lentes del mundo? —Se llevó el aparato a los ojos y manipuló buscando el enfoque—. Excelente.

Hal no estaba seguro de que aquel botín fuera de verdad excelente.

—Si os cogen con todo eso... —murmuró.

El alto soltó su carcajada breve y áspera.

—Si nos cogen, de cualquier manera somos hombres muertos.

Hal se preguntaba qué habrían hecho que fuera tan grave.

—Pegó a un oficial —dijo el más alto como si hubiera leído su pensamiento, señalando a su amigo, y agregó tras una pausa—: Yo ejecuté a uno de ellos.

Lo dijo con sonrisa alegre y burlona, como maldito si le importara, pero su rápida mirada se clavó en la cara de Hal intentando averiguar su reacción.

Se hizo un momento de silencio. Hal se dio cuenta de que esperaba que él se mostrara impresionado, pero sólo sintió preocupación. Cuando mataban a uno de los suyos los alemanes siempre llevaban a cabo represalias terribles, ejecutando a docenas de civiles, incluso a veces mujeres y niños.

El más alto percibió su consternación.

—En ocasiones hay que hacer esas cosas —argumentó a la defensiva—. Créeme que hicimos a todos un favor. Allí, en casa, somos héroes. ¡O al menos eso espero!

Volvió a reír. La risa sonó estridente y discordante en el silencio. Nadie dijo ni una palabra.

Al cabo de un rato, los dos forasteros se acomodaron en la nieve y dormitaron.

Hal y Jan permanecieron vigilantes hasta que el cúmulo de nubes contribuyó a una prematura oscuridad. Despertaron a los otros dos, lo recogieron todo y se pusieron de nuevo en marcha.

La suerte les acompañaba. Las nubes se hicieron más densas y pudieron atravesar las tierras llanas sin apenas temor de que les vieran.

Hal les condujo a lo largo de la ancha playa de Ullsfiord hasta que hubieron dejado atrás el puesto de control del enlace del transbordador para Tromsö. Luego les indicó el camino hasta el establecimiento aislado donde podrían encontrar una embarcación.

—Un favor más —pidió el alto a Hal.

—Si puedo.

—Tus esquís. Como ves, uno de los sujetadores casi se ha soltado. Sin herramientas no puedo arreglarlo, pero en un taller será cosa de un momento. No te importa, ¿verdad? Te los devolveré o al menos te los pagaré. Lo prometo. ¡Aunque no sabría decir cuándo!

A Hal se le ensombreció el rostro en la oscuridad. Sus esquís eran nuevos. Le había costado dos años hacerse con algo de píceas y nogal americano curados y otro año convencer al fabricante de esquís local para que le hiciera unos según el diseño del propio Hal, la parte superior de píceas y la suela de nogal laminado. Estrechos y muy rápidos. Respondieron a plena satisfacción; mucho más incluso de lo que había esperado de ellos.

—¿No puedes arreglar los tuyos? —preguntó esperando un milagro.

—Me temo que no. Y nos queda un camino muy largo por recorrer.

Hal suspiró para sus adentros y, confiando en no sentirlo demasiado, se inclinó para quitarse los esquís. Se los entregó al otro y cogió a cambio los averiados.

El tipo alto musitó en la oscuridad a su amigo:

—¿Los tuyos están bien, Peter?

—Sí.

Los cuatro se despidieron estrechándose con gravedad las manos.

—Si por cualquier motivo no lográis escapar y os encontráis en Tromsö, preguntad por la casa Starheim —dijo Hal siguiendo un impulso.

—Gracias —repuso el alto con el tono distante de quien no piensa hacer nunca uso de un ofrecimiento.

Acto seguido, desaparecieron y Hal y Jan volvieron al sendero que les conduciría al transbordador, con la débil esperanza de poder regresar a casa en autobús.

Dos días después, empezó a correr la noticia por Tromsö. La noche anterior habían robado una embarcación en Ullsfiord y en el fiordo se habían escuchado disparos.

Nadie sabía más acerca de aquello. Pero en la imaginación de Hal todo resultaba de una evidencia espantosa. Habían capturado a los dos muchachos, que ya se encontrarían en el cuartel general de la Gestapo en Tromsö. Todavía seguía vivido en

su mente el recuerdo del encarcelamiento de su padre en el gris y tétrico edificio de la «Bankgata». Se decía que cualquiera que metieran en sus tristemente célebres celdas siempre acababa hablando.

Sus amigos en Ullsfiord serían traicionados y castigados... Con toda probabilidad ejecutados.

Pero esos temores no eran nada en comparación con lo que sentía al recordar que había dado el nombre de su familia a los dos jóvenes. ¡Su nombre!

Le resultaba imposible creer que hubiera cometido semejante locura. Su madre, su hermana, él mismo... Se los llevarían a todos y los fusilarían.

Transcurrieron dos días con angustiada lentitud. Luego otro día y un día más. La Gestapo seguía sin aparecer. Tampoco se tenía noticia de detención alguna en Ullsfiord.

Poco a poco, Hal empezó a tener esperanzas. Era posible que, pese a todo, los dos muchachos hubieran podido huir.

Al cabo de un mes, logró tranquilizarse y, lejos de importarle la pérdida de sus formidables esquíes nuevos, empezó a sentirse encariñado con el otro par. Y no porque sirvieran de mucho. Aparte del sujetador desprendido, una de las tablas tenía una hendidura a todo lo largo de la fibra. ¿Sabía aquel chico lo de la raja cuando sugirió el cambio? Era probable. Pero, por extraño que fuera, a Hal parecía no importarle. Le complacía pensar que, en una situación similar, él hubiera tenido el valor de hacer lo mismo.

Al examinar de cerca los esquíes, descubrió que, en las puntas, hubo algo grabado que luego habían rascado. De cuando en cuando, Hal intentaba descifrar las letras.

Luego, transcurridos varios meses de la rendición alemana, cuando ya no corría riesgo alguno por averiguarlo, cogió un lápiz de mina blanda y un papel fino y lo frotó.

Unas iniciales, poco profundas pero distinguibles.

R. B.

Después de eso, Hal bajó los esquíes al sótano y se olvidó de ellos. Sólo de vez en vez, mientras ascendía por los Lyngen Alps o atravesaba el pequeño valle cerca de la carretera Tromsö-Lyngseidet, hacía cábalas sobre el propietario de los esquíes y se preguntaba si habría logrado ponerse a salvo.

Todavía seguía queriendo creer que así había sido. Pero, pensándolo bien, era más probable lo contrario. Los rusos se habían detenido a muchos kilómetros hacia el noreste. Hubiera sido una jornada larga e imposible a través de la devastación de Finnmark y sin víveres, con toda la dureza del enero ártico.

No, casi seguro que aquel muchacho no lo habría logrado. Hal lo sentía de veras.



# **Primera parte**

**Febrero de 1960**

# Capítulo I

El comandante se subió la capucha de su parka y salió, adentrándose en la noche. Tal como había pensado, el frío le despabiló y, aunque su cuerpo todavía conservaba la tibieza del sueño, pateó primero y luego palmoteo con las manos enguantadas para activar la circulación.

Se alejó de la cabaña con paso indolente. Eran las cuatro de la mañana; pero, tal como andaba la cosa, aún tardaría mucho en llegar el alba. Y, cuando llegase, el día se habría terminado casi antes de empezar. Aquel lugar estaba dejado de la mano de Dios. Demasiado remoto y solitario para su gusto. Incluso el frío parecía diferente, más intenso, implacable como el paisaje.

Claro que el Norte poseía una especie de fascinación, no sería buen noruego de no creerlo así, y había de reconocer que una noche como aquélla era pura belleza aunque austera.

La atmósfera asombraba de límpida. Los contornos de las colinas circundantes y de las lejanas montañas se recortaban con nitidez sobre el cielo nocturno. A un lado, se encontraba el cuerpo principal del campamento, en el que reinaba el más absoluto silencio y quietud, completamente a oscuras salvo por las luces del perímetro y los puestos de los centinelas, destacándose con claridad las cabañas sobre los reflejos suaves de la nieve. Abajo podía distinguir apenas la desigual carretera invernal que, desde la costa ártica, cruzaba el fondo del valle, una cinta blanca a través de bosques despoblados de abedules. Ni que decir tiene que por la carretera no circulaba un solo vehículo. Se prolongaba hacia el sur dejando el campamento hasta que, después de adentrarse profundamente en el interior, reaparecía despejada de colinas y árboles para hundirse de nuevo en la zona selvática de la meseta.

El comandante jamás había estado en ella. En las escasas ocasiones en que acudió allí, a Finnmark, había ido derecho a alguna guarnición o instalación militar en la costa. Era mucha la distancia, más de mil quinientos kilómetros desde Oslo hasta la costa ártica al norte de Noruega, y el viaje resultaba tan difícil y requería tanto tiempo que, una vez terminado lo que le había llevado hasta allí, regresaba por lo general sin pérdida de tiempo.

Se estremeció y consultó el reloj. Las cuatro y diez. Cinco minutos para el boletín meteorológico y cuarenta y cinco hasta la partida. Pateó todavía un momento y luego volvió a entrar en la cabaña para ver cómo andaba la cosa. Los dos viajeros y su conductor se encontraban en el comedor desayunando y hablando en tono menor. El comandante no se unió a ellos. Estaba demasiado nervioso para comer y, de cualquier manera, se habría encontrado fuera de lugar, ya que aquellos tres habían formado un grupo, cordial pero exclusivo.

—¿Todo va bien? —se limitó a preguntar el comandante.

El jefe, Jan Johansen, levantó la vista y sonrió.

—Formidable.

Era una sonrisa tranquilizadora y el comandante se sintió más animado. El éxito de la aventura residía en aquellos hombres, aunque él sabía demasiado bien en quién recaería la culpa en caso de que algo fuera mal.

Del pasadizo llegó el ruido de un portazo y apareció un sargento de oficinas con la hoja del boletín meteorológico. Fuertes vientos septentrionales y descenso de la temperatura. El comandante se lo dio a Jan Johansen, que se limitó a encogerse de hombros indiferente. No obstante el comandante sintió una punzada de preocupación, aquello no le parecía de buen augurio. Hubiera querido que Starheim estuviera todavía por allí para hablar sobre ello.

Consciente de que estaba interrumpiendo el desayuno de aquellos hombres, el comandante salió de nuevo al exterior. Dos soldados del batallón local estaban cargando el «Land Rover».

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Aparte de los esquíes.

Inspeccionó el equipo. No parecía muy grande.

—¿Se ha comprobado todo esto? —preguntó.

—Lo ha hecho el comandante Starheim —respondió el soldado al tiempo que asentía con la cabeza.

—¿Por Starheim? Ya... ¿Quiere decir *ayer*?

—No, hace una hora.

El comandante ocultó su sorpresa.

—Comprendo.

Starheim se había ido la tarde anterior después de la reunión, y dio a entender que no volvería. Sin embargo, allí estaba otra vez sin previo aviso. El comandante debería sentirse molesto y así hubiera sido de tratarse de cualquier otro; pero la realidad era que más bien se sentía aliviado.

—¿Dónde se halla Starheim? —inquirió.

—Salió a esquiar, comandante.

Esta vez no logró evitar un parpadeo de sorpresa.

—¿Cuándo se espera que regrese?

El soldado señaló hacia la colina que se alzaba detrás de la cabaña.

—Sólo fue hasta la cima. Dijo que no tardaría.

El comandante escrutó la vertiente ascendente. No podía imaginar que se tardara menos de media hora en cubrirla. Pero, claro, él no era explorador ártico y tampoco montañero.

Se fue alejando despacio de las luces y los ruidos de la cabaña. En la noche reinaba el más absoluto silencio. Nada se movía salvo los copos de nieve arrastrados desde los picos por la brisa helada. Resultaba difícil creer que existiera algo en aquellas laderas barridas por el viento. Sin embargo, no ponía en duda que Starheim

se encontrara allá arriba, en alguna parte. El comandante se lo imaginaba moviéndose sigiloso y de manera imperceptible a través de la nieve, un hombre de la montaña en su propio elemento. Intentó verse a sí mismo de aquel modo, inmunizado frente al frío y las dificultades, bastándose a sí mismo hasta el punto de una absoluta independencia, familiarizado con los lugares más desolados. Llegado a tal punto, le falló la imaginación y, de repente, sufrió un violento estremecimiento.

Halvard Starheim permanecía en pie en lo alto de la colina y contemplaba abajo el valle en toda su longitud, dirigiendo la mirada hacia el Norte y las lejanas montañas que se erguían sobre los fiordos árticos.

El aire era frío y todavía lo sería más. Todo en el ambiente lo presagiaba. La noche rigurosa estaba clara. La superficie de la nieve, centelleando luminosa bajo las brillantes estrellas, era de polvo. Se había levantado ya viento y, aunque de momento sólo era una brisa áspera, la sentía ya de un frío glacial sobre la piel.

Se volvió de cara a ella. Septentrional, con algo de viento del este. Viento glacial del océano Ártico y del Polo más allá, un viento capaz de hacer que la temperatura descendiera a niveles muy bajos. No representaba un problema en sí mismo, Jan y él habían soportado setenta grados bajo cero Fahrenheit cuando estuvieron invernando en el Paso del Noroeste. Pero, de cualquier manera, era algo que se había de tener en cuenta.

Deseaba de veras que fuera lo único por lo que tuviera que preocuparse.

Por el horizonte ártico, las luces septentrionales rielaban en una iridiscente cortina. Mientras las contemplaba, la aurora hizo su aparición hasta que el cielo se cubrió de un resplandor plateado. Se dijo de manera instintiva que el contacto por radio sería malo. Luego, recordó que no habría contacto alguno por radio y exhaló con fuerza. Su aliento formó una nube lechosa.

No le gustaba nada aquella *expedición*, como el comandante del Servicio Secreto Militar insistía en llamarle. Como quiera que fuese, detestaba las actividades clandestinas en cualquier ocasión. Pero le irritaba sobre todo no haber tenido una mayor intervención en su planteamiento. Las condiciones meteorológicas, la ventisca, el hielo, el terreno... Todo eso era algo que él podía afrontar. Pero lo otro, aquella política, los subterfugios... Ése era un auténtico suelo movedizo.

Desde el campamento, allá abajo, le llegaban ruidos. Fuera de la cabaña podía ver luces y actividad. El tiempo pasaba de prisa. Tensó alrededor de la cara los cordones de la capucha, comprobó los sujetadores de los esquíes y se aseguró a las muñecas la gaza de los bastones.

Por la fuerza de la costumbre se detuvo un instante para echar un último vistazo en derredor antes de emprender de nuevo la marcha. A continuación inició un largo recorrido; los estrechos esquíes producían un suave siseo sobre la nieve virgen, y, a veces, rascaban de forma ruidosa alguna roca invisible. Al acercarse al borde de lo

que pudiera ser un amontonamiento, se dispuso a virar. Dando un buen impulso a su esquí, consiguió un largo y profundo giro; luego, se incorporó para el siguiente recorrido largo.

Al descender rápido en dirección a la cabaña, se encontró con nieve endurecida y estuvo a punto de saltar en un viraje, maniobra difícil llevando esquíes estrechos de campo a través y botas flexibles, sujetas únicamente a la punta del pie. Pero resultó bien y se permitió un instante de satisfacción.

Hizo una parada impecable sobre un otero, justo delante de la cabaña, y se inclinó para soltarse los esquíes. La tranquilidad quedó rota por el zumbido de un motor. Era el «Land Rover» calentándose. Dentro de quince minutos se pondría en marcha.

Más ruidos. El crujido de unas pesadas botas sobre la nieve. Hal alzó la vista y vio una figura, casi oculta dentro de su parka, que se dirigía hacia él con gran cautela. Reconoció al hombre del Servicio Secreto Militar, el comandante Thrane.

—¿Qué tal por allá arriba? —preguntó el comandante con tono amable.

—Formidable.

—Los hombres del tiempo parece que creen que hará más frío.

—Es indudable que están en lo cierto.

—Pero eso no será un problema, ¿verdad?

Hal contuvo una sonrisa sarcástica. Los burócratas preocupándose siempre de lo que no debían.

—No; en sí mismo, no —le contestó.

El comandante hizo un ademán de asentimiento.

—No esperaba que volviese.

Su tono era cordial aunque curioso.

—Me pareció que debía venir para verles marchar. Espero que no habrá inconveniente.

—Claro que no —se apresuró a decir el comandante—. Me alegro de que se quedara.

Se encaminaron despacio hacia el vehículo que se mantenía a la espera.

—Anoche tuve la impresión de que algo le preocupaba. ¿Estoy en lo cierto? —preguntó el comandante con cierta cortedad después de un leve carraspeo.

Hal vaciló. A menudo cometía el error de hablar con excesiva franqueza. Era su mayor defecto, al menos en lo referente a su carrera en el Ejército. Se había creado más de un enemigo entre los altos cargos. Y en ese momento no podía permitírselo.

El comandante esperaba ansioso.

—Le ruego que hable con franqueza —insistió—. Diga lo que piensa.

Hal se detuvo, encarándose a él. Thrane estaba en los primeros años de la treintena, tendría más o menos la edad de Hal y unos ojos agudos y vigilantes que parecían indicar una profunda inteligencia.

—Bien, si de veras quiere saberlo, no me gusta en absoluto la idea —dijo al fin Hal.

—Comprendo —repuso Thrane con cierta rigidez—. Bueno, lo siento. —Hizo una pausa—. Es evidente que si hubiera otro camino...

—No *puede* ser correcto utilizar civiles en una operación militar.

—Pero si *no* es una operación militar. Es una *exp-hummm*, una operación del servicio secreto.

Hal lo miró con dureza.

—Vamos.

El comandante admitió el extremo de mala gana.

—Bien. De acuerdo...; militar en parte.

Se pusieron de nuevo en marcha.

—En tal caso, *yo* soy quien debería ir —afirmó Hal.

—Sabe bien que eso no es posible —adujo Thrane con tono quedo y paciente.

Hal apretó los dientes. Tanto de maniobras como en cualquiera de sus propias expediciones, estaba acostumbrado a mantenerse junto a sus hombres. Quedarse atrás carecía de toda lógica.

—Usted es un oficial en activo —musitó Thrane—. Sabe que no deben encontrarle fuera de nuestras fronteras.

—¿Fuera? —repitió Hal meneando la cabeza; al igual que todo el personal del servicio secreto, el comandante tenía grandes dotes para el uso del eufemismo—. ¿Quiere decir que resultaría embarazoso si me aprehendieran, pero que no pasa nada si los detienen a *ellos*?

—Son civiles y, lo que es más importante, *taponos*..., o al menos en parte. Tienen derecho a estar allí.

—Aun así seguirán siendo espías.

Thrane se sobresaltó al oír la palabra.

—Un poco difícil. En realidad, no; no en absoluto. Nadie podría llamarles *eso* —parecía muy dolido—. Además, jamás se sabrá que estuvieron allí —con aquellas palabras pareció dar por terminada la cuestión, y cambió en seguida de tema—. Y en cuanto al frío, no les obligará a reducir la marcha, ¿verdad?

Se detuvieron a unos metros del «Land Rover».

—Es posible. Si desciende de los cuarenta bajo cero.

—¿Pero podrán seguir?

—Resulta difícil de decir. Es más probable que sean otras cosas las que les obliguen a aminorar la marcha como vientos fuertes, nieve copiosa, un repentino deshielo. No es sólo el frío. Pero ya hemos dado un margen. Disponen de bastante tiempo. —Luego, Hal añadió casi para sí—: Lo que más me preocupa es que el otro individuo llegue allí a tiempo.

Alguien estaba poniendo en marcha el motor del «Land Rover»; el tubo de escape expulsaba nubes de vapor a la atmósfera nocturna.

—Bien, uno sólo puede hacer planes y dar por sentado que todos harán cuanto puedan para llevarlos con éxito a la práctica —murmuró Thrane. Respiró hondo y

dijo con repentina intensidad—: Verá, ese hombre es importante para nosotros. Créame. De lo contrario no hubiéramos organizado todo esto.

«Me gustaría saber por qué», se dijo Hal. Pero no se molestó en preguntarlo. El secreto era moneda corriente en las actividades de Thrane. Al igual que a los demás, a Hal le habían informado nada más que de lo imprescindible. En su papel de experto superviviente, Hal había necesitado saber a dónde se dirigían Jan y Mattis, y eso era todo. Nada le habían dicho sobre el hombre con el que Jan y Mattis tenían que encontrarse y traer consigo. Ni su nombre, edad, idioma o nacionalidad como tampoco le habían informado acerca de su habilidad con los esquíes.

A Hal le disgustaba el secreto porque, según su experiencia, sólo daba lugar a confusiones y errores. Con ocasión de sus propias expediciones siempre insistía en que cada uno de los hombres tuviera pleno conocimiento de lo que estaba haciendo y por qué.

Se abrió una puerta. Salió de la cabaña el soldado que había de conducir durante la primera etapa del viaje, y subió al vehículo.

Mientras esperaban a los otros, el comandante siguió pateando hasta formar un círculo completo.

—¡Dios mío! —exclamó con tono conciliador—. Cuando el tiempo es malo aborrezco subir a la meseta. ¿Cómo pueden soportarlo?

Hal le dirigió una leve sonrisa.

—Sobrevivimos.

A las gentes del Sur el interior septentrional les parecía frío y hostil. Como siempre habían disfrutado de la riqueza exuberante de bosques y pastos, no eran capaces de ver la belleza pura de las cosas sencillas.

El Norte podía ser algo triste, incluso duro; pero desde luego no era un lugar árido y poco interesante como muchos suponían.

—Vine por primera vez en el cuarenta y cinco —estaba diciendo Thrane—. Para ayudar a la reconstrucción. No quedaba nada en pie. Me destinaron a Alta. Apenas había una casa. Por aquel entonces, me preguntaba si alguna vez la gente se molestaría en volver. Sin embargo lo hicieron. Vaya si lo hicieron. —Miró a Hal como excusándose—. Pero usted es de esta región, ¿verdad?

—No del todo. De Tromsö.

—¡Ah! —gruñó el comandante—. En alguna parte lo he leído. —Y añadió con tono casi acusador—: Hoy día resulta imposible no leer algo sobre usted. En todas las revistas y periódicos. ¿No llega a molestarle?

—Ahora ya no.

Aquello no era del todo la verdad; pero Hal no tenía ganas de hablar de eso en aquellos momentos.

—Supongo que estará proyectando otra expedición.

—Sí.

—¿De nuevo al Polo Norte?

—No.

El comandante no se hallaba dispuesto a desistir.

—Entonces, ¿qué tipo de expedición?

—A una montaña.

—Ah —el comandante sonrió—. A alguna muy alta sin duda.

Alguien salió de la cabaña. Era Mattis. Hal se acercó a saludarle con una abierta sonrisa.

—¿Todo bien?

—Todo bien, Hal.

Hacía mucho tiempo que se conocían. Mattis era un lapón nómada perteneciente a una familia que invernaba en el centro de la meseta, en Kautokeino, y que en verano se trasladaba a Kaafiord, no lejos de Tromsø. Era también ex campeón del Ejército de esquí a campo través. Como tantos lapones nómadas, era pequeño, apenas unos centímetros sobre el metro y medio, con las características piernas zambas. Vestía el tradicional atuendo invernal, una *luhkka* de piel de reno, polainas de cuero de reno y *finneska*, grandes mocasines forrados de hierba. Subió riendo al «Land Rover».

—Con este tiempo, llegaremos demasiado pronto.

Hal no lo ponía en duda. En una ocasión, Mattis había recorrido, esquiando, más de ciento veinte kilómetros en veinticuatro horas.

Hal regresó junto al comandante, que en seguida reanudó la conversación donde la habían dejado.

—¿Y dónde está esa montaña?

Hal se tomó tiempo para contestar.

—En el Himalaya.

—¿No será el Everest?

Hal trató de disimular su irritación ante el asombro de Thrane.

—Por la cara occidental.

—¡Ah! ¿Será difícil?

—Jamás se ha llevado a cabo su ascenso.

Thrane hizo un ademán de asentimiento, como si ya lo supiera.

—¿Una expedición del Ejército?

—No.

—Ah. Suponía...

—El Ejército me concede permiso, eso es todo. Y el equipo extra cuando quiere que se lleve a cabo un ensayo. No recibo ayuda financiera.

Se pasaba la vida aclarando aquello. Los forasteros parecían creer que el dinero para las expediciones crecía en los árboles gubernamentales.

Thrane reflexionó un momento.

—Dígame, comprendo que hiciera el Paso del Noroeste, siguiendo las huellas de Amundsen y todo eso. Pero ¿por qué intentarlo en el Polo?

Era una pregunta que todos le hacían. Simuló reflexionar sobre la respuesta



aunque se la sabía de memoria.

—Porque quería demostrar que, si se está lo bastante bien preparado, es posible viajar con rapidez y sin gran equipaje a cualquier parte del Ártico, incluso al Polo Norte.

—¿Sólo iban los dos, usted y Johansen? ¿Y los perros?

—En efecto —respondió Hal armándose de paciencia.

—¿Pero el avión de los suministros no les encontró?

—Bueno... algo parecido.

Su radio había dejado de funcionar y cuando, tres días después, alcanzaron la zona de lanzamiento, se encontraron con que el avión de las Fuerzas Aéreas Canadienses había estado allí y se había ido, dejando caer algunos suministros al azar. Aunque lograron reunir algunos paquetes desperdigados, no dispusieron de víveres suficientes para proseguir con su intento. Y, a unos ciento cincuenta kilómetros del Polo se habían visto obligados a volver a la isla Ellesmere.

Claro que no siempre es posible ganar.

Por fin apareció Jan, mucho más alto y de miembros más flexibles que Mattis. Vestía un atuendo completo de piel de reno, con polainas y *finnesko*, y se tocaba con un elegante sombrero lapón de alegres colores.

—¡Un auténtico lapón! —exclamó Hal haciendo una risueña mueca.

—Mi abuela se hubiera sentido orgullosa de mí.

Jan sonrió, y bajo el reflejo de las luces resultaba posible descubrir en sus facciones indicios de pómulos altos, piel suave y ojos oscuros, rasgos característicos en muchos noruegos originarios del Círculo Ártico. Jan tenía un cuarto de sangre lapona y, a diferencia de otros, se sentía orgulloso de ella.

Echó una ojeada al cielo.

—Parece que va a hacer frío, ¿eh? Pero no creo que nieve. De modo que no hay que pensar que nada vaya a retrasarnos.

Hal rió entre dientes. Era característico de Jan considerar siempre el lado positivo. Durante el invierno del cincuenta y cuatro, cuando los dos quedaron bloqueados por el hielo en el estrecho Príncipe Alberto, al norte de Canadá y las ventiscas les obligaron a permanecer encerrados en la cabaña durante tres semanas, jamás se había quebrantado el tranquilo optimismo de Jan ni su bien arraigado buen humor. Para Hal, había sido una bendición del cielo, ya que así se compensaba su propia naturaleza, más pesimista e impaciente.

—Que os vaya bien —deseó Hal.

Abrió la portezuela del «Land Rover». Los dos hombres permanecieron allí, en pie, sonrientes, durante un momento.

Hal señaló a Mattis.

—¿Le has puesto en guardia sobre tu parloteo en sueños?

—No. Tampoco él me ha dicho que ronca.

Era una vieja broma; pero siempre les hacía gracia a ambos. A la memoria de Hal

acudieron docenas de recuerdos de risas compartidas. Y también evocaciones de los malos tiempos, de las experiencias a las que juntos habían sobrevivido. Formando equipo, Jan y él habían hecho viajes por el Ártico y desarrollado técnicas de supervivencia.

Y ahora, de repente, habían dejado de formar equipo. Hal se sintió invadido por una oleada de afecto y, abandonando su habitual reserva se acercó a Jan y le abrazó con desmaño. Éste, disimulando su momentánea sorpresa, le abrazó a su vez. Luego, los dos hombres se separaron, dándose unas amistosas palmadas en el hombro.

—Hasta la vista, entonces —dijo Hal con forzada animación.

Jan subió al «Land Rover» y Hal cerró la portezuela de golpe. Rugió el motor. Jan saludó con la mano mientras el «Land Rover» se alejaba; sus luces traseras tejían huellas rojas bajo la asombrosa claridad de la noche.

Hal se quedó allí mirando mucho después de que las luces desaparecieran. Se sentía deprimido.

El comandante se puso en movimiento.

—Bueno, parecían bastante contentos.

Los dos hombre regresaron a la cabaña.

—Y a propósito —dijo Thrane—: ¿Estará usted en contacto con la mujer de Johansen?

—Iré a verla pasado mañana.

Por la mente de Hal cruzó la imagen de Ragna.

—Le habrán contado alguna historia, ¿verdad?

—¿Qué? Ah, sí. Que está probando un nuevo equipo para mí.

—Bien.

—Aunque dudo que se lo haya creído.

Thrane se detuvo en seco.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que no es una estúpida. —Abrió la puerta de la cabaña y al cabo de un momento Thrane le siguió, agradeciendo el calor del interior—. Jan puede hacer pruebas de campo en su propio terreno, en los Lyngen Alps. No es necesario que desaparezca en Finnmark durante casi toda una semana.

—Ah —dijo el comandante, preocupado—. Bueno, espero que sea discreto.

Hal pensó en Ragna. Era muchas cosas: divertida, inteligente, atrevida... Y discreta. Sí, también discreta.

En el comedor había café y el desayuno clásico de bollos, queso y carne fría. Ambos hombres se sirvieron y luego tomaron asiento.

Hal untó un panecillo con mantequilla y miró a Thrane. A lo largo de su vida había conocido a muchos burócratas, tipos ambiciosos que se sentaban seguros ante sus escritorios, estableciendo las acciones de otras gentes, corriendo un mínimo de riesgo y dedicando la mayor parte de sus energías en intrigar para el logro de su ascenso. Ciertamente Thrane tenía la actitud y la seguridad en sí mismo de un hombre

que esperara un pronto ascenso.

A Hal le irritaba por principio.

—¿Y qué pasará si alguien llega a descubrir la operación? —inquirió de súbito—. Por ejemplo, los finlandeses.

En la mirada del comandante hubo un breve destello que bien pudiera ser de fastidio, pero se dominó.

—¿Por qué habrían de enterarse? —dijo con tranquilidad.

—No me ha contestado.

—No se enterarán —aseguró Thrane con firmeza—. Y en todo caso sería un problema nuestro, no de usted.

—Pero si algo va mal, esos hombres no tienen protección alguna —insistió Hal.

—No sé a qué se refiere —dijo con tono ligero Thrane—. Esos hombres sencillamente han ido a Finlandia para reunirse con alguien. No estarán quebrantando ley alguna. Y no cruzarán ninguna *otra* frontera. ¿No es así? Nada *puede* ir mal —sonrió tranquilizador—. Y además se presentaron voluntarios. Nadie les ha obligado a ir.

—Acaso no les hayan *obligado*. Pero sí persuadido. —Como siempre que mostraba su fuerte genio, lo lamentó al punto, añadiendo con tono más razonable—: Bueno, ésa es mi opinión.

Thrane se quedó mirándole tolerante.

—Se ha de ser práctico. Hay determinadas tareas que tienen que hacerse. Áreas grises que han de cubrirse. En un mundo ideal no ocurriría de este modo, pero tal como es... —dejó sin terminar la frase.

Halapuró su café y se puso en pie.

—He de irme o perderé mi transporte.

El comandante se levantó a su vez.

—Ha sido un placer.

Hal intentó descubrir sarcasmo en su tono; pero no lo había. Se apaciguó algo y esbozó una sombra de sonrisa.

—¿Me tendrá informado?

—Pero yo sabré muy poca cosa, si es que me entero de algo, hasta que todo haya terminado —dijo el comandante con calma—. Sin duda se enterará antes por Johansen que por mí.

Una típica evasiva. Debería haberlo sabido, se dijo Hal irritado.

Antes de decir algo que luego lamentara, dio media vuelta y se fue.

Thrane se acercó a la ventana y observó a Starheim perderse a grandes zancadas en la oscuridad, en dirección a la parte central del campamento. Era una lástima que se hubieran separado en términos nada amistosos. El comandante estaba seguro de que, en unas circunstancias distintas, se habrían entendido muy bien. Starheim tenía

esa especie de independencia susceptible que Thrane siempre admiraba.

Aunque desde luego en esa independencia residía precisamente la dificultad. A Starheim le molestaba que alguien de Oslo le dijera lo que tenía que hacer. Estaba acostumbrado a dirigir su propia actuación. Nada de problemas nebulosos en las operaciones de Starheim. Thrane dudaba mucho que éste hubiera apreciado su referencia a las áreas grises. Los hombres como Starheim veían las cosas en blanco y negro. Lo que era ideal para una primera línea o expediciones al Polo Norte. Pero en el mundo real esas áreas gris oscuro son vitales, de lo contrario has perdido la batalla antes de que empiece. Y en Noruega, dada la posición en que se encontraba, había por cubrir muchas áreas grises.

Además, la operación no podía fallar. Starheim se preocupaba en exceso.

Aunque podría resultar embarazoso si alguien lo descubriera.

En eso Starheim tenía razón.

## Capítulo II

Es más conocido por su nombre romántico, la tierra del sol de medianoche; y en verano es, en realidad, una tierra de luz incesante y fluorescencia repentina y abundante.

Pero también es la tierra de la época de las tinieblas, como la llaman los lapones. Mediado el invierno y durante dos meses el sol jamás se levanta por el horizonte; y el día, por así decirlo, lo constituyen unas escasas y breves horas de crepúsculo. Desde luego es bienvenida la luz extra pero proporciona escaso alivio a los pobladores, porque el invierno sigue apretando las clavijas y no aflojará durante otros dos meses.

Pero esta tierra septentrional dentro del Círculo Ártico constituye dos mundos. Está la costa con sus fiordos y sus valles colindantes, habitados aunque no mucho. Y luego están las tierras del interior que podrían parecer otro planeta.

El interior se halla constituido en su mayoría por altas mesetas o *vidde*, una inmensa zona selvática que va desde las montañas costeras a través de Escandinavia septentrional hasta Rusia, una extensión de tundra derramándose en la baldía llanura siberiana.

La meseta no es llana. Su superficie está cubierta por un laberinto de colinas bajas y valles poco profundos salpicados de pequeños lagos. El paisaje está formado por páramos y pantanos y, ante la mirada inexperta, parece estéril, de manera especial en invierno. Pero, ocultos bajo la nieve, están los líquenes, el musgo y las plantas de baya esperando florecer con profusión durante el intenso aunque breve verano. En dirección a Finlandia y Rusia la meseta se inclina y se desploma en lagos silenciosos, o queda hendida por un profundo río y allí crecen abedules y sauces enanos.

Pero ahora, en pleno rigor invernal, todo aparece cubierto de hielo y nieve e incluso los pobladores más aclimatados de la meseta se mantienen al abrigo.

Porque existen pobladores: el zorro ártico, el armiño, el carcayú, el poco común lince, el lobo.

También hay hombres. Durante siglos, los lapones nómadas han invernado en la meseta y han hecho su vida en esas tierras, en modo alguno prometedoras. Porque es allí adonde el reno acude para rascar la nieve acumulada por el viento y encontrar el líquen y el musgo helados que son su alimento invernal. Sus pastos estivales en la costa, aunque menos fríos en esa época del año, están cubiertos por montones de nieve endurecida que hacen imposible llegar hasta el forraje. Los rebaños de renos, domesticados hace ya mucho tiempo por los lapones, aún son libres y los hombres les siguen en su migración hacia los pastos invernales.

Pero estos pastos abarcan centenares de kilómetros, los rebaños se encuentran muy desperdigados y los lapones son pocos. De manera que, para el viajero, esa extensión parece carente de rasgo distintivo alguno, un interminable desierto de nieve

prolongándose hasta perderse de vista, una tierra hostil donde el ser humano está fuera de lugar.

Y el viajero hará bien en verlo de esa manera, la meseta no es sitio adecuado para gente que no la conoce o no la comprende. En la inmensa llanura infinita, la temperatura ha llegado a alcanzar cincuenta grados bajo cero o más. Los animales, incluido el hombre, son capaces de soportar este frío, pero ya es más difícil sobrevivir al viento. En los largos inviernos abundan fortísimas tormentas que arrastran grandes cantidades de nieve hasta los largos fiordos y las abruptas montañas de la costa; luego se alzan hacia el interior donde los vientos azotan incontrolados la desierta meseta, desgarrando la capa de nieve y haciéndola volar hasta Dios sabe dónde.

Sí, todo el mundo se lo dirá, el viento es tu enemigo, ya que, al menos que puedas refugiarte en alguna parte, puede hacer que mueras congelado antes de lo que puedas imaginar.

Desde la cabaña del Ejército en Porsangmoen, el «Land Rover» militar enfiló hacia el interior, ascendiendo seguro hasta la alta meseta. A medida que la tierra iba haciéndose más llana, el conductor vigilaba con mayor atención los postes de señalización, ya que el viento borraba el camino y los indicadores eran su única guía segura a lo largo de la carretera que, cubierta de nieve, se confundía con toda la blancura que la rodeaba.

Al cabo de varias horas llegaron por fin al pueblo lapón de Karasjok, antes la morada invernal de los lapones nómadas y en la actualidad una instalación permanente y el centro espiritual de Laponia. Encaramado en el centro de la meseta, era la única civilización real en setenta y cinco kilómetros a la redonda.

En las afueras del poblado, el «Land Rover» se detuvo ante una casa de madera de una sola planta. Los pasajeros se bajaron y recogieron su equipo. El vehículo desapareció en la misma dirección por la que había llegado.

Los dos hombres entraron en la casa, una inconfundible morada lapona, con sus cobertizos toscamente contruidos, con su equipamiento de trineos, con las reses muertas colgando de los aleros e hileras de pieles de reno secándose. Una vez en el interior, dieron a los hombres café, pan y queso. Media hora después, un camión bastante desvencijado se detuvo delante de la casa y descendió de él un viejo lapón skolt, del este, que entró también en la casa. Tras tomar algún refrigerio y de un intercambio de noticias, el lapón skolt volvió de nuevo al camión acompañado de los dos hombres. Cargaron el equipo y los tres subieron a él.

El vehículo se puso en marcha. Ya en el pueblo, aunque lo de pueblo sea un término quizás excesivo, el camino se bifurcaba. Una de las carreteras torcía a la izquierda contorneando durante trescientos kilómetros la frontera septentrional de Finlandia hasta que, en el extremo más oriental de Noruega, alcanzaba la frontera soviética, deteniéndose bruscamente.

El baqueteado camión no siguió por ese camino sino que tomó la vía de la derecha que, atravesando el río Karasjok, conducía a la frontera finlandesa a quince kilómetros de allí.

El skolt no esperaba encontrar dificultad alguna en la frontera. El viejo era un mercader que la cruzaba dos veces al mes. Con frecuencia los guardias fronterizos le daban paso sólo con agitar la mano. Muy rara vez examinaba el contenido del vehículo o le pedían la documentación.

En esa ocasión, el ritual fue el mismo. Al llegar el camión a la frontera, un guardia se acercó indolente y le echó un vistazo. El viejo bajó el cristal de la ventanilla. El guardia pudo ver el peculiar sombrero skolt que llevaba el viejo y asintió al reconocerlo. El guardia no se molestó en preguntarle a dónde iba y para qué. Los lapones eran ley en sí mismos y de natural reservado. Además, aparte de algunas restricciones en lo referente a mercancías, el paso entre Noruega y Finlandia era libre. Con una sonrisa, el guardia les indicó con la mano que siguieran su camino.

Al ponerse de nuevo en marcha, el viejo empezó a hablar, contando a los hombres más jóvenes que su abuelo recordaba haber oído hablar al suyo de los días en que, en la zona más alejada del norte, no existía eso que llamaban fronteras. Laponia y una gran parte del norte de Escandinavia había estado habitada nada más que por lapones que se movían con toda libertad a través de centenares de kilómetros del país. Pero luego, la tierra que había sido de ellos durante miles de años fue parcelada, entrando a formar parte de Noruega, Suecia, Finlandia y Rusia. Poco a poco, pero de manera inexorable, se fue empujando a los lapones más hacia el norte. Muchos de ellos dejaron de ser nómadas y se instalaron en la costa para convertirse en granjeros pescadores; otros, en pastores sedentarios. A muchos les quitaron sus tierras.

Un kilómetro tras otro, la carretera se deslizaba a través de la solitaria meseta barrida por la nieve del noroeste de Finlandia. Al fin empezó a descender hacia las tierras bajas que se extienden desde la parte central de este país hasta Petsamo, en la costa septentrional, una región sorprendente y extraña de bosques primitivos y silenciosos lagos helados.

Los hombres pudieron comprobar, por las ráfagas de nieve, que el viento había refrescado y que la temperatura, ya por debajo de los veinte grados, bajaría aún más. Pero eso no les preocupaba. Había que tomar el tiempo como venía y, mientras el camión avanzaba, la nieve seguía densa y firme bajo las ruedas, la visibilidad era la adecuada y sabían que estaba haciendo buen tiempo.

La provincia del norte está dividida en dos mundos: el de la meseta y el de la costa.

En el litoral, el invierno es un auténtico milagro, que reside en que el tiempo no es, ni con mucho, peor. De acuerdo con las leyes naturales, en esa latitud, el mar

debería permanecer helado durante meses sin fin y la tierra presa de un insoportable e intenso frío, que ningún verano podría llegar a suavizar del todo y en la que muy pocas criaturas sobrevivirían.

Sin embargo, tanto los animales como el hombre se adaptaban a la perfección. El auténtico milagro radica en el Gulf Stream, cuyo largo brazo alcanza la costa noruega desde el sur, manteniendo el agua libre de hielos y la temperatura ambiente soportable, incluso durante los rigores invernales. El verano, cuando llega, lo hace de forma tan rápida, que la avena crece hasta en lugares lejanos como North Cape, y abundan los densos bosques en valles protegidos.

El mar, libre de hielos, lo frecuentan balleneros, cazadores de focas, viajeros y mercaderes como ruta hacia el Ártico abierto en todas las estaciones. En realidad una bendición.

Pero, al igual que tantas otras bendiciones, tiene su parte oscura.

Noruega no es el único país que disfruta de las aguas del Gulf Stream. Está también su inmensa vecina por el este. Semejante a un poderoso genio atrapado en una botella. La Unión Soviética sólo tiene salida al Océano Atlántico durante todo el año por el cuello de botella que separa a Noruega del Ártico helado.

Vigila celosa esas aguas y las utiliza de manera continua enviando sus barcos de la Flota del Norte al Atlántico, a través del cuello de botella, para cubrir su flanco occidental. ¡Y qué flota! En este momento, en 1960, está creciendo con gran rapidez. Dicen que pronto se convertirá en la mayor del mundo. Una colección masiva de buques de guerra, submarinos y auxiliares, respaldados por un inmenso arsenal y grandes facilidades técnicas, se agrupan alrededor de Murmansk y la península Kola. Murmansk es el único puerto libre de hielos de la Rusia del norte, con la característica, bastante incómoda para todos, de encontrarse muy cerca de Noruega, país perteneciente a la OTAN.

Dicen que la península Kola es la pieza más valiosa de bienes raíces sobre la tierra.

Pero lo incalculable es la zona marina.

Y quienquiera que controle a Noruega controla esa zona. Noruega es la clave. Y, en verdad, más le valdría no serlo.

Así pues, las aguas cálidas del Gulf Stream son una bendición; pero quizá también una maldición.

Hal llegó a la embarcación mediada la tarde, cuando ya el crepúsculo estaba muy avanzado. A través del agua, los picos de la isla cubierta de nieve se recortaban duros y límpidos sobre la oscura incandescencia azul del cielo.

Ya casi estaba en casa. Y sólo por eso se sentía mejor.

Bajó agachado la escalera de cámara hasta el compartimiento del motor y, dando al diésel «Volvo Penta» una firme palmada, se inclinó junto a él. Soltó las válvulas,



dio algunas vueltas manuales para poner en movimiento el aceite, lo roció con «Easy Start» y luego accionó el arranque. Las baterías frías hicieron girar la manivela con desesperante lentitud hasta que, con una sonora explosión, el diésel tosió una, dos veces, y al final fue cobrando vida.

Hal meneó la cabeza. Aquel maldito trasto siempre hacía lo mismo, parecía a punto de palmarla haciéndole temer lo peor para luego ponerse en marcha tan contento, como si funcionara a diario.

Volvió a la timonera esperando que el motor se calentara. Luego, ajustándose la capucha a la cara salió a cubierta y fue a soltar amarras.

El viento era ya fuerte. Soplaba a través del estrecho, sólido y denso por el frío ártico, lanzando contra el casco sibilantes olas de agudas crestas. La cala, protegida contra la mayoría de los vientos, se encontraba expuesta a los del norte y, bajo los pies de Hal la cubierta cabeceaba y daba sacudidas.

En cuanto soltó las amarras, Hal regresó a la cámara del timón, cerró de un portazo, puso en marcha el motor y enfiló la proa del *Skorpa* hacia el mar abierto. Eran tres millas a través del estrecho hasta la isla y, con la claridad de la luz que se extinguía, podía distinguir ya el parpadeo de la lámpara de Arne balanceándose en el borde de la lejana playa.

El diésel inició un pálpito constante al encontrar el *Skorpa* el ritmo de las olas. Era una buena embarcación. Un cúter de pesca moderno, de doce metros, sin duda mejor que la pequeña embarcación de petróleo que heredó de su padre y que estaba especializada en detenerse entre explosiones en medio del estrecho en plena noche.

Podían verse con toda claridad las nevadas cumbres de la isla centelleando pálidas sobre el cielo. Sin embargo, sus perfiles inferiores aparecían imprecisos, fundiéndose con la masa de islas que la rodeaban. Porque aquella isla era tan sólo una de la larga cadena de islas, islotes rocosos y *skerries* baldíos que formaban una maciza barrera natural frente al océano al otro lado.

Aquella isla medía dieciocho kilómetros por siete, y su nombre era Revoy. Isla del Zorro. Aunque Hal había descubierto que también tenía otro antiguo nombre lapón, olvidado hacía ya mucho, Gumpe Fuolo, Isla del Lobo.

Hal dudaba de que en la isla hubiera habido zorros, y mucho menos lobos. La única fauna que ahora se encontraba en ella eran liebres y perdices blancas; en verano, había patos eider y ánades, pescadores de ostras y andarríos.

El *Skorpa* navegaba a trancas y barrancas por el pequeño mar picado hasta que, al fin, la isla le proporcionó cierta protección, permitiéndole deslizarse con mayor tranquilidad. Eran las cuatro de la tarde. El viaje había durado casi doce horas. Primero un transporte del Ejército había conducido a Hal hasta Alta Fiord, donde, al cabo de dos horas de espera, cogió un hidroavión con dirección a Tromsø. Después, tomó un transbordador para atravesar el Tromsø Sound, ya que el nuevo puente que conectaba la isla de Tromsø con la península no estaba abierto. En el «Land Rover», recorrió las veinte millas que le separaban de la ensenada donde amarraba el *Skorpa*.

Y dentro de unas doce horas tendría que volver a irse. Era una manera demencial de vivir; pero aquél era el único hogar que tenía y sentía la necesidad de refugiarse en él siempre que podía, aunque sólo fuera por unas horas.

Los picos gemelos de Revoy planeaban sobre sus alturas. Anidada entre ellos, en lo profundo de un valle, centelleaba la suave luz dorada de una lámpara de aceite colocada en una ventana. La casa. Abajo, hacia la playa, brillaba el resplandor blanco, más vivo del farol, colocado en el cobertizo de los botes, reflejándose brillante sobre las oscuras aguas. A medida que se acercaba a la playa, Hal hizo girar la embarcación en dirección oeste hasta divisar la silueta de la boya de amarre bajo la oscilante luz. Luego, navegó con el *Skorpa* siguiendo el rastro de la luminosidad. En el último minuto, se apartó, trazó un semicírculo e hizo detenerse al *Skorpa* con la proa por encima de la boya.

Mientras aseguraba la pesada cadena, oyó el grito de saludo de Arne desde la playa, al que contestó con otro breve antes de dirigirse a popa para parar el motor. Hizo descender el bote al agua. Unos ladridos incesantes le llegaron como un eco y rió para sí.

Saltó a la embarcación y remó hacia la playa. Arne la cogió y entre ambos lo adentraron bien en la playa. Hal se encontró con un morro en la mano. *Bamse*.

—Ya estoy aquí, viejo diablo.

Cogió entre las manos la gran cabeza del perro y lo acarició con brusquedad.

El animal, lanzando un sordo gruñido, descargó su peso contra las piernas de Hal.

—Del noreste. Frío —gruñó Arne, indicando con un gesto vago la dirección del viento.

—Allá hace mucho más frío.

—Ah, *allá* —repitió Arne comprendiendo que se refería a la meseta—. ¡Claro! No lo dudo ni por un momento.

Para Arne quienes se aventuraban en invierno en la meseta, estaban completamente locos. Casi todo el mundo y, desde luego toda la gente que él conocía, vivía en la costa. Sólo los lapones pertenecían a la meseta.

Arne tenía sesenta años y aparentaba ochenta. Toda su vida había sido granjero pescador y su cara mostraba más arrugas que un mosaico. Su expresión era de preocupación permanente. Viudo desde hacía quince años vivía solo en la playa, ya que, en kilómetro y medio, no había alma viviente, y se ocupaba de la casa de Hal cuando éste se hallaba ausente, que era casi siempre.

—He encendido la estufa —informó Arne—. Y he puesto algo en la mesa.

—Gracias.

Arne descolgó el farol del costado del cobertizo y lo apagó. Caminaron por el sendero cubierto de nieve que era el único camino.

—Mañana he de irme temprano —dijo Hal—. A las cinco.

Arne asintió.

—Venga a buscar el perro.

Con un breve saludo, los dos hombres se separaron. Hal empezó a subir por el valle, *Bamse* saltaba alrededor de él como un cachorro, lo que dejó de ser hacía mucho tiempo. Luego, recordando su dignidad, se puso al paso con el morro firmemente dirigido a la nieve, la cojera menos pronunciada que de costumbre y agitando la cola en un círculo de contento.

El valle tenía cuatro kilómetros de ancho y se alzaba a ambos lados hacia la montaña, de ahí su nombre de Brattdal, valle escarpado. La superficie también ascendía por lo que había una buena cuesta hasta la casa.

A medida que Hal iba dejando atrás la mar, se alejaba el susurrante murmullo de las olas, y encontraba a cambio el ímpetu del viento que descendía de las montañas y silbaba a través de la nieve.

La casa estaba oculta tras un ligero altozano y sólo apareció al cabo de unos minutos de subida. Experimentó una sensación de placer en el estómago. Contuvo por un instante el aliento saboreando la intensa satisfacción del regreso al hogar.

La vivienda era característica, algunos la calificaban de extraordinaria, el tipo de casa que los mercaderes acaudalados del siglo XIX se hacían construir... en la ciudad. Una gallarda casa de madera, de dos pisos, embellecida con altos aguilones de estilo antiguo y arquitrabes y bordes profusamente tallados. Al frente, una larga galería con hermosos arcos de celosías. Era algo muy diferente de las moradas funcionales que los pescadores se fabricaban a lo largo de la playa. Lejos de fundirse con su entorno, la mansión se alzaba orgullosa y erguida en el suelo ascendente, semejante a una gran dama anciana que, negándose a marchar con los tiempos, todavía llevaba su más extravagante crinolina.

En la ventana ardía, grande y dorada, la luz de la lámpara de aceite. Arne había encendido bien las estufas y Hal sintió una oleada de bienestar al entrar en la casa.

El acre olor de madera de abedul quemada se mezclaba con el aroma de antigüedad que la casa siempre tuvo, incluso desde la infancia de Hal. Las habitaciones, empandadas con la madera oscurecida por el tiempo reflejaban la luz de suave centelleo. Sintió que le invadía una sensación familiar de paz y bienestar.

Echó leña a las estufas y comprobó las existencias de troncos. Puso en el suelo pescado seco para *Bamse*, que todavía estaba fuera inspeccionando su territorio, y luego cogió pan y queso de los víveres que Arne había dejado sobre la mesa de la cocina. Se llevó la comida y se instaló en su asiento favorito, ante el escritorio en la sala de estar.

La mayor parte de su infancia la había pasado en la casa familiar en Tromsø, pero Brattdal fue siempre su hogar espiritual, donde pasó infinidad de veranos y felices vacaciones familiares. Jamás le pasó por la mente que aquellos días se terminaran. Pero su hermana se casó y se trasladó al sur, su hermano desapareció en la mar y sus padres habían muerto.

El viejo buró de persiana perteneció a su padre. Hal le recordaba sentado allí, ya tarde en los brillantes crepúsculos estivales, leyendo en voz alta a Bjornson o

Hamsun. Arriba, en la pared había una fotografía de él tomada en mil novecientos treinta cuando tenía treinta y tres años, uno más que Hal en la actualidad. Con su correcta indumentaria, terno y sombrero oscuro, ofrecía la imagen perfecta del próspero comerciante que había llegado a ser. Sin embargo, observándole con atención, se podía apreciar el calor de su mirada revelando al hombre que había tras ella, el que leía de manera incesante, hablaba cuatro idiomas y sentía una gran compasión por su prójimo.

Pero los nazis no apreciaron esa composición en todo su valor. Se habían enfrentado a sus intentos por salvar a algunos jóvenes de las ejecuciones por represalias. Al término de la guerra, su padre regresó vivo del campo de concentración, aunque por poco tiempo, ya que murió al cabo de dos años. Cuatro después fallecía la madre de Hal a causa de un tumor. Él los echaba de menos muchísimo.

*Bamse* arañó la puerta. Hal le dejó pasar y le sacudió con ademán cariñoso. *Bamse* era mitad podenco lapón y mitad perro esquimal; aunque, en el fondo, sus orígenes no estaban demasiado claros. Hal le acusaba de llevar sangre de lobo. Tenía el morro largo, una lanuda capa gris, quijadas blancas y orejas en extremo puntiagudas. Por regla general, se quedaba en Revoy con Arne; pero de cuando en cuando, si nadie se daba cuenta, Hal se lo llevaba durante las operaciones de entrenamiento.

*Bamse* gruñó, apresó con suavidad el brazo de su amo entre los dientes y tiró de él.

—Oye, que no es momento de juegos.

Hal terminó de comer y luego, con un suspiro, tomó el montón de correo que había recibido en Tromsø. Con *Bamse* tumbado a sus pies empezó a leer. Había cartas relativas a la nueva expedición que, gracias a Dios, ahora ya podía traspasar a la recién nombrada secretaria de la expedición. Pero había otras de las que no le era posible librarse con tanta facilidad. Jóvenes escaladores que pedían consejos para su entrenamiento, clubes que quería que fuera a visitarlos. Incluso una solicitud de un grupo de lapones rogándole que respaldara el movimiento lapón de derechos civiles.

Esta última despertó su curiosidad. ¿Por qué escribirle a él? Releyó la carta con toda atención. Los lapones querían que apoyara su campaña para que fuera introducida de nuevo la lengua lapona en sus colegios y para protestar por la utilización de algunas de sus tierras como zona de entrenamiento militar.

Personalmente simpatizaba con el tema de la lengua. La cultura lapona estaba extinguiéndose y, a su juicio, el gobierno no tenía derecho a imponerles el idioma noruego. Pero era una cuestión política y en modo alguno podía intervenir en ella.

En cuanto a la protesta por la zona militar de entrenamiento... Sonrió sarcástico. Sería el camino más seguro de que le enviaran a casa.

De hecho, en los últimos tiempos, había reflexionado mucho en torno a la posibilidad de dejar el Ejército; aunque, a ser posible, no porque le dieran de baja.

Cada vez era más evidente que en su vida tenía que dejar algo, y de lo único que podía prescindir en ella era de su carrera militar. Sólo seguía en activo debido a que el Ejército se mostraba tolerante con sus largas ausencias y porque necesitaba el sueldo. Durante años había invertido en sus expediciones las ganancias obtenidas en sus giras de conferencias, sus libros y sus artículos, con el resultado de encontrarse siempre en quiebra.

Pensó en el tiempo que necesitaría para redactar una carta en términos corteses dirigida a los lapones, y deseó disponer de alguien que se ocupara de ese tipo de cosas. También le convendría tener un ama de llaves. Arne no era el proveedor más imaginativo y, en cuanto a limpieza, era probable que no se hubiese hecho en muchas semanas.

Con súbito impulso se levantó y abrió de par en par las puertas de la estufa de hierro fundido. La luz escapó de ella y lamió el empandado con trémulas lenguas ambarinas. Casi daba la impresión de que allí se vivía. Casi. Se precipitaron las imágenes del pasado y, por un momento, la habitación quedó desbordada por el cariño y el calor de las veladas familiares.

¿Envejecería allí? Esperaba que así fuera. Sí, algún día establecería una auténtica granja en Brattdal, iría de pesca con regularidad y escribiría más libros durante los largos inviernos.

Hal contempló pensativo las llamas. Eso no resultaría agradable estando solo. Pensaba mucho sobre ello. Al ver a Jan y Ragna tan felices juntos, no podía evitar cierta envidia.

Cuando tenía veinte años había tenido mucho cuidado en evitar compromisos de larga duración. Si rememoraba aquellos tiempos, se daba cuenta de que había sido implacable y firme al respecto. Más adelante, hacía ya cuatro años pareció ir en serio con una joven. Estuvo saliendo con ella durante casi dos años, le gustaba muchísimo; pero, al final, algo le retuvo. Acaso un último apremio de conservar su libertad, o la sensación de que no era en realidad la mujer que le convenía. No estaba seguro. Pero, cualquiera que fuese la razón, durante la expedición polar no le había escrito y, a su regreso, ella ya no estaba.

Después hubo otras. Una joven en Tromsø con la que salía con regularidad. Era bonita, alegre y muy cariñosa; pero... Pero ¿qué? No estaba seguro, eso era lo malo. Todo cuanto sabía era que no quería que fuera a vivir en Brattdal.

Ahora se daba cuenta de que el tiempo estaba pasando y que la soledad empezaba a alcanzarle minando sus defensas y perturbándole incluso allí, en aquella casa donde siempre se halló tan feliz. El sentimiento no tenía la menor semejanza con la estimulante soledad que se experimenta en los hielos árticos o colgando de una cuerda sobre una pared de hielo. Esto era diferente, una especie de desesperanza, un sufrimiento del espíritu.

*Bamse* se agitó un poco en sueños y lanzó un gran bostezo.

—¡No me sirves para nada! —le dijo Hal.

*Bamse* levantó la cabeza y se quedó mirándolo.

—¡Vete al infierno! —exclamó con tono afectuoso.

*Bamse* bostezó de nuevo y se enrolló. Era un auténtico independiente. Ésa era la razón por la que le resultaba tan simpático. Durante toda su vida había sido un perro trabajador y no le quedaba mucho tiempo para la gente... aparte de su amo, por supuesto. Perteneció a un granjero de Lyngen. Hal lo había encontrado un día de primavera en las alturas de un valle, medio muerto, con una pata delantera aprisionada por una cruel trampa. Su propietario quiso matarlo; pero Hal se lo llevó consigo a Revoy.

Resultó ser un buen compañero. Pero no se debe tomar demasiado cariño a un perro.

Cerró de golpe la estufa y se dirigió al vestíbulo delantero; se puso un abrigo, dispuesto a desafiar al viento, y salió a la galería. Había luna llena y, a través de la transparencia de la noche pudo ver, por encima de las aguas, el promontorio donde se encontraba la ensenada y el amarradero del *Skorpa* y, más allá, el ancho Ullsfiord y los dentados picos de los Lyngen Alps. Aquel panorama, aunque familiar, jamás dejaba de conmoverle. Y tampoco podía mirar los Lyngen Alps sin recordar que todavía quedaban entre ellos un par de buenos picos por escalar. Los había destinado para cuando hiera a retirarse.

Pero por una vez su mente no estaba centrada en las montañas. Pensaba en el viento.

Consultó el termómetro clavado en la puerta. Doce bajo cero, eso era frío en la costa. En la meseta lo sería más. *Siempre* hacía más frío en la meseta. Acaso treinta bajo cero con otros diez o quince grados a causa del viento glacial.

Jan y Mattis ya se habrían adentrado en Finlandia, tal vez hubieran llegado incluso al lago. El tiempo no sería un problema para ello, no tenía por qué serlo. «Entonces —se dijo—, ¿por qué me siento tan condenadamente incómodo?»

Pero no tenía una respuesta porque en realidad no la había.

Al cabo de unos minutos salió de su ensimismamiento. El tiempo pasaba. El día siguiente sería muy atareado. Reacio, entró de nuevo en la casa para habérselas con todo el correo sin contestar que tenía sobre el escritorio.

## Capítulo III

Rolf Berg arrancó el papel de la máquina de escribir y se quedó contemplando con mirada vacua la pared de su sala de estar. Esos artículos tenían que ser un prodigio de equilibrio. Un contenido demasiado alarmista y la gente empieza a hacer caso omiso de lo que dices. Y si expresas poco, más vale que te abstengas. En esto todavía no había logrado el equilibrio perfecto. Ni mucho menos.

Se quedó contemplando su última adquisición, una pintura de un prometedor artista sueco. Era una obra notable. Le invadió una oleada cálida de satisfacción. Había acertado al comprarla. Aparte de ser algo bello, y a él le gustaba muchísimo rodearse de cosas bellas, sería una buena inversión.

Metió otra hoja en la máquina y empezó por teclear su nombre en la parte superior. Se concentró, barajando más ideas; pero ninguna de ellas le proporcionó el comienzo capaz de captar la atención que necesitaba.

Al cabo de un par de minutos, exhaló de modo ruidoso y llegó a la conclusión, no por primera vez, de que no estaba llamado a ser periodista. Demasiada impaciencia. Y muy escasa disciplina. Como si quisiera demostrarlo, empezó a divagar. Recordó que, a última hora de la tarde tenía una cita. Una cita que no le atraía en absoluto. Había confiado en encontrar algún modo de evitarla. Pero no lo había. No le quedaba, pues, otro remedio que apretar los dientes y seguir adelante.

Sus pensamientos vagaron hacia algo más agradable, a una joven italiana llamada Isabella, una especie de rayo de sol, vital y cálido en el invierno gris de Oslo. Y además muy nueva, sólo hacía un par de semanas que la había conocido. Las relaciones nuevas eran las únicas con las que de verdad disfrutaba.

En la máquina, el papel en blanco se enfrentaba a él. Berg apartó la silla, se levantó y se acercó a la ventana. El panorama era de lo más triste. Sobre la tranquila calle residencial había empezado a planear una oscuridad prematura, y un velo de finos copos de nieve se agitaba en derredor de las farolas haciendo difusos los contornos de los edificios de apartamentos que se alzaban enfrente. Un transeúnte avanzaba cauteloso por el pavimento helado, con la cabeza baja para protegerse del viento.

Hizo un esfuerzo para volver junto a la máquina de escribir. No le quedaba más remedio que redactar ese artículo. Era importante. Tenía como tema las armas nucleares y la cuestión de si debería permitirse o no su instalación en suelo noruego. Experimentaba una razonable confianza en que el Gobierno laborista tomaría la decisión correcta; pero un vigoroso artículo era posible que ayudase a consolidar la opinión. Recogió del suelo la cuartilla estrujada y volvió a leerla.

En 1958 los aviones de las Fuerzas Aéreas noruegas empezaron a llevar misiles «Sidewinder» americanos. El año pasado, se instalaron en suelo noruego misiles tierra-aire de los EE. UU. manejados por personal americano. Y si los EE. UU. logran lo que se proponen, esos misiles «Nike» llevarán pronto cabezas nucleares.

El Gobierno soviético ha dejado bien claro que semejante progresión de acontecimientos les forzarán a llegar a una única conclusión, que las intenciones de Noruega son agresivas. Poniéndonos en su lugar, ¿podemos acaso culparles?

Berg hizo gestos negativos con la cabeza. Rematadamente malo. De lo más pedante y absolutista. Aunque eso podría decirse de la mayoría de los artículos que aparecían en la Prensa noruega. Tenía que pensar en algo más incisivo. Al fin dio con ello y escribió:

Noruega pronto habrá de tomar una decisión vital. La de dar un paso al frente y colocarse en primera línea de la Guerra Fría.

No es que resultara muy ingenioso; pero planteaba la cuestión sin ambages.

Durante tres horas, luchó con la composición del artículo hasta que tuvo la impresión de haber alcanzado la nota exacta de equilibrio y razón, dando la idea de que se inclinaría a un lado o a otro si la evidencia lo justificara.

Más tarde volvería sobre el artículo, puliéndolo y dándole el toque final antes de entregarlo a la mañana siguiente. Pero le había llevado mucho más tiempo de lo que creía. Eran casi las seis. Maldición. Ahora apenas tendría tiempo de ver a Isabella. Debería haberse puesto a trabajar antes.

Cambió su «Levis» por un suéter azul claro de cachemira y unos pantalones de franela gris, adquiridos ambos en París durante una misión. Y se enrolló al cuello una bufanda blanca, también de cachemira, al igual que la chaqueta que se puso después. Salió presuroso del piso hacia su coche. Había algo de circulación por el parque, pero luego se aclaró y pudo avanzar rápido. En Oslo la jornada de trabajo terminaba a las cuatro y la hora punta hacía mucho que había pasado. Se detuvo en una florista cuando ya estaba cerrando y compró unas rosas. Le encantaban los detalles por banales que fueran. Era algo que animaba la vida, la cual, a poco que uno se descuidara, podía llegar a ser horriblemente seria.

En el semáforo acababa de aparecer la luz roja. Apretó el acelerador y se la saltó. En verdad una actitud muy poco noruega.

Al detenerse delante de la casa de Isabella, recordó de repente que no la había telefoneado diciéndole que iba a ir. Pero sí le había dicho que tal vez se dejaría caer por allí. Era probable que ella estuviera esperando, por si acaso.



Pero no había sido así. Nadie contestó al timbre, lo que le produjo una gran frustración. Dejó las flores descansando contra la puerta y garrapateó una nota: *¿Dónde estabas?*

Luego, pensándolo mejor, se quitó la corbata y la introdujo por la abertura del buzón. Puso una posdata a la nota: *Para el resto de mi persona llama al 74 72 29.* Ahora ella tendría que telefonarle a él. Sería la prueba de fuego. Si se lo tomaba de forma alegre, la cosa resultaría muy bien, lo que para Berg significaba divertirse mientras durara y, cuando acabase, pelillos a la mar.

Eran sólo las cinco y veinte cuando regresó a su coche. No quería llegar demasiado pronto a su próxima cita. Decidió seguir el camino más largo y aprovechar el tiempo para adaptar su talante.

No resultaba fácil. Aquellos encuentros siempre le exigían un esfuerzo. Hacía ya mucho tiempo que duraban. ¿Cuánto en realidad? Intentó recordar. Un año. No, catorce meses. Santo Dios.

Empezaba a tener la sensación de estar condenado a cadena perpetua.

Llegó al suburbio de Vinderen a las cinco cuarenta. Como siempre, aparcó a cierta distancia de la casa y en lugar distinto al de la última vez para evitar que los vecinos se dieran cuenta de su presencia. Todo ello tenía ciertos ribetes de una aventura de capa y espada, pero eso más bien le gustaba. Daba un *frisson* a la velada y en verdad lo necesitaba.

Esperó quince minutos en el coche, fumando un cigarrillo, y luego, con un suspiro de aburrimiento, salió y empezó a caminar. La noche estaba muy fría; pero de un frío agradable. Había dejado de nevar y sentía el aire fresco y fragante sobre la piel. Disfrutó subiendo por la avenida poblada de altos pinos que suspiraban y se lamentaban al agitar el viento sus copas. Llegó a la conclusión de que debería pasar más tiempo fuera de casa. Uno de esos días, iría de nuevo a hacer excursiones de esquí.

Cerca ya de la vivienda, se detuvo un momento, esperando, protegido por las sombras de los árboles. Como de costumbre, ella había llegado antes que él, su coche se hallaba aparcado en el camino y, en la ventana del cuarto de estar, brillaba una luz. Mientras vigilaba, se encendió otra luz arriba. Sabía muy bien qué habitación era.

Permaneció todavía un momento bajo los abetos y al fin se dirigió a la entrada trasera y llamó con los nudillos. Al cabo de un momento escuchó el ruido de pisadas. La puerta se abrió y allí la tenía, delante de él.

La cincuentona Sonja, desmañada y jamona.

Sonrió.

Ella emitió la risita que acostumbraba y se hizo a un lado para dejarle pasar. Luego, cerró la puerta y, cogiéndole el abrigo, permaneció inmóvil, expectante.

Él la abrazó y logró darle un beso lo bastante entusiasta.

—¿Cómo está mi chica? —le preguntó.

Ella parecía turbada y contenta al mismo tiempo.

—Muy bien.

—Tienes un aspecto estupendo.

En realidad tenía el aspecto que correspondía a su edad.

—Tú también —contestó ella con una sonrisa tímida. Se quedó mirándolo un instante y luego, volviendo a ponerse las gafas con todo cuidado, dijo con voz que quería ser ligera—: Hoy tengo salmón. Espero que te gustará.

La siguió a la cocina. Las veladas siempre se desarrollaban de acuerdo con un patrón establecido. Ella le ofrecía un trago, escocés, pues ya sabía que era su preferido, preparaba la cena y charlaban de cosas en general. Después de la cena se iban arriba. Aquello era lo que, en silencio, más temía. En un principio, el cuerpo de ella había ejercido sobre él una atracción perversa; pero eso hacía tiempo que había pasado.

Por lo general, la velada terminaba pronto. Gracias a Dios no tenía que quedarse toda la noche. La casa les pertenecía sólo hasta las diez y media, hora en que regresaba la propietaria, una amiga de ella.

Se sentó a la mesa y esperó a que ella le escanciara la bebida, y la dejó hacerlo hasta que el vaso estuvo casi lleno.

—¿Una jornada dura?

Lo miró interrogante.

—Mucho.

Ella se acercó al fogón y movió varias sartenes, hablando con aquel suave tono razonable que tanto le irritaba. Al menos no se esperaba de él que contestara hasta que hubiese terminado su bebida. Aprovechó la oportunidad para observarla por encima del borde del vaso.

Se llama Sonja Bjornsen y trabaja para el Servicio Secreto Militar noruego conocido como FO/E.

Había sido muy fácil en los comienzos. Asombrosamente fácil. Estaba preparando un artículo sobre el compromiso de Noruega con la CIA, un artículo que, por supuesto, estaba condenado a no ver jamás la luz. Se dedicó a vigilar las oficinas de FO/E en un intento de demostrar que sí existía el Servicio Secreto Militar, un hecho que ninguna autoridad estaba dispuesta a admitir. Sonja se encontraba entre la gente que él vio abandonar el edificio en Portous Gate. Tenía el aspecto de lo que en realidad era, una solterona que desempeñaba un cargo de responsabilidad como secretaria. Había resultado muy fácil seguirla hasta su casa. Una semana después, cuando ella acudía al cine, como de costumbre, tropezó con ella. Bueno, en realidad no de forma del todo accidental.

Después de aquello, las cosas fueron progresando de modo muy satisfactorio. Tuvo que aventurarse a correr mayores riesgos de los que había corrido hasta entonces; pero valió la pena. Sonja resultó ser una auténtica mina de oro, aun cuando hubieron de transcurrir varios meses antes de que él se diera perfecta cuenta de lo valiosa que era. Durante el último año, Berg logró dos exclusivas en primera plana

sobre política de defensa, además de una serie constante de indicios e insinuaciones que él integraba en pequeñas historias.

En efecto, una auténtica mina de oro.

Luego, la ascendieron.

Cuando se lo dijo, apenas fue capaz de disimular su contento. La habían hecho abeja reina, secretaria del director.

Pero, al cabo de un mes, la euforia de Berg se esfumó. En realidad la dama había tomado muy en serio sus nuevas responsabilidades. En lugar de alimentar su pico con bocados más grandes y mejores, apenas si le había proporcionado más que migajas. Ahora ya, todo lo que obtenía eran chismes de oficina y política interdepartamental.

La miró irritado. Estaba aburrido de tener que hacer todos aquellos esfuerzos para nada, se hallaba harto de mostrarse paciente. Si lo amaba tanto, ¿por qué diablos no le proporcionaba lo que él quería?

Sonja había dejado de hablar y le sonreía cariñosa.

—Lo siento, no hago más que parlotear. Pobre Erik, parece deshecho.

«Sí —se dijo Berg—, pobre Erik. Pobre Erik Leif.»

Sonja siempre olvidaba lo hermoso que era. Resultaba extraño pensar de un hombre que era hermoso; pero es que en realidad no había otra palabra para describir a Erik. Cada vez que le abría la puerta, la contemplación de su rostro le producía un estremecimiento de placer. Durante los largos días en que estaban separados pensaba muchísimo en él, incluso cuando se encontraba trabajando y, sin embargo, su memoria jamás le hacía justicia.

Dejando los guisos por un momento, se sentó, incitándole a hablar para así poder examinar sus facciones una por una. La nariz recta, la boca grande y los ojos azules. Pero su pelo era lo que más llamaba la atención. Lo tenía muy espeso y muy rubio. Mientras que tantos noruegos poseían el cabello ceniciento o rubio claro, Erik lo tenía dorado.

Había dejado de hablar y parecía aburrido.

—Serviré la comida —dijo ella presurosa al tiempo que se levantaba para buscarla.

Le había conocido en la cola de un cine. Cuando se dio cuenta de que él sabía exactamente quién era ella, se sintió en cierto modo alarmada; pero tan pronto como Erik se presentó, todo quedó aclarado. Pertenecía al «otro» departamento, al Servicio de Seguridad conocido como FO/S.

Como era natural, ella lo comprobó. Fue algo automático. Telefonó a Anna, que desempeñaba el cargo similar al suyo en el Servicio de Seguridad, y ella le confirmó que Erik Leif trabajaba en FO/S. Coincidían el color del pelo, la estatura y la edad.

Por lo que, a partir de entonces, sólo una cosa preocupaba a Sonja. Por qué alguien tan maravilloso como Erik se molestaba en ocuparse de ella. Pero eso

también se lo había explicado él. La realidad era que se había mostrado muy franco al respecto. Y bastante simpático.

Lo que Erik quería era familiarizarse algo con las interioridades del departamento.

Y por un motivo que ella era capaz de comprender. Entre sus dos departamentos existía una cierta rivalidad no demasiado cordial que, de tanto en tanto, conducía a lo que se solía denominar con cierto eufemismo «dificultades». Erik quería eludir toda la poderosa maquinaria del enlace entre servicios, para tratar de limar asperezas, como él decía. Con lo que, en realidad, quería decir para impulsar su carrera. Porque Erik era ambicioso. No había más que mirarlo para darse cuenta. Pero a Sonja no le importaba. Muy al contrario, le gustaba estar cerca de alguien con semejante energía. La hacía sentirse joven.

Y así empezó la relación. A los veinte años, había tenido algunas breves aventuras; pero nada semejante a aquello, nada parecido ni por lo más remoto. Jamás se le había ocurrido que pudiera sentir con tanta intensidad. El cuerpo de él, las cosas que le hacía... Era como una droga. Y ella no podía en modo alguno evitarlo. Cada día lo necesitaba más.

Claro que ella no se engañaba respecto a sus relaciones. Se daba cuenta de que carecía de belleza. De joven resultaba muy agradable, mucha gente lo creía así; pero, en los últimos años, se había abandonado. Le sobraban kilos en muchas partes de su cuerpo. Claro que el aspecto no lo era todo. A su manera Erik la quería, sabía que era así. De cuando en cuando daba pequeñas muestras de cariño. Era evidente que respetaba el buen juicio de ella. Y eso era suficiente.

Claro que sus relaciones representaban en esencia un trato. El chismorreó interno a cambio del tiempo que pasaban juntos. Pero a ella no le importaba. En realidad casi lo prefería. Le daba una sensación de valor y dignidad. Y proporcionaba *equilibrio* a la aventura.

Charlaba mientras servía la comida. Siempre intentaba reunir, durante la semana, un pequeño bagaje de anécdotas e historietas, esperando que le interesaran y divirtieran. Y tenía buen cuidado de evitar ciertos temas que le hastiaban. Por ejemplo, hablarle de su madre, que vivía con ella y estaba casi postrada en cama. Pero también a Sonja le gustaba descansar alguna vez de ella.

Sirvió la comida.

—¿Qué tal tu copa?

Sin decir palabra, Berg apuró el vaso y se lo tendió para que lo llenara de nuevo.

—Las cosas deben andar mal —dijo Sonja con una risa breve.

Berg se encogió de hombros.

—Muy mal por el momento.

—¿De veras?

Aquella noche la mente de él parecía encontrarse en otra parte.

—¿Cómo? Ah, sí. Hay mucho cabildeo para cubrir el cargo de subdirector, eso es

todo. De manera que descargan sobre nosotros un montón de trabajo.

La mujer quedó sorprendida. Pensaba que el cargo de subdirector estaba cubierto en el FO/S. Pero tal vez no había sido comunicado todavía.

Ella empezó a comer. Erik picoteaba con desgana.

—He oído decir que es muy posible que le siga el jefe de la Sección E —informó sonriendo expectante.

Aquello sin duda le interesaría. La «E» era su propia sección: Seguridad Preventiva.

—Eso he oído —respondió con brusquedad.

—¿De veras? Cuéntame *¿qué hay* detrás de todo ello?

Detuvo a medio camino el tenedor que se llevaba a la boca para contemplar a gusto su maravillosa cara.

Sonja esperaba una respuesta. Aquel tipo de chismorreo burocrático resultaba siempre la parte más espinosa a lo largo de la velada. Tenía que recordar lo que le dijo la semana anterior, ya que la memoria de ella era excelente, y esbozar una serie de acontecimientos plausibles. En una o dos ocasiones había dado dos graves patinazos y se las había visto y deseado para salir airoso de ellos. Pero, por lo general, se las arreglaba muy bien. Le gustaba pensar que, en una vida anterior, había sido un excelente actor.

—Creo que hubo un altercado —dijo Berg.

—¡Ah!

Parecía sorprendida. Tal vez hubiera equivocado el camino.

—Pero verás. En realidad no lo sé —agregó con tono animado—. Y, si quieres que te diga la verdad, tampoco me interesa demasiado. La política burocrática me aburre a muerte.

Sonja bajó la vista, dando el tema por acabado. Jamás insistía.

En realidad no era ni mucho menos estúpida. Tan sólo crédula. El engaño sobre lo de Erik Leif se había producido de forma natural. Pero el nombre no lo había escogido a la buena de Dios, no era tan idiota. En FO/S había un auténtico Erik Leif, un oficial de baja graduación perteneciente a protección diplomática, a quien Berg conoció haría unos dos años cuando el hombre se ocupaba de la protección de un ministro de la OTAN.

Después de aquello, Sonja se lo había tragado todo. Y era verdad cuanto se decía de las solteronas de edad madura. Los años las hacían desesperadamente agradecidas y ciegas. En ocasiones casi sentía afecto por ella, al igual que algunas cosas feas ejercen una curiosa y compulsiva fascinación. Pero ahora ya había llegado el desencanto.

Sonja retiró los platos y sirvió el café.

La última oportunidad, Sonja, se dijo él.

Jugueteando con la taza adoptó una mirada lejana y conturbada.  
Ella la captó en seguida. Era muy rápida percibiendo la atmósfera.  
—¿Pasa algo? —le preguntó en tono cariñoso.

Mostró una leve vacilación.

—Bueno...

Los ojos de la mujer produjeron un rápido parpadeo detrás de las gafas.

—¿De qué se trata?

Berg esbozó una leve sonrisa y puso ceño preocupado.

—Ha ocurrido algo, Sonja. Yo...

Se interrumpió, al parecer incapaz de seguir hablando.

Ella se quedó mirándolo un tanto alarmada.

—La cuestión es —aspiró hondo—. Tengo un nuevo trabajo.

Sonja se quedó de piedra. Sabía que eran malas noticias.

—Se trata de una especie de ascenso —siguió diciendo él—. Voy a encabezar un nuevo equipo. Habré de viajar mucho de manera imprevista. El equipo actuará en estrecha colaboración. Hemos de mantenernos en contacto permanente unos con otros. Los demás tendrán que saber dónde me encuentre en todo momento. Así que —la miró a los ojos con fijeza— puede que no me sea posible verte con demasiada frecuencia. Acaso nunca.

Ella lo contemplaba con la cara pálida y la boca un poco entreabierta.

—Pero, seguramente... podrás tener algún tiempo libre.

Su voz sonaba sorda y temblorosa.

—No podré tener una vida secreta, Sonja. Y sin duda tú eres un secreto.

—Bueno..., pero tendrá que haber alguna manera.

Estaba luchando por mostrarse valiente.

—Es un trabajo fijo.

Sonja parpadeó varias veces y luego consiguió dirigirle una sonrisa temblorosa.

—Bien, siempre supimos que llegaríamos a esto, ¿verdad? Supongo que no podemos quejarnos. —De repente, se quitó las gafas y se llevó la mano a los ojos—. Lo siento —dijo hablando con dificultad—. Lo siento...

Berg dio vuelta a la mesa y, poniéndola en pie, la dejó llorar sobre su hombro. Después de todo, era lo menos que podía hacer.

Al cabo de un rato, Sonja se apartó.

—Ha sido la sorpresa, eso es todo —dijo con tono firme secándose los ojos—. Ahora ya estoy bien. De veras. Es que me ha sorprendido mucho.

Volvieron a sentarse. Berg le sirvió a ella un trago largo. Se lo bebió de golpe y luego preguntó con aparente calma:

—Todavía no lo *comprendo*. Por qué..., cómo..., háblame de ese trabajo.

Berg tenía preparada la respuesta.

—Bueno, en realidad estamos investigando.

—¡Ah! ¿Qué tipo de investigación?

—Creemos que en alguna parte ha habido una especie de filtración y... —se encogió de hombros—. Tenemos que localizarla.

—¿Una filtración?

La mirada de sus ojos llorosos se hizo penetrante.

—Tal vez.

—¿Cuál?

—Si nosotros lo supiéramos...

—¿Qué tipo de material se ha filtrado?

Ya estaban avanzando en la dirección deseada. Berg frunció el ceño, preocupado, como sopesando si debería decírselo.

—Todavía no estamos seguros del todo. Pero parece que tiene relación con operaciones vinculadas con la CIA.

Sonja mostró una expresión aterrada.

—Ah, ah.

—Ya te lo dije, sólo es un rumor.

—Pero... a nosotros no nos ha sido notificado. ¿Por qué no nos lo han notificado?

Sonja era tan aguda como un hurón cuando se despertaba su curiosidad. Tendría que andar con mucho cuidado.

—La filtración parece proceder de fuente noruega —dijo—. Y... verás, ya he hablado demasiado. Incluso a ti, Sonja.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó ella—. ¿Que puede que la filtración proceda de *nosotros*?

—Es una posibilidad.

Detrás de los gruesos cristales, los ojos de Sonja parecían desorbitados. Berg tuvo la sensación de haber arrojado una bola de nieve que empezaba a convertirse en alud.

—Esto es muy grave, Erik —dijo ella inclinándose sobre la mesa en voz baja y apremiante—. Yo... —calló de repente y le dirigió una mirada torturada como si quisiera decirle algo más pero no pudiera.

Berg sintió que le acuciaba el interés.

—¿Sí? —dijo alentándola a seguir hablando.

La mente de ella era un hervidero.

—No podía llegar en peor momento —acabó diciendo.

Berg intentaba decidir si estaba inventándose o no. De acuerdo con su experiencia, las mujeres, incluso las mujeres dóciles como Sonja, eran capaces de todo cuando trataban de aferrarse a unas relaciones que se les escapaban.

—¿Por qué es un mal momento? —apuntó él.

Sonja vaciló por un largo momento; luego, movió la cabeza en firmes gestos negativos. Decidió no hablar. En vez de ello, rompió a llorar de nuevo.

Berg se puso en pie.

Ella se levantó de un salto, con expresión de pánico.

—Espera. Por favor, no te vayas todavía. No puedo soportarlo. No puedo soportar

que te vayas así, de repente.

—Verás, Sonja, de nada sirve prolongar las cosas. ¿No te parece?

—No... ¡No! Por favor. ¡Por favor...! —hizo un esfuerzo inmenso por mantener la calma—. Por favor. Ocurra lo que ocurra, yo... Ah, no puedo soportarlo. Te lo ruego, Erik. Aún puedo ayudarte, sé que puedo.

Berg alzó una ceja.

—¿Ah?

Sonja se quedó mirándolo durante un momento; luego, se acercó a él, despacio y en actitud humilde, le rodeó con los brazos y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Berg ansiaba irse; pero al propio tiempo se sentía aguijoneado por la curiosidad. Tenía que enterarse.

Procedió al necesario ajuste mental, a la idea de acostarse una vez más con Sonja. Resultaba difícil; pero con toda seguridad no acabaría con él. Ya lo había hecho antes con bastante frecuencia.

Empezó a acariciarle el pelo.

Sí, concentrándose a fondo, era posible que, mediante un increíble impulso de imaginación, fuera capaz de sugestionarse de que el turgente cuerpo que tenía entre los brazos era el de Isabella.

Tras recorrer noventa kilómetros por el interior de Finlandia, el camión se detuvo en la oscuridad junto a un inmenso lago helado. Allí los tres hombres descargaron el vehículo. Sacaron mochilas y esquíes, un haz de palos de abedul, un rollo de tejido grueso y varias cajas de provisiones. A corta distancia, por debajo del sendero, instalaron el campamento en una oquedad resguardada entre los árboles que bordeaban el lago.

Con los palos curvados de abedul, hicieron una especie de armazón abovedado y tensaron alrededor de él la gruesa tela de lana. Cubrieron el suelo de ramitas de abedul y sobre ellas extendieron pieles de reno. En cuestión de veinte minutos quedó terminada la tienda.

Había transcurrido ya mucho tiempo desde que Jan o Mattis montaron una tienda lapona tradicional conocida como *lavo*; pero el viejo lapón *skolt* recordaba lo suficiente el sistema; aunque en la actualidad él mismo apenas se molestara en hacerlo. Quince kilómetros lago arriba había una estupenda cabaña de madera que solía utilizar. Pero en esta ocasión era preferible mantenerse apartados del camino trillado. En aquella región era bien conocido el lapón *skolt*; pero los otros dos eran forasteros y atraerían la atención.

Los hombres buscaron, agradecidos, el cobijo de la tienda. El viento soplaba con fuerza a lo largo de los noventa kilómetros del lago, nubes desgarradas atravesaban veloces la luna llena y, al norte, las estrellas habían desaparecido tras una masa creciente de profunda oscuridad. Mattis encendió la estufa a presión, la única



concesión que hacían a la modernidad, y preparó una comida caliente con pescado y patatas, seguidos de duro pan ázimo y conserva de *camemoro* con auténtica mantequilla, una verdadera exquisitez por aquellos parajes. Después tomaron café y, para el viejo, un trago de aguardiente. Le gustaba charlar y, durante un rato, los más jóvenes escucharon cortesés, pese a que resultaba difícil seguir su dialecto, que farfullaba rápido. Hablaba de los tiempos anteriores a la guerra, cuando su comunidad vivía en la región de Petsamo, un área apresada entre el este y el oeste, motivo de eternas disputas fronterizas. Entonces era finlandesa, ahora rusa. Como tantos de su generación, quería retomar a su patria. Sin embargo, no se le permitía pese al tiempo transcurrido. Aún le resultaba difícil entender por qué.

No le gustaba la vida allí, en el lago Inari, la pesca no era tan buena, la caza escasa y los colonos finlandeses se mostraban hostiles con los lapones. ¿Cuál era la respuesta?

No la había, y los más jóvenes se quedaron dormidos, mientras el viejo apuraba otro trago de licor y pensaba dónde pescar al día siguiente. Al fin decidió en qué parte del lago helado probaría suerte. Por último también él se quedó dormido y el único ruido fue el insistente susurro del viento al lanzar los primeros remolinos de nieve contra el costado de la tienda.

Sonja sabía que estaba despierto; pero no le habló. En momentos como aquéllos lo mejor era dejarlo tranquilo. Tampoco se movió; aunque, como siempre, sentía un ansia apremiante de tocarle. Le gustaba el tacto de su pelo, tan abundante y denso. Le gustaba acariciarle el brazo y sentir la asombrosa suavidad de su piel.

Pero se contuvo. Era esencial el dominio de sí misma. Sabía bien que una mujer inteligente jamás revela sus sentimientos. Tenía buen cuidado de no expresar lo que sentía, y de no formular demasiadas exigencias. Ella había sido cuidadosa, muy cuidadosa. Y en realidad había tenido su compensación.

*Hasta este momento.*

¿Qué había ido mal? No podía imaginárselo. No había hecho nada que pudiera molestarle.

Pero, en el fondo, sabía demasiado bien lo que fallaba. Se había cansado de ella. Estaba intentando librarse de aquella relación. La idea le producía una angustia punzante.

Lo del nuevo trabajo no era más que un pretexto, se hallaba segura. Si en realidad quisiera seguir viéndola, siempre podría encontrar una manera. En ninguno de los dos departamentos había habido el menor indicio de sus encuentros.

Fue Erik quien siempre insistió en mantenerlos en secreto. Había dicho que aquello podría resultar perjudicial para su carrera. En lo más profundo de su ser, Sonja sospechaba que la razón era otra. Sencillamente que se avergonzaba de ella. Se daba cuenta de lo ridículas que podían parecer a algunas personas sus relaciones. No

serían capaces de comprenderlo; en realidad no se darían cuenta de lo mucho que dependían el uno del otro.

Que *habían...*

*Una tortura.*

Sintió que de nuevo se le llenaban los ojos de lágrimas y las contuvo. Era algo tan poco digno... Como la exhibición que dio abajo. ¡En qué habría estado pensando al revelar sus sentimientos de aquella manera!

Se sentía tan feliz tal como estaban las cosas... A los veinte años había esperado demasiado, ése fue su error. Todavía a los treinta y cinco seguía esperando al hombre apropiado; pero de repente se dio cuenta de que ya no había hombres disponibles, apropiados o no. Y comprendió que se había mostrado en exceso selectiva.

Luego, su madre cayó enferma y Sonja fue a vivir con ella. De repente se esfumó lo que le quedaba de vida social, reduciéndose a una visita semanal al cine.

Ahora ya tenía cincuenta años y era muy, pero que muy tarde.

A su lado, Erik se movió. Ella se quedó muy quieta, esperando jadeante; pero él, dando media vuelta se alejó de ella y su respiración era lenta y regular. Afuera, el viento susurraba entre los árboles.

Haré cualquier cosa con tal de no perderlo.

Erik volvió a ponerse boca arriba y ella contuvo el aliento.

Él, alargando la mano, le dio unas palmaditas en el brazo.

Sonja se sumergió en una oleada de amor y nostalgia. Se apretó contra él. Berg, pasándole la mano por el cuello la atrajo hacia sí. Ella le acarició el brazo y el pelo con infinita lentitud, concentrándose en cada una de las sensaciones para poder almacenarlas en el recuerdo.

—¿Sabes una cosa, Sonja? Siento verdadero afecto por ti —murmuró él.

Ella se quedó muy quieta, con los ojos fuertemente cerrados y los dientes apretados.

—Sólo que... —suspiró— estaré trabajando a toda hora y... Sencillamente no me quedará tiempo. —Luego, añadió lacónico—: Se trata de un trabajo realmente importante para mí, ¿comprendes?

—Comprendo —asintió ella forzando el tono de voz para que pareciera muy razonable.

—Bueno, no estoy muy seguro de que sea así. Para mí puede ser un gran triunfo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Berg guardó silencio un instante.

—Bien..., no lo creo probable. —Parecía dubitativo—. A menos que haya algo de lo que creas que deba estar enterado. Quiero decir algo en especial delicado que pueda resultar..., que sea realmente vulnerable.

Sonja sabía lo que debería decirle; pero quería estar bien segura.

—Esa filtración... Dices que puede referirse a una operación conjunta.

—Sí. —Parecía irritado de que le pidiera especificaciones—. Algo referente a operaciones con la NSA o la CIA.

Sonja aún vacilaba. Era cierto que existían operaciones conjuntas con la Agencia de Seguridad Nacional de los EE. UU. y la CIA; pero nunca le había dado detalles antes. Sólo decisiones generales sobre la política, pequeñas cosas acerca de las instalaciones en las que se reunían informes secretos militares. Nada de aquello parecía peligroso.

Pero jamás le habló de operaciones. ¿Y por qué habría de hacerlo ahora cuando iba a dejarla?

Erik, inclinándose hacia ella la besó. Luego, incorporándose se la quedó mirando sin decir palabra. Bajo la luz velada tenía un aspecto casi cariñoso.

—Verás, te voy a echar de menos, ¿sabes? —le musitó.

—No me dejes.

—Sonja, yo...

—No lo lamentarás.

—Bueno, no sé... *Acaso* haya alguna manera.

—Puedo ayudar. De veras que puedo, Erik.

Una pausa.

—Empezaba a creer que ya no querías seguir ayudándome, Sonja.

—Sí que *quiero*, sí que *quiero*, Erik. Sólo que era..., era tan difícil decidir si resultaba seguro que lo supieras.

—Mi querida Sonja. —Otra pausa—. Quizá podamos vernos de cuando en cuando...

Ella dejó que las palabras penetraran a fondo. ¿Lo decía en serio? Rompió a llorar sin disimulos, ocultando la cara en el pecho de él.

—No puedo evitarlo, Erik, te quiero tanto... —musitó en una repentina explosión de sinceridad.

Berg emitió una risa breve.

—Sonja..., Sonja..., yo también te quiero.

- entonces, para que él jamás llegara a lamentar aquellas palabras y porque tenía tal ansia de satisfacerle, se lo dijo.

Tuvo extremo cuidado de no darle los nombres de los implicados ni el lugar exacto; pero le informó acerca de todo el resto. Le dijo lo de los dos lapones camino de la frontera, lo de la reunión con el agente de Murmansk, el hombre que iba a comprar su libertad a cambio de información sobre los astilleros de Murmansk.

Y luego volvieron a hacer el amor. Aliviada ya de todo temor, Sonja hizo una promesa. Que nunca en la vida volvería a decepcionarle.

## Capítulo IV

Ragna Johansen se miró al espejo y sólo vio una acelga. Una acelga bastante atractiva, tenía que reconocerlo, pero no por ello sus antiguos amigos dejaban de verla como un vegetal. Una mujer que había arrojado lejos de sí sus primeras aficiones para quedar capturada en el cepo de la vida doméstica.

Claro que no había renunciado a nada que valiera la pena; pero, de cualquier manera, la idea le divertía porque en los viejos tiempos le aterraba pensar que pudiera convertirse en una vulgar ama de casa.

Pero, en definitiva, los viejos tiempos tampoco fueron tan brillantes. La verdad era que resultaron bastante horrorosos.

Se cepilló el pelo y se lo recogió en un moño sobre la nuca. Al día siguiente por la noche, vería a dos amigos de los viejos tiempos..., dos buenos amigos, no como los otros. Pero aun así sentirían curiosidad por comprobar lo que los años y el norte de Noruega habían hecho de ella.

Se miró al espejo con sonrisa medio burlona. No estaba mal para andar rondando los treinta. La risa había imprimido leves arrugas alrededor de los ojos, pero todavía tenía el cutis terso y conservaba la luminosidad en sus ojos claros. Siempre había creído que eran su rasgo más sobresaliente, pero el tono de su tez era lo que más atraía la atención. Sus amigos siempre la habían gastado bromas diciéndole que alguno de sus antepasados debió de haber sido un capitán de barco griego o italiano. Tanto su padre como su madre eran rubios y, a menos que su madre hubiera tenido un amante, lo que no se podía descartar, los genes habían hecho un retroceso de varias generaciones. El pelo de Ragna no era castaño como el de tantos noruegos, sino oscuro y brillante, y su tez tenía ese suave lustre que suelen dar el sol y el aceite de oliva.

Examinó su escaso surtido de artículos de maquillaje. Desde que vivía en Tromsø apenas se preocupaba de él; pero en aquellos momentos sentía la necesidad de tener un aspecto más o menos deslumbrante, en cierta medida para afirmar la seguridad en sí misma; pero también para demostrar a sus amigos que no había perdido del todo su encanto. Se aplicó sombra de ojos, máscara y lápiz de labios y se puso unos centelleantes pendientes. El efecto le hizo reflexionar. Sentía ecos del pasado en los artificios de su rostro. Por un instante le falló la confianza y una parte de ella no sentía el menor deseo de ir a Oslo.

Se había criado allí, si lo de criarse fuera una descripción adecuada. Y luego había pasado en aquella ciudad los peores años de su vida.

Tuvo una primera infancia inquieta, desordenada e insegura. Cuando contaba catorce años, su padre, escritor y entusiasta del alcohol, la abandonó con su madrastra, su cuarta esposa, y desapareció. Entonces enviaron a Ragna junto a su

madre, poetisa y antigua actriz, una mujer anárquica y demencial, que vivía con un obrero de dieciocho años en dos habitaciones que daban al puerto. A los dieciséis años, Ragna se fugó con un productor de películas que le doblaba la edad, con el fin de llegar a ser actriz, carrera que al terminar la guerra la llevó hasta Estocolmo, desempeñando papeles de protagonista en tres películas de bajo coste, famosas tan sólo por su erotismo un tanto escandaloso.

A los diecinueve conoció a su auténtico Svengali, un director de vanguardia, con quien hizo un filme titulado *Chance*, que ganó premios en dos festivales cinematográficos. También hizo con él un bebé, una niña a la que llamó Anne. Hubo además otros filmes y mucho dinero. Fue una época dorada. Duró..., ¿cuánto tiempo? Ahora ya le resultaba difícil recordarlo. Y tampoco era fácil precisar en qué momento empezó todo a desmoronarse. Cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya se había venido abajo... y la situación en general estaba agriada. Su amante, improductivo, feo y víctima de las drogas duras. Ella misma sumida en un inaceptable desbarajuste muy poco creador y luego... Luego la pequeña Anne. Incluso en la actualidad, su mente permanecía herméticamente cerrada en derredor de los acontecimientos de aquellos días sombríos, incapaz de aceptar del todo que su hija había muerto de meningitis.

A los años siguientes les llamaba la época de las tinieblas. Intentó escapar de ellas de la única manera que sabía, viajando mucho, rodeándose de gente bulliciosa, mucha gente, en fiestas, en comunas, en grupos teatrales marginados. Nunca sola aunque siempre sola. Hubo hombres, en verdad demasiados y cuanto más les gustaba más inmenso y baldío era el vacío en derredor de ella.

Jan recogió las piezas. Todavía no sabía muy bien por qué lo había hecho. El tranquilo, paciente e inescrutable Jan, un noruego de la mar y las montañas, representando todo aquello que sus artísticos amigos daban de lado como algo más bien ridículo y que resultaba un peligro para lo intelectual. Pero para ella era una roca en un océano de incertidumbre. El matrimonio había sido un éxito porque le había dado cosas que jamás tuvo. Estabilidad, tranquilidad, amor y una existencia rutinaria.

Respiró con fuerza. Algunos recuerdos del pasado lejano todavía le causaban dolor. Se apartó con firmeza del espejo. Afuera el crepúsculo trémulo auguraba una mañana sombría y tormentosa. Desesperante. El hidroavión seguramente llevaría retraso.

Terminó de hacer el equipaje, incluyendo en él algunos trajes de alta costura que hacía años que no se ponía. Estaban ya algo anticuados, las modas cambian, las cinturas estaban desapareciendo, las faldas eran más cortas. Pero aún podían llevarse. Y añadió un traje de noche. Nunca se sabía. Tal vez la invitaran a cenar en «Blom's» como en los viejos tiempos.

Se oyó un ruido en la puerta del dormitorio. Un chiquillo salió trotando de la habitación y frotándose los ojos.

Ragna suspiró. Pensó que seguiría durmiendo al menos durante otra hora.

—Hola, pequeñajo.

Cogió a su hijo en brazos y se quedó mirándolo. Se llamaba Kristian, le llamaban Kris o Krisi y tenía casi dos años.

De repente, el niño le miró la boca y, caviloso, llevó un dedo a la pintura.

—Te parece raro, ¿eh? —dijo Ragna sonriendo.

Al ver que se trataba de una broma, Krisi rió también. Luego, siempre curioso, echó una ojeada a su alrededor y vio la maleta sobre la cama. Ragna notó cómo cambiaba de expresión. Sabía muy bien lo que significaba. Quería decir que la gente, por lo general Jan, se iba.

—Ya te lo he dicho, cariño —le explicó Ragna con calma—. Voy a Oslo unos días. No por mucho tiempo.

Una pequeña mentira, ya que en realidad iba a estar fuera diez días.

Krisi se aferró a ella y empezó a lloriquear. Su madre se lo llevó a la sala de estar e intentó distraerlo con algunos juguetes; pero los brazos del chico seguían aferrados a su cuello. Desde luego Ragna le adoraba; pero estaba en una edad en que cogía unas rabietas imponentes y, considerándolo bien, le convenía aquella pequeña separación.

Cuando llegó su suegra, Sigrid Johansen, Ragna depositó al vociferante Krisi en brazos de su abuela y se fue en busca de la maleta. A su regreso, el niño se había tranquilizado. Pero tan pronto como la vio empezó a llorar de nuevo. Ragna, sentándose en el halda, le hizo algunas carantoñas. Mrs. Johansen meneó la cabeza.

—Eso de que te vayas sola a Oslo... Hay un largo camino.

Mrs. Johansen había pasado toda su vida en Tromsø y no veía la necesidad de que la gente viajara.

—Bueno, he de ir, *quiero* ir. Después de todo, es parte de mi nuevo trabajo.

—Pero Jan también está fuera —arguyó la mujer mayor.

—Y si no lo estuviera vendría conmigo. Así que...

—Pero ¿por qué se ha ido? ¿Qué está haciendo?

Ragna se encogió de hombros.

—Probando alguna pieza nueva del equipo. No estoy segura de qué.

—Bien, es una lástima —comentó con tono firme su madre política—. ¿Y qué hay de la tienda? ¿Quién se ocupa de ella?

—Ésa marcha sola.

Jan poseía una tienda de artículos de deportes en Tromsø que funcionaba a la perfección con el reducido personal que tenía.

—Hummm. Espero que no confíes demasiado. Siendo Kristian tan pequeño...

Ragna hizo caso omiso de la velada crítica. Ansiaba empezar su nuevo trabajo. Secretaria de expedición: Cara Occidental del Everest, 1963. Lo grandioso del título le resultaba divertido. Parecía más adecuado para un hombre de gran distinción y de edad madura que para una antigua actriz con escasa experiencia al respecto. Pero como organizadora era buena, el caos que predominó en su vida anterior la había convertido en una maniática del orden. Y sabía cómo tratar a la gente. Estaba segura

de que tendría éxito.

Fue a recoger su cartera y se detuvo delante de una ventana. La casa se alzaba entre abedules en la punta sur de la isla de Tromsø, y daba a un amplio estrecho en dirección a Straumfiord con maravillosas y dilatadas vistas de montañas y agua. En aquella época del año, durante los días despejados, todo el paisaje se revestía de delicadas tonalidades pastel y la luz era tan trasparente que se podía ver a una distancia de treinta, cuarenta o cincuenta kilómetros.

Sin embargo, ese día el tiempo era malo. Aunque no sabía si se trataba de su imaginación, le parecía que la ventisca había amainado algo. El viento soplaba entre las ramas y podía comprobar su fuerza viendo cómo se arremolinaban los copos de nieve; pero la visibilidad parecía haber mejorado y el fiordo iba surgiendo poco a poco a través del manto de la oscuridad.

Pensó en Jan, que se encontraba en alguna parte de la meseta. Tal vez el tiempo fuera diferente allí. A menudo sucedía así, al menos eso decían. Y aunque estuviera soplando una ventisca, él se encontraría como en casa. Cuanto más duras fueran las condiciones más parecían gustarle.

Sonó el timbre. El taxi. En el vestíbulo le esperaban Sigrid Johansen y Krisi para decirle adiós. Ragna intentó despedirse de su hijo con todo el optimismo y la firmeza posibles; aunque no por ello dejó el niño de llorar y gritar. Ragna se metió en el taxi y agitó la mano con un sentimiento de alivio culpable.

En cinco minutos llegaron al centro de Tromsø, el «París del Norte», como le llamaban. Aquella jactancia siempre le hacía gracia a Ragna. Había transcurrido ya mucho tiempo desde que Tromsø estaba en la ruta comercial al norte de Rusia, y todavía más desde que los capitanes de barco llevaban a sus mujeres la última moda de París. Sin embargo, la ciudad aún tenía algunos restaurantes y lugares nocturnos de diversión, vestigios de la época de prosperidad ballenera, circunstancia que Ragna agradecía. En comparación con otras ciudades árticas, Tromsø casi bullía de actividad.

El taxi la dejó en el puerto. La visibilidad en efecto había mejorado y se sintió aliviada al ver que el hidroavión estaba ya allí, balanceándose a corta distancia del muelle.

—No, el avión no saldrá con retraso —dijo la joven que se encontraba en la pequeña oficina de la línea aérea; echó una ojeada al billete de Ragna—. Alguien ha preguntado por usted. Otro pasajero —buscó afanosa—. Creo que era Halvard Starheim.

Hal la vio de inmediato, al volver de un paseo por el muelle. No podía pasar inadvertida. El pelo oscuro, su porte, la ropa bien cortada.

Se acercó a ella sintiéndose un poco nervioso.

Cuando giró la cabeza y lo vio Ragna esbozó una franca sonrisa.

Siempre olvido lo encantadora que es, se dijo Hal.

—¡Caramba, si es mi nuevo jefe! —exclamó Ragna.

Hal sonrió algo inseguro. Tenía la impresión de que le estaba tomando el pelo.

—Creí que te encontrabas ya en Oslo —dijo ella.

—He tenido que quedarme un día más. De forma inesperada.

—¿Se trata del mismo misterio que lo de Jan?

La pregunta le cogió por sorpresa.

—No, yo... Es otra cosa.

Ragna lo miró con divertido escepticismo y Hal pensó que era un embustero detestable.

—Vosotros dos os traéis algo entre manos —sentenció ella—. Si yo no fuera tan comprensiva, me enfadaría por no haberme hablado aún de ello.

—¿No te lo explicó Jan?

—Bueno, me contó no sé qué historia, pero siempre me doy cuenta cuando elude una cuestión. En realidad, si quieres que sea sincera, te diré que no creí una sola palabra.

—Pero tú deberías creer siempre lo que tu marido te dice —arguyó él intentando cambiar de conversación y sin ocurrírsele ninguna otra cosa.

Ragna rió con ganas echando hacia atrás la cabeza.

—A veces me haces gracia, Hal.

Escrutó el rostro de ella. ¿Qué quería decir con eso? Llegó a la conclusión de que se estaba burlando de él de manera inofensiva. Sin embargo, con Ragna nunca se podía estar muy seguro, y ése era el motivo de que siempre le hiciera sentirse algo desconcertado.

Ragna rió de nuevo.

—Con ideas semejantes, más vale que te busques una joven de ideas también muy tradicionales.

Hal se esforzó para no entrar en el reto burlón y fácil que caracterizaba las conversaciones con Ragna.

—Ya lo he intentado con chicas chapadas a la antigua; pero querían que yo también lo fuera, que trabajara con un horario regular y volviera a casa todas las noches.

A ella le gustó aquello.

—Entonces tendrás que imponerte.

—Soy demasiado amable.

Ragna ladeó la cabeza y quedó mirándolo pensativa.

—Sí —dijo al fin—. Me parece que es eso.

Hal apartó la mirada. Volvía a burlarse de él.

Hubo una llamada a los pasajeros para que se dirigieran a la puerta. El *Catalina* estaba preparado para despegar. Hal cogió el equipaje de mano de Ragna y abrió la marcha. A través del muelle, se arremolinaban copos de nieve semejantes a cristales,



y Ragna dio un leve grito. Hal la cogió del brazo y la mantuvo pegada a él mientras bajaban los escalones hacia la lancha que permanecía a la espera.

Al cabo de una agitada, aunque por fortuna corta travesía, llegaron junto al hidroavión y subieron a él.

—Nunca llego a acostumbrarme al condenado viento de aquí —exclamó Ragna—. No creo que esté hecha para el norte. —Ocuparon sus asientos—. ¿A ti no te abrume? Me refiero al viento.

Nadie le había preguntado aquello antes. Por lo general se referían al frío. Reflexionó acerca de ello. Quería darle una respuesta adecuada.

—El viento forma parte de todo esto. El terreno, la nieve, el lugar. No puedo separar el viento de lo demás. De manera que no me inspira ningún sentimiento extraordinario.

Ragna agitó la cabeza.

—Los amas de verdad, ¿no?

—¿El qué?

—Bueno, esos grandes espacios abiertos. Hacer frente a los elementos y todo eso. Yo no puedo soportar el aislamiento.

—Verás..., sólo me gusta durante períodos cortos. Los aborrecería si hubiera de soportarlos de continuo. Cuando tengo un objetivo en especial, algo que hay que tratar de alcanzar, entonces es formidable. Todo se hace más sencillo y directo. No existe nada más que tú y lo que quiera que sea. Y nunca me queda tiempo para sentirme aislado. Hay demasiado que hacer, demasiada ambición candente por alcanzar el objetivo. —Iba a añadir que se había sentido más solo entre multitudes de lo que jamás llegara a sentirse en medio de los hielos, pero aquello podría llevar la conversación a aspectos más personales y prefirió evitarlo—. Pero me volvería loco si llegara a encontrarme demasiado tiempo solo en cualquier parte. Necesito a la gente como todo el mundo.

Ragna lo miró de soslayo.

—Me sorprendes. Siempre pareces tan... Bueno, tan seguro de ti mismo.

—Acaso no sea como parezco —apuntó irónico.

—¿Un cordero con piel de lobo?

Hal la miró interrogante.

Ragna arrugó la nariz y sonrió.

—No. Sólo un cordero.

Había vuelto a hacerlo, a desconcertarlo un poco. Llegó a la conclusión de que Ragna marchaba a un ritmo diferente y más rápido.

—Claro que soy capaz de comprender los atractivos de las cosas sencillas. —Estaba diciendo ella con un docto movimiento de cabeza, levemente fruncido el entrecejo para demostrar que concedía a las respuestas de él la importancia debida—. Creo que ésa es la parte que también ama Jan. —Emitió un ligero bufido de burla—. ¡Menuda pareja hacéis los dos!

Era verdad y Hal sonrió.

—Pero a ti no parece importarte —le dijo—. Me refiero a que Jan quiere seguir participando en las expediciones. Que... bueno...

—¿Que no quiere quedarse en casa conmigo? No. ¿Por qué habría de importarme?

—A la mayoría de las mujeres le importaría muchísimo.

—Bueno, yo no soy la mayoría de las mujeres.

«Eso ya lo sé», se dijo Hal.

—Me gusta tal como es —siguió diciendo Ragna—. Además, cuando me casé con él ya era escalador. Si le encerrara en casa le haría desgraciado.

Hal se imaginó a Jan y a Ragna juntos y, aunque trataba por todos los medios de evitarlo, sintió la familiar punzada de envidia. ¿Por qué no podía tener él un matrimonio así?

El *Catalina* aceleró motores y rodó, dejándose llevar por el viento, mientras se mantenía al socaire de la playa. Por fin, se volvió de cara al agresivo viento. Con un rugido, los motores aceleraron un poco, dando sacudidas y vibrando sobre las olas.

—Jamás logro acostumbrarme a este comportamiento demencial —dijo Ragna conteniendo el aliento y riendo.

Con un último estremecimiento el hidroavión se alzó al aire, dio la impresión de que se mantenía inmóvil sobre las aguas y, después, se ladeó hacia el sur y fue adquiriendo velocidad.

«A veces no te conozco en absoluto», se dijo Ragna.

Observaba con disimulo a Hal. Tenía un aspecto agradable, de rasgos vigorosos y bien formados, la nariz larga y recta y una boca agradable y expresiva. Cabello castaño y algo rizado, corto, ese tipo de pelo tan grato al tacto. Y cuando se dejaba llevar por un impulso cordial, tenía los ojos más cálidos y cariñosos del mundo; pero casi siempre su mirada era sombría y grave, acompañada del entrecejo fruncido que le daba un aspecto de concentración intensa.

Detrás de su comportamiento serio, Ragna sospechaba que era realmente un encanto; pero en los cuatro años que le conocía no había logrado que bajara la guardia, y siempre hubo entre ellos una ligera incomodidad.

Era decepcionante. Ragna no sólo se enorgullecía de entenderse bien con la gente, sino que le gustaba pensar que era capaz de establecer una amistad franca y espontánea con quien quisiera. Pero Hal había resultado una incógnita.

Al verlo por primera vez, sospechó que era un hombre que no se encontraba a gusto más que entre los de su mismo sexo, uno de esos tipos poco atractivos a quienes, en el secreto fondo de su ser, disgustan las mujeres y las temen. Desde luego se encontraba más en su ambiente discutiendo sobre una expedición con sus compañeros de equipo que manteniendo charlas superficiales en reuniones mixtas.

Aunque bien sabía Dios que había muchos hombres así. Con Hal era distinto. Había observado cómo lo miraban otros hombres, sobre todo, como era natural, por cuanto había logrado; pero también porque poseía esa cualidad indefinible de liderazgo, una especie de resolución férrea y objetividad que los hombres siempre admiran. En lo que a los miembros de sus expediciones se refería, jamás podía equivocarse.

Pero Hal era más que un hombre de acción, había algo que él mantenía en reserva, algo que no quería revelar a cualquiera. Intentó averiguar qué era. Sensibilidad tal vez... Sí. Y también una faceta apasionada. Sospechaba que era más bien romántico. Ah, eso era. Y siendo romántico sería vulnerable, cosa que a él no le gustaba en absoluto. No era de extrañar que lo mantuviera tan bien oculto.

Desde luego muchas mujeres habían tratado de romper su coraza. Y todas fracasaron.

Ragna se preguntaba por qué se resistiría. ¿Unos amores desgraciados? ¿Una pasión secreta no correspondida?

Algo.

Sí. A veces tenía la sensación de no conocerlo en absoluto.

Ragna le entregó una serie de notas mecanografiadas con gran pulcritud.

Hal quedó impresionado. Lo tenía registrado todo. Había un Diario de citas con posibles patrocinadores más una lista de repuesto de compañías e individuos a los que era posible dirigirse si fallaba la primera. También una de invitados a la conferencia de Prensa que estaba convocada para el miércoles por la mañana. Y observó que, pese a dificultades anteriores, había sido capaz de concertar una reunión con uno de los más antiguos ministros, que tal vez pudiera dar vía libre a su caso para que el Gobierno lo autorizara.

—Una labor estupenda —le dijo por encima del ronroneo de los motores—. Pero creo que deberíamos intentar ver a todas esas compañías, incluso las que figuran en la segunda lista.

—Bueno, yo creo que deberíamos abordar primero a las que están interesadas —dijo indicando la primera relación.

Hal negó con la cabeza.

—Créeme, una cosa es obtener un murmullo de interés y otra muy distinta lograr un compromiso firme.

—Estás equivocado. Tú ya tienes prestigio. Todo el mundo te conoce. Y saben lo que has *hecho*. ¡Estarán encantados de patrocinarte! —dijo apuntándole con un dedo, y luego añadió—: Ya verás como tengo razón.

Hacía que pareciera muy sencillo. Pero nunca lo había sido y no encontraba motivo alguno para que la situación hubiera cambiado. Recordaba todas las ocasiones en que se había visto obligado a promocionarse él y sus ideas como cualquier vendedor que intentara colocar un artículo desconocido y superfluo del que nadie

quiere saber nada.

La primera vez que intentó poner en marcha una expedición supo, desde luego, que sería empresa ardua. El suyo era un país en el que todo el mundo, hombre, mujer, niño y niña eran, hasta cierto punto, escaladores y esquiadores. Mucha gente creía que, si se les daba la oportunidad, también ellos podían alcanzar altas cumbres y atravesar yermos árticos. Era dura tarea convencerles de que uno puede escalar mayores alturas y soportar mucho más que ellos. Aunque, una vez quedaban convencidos y siempre que conocieran y comprendieran los motivos que te impulsan, te respetaban.

Pero el respeto no se traduce en dinero. Los noruegos, en especial los del Norte, eran generosos y de buen corazón en tiempos duros; pero también orgullosamente independientes, seguros de sí mismos, obstinados y tacaños. Les parecía que, por arte de magia, las expediciones se financiaban a sí mismas.

Hal no se sentía en modo alguno amargado. Por el contrario, comprendía demasiado bien semejante actitud. Bastaba recordar la accidentada costa oculta bajo la densa nube, los caseríos y las granjas aisladas aferrándose a la estrecha franja de suelo fértil entre las montañas y la mar; pensar en las esforzadas mujeres que las llevaban adelante con enorme trabajo, y en los hombres que iban a pescar en invierno y en verano, con mar tranquila o con galernas, para apreciar lo durísima y poco segura que era la vida para muchos. Durante tiempos pasados hubo una pobreza terrible, incluso hambre. En la actualidad había una prosperidad creciente; pero los recuerdos perduraban, las actitudes estaban profundamente enraizadas incluso en el Sur más acaudalado.

No, no sería fácil. Nunca lo era.

Ragna estaba leyendo su copia de la agenda de la semana. Hal se dio cuenta de que en su programa figuraba una entrada escrita a mano que él no recordaba haber visto en la suya propia. Lo comprobó. No, allí no figuraba. Echó una ojeada a la copia que ella tenía sobre la falda. Pudo ver que la anotación era para el jueves y que junto a ella había una hora.

—¿Qué es eso? —preguntó indicando la anotación.

Ragna levantó la vista un poco a la defensiva.

—¡Ah! Es un compromiso mío. Lo incluí aquí para recordarlo.

Hal se inclinó e intentó descifrarlo. Ella hizo un ligero movimiento como intentando retirar los papeles, pero luego lo pensó mejor.

Hal lo leyó y luego se quedó mirándola sorprendido.

—¿El ministro de Justicia? ¿Qué tienes que hacer allí, en nombre del cielo?

—Ah —le dirigió una larga mirada escrutadora, como tratando de decidir si debería o no decírselo—. En realidad, voy a visitarlo en nombre de unos amigos míos. Es una especie de favor.

—¿Ah?

Ragna se encogió de hombros murmurando algo que él no llegó a oír por el ruido

de los motores.

Hal acercó más la cabeza para demostrar que estaba esperando que lo repitiera.

Ragna adoptó una expresión resignada.

—Se trata de unos amigos lapones —dijo—. Quieren que vaya y... —Se humedeció los labios irritada, como si se hubiera visto sorprendida—. Bueno, que haga en su nombre algunas preguntas. Que los represente si así lo quieres entender.

En la mente de Hal empezó a surgir una pequeña aunque fuerte sospecha. Vaciló pensando que sin duda se equivocaba; pero la sospecha estaba demasiado enraizada para eludirla.

—¿Espero que no tendrá nada que ver, por casualidad, con el área de entrenamiento militar? —hubo de preguntar al fin.

La mirada de Ragna centelleó sombría y Hal comprendió que había acertado. Se sintió abrumado.

—¿Qué tipo de preguntas?

—¡Queremos saber cómo es posible que los militares reclamen una tierra que no les pertenece! Y si insisten en seguir adelante con ello, cómo piensan compensar a los lapones por el considerable perjuicio a sus rebaños. Y algunas otras cosas por el estilo.

—Ése es un lenguaje de lucha, Ragna.

—¡Claro que lo es!

Hal se dijo que se estaba revelando la actriz que había en ella, toda celo y gran corazón. Lástima que hubiera elegido una causa tan delicada. Los Gobiernos sucesivos habían hecho todo lo posible por ignorar los derechos de los lapones. Y con éxito. Por lo que Hal tenía la impresión de que no tomarían muy bien que se les pusieran objeciones.

Respiró hondo.

—Debo decirte, Ragna, que eso es de lo más... desafortunado —concluyó tratando de encontrar la palabra adecuada.

—¿Sí? ¿Por qué? —inquirió ella poniéndose a la defensiva.

—Es una cuestión política. Y no podemos veros implicados en nada relativo a la política.

—Pero soy yo la que está implicada, y resulta que creo que es importante.

—Sí; pero ahora formas parte de la expedición. Tu implicación puede ser mal interpretada.

—¿Por quién?

—Por los funcionarios gubernamentales. Por la Prensa. Puedes elegir.

—Pero es algo que haré de forma independiente. Voy a utilizar mi apellido de soltera. Ni siquiera mencionaré la expedición. —Luego, añadió, orgullosa—: No puedo fallarles, ¿comprendes?

Hal suspiró.

—Pero ¿por qué tú, Ragna?

—¿Y por qué no?

—Bueno, para empezar, no eres lapona.

—Ésa es la cuestión. Nadie les escucha. Necesitan de alguien como yo, que haga que se les oiga —y encogiéndose de hombros agregó—: Jan es una cuarta parte lapón.

—¿Y qué piensa él de todo esto?

—Respeta mi punto de vista.

Hubo una larga pausa. De repente se encontraron con una turbulencia y el pequeño aparato empezó a dar sacudidas y agitarse en vaivén. Vio que Ragna se aferraba con fuerza a los brazos del asiento hasta ponerse los nudillos blancos.

—¿Estás bien? —preguntó Hal colocándole la mano en la muñeca.

Ragna hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza; pero tenía los labios apretados y los ojos muy abiertos, con expresión sombría. Hal no estaba seguro si el enfado y el temor era por él o por el avión.

Al fin salieron a zonas más tranquilas y el hidroavión se dispuso a amarar suavemente en Bodo, donde harían trasbordo a un «DC7C» en el que cubrirían las dos últimas etapas hasta Oslo.

De nuevo era posible la conversación. Hal se dispuso al asalto. Era imposible que dejara sin resolver esa cuestión.

—Noruega es un país pequeño —empezó argumentando pero en seguida, se dijo que aquello sonaba demasiado pomposo, como si la tratara igual que a una demente—. Quiero decir que en el Gobierno todos se conocen. La gente habla. No hay posibilidad de que pase inadvertida tu asociación con este... problema... La Prensa, al menos parte de ella, se hará eco. La gente lo encontrará extraño, los funcionarios gubernamentales no se mostrarán tan cooperativos...

—¿Qué me estás diciendo en definitiva? —preguntó ella con frialdad.

—Que... resultaría embarazoso para la expedición. Y para mí.

—¡Pero no puedo abandonarlos!

—Quisiera que hubieras hablado conmigo antes.

—¡No creí que tuviera que hacerlo!

—Bueno..., pues sí, tenías que hacerlo. Todos hemos de discutir las cosas con cuantos integran el equipo. Así es como debe funcionar.

—Esto parece un sermón.

Hal se pasó la mano por la frente. La discusión no iba por buen camino. Su instinto le había fallado y sólo parecía despertar el antagonismo de Ragna.

—Lo siento —se limitó a decir.

—Pero me estás prohibiendo que haga las dos cosas ¿no?

Transcurrieron unos momentos antes de que Hal contestara. Ragna quería que lo dijera sin rodeos.

—Bueno, yo no lo habría dicho así...

—¡Pero el resultado es el mismo!

Ragna se mostraba tenaz, tercamente intransigente y él sabía que, de una manera o de otra, le obligaría a admitirlo.

—Muy bien —repuso al cabo—. Si así lo quieres.

Se le enrojeció el rostro a Ragna, al tiempo que apretaba con fuerza los labios. Volvió la cabeza y miró con firmeza a través de la ventanilla.

Hal ansiaba ponerle la mano en el brazo para demostrarle que lamentaba el incidente. Pero algo le contuvo y luego ya no era el momento.

La distancia a través del lago era de veintisiete kilómetros, una travesía de tres o cuatro horas en buenas condiciones. Los dos hombres habían planeado ponerse en marcha bastante antes de que apuntara siquiera el alba; pero una fuerte ventisca les obligó a permanecer en la tienda. No había prisa. Si necesario fuere, podían viajar de noche. Uno tenía que adaptarse. Tan sólo un demente saldría a treinta bajo cero y con una fortísima galerna, a menos que fuera necesario. Y no se trataba sólo de que la visibilidad estuviera por debajo de los cinco metros, lo peor era el viento; porque el problema no consistía ya en que diera al traste con las energías para caminar contra él, sino en mantener el cuerpo caliente y evitar que las extremidades se congelasen con aquel atroz azote glacial.

De manera que los hombres se mantuvieron a la espera y, mediada la mañana, su paciencia se vio recompensada. El viento empezó a amainar. La nieve, aunque seguía cayendo de manera continua, ya no era tan densa, y el termómetro de bolsillo de Jan registraba una pequeña clara subida.

Consumieron una última comida de estofado de reno, queso y café, luego se pusieron sus prendas exteriores, las mochilas y los esquíes. Llevaban un par de esquíes extra que Jan sujetó a su espalda. Después de despedirse brevemente del viejo, caminaron hasta el lago. Luego, utilizando una brújula destinada a guiarles hasta su primer punto de referencia, una isla todavía invisible, a unos tres kilómetros de distancia, emprendieron la marcha con el largo y deslizante sesgo de esquiadores experimentados en campo a través.

Jan mantenía su orientación conservando el viento en ángulo con su mejilla izquierda, comprobándola sólo de cuando en cuando con la brújula. Tan pronto como hubieron encontrado y contorneado la primera isla, se dirigieron hacia el próximo islote, a tres kilómetros de allí. Jan se dio cuenta de que el viento estaba cambiando despacio de Norte a Oeste.

Los hombres se detuvieron una vez para beber agua de las cantimploras que llevaban sujetas al cuerpo. La deshidratación era un problema con el aire seco e intensamente frío.

Por lo demás, proseguían la marcha, deslizándose por la nieve blanda, en un avance rítmico que les permitía viajar con sorprendente rapidez. Los esquíes de madera, largos y estrechos, eran ligeros, flexibles y combados. Las puntas estaban

pulimentadas y obedecían con facilidad al impulso, en tanto que la sección central, que sólo se ponía en contacto con la nieve con el empuje de atrás estaba muy bien encerada para mantenerla viscosa y que no permitiera el deslizamiento trasero. Las botas eran ligeras y suaves, confeccionadas con piel de reno y sujetas a los esquíes por la punta, con ligaduras de cuero permitiendo así alzar el talón. Los lapones no necesitaban lecciones en el arte de esquiar. Lo habían estado practicando durante más de tres mil años.

Delante de ellos se alzaba otra isla con la ladera salpicada de abedules enanos y oscuros manchones de roca desnuda.

Después de ésta, ya no había más islas y se alejaron a través de una extensión de cinco millas de lago abierto hacia un promontorio, todavía invisible, en la playa opuesta. Una vez allí, seguirían a lo largo de la playa otras seis millas hasta alcanzar una profunda cala, completando así la travesía del lago.

Entonces se detendrían en una cabaña aislada, si es que podían encontrarla. El viejo les había dicho que la *hyte* estaba situada a unos centenares de metros sobre una colina baja, desviándose en lengua del lago; pero con la mala visibilidad y la oscuridad en aumento, era posible que no dieran con ella. Si así fuera, resultaría desafortunado aunque no desastroso. De ser así, no tendría más que cavar una hondonada en la nieve para pasar la noche. Y en vez de disfrutar de una hermosa hoguera en la *hyte*, habrían de contentarse con el calor más bien flojo de la cocina de vapor.

Por lo tanto ya no estaban lejos de su punto de destino; en línea recta, tan sólo nueve kilómetros. La ruta sería bastante directa, y tendrían que atravesar una serie de valles y arroyos. Pero si la visibilidad fuera mala, tendrían que andarse con cuidado con las distancias. Había una frontera muy cerca, y no tenían la menor intención de cruzarla.

Mientras tanto, en el centro del lago Inari había dejado de soplar el viento, y los remolinos de nieve quedaron reducidos a unos cuantos copos.

Como un capullo gris, el mundo se abría poco a poco ante ellos. En la blancura que tenían ante sí aparecían motas oscuras que parecían presagiar afloramientos rocosos. El promontorio. Era una visión alentadora ante la noche que se aproximaba. Jan volvió el rostro en dirección a Mattis y enarcó las cejas cubiertas de nieve. El lapón asintió a su vez con la cabeza. Ambos pensaban lo mismo. Después de todo, no habrían de sufrir la fría incomodidad de una cueva de nieve que podía producir claustrofobia. Ahora ya encontrarían la cabaña y disfrutarían de una noche relativamente confortable.



## Capítulo V

Como relato periodístico era inútil.

Berg sacó de la máquina de escribir la cuartilla con las notas y volvió a leerla despacio. Una historia fantástica y explosiva, pero ningún periódico querría cogerla ni con pinzas, ni siquiera disfrazándola hasta hacerla parecer confusa. La Prensa noruega, pese a todos sus alardes testimoniales de libertad y derechos, era rígida y observadora de la ley hasta un extremo desesperante. Incluso su propio periódico, el *Socialist-Dagens Post*, que se enorgullecía de sus raíces liberales, rara vez publicaba algo que pudiera inducir a la controversia. Todo cuanto hacía, y Berg lo sabía demasiado bien, era reforzar las opiniones incommovibles de sus lectores.

Bueno, había más de una manera de llevarse el gato al agua. Sólo era cuestión de decidir cuál.

Vagaba inquieto por el piso, pensando sin cesar. Ya llevaba más de un día con aquello. Tenía que hacer algo pronto o corría el riesgo de perderlo todo.

Con un ligero temblor, encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. No le cabía la menor duda de que se trataba de algo grande, de premio gordo. Un auténtico golpe. Algo que jamás había soñado. Más allá de cuanto habían esperado de él.

Trató de calmarse. Tenía que hacerlo bien. Y bien quería decir exponer hasta qué punto la CIA desarrollaba actividades en Noruega, dando un mentís a la idea de que Noruega era absolutamente autónoma. Cielos, menudo bombazo iba a ser aquello.

Pero desvelar la verdad no iba a resultar fácil. Él sabía que la operación debía de estar bajo el control directo de la CIA por la sencilla razón de que el tercer hombre, el hombre con quien habían de encontrarse en la frontera ruso-finlandesa, era un agente americano. Tenía que serlo porque Noruega no poseía agentes dentro de Rusia, Noruega no poseía agentes en *parte alguna*.

Él conocía la verdad; pero ¿cómo convencer al mundo?

Y luego se hallaba la cuestión de Finlandia. La operación se estaba llevando a cabo en suelo finlandés sin el conocimiento o el consentimiento de dicho país. Manipulada de la forma debida, aquella circunstancia también levantaría una gran polvareda.

Claro que Berg podía adivinar el motivo de que hubieran elegido la ruta finlandesa. Una operación en la frontera noruego-soviética hubiera resultado demasiado difícil. La frontera era muy corta y, siendo Noruega miembro de la OTAN, estaba relativamente bien vigilada. Por otra parte, la frontera finlandesa tenía una longitud de centenares y centenares de kilómetros, y menos vigilancia, no sólo porque Finlandia era neutral, sino porque cualquier desertor ruso que lograra llegar a ella era devuelto de inmediato.

De ahí la posibilidad de una doble situación embarazosa.

Increíble. Y a modo de propina era posible que la indignación azuzara todavía más a la opinión pública en contra del problema de los misiles nucleares.

Se detuvo y se sentó de manera brusca. Sabía lo que tenía que hacer. Lo había sabido durante todo el tiempo; pero fue demorando el momento de tomar una decisión, confiando en que pudiera haber otra manera, alguna forma que le permitiera conservar el control absoluto.

Pero eso era demasiado pedir. En ocasiones uno tiene que ocupar el asiento de atrás.

Además estaba deseando ver la expresión en la cara de Alex. Y no necesitaba esperar mucho, pues habían acordado reunirse para almorzar.

Eran las once y media. Berg entró en el cuarto de baño, una deslumbrante habitación con las paredes cubiertas de espejos y luces centelleantes que parecían estrellas. Lo había copiado de una de las principales revistas de decoración de residencias, de la que tenía un ejemplar sobre la mesita de café, en la sala de estar, abierta en la página correspondiente.

Sin embargo, aquella mañana la luz le hirió los ojos y dio a su tez un tono grisáceo, poco saludable. Se echó agua fría en la cara y se la frotó al secarse. Se miró al espejo. Arrugas y unas bolsas que apuntaban debajo de los ojos. Se veía cansado, más viejo. Y falto de sueño.

Se pasó la maquinilla eléctrica por la barbilla y se peinó. Aquello estaba mejor.

La excitación le producía una sensación rara en el estómago y volvió a sentirse optimista.

Dirigió una amplia sonrisa a su imagen en el espejo y se dijo: «¡Esto sí que es sensacional!»

Salió después de recoger un abrigo y las notas que tenía en la máquina. El tiempo había mejorado mucho. El cielo estaba despejado y el sol, en su breve aparición de mediodía, hacía centellear la nieve y brillar los edificios.

Por una vez en su vida, conducía despacio, dejando que el coche se deslizara a través de los accidentados alrededores hasta el restaurante en la parte más alta de Holmenkollen. Berg rara vez iba allí, prefería el «Blom's» o el «Théâtre Café», pero a Alex le gustaba. Decía que era por el espléndido panorama de la ciudad que desde allí se abarcaba; pero Berg sospechaba que le producía una diversión perversa encontrarse sentado en medio de los demás comensales, entre los que con frecuencia se encontraban diplomáticos y personal de la OTAN.

Alex ya estaba allí, junto al ventanal, su rechoncha y jovial figura rebosante de buena voluntad.

—¡Esta vista! —exclamó de inmediato—. ¡Qué día para estar aquí! ¡Qué día! Jamás me canso de contemplar este panorama.

Se acercaron a la mesa de platos fríos y se sirvieron de una selección permanente de pescado ahumado y escabechado, carnes y vegetales... Alex había colmado su plato hasta tal punto que, mientras volvía a su mesa, se le cayeron hojas de col

fermentada.

Berg observaba cómo metía inmensos bocados en su ya bien alimentada cara.

—¿Hambriento?

Alex sonrió.

—Siempre. Se debe a que de pequeño pasé mucha hambre. Esos recuerdos nunca te abandonan. Solíamos hervir cuero de zapato, ¿sabes? Y cazar ratas. Las que sobrevivieron al frío, naturalmente. Yo fui el campeón de los cazadores de ratas en Leningrado. ¿No te lo había dicho?

—Sí, ya me lo has contado.

—Ah. Uno se olvida.

«Tú jamás olvidas», se dijo Berg.

Alex se metió un bocado tan grande que hubo de quedar con la boca abierta para masticarlo. Berg apartó la vista y tomó un poco de su pescado en escabeche. Luego, dejó el tenedor, ya que a veces le desesperaba la manía noruega de escabecharlo todo, y empezó a contar a Alex algunos de los últimos chismes.

Pese al incesante movimiento de sus mandíbulas, Alex captaba, en silencio, cada una de las palabras. Berg tenía fama de conocer todos los últimos escándalos y chismorreos y de contarlos de forma divertida. Y Alex, funcionario GRU (Servicio Secreto Militar del Soviet) cerca de la «Novosty Press Agency», estaba más interesado que la mayoría en conocer antes que nadie cualquier acontecimiento de la comunidad OTAN.

Berg terminó con una historieta sobre una delegación comercial de un bien conocido país industrial del Lejano Oriente en visita a Suecia, a cuyos miembros pescaron en un burdel literalmente con los pantalones bajados.

Alex rió hasta casi ahogarse. Tenía la cara granate y alzaba una mano en señal de protesta.

—Basta, basta —pidió entre hipidos—. No puedo aguantarlo.

Berg lo observó fríamente. Sospechaba que Alex ya había oído la historia de sus propias fuentes y, de ser así, estaba haciendo una excelente representación.

Tan sólo la mención al postre acabó con la risa de Alex. Cogió de la mesa una ración doble de tarta de manzana con nata.

—¿Viste la historia sobre los «Polaris» en la revista *Time*? —preguntó antes de atacar el dulce.

Berg asintió.

Hubo una pausa. Los dos hombres intercambiaron miradas.

La historia era una auténtica joya y fue, en gran parte, descubierta por Berg. Se refería a la construcción secreta de una estación de navegación de EE. UU. en la costa noroeste de Noruega para que la utilizaran submarinos Polaris portadores de armas nucleares. Aquello había sido inteligentemente difundido por Alex. Apareció por primera vez en un periódico de la Alemania oriental y luego la recogió un diario finlandés de izquierdas. En otras publicaciones europeas fueron apareciendo

sucesivas variantes de la historia hasta que un periódico noruego se había armado de valor publicando una versión en extremo modificada.

El Gobierno noruego se revolvió e intentó acallar la cuestión antes de acabar admitiendo que en la costa noroeste se estaba construyendo un centro de defensa. El asunto le resultó algo embarazoso; sobre todo después de la ya famosa «Nota Bulganin» del año anterior, a través de la cual la URSS advertía seriamente de las consecuencias si la OTAN llegara a establecer bases en suelo noruego.

—Hummm, el artículo del *Time* estuvo muy bien —comentó Berg como quien no quiere la cosa—. Pero nunca aparecerá bajo titulares sensacionales en Tromsö.

Alex lo miró preocupado; pero luego, al captar la ironía, rompió a reír de forma estrepitosa.

—¡No merecerá titulares sensacionales! ¡En Tromsö! Eres cruel, realmente cruel. Cualquier día, cualquier día...

Berg sonrió para sí. Era fácil hacer reír a Alex. Bastaba recordar que su sentido del humor era tan sutil como un mazo.

Se hizo un corto silencio.

Alex rebañó el último vestigio de nata del plato y se retrepó en su asiento en actitud benévola.

—Bien. ¿Qué puede hacer hoy por ti este humilde colega periodista?

—Quería sondearte sobre la respuesta oficial soviética a la presencia de misiles nucleares en suelo noruego.

Alex hizo un lento gesto de asentimiento.

Ése era el motivo oficial para reunirse, de cuando en cuando, a plena luz del día, siempre a plena luz del día, para un almuerzo. Muchos cronistas políticos mantenían relaciones profesionales con funcionarios y diplomáticos soviéticos. A nadie se le ocurría pensar mal de ello.

Si Alex recordaba que Berg ya le había hecho aquella pregunta antes no lo demostró.

—Claro, claro —dijo—. Es muy sencillo. La Unión Soviética consideraría la llegada de armas nucleares a suelo noruego como un acto de agresión por parte de Noruega, sin que mediara provocación alguna. —Se metió un bombón en la boca y sonrió con amplitud—. ¿Bastará con eso?

Berg no contestó. Acababa de entrar en el restaurante un numeroso grupo, alrededor de veinte funcionarios de la OTAN. Oficiales del Ejército y de la Marina noruegos, americanos e ingleses que, con gran seriedad y rigidez, se dirigieron a una larga mesa próxima a ellos.

Berg dejó transcurrir un momento.

—¿Y qué piensa la Unión Soviética respecto a actividades clandestinas de agentes noruegos en la frontera soviético-finlandesa? —murmuró al fin en voz muy queda.

Se detuvo la masticación del chocolate. Berg tuvo un instante de placer. Había

cogido a Alex por sorpresa.

—¡Ah! —exclamó Alex—. Eso es otra cosa. Claro. —Se pasó la lengua por los dientes—. ¿Y por qué habrían de hacer una cosa semejante?

—Para encontrarse con alguien.

—¿Con alguien conocido?

—Alguien con una valiosa información. Alguien de Murmansk.

Alex tragó bruscamente.

—Caramba, caramba. ¿Y qué se puede hacer respecto a ello?

—Aún no se ha producido. Pero sucederá muy pronto. Tengo todos los detalles.

Alex se quedó con la boca abierta.

—¿Qué puedo decirte, amigo mío? En realidad eres de lo más... eficiente.

Con la mirada clavada en Berg, se metió un dedo en la boca tratando, impaciente, de quitarse algo de comida que se le había quedado entre los dientes. Luego, limpiándose rápido los labios, dijo jadeante:

—Me pregunto cómo reaccionará el mundo ante esto.

—Depende de la rapidez con que se dé a conocer la historia.

—Sí, sí.

Los ojos de Alex brillaban codiciosos. Sus colegas eran muy hábiles suministrando información al sistema de noticias occidental, de tal manera que nadie estaba completamente seguro del origen de la historia.

—Pero lo que necesitamos son algunos interrogantes en el Storting —dijo Berg—. Y de prisa, para poder sacarle el mayor jugo posible.

—¿Interrogantes en el Storting? Eso no resulta tan fácil.

—Claro que lo es, Alex. No me digas que no puedes hacerlo.

Algunos miembros del parlamento noruego tenían relaciones con sindicatos y otros grupos de izquierdas, en cuyas filas había varios conversos a la causa.

—Acaso me estás sobrevalorando —dijo con cautela Alex—. No tengo la suerte de disfrutar de comidas tan deliciosas como ésta con miembros del Storting.

—Pero conoces gente que sí lo hace.

Alex bajó la vista. Berg agitó ante él un dedo admonitorio. Luego, sacándose del bolsillo la cuartilla escrita a máquina, se la alargó abiertamente a través de la mesa.

Alex miró aquel papel como si fuera a morderle. Su tez adquirió un tono todavía más amarillento de lo habitual. «No puede creer en su suerte», se dijo Berg. A Alex le temblaba la mano al alargarla para cogerlo, lo que hizo con excesivo cuidado y luego se lo guardó en el bolsillo superior.

—Verás, Rolf, estas cosas no pueden hacerse así. Es muy peligroso para ti, me refiero. Y como tratando de enfatizar sus palabras miró en dirección al personal de la OTAN.

La expresión de Berg se endureció. No le extrañaba que Alex se sintiera nervioso, él mismo experimentaba cierta tensión aunque más bien estimulante. No, lo que le molestaba era la dirección que estaba tomando la conversación. A menos que

estuviera equivocado iba a tener que soportar un sermón por todo lo alto.

Alex, que lo había adivinado por la cara de Berg, parecía desear verse también libre de todo aquello.

—Escucha, Rolf —empezó diciendo Alex a modo de introducción hablando con un susurro— tú eres muy valioso para nosotros. Pero que muy *muy* valioso. A veces no creo que te des perfecta cuenta de lo importante que eres... no, señor —hizo un ademán de exasperación.

—Vamos, Alex —Berg suspiró con suprema teatralidad.

—Pero las cosas no pueden seguir así, Rolf.

—¿Por qué no?

—Es buscar tres pies al gato.

—Tonterías. A menos, naturalmente, que vayas a desertar.

Alex alzó una ceja e hizo caso omiso de aquello. En sus años jóvenes acaso había considerado varias veces esa probabilidad.

—¡Deberíamos tomar precauciones básicas! —insistió.

—No soy un adolescente, Alex. Sé cuidar de mí mismo.

—Pero cuando se corren demasiados riesgos, acaban cazándote.

Berg hizo una mueca. Burócratas hasta el fin de sus días, Alex y sus amigos ansiaban encerrarle dentro de su sistema. Pero Berg no quería en modo alguno participar en buzones simulados, reuniones clandestinas o sórdidos arreglos financieros. Quería hacer las cosas como hasta entonces, o no las haría.

—Pero al menos deja que nos ocupemos de tu seguridad —le suplicó Alex.

Aquellos intentos de cazarle eran de una infantilidad evidente. Los Alex de este mundo pensaban que podían manipular a casi todos con halagos, dinero y regalos. Ello se debía a que juzgaban a la gente según su propia manera de ser.

Berg se quedó mirando al hombre gordo y obsequioso que tenía ante él y se dijo: «¿Creerá de veras que voy a tragármelo?»

—Vamos, Alex..., ¿es que no puedes hacerlo mejor? —dijo riendo.

Alex se recostó en su asiento desconcertado por un momento. Luego, su expresión se hizo astuta y calculadora y volvió a inclinarse hacia delante.

—Un viejo amigo preguntaba últimamente por ti —declaró con tono significativo—. Vendrá pronto a Oslo. Esperaba poder verte.

Berg sintió una sensación molesta en el estómago.

—No hay nadie a quien yo quiera ver, Alex...

—Pero se trata de tu viejo camarada de armas —le interrumpió con calma Alex—. Desea encontrarse contigo en recuerdo de aquellos tiempos.

Berg se mostró de repente irritado.

—No lo hagas, Alex.

Su interlocutor abrió las manos con ademán de incompreensión.

—¿Que no haga qué?

—No sigas. ¿Me has entendido?

—¿Entendido? Me desconciertas, amigo mío. ¿Qué mal puede haber en encontrarse con un antiguo amigo?

La mente de Berg evocó una imagen, la de Nikolai Andreevitch, con el uniforme sucio y roto, la gorra encaramada ariosamente en la coronilla, el rostro joven, aunque desdibujado por el tiempo y la luz, semejante a una vieja fotografía. Detrás de Niki se encontraba el campo, exactamente al este de Murmansk, sus contornos difuminados en gris, como la nieve, las montañas, la gente. Y al fondo, en alguna parte, aparecía la figura borrosa de sí mismo, helado, enfermo y amargado porque ya no había una guerra en la que luchar ni un hogar al que quisiera volver.

Le debía mucho a Niki. Jamás olvidó su deuda... Pero se la había pagado con creces.

No deseaba verlo. Lo que hacía ahora era porque quería.

—Vete al diablo, Alex.

El gordo sonrió conciliador.

—No te ofendas, *por favor*. Eres mi amigo. Lo último que yo querría sería molestarte.

Berg apartó su silla.

—Bien, entonces puedes empezar por callarte. Y por ponerte en marcha —agitó una mano en dirección al bolsillo superior de la chaqueta del ruso—. Espera los resultados de eso, Alex. No vayas a tirarlo, ¿eh?

Se puso en pie y se alejó con tanta brusquedad que estuvo a punto de chocar con dos oficiales de uniforme, uno noruego y el otro americano, que manipulaban con los platos llenos de la comida que se estaban sirviendo del *smörgåsbord*. Berg se excusó. Los oficiales sonrieron, y siguieron su camino charlando con la forzada cordialidad de aliados militares.

El inventor de las conferencias de Prensa fue, con toda seguridad un sádico. Ésa era la conclusión a la que llegó Hal. Pertenecía al tipo de gente a la que gusta poner la carnada al oso. Y en ese momento él era quien se encontraba en el foso.

Tomó asiento ante una mesa colocada en uno de los extremos del salón de conferencias del hotel y se enfrentó a los periodistas que iban llegando. Muchos le sonreían aunque, tal vez fuera su imaginación, de forma más bien fría. Bastantes se acercaron a estrecharle la mano, con lo que parecía ser excesiva cortesía. Y algunos se limitaban a mirarle, semejantes a pirañas.

Recordaba con nostalgia a los periodistas que encontró durante su gira americana de conferencias, así como su energía, su agresividad y franqueza. En comparación, la Prensa noruega era conservadora y cautelosa, con una clara veta puritana. Hal nunca sabía qué esperar de los periodistas; salvo que, al parecer, tenían formado su juicio de antemano.

Hal miró hacia la puerta donde se encontraba Ragna comprobando con una

relación los nombres de los periodistas. Levantó la vista y, al encontrar la mirada de él, le dirigió una sonrisa cordial de «no te preocupes». Él sonrió a su vez levemente.

En cuanto llegaron todos, se levantó el presidente de la «Geographical Society» y procedió a pronunciar una introducción muy larga y ampulosa.

Hal se puso en pie y comenzó a esbozar los planes de la expedición. Se dio cuenta de que había empezado a hablar de manera insegura, su voz le sonaba extraña y monótona, falta de ímpetu; pero al cabo de uno o dos minutos cogió el ritmo y cuando, veinte minutos después tomó de nuevo asiento, tuvo la impresión de haberlo hecho bien.

El presidente abrió el turno de preguntas.

Se alzó una mano y alguien le interrogó acerca de las dificultades de la escalada a grandes altitudes. Hal describió el programa de entrenamiento proyectado para participar en la expedición, en el que se incluían ascensos a grandes altitudes, asistidos con oxígeno. Hubo quien preguntó acerca de la comida, otro sobre la selección del equipo.

Luego, una mujer a la que Hal reconoció, levantó la mano.

—Su anterior experiencia se refiere en particular a la supervivencia ártica —dijo, después de haber dado su nombre y el del periódico—. ¿Cree tener una experiencia suficiente para el Everest?

—Soy en primer lugar y ante todo un escalador... —empezó a decir Hal con tono razonable conteniéndose para no darle una respuesta breve y contundente.

—¿Pero jamás escaló grandes altitudes?

Aquella dama se mostraba decididamente hostil. Hal empezaba a irritarse.

—¡Resulta difícil alcanzar el Himalaya todos los días! —luego dominó algo su genio—. Estoy de acuerdo que se me conoce más por mis trabajos de supervivencia ártica; pero mi principal actividad es la de escalador. Quienes están familiarizados con el montañismo considerarán el Everest una progresión natural para alguien como yo.

La mujer se mantuvo callada. Se alzó otra mano, en esta ocasión la de un hombre.

—¿Cuáles son sus motivos para emprender esta expedición?

—Ya lo he explicado. El hecho de que todavía no haya sido escalada esa cara. Es un desafío formidable.

—Pero usted ya ha navegado por el Pasaje del Noroeste e intentado alcanzar el Polo. La mayoría de la gente consideraría eso más que suficiente. Al incorporar ahora el Everest, parece como si su carrera empezara a convertirse en una búsqueda de gloria personal.

Hal sintió que la ira le invadía como una oleada incandescente. Jamás había intentado ocultar sus motivos; sin embargo allí se encontraba en aquellos momento tratando de defenderlos. Sólo en tu propio país pueden hacer que te sientas culpable por tus ambiciones.

—Algunas personas trabajan sólo para sobrevivir, otras por dinero —dijo



midiendo bien sus palabras—. Yo tengo la suerte de hacerlo para mi satisfacción personal. Admito que ello me convierte en un hombre afortunado. En cuanto a la gloria, bien, no creo que esa observación merezca una respuesta. Hago este trabajo porque es sencillamente mi vida. Es propio de mi naturaleza intentar hacer lo más difícil. Cómo la gente pueda interpretarlo es asunto suyo.

El interrogador se mantuvo firme en su postura.

—¿Pero es realmente necesaria esta expedición? Ya se ha escalado el Everest. Y en estos días en que atravesamos una situación económica difícil, cuando el pueblo noruego se enfrenta a circunstancias arduas, ¿se halla justificado ese gasto?

Adelante, Hal, se dijo Ragna.

Había empezado a hablar con excesiva modestia. En realidad no era la persona más indicada para promocionarse a sí mismo. Alguien más habría de hacerlo por él... y no sería el presidente de la «Geographical Society», que ya no cumpliría los ciento cinco años y era incapaz de venderle una naranja a un esquimal.

La ira contribuyó a mejorar sus palabras. La actriz que había en ella aplaudió sus últimas respuestas. Contenían la suficiente carga dramática y lograban un buen efecto.

Y ahora, de manera inexplicable, empezaba a fallar de nuevo, parecía cansado, casi daba la sensación de que estaba presentando excusas.

De pronto se le ocurrió una idea. Garrapateó presurosa una nota: *Háblales de las expediciones rivales americana y japonesa. Otros países creen que el gasto está justificado.*

Antes de que pudiera cambiar de idea, se abrió paso hasta la mesa y colocó la nota delante de Hal, el cual hizo una pausa, la leyó, pareció por un instante desconcertado y luego hizo un leve gesto de asentimiento.

—Hay otras expediciones preparadas para intentar la ascensión al Everest. Y al menos una, un equipo americano, tratará de escalar la cara Oeste un año después que nosotros.

Ragna quería que siguiera adelante y dejara establecido el punto lógico, o sea, que si en otros países aquel desafío valía la pena, ¿por qué no en Noruega?

Pero Hal permanecía callado. Lanzando rayos para sus adentros Ragna escrutó las caras de los periodistas. Se imaginaba ya el tipo de artículos cautelosos y moralizadores que se publicarían: Creemos que Starheim es un hombre valeroso pero ¿tiene su expedición una base firme?

La gente empezaba a mostrarse inquieta. El presidente apartaba ya su asiento disponiéndose a poner fin a la conferencia.

En el preciso momento en que se levantaba, se oyó una voz que llegaba desde el otro extremo del salón.

—Si me lo permiten...

Giraron las cabezas. Al volver Ragna la suya, vio a un hombre que se apartaba de un grupo situado junto a la puerta. Avanzó hacia ellos. Un hombre alto, rubio, impecablemente vestido, que caminaba con soltura, seguro de sí mismo.

Al llegar junto a la mesa, dirigió una amplia sonrisa a Hal antes de volverse hacia la gente.

—Bien. Creo que hoy hemos tenido el gran privilegio de conocer los nuevos planes de Halvard Starheim. Pertenece a una nación con una tradición gloriosa. De ella salieron los dos nombres más grandes en la exploración polar. Nansen, el primer hombre en cruzar Groenlandia y abordar los hielos árticos. Y Amundsen el primero en alcanzar el Polo Sur y atravesar navegando el Paso del Noroeste. Esos hombres crearon una tradición de la que estamos justamente orgullosos. Gracias a Halvard Starheim, no sólo se continúa esa tradición sino que se intensifica.

Ragna le miró extasiada. Quienquiera que fuese aquel hombre, ella lo adoraba.

—Es muy fácil encontrar motivos para no aceptar grandes desafíos —prosiguió el forastero—. Y también es muy fácil, para otras personas, criticar...

Ragna miró triunfante al periodista cáustico.

—... pero hay que ser un tipo de hombre muy especial para lanzarse a lo desconocido no una, sino varias veces, para alcanzar el éxito casi en todas ellas y sin perder ni un solo miembro de su equipo. Y estar dispuesto a emprender algo todavía más difícil. Puede que Noruega sea famosa por la exploración polar, pero no existe en absoluto razón alguna para que no sea también famosa con el montañismo.

Hal tenía la mirada fija en la mesa, el entrecejo fruncido y los labios apretados. Pero Ragna podía darse cuenta de que estaba contento. El orador aún no había terminado.

—Somos una nación de individualistas, orgullosos de nuestra independencia y de la seguridad en nosotros mismos; pero también orgullosos de nuestra generosidad con los demás en tiempos difíciles y de necesidad. Hal Starheim no puede financiar esta expedición por mí mismo. Necesita la ayuda del pueblo noruego y estoy seguro de que convendrán conmigo que se la merece.

La gente se hallaba ya más tranquila. La atmósfera había cambiado. Incluso Hal parecía haberse dado cuenta, y en sus labios había una sombra de sonrisa.

El orador lo miró de nuevo. Tenía unas facciones correctas, hermosas, y los ojos de un azul vivo. Había algo muy atractivo en su sonrisa, una especie de conspiración maliciosa.

—En 1954 —estaba diciendo—, pasé dos semanas con Hal Starheim y su equipo en el Ártico canadiense durante su expedición de dos años a través del Paso del Noroeste.

Ragna se dio cuenta, sorprendida, de que aquel hombre debía conocer también a Jan.

—Esperaba encontrar una embarcación maltrecha y una tripulación todavía más maltrecha; pero tanto los hombres como el barco parecían estar preparados para

realizar de nuevo la travesía. Al pasar ese tiempo con alguien en condiciones excepcionalmente duras, se tiene una idea bastante exacta de cómo es en realidad. Pues bien, puedo decirles que Hal Starheim es todo cuanto parece ser. Una inspiración para sus hombres. Y para todos nosotros —hizo una pausa efectista—. Uníos a mí en desearle la mejor de las suertes en su nueva aventura.

Algunos se pusieron inmediatamente en pie, otros les siguieron. El forastero se acercó a Hal y en actitud en extremo ceremoniosa le estrechó la mano y dijo en voz alta:

—¡Buena suerte!

Luego, sin ser visto por nadie más en el salón, guiñó un ojo a Hal con todo descaro. «¡Vaya tipo!», se dijo Ragna.

Se produjo un impulso espontáneo en dirección a Hal, y los allí asistentes fueron estrechándole la mano uno tras otro. En el salón empezó a oírse el murmullo de la charla ligera.

Ragna se dejó caer aliviada para volver a levantarse de inmediato, como impulsada por un resorte, al recordar que su puesto estaba en la puerta, para entregar información a los periodistas que salieran.

Más tarde Ragna localizó a Hal en el bar tomando una copa con el hombre alto y rubio.

Hal la cogió por el brazo.

—Ragna, secretaria de mi expedición. Rolf Berg del *Dagens Post*, un viejo amigo.

—Eso pensé —dijo Ragna riendo.

Se estrecharon la mano. La sonrisa de Berg era igual de atractiva de cerca, aunque Ragna tuvo la sensación de que él estaba convencido de ello. Tenía los ojos muy azules y la boca arrugada, pero lo que más le llamó la atención fue el pelo. Lo tenía abundante y de un tono dorado poco habitual y lo llevaba más largo de lo que se consideraba elegante, rozándole el cuello de la camisa.

Un auténtico dios vikingo, se dijo Ragna mirándolo inquisitiva. Los hombres guapos siempre le habían inspirado recelo.

—Estoy encantado al comprobar que Hal cuenta con una mujer en su equipo —estaba diciendo Rolf Berg—. Se corre el peligro de que intervengan demasiados hombres en estas cosas.

—Estoy por completo de acuerdo —afirmó Ragna con tono ligero—. Pero habría sido demencial que Hal no contara conmigo. Soy la persona más idónea para este puesto, ¿comprende?

—La modestia no es una de las cualidades relevantes de Ragna —comentó Hal riendo.

Berg parecía divertido.

—Gracias por su intervención —dijo ella en tono ya serio—. Por un instante pensé que iban a comerse vivo a Hal.

El aludido lanzó un ostensible suspiro.

Berg se encogió de hombros, quitándole importancia al hecho.

—No hice más que decir que a la gente le preocupa el éxito. Se ponen nerviosos por si alguien a quien admiran resulta ser un farsante. Y se protegen a sí mismos haciendo preguntas estúpidas. Sin embargo, espera y verás —aseguró encarándose directamente con Hal—. Acabarán diciendo que siempre les había parecido una idea magnífica —Berg miró a Ragna de soslayo—. ¿No lo cree así?

Tenía una manera especial de hacerle a uno sentir como si se conocieran de toda la vida. A Ragna le gustaba aquello.

—Desde luego.

—Espero que tengas razón —dijo Hal con seriedad.

—La tengo —afirmó Berg—. Lo mismo que tú siempre estás en lo cierto respecto al tiempo.

Era evidente que se trataba de una antigua broma, porque en seguida empezaron a hablar del Paso del Noroeste y de las cejas cubiertas de hielo a cincuenta bajo cero y todavía descendiendo. Era el momento de las reminiscencias masculinas y desde luego no el tipo de conversación favorito de Ragna. Pero Berg era un narrador divertido y bien dotado y, pese a la irritación que le causaba que hicieran caso omiso de ella, se dio cuenta de que sonreía al escuchar una de sus historias más rebuscadas.

Alguien llegó para hablar con Hal, lo que puso fin a la conversación. Berg parecía decepcionado.

—¿Cubrirá también «esta» expedición, Rolf Berg? —le preguntó Ragna.

Él negó con la cabeza.

—No soporto las alturas.

—¿Y dejará que algo tan nimio le detenga?

Él se mostró burlescamente avergonzado, mordiéndose el labio.

—Verá, tengo una gran debilidad. Soy un cobarde.

Ragna llegó a la conclusión de que, pese a su aspecto atractivo, tal vez Berg tuviera razón, después de todo. Siempre había mostrado inclinación hacia la gente que no se tomaba a sí misma demasiado en serio.

—¿Y qué me dice de usted? ¿Irá a Nepal?

—Nada de eso. Ya es suficiente con un escalador en la familia.

Él se quedó mirándola extrañado.

—Mi marido, Jan, sí que irá.

—¿Su marido?

«Santo cielo —se dijo Ragna—, ¿acaso creyó que no estaba casada?»

—Sí —dijo—, Jan Johansen.

—A-a-ah —exclamó con gran lentitud—. Comprendo.

—Pero es que no hay nada que comprender —repuso Ragna algo a la defensiva—. Estoy aquí por derecho propio.

—Claro —sin embargo, no parecía tan convencido como a Ragna le hubiera

gustado; apuró su copa como dispuesto a irse; aunque luego vaciló—. ¿No oí ayer su nombre? ¿No estaba cabildeando en el Ministerio de Justicia con referencia a un problema lapón?

—Ah —Ragna miró ansiosa hacia Hal para ver si lo había oído, pero se dio cuenta con un gran alivio de que él seguía hablando, entonces volvió la vista a Berg dándose cuenta de que él la miraba con curiosidad; tratando de quitarle importancia dijo—: Me sorprende que haya oído eso. Utilicé mi apellido de soltera.

En aquel momento Hal puso fin a su conversación y los contempló, esperando que siguieran con su charla. Si Berg se dio cuenta de las miradas de advertencia de Ragna, prefirió ignorarlas.

—Bueno, aunque creyera que la gente no se daba cuenta, sabía muy bien que era usted —dijo—. Por lo que sé, parecía que estaba poniendo objeciones a la localización de un área de entrenamiento militar. ¿O no lo he comprendido bien?

Sabía perfectamente que lo había comprendido. Se hizo un silencio incómodo. Ragna sentía los ojos de Hal clavados en ella.

—Es posible —dijo con tono poco convincente—. Pero se trata de algo sobre lo que no discuto cuando estoy trabajando.

Hal dejó su cerveza sobre el mostrador. Tenía los labios apretados hasta formar una línea. Ragna podía sentir el frío glacial de su desagrado.

—Ya nos veremos, Rolf —dijo a Berg.

—Comeremos juntos.

—El domingo.

—El domingo.

Sin dirigir palabra a Ragna, Hal dio media vuelta y se alejó.

Berg levantó una ceja.

Ragna aspiró hondo.

—No quería que Hal se enterara de mi visita al Ministerio —dijo con frialdad—. Era algo que tenía estrictamente prohibido. ¿Lo comprende ahora?

—Entonces, ¿por qué fue?

—No podía defraudarles.

—¿A quiénes?

—A los lapones.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? ¡Porque los están pisoteando y es escandaloso!

Berg la contempló divertido como si la contestación le conmoviera por su ingenuidad.

Ragna se encrespó.

—¡Alguien tiene que ayudarles!

—Pero ¿por qué usted? ¿Acaso los lapones no pueden representarse a sí mismos?

—¡No...! Bueno, sí. Quiero decir... —aspiró con fuerza y volvió a empezar— Jan es en parte lapón. De manera que existe una relación directa.

—Ah. Claro, lo había olvidado. Naturalmente —pero aún conservaba la expresión divertida en los ojos; luego añadió—: Siento no haber visto a Jan. ¿Está fuera?

—Sí. De pruebas en campo abierto.

Berg se estremeció elegantemente como sintiéndose penetrado por el frío.

—¿Con este tiempo?

—Bueno, se protegen en una tienda, como un par de lapones de la montaña. Alimentándose de reno seco y horribles raciones compo, es feliz como el que más.

Berg la miró de manera extraña.

—Están por el norte, ¿no?

—Sí, en alguna parte de la meseta.

Una leve pausa.

—¿Hace mucho que están allí? —Su tono de voz era muy suave.

De repente a Ragna se le ocurrió que no debería estar hablando de aquello. Sin embargo, la pregunta era inocua.

—Desde principios de esta semana. Desde el domingo.

Berg asintió, pero su expresión era distante y reflexiva, como si tuviera ya la mente en otras cosas.

Poco después se despedía cortés, pero enérgico.

Mientras se alejaba, Ragna formó su juicio acerca de Rolf Berg. Encantador, divertido, pero... fullero. Y como ya había conocido a muchos hombres semejantes, apenas si volvió a pensar en él.

## Capítulo VI

La posición era buena. Habían acampado en suelo inclinado, en la parte occidental del lago helado. Desde allí los dos hombres podían ver a través del hielo cubierto de nieve hasta el barranco, entre las colinas del lado opuesto y hacia abajo, hacia el extremo sur del lago, que se estrechaba formando un cuello de botella. Cualquiera que se acercara desde el sureste, habría de utilizar una de esas dos rutas.

Pero hasta aquel momento nadie había aparecido.

Habían llegado dos días antes y cavado un cobijo en la nieve al socaire de un afloramiento rocoso algo por encima del lago. Abajo, una maleza poco densa se extendía hacia abajo y alcanzaba grupos intermitentes de coníferas y abedul que ocultaban a la vista la playa próxima.

En aquellos momentos, cuando ya empezaba el breve día, Jan montaba guardia mientras Mattis dormía. Una nube brumosa pendía baja sobre el valle, proyectando una luz monótona, sin sombras, sobre el paisaje. La temperatura había subido un poco, no marcaba más de treinta bajo cero y el viento había parado, quedando el aire mortalmente quieto. En aquel silencio, el valle parecía despojado de toda vida. Pese a lo cual, Jan recorría de tanto en tanto con los binoculares las laderas debajo de ellos en busca de alguna señal de fauna. Al cabo de una hora, se vio recompensada su paciencia ante la aparición de un zorro ártico, avanzando cauteloso entre los matorrales a la caza de las musarañas y los campañoles que se hallaban en sus madrigueras debajo de la nieve.

Más tarde, Mattis se despertó, encendió la estufa de parafina y llenó una sartén de nieve. Mientras esperaban que se calentara el agua, los dos hombres permanecían sentados, en silencio, mirando a lo lejos por encima del lago.

Mattis aferró de pronto el brazo de su compañero, apuntando con la mano a la lejanía. Jan intentó atisbar a través del valle; luego, rápido, se llevó los binoculares a los ojos.

Se encontraban muy lejos, lago arriba, del otro lado, entre los árboles. Su silueta y porte eran inconfundibles.

Lobos.

Cinco, marchando al trote rápido con la cabeza impulsada hacia delante, cazando, moviéndose de forma precisa, como si siguieran un fuerte rastro o una senda bien conocida.

Los dos hombres observaban atentos, ya que en los tiempos que corrían los lobos eran ya una rareza. Mattis se sentía enojado, pues en circunstancias distintas hubiera podido hacer uso de su rifle y en la lejana playa habría dos lobos menos, tal vez incluso tres. Para el lapón los lobos, incansables perseguidores y asesinos de renos, eran siempre demasiados.

Pero a los ojos de Jan la poco habitual presencia del animal le confería una cierta belleza y no sentía el menor deseo de matar. Aunque nunca olvidaría el invierno de mil novecientos cuarenta y dos, el más gélido que podía recordarse, cuando los lobos bajaron desde el *vidde* a algunos de los valles en busca de comida, haciendo incursiones a las granjas y sembrando el terror entre la gente. Hasta que su padre, pese a la prohibición alemana de poseer armas, acabó sacando su rifle del escondrijo y salió a cazarlos.

La gente decía que nunca jamás había pasado una cosa semejante, pero la abuela lapona de Jan negó con la cabeza, asegurando que había habido otros inviernos de lobos mucho peores.

Los lobos se encontraban ya casi a la altura de ellos, del otro lado del lago, a una distancia de setecientos metros. De repente, el jefe de la manada alzó la cabeza olfateando el aire y todos se detuvieron.

Jan miró interrogador a Mattis.

—¿Nosotros?

—No, no somos nosotros —dijo el lapón—. Demasiado lejos y además no sopla viento.

Los animales siguieron inmóviles durante varios segundos. Luego, se pusieron de nuevo en marcha, aunque más despacio y con una gran cautela, sus cuerpos más cerca del suelo, dando tan sólo unos pasos cada vez antes de detenerse a husmear de nuevo el aire.

Era indudable que olfateaban algo. Jan recorrió con la mirada la zona que se extendía inmediatamente detrás de ellos; pero nada podía verse entre el amasijo de abedules y sauces cargados de nieve.

—¡Allí! —siseó la voz de Mattis junto a su hombro.

Jan siguió la mirada del lapón en dirección al sur del lago.

Y entonces la vio.

Un punto gris sobre la hiriente blancura, la silueta lejana de un hombre.

Jan se puso en pie de un salto y cogiendo su rifle se lo echó al hombro, ajustando la mira. No tenía grandes esperanzas de alcanzar al líder de la manada, pero era posible que el ruido del disparo fuera suficiente para hacerles abandonar la idea de un ataque.

Los lobos permanecían inmóviles y él se abstuvo de disparar.

El jefe se dio la vuelta, luego volvió a girar olfateando el aire, como si no acabara de decidirse. Repitió los movimientos varias veces igual que si fuera una danza ritual. Jan mantenía al capitán en la mira, afirmando el dedo en el gatillo.

El jefe olisqueó el aire una vez más. Luego, se agitó por última vez y seguido de la manada se alejó con paso largo en la misma dirección que había llegado.

Los dos hombres, después de colgarse los rifles al hombro, recogieron presurosos todos los utensilios de cocina, los metieron en el hoyo cavado en la nieve, junto con las provisiones y los sacos de dormir, y cubrieron luego la entrada con nieve.



Tras una última mirada hacia los lobos en retirada, esquiaron a través de los árboles en dirección al hombre que se encontraba en el lago.

Los tres esquiadores convergieron a través de la capa del lago cubierta de nieve, dos de ellos deslizándose rápidos, el tercero con más calma. El extranjero se paró en seco, al darse cuenta de la presencia de los otros dos.

Jan fue el primero en llegar a él. Debajo de la capucha de una sucia parka blanca, se encontraba un hombre de unos treinta años, con la cara descompuesta y los ojos medio cerrados por el cansancio. Al tiempo que ofrecía agua a aquel hombre, Jan le hizo la pregunta que le dijeron había de formular.

—Creo conocerle. ¿No es usted Tot? —inquirió en noruego.

«No, ése es mi hermano. Yo soy Erkki», tenía que contestarle él.

Pero el hombre no dijo palabra y se estableció el silencio, roto tan sólo por la sorda respiración entrecortada del recién llegado.

Jan repitió la pregunta en lapón y luego en finés. El hombre seguía silencioso. Dejó caer la cabeza y la apoyó sobre sus bastones.

—Llévesme al campamento —decidió Jan después de intercambiar miradas con Mattis.

Cuando se disponían a coger al hombre por los codos, a éste se le doblaron lentamente las rodillas y quedó caído sobre la nieve.

Sin pensarlo dos veces, Jan y Mattis empezaron a reanimarle. El uno le quitó los esquís mientras el otro le daba palmadas en las mejillas. Al cabo de un rato, el hombre abrió los ojos y, por primera vez pareció ver lo que le rodeaba.

Habló haciendo lo que a todas luces era una pregunta. Jan frunció el ceño alarmado. No entendía lo que había dicho; pero reconoció el idioma. Era ruso.

Se hizo un silencio glacial.

El hombre habló de nuevo, en esta ocasión en un idioma que supuso con acierto tal vez tuvieran en común. El inglés.

—¿Dónde estoy?

—En Finlandia.

Un leve destello de lo que pudiera ser alivio brilló en los ojos del hombre que los cerró de nuevo.

—¿Quiénes son ustedes? —murmuró mirando a Jan.

—Somos cazadores —repuso éste haciendo una pausa antes de agregar—: De cerca de Karasjok.

—¿Vendrán para encontrar a mi amigo? Por favor.

Jan no contestó. Eso no se ajustaba en absoluto al plan. Se suponía que no habría más que un hombre, un hombre que hablaba algo de noruego, al menos lo suficiente para contestar la pregunta acordada. Y ahora, de repente, allí estaba aquel otro personaje, el que no era. Un ruso que no hablaba en absoluto alemán.

—¿Qué amigo? —preguntó por último Jan.

—No está bueno. Estar enfermo.

—¿Pero qué le pasa? —inquirió Jan con brusquedad.

—Muy cansado. *Muy* cansado. Y pies malos. Se hirió el pie.

Jan suspiró.

—¿Dónde está? ¿A qué distancia se encuentra? ¿A qué distancia?

El hombre se encogió de hombros.

—Tres kilómetros, tal vez. Puede que más. No tan lejos.

Jan estuvo interrogando al hombre durante largo rato; pero no sacó nada en limpio. Se puso en pie irritado, mirando sin ver hacia la lejanía, furioso con el extranjero, furioso consigo mismo por no saber qué hacer. En la reunión se había previsto la posibilidad de que no se presentara, pero no algo como aquello. Nada por el estilo.

La decisión era imposible y, sin embargo, tenía que tomarla.

Por fin se decidió. Mattis y él acompañarían a aquel hombre hasta la frontera. Y una vez allí..., bueno, allí volvería a pensarlo.

Hal se pasó el dedo por el interior del cuello de la camisa para aflojárselo. Nunca se sentía a gusto con traje y corbata y además los zapatos nuevos le estaban oprimiendo los dedos de forma salvaje.

En la austera oficina del ministro de Asuntos Culturales y Científicos hacía un calor de sauna y las manos de Hal se deslizaban sobre los brazos de su asiento. El sillón era un centelleante ejemplar del diseño moderno escandinavo de tubos de acero curvados y reluciente cuero negro, que emitía fuertes crujidos cada vez que él se movía.

Hal intercambió miradas con Ragna que le hizo un pequeño guiño cómplice. El ministro, un hombre de pómulos altos y aspecto severo, ya sesentón, leía despacio la propuesta, con los codos apoyados sobre la mesa de pino pulimentado, y las yemas de los dedos unidas formando un arco perfecto debajo de su barbilla.

Una mosca voló cansina por los cristales lustrados de la ventana.

«No aprobará esto», se dijo Hal.

El ministro levantó la vista y su mirada fue de Hal a Ragna y sonrió. Resultaba imposible decir si aquello era un buen augurio.

—Me temo mucho que la ayuda financiera habrá de quedar descartada —dijo con un movimiento de cabeza, como excusándose—. No habría excusa posible ante el contribuyente. ¡Pero estoy seguro de que podrá hacerse algo en cuanto se refiere a equipo y víveres! Aunque habríamos de tener la seguridad de que se han recaudado fondos suficientes para poner en marcha la expedición.

—¿Y entonces podría anunciarlo? —insistió Hal.

—Creo que existe una razonable posibilidad de que pueda hacerlo, tan pronto como tenga la aprobación, naturalmente.

Hal se preguntó si aquello significaba un sí definitivo, o un acaso definitivo.

—¿Quiere decir eso que sí? —preguntó Ragna con ingenuidad.

—Así lo espero —repuso el ministro con rápido parpadeo.

Hal lo intentó por otro camino.

—¿Cuándo cree que llegará esa aprobación?

—Dentro de dos semanas... más o menos.

Hal intentó disimular su decepción. Otras dos semanas de incertidumbre. Dos semanas de esfuerzos perdidos.

—Comprendo —dijo con tono hermético.

Se dio cuenta de que Ragna le dirigía una rápida mirada.

—Es evidente que nuestros patrocinadores se sentirán alentados por la generosa oferta del Gobierno —dijo ella al ministro con dulzura—. La Prensa le dedicará una gran atención.

El ministro mostró una expresión alarmada.

—Sería muy prematuro hacer anuncio alguno.

—Claro —asintió Ragna con tono comprensivo—. Nunca se nos hubiera ocurrido. Sin embargo —suspiró como lamentándose—, *será* difícil evitar las especulaciones.

—¡Ah! ¿Qué especulaciones?

—Bueno, es evidente que todo el mundo está esperando un anuncio.

Aquello era, a todas luces, una novedad para el ministro. Hal trató de aparentar que no era una novedad para él.

—No tenía idea de eso —dijo el ministro.

—¿De veras? —preguntó Ragna con evidente sorpresa—. Bueno, esta misma mañana el *Aftenpost* y, desde luego el *Dagens Post*, me estaban preguntando en qué cuantía iba a contribuir el Gobierno. Parecía que esperaban una cuantiosa aportación en metálico —de repente frunció el ceño como si acabara de prever las consecuencias—. Algo desafortunado —siguió una ligera pausa y luego añadió con animación—: Claro que cuando se enteren de su ofrecimiento estoy segura de que comprenderán que es en extremo generoso... Dentro de lo que cabe. —Y agregó con tono vago—: Cuando se enteren.

De repente Hal hubo de contemplar la vista a través de la ventana, con una gran seriedad.

El ministro se quedó mirando a Ragna con los ojos entornados, como intentando captar una interpretación ilusoria y no del todo agradable en lo que ella acababa de decir.

—Bien —murmuró finalmente—. Esperemos que no se hagan una idea equivocada.

—Desde luego —dijo Ragna asintiendo con vehemencia.

El ministro se puso en pie y dio vuelta a la mesa con extremo cuidado como si estuviera pisando terreno peligroso.

—Puedo decirle con absoluta sinceridad que ha sido para mí un gran honor —dijo

alargando la mano a Hal y, luego, dirigiéndose a la mujer añadió—: y... humm... revelador.

Ragna le concedió su más encantadora sonrisa.

—Sabía que comprendería cuán importante es esto para nosotros, ministro. Y le aseguro que haré cuanto pueda con los periódicos.

«Esta vez se ha pasado», pensó Hal cerrando los ojos por un momento. Luego, haciendo de tripas corazón lanzó una rápida ojeada al ministro.

El hombre sonreía incierto. Después, sojuzgado por la mirada impasible e inocente de Ragna, ladeó la cabeza y su sonrisa se hizo irónica.

—¿Se ha dedicado alguna vez a la política, *Mrs. Johansen*?

«Santo cielo —se dijo Hal—, se ha salido con la suya.»

Esperó hasta que subieron al taxi.

—A veces... Ragna —murmuró.

—A veces, ¿qué?

—¿Ha habido un rumor?

—No —exclamó ella en tono alegre—. Exactamente no. Pero él no lo sabía, ¿verdad? De manera que se asegurará de que la *verdadera* historia llegue a conocimiento de los periódicos y se den cuenta de quién es el ministro tan generoso y clarividente que lo ha arreglado todo. De esa manera su actuación será gloriosa. Y el lunes por la mañana todo el mundo sabrá que tenemos el apoyo del Gobierno.

—¡Eso es chantaje, Ragna!

—Tonterías. Como él mismo ha dicho es política.

Hal meneó la cabeza.

—No sé... no sé.

Ella le dio unas palmadas en el hombro.

—Créeme, Hal, es lo mejor. Hemos de golpear cuando el hierro está incandescente.

Hal tenía que admitir que la cobertura había sido asombrosamente buena. En todos los periódicos apareció la expedición en primera página. Y aparte de alguna que otra observación de prudencia, la reacción había sido favorable. Aun así, Hal no quería adquirir una reputación de comportamiento taimado.

—Escucha, Hal —dijo con firmeza Ragna, dándose cuenta de sus dudas—, en mis tiempos de actriz o tenía que sentarme en el foro y dejar que mis dotes pasaran inadvertidas o me mantenía firme ante el público y entonces me daban mucho trabajo. Lo que quiero decir es que tienes que dar un pequeño empujón. No vamos a recibir buenas notas por mostrarnos pacientes. —Le dio unas palmadas en el brazo—. Mira todo el dinero que ya nos han prometido. El apoyo del Gobierno pondrá el sello definitivo.

No podía negar el éxito alcanzado por Ragna hasta ese momento. Había logrado un número asombroso de patrocinadores en un tiempo increíble. En realidad, unas cuantas promesas más y la expedición quedaría asegurada. ¡Asegurada! La idea era

tan nueva para Hal que apenas podía acostumbrarse a ella.

El taxi se acercaba ya a la casa en la que se alojaba Ragna.

—Muy bien —concedió Hal—. Pero ten cuidado de no encrestar a la gente, Ragna. No hemos de crearnos enemigos sin necesidad.

—¿Enemigos? Creí más bien haber gustado al ministro.

Hal intentó adoptar una actitud reprobadora pero fracasó.

Ragna parecía sentirlo, mostrarse arrepentida y muy encantadora, todo al mismo tiempo.

—No pienses mal de mí —dijo ella de repente—. Sólo quiero ayudar.

—Humm. Como con tus lapones. —No había olvidado del todo el hecho de que Ragna hubiera ido a ver al ministro de Justicia a espaldas de él.

—Ya te dije que lo sentía. Pero no podía defraudarles.

Era imposible seguir enfadado con ella.

—Lo sé —reconoció y, siguiendo un repentino impulso, se inclinó y le dio un ligero beso en la mejilla.

El taxi se detuvo. Hal pensó de súbito que sería muy agradable llevarla a cenar.

—¿Estás...?

Ragna miró su reloj.

—Santo cielo —exclamó—. ¿Es ya esta hora? —bajó de un salto del coche y volviendo a meter la cabeza en él agregó—: Necesito tiempo extra para prepararme ¿comprendes?

—¡Ah!

Ragna sonrió con picardía.

—Tengo que estar como nunca. Voy a salir con un antiguo enamorado y quiero verlo desesperado por lo que se ha perdido.

Hal todavía sonreía cuando el taxi se paró delante de su hotel.

Los hombres se detuvieron. Llevaban andando tres kilómetros desde el lago. La frontera estaba justo enfrente de ellos, aunque resultaba imposible estar seguro de su posición. No había postes ni barreras, el paisaje era semejante al de cualquier otra extensión de *taiga* cubierta por la nieve. Lo único claro era que las patrullas esquiadoras recorrían con regularidad aquel rincón alejado y que, más allá de él había muchos, muchísimos kilómetros de terreno prohibido donde los intrusos, ya fueran rusos, lapones o de cualquier otro lugar, corrían el riesgo de ser inmediatamente detenidos o seguir una suerte todavía peor.

Jan estaba indeciso. Le resultaba imposible la elección. ¿Sería acaso una trampa? ¿Era auténtico aquel hombre?

No había modo de saberlo. Pero si iba a equivocarse hiciera lo que hiciese, bien podía intentar salvar a la persona con la que había ido a encontrarse. Era algo menos negativo que regresar.

Aguijoneado por la duda, y sin embargo ansioso por terminar con aquel asunto de una vez por todas, hizo señas a los otros de que avanzaran. Había tomado la decisión. Cruzarían la frontera.

Los dos noruegos tenían plena y molesta conciencia de que cada paso que daban les alejaba de la seguridad, pasos que además tendrían que recorrer de nuevo en dirección contraria. También se daban cuenta de la absoluta quietud y de la creciente claridad de la luz, así como del perfecto blanco que presentaban. Hasta la patrulla más somnolienta sería capaz de ir tras su rastro sin dificultad alguna. Jan quiso dejar a Mattis en el lago; pero aquel extraño compañero que se habían encontrado insistió en que el hombre enfermo estaba demasiado débil para esquiar, de manera que Mattis acabó acompañándolos llevando una litera primitiva, hecha con ramas de abedul cubiertas con los sacos de dormir.

El ruso abrió la marcha siguiendo las huellas que él mismo había dejado, hundidas profundamente en la nieve.

Fáciles de seguir.

Para cualquiera.

Jan sabía que debían de estar acercándose al río Pasvik, una zona por la que solían merodear patrullas. Nervioso, dio el alto y volvió a preguntar al ruso. El hombre se mantuvo en sus trece, su compañero se encontraba ya muy cerca.

Prosiguieron a través de bosques raquíuticos. Con una helada sensación premonitória, Jan se dio cuenta de que el cansancio del ruso parecía haberse evaporado de forma misteriosa y que sus huellas eran demasiado rectas para un hombre exhausto.

Sentía una molestia en el estómago provocada por nuevas dudas. Pensó en interrogar de nuevo al hombre; pero éste se volvió excitado señalando hacia un punto relativamente cerca.

Indicando a los otros que se detuvieran, Jan avanzó cauteloso. Al acercarse al borde de un montículo se agazapó sobre sus esquís y oteó por encima.

Debajo de él había una ligera hondonada en la que crecían abedul enano y maleza. Debajo de un sauce inclinado y retorcido, sobresalía algo de la nieve. Una especie de fardo. Cubierto con lo que parecía ser un sucio anorak blanco.

¿Un hombre?

A un lado del fardo había una mochila y un par de esquís y al otro lado un área muy pisoteada por hombres calzando botas. Podía ver una serie de huellas que llegaban hasta la hondonada desde el Este, además de las que se dirigían hacia el Oeste. Pero aquello no demostraba nada. Era imposible saber cuántos pares de esquís habían utilizado.

Hizo un semicírculo alrededor de la hondonada, aguzando el oído, escrutando cada centímetro de terreno. Hacia el río, los árboles eran más altos y espesos y entre ellos podía ocultarse cualquier cosa.

Echó una mirada en derredor e hizo señas a los otros de que se acercaran y

esquiaran hasta la hondonada.

Se dirigió derecho al bulto casi enterrado en la nieve.

Desde luego era un hombre.

Jan se quitó los esquíes, se arrodilló junto a él y le apartó la capucha de la cara.

Se quedó mirándolo. Y lo comprendió al instante. No cabía la menor duda. Tenía los ojos medio cerrados, la tez era como mármol grisáceo y de una extraña suavidad, como si el hombre no hubiera tenido una preocupación en toda su vida. Pese a todo, procedió a las comprobaciones usuales, tomándole el pulso en el cuello y la muñeca, levantándole los párpados para examinar las pupilas.

Jan apretó con los dedos la mejilla del hombre. La epidermis se hundió, sin que la hubiera helado todavía la temperatura ambiente, que era al menos de veinte bajo cero. No hacía mucho que había muerto, quizá menos de media hora.

En la mente de Jan apuntó una sospecha. Hizo rodar el cuerpo hasta ponerlo boca arriba. Y comprobó que tenía razón. Tanto el anorak como la nieve debajo de él estaban manchados de un rosa brillante. En el pecho del hombre había una gran herida.

Jan examinó la indumentaria del fallecido y encontró en su espalda el limpio orificio producido por la entrada de una bala a gran velocidad.

Jan dio media vuelta y agarró al ruso por el cuello.

—¿Qué ha ocurrido? ¡¿Qué ha ocurrido?!

El ruso se quedó mirando al cuerpo caído sobre la nieve y su rostro se contrajo con una mueca de desesperación.

Jan le sacudió con violencia.

—¿Qué ha ocurrido?

—En el río. Dispararon contra nosotros. Escapamos en la noche. Volvimos sobre nuestros pasos y caminamos junto al río. Viajamos toda la noche. Luego él ya no pudo viajar más... —dejó caer la cabeza.

—¿Por qué no lo dijiste?

—Creí que vosotros no venir...

Jan cerró los ojos con exasperación.

De súbito tuvo otra vez consciencia del silencio. Parecía estar vivo, como si algún movimiento misterioso se estuviera desarrollando dentro de él.

Hizo una seña a Mattis y empezó a registrar el cuerpo.

Examinaron presurosos la mochila, luego el anorak, la camisa y los pantalones. Como sólo sabían que el hombre llevaba algo importante pero ignoraban qué, se guardaron cuanto pudieron encontrar. Un mapa, un cuchillo, una pistola, una barra de chocolate, una cartera y un par de gafas. Después de examinarla a fondo dejaron la ropa y el resto de la comida.

Jan echó una mirada a la cara del muerto y se detuvo. Un recuerdo lejano se agitó en su mente, tan difuso y nebuloso que no logró concretarlo. Y sin embargo...

Miró de nuevo los rasgos grises y ya imprecisos y trató de imaginarse aquel rostro

tal como había sido.

Volvió a proyectarse el recuerdo, leve pero persistente. Intentó localizarlo. Le fue imposible. A pesar de todo, no cabía duda, los rasgos le resultaban un tanto familiares. Era posible también que le recordara a alguna otra persona.

Se escuchaba un fuerte siseo. Giró rápido.

Era el ruso, de pie en el promontorio, gesticulando en dirección al invisible río, con una expresión de pánico.

Jan y Mattis se miraron. Se ataron presurosos los esquíes y cogieron sus bastones. Mattis agarró el brazo de Jan. El ruso se alejaba rápido en dirección a la frontera, inclinándose y retorciéndose, saltando con movimientos espasmódicos del brazo, semejante a un conejo en su huida.

Jan y Mattis no le siguieron. De manera instintiva emprendieron un nuevo camino bien al Norte de sus antiguas huellas. Eligieron a propósito un suelo abrupto, a través de pantanales helados cubiertos por infinitos morones y una maleza que les llegaba a la cintura. Recurrieron también a otras tretas, bordeando incluso las colinas más pequeñas para evitar que sus siluetas se destacaran sobre el cielo, manteniéndose al abrigo cuando podían en las zonas densas, forzándose a sí mismos hasta el límite, avanzando con rápidos y largos deslizamientos, con una velocidad que jamás alcanzarían sus perseguidores.

Y escuchaban.

El paisaje infinito se hallaba envuelto en un sudario de silencio, roto tan sólo por su fuerte respiración y jadeo así como por el siseo constante de los esquíes.

Pasaron los minutos. Jan hizo cálculos. Debían encontrarse a kilómetro y medio de la frontera.

Ahora con cautela. Con mucha cautela.

La maleza iba haciéndose más escasa. Delante de ellos desaparecía casi por completo dando paso a la extensión abierta de un lago helado.

Jan conjuró en su memoria el mapa del área. La frontera tenía que estar en la parte más alejada de ese lago.

Los dos hombre sufrieron un repentino sobresalto y se detuvieron como animales olfateando el viento.

Un único ¡*crac!* flotó en el aire ahogado por la lejanía y la nieve. Luego una y otra vez: ¡*Crac!* ¡*Crac!*

Escucharon atentos los últimos ecos, intentando calcular la distancia y dirección; luego, se pusieron de nuevo en marcha pero girando hacia la izquierda para bordear la terrible desnudez del lago.

Aquel silencio presionaba, denso y vibrante de amenazas.

El horizonte les atraía hacia sí, el paisaje se abría infinito, amplio y desnudo alrededor de ellos.

Siguieron adelante. No tenían elección.

La frontera. Tan cerca, tan cerca.



Mientras Jan lo pensaba, se quedó de pronto inmóvil y levantó la cabeza, con todos los sentidos alerta. Por un instante sintió un miedo animal. Llevó la mano al rifle.

Un movimiento. Lejos, a la derecha.

Los dos hombres se agazaparon y esperaron.

De repente los vieron.

Un grupo de hombres, todavía unos minúsculos puntos grises pero acercándose rápidos.

Jan y Mattis aceleraron de nuevo; de forma instintiva se inclinaron a la izquierda a fin de apartarse todavía más de la patrulla.

Pero de poco servía la distancia ya no había refugio alguno.

Luego, se escuchó un grito ahogado, una llamada lejana.

Los dos hombres sintieron que se les paraba el corazón, pero no se volvieron...

Un repentino *¡crac!* muy fuerte. La bala había pasado cerca. Y en seguida, como un eco, el *¡zomp!* de la detonación.

Los dos hombres aceleraron con los pulmones doloridos por el esfuerzo.

Más disparos, *¡crac...! ¡crac...! ¡zomp...! ¡zomp...!*

Estaban a medio camino bordeando el lago.

Delante de ellos se veía una depresión en el pliegue de las colinas. La libertad. Tan cerca.

Otra descarga cerrada de disparos. Jan luchó por sobreponerse, exudando miedo por todos los poros. Ninguno les alcanzó. Se le ocurrió pensar que no tiraban a matar...

Nuevas llamadas resonando débiles a través del aire vacío.

Los dos hombres volvieron a acelerar. Tan cerca...

Otro grito.

Un nuevo impulso de miedo. El sonido llegaba por la izquierda.

Jan todavía no podía verlos. ¿Dónde estaban?

Aceleró, con un terror que iba creciendo con desmesura, impulsando sus piernas hacia delante.

No se oyeron más gritos. Por unos momentos tampoco hubo más disparos. Sólo podían oír el latido de sus propios corazones.

Y luego... *¡zod!*

Un grito rompió el aire. Un instante de incredulidad. La voz era la suya, estridente, irreconocible. Se quedó sin aliento. Un terrible dolor le atravesaba los pulmones.

No se dio cuenta de que caía, no percibía más que el ardiente dolor y la falta de respiración. Y una ligereza de cabeza como si estuviera flotando.

Su cara se encontró con la nieve. La boca era puro líquido. Una mancha rosada fue extendiéndose poco a poco por la blancura. Tosió y se aclaró un poco la garganta.

Parte de su cerebro registró el incesante *¡crac! ¡crac!* de los continuos disparos.

Empezaba a sentirse como en una nebulosa. Trató de luchar contra ella, tosió y tragó, intentando superar el ahogo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, llamó a Mattis por su nombre. Su voz sonaba desesperadamente débil.

No hubo respuesta. Silencio. Incluso los disparos habían callado. Intentó volver la cabeza. La tenía pesada, pesada. Contorsionó levemente el cuerpo para poder ver más allá de sus pies.

Se quedó mirando, parpadeó, trató de fijar de nuevo la vista y se quedó observando la escena.

Por primera vez sintió una desesperación abrumadora.

Mattis.

Estaba derrumbado sobre la nieve con las piernas encogidas debajo de su cuerpo y un esquí alzándose de manera extraña en el aire.

Volvió a llamarle luchando por recuperar el aliento. Mattis permaneció en su inexorable inmovilidad.

De nuevo se cernía sobre él la nube. El líquido seguía subiéndole a la garganta. Luchó por respirar. Oyó una especie de gorgoteo. Sabía que se estaba ahogando. Sentía en la cabeza un zumbido suave y ardiente.

Un instante más de confusa consciencia... Voces murmurando, la sensación de unas manos que le volvían.

Hizo un último esfuerzo por abrir los ojos, pero sólo vio sombras y el inicio de unas mayores tinieblas.

## Capítulo VII

—¿Acaso intentas emborracharme? —dijo Hal sonriendo.

—¿Emborracharte? —Berg lo contempló con asombro burlón—. Eres uno de mis más viejos amigos, Hal.

—Y por lo tanto... imposible la clemencia.

Rieron de buena gana. Habían cenado en el «Théâtre Café». La comida había sido buena; no, se dijo Hal, excelente. Los platos algo fuera de serie acompañados de una botella de vino francés increíblemente caro.

Aceptó la copa de licor diáfano que le ofrecía Rolf y se arrellanó en el sofá, sintiéndose en el mejor de los mundos.

El piso era como correspondía a Rolf, muy elegante. Incluso el desorden que reinaba en la zona donde trabajaba estaba bien organizado y de acuerdo con los cánones de la moda. La mayor parte del mobiliario era de estilo moderno. A Hal le pareció recordar que Rolf había dicho que eran diseños de Rastad y Rilling. Como quiera que fuese, resultaban en extremo impresionantes. Por toda la sala de estar podían verse diversos objetos exóticos, que sin duda fueron adquiridos por Rolf durante sus viajes. Una gran alfombra persa, un sillón de bambú de estilo oriental, un espejo veneciano, adornos de jade, un jarrón chino con flores secas. La gruesa copa que Hal tenía en la mano era del más exquisito cristal «Waterford», y el armario bar estaba bien provisto de botellas de las más caras bebidas. Un hi-fi «Bang & Olufsen» desgranaba a Mozart con tonos resonantes y profundos.

Rolf vivía bien y Hal se alegraba por él.

—Me sorprende que abandonaras una vida tan placentera para venir a vernos al Paso del Noroeste —comentó sonriendo.

Rolf se sentó en la butaca de enfrente.

—Cualquier cosa por una buena historia.

—Y lo era tal como tú la escribiste.

Agradeció el cumplido con un movimiento de cabeza.

—Desde luego fuiste muy amable al dejarme que la escribiera —dijo con tono de humor.

Hal sonrió. Era típico de Rolf hacer esas observaciones de una arrogancia ambigua.

—¿Pero en la actualidad sólo te ocupas de cuestiones políticas? —le preguntó Hal.

Rolf se encogió de hombros.

—Parece ser que estoy haciendo temblar los cimientos del sistema de manera bastante satisfactoria. En todo caso, mejor que cualquier otro. Para empezar el *Dagens Post* parecía algo nervioso en un principio, apenas publicaban algo. Pero

durante el último año se han vuelto mucho más audaces. De acuerdo con sus normas, naturalmente.

—¿De dónde sacas todas tus historias?

Rolf rompió a reír echando hacia atrás la cabeza.

—Sólo una persona ajena a este ambiente podría hacer semejante pregunta. Los periodistas jamás revelan sus fuentes, salvo bajo amenaza de muerte.

—¡Vaya si sois leales! —exclamó Hal con una mueca.

—A decir verdad, el editor me hace a veces la misma pregunta —dijo Rolf ya con más seriedad—. Dice que confía en que no esté obteniendo información de fuentes irregulares. De lo que no estoy seguro es de lo que eso quiere decir. Pero sospecho que, a su juicio, soplos por parte de cargos en el Gobierno y funcionarios civiles, son irregulares. En cuyo caso es un completo estúpido. ¿De qué otra fuente podría obtener mi información, eh? —Su mirada era divertida y sarcástica.

—Tal vez esté preocupado por pequeños detalles como, por ejemplo, el quebrantamiento de la ley.

Rolf puso los ojos en blanco.

—¡Ah! Es probable. Somos tan condenadamente cumplidores de la ley que a veces me parece que superamos a los mismísimos alemanes.

—Hay quienes... —empezó a decir vacilante Hal, pero luego se arriesgó— bien, quienes piensan, al menos en mi ambiente de trabajo, que el *Dagens Post* va en ocasiones demasiado lejos. Que se muestra más antagonista de lo necesario frente a los militares. Y descaradamente antidefensa.

Rolf le corrigió.

—No, no... Se muestra en contra de la OTAN, que es distinto —se adelantó en su asiento—. Supongo que comprenderás que sería desastroso que se instalaran armas nucleares en suelo noruego, Hal. Si hubiera otra guerra, la Unión Soviética nos aplastaría literalmente, como si fuéramos de *crystal* —cerró el puño con fuerza— y no esperarían a que les explicáramos que, en realidad, nuestra intención no era utilizarlas.

—Pero seguramente será aconsejable formar parte de la OTAN.

—¿Por qué? ¿Por qué? En lugar de protegernos nos convertiría en un objetivo. No; creo que deberíamos ser neutrales.

—De cualquier manera seríamos un objetivo, Rolf. Nuestra situación geográfica se ha ocupado ya de ello.

Berg negó con la cabeza.

—Hoy día la guerra significa sólo submarinos y misiles de largo alcance. No se ocuparán para nada de nosotros a menos que permitamos que nos conviertan en base americana.

—Da la impresión que eres antiamericano, Rolf.

—Tal vez lo sea.

Su tono era superficial pero Hal sabía que no estaba bromeando.

—Pensé que habías disfrutado durante tu estancia en América.

Rolf había pasado allí un par de años a raíz de acabar la guerra.

—Y disfruté. Pero ello no significa que quiera que Noruega se convierta en un peón de América.

Había llegado el momento de cambiar de conversación. Era un tema sobre el que nunca estuvieron de acuerdo y Hal no quería echar a perder la velada.

—¿Te ves con alguno de los amigos de tu época en América?

—No.

Había ciertos temas sobre los que no era posible hacer hablar a Rolf. Y su época en América era uno de ellos. Como también su primer encuentro. Se conocían oficialmente desde hacía... ¿cuánto? Seis años. Desde los días del Paso del Noroeste cuando descubrieron, asombrados, que ya se habían encontrado en otra ocasión y en circunstancias dramáticas. Durante todo ese tiempo, Rolf sólo había dado a Hal una línea esquemática de aquellos acontecimientos. Era un verdadero maestro en eludir cuestiones que no quería contestar.

Hal sabía que las experiencias de Rolf en tiempo de guerra habían sido muy penosas. No quería reabrir viejas heridas. Sin embargo, eran viejos amigos. ¿Acaso la amistad no es franqueza y sinceridad?

El aguardiente disipó las dudas que pudieran quedarle.

—Todavía me debes un par de esquís —se oyó decirle—. ¿Recuerdas? Los tuyos estaban lo que se dice inservibles. Acabamos utilizándolos para alimentar hogueras.

La expresión de Rolf reveló un leve pero inconfundible destello de desagrado. Se levantó y se acercó al armario de las bebidas para servirse otro trago.

—Esquís —murmuró mientras removía las botellas—. Todavía no tengo un par decente. Pero escucha —se volvió con una amplia sonrisa—, ¿por qué no vamos de marcha uno de estos días? ¿Qué te parece? Me gustaría mucho.

—Buena idea.

«Ha vuelto a hacerlo», se dijo Hal. Pero esta vez no estaba dispuesto a que se evadiera con tanta facilidad. Insistió machacón sobre el tema:

—Nunca me dijiste qué sucedió Rolf, después de que os hubierais ido. Me hablaste de lo ocurrido a tu amigo. Pero eso fue todo.

Rolf permaneció inmóvil un momento. Luego, cogiendo su vaso y una botella vacía de *vodka* volvió al sofá. Colocó la botella sobre la mesa de café que había delante de él y se quedó mirándola pensativo.

—En realidad no hay mucho que contar —respondió finalmente.

—Pero me gustaría oírlo.

Reflexionó un momento.

—Me resulta duro hablar de ello —se expresaba despacio, en voz baja y tono reflexivo; pero, de repente, rompió a reír como excusándose—. Verás, aborrezco la idea de que otros... No puedes imaginar hasta qué punto fue horrible.

—Sabes muy bien que yo nunca diré nada.

Rolf se quedó contemplándolo con una mirada penetrante, clavando en él aquellos ojos sorprendentemente azules, por encima del borde del vaso. Por último pareció decidirse.

—Bueno, no es una gran historia —dijo arrellanándose en su asiento—. Como ya sabes, aquella noche robamos. Muy mal hecho por supuesto; pero no queríamos crear dificultades a vuestros amigos. El único problema fue que alguien nos había denunciado —enarcó las cejas—. Maravilloso, ¿verdad? Como quiera que fuese, antes de que nos diéramos cuenta de lo que pasaba, apareció una lancha cañonera buscándonos. Nos ocultamos detrás de una isla, entre rocas. Realmente espantosas. Me refiero a las rocas. Mucho peores que la cañonera. De cualquier manera estuvieron disparando durante un rato en la oscuridad, supongo que para dar testimonio. Luego, se alejaron.

—¿Y no os descubrieron en ningún momento?

—No.

—¿Qué paso después?

Berg bebió otro trago.

—¿Nuca te he contado nada de esto?

Hal negó con la cabeza.

Berg emitió una risa breve y amarga.

—Bien, fue hilarante. Espantosamente hilarante, quiero decir. Tropezamos con un escuadrón de la Muerte y Destrucción alemán, matando ganado y prendiendo fuego por todas partes. Durante varios días nos fue imposible alejarnos de ellos, hasta que por fin se marcharon. Pero no habían dejado comida. Nada. Acampamos en las ruinas de una aldea. Estaba vacía. Allí no quedaba una alma. Y ni una miga de pan. Empezamos a sufrir inanición. Y a helarnos. ¡Santo Dios, qué frío hacía! Luego, de manera increíble nos favoreció la suerte. Fuimos de caza y matamos un reno en las colinas. Eso nos animó. Pensamos que podríamos ir encontrando renos. Empezamos el camino para atravesar la meseta...

Apretó los labios y clavó los ojos en su copa.

—Pero aquello fue el desastre... Ni rastro de renos. No pudimos hallar a los lapones. Cuando se nos terminó la carne que llevábamos, fue el final... El frío era terrible..., inimaginable —rió sin ganas—. Pero, claro, tú ya debes saberlo. Me daba cuenta de que los dedos de los pies se me estaban helando uno a uno. Tenía la convicción de que iba a perderlos todos. Y eso es lo que le pasó a Petter. Todos. Luego se puso enfermo..., nunca supe qué le había pasado. Supongo que fue congelándose poco a poco. En definitiva no podía moverse. Parecía como si hubiera renunciado.

Hubo una pausa. Mozart había terminado. Se alargó el silencio.

De repente Berg alzó la vista. Sus ojos tenían una expresión dura y distante.

—Luego, murió.

Hal sintió su dolor y aspiró hondo.

—Lo siento. —Por decir algo más musitó—: Petter. Había olvidado su nombre.

—Si es que se llamaba Petter.

—Ah, creí que le conocías bien.

—Para entonces sí. Pero no antes. Nos limitamos a nuestros nombres de pila para no crear jamás dificultades a nuestras familias. Por lo que sé, pudo haber mentido respecto a su nombre.

La expresión de Rolf era atormentada.

—Pero no te estarás culpando por su muerte.

—Uno siempre se culpa.

«Vaya fardo que ha soportado todos estos años», pensó Hal.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Hal—. ¿Qué pasó después de aquello?

—Humm. Volví a la costa no recuerdo bien cómo, a Alta Fiord. Pensé que encontraría allí a los rusos. Pero, desde luego, nunca llegaron tan lejos. Sin embargo gracias a Dios hallé a algunos lapones *sea* y me alimentaron con pescado. Sobreviví. —Se encogió de hombros—. Y eso es todo.

—Bueno, al menos escapaste de los alemanes.

Rolf hizo un vago asentimiento de cabeza.

—Ya te advertí que no era una gran historia. —Dando de lado el tema se incorporó bruscamente y cogió la botella de *vodka*—. Venga —dijo con animación forzada—. No me estás acompañando.

—Pero si no bebía *vodka*.

—Pues ahora ya la bebes.

Era el desafío de un bebedor y Hal no bebía, al menos al estilo escandinavo, o *sea*, hasta perder la conciencia. Pero había algo en la expresión de Rolf, una especie de soledad que le impulsó a hacerle compañía.

—Ejerces sobre mí una pésima influencia, Rolf —dijo Hal afectuoso, apuró su copa y la tendió para que se la llenara.

Berg escanció la *vodka* y se echó de nuevo hacia atrás en su asiento. Gracias a Dios ya había terminado con aquello de una vez por todas. Y lo había hecho bien, se dijo. Casi impecable. Hal ni siquiera había preguntado qué pasó luego.

Sin embargo más valdría cambiar de conversación, para estar más seguro.

—Deberías haber traído contigo esta noche a *Mrs. Johansen* —dijo—. Es todo un carácter. Ni que decir tiene que tu proyecto no será ignorado ni un instante si ella está por medio.

—Sí, es formidable, ¿verdad?

Hal sonrió casi como un cachorro afectuoso y Berg se dio cuenta de que le estaba haciendo efecto la bebida.

—Es extraño que se casara con Jan.

—¿Qué quieres decir?

—Me parece que tienen poco en común.

Hal le dirigió una mirada casi conmisericordiosa como si no se hubiese dado cuenta de algo a todas luces evidente.

—Por el contrario, se complementan a la perfección. Precisamente el éxito de su unión reside en ser tan diferentes.

—Comprendo. —Berg no dijo más, ya que en esas cuestiones era un cínico—. ¿Y en tu vida no hay una mujer, Hal?

Hal hizo una mueca compungida.

—Demasiado ocupado para tomarme nada en serio.

Y demasiado honrado, se dijo Berg. Hal era de esos hombres que, antes de tomarlo en serio, querían amor y compromiso. Y no es que Hal no hubiera tenido sus escarceos hasta época muy reciente, incluso en una ocasión le quitó una chica a Berg, aun cuando éste sabía que ni siquiera se había dado cuenta por aquel entonces. Una sueca bellísima que era muy selectiva en cuanto a sus hombres y que se había mostrado mucho más interesada en Hal de lo que jamás estuviera por Berg. Éste no se sintió en modo alguno molesto, no era de los posesivos.

—A Katya le gustabas muchísimo —observó Berg.

—Ah. —Hal sonrió reminiscente—. Era deliciosa. ¿Y qué me dices de ti, Rolf? ¿Alguien en especial?

Berg rió con aire cómplice.

—Siempre hay alguien especial.

—¿Hasta que aparezca la próxima?

El tono era de desaprobación, aunque afectuoso y cordial.

—Sí, hasta la próxima —admitió Rolf encogiéndose de hombros.

Sonó el teléfono. Eran pasadas las diez. Tal vez se tratase de Isabella. Pero lo más probable era que llamasen de la oficina. Excusándose con un ademán de la mano, se acercó a su mesa para descolgar el aparato.

—¿Se encuentra ahí el comandante Starheim?

Berg miró a Hal sorprendido.

—Sí. Un momento.

Mientras se acercaba, Hal hizo un gesto como diciendo. ¿Es realmente para mí?

—No imaginé que nadie supiera que estaba aquí.

«Yo tampoco», se dijo Berg.

Hal cogió el teléfono que le alargaba su amigo.

—Hola... Sí... ¡Thrane! ¿Cómo...?

Berg, volvió a su asiento y cogió el vaso.

—¿Qué?

Berg tomó un sorbo y se quedó mirando una de sus mejores litografías.

—No... No... ¡Dios mío!

Era una exclamación horrorizada. Berg giró en su asiento. Hal se había derrumbado sobre una silla, con la cabeza caída, cubriéndose los ojos con la mano.



Berg se puso rápidamente en pie y se acercó a él.

Hal se lamentaba como un animal herido. Debajo de la mano sólo se le veía la boca contraída con una mueca terrible. La que sostenía el teléfono tenía los nudillos blancos.

«Alguien ha muerto», se dijo Berg.

Por último y al cabo de un largo momento, Hal habló de nuevo, con voz bronca y vacilante.

—Sí. Iré... ¿Qué...? Sí, ahora mismo salgo.

Colgó con lentitud. Estaba lívido como un cadáver.

Berg le puso una mano en el hombro.

—¿Hal? ¡Hal!

Hal se levantó con desmaño. Berg jamás había visto una expresión semejante de horror absoluto. Hal agitaba la cabeza de un lado a otro, con la boca abierta y moviéndola sin que saliera sonido alguno. Hasta que al fin lanzó un grito, un amargo grito de rabia y angustia.

—¡Hal! ¿Qué pasa?

La contestación se hizo esperar mucho.

—Jan... Jan. Y Mattis.

Por la mente de Berg pasaron toda suerte de posibilidades. ¿Un horrible accidente? ¿Un alud? ¿Se habrían estrellado con un coche? O...

Sacudió a Hal por los hombros.

—No sabes cuánto lo siento. ¿Qué ha sucedido?

Hal no contestó sino que se dirigió tambaleándose hacia el vestíbulo. Rolf le siguió, y le ayudó a ponerse el abrigo.

—¿Qué ha pasado? —repitió Berg.

Hal volvió a menear la cabeza como si le fuera imposible hablar. Llegó a la puerta. En el último momento se detuvo y pareció oír por primera vez la pregunta.

—Están... Han muerto. Por disparos. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Escrutó el rostro de Berg como si buscara la respuesta milagrosa que él sabía jamás llegaría a descubrir.

Hubo de pasar un momento antes de que la mente registrara las palabras.

Fue Berg quien sintió entonces un sobresalto aterrador y hubo de apartarse presto a fin de que Hal no pudiera verlo reflejado en su cara.

Berg recorría el oscuro muelle a largos pasos, las manos hundidas con furia en los bolsillos de su abrigo y, de repente se detuvo en seco. Dando media vuelta se acercó de nuevo a Alex.

—¿Pero cómo podían estar escapándose? —preguntó a través de los dientes apretados.

—Sé poco más que tú, amigo mío... Sólo el contenido de la protesta oficial —

contestó Alex—. Esos hombres se encontraban en el lado soviético de la frontera y se dirigían hacia Finlandia. Yo supongo que la guardia fronteriza los confundió con delincuentes comunes..., desertores que huían a Occidente.

Hablaba con el consumado convencimiento de quien siempre espera que el hombre haga tonterías. A lo lejos, un transbordador muy iluminado maniobraba en su amarradero. Alex lo observaba con terquedad, como si ése fuera su único objetivo de encontrarse en el muelle.

Casi podía palpase el nerviosismo del hombre. «Este cabrón quiere verse libre de mí», se dijo Berg furioso. Como confirmando aquella idea, Alex seguía observando por encima de su hombro, al parecer obsesionado por algo en la parte más alejada del muelle.

—¿Qué diablos estás mirando? Por todos los cielos, ¿no te habrán seguido, verdad?

—No, no.

Berg se sentía impotente, como si se estuviera hundiendo en el lodo.

—¡Pos Dios santo, Alex! —exclamó.

El otro volvió a mirar por encima del hombro.

—Ya te lo he dicho. No sé nada.

—Estás mintiendo.

El ruso parecía desolado.

—¿Qué puedo decir, amigo mío? Yo me limito a cumplir lo que me dicen. Eso es lo que hago siempre.

Berg sintió que le invadía una furia impotente. Le asaltaba un violento deseo de apretar aquella gorda garganta y ver extinguirse el último soplo de vida.

—Entonces hasta aquí hemos llegado, Alex. No más reuniones. No más charlas confidenciales —apenas podía hablar—. ¡Uno de ellos era *amigo* mío, hijo de puta!

—¿Amigo? —repitió Alex con tono vago.

Ahora ya miraba sin rebozo hacia la plaza. De repente se puso rígido y cogiendo a Berg del brazo dijo con voz en la que se evidenciaba el alivio.

—Verás, yo no puedo decirte gran cosa pero...

Sus ojos se dirigieron hacia la derecha y luego, agitando la mano a modo de excusa, se alejó.

Por un instante Berg no le comprendió. Luego, vio a alguien que se dirigía con paso enérgico hacia él, alguien a quien Alex saludó con la cabeza al pasar. Y entonces se dio cuenta de que ese alguien había sido enviado para que hablara con él.

El hombre se acercaba.

La leve luz de un almacén cercano le iluminó la cara.

Berg sintió un violento calambre en el estómago al reconocerlo.

Niki.

El ruso se encontraba ya frente a él. Durante un momento ambos hombres se miraron.

Niki rió entre dientes.

—Quince años. Tienes el mismo aspecto de entonces.

Pero él, en cambio, no. Parecía otro distinto. Más rollizo, opulento. Iba elegantemente vestido con un abrigo de excelente corte, cruzado y con grandes solapas, una bufanda de cachemira de color claro y un gorro de piel.

Sin embargo, la mirada inteligente y astuta era la de siempre.

Berg contuvo una ira violenta. ¿Cómo se habían atrevido a hacerle eso a él? ¿Cómo se habían atrevido?

Sin embargo, Niki debía de saber la verdad de lo ocurrido. ¿Por qué otro motivo iba a estar allí? Y había algo que Berg tenía que saber, una pregunta que le corroía sin cesar, como si llevara un lobo pisándole los talones.

—¿Por qué murieron? —preguntó sin ambages.

—¡Ah! ¿Los noruegos? —El tono de Niki era como un suspiro de consternación—. Un accidente desgraciado.

Berg hizo un esfuerzo por mantener el tono de voz tranquilo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Niki aspiró hondo.

—Créeme, habría sido preferible mil veces haberlos cogido a los dos vivos. Entonces se les hubiera hecho un juicio conveniente y..., bueno, yo diría que nosotros habiéramos salido mejor parados.

—Entonces, ¿qué diablos salió mal?

Niki hizo un ademán expresivo.

—La guardia fronteriza tiene orden de detener a cualquiera que intente pasar la frontera Rolf. Vieron a los dos hombres. Les advirtieron. Sus advertencias no fueron escuchadas. Les dispararon. Fue lamentable. Pero eso es lo que pasó.

Pareció disminuir la tensión de Berg.

—¿Y por qué estaban en ese lado de la frontera? ¿Por qué?

Niki se encogió de hombros.

—Jamás lo sabremos. La cuestión es que estaban. Fue culpa suya.

Berg observó el rostro del otro hombre. Su expresión permanecía inescrutable.

—¿Cómo sé que es la verdad? —inquirió con tono resentido.

—No lo sabrás. —La voz del ruso tenía un matiz afectuoso y razonable—. Pero ¿alguna vez te he mentado, Rolf?

Rió sarcástico sintiendo luego un violento escalofrío.

—Eso sí que en verdad no lo sé.

Niki lo cogió del brazo.

—Vamos. Caminemos. Hace demasiado frío para quedarse quietos. —Empezaron a andar hacia el extremo más alejado del desierto muelle comercial—. Debes pensar con sentido común, Rolf —dijo con calma el ruso—. Pese a los aspectos desafortunados... huuummm... del asunto, ya se ha convertido en un incidente de la mayor importancia. Asestará un duro golpe. Estoy casi seguro de que este Gobierno

caerá. ¿Comprendes?

—¿Qué?

—Nuestra protesta oficial aparecerá en primera página en todos los periódicos del mundo. Finlandia pondrá el grito en el cielo por la violación de su territorio. A su debido tiempo, quedará al descubierto la implicación de la CIA, y entonces el Gobierno habrá de responder por ello. El incidente seguirá adquiriendo mayores proporciones. Va a haber un escándalo fenomenal, Rolf.

En la mente de Rolf iban acumulándose todas aquellas noticias. Tenía la sensación de haber soltado un tigre loco que corría *amok*. Sin embargo, Niki parecía excederse en lo que afirmaba. Había un aspecto en extremo importante del asunto que daba la impresión de haber olvidado.

—Disparar a dos hombres por la espalda no parece que vaya a granjearos las simpatías del mundo —apuntó Berg con tono cáustico.

Niki alzó las palmas de las manos.

—No pueden culpamos por disparar contra dos agentes extranjeros descubiertos en nuestro territorio cuando infringían todas las leyes imaginables. Quien habrá de soportar las consecuencias es el país responsable de haber entrenado y enviado a dos agentes. Y ese país es Noruega, asociado con la CIA, naturalmente.

La mirada de Berg se perdió sobre las oscuras aguas, la gran extensión del Fiordo Oslo. Las luces de navegación centelleaban y parpadeaban con ritmos extraños, semejantes a gusanos de luz en un jardín en sombras.

—No eran agentes.

—¿Qué? Bueno..., agentes, espías. Ésas son las palabras. Los hombres fueron reclutados y entrenados... Les pagaban. Iban vestidos como los lapones ¿sabes? Pero incluso si fueran lapones, eso no cambia el hecho de que se tratara de agentes que se iban a reunir con un espía.

Berg negó con la cabeza. Al fin y al cabo, Niki no se hallaba al corriente de todas las circunstancias.

—Estás equivocado —dijo.

El otro lo miró largamente.

—¿Ah?

—Eran aficionados. Algo circunstancial. El uno, un lapón llamado Mattis Hetta; y el otro, un explorador de nombre Jan Johansen. ¿Sabías eso?

Niki hizo un ademán negativo de cabeza.

—Bien, Johansen es muy conocido aquí, Niki. Era un escalador, un explorador. Nadie creerá lo de que fuese un agente. Lo que pensarán es que cruzó la frontera de manera accidental, inocente, y que le dispararon por la espalda sin contemplaciones.

—Y añadió sarcástico—: Supongo que fue por la espalda, ¿no?

—Sabrán que esos hombres fueron reclutados, Rolf. Lo sabrán.

—¡Nunca se lo creerá nadie! Johansen era la mano derecha de Starheim. Hicieron juntos el Paso del Noroeste. ¡No habrá quien admita que era un agente entrenado!

Niki reflexionó un instante.

—¿Por qué supones que lo eligieron, Rolf? Porque no pertenecía al Ejército. Ése fue el motivo. Querían que todo el asunto pareciera de lo más inocente. —Agitó un dedo admonitorio—. Eso es casi peor que enviar a un agente entrenado, ¿no crees?

A través de las aguas sopló un viento glacial. Más allá de la amplia cuenca, Niki contempló los muros altos y oscuros de la vetusta Fortaleza Akershus que albergaba el cuartel general del alto mando de la defensa noruega. Mantuvo la vista clavada un momento en ella, como si estuviera contemplando la impresionante colección de secretos de la OTAN depositados allí. Esperó que le alcanzara Berg para volver sobre sus pasos.

De repente Niki dejó escapar una breve exclamación.

—Pues claro, tú debes haber conocido a ese Johansen —alzó una mano como para detener la respuesta de Berg—. He leído todos tus artículos, Rolf. He seguido de cerca tus progresos.

Rolf se humedeció los labios irritados. Tenía la impresión de que Niki sabía más de su vida que él mismo.

Éste se detuvo bajo una farola.

—Óyeme, lamento que Johansen haya muerto. —Se encogió de hombros como para enfatizar su pesar—. Pero debes culpar a quienes le enviaron. —Sus ojos le miraron especuladores—. Acaso fue el propio Starheim, ¿eh? ¿Qué opinas? ¿Tengo razón?

Berg vaciló, dándose cuenta con un ligero sobresalto, de que acaso la tuviera.

Niki asintió con firmeza.

—Pues claro que fue él. Desde luego.

Berg sintió que le invadía una violenta furia. Los sondeos de Niki parecían no tener límite, era como si intentase reafirmar su poder sobre su persona.

—¡No arrastres a más gente en esto, cabrón! Deja ya de tender tu maldita tela de araña. —Impulsado por la indignación pegó casi su cara a la del ruso—. En realidad ya estoy harto, lo que se dice harto. Para empezar, no creo tu historia del accidente. No me trago que todo el asunto haya sido tan accidental. Ya está bien, Niki. Estoy harto.

Se dio cuenta de la alarma de Niki y por un instante sintió una satisfacción perversa.

—¿Qué estás harto, Rolf? ¿En qué sentido?

Rolf sintió afianzarse su confianza.

—En el sentido de que ya no habrá más pequeñas reuniones con Alex, Niki. Seguiré escribiendo mis historias, no te preocupes. Pero nunca volveré a confiarte nada semejante a esto.

«Pronto aprenderán a no presionarme», se dijo Berg. Sintió desprenderse un peso de sus hombros.

—Siento mucho que esto te haya afectado tanto, Rolf. Después de lo que hemos

hecho cada uno por el otro.

Berg estuvo a punto de romper a reír.

—Jódete, Niki.

El ruso bajó los ojos e inclinó la cabeza.

—Permíteme que te explique algo, Rolf. Permíteme que te explique que nuestras acciones en este asunto estaban dirigidas por razones imperiosas, por nuestra necesidad de proteger una fuente vital. Y cuando me refiero a esa fuente no estoy hablando de los deleznable secretos que ese espía estaba intentando negociar. Ese hombre carecía de importancia. Sólo tenía acceso a información clasificada de importancia secundaria. Pero era un valioso peón en lo que voy a decir, así que te hablaré de él.

Niki empezó a pasear de nuevo. Berg vaciló, ya que no quería saberlo; pero su curiosidad fue más fuerte, de manera que caminó a su lado.

—Era un ingeniero de diseño electrónico, en unos astilleros de Murmansk y trabajaba con submarinos —empezó diciendo Niki—. Tenía mucho talento. No ocupaba un cargo superior. Pero sí uno de confianza. Muy generoso por nuestra parte, considerando que era de origen extranjero, un invitado que acudió a nosotros al terminar la guerra.

Niki rebuscó en su bolsillo, sacó un paquete de cigarros, cogió uno y se lo llevó a la boca. La rebuscada elegancia, el puro, todo daba la impresión de ligero ridículo. Parecía un gángster barato en una mala película.

—¿Y cómo nos pagó este invitado? ¿Hummm? —Niki hizo una pausa, protegiendo con la mano la llama del encendedor, y aspirando con fuerza hasta que la punta del cigarro se encendió—. ¿Cómo nos pagó este invitado? Llegando a la conclusión de que, después de todo, no le gustaba la Unión Soviética. Descubrió que su corazón aún seguía en su país. Y afirmó ese amor a su patria pasando pequeñas informaciones a la CIA a través de un agente en Kiev. No es precisamente una manera simpática de pagar la hospitalidad, ¿verdad? Pero nos enteramos de todo cuanto hacía, Rolf. —Se le animó la voz—. En realidad hicimos buen uso de él. Solíamos pasarle de vez en cuando pequeñas informaciones. Todo el mundo era feliz. No había problemas. Luego, de repente, hace un trato. Quiere desertar a cambio de un buen paquete de información. Claro que hubiéramos podido ser los últimos en reír si le hubiésemos facilitado un buen montón de información falsa para entregar a su llegada. —Una pausa y añadió con tono intencionado—: No podíamos dejar que eso ocurriera, Rolf. No podíamos.

Se encontraban ya próximos al final del muelle y a la Town Hall Square, donde pequeñas barcas de pesca acudían a vender sus capturas directamente al público. A corta distancia de ellos, dos enamorados desafiaban al frío sentados en un banco, riendo de forma ruidosa. El muchacho decía: «¡Se está caliente dentro de mi abrigo! ¡Vamos, te aseguro que se está caliente!»

Los dos hombres volvieron a sumergirse en las sombras. Un taxi pasó rápido por

la calle principal del muelle.

—No podíamos permitirlo, Rolf. Teníamos que detenerle. Era noruego, ¿comprendes? Llegó en mil novecientos cuarenta y cinco. Viajó a través de Finnmark. Suponemos que sería un recorrido épico de privaciones y duras pruebas, en busca del ejército rojo, cerca de Kirkenes.

Berg se detuvo y clavó una mirada penetrante en el ruso.

—Los soldados lo recogieron y lo alimentaron, aunque tenían muy poco que ofrecerle. El joven se mostró agradecido. Se incorporó a las tropas durante la última etapa de la lucha. Cuando se hizo la paz se quedó en Rusia. Quería aprender el idioma y completar sus conocimientos técnicos. Su nuevo país se mostró generoso. Se le ofrecieron todas las oportunidades, todas las ventajas. Nada era demasiado...

Berg se sintió un poco inquieto. Levantó una mano; pero no había manera de hacer callar a aquel hombre.

—Recibía enseñanzas —siguió diciendo el ruso—. Un lugar donde vivir. Era inteligente, ¿comprendes? Estaba bien dotado...

—Basta.

Niki hizo una pausa.

—Verás, Rolf. Cuando llegó el momento, no podíamos dejarle que se marchara. Habría acabado contigo. Habría acabado contigo a las primeras de cambio. Tu nombre, tu feliz estancia entre nosotros..., todo.

Berg sintió que le invadía un sudor frío.

—Así que hubimos de detenerle, ¿entiendes?

Se hizo la luz y fue como un mazazo para Berg.

—¿Quieres decir...?

—Ése es el motivo de que la guardia fronteriza hubiera recibido órdenes.

—¿Y qué?

—Se le detuvo, claro.

Berg se quedó mirando al ruso sin verle.

—Por ti, Rolf. Todo lo hicimos por ti. Tú eres nuestra fuente vital, ¿comprendes? Entonces Berg lo supo. Nunca fue libre. Y ahora ya jamás lo sería.

## Capítulo VIII

Sonja. Tenía que ocuparse de Sonja.

Buscó una cabina telefónica cerca del puerto y la llamó a su piso.

El timbre sonó una y otra vez. Era casi medianoche. Sonja nunca estaba fuera hasta tan tarde. ¿Y qué pasaba con su madre enferma? Empezó a oír las primeras voces de alarma.

Siguió insistiendo. Primero desde otra cabina y luego desde su piso.

Tenía que hablar con ella. De otra forma la imaginación de Sonja podría sumar dos y dos cinco.

Su mente se vio asaltada por desagradables posibilidades. Que ya se había enterado de la protesta soviética y que la habían convocado a la oficina para una reunión de emergencia. Que había hablado con sus colegas de él y que en ese preciso momento se estaban enterando de la existencia del segundo Erik Leif.

Sintió una furiosa indignación. Niki debiera haberle dado más tiempo para protegerse.

Marcaba sin cesar el número de Sonja. Por dos veces lo encontró comunicando y sus esperanzas se reavivaron. Luego siguió sin contestar y se dio cuenta de que alguien más estaba intentando también hablar con ella.

El piso se hallaba irrespirable y salió de nuevo a la calle.

Encontró otra cabina telefónica. ¿Y si intentara comunicar con su oficina? No, eso sería una absoluta locura. O tal vez no.

Marcó de nuevo el número de su piso.

Contestó casi al punto.

La voz de Sonja.

—Hola.

Berg volvió a respirar.

—¿Hola? —repitió ella.

—Soy yo. ¿Dónde estabas?

—¡Erik! —Parecía agradablemente sorprendida—. Ah, fuimos a ver a una prima en Drammen y cuando nos disponíamos a regresar el coche no quería ponerse en marcha. Dejé a mi madre en Drammen y...

—¿Estuviste todo el día fuera?

—Sí... ¿Por qué?

Berg sintió que perdía las fuerzas.

—He de verte. Ahora. Te esperaré en la Universidad. Delante del edificio de la administración.

—¿Algo anda mal? —preguntó en tono bajo y asustado.

—No puedo hablar ahora. Pero verás, si alguien más te llama, no hagas nada, no



digas nada hasta que hayas hablado conmigo.

Colgó antes de que ella pudiera poner reparos y enfiló directamente a la Universidad. Tan pronto como hubo llegado se preguntó si habría elegido el sitio adecuado. Los edificios modernos de la Universidad se alzaban en medio de parques abiertos y, aparte de la circulación por la calle principal, todo estaba muy tranquilo. No había lugar alguno donde ocultarse.

Procuró dominarse. Estaba pensando como un hombre perseguido.

Aparcó al lado de un edificio y retrocedió andando hasta donde pudiera vigilar la calle que conducía hasta allí.

Sonja se estaba retrasando.

Esperó. Su pensamiento funcionaba desesperado. Al propio tiempo, intentaba no pensar.

Cinco minutos..., diez. La boca se le había quedado seca y la epidermis helada. Se esforzó por recuperar la calma.

Por fin. Luces. Se acercaban despacio. Vacilantes. Se aproximaron a la acera.

Esperó un instante entre las sombras. No se veían otras luces. Ni había ruidos extraños.

Salió de su refugio y se dirigió corriendo al coche. Abrió la portezuela junto al asiento del pasajero y entró.

Sonja parecía asustada, con los ojos desorbitados y la respiración entrecortada. Berg se dio cuenta de que ya estaba enterada.

—Fuimos demasiado lentos —dijo él al pimío—. No pudimos evitarlo. La operación en Finlandia ha sido un fracaso.

—Lo sé —exclamó ella—. Me llamaron apenas hablar contigo. ¿Pero qué ocurrió?

Berg comprendió que aquel asunto podía redundar en beneficio suyo. Por una vez tenía todos los datos en la punta de los dedos. Poniéndole cariñosamente una mano en el hombro, le contó la historia de forma esquemática, cuidando de omitir detalles sobre el hombre de Murmansk.

Con idéntico cuidado hizo mención de los nombres de los dos lapones. Una pequeña demostración de su conocimiento de las interioridades.

Sonja parecía desolada.

—Aún no puedo creerlo.

Él escrutó su cara, estudió el tono de su voz.

Comprendió que no albergaba la más mínima sospecha.

Se sintió tan aliviado que estuvo a punto de echarse a reír.

Debía de decir algo. Suspiró con fuerza.

—Si hubiéramos dispuesto de tiempo, podríamos haber logrado detenerlo... —Meneó la cabeza—. Lo siento.

—¿Pero por qué ocurrió, Erik? —preguntó ella con acento implorante—. ¿Qué es lo que fue mal?

—Los rusos estaban enterados. Eso es lo que fue mal. Su amigo en las altas esferas, sea quien sea, les dio el soplo. La única noticia buena, si se le puede llamar así... Bueno, no estamos seguros, pero se dice que la filtración procede de parte americana después de todo.

Sonja lo miró desesperada.

—Lo que no llego a comprender es por qué habían de dispararles, Erik. ¿Por qué? Berg la miró a los ojos.

—Probablemente jamás lo sabremos.

Sonja se subió las gafas y se frotó con fuerza los párpados.

—¡Qué desastre, Erik! Es la peor cosa que jamás ha sucedido. —Se le quebró la voz y Berg percibió que estaba a punto de romper a llorar—. Creo que esos hombres eran responsabilidad nuestra. Y les hemos..., les hemos fallado. ¡Es espantoso, Dios mío! —Sacó un pañuelo y se sonó con fuerza.

—No tienes que culparte —le dijo él con energía—. En realidad no ha sido culpa tuya.

Se inclinó hacia ella y la mantuvo abrazada largo rato.

—Y a propósito...

Después de lanzar un suspiro prolongado y tembloroso, Sonja hizo un leve movimiento de cabeza para dar a entender que le escuchaba.

De repente Berg se sintió muy seguro de sí mismo.

—¿Estaba implicado en esto Starheim? —preguntó.

Hal se dio cuenta de que ya era por la mañana. En las calles había gente, coches aparcados y el personal de defensa entraba en el castillo.

Thrane le tocó el brazo. Los dos hombres salieron y subieron a la parte trasera del vehículo que les esperaba. El coche abandonó los terrenos del Akershus y bajó hacia el puerto, en dirección oeste.

Caía aguanieve arremolinándose los minúsculos copos amarillentos alrededor de las farolas. Pasó junto a ellos un autobús con sus pasajeros de rostros grises y borrosos detrás de los cristales empañados de las ventanillas.

Hal miraba hacia fuera sin ver nada. Sentía su ira exhausta, agotada en la reunión que había durado toda la noche. En aquellos momentos todo cuanto sentía era una desesperación infinita, una glacial desesperanza que le sumía brumosa, embotándolo todo, incluso el dolor.

La hora punta todavía no había alcanzado su momento culminante y pronto Hal reconoció la calle anterior a la de ella y luego, demasiado pronto, la esquina final.

Casi había llegado el momento. Sintió extraños calambres de temor en el estómago. El viernes, el viaje en taxi, la apresurada despedida, la última imagen de Ragna entrando rápida en el edificio de apartamentos... ¿Cuánto tiempo hacía de eso? Le era imposible pensar.

Entraron en la calle.

El coche aminoró la marcha.

—Es más adelante —indicó Hal al conductor.

Algo le llamó la atención. Miró hacia delante por encima del hombro del chófer. Un numeroso grupo de gente ocupaba media calle. A medida que se acercaba el automóvil, algunos de ellos se desplegaron en abanico. Pero sólo cuando los del grupo empezaron a mirar excitados en dirección al vehículo y a enfocarlos con sus cámaras, captó Hal cuál era la situación.

Intercambiaron miradas con Thrane.

—¡Qué diablos...! —empezó a decir aterrado.

—¡Acelere! ¡No se detenga! Rápido. Regresamos al Akershus —ordenó Thrane al chófer, abalanzándose hacia el asiento delantero.

Hal cogió a Thrane por el brazo.

—¡No! ¡No! Nos detenemos aquí. Y voy a bajar. ¿Me oye?

Thrane lo miró furioso, pareció dispuesto a discutir y luego, de súbito, hizo un gesto de asentimiento.

—Párese aquí como estaba planeado —le dijo al que guiaba.

El coche aceleró deteniéndose luego en seco ante el edificio de apartamentos. De inmediato fue rodeado por los periodistas. Sus rostros se apretujaban contra las ventanillas.

Thrane abrió de golpe la portezuela y bajó encabezando la marcha. Al seguirle Hal hubo una lluvia de foganazos y el clamor de muchas voces.

—Por favor, comandante Starheim, ¿tiene algo que comentar respecto al incidente en la frontera?

—¿Estuvo antes Johansen en alguna de esas expediciones, comandante Starheim?

Subió corriendo las escaleras. Las voces seguían cacareantes, entrometidas, odiosas, aullando los nombres de Jan y Mattis como si fueran de propiedad pública.

—¿Qué siente por la muerte de Johansen y Hetta, *Mr. Starheim*?

¿Qué cómo se sentía?

Dio media vuelta, con las facciones contorsionadas por la furia y ansiando sacudirles a todos.

—¡No lo haga! —siseó Thrane al tiempo que le cogía del brazo y le empujaba al interior del edificio—. No debe hablar con ellos. ¡No debe!

—¡Cabrones!

Thrane se dirigió a la escalera.

—Están haciendo su trabajo.

—Parece que saben más de la cuenta.

Thrane irguió la cabeza y se detuvo a medio camino.

—Sí, eso parece. Eso mismo parece.

Daba la impresión de estar sobresaltado.

Hal le agarró del brazo.

—¿Cómo pueden saberlo?

Thrane se encogió de hombros.

—Fuentes soviéticas.

—Pero las identidades... ¿Cómo conocen eso? Santo cielo, todo este asunto apesta.

Thrane no contestó y empezó a subir de nuevo las escaleras.

Una vez en el segundo piso, llamaron al timbre del apartamento. La puerta se abrió la rendija que permitía la cadena. Finalmente les fue franqueada la entrada por una mujer que vestía «*jeans*» y una bata de artista.

—Está preparada —dijo la mujer—. Confío en que mantendrán a la Prensa apartada de ella. Hace horas que nos están fastidiando.

La mujer salió. Hal esperaba con un peso inmenso en el corazón.

Se escuchó murmullo de voces, se abrió una puerta y la amiga volvió a entrar.

Luego, con movimientos fluidos, casi sin hacer ruido, Ragna apareció en la habitación.

Estaba en pie delante de ellos, muy pálida y callada. El traje parecía demasiado grande para ella.

Hal avanzó un paso.

Vacilante, le tendió la mano. Ragna, con un ademán de rechazo leve, pero definitivo, apartó la suya.

—No quiero hablar —dijo con voz neutra—. Sólo quiero volver a casa lo antes posible.

Hal dejó caer la mano con desmaño.

—Hemos venido para llevarte al aeropuerto.

Ragna esperaba, en actitud pasiva, con la mirada clavada en la pared. Thrane asió la maleta que había junto a la puerta. La amiga cogió un bolso que se hallaba sobre una silla y se lo colgó en el brazo a Ragna; luego, la abrazó con fuerza. Las dos mujeres permanecieron un momento estrechamente abrazadas. Después se separaron. La amiga se alejó llorando en silencio.

Los tres salieron lentamente del apartamento y bajaron las escaleras.

—Me temo que la Prensa está ahí fuera —dijo Hal cuando llegaron al zaguán—. Ve derecha al coche e ignóralos por completo.

Ragna no contestó pero él pudo darse cuenta de que le había entendido.

La cogió del brazo al tiempo que Thrane abría la puerta de la calle para que saliera.

La manada estaba esperando.

Se produjeron varios fogonazos. Algunos de los reporteros se dispusieron a hablar. Hal les miró iracundo. Entonces, retrocedieron manteniendo un respetuoso silencio.

Al menos mostraban cierta decencia.

Pero en el preciso momento en que Ragna inclinaba la cabeza para entrar en el coche, volvieron a rodearlos.

—¿Tenían los hombres órdenes de cruzar la frontera soviética, comandante

Starheim?

—¿Puede decirnos, por favor, si los hombres se hallaban entrenados para este trabajo?

Hal entró en el coche después de Ragna.

Mientras se acomodaba en su asiento, se oyó una voz por encima de todas las demás.

—¿Puede confirmar su parte en la operación, comandante Starheim?

Eché mano al tirador para cerrar la portezuela.

—¿Puede confirmar que estaba implicado en la operación, comandante? —chilló la voz intimidadora—. ¿Qué tenía a su cargo...?

Hal cerró la puerta de golpe. El coche arrancó veloz.

Las últimas palabras quedaron flotando densas, seguidas de silencio. Hal sentía algo que le apretaba inexorablemente el corazón.

Se volvió con suavidad hacia Ragna.

Le estaba mirando con una expresión turbada en aquellos enormes ojos oscuros. Al encontrarse con su mirada, los de ella se entornaron levemente como si hubiera leído algo en la expresión de Hal, algo que confirmaba sus propios pensamientos íntimos.

De repente Ragna apartó la vista clavando las pupilas en la lejanía.

# **Segunda parte**

**Enero de 1963**

## Capítulo IX

Thrane atravesó el vestíbulo del hotel y atisbó a través del cristal de la ventana. Muy oscuro, viento fuerte y la nieve revoloteando sobre el suelo de la calle. Tromsø de mañana. Volvióse de nuevo hacia el taxista.

—No parece que esté tan mal.

—El barco no funciona.

—Pero ¿está seguro? ¿No podemos comprobarlo?

Por décima vez aquella mañana Thrane hubiera deseado estar en misión oficial y disponer de transporte militar.

—Los barcos no navegan con mal tiempo —insistió el hombre con terquedad.

Era la primera vez que a Thrane le decían que un barco de suministros no navegaba. Lo intentó de otra manera.

—Muy bien, entonces ¿cómo puedo llegar hasta allí?

El hombre, con expresión astuta, dio una chupada a su cigarrillo.

—No le verá, ¿comprende?

Thrane se quedó mirándolo asombrado.

—¿Cómo?

—Starheim. No le recibirá. Está perdiendo el tiempo.

Thrane se tranquilizó. De manera que era eso.

—No soy periodista. Soy amigo suyo. Tiene que recibirme.

—Eso mismo dijo el último. Pero no le valieron coplas.

—¡Santo cielo! —exclamó Thrane—. ¿Es que todavía le siguen molestando?

—De cuando en cuando. Pero siempre se van con las orejas gachas.

—Verá —dijo Thrane en tono paciente—. Soy oficial del Ejército, un viejo compañero de armas de Starheim. —Sacó su documento de identidad y se lo mostró de pasada a aquel hombre—. Estará satisfecho de verme, créame. Ahora bien, me han dicho que usted puede llevarme hasta el barco. ¿Qué me contesta?

El hombre reflexionó durante largo tiempo. Finalmente tomó una decisión y, encogiéndose de hombros, indicó a Thrane de mala gana que podía acompañarle hasta el coche. Aunque con una andanada final:

—Está bien; pero luego, si no le recibe, no me eche a mí la culpa.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Thrane apenas se pusieron en marcha.

Hubo una larga pausa.

—Depende.

Thrane renunció. Se dio cuenta de que estaba gastando pólvora en salvas, de manera que se acomodó en su asiento. No le cabía duda de que las intenciones de aquel tipo eran buenas. El nombre de Hal todavía tenía fuerza suficiente para provocar fuertes sentimientos y profundas lealtades. El nombre de Hal y el de Pasvik.

Hacía tres años tan sólo era un río que fluía a lo largo de una frontera.

Pero los incidentes internacionales necesitan de nombres y así nació el Incidente Fronterizo Pasvik, o sencillamente «Pasvik». La gente solía decir: «Después de lo de Pasvik.» O «Teniendo en cuenta lo de Pasvik.» Y también «De no haber sido por Pasvik.» Formaba ya parte del vocabulario de la nación.

Aunque unos meses después, y ante el alivio secreto de Thrane, había quedado relegado por otro acontecimiento. El incidente del «U2». Aquél había constituido también un desagradable sobresalto para el país. Ya era de por sí bastante incómodo el hecho de que aviones espías de los Estados Unidos hubieran estado utilizando bases noruegas; pero que el Gobierno noruego pretendiera que en todo momento había estado enterado de esos vuelos, cuando a juicio de la inmensa mayoría no fue así, resultaba ya demasiado.

Pero al menos el incidente no se lo podían achacar a FO/E, lo que ya era un descanso. Llegaron a un embarcadero. Al cabo de una larga espera, surgió un transbordador de la bruma gris y el coche entró en él. Dirigió el rumbo hacia una de las islas más grandes. Thrane supuso que el barco de los suministros zarparía de ella.

El taxista encendió un cigarrillo y el coche se llenó de humo. Thrane bajó a tomar algo de aire fresco. Y desde luego no le fue difícil encontrarlo, pues le arremetió el fuerte viento que soplabla.

La temperatura era glacial. Se subió el cuello de la chaqueta mientras se acercaba a la borda de la embarcación. En el cielo parecía haber algo más de luz. Siguiendo la sonda hacia el norte, Thrane podía ver justamente el extremo de una isla y el comienzo de otra. Si sus conocimientos de geografía no le engañaban, Revoy debía de estar detrás de ellas.

Guiñando los ojos pensó que podía distinguir tierra en el lugar adecuado: una sombra indistinta, una leve sugerencia de gris más oscuro en la mar de color pizarra.

Pero luego el tiempo se cerró y todo se confundió en un denso crepúsculo.

Hal escarbó en la nieve, apartándola, y examinó la base del pimpollo. Completamente muerto. Se quedó en cuclillas y contempló pensativo los tallos superiores ennegrecidos del álamo temblón. Llegó a la conclusión de que la capa superficial del suelo debía ser demasiado delgada en aquella parte. Se negaba a aceptar las predicciones de Arne de que en el valle sólo podía crecer el abedul. Y lo hacía con facilidad. Hal quería algo distinto, un bosque exquisitamente variado de serbal, álamo temblón, cerezo silvestre y sauce. Ese serbal no había sobrevivido pero plantaría otro en un sitio mejor y le haría crecer, aunque tuviera que envolver en arpillera toda la planta cada invierno.

No se había mostrado tan tenaz con los arbustos junto a la casa al helarse las lilas y los cerezos de flor hacía dos inviernos. Pero tenía un bosquecillo de seis sauces jóvenes que habían enraizado bien en la hondonada al oeste de la casa, y había puesto



tapias a una parcela en la que, aparte de las habituales patatas, zanahorias y nabos, cultivaba puerros, lechugas y maíz. La mayoría de los agricultores no se molestaban con aquellos cultivos tan difíciles, y seguían aferrados a los vegetales corrientes, al ganado, al heno y al pescado, pero Hal disfrutaba con el desafío que representaba el intento de una variedad más amplia de cultivos.

Sus vecinos pensaban que estaba loco.

Desde el momento en que se fue a vivir de manera permanente a Brattdal, quiso que aquel lugar fuera algo más que una granja que cubriera gastos. Sentía una satisfacción inmensa al pensar que estaba creando algo especial, algo bello y perdurable. ¿Y por qué no? El bosque de árboles diversos, una vez se hubieran aclimatado y desarrollado, detendría al viento que aullaba sobre el valle y protegería a toda una gama de plantas y flores. Iría ampliándolo poco a poco, incorporando nuevos arbustos y árboles en recintos vallados hasta que en verano todo el valle apareciera cubierto de verdor y colores.

La mayoría de los árboles estaban agarrando bien. Hacer que la granja se mantuviera por sí sola requeriría algo más de tiempo. Cortó el serbal muerto, comprobó las defensas contra los animales de los otros pimpollos y silbó a *Bamse*. El viento le arrancó el silbido de los labios.

Miró hacia arriba, a la entrada del valle. Aparecía oscurecida por una nube baja que corría sobre las crestas, deslizándose por las laderas, semejante al agua que fluye sobre una presa. Volvió a silbar y, por fin, apareció *Bamse*, una pequeña forma gris pateando a través de un gran montón, con el hocico pegado a la nieve. La caza era escasa pero *Bamse* nunca perdía la esperanza.

Hal caminaba despacio hacia la casa, hundiendo las botas en la abundante nieve. Ese año había llegado muy pronto, con varias nevadas intensísimas desde noviembre. Las temperaturas habían sido también más bajas de lo habitual, alcanzando en Navidad los niveles de febrero. Y en aquellos momentos, cuando todavía estaba por llegar lo peor, se preocupaba por el forraje. Tenía una gran variedad de ganado. Un rebaño de treinta ovejas «Steigar», una docena de vacas y seis cabras. En circunstancias normales, habría dejado que las cabras salieran a pastar durante el breve día; pero la nieve era demasiado espesa hasta para eso.

Los únicos animales que no necesitaban vivir en el establo eran los diez bueyes almizcleros. Hal podía verlos incluso en esos momentos en los pastos de abajo cerca del borde del agua. Aquellos extraños animales eran el experimento más importante de Hal y su mayor éxito. Oscuros y primitivos, con largos cuernos de curva baja y capa de abundante pelo lanudo que casi rozaba el suelo, haciéndoles parecer, a cierta distancia, pequeños búfalos americanos, no eran en modo alguno bueyes, ni siquiera ganado vacuno, sino miembros desarrollados de la familia cabra-oveja.

Llegó a pensarse, hacía ya mucho tiempo, que pastaban por todo el norte de Escandinavia, pero en la actualidad sólo se encontraban en el este de Groenlandia y en la zona ártica de Canadá. Hal los había importado con especial interés.

Era imposible no sentirse atraído por aquellos animales. No sólo porque se desarrollaban mucho, por lo que Hal se sentía en extremo agradecido, sino porque eran orgullosamente independientes. Un morueco había cargado contra él tres veces. El tanteo resultó en dos escapatorias a favor de Hal y una embestida a favor del morueco. La embestida había tomado la forma de un potente topetazo, un encuentro doloroso que había dejado a Hal como recuerdo una cicatriz de cinco centímetros en el trasero.

Los bueyes almizcleros fueron un éxito. Pero entre medias también había tenido fracasos y cierto número de aventuras que no habían llegado a buen fin. Un intento de cultivar camemoros, que se pagaban a precios muy elevados, había tenido éxito, sólo para que las cabras derribaran la valla y dieran buena cuenta de toda la cosecha. Una temporada los fresales silvestres dieron excelente fruto, fallando a la siguiente. Una calidad poco corriente de avena no llegó a madurar en el valle bajo; pero logró enviar sus semillas y enraizar en un par de parcelas a medio camino de la ladera.

Uno nunca sabía qué era lo que daría resultado, pero averiguarlo resultaba algo muy incitante.

Se detuvo justo sobre la casa y miró hacia abajo para contemplar el valle. Con frecuencia solía detenerse a fin de observar el tiempo, el cielo, la luz. El panorama jamás era el mismo. Aquel día las aguas del ancho brazo de mar eran de un gris acerado, y el cielo oscuro y con largas nubes desgarradas por el viento.

Tiempo frío, desagradable. Pero en cambio en verano los días eran largos, siempre había luz, la vegetación abundaba. Una variedad infinita. Hal nunca se cansaba de aquel lugar.

*Bamse* lo alcanzó en la puerta y entraron en la casa juntos. La comida de mediodía nunca variaba: queso, carne fría, pan, conserva de fruta o, si Arne había ido recientemente al pueblo, fruta fresca. Para *Bamse*, pescado seco y, cuando su amo se sentía generoso, que era casi siempre, una ración de queso. Hal tomaba su comida principal a las seis de la tarde. Las veladas variaban según la temporada. En invierno pasaba largas horas sentado a su escritorio, trabajando con sus documentos de investigación. En aquellos momentos laboraba en dos proyectos: un estudio de indumentaria de supervivencia para el Ejército, y otro para la Universidad de Oslo sobre la viabilidad de introducir bueyes almizcleros en la zona ártica de Noruega, a escala comercial. En verano trataba de reducir al mínimo la labor escrita y pasaba las largas horas del día en la granja, pescando, repasando el motor de la *Skorpa* o introduciendo mejoras en los edificios.

Hacía poco, había emprendido otro proyecto que le retenía durante horas en el cobertizo de los botes.

En aquel momento, al igual que siempre, pasó apenas diez minutos comiendo para volver al trabajo. Jamás permanecía ocioso por mucho tiempo. La ociosidad conducía a la introspección, la cual nunca hacía bien. La vida tenía que vivirse con el mínimo de permisividad consigo mismo y había organizado su tiempo de acuerdo

con ese lema.

Se dirigió rápido al establo y empezó a limpiar al ganado. Trabajaba a ritmo ligero, amontonando el estiércol en un carretón de mano y llevándolo hasta un pequeño silo para que fermentara durante el verano. Se movía de prisa y con energía, haciendo esfuerzos máximos para que, de esa manera, al cabo del día su cuerpo estuviera bien rendido y fatigado. Era la única manera segura de pasar una buena noche de sueño.

Al cabo de una hora, terminó el trabajo. Bien sudado, se detuvo en la puerta del establo para ponerse la chaqueta y pensar en las tareas todavía pendientes.

Algo le llamó la atención. Se quedó muy quieto. Alguien subía por el sendero que conducía a la casa. Y no era Arne.

Se sintió dominado por una inmensa ira. Los forasteros sólo significaban una cosa.

*Bamse* corrió ante él gruñendo. Hal bajó de la colina, dio vuelta a la casa y reapareció ante la fachada principal, dispuesto a ahuyentar a quienquiera que fuese.

La figura que se acercaba pasó cautelosa junto a *Bamse*. Luego, levantando la mirada saludó con la mano. Había algo familiar en él.

De repente lo reconoció.

Thrane.

La primera reacción de Hal fue de sorpresa y complacencia, seguida al punto de una vaga alarma.

Thrane no habría ido hasta allí sólo para visitarle.

Sin embargo esbozó una breve sonrisa cuando llegó jadeante junto a él.

—Bien venido —saludó Hal—. No son muchos los que vienen a Revoy en enero.

—Pasaba por aquí..., si es que puede decirse así —le explicó Thrane—. De regreso de Kirkenes. Le hubiera avisado, pero...

—Lo sé. No estoy en la guía telefónica.

—Lo intenté con su vecino. Y no hubo contestación.

—Ha estado en Tromsø.

Thrane suspiró.

—De haberlo sabido, pude haber venido con él.

Se volvieron en dirección a la casa.

—Vaya propiedad que tiene aquí —comentó Thrane—. No pensé que fueran tan..., bueno, tan hermosa.

—Hace dos años construí el establo. Antes sólo estaba el *stabbur*.

Thrane mostró su admiración ante el depósito de víveres en madera labrada situado justo encima del huerto vallado.

Subieron a la terraza y Hal sostuvo abierta la puerta de entrada para que pasase.

—Voy a hacer que me instalen el teléfono. Este verano. Ya tengo electricidad. Hay una gran diferencia. Los gramófonos de cuerda llegan a perder su encanto.

Colgaron los abrigos y se quitaron las botas. Thrane se paseó por el vestíbulo.

—Es una casa magnífica —dijo admirado.

—Gracias. ¿Le apetece café?

Le acompañó a la cocina y puso la cafetera al fuego.

Thrane se sentó a la mesa.

—Gracias por su última carta —dijo Hal, dando de lado el intercambio de amenidades y abordando el tema que, con toda seguridad, habría llevado a Thrane hasta allí.

—Hubiera deseado tener algo más que comunicarle.

—Le estoy agradecido por cuanto pudo decirme.

Silencio. Hal se mantenía expectante; pero, pese a haberle dado pie, Thrane seguía esperando a que le sirviera el café.

¿Acaso su visita se debería a algún otro asunto? No era probable.

La investigación original FO/E sobre el Incidente de Pasvik había tenido lugar hacía ya más de dos años. Al no formar parte del FO/E y, lo que todavía era peor, por haberse retirado del servicio activo, no se permitió a Hal conocer los resultados. Thrane, que había jurado técnicamente guardar el secreto, se había arriesgado facilitando a Hal suficientes indicios para permitirle formarse una imagen de los descubrimientos.

La investigación dio como resultado que se trataba de un accidente. Como consecuencia de una equivocación por parte de los dos hombres, la cual les indujo a cruzar la frontera.

Los juicios políticos fueron, naturalmente, más del dominio público. Pusieron el grito en el cielo, hubo broncas en la Asamblea Nacional, incesantes recriminaciones por parte de la Prensa. Cuando unos meses después tuvo lugar el Incidente «U2» pareció como si el Gobierno hubiera de dimitir en pleno. De hecho sobrevivió por un pelo. Pero en la opinión pública se produjo un cambio patente. El pueblo noruego, aun cuando seguía siendo favorable a la OTAN, ya no estaba de parte de una cooperación ilimitada con los Estados Unidos y la OTAN. Siguiendo el impulso popular, las armas nucleares habían quedado prohibidas en suelo noruego.

Y ahora, casi tres años después, la conmoción se había extinguido. Todo había terminado.

Sólo que, para Hal, Pasvik seguía vivo porque sus dudas jamás desaparecieron.

Y además estaba seguro de que Thrane también tenía dudas, a pesar de que no las expusiera. Ése era el motivo de que mantuviera abierto el expediente. Y, a juicio de Hal, también la razón de que estuviera allí.

El dueño de la casa puso el café sobre la mesa y tomó asiento.

—No he venido por eso —dijo Thrane como si le hubiera leído el pensamiento.

Hal le dirigió una mirada interrogadora.

Pero Thrane todavía no estaba preparado para hablar.

—Presumo que todavía sigue recibiendo visitantes incómodos —dijo con tono superficial.

—¿Qué? Ah. ¿Se refiere a los periodistas? Pues sí, de cuando en cuando. Hubo un americano que escribía un libro sobre la CIA. Hizo el viaje nada menos que hasta aquí. Sin embargo no le recibí. No veo a nadie. Es más fácil así.

Thrane asintió. Hubo una ligera pausa.

—¿Y qué tal las tareas agrícolas? —inquirió amable—. ¿Cómo van las cosas?

Hal rió irónico.

—El diagnóstico no es fatal. Para la cura sólo serían necesarios cuatro brazos más y cantidades ingentes de dinero.

—Entonces, ¿cómo se las arregla?

—Con dificultades. En realidad un lugar como éste no es el apropiado para llevarlo una sola persona. Me las apaño con la ayuda de Arne y un par de estudiantes en verano. Pero es duro, no digo que no lo sea.

Hablaron durante un rato. Hal preparó un almuerzo de carne y pescado ahumados, queso, mermelada y pan.

—Es usted muy amable —dijo Thrane, y parecía sincero.

Hal empezaba a preguntarse si no se habría equivocado y Thrane había ido allí nada más que por amistad. Sin embargo no eran íntimos, imposible dadas las circunstancias. Sólo los acontecimientos les habían reunido.

—¿No le resulta duro pasar aquí el invierno? —dijo Thrane—. Esto debe estar muy solitario.

—Escribo mucho, leo. Escucho música. De tanto en tanto voy a Tromsø. O vienen aquí amigos a verme —rió irónico—. Creo que les hace sentirse auténticos aventureros.

—En cambio para usted ¿ya se han terminado las aventuras? —preguntó Thrane muy tranquilo mientras untaba el pan con mantequilla.

Hal se agitó incómodo. El tiempo jamás llegaba a quitar hierro a aquella cuestión. Sobre todo cuando una expedición americana estaba preparada para conquistar la Pared Occidental ese mismo verano. Su propia expedición quedó cancelada a raíz de la muerte de Jan. Incluso si se hubiera sentido con ánimos para seguir adelante, que no se sentía, el proyecto se hubiera ido al agua, ya que las ofertas de patrocinio se evaporaron de la noche a la mañana.

Se puso en pie y llenó de nuevo la cafetera.

—Así es. Para mí ya se acabaron las aventuras. No quiero saber nada de ellas.

Volvió a la mesa con la cafetera llena.

—¿Qué tal está Ragna Johansen? —preguntó Thrane—. Le escribí hace algún tiempo pero no contestó.

¿Sería aquello la iniciación de algo?

—No debe tenérselo en cuenta —le contestó Hal cauteloso—. Rompe todas las cartas procedentes de ámbitos militares.

Hubo una pausa.

—Pero no las que se refieren a la instalación proyectada en Kaafiord, ¿verdad?

Hal lo miró inquisitivo. Ahora ya se había hecho la luz sobre el motivo de la visita de Thrane.

—¡Ah! Probablemente no —asintió—. Pero es que siente muy de veras lo que está pasando allí.

Thrane frunció el ceño.

—Y..., hummm..., supongo que lo mismo le pasa a usted.

«Ya lo tenemos», se dijo Hal.

—No poseo nada en contra respecto a la instalación en sí —aseguró muy sereno—. Únicamente sobre su emplazamiento.

—Pero en alguna parte ha de estar, Starheim. Si se eligiera otro valle, entonces se opondría otra muchísima gente. Ningún sitio es perfecto.

—¿Conoce acaso el lugar, Thrane?

—No —admitió.

—Ahí está el *quid*.

—¿Qué tiene de especial? Dígame.

Hal lo miró inquisitivo. ¿De veras no lo sabía Thrane? ¿O simulaba ignorancia a fin de sondear su postura ante aquel problema?

Decidió concederle el beneficio de la duda.

—Está situado varios kilómetros más arriba del valle principal de Kaafiord; y luego a corta distancia hacia la derecha, en las montañas que bordean la meseta. Me imagino que lo eligieron porque es un viejo camino que conduce a una mina de hierro abandonada y supongo que sería fácil convertirlo en una carretera utilizable en todo tiempo. ¡Pero no hicieron bien sus deberes, Thrane! —Emitió una leve exclamación disgustada—. ¡Planificadores de despacho! Sin duda consultaron un mapa y, al descubrirlo como «terreno selvático», pensaron que allí no podía haber nada. Pues bien, le aseguro que estaban equivocados. Y si se hubieran molestado en consultar a los lapones lo habrían averiguado. Pero no lo hicieron. ¡Ah, no!

Thrane había adoptado la actitud resignada de quien va a escuchar muchas más cosas, lo quiera o no.

—El valle Kaafiord y las colinas que lo rodean son los pastos de primavera y verano de los renos para dos familias de lapones —siguió diciendo Hal—. Sus hembras paren allí. Y, en el momento del parto, el más leve ruido las perturba..., el murmullo más pequeño, otros animales y, por supuesto, la gente. Imagínese lo que se organizará cuando empiecen a construir la carretera... Todos esos pesados camiones con su terrible ruido. Y más adelante el continuo ir y venir del personal. —Hal meneó la cabeza—. No es justo, Thrane. No puede serlo. No me interesa el objetivo de la instalación ni por qué quieren construirla en un lugar tan remoto; pero lo que no pueden hacer es ignorar los derechos de los lapones. Esa gente ha estado utilizando aquella zona durante centenares de años.

Thrane lo contempló pensativo.

—¿Por qué ese repentino interés? Antes jamás le inquietaron los problemas

laponés, ¿verdad?

En eso Thrane tenía razón.

—No —admitió Hal—. Pero es que entonces no me estaba permitido intervenir en nada que pudiera ser... controvertido.

—¿Y ahora sí puede hacerlo? ¿No será acaso —preguntó con la mirada fija en su taza de café— porque una de esas familias taponas son primos de Mattis Hetta?

Ah, parece que él sí que ha hecho sus deberes.

—Supongo que eso me impulsa a examinar más a fondo la cuestión. Pero en definitiva no influye.

—¿Está seguro de ello?

¿Lo estaba? Desde luego sí en el sentido que apuntaba Thrane. Mattis se hallaba muerto y enterrado. No estaba tratando de vengarse del Ejército.

—Estoy seguro, Thrane.

—Entonces, ¿por qué todo ese acoso a las autoridades?

Era algo muy sencillo. Una mujer muy persuasiva llamada Ragna. Pero Hal no tenía intención de hablarle a Thrane de ella.

—He adquirido un mayor conocimiento de ello; eso es todo. Tal vez ahora me sienta más inclinado a considerar el punto de vista del desvalido.

Thrane suspiró ostensiblemente.

—Ha escrito al ministro de Defensa.

—Y a otros dos ministros. Y al Primer Ministro.

—Y ahora Ragna Johansen está en contacto con la Prensa. ¿Lo sabía?

—Sí.

—Este tipo de cosas le acarrea publicidad.

—¡Ah! ¿De veras?

Thrane parecía entristecido.

—Escuche, he venido aquí como amigo, no con carácter oficial. Porque quería que comprendiera lo... comprometido que es esto. Debe admitir que esta instalación no es algo sobre lo que se pueda polemizar y discutir abiertamente como si se tratara del emplazamiento de... la Casa Consistorial de un pueblo, por poner un ejemplo. En realidad, para decirlo sin ambages, es un secreto. Si este asunto llega a convertirse en un problema...

—Se convertirá, Thrane. Es inevitable.

Thrane apretó los labios hasta que se convirtieron en una línea recta.

—Si llegara a convertirse en un problema, entonces su oposición sería considerada como..., bueno, política.

Hal permaneció un instante callado.

—Creo que podrá sobrevivir a ello.

—La gente de este país todavía sigue siendo favorable a la OTAN —dijo Thrane exasperado—. Considerarán su postura como de oposición. No les gustará. No lo entenderán. Va a perder un montón de amigos.

Hal rió irónico.

—No estoy seguro de que tenga tantos amigos que perder.

Thrane se recostó en su asiento moviendo la cabeza como si Hal fuera ya una causa perdida.

—Quedará marcado como...

—¿Como qué?

—Como una persona a la que hay que vigilar.

—¿Quiere decir que me incluirán en una de esas listas? Bueno, también es otro tipo de fama, creo yo.

—Se preguntarán quiénes son sus amigos.

—¿De veras?

—Parece estar muy bien informado sobre el emplazamiento exacto de esa instalación. Algunos considerarán ese conocimiento antipatriótico. Supongo que no le importará decirme dónde se lo han facilitado.

—Me crea o no, le aseguro que lo ignoro. —Hal podía mirar de frente a Thrane, pues era la verdad—. Pero, de un modo o de otro, no veo qué pueda importar. No cambia en nada el hecho de que los lapones, que estaban aquí desde Dios sabe cuándo antes que nosotros, corren el peligro de verse desposeídos de sus derechos.

El comandante meneó la cabeza.

—Si al menos no se tratara de una instalación, Hal...

Se hizo el silencio. Thrane había fracasado y lo sabía. Hal sintió una súbita simpatía por él. Sus intenciones eran buenas. Le guiaba el espíritu de conciliación.

—¿Qué le parece una copa? —preguntó Hal animoso.

Thrane consultó su reloj.

—No, gracias. Tengo que estar en el embarcadero para coger el barco de los suministros.

Apuró su café y se puso en pie.

Fueron en silencio hasta el vestíbulo.

—Verá, le agradezco que haya venido —dijo Hal.

Thrane se inclinó hacia delante para calzarse las botas.

—En este asunto no podrá ganar, Hal. Es una lástima que pierda su buen nombre por nada.

—¡Mi buen nombre! El caso es que no lo tengo —exclamó intentando disimular la amargura de su voz.

—¡Está equivocado! —le contradijo Thrane malhumorado—. Completamente equivocado.

Pero Hal sabía que no era así. La gente no había esperado mucho para volverle la espalda. Le habían crucificado una vez. Por lo que a él concernía podían volver a hacerlo. Maldito si le importaba.

Abrochándose la chaqueta, Hal abrió la puerta y salió al frío exterior. El viento había amainado algo, la nube se había levantado de la mar. El panorama aparecía



despejado, dejando ver el agua, la luz, y la tierra en la lejanía.

Thrane se reunió con él y, con *Bamse* al frente, bajaron por el sendero en dirección a la playa. El visitante estaba sumido en sus pensamientos con el entrecejo fruncido.

—Verá —dijo al cabo de un rato—, había algo más. Aunque... —se paró de repente—. ¿Puedo confiar en usted, Starheim? ¿De manera absoluta? He de estar seguro, de lo contrario no seguiré adelante.

Hal se sintió excitado.

—Naturalmente.

Thrane asintió como si lo hubiese esperado, y empezó a caminar de nuevo.

—Puede que no signifique nada, o que no nos sirva de mucho pero... hemos recibido cierta información digna de toda confianza. Sobre el tercer hombre.

Hal se detuvo en seco.

—Al parecer era noruego de nacimiento.

Hal absorbió ansioso la información, para sentir de inmediato una decepción inmensa. No comprendía en qué podría ayudarles aquello.

—Como le digo es probable que no tenga importancia —siguió diciendo Thrane—. Sin embargo, para nosotros es un indicio que puede ayudarnos a averiguar su identidad. No creo que haya muchos noruegos residentes en la Unión Soviética.

—Yo diría que muy pocos.

—Debieron irse allí al terminar la guerra —siguió diciendo Thrane—. Estamos comprobando los archivos para ver quién desapareció por aquella época. Trabajamos también con un abogado llamado Sorensen, especializado en rastrear colaboradores y criminales de guerra nazis. Tiene una serie increíble de expedientes.

Hal estuvo a punto de tropezar, ya que tenía el pensamiento muy lejos de allí.

—Gracias por decírmelo —dijo finalmente.

Llegaron al camino. Thrane se volvió hacia él.

—Había también un cuarto hombre, un desertor ruso que intentaba salir al mismo tiempo. Viajaban juntos.

—¿Y qué ocurrió?

—Los dos murieron en la frontera o cerca de ella. Eso ha sido ya confirmado.

Ya no queda nadie que pueda hablar, se dijo por algún motivo Hal.

—Le agradezco que me lo diga —repitió—. ¿Me mantendrá informado? Quiero decir, si ocurre algo más.

Thrane lo miró reprobador, como un profesor a un alumno díscolo.

—No puedo prometérselo.

Se estrecharon la mano y el hombre siguió su camino a lo largo de la playa.

*Bamse* corrió delante de él hacia una silueta lejana que se dirigía hacia ellos. Era Arne. Thrane y él se cruzaron y, tras saludarse con un movimiento de cabeza, cada uno siguió su camino.

Mientras Hal esperaba a Arne, barajó en su mente la información que acababa de

darle Thrane. Era desesperante pero no alcanzaba a ver en qué podría ayudar aquello. Como tampoco ayudó ninguna de las otras cosas: recorrer la ruta de Jan y Mattis hasta la frontera; encontrar su campamento y registrar su equipo; escribir sin cesar cartas a expertos de servicios secretos.

No obstante, cualquier pieza del rompecabezas, por pequeña que fuese, era mejor que nada. ¿O acaso estaría perdiendo el tiempo? ¿Se lograría alguna vez una imagen definitiva? Y, de ser así, ¿revelaría algo? Tal vez se tratara de lo que decían, de un cálculo equivocado, de un accidente.

Aunque así fuera, incluso si no hubiera nadie a quien culpar, representaría un alivio saberlo.

La nieve centelleaba débilmente. Hacia el Este, la nube baja se había dividido en duras líneas horizontales, como sajada con un cuchillo, descubriendo hendeduras de luz rosada, semejante a las capas de una tarta. Por un instante las crestas de las olas reflejaron las suaves tonalidades. Pero las motas rosadas acabaron desvaneciéndose en el gris de la noche que avanzaba.

Hal miró de manera automática hacia los Lyngen Alps, pero ya estaban ocultos por una densa franja de oscuridad. Cuando la visibilidad era escasa como en esos momentos, siempre echaba de menos la vista de sus picachos dentados. Recordó lo que había dicho a Thrane de que no le importaba. No era del todo verdad. Todavía había días en que sentía ansias de nieve, de la escueta sencillez de la vida de antes.

Pero no habría más expediciones. Porque ahora ya nada era sencillo. Acaso tan sólo su vida allí, en Brattdal.

Le alcanzó Arne. Como no era dado a malgastar energías en conversaciones, gruñó un saludo y le alargó el correo.

Hal lo repasó con rapidez. Algo de Oslo, oficial por su aspecto, un par de facturas, un sobre escrito a mano que le puso un poquito nervioso. Y...

Ah. Una carta de Ragna.

La abrió y, acercándosela mucho a los ojos, intentó leerla. La luz era mala pero la escritura de Ragna era todavía peor.

*... El periodista fue una calamidad. Hal logró descifrar:*

*Estuve a punto de arrojarle a la nieve. Sólo quería hablar de lo que ya sabes. ¿No se te ocurre algún otro periodista con quien pudiéramos ponernos en contacto? ¿Has recibido una sola letra del ministro? ¡Son increíbles! Aslak y yo deberíamos hallarnos de regreso de Kautokeino el martes por la noche. Ya te diré cómo vamos. Aunque estoy segura de que los taponos se sentirán decepcionados por la falta de progresos. No puedo culparles. Tuya.*

La firmaba sencillamente con una «R».

Debajo se leía:

*P. D. Prometo tener cuidado del «Land Rover». Casi lo olvidaba. Escribí a ese amigo tuyo, Rolf Berg. ¿Ha sido una buena idea? Sólo le vi una vez, pero me pareció bien.*

Arne se había puesto de nuevo en camino, hablando con tono gruñón a *Bamse*.

—¿Podrías vigilar las cosas mañana, Arne? —dijo Hal después de reflexionar un momento—. ¿Y llamar a Ragna Johansen para decirle que estaré allí por la mañana?

Arne enarcó las cejas.

—¿Mañana por la mañana?

—Sí.

—No es domingo.

—No, Arne, no es domingo —repitió tranquilamente Hal—. Es miércoles. Pero ¿puedes decírselo?

Ya en la casa, abrió el resto de la correspondencia, dejando para el final el sobre escrito a mano. Llegado el momento, lo abrió. El papel despedía un fuerte olor a perfume.

Decía:

*¿Te parece bien que vaya el fin de semana? Llevaré comida, música y libros. ¿Por qué no vienes mejor tú y te quedas aquí? Unos amigos dan una fiesta en su casa. Este fin de semana lo tengo para mí sola. Me encantaría verte. Anna-Kristin.*

Hal dejó a un lado la carta. No quería ocuparse de ella y tampoco tomar una decisión. En realidad no tenía la menor idea de lo que quería hacer respecto a Anna-Kristin. La había conocido hacía dos meses... Era guapa y vivaz y disfrutaba con su compañía. Pero...

Bueno, prefería no seguir con aquello.

Se fue a ordeñar las vacas. Cuando terminó eran ya las seis. Quedaban muchas cosas por hacer; pero seguía pensando en el día siguiente, en su viaje a Tromsø, en Ragna y en el pequeño Kris. Como ella había estado fuera, Hal no le hizo su visita habitual de los domingos y la había echado en falta. Se hallaba seguro de que lo mismo le habría pasado a Kris.

Por lo general siempre llevaba un regalito al niño. ¿Qué elegir ahora?

De repente se le ocurrió una idea. Siempre estaba el proyecto que guardaba en el cobertizo de los botes, un obsequio más bien grande con el que hacía algunos meses había estado planeando sorprender a Kris.

Sí, ¿por qué no? Casi estaba terminado. Sería un trabajo enorme tenerlo acabado

por la mañana; no se atrevía a pensar en lo mucho que quedaba todavía por hacer. Pero valía la pena sólo por ver la expresión del chiquillo.

Claro que las tareas pendientes se resentirían. Hizo como que luchaba contra su conciencia. Luego bajó a grandes zancadas hasta el borde del agua. Abrió la puerta del cobertizo, encendió la lámpara y contempló el hermoso objeto que se ofrecía a sus ojos.

En seis horas habría terminado la tarea. Se arremangó y puso manos a la obra.

## Capítulo X

Ragna se limpió las lágrimas y empezó a toser hasta casi desgarrarse los pulmones. Los lapones, que parecían inmunes al sofocante humo de la leña la miraban bonachones y divertidos.

La tienda en forma de cesto, el *lavo*, tenía tres metros de ancho y más o menos lo mismo de alto; el suelo se hallaba cubierto con ramas de abedul y en el centro había un círculo hecho con piedras dentro del que habían encendido un fuego que humeaba muchísimo. Ragna se apartó lo más posible de aquella hoguera, hasta dar con la espalda contra la tienda. Mientras los lapones hablaban con su sonsonete, sacó un mapa del bolsillo y lo examinó en aquella penumbra, intentando localizar el lugar exacto en el que se encontraban.

Aslak y ella habían llegado el día anterior, desde la costa, en el «Land Rover», viajando por la larga carretera del interior. Entraron primero en Finlandia y luego, por una carretera de tercero o cuarto orden, que era más bien un camino, penetraron de nuevo en Noruega. El viaje había sido horrible, la visibilidad escasa y la carretera llena de montículos. Pero finalmente llegaron al pueblo de Kautokeino, encaramado en el centro de la meseta y, al igual que Karasjok, al este, un lugar tradicional de reunión invernal de lapones nómadas.

Habían esperado encontrar al cabeza de la familia Hetta, a Isak, tío de Aslak, en la casa familiar construida en madera. Pero allí sólo estaban las mujeres y los niños. Les dijeron que los hombres se hallaban afuera con el ganado. Al cabo de una gran incertidumbre y cierta exasperación por parte de Ragna, pues los lapones no tenían precisamente fama de decididos, otro pariente de Aslak se había ofrecido a llevarlos junto al ganado.

Ragna sentía una gran ilusión por aquel recorrido, ya que nunca había estado en la meseta en pleno invierno, pero cuando a la mañana siguiente se pusieron en marcha muy pronto, estaba oscuro y hacía un frío terrible al tiempo que soplaba un fuerte viento. Y, lo que era todavía peor, al no haber esquiado desde la primavera anterior, estaba bastante desentrenada, lo cual obligaba a los demás a ir más despacio. Finalmente le habían permitido viajar en el trineo tirado por renos, lo que en verdad era bastante mejor; pero casi se había quedado tiesa de frío. Con lo que se esfumó en seguida su imagen romántica de la meseta en invierno.

Llegaron al cabo de tres horas.

Pero ¿dónde estaba aquello? Hizo una estimación aproximada y, señalando con el dedo el lugar, le mostró el mapa a Isak. El viejo lo miró, frunció el entrecejo y habló a uno de sus hijos en su propia lengua. Se hizo el silencio.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ragna luchando contra otro ataque de tos.

Aslak se mantuvo impávido.

—Dice que los mapas no son muy útiles.

Ragna apretó los labios y emprendió otra táctica.

—¿Puede indicarme la ruta que sigue el ganado para los pastos de primavera?

Aslak apartó la vista, los dos hijos y el conductor del trineo tomaban con calma sus bebidas.

—¿Bueno? —insistió Ragna.

El viejo se volvió hacia ella.

—El ganado elige el camino. Yo le sigo —respondió en noruego.

—Sí, pero... Bueno, sería una ayuda enorme conocer su ruta hasta el Valle Kaafiord. ¿Comprende?

Los ojos le ardían. Hubo de tapárselos por un instante con las manos.

Cuando volvió a mirar el rostro del viejo, semejante al de un águila, resplandecía sonriéndole de oreja a oreja al tiempo que le alargaba un plato de comida.

—¿Qué hará si ellos siguen adelante y construyen esa cosa? —preguntó Ragna al tiempo que cogía el plato.

Recordó demasiado tarde que los lapones, o al menos los aislados lapones de la montaña, no manejaban hipótesis. A su juicio era inútil pensar en algo que no ha ocurrido.

El viejo estaba muy ocupado con su comida. Ragna tuvo la impresión de que aquella conversación, como tal, había terminado. Con un suspiro de resignación, inspeccionó el contenido de su plato. Era imposible saber qué era aquello. Pero sólo podía ser reno, estofado o... estofado. Bueno, de cualquier manera, tenía hambre.

Aceptó un trozo de pan duro. Había oído hablar del pan lapón y de como se conservaba durante más de un año. Tan pronto como sus dientes entraron en contacto con aquella cosa, supo que debía ser verdad. Apenas flexible y un poquitín dulzón, sabía a cuero viejo remojado en jarabe.

Nadie hablaba. En lugar de conversación se escuchaban sonoros sorbeteos y lametones, al emprenderla los lapones con algunos huesos grandes. Al fulgor de las llamas, Ragna observaba fascinada, aunque también algo asqueada, cómo arrancaban la carne con los dientes, arrojando afuera los huesos a los perros que esperaban, y luego se chupeteaban los dedos. ¿Sería cierto que los lapones de la montaña nunca se lavaban? No podía creerlo, pero, aun así, le quedaba una leve sospecha. Era una de esas cosas que uno ansia saber, pero que jamás podrá preguntar. Como lo de si aún seguían practicando la magia negra e invocaban al diablo para lanzar un hechizo a sus enemigos.

El viejo Isak dijo algo en lapón y echando hacia atrás la cabeza emitió un agudo cacareo. Los otros le acompañaron con sus risas. Ragna sonrió con cortesía.

Cualesquiera que fuesen las costumbres de aquellas gentes, estaba decidida a respetarlas. La mayoría de los noruegos se mostraban condescendientes con los lapones, riéndose de sus *yoiking*, el extraño y agudo canto, discordante al oído noruego, ignorando la historia y la cultura lapona, tachándolos de ignorantes y poco

dignos de confianza, llegando incluso a decir a los extranjeros que los lapones eran «racionalmente diferentes, ¿comprende?», como si ello dejara establecida su propia superioridad. Ragna jamás dejaba pasar aquellos comentarios sin hacerles frente y había adquirido fama de no tener pelos en la lengua y de discutidora.

No veía nada malo en ello. En realidad se sentía más bien orgullosa.

Miró el estofado y tomó algunos bocados. Estaba acuoso y un tanto insípido. Con una ligera arcada, lo apartó presurosa. El ambiente era sofocante, necesitaba salir a tomar el aire. Se puso su anorak, se lanzó hacia la salida y, cuando estuvo fuera, aspiró varias veces el aire glacial.

Eso ya estaba mejor. Al cabo de un rato se alejó de la tienda, con los ojos entornados contra el viento y se quedó allí en pie contemplando el inmenso rebaño de renos, desperdigados por doquier en la gran extensión, escarbando con las pezuñas en la nieve, hundiendo el hocico y luego mascando la vegetación que encontraban debajo.

Intentó hacer un cálculo del tamaño del ganado. Aquélla era otra cosa que el viejo Isak no le diría. Era una pregunta en exceso personal, le había explicado Aslak, como preguntar a alguien cuánto dinero tiene en su cuenta bancaria. Ragna rió irónica ante aquella explicación. A ella no le importaría en absoluto decir a Isak cuánto tenía en el Banco porque era exactamente nada.

Al cabo de un tiempo Aslak fue en su busca.

—Isak parece creer que estoy figoneando. Pero sólo trato de ayudar —dijo cansada.

—Lo sé —repuso él—. Isak lo valora, créame. Sólo que es difícil olvidar las viejas costumbres.

—Bueno... no creo que valga la pena quedarse. Es mejor que regresemos. ¿O acaso resulta demasiado pedir?

—Espere a que hayan terminado de comer.

Volvieron sobre sus pasos hacia la tienda y se sentaron en el trineo de espaldas al viento, mirando a lo lejos, a la meseta.

—Mi tía tuvo diez hijos —le dijo Aslak—. Seis de ellos nacieron aquí, en invierno, en una tienda como ésta y con una temperatura que alcanzaba los treinta o cuarenta grados bajo cero.

Ragna sintió un escalofrío. Se ajustó el pasamontañas. Le daba la impresión de que en aquellos momentos hacía ese mismo frío, aunque sabía bien que no era así.

—¿Y sobrevivieron todos? —preguntó.

—Siete de los diez. No está mal para estos tiempos. Pero ahora mi tía se queda en Kautokeino durante el invierno. Casi todas las mujeres y los niños se quedan.

—No les culpo.

—No.

En la voz de Aslak había una nota de pesar.

—¿No es mejor así? —preguntó Ragna.

—Es inevitable, eso es todo —se encogió de hombros—. Junto con los televisores y los escúter para la nieve. Uno de los vecinos de mi tía tiene ya un televisor. Pronto los poseerán todos. Y los *sami* estarán mucho más cerca de perder su identidad.

Sami era el nombre preferido por los lapones para designarse a sí mismos.

—La solución es tener lo mejor de cada cosa, ¿no? —sugirió Ragna cautelosa—. Disponer de televisores y escúter de nieve y mantener la cultura y las tradiciones.

—Pero eso no puede hacerse cuando los sami no sientan el orgullo de sí mismos, adopten nombres que suenen a noruego y permitan que en sus escuelas se hable noruego. Y desde luego no cuando lo único que logran intentando ser buenos noruegos es que les llamen *finnfaen*... ¡campesinos! —se sacudió enérgicamente, casi con furia, algo de nieve de sus pantalones—. A usted es posible que le resulte algo difícil tratar con Isak, pero al menos es un auténtico sami y no se avergüenza de ello.

—Naturalmente —se apresuró a decir Ragna—. En realidad... le admiro por ser así.

Aslak se puso en pie.

—Lo sé. Vamos, deme ese mapa suyo. No le prometo nada, pero veré lo que puedo hacer.

Regresó a la tienda dejando a Ragna contemplando la infinita monotonía de la meseta, y alegrándose de haberla visto en invierno al menos por esa vez. Y todavía más contenta al pensar que no volvería a tener que verla.

Era ya a última hora del día siguiente cuando dejó a Aslak en su casa de Kaafiord y condujo hasta el transbordador en el que atravesaría Lyngengiord. Una vez hubiera atravesado el fiordo aún tendría que seguir conduciendo y tomar otros dos transbordadores antes de llegar a Tromsø... Se hallaba ya agotada de cansancio. Para cuando llegara a casa estaría muerta.

Y todo ¿para qué?

No había sacado gran cosa en limpio al cabo de un viaje agotador de tres días. Aslak logró trazarle una línea en el mapa, así que tenía una idea rudimentaria de la ruta de migración; pero todavía ignoraba cuántos renos la recorrían, como tampoco sabía cuántos animales habían nacido cada año en las montañas que dominaban el Valle Kaafiord. Podía imaginarse a los hombres del Ministerio aferrándose a la carencia de datos con no disimulado regocijo.

Condujo con peligrosa velocidad a lo largo de Kaafiord, siguiendo la curva de la playa hasta Lyngengiord, sólo para ver zarpar al transbordador desde el embarcadero.

Juró en voz alta. Y además con fuerza. Tardaría al menos hora y media en salir el próximo. Si no hubiera estado tan cansada y si en las carreteras no hubiera tanta nieve habría dado la vuelta y cogido la ruta mucho más larga por carretera.

Aparcó en el embarcadero y cerró los ojos. Se quedó dormida en cuestión de segundos.



Mucho más tarde la despertó un insistente repiqueteo. Volvió la cabeza. Vio un rostro sonriente junto al cristal de la ventanilla. Detrás de la mujer se encontraba el autobús local, deslumbrante de luces, del que bajaban viajeros a pie con destino al transbordador.

—Hola —dijo Ragna sin el menor entusiasmo, bajando el cristal.

—¿Va a Tromsø? —le preguntó alegremente la desconocida.

Era evidente que no podía ir a otra parte.

—Humm, sí —asintió—. ¿Por qué no viene conmigo?

La mujer, que se llamaba Karen y cuyo apellido no pudo recordar Ragna, era alguien por quien ella no se hubiera apartado de su camino para hablar. Pero, en definitiva, lo mismo le ocurría con mucha gente de Tromsø. Cuando Ragna llegó allí por primera vez pensó cuán cordial, franca y sin complicaciones era la gente de aquel lugar en comparación con la del sur. Ahora los veía desde un prisma completamente diferente. Le parecían provincianos, ruidosos y testarudos.

Los tres últimos años le habían quitado la venda de los ojos. A raíz de la muerte de Jan, la gente había reaccionado de dos maneras diferentes. O bien les había resultado demasiado embarazoso hablar con ella, o la habían introducido sin discusión en su círculo de amigos, como si se tratara de una curiosidad o de un trofeo, discutiendo el Incidente de Pasvik delante de ella como si no estuviera. ¡Qué estúpida arrogancia!

Pero ¿qué podía esperarse?

Parecía como si estuviera decepcionada.

«Es que lo estoy», se dijo.

Logró esbozar una leve sonrisa, mientras la mujer, ¿era Karen?, se instalaba en el asiento de al lado.

—Es el coche de Halvard Starheim, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí.

—Ah —dijo ella dando la impresión de que estaba al corriente y al propio tiempo un poco sorprendida.

Ragna volvió la cabeza irritada. Prácticamente todo Tromsø la había casado con Hal. Era ese condenado de Arne. Todos los de las islas próximas le escuchaban, Ragna sabía que lo hacían. Y para aquellas mentes tan simples, dos llamadas telefónicas por semana y visitas regulares los domingos sólo querían decir una cosa.

Resultaba irritante. Sus relaciones con Hal no eran de ese estilo, ni parecía probable que llegasen a serlo.

—En cierta ocasión me dijeron que pensaba volver a Oslo —dijo Karen en tono locuaz—. ¿Ha cambiado de idea?

—No exactamente.

—¡Ah! ¿Entonces todavía piensa en irse?

—Uno de estos días.

Por fin se dejó ver el transbordador, sus luces emergieron de las tinieblas del

fiordo.

—Claro. Imagino que Tromsø le parecerá muy poco animado al lado de Oslo.

Ragna casi sonrió. Podía asegurarlo.

—Y supongo que, habiendo sido actriz, le gustará el teatro y ese tipo de cosas.

—Sí, me gustan.

Lo que le gustaba era la idea de estar en contacto con el resto del mundo y la posibilidad de conocer gente inteligente y mantener conversaciones interesantes y divertidas. Le encantaba la idea de sentirse de nuevo viva.

—Será un gran cambio para su hijo. ¿Qué edad tiene?

—Cinco años. —Ragna simuló un escalofrío—. Siento que haga tanto frío aquí.

Puso en marcha el motor. Con un poco de suerte, el ruido la haría callar.

Pero no.

—A esa edad son encantadores —dijo—. Se llama Kristian ¿verdad? ¿A quién se parece?

Ragna permaneció callada un instante. No le gustaba hablar de Jan con gente que apenas conocía. De hecho sentía una absoluta fobia al respecto.

—A nadie en particular —respondió.

—Bueno, es una lástima que se vaya. Su tienda es todo un acontecimiento en Tromsø.

La tienda. El albatros colgado del cuello de Ragna. Se sentía deprimida sólo de pensar en ella...

—Sentiremos mucho que la cierre —siguió diciendo la mujer.

—¿De veras? —preguntó Ragna sorprendida de veras.

—Sí, claro. Con esos trajes tan preciosos. La moda nunca había llegado tan pronto a Tromsø. Esos vestidos de saco que tiene... son fantásticos... Tan modernos.

—¿Ha comprado alguno?

—Bien... no —confesó la mujer, y añadió presurosa—: No había de mi talla.

Al parecer, casi ninguna mujer de Tromsø encontró su talla. En las perchas colgaban todavía montones de vestidos saco.

El transbordador se acercó por fin al embarcadero y bajó la rampa... Una furgoneta y un coche salieron de él. Un pequeño grupo de pasajeros a pie se dirigió al autobús que esperaba.

Ragna entró y paró el motor. Tan pronto como el transbordador empezó a navegar, Karen comenzó a parlotear de nuevo. Ragna se dio cuenta de que era una chismosa de primer orden, de las que absorben información como una esponja y la proporcionan como una fuente.

Ragna apenas escuchaba. El tiempo parecía arrastrarse. Las luces de Lyngseidet no se acercaban nunca.

De repente saltó un nombre al aire y Ragna se despabiló.

La mujer había mencionado a Hal.

—¿Perdón? —murmuró Ragna.

—Ah, sí. Estaba allí, en la fiesta de ella.

¿Hal asistiendo a fiestas?

—¡Ah!

—Claro que ella da unas fiestas estupendas.

¿Ella? Ragna sintió una pequeña punzada de... no estaba segura de qué.

—¿De veras?

—Desde luego. Se ha hecho un montón de amigos en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo siento... ¿quién? No entendí bien el nombre.

—Anna-Kristin Dahl. Pensé que la conocía.

—No, no creo.

—¡Ah! —Su tono tenía un regusto de satisfacción—. Es tan buena amiga de Halvard Starheim que supuse... —emitió una risita nerviosa—. Supuse que debían conocerse.

—Halvard tiene su propia vida. No hay motivo alguno. —Ragna se dio cuenta de que la mujer intentaba atisbar su expresión en la oscuridad—. Un hombre tan encantador —siguió comentando—. Y lo mismo ella, naturalmente. Parece que se entienden muy bien.

«¿Ah? ¿De veras? —pensó Ragna de repente furiosa—. ¿Por qué diablos no estoy enterada de esto? ¿Por qué no me lo ha dicho Hal?»

—La semana pasada los vi en aquel concierto. Ya sabe, el cuarteto de Oslo. Tocaban a Bach. Y también algo de Mozart. Deberíamos tener música de ésa con más frecuencia.

Y ahora conciertos. Ragna intentó morderse la lengua, pero no lo logró.

—¿Ah? —dijo con tono indiferente—. Debo de habérmelo perdido. ¿Cuándo fue ese concierto?

—Hace una semana. Humm... creo que el miércoles. Sí, fue el miércoles.

Ahora su voz tenía una nota triunfante, como si hubiera logrado pescar a Ragna.

Y así había sido, maldita sea.

Hal había ido a Tromsø sin decírselo... Dos veces. Había ido sin telefonarla siquiera. Y siempre estaba proclamando que aborrecía tener que ir a la ciudad.

Era evidente que las cosas habían cambiado con bastante brusquedad, y Hal ni siquiera había tenido la decencia de decírselo. Aquello la hacía sentirse enfadada.

Sin embargo, ¿por qué había de importarle? ¿Acaso le importaba? ¿Cómo podía? Sólo era... ¿qué? Estaba acostumbrada a saber cuándo iba Hal a la ciudad. A que fuera a ver a Krisi. Sí, eso era lo que la había sorprendido, que no acudiera a visitar al niño.

—¿Y qué me dice de usted, Ragna? —preguntó inquisitiva la mujer—. ¿Alguien especial en su vida?

Ragna aferró con fuerza el volante.

—¿Yo? —dijo con una risa ligera—. No. No me queda tiempo para eso.

Y ahogó la sensación de angustia y de lástima de sí misma que la invadía.

No pudo evitar pasar por delante de la tienda. Los cristales de los escaparates estaban llenos de anuncios de venta. Deteniéndose un momento atisbó los colgadores visibles bajo las luces. Seguían atiborrados de trajes.

Siguió adelante. Se sentía deprimida. La tienda había sido un completo fracaso. Debía reconocer que se había pasado algo con los accesorios y los niveles de existencias. Pero fueron las mujeres de Tromsø las culpables de su fracaso. Sencillamente no compraban.

Y había estado muy segura de que daría resultado. Como establecimiento de artículos deportivos era uno de los tres que había en la ciudad; pero como tienda de vestidos, era la única de alta costura que existía en varios centenares de kilómetros a la redonda. Cabía esperar que las mujeres se precipitaran a ella.

Por supuesto que algunas compraron. Pero no los suficientes. Los gastos eran altísimos... y los ingresos casi siempre inferiores.

En un principio había considerado el negocio como un afortunado desafío, algo en que ocuparse mientras decidía qué hacer con su vida. Bien, ya lo tenía decidido. Iba a trasladarse a Oslo. Pero en lugar de poder vender la tienda con un jugoso beneficio e instalarse en un nuevo ambiente, se encontraba atrapada allí, en una ciénaga de deudas.

Sólo de pensar en ello se ponía enferma.

Llegó por fin a casa. Estaba completamente a oscuras. Krisi se había quedado con su abuela.

Una vez aparcado el «Land Rover», bajó de él y se deslizó por el sendero helado. Necesitaba una limpieza. Era otra de las tareas en la lista que nunca llegaba a hacer.

Entró en la casa y encendió algunas luces. Había un montón de correo, colocado con mucho orden sobre la mesa del vestíbulo. Seguramente su suegra había pasado por allí.

Se llevó la correspondencia a la cocina y puso a calentar la cafetera. Echó un vistazo a los sobres. Se sintió abrumada al ver uno del Banco. Lo puso debajo de todos.

También uno con matasellos de Oslo. Lo abrió con curiosidad y buscó la firma en la carta. Fred. Uno de los antiguos amigos de Jan en la escalada. «Qué gesto tan simpático ha tenido al escribirme», se dijo. No todos los amigos de Jan se habían molestado en mantenerse en contacto. Llegó a descubrir que la pérdida del marido era tan sólo la mitad de la viudez. Se pierden también posición social y amigos, te conviertes en un testimonio incómodo.

Fred se interesaba por ella y esperaba que estuviera bien. Le contaba lo que había estado haciendo y que esperaba organizar una expedición al K2 para dentro de dos años.

La carta proseguía:

*Sin embargo estamos buscando un líder, algunos escaladores le seguirán y habrá patrocinadores que tengan fe en él. Sólo hay una persona que reúna esas condiciones, y es Hal. Hace meses que te estamos escribiendo. Ha dicho que no piensa siquiera considerarlos. Pero ¿no crees que debería hacerlo? Es al único que queremos...*

Ragna apretó los labios. Tenía una idea bastante consistente de lo que venía a continuación.

*... Mi petición es: ¿querrías hablar con él? Estamos seguros de que cambiará de idea una vez haya comprendido lo mucho que en realidad lo necesita la gente. Es él quien se ha impuesto ese exilio ¿comprendes? Creo que está malgastando su vida. ¿No te parece?*

Ragna dejó violentamente la carta sobre la mesa, cogió una taza de la alacena y se hizo un café muy fuerte. Luego, impulsiva, le añadió una buena ración de aguardiente.

Así que tenía que convencer a Hal de que se fuera y diera un mayor sentido a su vida ¿no? Formidable. Precisamente a Hal que era libre como un pájaro, que hacía lo que le parecía bien. No tenía por qué vivir en aquella isla desierta. Pero, por alguna razón que a ella se le escapaba, a Hal parecía en realidad gustarle. Bien, era un ser afortunado. Hacía lo que le apetecía. ¿Por qué habría de convencerle ella de que hiciera otra cosa?

No; si alguna vida estaba siendo malgastada, era la suya propia.

Agregó más aguardiente a su café. Después de beber un largo trago, se sentó. Se halló vacía, cansada y desesperanzada.

Y también avergonzada. En su reacción había habido cierta envidia. Hal tenía dotes por las que le solicitaban. Y ella no podía evitar el deseo de tenerlas también.

Dejó caer la cabeza en las manos. Era aquel lugar lo que la abrumaba. Y el invierno interminable, así como la falta de dinero y la soledad.

La soledad.

El primer año no había sido tan malo. Su orgullosa determinación la había mantenido activa. Eso y sus recuerdos, la sensación de que, de algún modo, Jan seguía allí, todavía amándola, todavía a su lado...

Pero el tiempo la había consumido. Le había tendido una trampa, llevándose el calor de los recuerdos, dejándole tan sólo el vacío. Ahora ya trataba de no pensar en Jan, lo apartaba de su mente. Había aprendido a preocuparse sólo de una persona aparte de Kris. De sí misma.

Y se daba cuenta de que la vida pasaba dándole de lado.

Las lágrimas le caían, entre los dedos, en la taza de café.

No podía dejar de pensar: tengo treinta y dos años. Se supone que estoy en la mejor época de mi vida.

## Capítulo XII

Eran las seis cuando puso manos a la obra. La mañana estaba oscura como boca de lobo, con ocasionales nevadas y viento fuerte y racheado. Lo que le dictaba el sentido común era cambiar de planes y coger el *Skorpa*. Pero se había afanado hasta bien pasada la media noche para terminar el trabajo, y le fastidiaba renunciar ahora.

Era difícil botar la embarcación desde la corredera improvisada a la suya propia y, al final, hubo de hacerla flotar, llenándose la bota de agua en el proceso. Dirigió la proa hacia la playa en tanto que levantaba la cangreja. La vela mayor se agitó furiosa, organizando un clamor ensordecedor y sacudiendo la embarcación como en trance de muerte. Ansioso por salir de una vez y poner fin a todo aquel estrépito, Hal levantó el foque y, empujando la proa, se dispuso a echarlo afuera.

—¡Vamos, muchacho! —llamó impaciente al recordar a *Bamse*.

Una silueta avanzó hacia él, casi arrastrándose y a regañadientes.

—¡Cobarde! —rió Hal.

*Bamse* no era nada aficionado a la mar y mucho menos a las embarcaciones pequeñas. Por último Hal hubo de coger al perro por el collar y subirlo a bordo.

—¡Cobarde! —repitió sin dejar de reír.

Hal se colocó con un pie en la embarcación y otro en el agua; empujando luego con fuerza, con hábil vaivén, introdujo el cuerpo. Y ahora llegaba lo difícil. Mientras el viento del oeste los arrastraba lejos de la playa, cogió el gobernalle, que se encontraba en el fondo, lo levantó, lo colocó fuera de la borda e intentó deslizarlo dentro del cuello del eje en la popa. Mientras tanteaba abajo el agua, una racha de viento llegó desde tierra e hinchó las velas con un ruido sordo y fuerte. Las jarcias se tensaron y crujieron; y la pequeña embarcación, zarandeada por el viento en contra, empezó a saltar como enloquecida. Dio vuelta al timón por la fuerza bruta y se puso otra vez en la dirección del viento; las velas tremolaron y tabletearon. La marcha se detuvo.

Por fin los machos del gobernalle se encajaron y, cogiendo la caña con una mano al tiempo que sostenía en la otra los guantes forrados, Hal se instaló en su asiento, marcó el rumbo y cobró las escotas.

La embarcación se abalanzó, navegando precipitadamente en la oscuridad, con el agua siseante a lo largo del casco. El viento llegaba de tierra con fuerza en grandes rachas y luego, casi con igual rapidez, se hacía de nuevo apacible en repentinos recalmones. A cada impulso glacial descargado sobre la embarcación, ésta se escoraba, se estremecía un poco y luego, rehaciéndose, se lanzaba hacia delante con impulso demencial. El viento llegaba del oeste, de las islas exteriores, por lo que allí, en las cercanías de la playa, la mar estaba llana y apenas había olas que pudieran entorpecer la precipitada carrera.

Hal se aferraba al bauprés, sintiéndose embargado por inmensa alegría. De tanto en tanto, tarareaba o reía en voz alta. *Bamse*, hecho una rosca bajo la bancada del centro, la imagen viva de la consternación, emitía alguna vez que otra un sordo gañido.

—¡No sabes lo que te estás perdiendo, viejo tunante! —le gritó Hal—. ¡Deberías venir aquí!

Dio unas palmadas en la borda, deslizando el guante sobre la brillante lisura del barnizado. ¡Vaya pieza! Se la había comprado por casi nada a un pescador de las islas exteriores. Era un queche de pesca de seis metros, aparejado con garfio, construido a finales del siglo pasado para la pesca del bacalao en las islas Lofoten. Era de pino y píceo, de tingladillo, de manera que su tablazón coincidía en parte y tenía la envergadura, la popa y la proa altas y la obra muerta de un barco vikingo en miniatura. Había permanecido olvidada al menos durante quince años en un cobertizo de botes. Hal tuvo que remplazar parte de la sobrequilla, calafatear de nuevo todas las juntas, ponerle un mástil y rehacer todo el aparejo. Encargó también un nuevo gobernalle desmontable a fin de poder varar la embarcación. Lo único sobre lo que aún no había emprendido nada era el velamen y había obtenido un nuevo juego de velas en lona color tostado de un viejo velero, en Lofoten.

La bautizó con el nombre de *Lillebjorn*, «Osito».

Le alcanzó una ráfaga de viento, escorando la embarcación hasta hacerla estremecerse como atemorizada. Hal se sentó en la regata para equilibrarla. Caía una nevisca que oscurecía las luces de la playa a ambos lados del estrecho. Se ciñó el pasamontañas a la cara, sin preocuparse de las manos y los pies, que estaban helados, y escudriñó las tinieblas que tenía ante sí.

Se dio cuenta de que *Bamse* escarbaba en el fondo de la embarcación. Expulsando algo de viento de la vela, volvió a sentarse en el interior. La sombra borrosa de *Bamse* trataba desesperada de alcanzar la popa. Se daba cuenta de lo que era el pánico. El pantoque se hallaba lleno de agua.

—¡Infeliz tunante! —rió entre dientes Hal—. ¡Vaya vida!

Eran las juntas. Debió haber dejado el casco lleno de agua al menos durante una semana para que la tablazón absorbiera humedad, se hinchara y cerrara convenientemente las juntas. Pero no lo había hecho. En sí mismo, no tenía demasiada importancia salvo por el hecho de haberse olvidado de coger un achicador. Se despreocupó del problema. Si se hacía necesario, utilizaría las manos.

—Lo siento, *Bamse*, te vas a poner como una sopa.

Había veinte millas hasta casa de Ragna, en la punta sur de la isla Tromsø. Casi sin darse cuenta, se encontró donde el estrecho se abría hacia el sur, y ya estaba casi a medio camino. Habían transcurrido dos horas, lo que significaba que la pequeña embarcación estaría haciendo unos buenos cinco nudos.

Pura maravilla. Hal había olvidado ya lo que era sentirse contento y libre. En los viejos tiempos, sólo eso había conocido. ¿Qué es lo que se suele decir? Los jóvenes



malgastan la juventud.

Decidido a mantener aquel talante hizo caso omiso de la creciente lentitud de la embarcación. Pero, finalmente, no hubo forma de ignorar la considerable cantidad de agua en la que estaban chapoteando.

—¿Dónde hemos dejado el achicador, *Bamse*? ¿Eh? ¿Por qué no me lo recordaste?

Desde su refugio en la popa, el perro emitió un gáñido. Hal se quitó una de las botas húmedas y la utilizó a modo de achicador. Al cabo de quince minutos de dura faena, había logrado reducir bastante el nivel y, dejando ocho o nueve centímetros de agua en el fondo, volvió agradecido junto al timón.

Otra vez boyante, la embarcación navegaba alegre. Hal escuchaba el ruido de las olas estrellándose contra la proa, el agua siseando sonora en los costados, la estela gorgoteando detrás.

En derredor de ellos, iban surgiendo las primeras luces del alba; grises, difuminando la oscuridad de tal manera que el barquito y la mar iban adquiriendo forma y ganando espacio.

Aún hubieron de pasar dos horas antes de que apareciera ante la vista la casa de Ragna. Hal se encontraba sentado en la bancada de popa, con los pies convertidos en dos bloques de hielo, y las manos congeladas. Un *Bamse* empapado temblaba a su lado, con su cabeza semejante a la de un lobo, la imagen viva de la desdicha. A pesar del continuo achique, el agua estaba ya muy por encima de las bancadas y lamiendo casi la regala. Hal calculó que, en el mejor de los casos, disponían de cinco minutos.

—A esto se llama sincronización, ¿eh? —dijo dando unas palmadas en la cabeza de *Bamse*.

La embarcación avanzaba semejante a una gabarra, sólida, majestuosa y demasiado hundida en el agua.

El vecino de la casa contigua a la de Ragna apareció delante de su vivienda y se quedó mirando. Hal agitó amable la mano. El hombre saludó a su vez con ademán lento e inició vacilante un movimiento para entrar de nuevo en la casa. Pero, al final, permaneció allí inmóvil, como clavado en el suelo. Hal le comprendió. A él mismo la llegada también le estaba pareciendo bastante interesante.

No podía evitarse por más tiempo una delicada maniobra..., la de ponerse a la capa que, en el mejor de los casos, siempre resultaba algo complicada. Hal atravesó la embarcación, haló la vela mayor e impulsó la caña del timón.

—¡Allá vamos! —gritó presa de una excitación repentina e impetuosa.

La embarcación giró, el viento se deslizó por detrás de la vela mayor y, con un impulso tremendo la lanzó hacia el otro lado. Hal se agachó para evitar la botavara, que pasó silbando, y luego descargó todo su peso sobre la regala a fin de mantener derecha la barca, que empezaba a escorarse. Pero mientras luchaba por equilibrarla, una racha de viento frustró su acción y la regala a sotavento se hundió bajo el peso.

La playa no estaba lejos. Hal podía ver las fuertes olas rompiendo sobre los

guijarros. Pero cualquier duda que le quedara sobre el resultado de los acontecimientos se esfumó al alcanzar el agua la altura de las rodillas. Ya no había esperanza. Rió entre dientes y, vencido por una euforia ridícula, mantuvo la embarcación en marcha mientras navegaba lenta y majestuosa prácticamente hundida.

—¡Ha llegado el momento de nadar, *Bamse!* —gritó mientras el agua, casi tibia en contraste con el viento helado, le subía de prisa hasta el pecho.

El perro, con el hocico alto fuera del agua, se dirigía ya embalado hacia la playa. Hal intentó que la embarcación navegara, pero zozobró lentamente y quedó descansando, inmóvil y pesada en el agua. Dio la vuelta chapoteando hasta la proa, se apoderó de la espía del ancla y, cogiendo con una mano uno de los extremos, nadó hacia la orilla.

—¡Por Dios Santo! ¿Qué estás haciendo?

Era Ragna, con las manos en las caderas. Parecía muy enfadada y estaba deliciosa.

Hal salió chapoteando del agua con el aspecto de una rata mojada.

—Bueno, creí que navegaba —dijo con una mueca sonriente.

—¡Estás loco! ¿Qué es... esa cosa?

Señaló con un dedo enérgico el casco hundido.

Hal empezó a arrastrar la embarcación hacia la playa.

—Es un queche de pesca de Lofoten, de finales de siglo...

—No, lo que quiero decir es qué estás haciendo con él.

—Bueno, iba demasiado de prisa.

Ragna suspiró impaciente.

—¡Caramba! Podías haber tenido algo más de consideración. Me has trastornado toda la mañana. Acabo de recibir tu mensaje. ¿Por qué no me has llamado tú mismo? De esta manera he tenido que quedarme aquí y dejar que Sigrid llevara a Krisi al jardín de infancia y...

Hal se sintió decepcionado.

—¿No está Kris?

—No, claro que no —exclamó ella indignada—. Desde luego, Hal, a veces...

Él sonrió amable. Se sentía demasiado optimista para que pudieran avasallarlo con facilidad. Aquel día la irritación de ella le pareció puro desafío.

—Muy bien. Si no te acomoda vendré en cualquier otro momento. Adiós —dijo con tono solemne y añadió en una actitud muy teatral—: ¡Me sumergiré de nuevo en el vórtice!

Dio media vuelta y volvió a entrar en el agua, pasando junto a la embarcación varada, hasta que sus hombros quedaron cubiertos.

—¡Vuelve aquí! —chilló Ragna—. ¡Estás loco de remate!

Hal siguió hasta que el agua le alcanzó la barbilla y las olas le golpeaban la cabeza. Esta vez la notó mucho más fría. Cuando ya empezaba a pensar que después

de todo no parecía tan buena idea, escuchó un fuerte chillido procedente de la playa y al volverse, vio a Ragna retorciéndose de risa, balanceándose como una tonta de un lado a otro.

«Ya te tengo», se dijo triunfal.

Prolongó algo más la exhibición, permaneciendo erguido y con gesto impasible, mientras las olas rompían sobre su cabeza, hasta que una grande lo derribó y se vio obligado a nadar. Ragna seguía riendo mientras él enderezaba la embarcación y la llevaba a la playa.

Ella le ayudó a achicarla y arrastrarla hasta el guijarral.

—Bueno, más te vale entrar y tomar un baño caliente —le dijo al darse cuenta de cómo les castañeteaban los dientes y de la palidez de su cara.

—Por favor... —suplicó Hal alzando las manos chorreantes con burlona cortesía—. ¡No te sientas obligada!

—Ajá. —Se quedó mirándolo—. Puedes coger una pulmonía y entonces sí que serías un verdadero fastidio.

—Tienes un corazón muy tierno.

Empezaron a andar hacia la casa.

—Más tierno de lo que tú te mereces —gruñó Ragna.

Su actitud, aunque acerba, iba mejorando. Hal la miró de soslayo, pero ella tenía la vista fija ante sí, pensativa y con el entrecejo fruncido.

—Verás —dijo con brusquedad—. En realidad hoy tengo mucho que hacer. Ya debería estar en la ciudad.

—Claro. Yo también tengo que hacer cosas. Pero antes no me queda más remedio que pedirte prestada alguna ropa. ¿No tendrás algún modelito de mi talla por casualidad?

—¿Qué te gustaría? —le preguntó ella maliciosa.

—Creo que uno de esos conjuntos sin forma me servirá. De los que parecen un saco con cuatro aberturas y que vendes por una fortuna.

Ragna se detuvo en seco mostrándose de nuevo enfadada.

—Hoy estás de muy buen humor. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa?

—Todas esas sonrisas y bromas. No son propias de ti.

Hal acusó eso último. Desde luego Ragna tenía razón. Por lo general, no encontraba demasiados motivos de risa.

—Bueno, hoy estoy un poco contento. Eso es todo. Sencillamente es así.

Sus dientes sonaban como castañuelas. Reanudó el camino hacia la casa.

Pero Ragna seguía en sus trece.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

De repente Hal se sintió muy seguro de sí mismo.

—¿Quieres saber lo que ha ocurrido? He navegado millas en una embarcación a punto de zozobrar, casi me ahogo, fui devuelto a la mar... Todo por querer visitarte.

¿Y tú me preguntas qué ha pasado?

Entonces se dio cuenta de que su tono introducía nuevos modos. Estaba flirteando con ella, algo que jamás hasta entonces consideró apropiado.

Ragna lo miró con frialdad.

—Veré si encuentro algo de Jan para ti —dijo con voz neutra.

Hal se estremeció en su fuero interno y apartó la mirada. «Está bien, he recibido el mensaje», se dijo. Era tan palpable como una bofetada. Dando media vuelta fue hacia la casa, perdido ya el buen humor.

Se bañó rápidamente. Aclaró su ropa empapada de agua salobre. Al abrir la puerta del cuarto de baño encontró en el suelo algunas ropas cuidadosamente dobladas.

De Jan. Hal las reconoció. Al cogerlas, sintió un nudo en la garganta.

Cuando bajó, Ragna estaba en pie junto a la puerta de entrada, con el abrigo puesto y unas llaves en la mano.

Señaló hacia la mesa del vestíbulo. Sobre ella había una gran caja envuelta en papel.

—Lo había olvidado. Hace años que está en el armario —dijo con voz tranquila—. La enviaron hace algún tiempo. Me refiero al Ejército. —Miró el paquete y luego a él—. Son cosas de Jan. ¿Puedes ocuparte de ellas?

»Las pongo a tu disposición, si quieres —dijo por encima del hombro, cuando ya salía.

Ragna entró con dificultad en su hogar llevando dos pesadas bolsas de provisiones.

—¡Ah de la casa! —llamó.

No recibió contestación.

Dejó la compra en la cocina y se fue a la sala de estar. Se hallaba vacía; pero la mesa del café aparecía invadida por hojas de papel y lápices de colores. Al inclinarse, vio un gran dibujo de una granja en un valle rodeado de montañas, unos animales de pelo negro y lanudo y muchas flores. No había que cavilar mucho para saber dónde estaba eso.

Se acercó a la ventana. Allí los tenía, en el lugar exacto donde sabía que iba a encontrarlos. Junto a la embarcación. Los contempló durante un momento, el hombre, el niño y el perro, acurrucados juntos bajo el crepúsculo, como uña y carne.

—¿Tiene alguien hambre? —gritó saliendo.

Hal y Kris alzaron la vista y conferenciaron entre sí.

—Sí —se oyó flotar en el aire.

Ragna había preparado una comida caliente con salmón y patatas, además de queso y manzanas verdes frescas. El chico fue el primero en llegar corriendo, ruidoso, con las mejillas enrojecidas y exuberante de excitación.

—¿Has visto *Lillebjorn*, mamá? ¿Has visto mi barco?

—¿Tu barco?

—Sí, mi barco. ¡Mi barco!

Hal entró y, al pasar por detrás de la silla de Krisi, le revolvió el pelo con gesto afectuoso. Ragna se dio cuenta de que llevaba de nuevo puesta su ropa.

—Ah. Antes de que me olvide.

El tono de su voz era animado, volvía a tener aquel extraordinario talante alegre suyo.

Se acercó a Ragna y ella quedó un instante sorprendida al ver que la cogía por los hombros y la miraba a los ojos.

—Krisi y yo hemos de hacer una petición urgente. Un asunto de gran importancia. Su tono era irónico, su mirada maliciosa y divertida.

«Puede ser de lo más atractivo cuando quiere», se dijo Ragna.

Krisi reía como un loco.

—Pues claro —le animó ella, ansiosa por saber de lo que se trataba—. ¿Qué es?

Hal hizo un guiño.

—Se trata de mis pies. Estarían mucho más secos si pudieras encontrarme un achicador.

Krisi se cayó de la silla sin poder contener las carcajadas. Hal sonrió con aquella sonrisa suya. Ragna aspiró hondo antes de poder corresponderle sonriendo también. Su sentido del humor no andaba muy bien ese día.

—Veré lo que puedo encontrar.

Krisi, recuperándose, se puso en pie de un salto.

—¿Y podremos ir a Brattdal el sábado, mamá? Por favor, por favor. Lo prometiste. ¡Por favor!

Ragna hizo un gesto indeciso. La última vez que estuvieron fue en verano, en junio y desde entonces Krisi le había estado dando la lata.

—Cualquier día. Pronto, cariño —repuso con vaguedad, mientras ponía la comida sobre la mesa.

—Pero yo quiero ver otra vez a mis *mu'kusokse*.

—Los bueyes almizcleros no van a irse, Krisi —le dijo sonriendo ante su extravagante pronunciación.

—Vendré a buscar a Krisi el sábado y lo traeré de regreso el domingo a las seis. ¿Qué te parece?

Ragna se quedó desconcertada. Hal siempre les había invitado a los dos. De inmediato se dijo: «Es esa mujer... esa Woman. Lo ha cambiado todo.»

Lo miró con el entrecejo fruncido.

—No sé. Lo pensaré.

Hal y Krisi intercambiaron miradas cómplices y Ragna suspiró de modo ostensible.

Comieron en silencio.

—He tenido carta de Fred. Quiere que dirijas su expedición —dijo Ragna al cabo

de un rato.

Hal hizo un gesto de afectuosa exasperación.

—No tendrán suerte. Desearía que dejaran de intentarlo.

—Parecía creer que yo podría convencerte. Escribió páginas y más páginas.

Él la miró escrutador.

—Siento que te hayan molestado. Le enviaré una carta y le diré que deje de dar la lata. —Luego añadió casi para sí—: Aunque acaso me hiciera algún bien.

Ragna se quedó mirándolo. Aquel día parecía ilimitada su capacidad para sorprenderla.

—Así que es posible que después de todo te sientas tentado —dijo, lamentando la mordacidad de su tono.

—Tú eres la primera en decirme siempre que estoy demasiado aislado en Brattdal, Ragna.

Ella se disponía a contradecirle; pero lo pensó mejor. Poniéndose en pie retiró los platos de la mesa.

—Bueno..., así es. ¿Acaso no lo estás? —dijo a la defensiva.

Hubo una pausa.

—¿A ti qué te parece? ¿Debería considerar el ir con Fred? —le consultó con calma.

—A mí no me preguntes —dijo ella con tono acerbo—. Lo que hagas con tu vida no es asunto mío.

En las mejillas de Hal los músculos se agitaron furiosos, señal que ella había aprendido a reconocer. «La he hecho buena», se dijo con tristeza. Ahora he logrado que se irrite.

—He de irme —manifestó Hal de repente.

—No te vayas —gimoteó Kris—. Por favor, tío Hal, no te vayas todavía.

—Ya ha oscurecido, Krisi, y tengo por delante mucho camino.

Hal lo cogió por los hombros e, inclinándose hacia él, le musitó algo al oído. El niño asintió con fuerza y salió corriendo en dirección a la sala de estar.

—Ha ido a terminar el dibujo de Brattdal —explicó Hal—. Tenemos que hablar un momento. —El tono de su voz era frío y sus ojos tenían de nuevo la expresión habitual de seriedad—. Aún no me has dicho qué tal fue tu viaje.

Ragna le refirió con brevedad su excursión a la meseta y lo poco que había logrado saber sobre la ruta de migración.

Él escuchó atento.

—Tengo que decirte que el comandante Thrane vino a verme —dijo luego—. ¿Recuerdas...?

Ragna lo recordaba muy bien. Frío, inteligente, demasiado astuto a su juicio. No le había gustado lo más mínimo.

—Vino para advertirme.

Ragna lo contempló asombrada.

—¿Qué quieres decir?

—Acudí a fin de ponerme en guardia respecto a la protesta sobre Kaafiord.

—¡Vaya cara!

—Dijo que iba a arruinar mi buen nombre. —Emitió una breve risa burlona—. Le respondí que a mí no me preocupaba en absoluto.

—¡Qué cinismo, Señor! —Ragna sintió que le subía la presión sanguínea—. Eso es típico..., creer que pueden avasallarte.

—Pero vino como amigo, Ragna. Pensó que me estaba haciendo un favor.

—¡Bah!

Hal confiaba siempre demasiado en la amistad, como si los amigos jamás pudieran fallarte.

—Sentía una gran curiosidad por conocer la procedencia de la información. Parecía sospechar que nos estábamos mezclando con malas compañías.

—Muy propio de él.

—Le dije que ignoraba cuál era el origen de la información.

—Y sólo dijiste la verdad.

—Sí; pero... —Hal mostraba la expresión responsable, la que tenía siempre que se disponía a amonestar a la gente—. Pero no saberlo está mal, Ragna.

—Ya te he garantizado que todo es correcto —afirmó ella enfática—. Nada ilegal o siniestro. Te lo aseguro.

Sería preferible que Hal no supiera nada de los Amigos por la Paz, o de uno de sus miembros fundadores, un antiguo conocido suyo que telefoneaba con regularidad dándole pequeños retazos de información. El grupo pertenecía, en todos los sentidos, al ala izquierda, y ella sabía bien que a Hal no le gustaría mucho tal circunstancia.

—Supongo que no harás caso, ¿verdad? Me refiero a la advertencia de Thrane —sugirió Ragna.

—No.

Hal se la miró pensativo.

Ella sonrió sintiéndose de repente complacida con él.

—Estupendo.

Hal se puso en pie dispuesto a irse.

—Pero, en definitiva, ¿qué dijo ese periodista al que viste? ¿Por qué no dio resultado la entrevista? ¿Cree que la historia no es bastante buena?

—Pensó que era una cuestión «demasiado delicada». Ja, lo que pasa es que no tiene agallas. —Para ella la falta de agallas era el peor de los pecados—. Pero estoy segura de que Rolf Berg responderá. Y a propósito, le dije en mi carta que tú tomabas parte en la protesta y que..., bueno que estabas dispuesto a concederle una entrevista. Espero haberlo hecho bien. —Luego añadió—: ¿O acaso también él es un intocable, como todo el resto?

Hubiera deseado haberse mordido la lengua. Por un instante en el rostro de Hal hubo una expresión apenada. Recordaba el trato feroz que algunos periodistas le

dispensaron hacía tres años.

—No, claro que hablaré con Rolf —repuso con tranquilidad—. Si es que cree que pueda servir de algo.

Salió de la habitación antes de que ella hubiera podido relajar la situación.

Se sintió abrumada. Sabía que había estado poco simpática. En realidad aquél no era precisamente uno de sus mejores días.

Descendieron a la playa bajo la tenue luz, llevando Hal el cubo que ella le había dado a modo de achicador, mientras Kris y *Bamse* abrían la marcha. El chiquillo bailaba y daba gritos y hurras de alegría.

—¿Qué pasa con el «Land Rover»? —le preguntó Ragna.

—Lo recogeré este fin de semana, cuando pueda. ¿Has pensado en lo del sábado? Ragna lo miró ceñuda.

—Krisi es demasiado pequeño para ir... Y el tiempo...

Hal respiró con fuerza.

—Sabes que cuidaré bien de él.

Ella no quería que Krisi se fuera; aunque en realidad no sabía por qué.

—Bueno...

—Te daré un respiro —dijo Hal—. Así podrás hacer lo que te apetezca.

«Pero yo no quiero hacer nada», pensó Ragna.

Y de repente se acordó de la mujer.

—¿Habrá alguien más? —le preguntó.

—Sólo Arne. —Su voz revelaba sorpresa.

—¿No habrá... amigos?

Hal le dirigió una mirada penetrante. Se hizo un largo silencio. «Luego es verdad», se dijo ella.

—Nada de amigos, Ragna. No estaremos más que Kris y yo —dijo por último él.

Hal aparejó la embarcación explicando minuciosamente a Kris el nombre de cada cuerda y para qué servía. El niño asentía enérgico, como memorizando cada palabra. Ragna observaba y se sentía triste, aunque no sabía muy bien por qué.

Una vez que la barca estuvo preparada para navegar, todos ayudaron a lanzarla al agua. Hal colocó algo con mucho cuidado debajo del asiento. Ragna lo reconoció como el odioso paquete del Ejército.

Hal dio a Ragna un beso impersonal en la mejilla y levantó a Krisi, el cual rió desde las alturas. Las dos siluetas se destacaban oscuras bajo las últimas luces temblorosas, un juego de sombras enmarcadas por la inmensa extensión de la mar y las montañas. Algo en aquella escena produjo a Ragna una curiosa emoción.

Las siluetas se fundieron al descender el niño y abrazarse al cuello del hombre.

—¡Eh, vosotros dos! —se oyó decir Ragna.

Krisi y ella permanecieron largo rato contemplando navegar la embarcación, alejándose de la costa. Al cabo de un rato, el pequeño navío alcanzó un remanso en el que se reflejaba la luz. Las velas, el hombre y el perro situados a popa, destacaban



como en tinta china sobre la mar de peltre. El barquito parecía deslizarse sobre las aguas de oscuros centelleos, como atraído por algo mágico.

Atravesó el remanso de luz y se fundió con la oscuridad.

Hal cortó las cuerdas que sujetaban el paquete y respiró hondo.

No había imaginado que todavía quedara algo.

Las pertenencias personales de Jan se recogieron, en la época del incidente, en el campamento de Porsangmoen. Siguiendo órdenes, Jan las había dejado allí antes de emprender la marcha. Una cartera, fotografías de Ragna y Kris, algún dinero y una agenda de bolsillo con nombres y direcciones.

Luego estaba lo que habían encontrado en el campamento junto al lago... No costó mucho hallar el escondrijo en la nieve, ya que Hal sabía dónde buscar. Y allí descubrieron víveres, repuestos de municiones y señales de una comida abandonada de modo apresurado.

Jamás se le ocurrió que pudiera haber algo más.

Respirando profundamente abrió el paquete. Dentro encontró una pesada caja de cartón. Levantó la tapa.

Encima de todo había un grueso sobre marrón. Estaba lacrado. Hal lo rasgó. Desde el fondo, llegó un centelleo de oro. Dejó caer el contenido en el hueco de la mano.

Una cadena de oro con una cruz. Y un anillo de matrimonio.

Se quedó mirándolo. Aquello debió de haber vuelto con el cuerpo. ¿Cómo no lo supo? ¿Por qué no se lo habían dicho? Pero entonces recordó. Se lo dijeron a Ragna.

Apretó la mano sobre aquellas pequeñas joyas con un nudo en la garganta.

Volvió a meterlas en el sobre y lo dejó a un lado. Se las daría a Kris cuando fuera mayor.

Luego había un cuchillo, el que llevaba siempre Jan. Un cuchillo lapón curvado, en una característica vaina con un cuerno grabado, y con la empuñadura forrada de cuero. Jan siempre lo había llevado afilado como una navaja. Era capaz de despellejar y limpiar una liebre en treinta segundos exactos.

El cuchillo sería también para Kris.

Descubrió sorprendido otro cuchillo en la caja. Lo cogió curioso. Reconoció el estilo. Los había visto docenas de veces. Era un cuchillo tipo daga, recto y largo, con una vaina de cuero adaptada para colgarla del cinturón. Antes incluso de haber visto el emblema de la esvástica estampado en el puño, supo que se trataba de una daga reglamentaria del Ejército alemán de antes de la guerra.

La mitad de los hombres de Noruega, decididos a que jamás volvieran a sorprenderles desarmados o faltos de preparación, conservaban recuerdos de la rendición alemana. Dagas, revólveres, rifles incluso alguna que otra metralleta.

Sin embargo Hal no sabía que Jan tuviera ninguna.

La dejó en el suelo y volvió de nuevo su atención a la caja.

Binoculares. Unos pequeños y ligeros, con filtros «Polaroid» para uso alpino. Los conocía muy bien. Los fabricantes les habían regalado un par a Jan y a él. Y lo realmente irónico era que se trataba de una compañía alemana.

Los binoculares fueron a reunirse con las demás cosas destinadas a Krisi.

Había también una bolsa. Hal la había visto por última vez durante las instrucciones finales en Porsangmoen. Recordó que entonces contenía billetes de Banco. Coronas noruegas y marcos finlandeses. No mucho. Lo suficiente para comprar víveres o pagar transportes si fuera necesario.

Ahora se hallaba vacía. El dinero lo habría recogido la gente de Thrane, recuperando así lo entregado por el Gobierno.

Suponía que los rusos se habrían quedado con los rifles y los revólveres, y también con los mapas a modo de supuestas pruebas. Las ropas probablemente habrían sido destruidas.

Al tiempo que pensaba aquello, descubrió un pañuelo y un par de guantes. ¡Santo Dios! ¿Quién habría metido aquello allí? Tragó con dificultad.

Metió presuroso la mano en la caja en busca de la última pieza y se encontró con un estuche conteniendo otro par de binoculares.

Les echó un vistazo pero, de repente, notó que no podía soportarlo por más tiempo. Se puso rápidamente en pie y salió a tomar algo de aire fresco. Permaneció un rato en el porche con la mirada perdida en la lejanía.

Cuando volvió a entrar, introdujo las alhajas en un sobre nuevo, en el que escribió el nombre de Kris, y lo guardó en un cajón del viejo buró de persiana junto con el cuchillo de caza y los binoculares para la nieve.

Luego, pensándolo mejor, puso también los guantes y el pañuelo, aunque no estaba seguro de que fuera conveniente.

Ya sólo quedaban la daga y el segundo par de binoculares.

Los examinó. «Zeiss veinte por treinta», cubiertos de pintura blanca escamosa, como si hubieran sido adaptados para usos militares.

Sí, en el cuerpo central había estampada una minúscula cruz gamada. Y un nombre grabado. *Schirmer*. Y al lado también una especie de rasguños. Nombres y letras...

Tal vez aquellas cosas hubieran pertenecido a Mattis. Pero, de haber sido así, Hal estaba seguro de que al verlas las habría recordado.

Se sentó junto a la oscilante lumbre de la estufa y dejó vagar el pensamiento.

A algunos les gusta llevar dos cuchillos: ¿Mas para qué habría querido alguien llevar dos binoculares?

Era muy posible que la explicación fuese corriente y trivial. Sin embargo, sentía curiosidad...

Volvió a su escritorio y escribió una carta a la familia de Mattis.

Luego, por si acaso no podían ayudarle, y como jamás le gustó dejar piedra sin

remover, escribió también una carta a Oslo, a un conocido que trabajaba en los Archivos militares.

## Capítulo XIII

Berg empujó con cuidado las puertas del *Socialist Dagens Post* y atravesó despacio el vestíbulo de mármol. La puerta del ascensor se estaba cerrando en ese preciso momento. Introdujo el hombro, se abrió con cierta violencia y Berg entró.

—Buenos días —saludó una voz femenina.

Berg reconoció a una joven del departamento de anuncios.

—Tiene un aspecto terrible —dijo la chica, conteniendo una risita.

Berg apretó los labios y dio media vuelta.

Tan pronto como llegó al piso de la sala de redacción, entró en el lavabo y se miró al espejo. Los ojos algo enrojecidos, unas leves ojeras, la tez un poco manchada. Pero todavía seguía teniendo un buen aspecto. Lo que pasaba era que, para esa chica, estaban verdes.

Pero habría de andar con más cuidado con el vino. A juzgar por el dolor de cabeza que tenía, debió ser de escasa calidad. Tenía que haberse limitado a la *vodka* o al escocés. Con ellos nunca pasaba nada.

Alejándose del espejo, se pasó la mano por el pelo y dio un toque a las solapas. El problema se debía a que estaba muy cansado. Trabajaba demasiado. Nada que unas buenas vacaciones no fueran capaces de remediar.

Pero su dolor de cabeza requería atención inmediata. Rebuscó en los bolsillos para ver si encontraba una aspirina y, al no hallarla, atravesó el vestíbulo hasta donde se encontraba Ingrid, que siempre las tenía a mano. Ingrid defendía la sala de redacción de visitantes importunos.

—Reunión dentro de media hora —le dijo al tiempo que le daba la aspirina—. No tienes buen aspecto —añadió con mirada experta.

Berg hizo una mueca.

Ella agitó un dedo admonitorio.

—Estás quemando la vela por los dos lados.

Berg alzó una ceja con expresión tolerante. Se entendía bien con Ingrid.

—¿Hay alguna otra manera?

—Para ti no, al parecer —le replicó ella.

Tras servirse un café fuerte de la máquina, Berg caminó entre mobiliario moderno y plantas tropicales por la enorme oficina abierta hasta llegar a su mesa en un rincón del fondo. Con el pie, corrió una aralia hasta que su mesa quedó medio oculta a la vista. No tenía ganas de recibir visitas y, después de tragarse la aspirina con el café se quedó contemplando sin el menor entusiasmo el montón de papeles que había en su bandeja.

Los dos premios del éxito, una resaca y un interminable correo.

Desde que tenía su propio espacio, le habían estado llegando cartas sin cesar. La

gente tenía opiniones arraigadas; y, considerando que aquello era Noruega había muchísima que sin duda creía que tenía el deber de expresarlas con amplitud. Gran parte las enviaban al director, para las columnas de correspondencia; pero Berg no podía permitirse el lujo de dejar echar antes un vistazo; sólo para comprobar si había algún soplo.

El primer correo llegó cuando Pasvik; el siguiente, al producirse el incidente del U2. Con esta última historia casi estuvo a punto de dimitir. Al día siguiente de anunciar los rusos la captura de Gary Powers, escribió un fuerte artículo sugiriendo que los EE. UU. hacía mucho tiempo que habían estado operando vuelos espías desde sus bases en Noruega sin su conocimiento. El director casi había sufrido un ataque de nervios al plantearle su publicación; pero cuando Berg amenazó con irse, le dio luz verde, aunque suavizando aristas.

Dejó el correo para luego. Telefonó a su servicio de mensajería. Aunque en verdad aquella denominación le venía grande. No era más que un mugriento estanco atendido por un estoniano. Pero las apariencias poco importaban. El estoniano jamás había visto a Berg ni conocía su verdadero nombre, y sólo dos personas utilizaban aquel servicio: Alex y Sonja.

El estoniano contestó al punto y Berg se anunció como Lundquist. El hombre le leyó el último mensaje de Sonja.

Berg colgó con un suspiro de irritación. Nuevos dramas familiares. ¿Por qué diablos quería cargarle con todo aquello? Le era imposible imaginárselo, ya que jamás había conocido a su madre.

Y hablaba de vacaciones. Se imaginaba a Sonja tumbada en la playa, grande y semejante a una marsopa, y emitió un pequeño bufido de incredulidad. Era posible sobrevivir a una noche con Sonja; pero toda una semana equivaldría a una condena a cadena perpetua.

Sin embargo tenía que andar con cuidado con sus remilgos. Incluso Sonja, tan reprimida, podría mostrarse emocional en un momento dado. Y la emoción era lo último que se podía permitir.

No obstante habría de hacer un hueco para llamarla. Mañana. Eso era, si tenía tiempo, claro.

Encendió un cigarrillo, aspiró con fuerza y empezó a sentirse mejor al hacer efecto el café y la aspirina.

Fortalecido con un segundo café, se dedicó por fin ocuparse del correo.

Iba abriendo las cartas y, después de echarles un vistazo, les daba de lado. Los rollos de costumbre.

Una de ellas le llamó la atención. Estaba escrita a máquina, con sólo el encabezamiento manuscrito con una letra redonda de estilo femenino. «Querido Rolf». Había también una dirección en Tromsö. La carta era larga y hubo de pasar tres páginas hasta descubrir la firma.

Tuvo una sensación incómoda: Ragna Johansen.

¿Qué diablos podía querer?

Se quedó mirando por un instante el nombre y luego, volviendo al principio empezó a leer.

Pronto descubrió que lo que Ragna pretendía era un favor. Se sintió algo halagado, aunque también a la defensiva. No le gustaba tomarse molestias.

Pero al llegar a la segunda página, la curiosidad se impuso a su natural escepticismo.

Kaafiord.

Acabó la carta y luego volvió a la segunda página para releerla.

Kaafiord. Sí, estaba enterado de aquello. Sonja lo había mencionado cuando se refirió a la seguridad en las instalaciones y que iban a aplicarse nuevos sistemas para reforzar esa seguridad. Unos como los de Kaafiord, había dicho.

No le había hablado mucho de la propia instalación o de cuáles pudieran ser sus funciones, y él tampoco la presionó. Jamás lo hacía. La paciencia era la clave con Sonja.

En años recientes, había aparecido en Noruega cierto número de instalaciones secretas y por lo general entraban en tres categorías: instalaciones de radar de alerta previo, sistemas de comunicaciones de la OTAN, una nueva fórmula de navegación para los submarinos.

Esta última categoría era lo que más interesaba a Berg porque el sistema de navegación, «Loran-C», no sólo dirigía a cualquier viejo submarino, sino también a los *Polaris* portadores de armas nucleares. Siendo Noruega una nación en la que no se permitía armamento nuclear, se trataba, en todos los conceptos, de un tema explosivo.

Y si Kaafiord tuviera algo que ver con ello...

Pero, naturalmente, era algo que Ragna Johansen no sabía.

Ella estaba interesada en Kaafiord por una razón muy diferente. Los lapones.

Berg sopesó las posibilidades. ¿Sería un buen tema? Su instinto le decía que sí; aun cuando el problema lapón fuera siempre asunto espinoso.

La referencia a los lapones despertaba todo tipo de sentimientos de culpabilidad y de neurosis en el público noruego. Berg había observado que sus compatriotas, dispuestos siempre a romper lanzas y a condenar el racismo fuera de sus fronteras, se mostraban de un modo muy distinto cuando el problema les tocaba de cerca. Y ello se debía a que se habían persuadido a sí mismos de que eran bien tratados los lapones. La realidad, sin embargó, se mostraba menos cómoda. Los lapones, considerados la mayoría de las veces como seres inferiores, primitivos y algo locos, recibían desde hacía mucho tiempo un trato injusto.

Sin embargo, cuando lo que se dirimía era la protección de los lapones frente a una instalación financiada y construida por los EE. UU., era posible que la opinión pública se alineara con ellos. El desvalido frente al gigante americano. Tal vez diera resultado.

Y luego Berg podría lanzar un ataque contra el objetivo real.

¿Quién controla esas instalaciones? (Los EE.UU.) ¿Quién se beneficia de ellas? (Los EE.UU.) ¿De qué manera servirán a Noruega? (No la servirán. Sólo serán una provocación para la Unión Soviética, contribuyendo a intensificar la guerra fría.)

Sí, la historia tenía posibilidades.

Pero necesitaba saber para qué estaba destinada la instalación.

Eso significaba tener que ver a Sonja lo antes posible, aunque fuera un fastidio.

Al levantar la vista, descubrió a Ingrid haciéndole señas en dirección a la oficina del director. Encendió otro cigarrillo, cogió con desgana un lápiz y un bloc de encima de su mesa y se dirigió, con el resto del personal, a la reunión.

El editor, un sesentón nervioso, de rostro enjuto, más que propenso a un ataque cardíaco, hizo seña a Berg de que entrara.

—Ha llegado algo que puede interesarte —le dijo de inmediato.

Berg tomó asiento.

—¿Qué es?

—Un rumor. Acerca de algo que está a punto de publicarse en una revista británica de izquierdas... el *Examiner*. Se refiere a Pasvik.

A Berg le dio un salto el corazón.

—Al parecer un agente del KGB ha desertado a Inglaterra y lo ha revelado todo. Incluida la información sobre el tercer hombre de Pasvik.

Berg sintió un cosquilleo en el estómago. Aunque su expresión seguía siendo una máscara impasible.

—Según los indicios, el tercer hombre llegó hasta la frontera, incluso pudo haberse reunido con Johansen y Hetta; pero también fue muerto a tiros. Y escucha esto. El informe dice que el tercer hombre es un *noruego* y que había estado viviendo en la URSS desde que terminó la guerra.

Se hizo el silencio. Todos miraban a Berg, el cual enarcó las cejas.

—¿Se conoce la identidad de ese hombre? —preguntó.

—Humm... No. Todavía no se conoce.

Berg ocultó su alivio, con expresión reflexiva.

—¿Eso es todo?

El director rebuscó entre los papeles de su mesa.

—Creo que sí —leyó de nuevo sus notas de manera apresurada—. Ah, *espera*...

Berg dio una larga chupada al cigarrillo, manteniendo la expresión de interés profesional.

—Espera... —farfulló el director—. Estaba equivocado. El desertor era un agente GRU, no del KGB.

Si eso era todo... Berg respiró de nuevo y se esforzó por mantenerse tranquilo. En realidad no había nada de qué preocuparse.

El director lo miró.

—Bueno. ¿Qué piensas?

Berg reflexionó con rapidez. Había tantas maneras diferentes de manejar aquello...

—Bueno, eso pone al fin sobre el tapete todos los viejos interrogantes sobre Pasvik que nunca fueron contestados de forma debida por aquel entonces, ¿no? —dijo finalmente—. Como, por ejemplo, hasta qué punto está implicada la CIA. Quién planeó la misión en la frontera. Y sobre todo revela un intento de cobertura. ¿No es así? Esa idea fomentada por el Gobierno de que el objetivo de la misión era de recibir a un refugiado soviético —rió irónico— es una absoluta estupidez. Si aquel hombre era noruego es evidente que fue, en todo momento, un agente de la CIA.

El director parecía incómodo.

—Pero esa historia carece de base. Y no podemos entrar en el campo de... las conjeturas.

Conjeturas. A Bert le gustó aquello.

—Pero todo el mundo se va a ocupar de esa historia. La Prensa extranjera le dedicará su atención. No podemos limitarnos a ignorarla...

El director parecía indeciso.

—Bueno...

Berg estaba a punto de enfocarlo desde un ángulo un poco diferente, cuando alguien habló. Era el director de cuestiones políticas.

—¿No nos estamos olvidando de algo? Me refiero a que nada se ha dicho de cómo un noruego fue a vivir a la Unión Soviética. Me gustaría saber cuántos llegaron allí al final de la guerra. Y, sobre todo, cuántos pueden permanecer todavía contra su voluntad. Encarcelados o de cualquier otra manera.

Una nueva voz intervino y Berg reconoció a uno de los jóvenes reporteros.

—Y, si damos otro paso adelante, cabe preguntarse cuántos se fueron a la Unión Soviética y regresaron a Noruega como ciudadanos modelo pero con su lealtad más o menos reajustada.

Berg dio una calmosa chupada a su cigarrillo. En lo más hondo de su ser sentía un urgente apremio de romper a reír.

El director miró furibundo al joven, el cual se encontraba allí en lugar de un superior ausente, y era a todas luces evidente que no estaba familiarizado con la política de la dirección. Esa política era la de no mostrarse nunca antipatriota. Se podía criticar al Gobierno. Y, al cabo de siglos de dominación por parte de Dinamarca y Suecia, podían ser también críticos de influencias extranjeras, lo que en aquellos momentos quería decir los EE. UU. Pero ese tipo de sugerencias era como apuñalarse a sí mismo por la espalda.

—No podemos considerar tangentes frívolas cuando no disponemos de hechos auténticos. No, mantendremos esto como una sencilla exposición de la noticia. Y además breve.

Berg decidió que no iba a discutir sobre ello.

Pero el director no había terminado. Pensativo, dio unos golpecitos con el lápiz



sobre la mesa.

—De todas maneras, Berg, en algún momento podría considerar esta idea de los noruegos retenidos en la Unión Soviética contra su voluntad. Sin prisas. Ese abogado Sorensen... el que dispone de todo el material acerca de colaboradores y criminales de guerra, es posible que pueda arrojar alguna luz sobre el asunto.

Berg parecía dubitativo. Finalmente se mostró de acuerdo con un leve e indiferente encogimiento de hombros. Mejor que lo hiciera él mismo que cualquier otro. Mucho mejor.

Siguieron adelante. Se presentaban ideas y algunas se desechaban. Al llegarle el turno a Berg, expuso la historia de Kaafiord, cuidando de presentarla en términos atractivos, en modo alguno alarmistas... el derecho de tierras, el futuro pastoreo de los renos en su conjunto, insensibilidad burocrática...

Una vez que hubo terminado, el director reflexionó durante unos minutos acerca de la cuestión. Luego, resoplando, asintió.

Berg ya tenía su historia.

—Buenos días.

Sonja levantó la vista de su mesa con tal sobresalto que las gafas se le escurrieron hasta la punta de la nariz. Era el comandante Thrane. No le había oído entrar. Debió de haberlo hecho a través del despacho del director. Comprendió que su aspecto debía ser algo extravagante, con la boca abierta y las gafas torcidas. Se las colocó bien e intentó esbozar una sonrisa.

—Siento mucho lo de su madre —le dijo Thrane.

Sonja adoptó una expresión valerosa.

—A veces eso es lo mejor. —Luego, añadió con tono más animoso—: ¿Ha sido bueno su viaje al Norte?

—Sí, gracias.

Permaneció allí, inmóvil, observándola atento.

Después cogió una silla y se sentó junto a la mesa, apoyándose pensativo sobre un codo.

—Querría que me aconsejara.

—No faltaba más.

El comandante Thrane era el número dos en la jefatura de Seguridad, cargo que ocupaba desde hacía tres años. Era una de las pocas personas que tenía acceso ilimitado a todo tipo de información.

—Tuvimos algunas charlas durante la revisión de seguridad, ¿verdad?

Sonja se quedó muy quieta. No quería hablar de la revisión. Ni quería hablar de nada. Apenas era capaz de ocuparse de las cosas más sencillas. Le parecía que tenía la mente bloqueada.

—Sí —logró decir.

—¿Recuerda todas las cuestiones que discutimos? ¿En torno a los nuevos procedimientos?

—Hummm... Sí.

—Bien. ¿Qué le parece cómo marcha la cosa? ¿Hemos hecho suficiente?

¿Qué era lo que se proponía? Sonja pensó en la fotocopidora y se quedó fría hasta que recordó que era imposible que el comandante supiera nada de eso.

—Yo diría que sí; pero no soy una experta.

Thrane tuvo un gesto de sorpresa y ella se dio cuenta de que el tono de su voz había sido estridente y nervioso. «Domínate, domínate», se dijo.

Cambió la expresión del comandante, mostrándose comprensivo. Como si, por un momento, hubiera olvidado que la muerte de su madre la había tenido bajo una gran tensión.

—Bueno, es posible que no sea una experta —dijo con tono amable—; pero... verá, usted sabe mejor que nadie cómo funcionan las cosas aquí.

Sonja intentó mostrar cierto interés por el tema.

—Déjeme ver... Creo que el cribado regular es un buena idea.

Y un acceso más restringido a la información.

Thrane asintió prudente.

—Estábamos pensando en un cribado más amplio de quienes ocupan altos cargos.

«¿Por qué me dices todo esto?», pensó Sonja. Cambió algunos papeles sobre su mesa.

—Es algo que no puede perjudicar.

—Hummm... —Thrane reflexionó un instante—. Lo malo es que se necesita tiempo y mucho dinero. Y puede ser causa de resentimientos, —hubo una pausa; Sonja levantó la vista y lo encontró mirándola fijamente—. Quiero decir ¿cómo se sentiría usted sabiendo que están examinando su vida bajo el microscopio?

—Supongo que sería un fastidio. Pero no pondría objeciones.

Thrane no contestó, frotándose muy despacio la barbilla con los dedos. Luego, con una brusca sonrisa se puso en pie.

—Bien, gracias. Me ha sido de gran ayuda.

Sonja saludó con la cabeza al tiempo que musitaba una despedida. Quedó sola.

Se quedó mirando durante varios minutos la puerta cerrada, con una sensación harto desagradable en la boca del estómago.

¿A qué venía todo aquello? ¿Acaso sabía algo?

Al punto recuperó el dominio de sí misma. Se estaba imaginando cosas. El comandante Thrane vagaba por allí a menudo.

Y con frecuencia iba a ver a la gente y hacía preguntas. No tenía importancia.

Se recostó en su asiento sintiéndose floja y dejó caer la cabeza sobre el respaldo.

Sonó el zumbador. Volvió a ponerse en pie de un salto.

El director. Preparado para su reunión. Se atusó presurosa el pelo, cogió su bloc y entró en el despacho.

Fue una larga sesión departamental. Se sorprendió al verse actuar de forma tan normal. Recogió las actas, las pasó a máquina. Y se dirigió a la fotocopidora instalada en la oficina del secretario, contigua a la suya. Se necesitaban diez copias.

Hizo girar el disco hasta el diez, colocó la primera página y apretó el botón que la ponía en marcha. Fueron saliendo las copias. La máquina quedó silenciosa.

Permaneció allí quieta, mirando la copiadora. Una de las secretarias pasó junto a ella para ir a almorzar. Luego, la oficina se quedó vacía.

Vaciló un instante no queriendo hacerlo. ¿Por qué lo iba a hacer? No había razón. Ya no.

Y sin embargo. Quería llevar la voz cantante. Quería conservar su trato.

Lo quería a él.

Aquella idea le hizo sentir ganas de llorar.

Se decidió. Por última vez. Haría sólo ésta por última vez.

Repitió el proceso con la segunda y la tercera página de las actas. Cada una de las veces examinó la primera copia llegando a la conclusión de que no era bastante buena e hizo una extra.

Cogió los originales y las copias, los cotejó y los grapó, inscribiendo el número del documento y del expediente en el libro de entradas de la fotocopidora, junto con el número de copias, teniendo buen cuidado de anotar la cantidad correcta, es decir, once. Luego firmó.

Acto seguido, deslizó tres hojas en blanco del papel de la fotocopidora detrás del montón de las actas.

Dirigiéndose a la desfibradora, la puso en marcha y metió en ella con todo cuidado las hojas en blanco.

Luego hizo una pulcra entrada en el libro de destrucciones. Tres fotocopias defectuosas. Añadió el número del documento y su firma.

Al volver a su mesa, marcó ocho copias de las minutas para su distribución, quedándose con dos más el original para los archivos. La copia extra se la metió en el bolso.

Por último cogió sus notas taquigráficas y las introdujo en la máquina de destruir documentos. Pero antes de hacerlo las releyó de nuevo por última vez sólo para asegurarse de que no había olvidado nada.

Lo había comprendido todo a la perfección. Hasta el más mínimo detalle del Proyecto Bluetail. La construcción de una nueva instalación del servicio secreto militar en el Norte.

Sentada de nuevo ante su mesa, sacó unos emparedados y los puso delante de ella. No comió sino que esperó hasta que el director le dijera a través del intercomunicador que se iba a almorzar.

Esperó todavía un minuto y luego descolgó el teléfono. En primer lugar llamó a Anna, que ocupaba el puesto similar al suyo en FO/S.

Anna estaba esperando la llamada.

—Eché un vistazo al expediente como me pediste —dijo de inmediato.

—Espero que no te haya creado problemas.

—No. Como te expliqué ayer, nos dejó... Voy a ver..., hace seis meses. Ahora es asesor de seguridad en los ferrocarriles. Eso puedo decírtelo sin ningún riesgo. ¿Pero por qué me preguntas a mí, Sonja? Pensé que le conocías. Ya me preguntaste por él antes, ¿verdad?

—Sí —repuso con tono ligero, pues ya había ensayado aquello—. Sólo que sentí curiosidad porque hablaba con tanta libertad del «trabajo» que por un horroroso momento supuse que seguía con vosotros.

—No, no. Ya no está aquí —aseguró Anna enfática—. Además, siempre era formidable en cuestiones de seguridad. Se atenía estrictamente a las reglas.

—Entonces, ¿le conocías bien?

—Bueno, un poco. Era muy callado. No puedo decir que jamás haya cambiado con él más de unas cuantas palabras.

—¿De veras? A mí me parecía muy... lanzado.

—¡Santo cielo! Entonces debo haberme perdido algo. A mí me daba la impresión de que era muy tímido. De cualquier forma, era bueno en lo suyo. Pero no parecía que fuese a llegar muy lejos. Eso es lo que le indujo a irse.

Sonja se forzó a reír.

—¿Estamos hablando del mismo hombre, Anna?

La otra mujer no rió. Sonja se dio cuenta de que se había excedido. No se bromea con identidades en los servicios de seguridad.

—Ha cumplido ya los treinta años, casado, con tres hijos —dijo Anna—. Rubio. Metro ochenta y tantos, cara redonda, gafas, con un poco de estómago. Estudioso, yo diría que algo puritano. No es bebedor ni fumador. ¿Qué tal lo hago?

—Ése es Erik sin la menor duda —mintió Sonja—. Gracias, Anna.

Volvió a sentir, acrecentado, aquel malestar en el estómago.

Temblorosa abrió un cajón y sacó un periódico. Fue pasando las hojas hasta que encontró un artículo en la página central.

Estaba escrito por el propietario del apartamento del segundo piso, el periodista llamado Rolf Berg.

Descolgó de nuevo el teléfono y marcó el número que había escrito en su bloc de notas.

Contestaron.

—*Dagens* —dijo una voz.

Sonja asió con más fuerza el auricular.

—Rolf Berg.

Una pausa, un clic, ruido de fondo. Sonja sentía la sangre golpearle en las sienas.

Una voz femenina.

—Noticias.

—Quisiera hablar con Rolf Berg.

—No está aquí en este momento, lo siento. Lo comprobaré. No... No le veo.  
¿Desea dejar algún mensaje?

—No, yo...

—Espere, espere —dijo la voz femenina—. Acaba de entrar.

Se oyó un golpe como si hubieran soltado el auricular, murmullo de voces y luego...

—Berg.

Sonja permaneció clavada allí, sintiendo que le temblaban las piernas.

—¿Hola? ¿Hola? —Un suspiro de irritación, y luego aparte—: No contesta nadie.  
¿Quién era? ¿Lo sabes? —Una pausa, y a continuación, con fastidio—: Hola..., hola..., hola...

Sonja colgó con gran lentitud. Había oído bastante.

Era él.

Se puso en pie temblorosa y se dirigió al tocador. Se echó agua fría en la cara una y otra vez.

Se miró al espejo.

Un reportero. Durante tan largo tiempo, un reportero.

Y ella se lo había dicho todo.

Una puerta se cerró, hubo un último repiqueteo de tacones por el corredor y se hizo el silencio. Thrane esperó algo más y luego salió de su despacho.

Eran las cuatro de la tarde. La jornada laboral noruega terminaba a las tres y media. El personal de noche estaría ya en su puesto de vigilancia en la sala de guardia del primer piso. Sus propios hombres de seguridad habrían empezado sus rondas. Aparte de ellos, el edificio debería estar vacío.

Cerró con llave su puerta y se dirigió hacia las oficinas del director. Se detuvo delante de la puerta del despacho de Sonja Bjornsen y llamó con los nudillos. Al cabo de un momento sacó del bolsillo un manojito de llaves, seleccionó la de aquella habitación, abrió la puerta y entró.

La mesa escritorio estaba pulcra y ordenada. Sobre ella no había papel alguno. Comprobó los cajones, por si acaso, pero no había nada.

Los expedientes de uso diario se guardaban en una cámara acorazada instalada a un lado. Había recogido con anterioridad las llaves y abrió la puerta. Encontró el expediente que buscaba marcado IG-FR, 61: Proyecto Bluetail.

Las actas de la reunión celebrada aquella mañana habían sido archivadas en el lugar exacto, encima de todo. Thrane ojeó las tres páginas escritas a máquina, luego tomó cuidadosamente nota de la entrada registrada en la parte superior del documento. En ella aparecía el número de copias existentes y a dónde habían ido a parar: tres en el archivo, ocho distribuidas. Thrane anotó el número del documento y colocando de nuevo en su sitio el expediente, se dirigió a la oficina de la secretaría, contigua a la de Sonja Bjornsen y examinó el libro de entradas de la fotocopidora. Por un instante se sintió excitado. ¡Once copias de cada página! Comprobó las otras

entradas de fotocopias de ese día. Sesenta y dos, además de las treinta y tres de Sonja. Hacían un total de noventa y cinco.

Arrodillándose, abrió el costado de la fotocopidora y leyó el pequeño contador que había en su interior. Thrane comparó la lectura con la del día anterior e hizo un ejercicio mental de aritmética.

Noventa y cinco. Coincidió.

A continuación, se acercó a la desfibadora e inspeccionó el libro de entradas.

Había una. Tres fotocopias defectuosas. ¿Pero las habría introducido en realidad? Abrió el saco con las trizas de papel dispuesto para que lo vaciaran, extrajo del bolsillo una linterna de luz ultravioleta y la enfocó al interior del saco.

Aparecieron brillantes algunas trizas de papel. Consultó el libro de entradas para comprobar si se habían introducido más copias defectuosas ese día.

No. Luego el papel de la fotocopidora que había sido marcado con tinta sensibilizada ultravioleta debió ser el que introdujera Sonja.

Sintió cierta decepción. Su instinto parecía señalarle de manera infalible a Sonja.

Pasó dos horas comprobando que cada una de las copias obtenidas ese día con la fotocopidora hubiera llegado al destino que le correspondía.

Luego volvió a su despacho perplejo aunque no derrotado.

Sólo necesitaba reflexionar más sobre ello. Tenía que haber una explicación para el hecho de que, en los últimos cuatro meses, se hubieran hecho, en cinco ocasiones, copias extra con aquella máquina. Copias extra que habían sido registradas como copias defectuosas y convertidas en trizas por la máquina.

En cada uno de los casos iban firmadas por Sonja Bjornsen.

## Capítulo XIV

La oficina de Lars Sorensen era un modelo de orden y limpieza escandinava. Paredes blancas, mobiliario tubular moderno y brillantes archivadores. Berg pensó que en aquel lugar ningún papel quedaría sin archivar por mucho tiempo.

—¿Así que está escribiendo algo con carácter general? —preguntó Sorensen.

Era un hombre de cara enjuta y pelo pajizo, de unos sesenta años, rebosante de energía juvenil. Poseía una mirada penetrante y Berg sospechaba que su mente todavía lo era más.

—Aún no sé si podré pergeñar una historia. Lo que ahora intento es reunir datos.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué tipo de datos?

Berg no contestó sino que recorrió con la mirada la pared cubierta de archivadores.

—Tengo entendido que usted se especializa en localizar criminales de guerra.

—No, en localizarlos, no; aunque sí en reunir pruebas. Pruebas de crímenes cometidos en suelo noruego y contra ciudadanos de nuestro país. Tenga en cuenta que han pasado casi dieciocho años desde la guerra. Hoy día no es tan fácil encontrar pruebas.

—Y es de presumir que tampoco criminales de guerra.

Centelleó la penetrante mirada.

—Bueno, sobre eso no sabría decirle. Le sorprendería saber cuántos se esconden todavía entre bastidores.

—Y usted siempre preparado para pescarlos —dijo Berg con tono admirativo.

Sorensen se puso en pie con sorprendente agilidad.

—Venga, le enseñaré algo.

Le indicó la habitación contigua. En ella, las hileras de archivadores cubrían todo el espacio disponible.

Sorensen empezó a hablar con el entusiasmo del especialista consagrado a su trabajo.

—Tengo todo perfectamente contrastado con el nombre de la víctima, el distrito, el tipo de crimen cometido y, naturalmente, el del criminal, una vez que se conoce. No hay crimen grave cometido durante la Ocupación que no figure en estos archivos de una forma o de otra. A mi hijo lo asesinó la Gestapo. ¿Comprende? —añadió con voz neutra, carente de toda emoción.

Berg guardó silencio. Contemplaba la descomunal cantidad de información. No tenía idea de que tuviera tantos expedientes.

—Verá, ahí está cada aldea, cada ciudad. —Sorensen tiró de un cajón repleto de tarjetas índice ordenadas por el nombre del lugar—. Tengo un registro de lo ocurrido hasta en la más pequeña aldea. Inmediatamente después de la guerra, escribí a cada

*kommune*, cuando los recuerdos de la gente todavía estaban vivos. ¿Se da cuenta? —comentó con orgullo—. Fue un trabajo de titanes.

Berg contempló las hileras de nombres de lugares. Se le ocurrió que en alguna parte, en el fondo de aquellos archivos había un lugar y un nombre que él conocía muy bien. Enterarse de ello no le satisfizo en modo alguno.

—En realidad estoy interesado en noruegos que pudieran haberse quedado en la Unión Soviética al finalizar la guerra. No sé si abarca ese campo... —explicó Berg con tono eficiente.

—¡Pues claro que sí! —exclamó Sorensen.

Berg se mostró incrédulo.

—¿Trata de localizar noruegos en Rusia?

—No, no. Personas desaparecidas en general.

Berg recuperó el dominio de sí mismo. Habían pasado dieciocho años. Ahora no había motivo para alarmarse.

—¿Y cree que algunas se encuentran en la Unión Soviética? —inquirió.

Sorensen se mostró dubitativo.

—¿Puedo preguntarle por qué quiere saberlo?

Berg se apresuró a mostrarse sonriente.

—Mi periódico tuvo noticia de una historia sobre un noruego que vivió feliz durante algunos años en la Unión Soviética. Nos preguntamos cuántos otros puede haber.

El abogado meneó la cabeza.

—Ahí me ha pescado. Me temo que resulte imposible saberlo con seguridad. Sólo cabe hacerse conjeturas. Se puede haber visto por última vez a un muchacho cerca de las líneas rusas o en un campo de trabajos forzados bajo control ruso. Pero incluso así..., ¿quién podría asegurarlo? Es fácil que el muchacho no cayera en manos rusas, sino que fuera muerto por los alemanes y enterrado en una tumba sin nombre. —Meneó la cabeza.

—Entonces parece que no tiene mucha suerte con las personas desaparecidas.

—Bueno, yo no diría eso —respondió con firmeza—. Depende de dónde haya desaparecido la persona y cómo. Si el sujeto estuvo en un campo, con frecuencia puedo localizar a la persona que lo vio vivo por última vez. Lo que resulta sorprendente es que, a menudo, localizo a alguien que en realidad vio al sujeto morir. Aun así es un gran consuelo, ¿comprende?

—¿Un consuelo?

—Para la familia.

—¡Ah!

—Rara es la vez que acuden a mí esperando encontrar vivos a sus hijos. Sólo quieren saber la verdad.

Berg dio unos golpecitos sobre las tarjetas del índice contenidas en el cajón abierto.



—¿Así que los padres acuden a usted y le contratan para que encuentre a sus hijos?

—Sí. Les cobro una pequeña cantidad, he de hacerlo... Para dedicarme a esto, he renunciado a importantes actividades comerciales. Pero apenas les pido nada. Recibo una gran satisfacción.

—Tengo la seguridad de que así es —dijo Berg con tono efusivo.

—Claro que hoy día ya no me llegan muchas peticiones...

Una voz femenina lo llamó desde la habitación de al lado. Sorensen salió presuroso después de señalar con un ademán los archivadores.

—Por favor, eche un vistazo si lo desea.

Berg se quedó mirando con intensidad las hileras de cajas. Hubiese deseado que Sorensen no le invitara. Por una parte se sentía impulsado por una terrible curiosidad y por otra le acuciaba un intenso deseo de no profundizar.

Examinó la señalización sobre los cajones. En el que estaba abierto junto a él campeaban las letras Har-Hau. Dos archivadores más allá vio Por-Pu. La T debería estar casi inmediata.

Dio un paso adelante; luego, se detuvo pensando a fondo.

De repente se tranquilizó y, registrando sus bolsillos encontró un cigarrillo. Lo encendió y aspiró hondo. Debió de estar loco al pensar siquiera en mirar. ¿Para qué molestarse con todo eso? La información debía estar allí, de hecho, lo más seguro era que estuviera. Pero había permanecido enterrada durante dieciséis años o más. Ahora ya nadie la encontraría, a menos que fueran a buscarla de modo concreto.

¿Y por qué habían de buscarla?

Nadie había contratado a Sorensen para que le buscara a él.

Al entrar de nuevo el abogado, encontró a Berg dando un vistazo a las entradas en Ber-Bor, con la expresión un tanto aburrida de quien ya tiene más que suficiente.

La mirada de Thrane se hallaba clavada en la hoja de papel en blanco que tenía ante sí. Se perdía en divagaciones. Su ayudante, un joven llamado Jensen, había renunciado a sacarle una palabra desde que llegó al trabajo a las siete y media.

—¿Cuánto tiempo todavía? —preguntó de repente Thrane.

—Ya no mucho —contestó Jensen.

Era la cuarta vez que Thrane hacía la misma pregunta durante la última media hora.

—¿Por qué diablos tardan tanto?

—Iré a ver.

Cinco minutos después sonó el teléfono interno.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó la voz de Jensen.

Thrane salió de su despacho y bajó las escaleras con actitud indiferente. Pero, una vez en el sótano, casi echó a correr. Atravesando el cuarto de incineración llamó con

los nudillos a la habitación contigua. Jensen le dio paso a un gran almacén, señalando con la cabeza un saco alto de color marrón.

—Hoy la recogida se hizo con algún retraso —le explicó—. Andan cortos de personal.

Thrane cortó la parte superior del saco e iluminó su interior con la linterna de luz ultravioleta. Algunas tiras de papel centellearon a su vez. Thrane respiró aliviado. Podía oírse claramente el bramido del incinerador procedente de la estancia inmediata. Los demás sacos se estaban convirtiendo ya en humo. Le costó treinta minutos seleccionar todas las tiras que reaccionaban con la luz ultravioleta. Ésa era la parte fácil. Para extenderlas y examinar ambos lados de las tiras de las actas necesitó mucho más tiempo.

La respuesta le llegó a Thrane a las tres de la madrugada. Comprendió que era de la única manera que ella pudo hacerlo. No se llevaba registro alguno sobre el número de papel en blanco almacenado y utilizado. Sería una tarea casi imposible. Pero la mujer tenía que utilizar algo. Tenían que verla poniendo en marcha la desfibradora e introduciendo papel en ella.

Una chica lista.

Thrane intentó no excitarse demasiado; pero sólo a medio camino de la investigación sabía que estaba en lo cierto. La sensación de triunfo era formidable.

Casi terminado ya el trabajo, dejó a Jensen con él y subió corriendo las escaleras. En cuestión de minutos logró que le concedieran autorización para intervenir un teléfono. Necesitó una hora para que le fuera sellada la solicitud y dos para poner en marcha la escucha. También destacó a un agente para que se ocupara del teléfono de la oficina de Sonja; aunque sabía que, por ese lado, no tenía muchas posibilidades de sacar nada en limpio. Pasó el resto de la tarde en sesión secreta con un adusto Ekeland, jefe de Seguridad y un director conmocionado e incrédulo. Thrane insistió en una vigilancia completa e inmediata. Pero el director aplazó la decisión final hasta que hubiera expuesto el caso, esa misma noche, ante el Comité de Seguridad en reunión de emergencia. De manera que fueron rechazados los argumentos de Thrane de una acción inmediata.

A partir de entonces, descendió la carga emocional. Thrane preparó junto con Ekeland un minucioso programa de vigilancia. Luego estudió el expediente sobre Sonja archivado en Seguridad. Encontró exactamente lo que había esperado. Nada en absoluto.

Hasta que, al fin, se vio obligado a aceptar el hecho de que, por el momento, no iba a pasar nada. El juego consistiría en mantenerse a la espera. Era posible que pasaran semanas, incluso meses, antes de obtener lo que necesitaban. No se trataba únicamente de demostrar que Sonja estaba sacando información, sino de averiguar lo que hacía con ella. ¿A quién se la entregaba? ¿Iría directamente a los rusos o pasaría a través de algún intermediario? ¿Se la estaba pasando a sabiendas a la Unión Soviética?

¡Por Dios santo! ¿Era una agente adiestrada a la perfección?

Al comprender todas las implicaciones, Thrane se sintió dominado por la ira.

Sonja sabía casi todo. Con toda seguridad, aquello iba a convertirse en el mayor desastre para la seguridad de la OTAN que pudiera recordarse.

Y la única prueba de que disponía eran unas tiras de papel.

De nuevo se sintió inquieto. No sabía si sería capaz de soportar la espera.

Cuando ya todos se hubieron ido a casa, tomó asiento de nuevo. Releyó una vez más el expediente de Seguridad de Sonja con toda minuciosidad. Nada. Todo parecía desesperadamente normal. Sonja había llevado una vida ejemplar.

Pero una mujer como ella no empezaba a espiar así como así. Debía de haber algo. Tenía que haberlo.

En efecto, lo había, pero no figuraba en el expediente.

Sonó el teléfono a las dieciocho cuarenta y cinco. Era Jensen.

—La escucha telefónica. El sujeto recibió una llamada a las dieciocho treinta y cuatro. Un individuo que no dio su nombre. Se citaron para esta noche. No dijeron hora ni lugar.

—¿Recogiste toda la conversación?

—Sí. El hombre dijo: «Soy yo. Acabo de regresar. ¿Hay posibilidad de que nos veamos esta noche?» Ella respondió: «No lo sé. Demasiado repentino.» Él arguyó: «Me voy otra vez este fin de semana. El problema es que sólo dispongo de esta noche.» La mujer repuso: «Ya veo.» Él le preguntó: «¿Pasa algo?» Sonja comentó:

«Esperaba tanto tener noticias tuyas...» «Ya te lo he dicho, he estado fuera. Pero siento muchísimo lo de tu madre. De veras. Y ahora, ¿qué me dices de lo de esta noche?» «Lo intentaré. No puedo prometer nada. Será muy difícil.» El hombre insistió: «Bien. Te veré más tarde.» —Jensen añadió por su cuenta—: Parecía muy contrariada con él.

—Trae la cinta lo más pronto posible.

—Hubo otra llamada.

—¿Y qué? —le apremió Thrane.

—Llamó a una mujer llamada Monika. Le preguntó si podía disponer esta noche de la casa. A Monika no pareció gustarle mucho e hizo algunos aspavientos. Pero nuestra chica la convenció. Monika se ausentará de la casa desde las diecinueve treinta hasta las veintiuna treinta.

Thrane consultó su reloj. Eran casi las siete menos diez.

—¡Santo cielo!

Vaciló recordando las órdenes del director.

Al diablo las órdenes.

—Envía a alguien a su casa. No, maldición..., ve tú mismo, Jensen. ¡Rápido!

Una hora después, éste le telefoneó.

—Estoy aquí desde las diecinueve y diez. Debió irse antes. No hay luz alguna ni se escuchan ruidos. Nada.

Thrane gimió, dejando caer la cabeza entre las manos.

Sonja llegó tarde a la casa del pinar. Comprobó aliviada que no estaba el coche de Monika.

Tampoco había rastro de Erik.

Entró en la vivienda. No llevaba víveres, ya que no tuvo tiempo de ir a comprarlos. Además, le sería imposible tragar nada. Sin embargo se había acordado del Scotch. Se sirvió en un vaso y tomó un sorbo.

Por regla general, no tomaba bebidas fuertes; pero aquella noche poco le importaba lo que hiciera o dejara de hacer. Lo necesitaba. Bebió otro trago más largo. Sabía bien. Así había de ser teniendo en cuenta su precio. El alcohol estaba tan gravado por los impuestos, que una botella venía a costar casi como un vestido nuevo. Sonja contempló pensativa el líquido ambarino. A veces Erik consumía media botella en una noche.

Intentó despabilarse. ¿Qué estaba haciendo allí, sentada y bebiendo? Todo debería ser lo más normal posible. Sacó algo de queso del frigorífico y lo dejó sobre la mesa. Luego, captando su propia imagen en un espejo, corrió al cuarto de baño para arreglarse. Hizo lo que pudo con el pelo, que no fue demasiado, y se miró para comprobar el aspecto en general. Se detuvo y permaneció largo rato contemplándose. Su cara parecía diferente de la de antes. Más vieja, menos atractiva... Defraudada se le llenaron los ojos de lágrimas. Se volvió presurosa, regresó a la cocina, se sentó a la mesa y permaneció inmóvil.

Al cabo de media hora, oyó un ruido y se puso rígida. Pero no era más que un coche que iba a la casa de al lado.

Se retrasaba mucho.

Tal vez no acudiera.

La idea le hacía sentir una profunda angustia, y apenas podía soportar imaginarlo.

Cuando al fin sonó la llamada en la puerta, el corazón le golpeó con tal fuerza contra las costillas que, por un instante, fue incapaz de ponerse en pie.

Al cabo de un momento, abrió la puerta de atrás. Entró él. Sonja le escrutó la cara. No podía creerlo, tenía el mismo aspecto de siempre.

Él le dio un beso rápido. El aliento le olía a alcohol y a cigarrillos rancios.

—La circulación estaba fatal —le oyó decir.

Fue derecho a la cocina y se sirvió un *whisky* largo. Miró en derredor. Parecía inquieto y desasosegado.

Vio el vaso de ella.

—Caramba, Sonja. ¿Ahora bebes fuerte?

—Sí.

—Ah, tu madre. Claro. Lo siento.

Acercándose a ella le pasó un brazo por los hombros.

—¿No recibiste ninguna de mis notas?

—Me temo que hasta hoy no las he visto. —Hizo un ademán como excusándose

—. En realidad no he podido venir antes.

«Cuántas mentiras. ¿Por qué esas mentiras tan horribles?», se decía Sonja.

Él dejó caer el brazo.

—Bueno, ¿cómo lo soportas?

—Ahora estoy mejor —dijo ella al cabo de una pausa—. En realidad lo sobrellevo bien.

—Pobrecita mía —dijo él con tono ligero, agitando su bebida.

Sonja comprendió que aquél era el límite de su sentimiento hacia ella. No le iba a preguntar nada acerca de su penosa experiencia. Y también comprendió que a él no le importaba en absoluto.

Pero quería estar segura.

—No sé por qué te he dicho eso. No es verdad. De hecho lo he pasado muy mal. Ni siquiera sé si puedo resistirlo ahora.

Él se quedó mirándola vagamente sorprendido. Sonja rara vez se quejaba de nada y jamás sobre sí misma.

Adoptó una expresión preocupada.

—Dios mío, debe de haber sido terrible para ti. Pobrecita.

Su tono era frío, estableciendo con claridad las distancias; por si aquello fuera el comienzo de una explosión emocional.

Sonja supo que en realidad le daba lo mismo. ¿Acaso pudo creer alguna vez que ella representase algo para él?

—¿Cuánto tiempo podemos estar aquí? —preguntó Berg.

—Dos horas todo lo más. No, ahora ya mucho menos.

—¡Qué lástima!

Se notaba alivio en su voz. Y Sonja conocía el motivo, porque no habría tiempo de hacer el amor. Aquello fue como si la hurgaran en la herida.

—¿Qué tal va el trabajo? —preguntó ella con el corazón palpitante.

Él le dirigió una rápida mirada.

—Ah, muy bien. Pero este fin de semana tengo que volver a irme.

Se sentó en la mesa.

—¿Te envía el departamento?

Rolf frunció el entrecejo.

—Claro. ¿Quién más podría hacerlo?

—No lo sé. —Sonja se dio cuenta de que era una pregunta estúpida que tal vez hubiera despertado las suspicacias de él, por lo cual se apresuró a añadir—: Pensé que acaso te hubieran trasladado. En estos momentos hay muchos traslados.

La contempló como si estuviera loca...

Sonja se sentó frente a él.

—En realidad, ¿a dónde vas?

Se hizo una pausa. Por lo general ella nunca hacía preguntas tan directas.

—A Kaafiord —contestó él al fin—. Para echar un vistazo al emplazamiento de la nueva dirección.

—¡Ah!

—Tratando de proteger los intereses FO/E como de costumbre. Pero, también como de costumbre, no se me permite saber cuáles son.

«Qué cinismo tiene, santo Dios», se dijo Sonja.

Él enarcó las cejas esperando una respuesta. La mujer ansiaba apretar un gatillo o clavarle un cuchillo entre las costillas y arrancarle todo aquel maravilloso pelo rubio.

Se puso en pie de un salto, y acercándose al frigorífico hizo como si mirase dentro.

—No tuve tiempo de comprar nada.

Escuchó el clic del encendedor de él y cómo aspiraba a través del cigarrillo.

—No importa.

Refugiada tras la puerta del frigorífico, Sonja cerró los ojos, ansiando aplazar cualquier enfrentamiento terrible que pudiera avecinarse. Temía desafiarle.

—Entonces tomaremos queso. ¿No te parece? —resolvió al tiempo que se acercaba a la alacena en busca de platos.

De repente supo que sería incapaz de llegar a enfrentarse con él. No podría soportar las acusaciones, las negativas, la burla, el momento final cuando él se fuera. Porque se iría, no le cabía la menor duda.

Era capaz de resistirlo casi todo menos eso.

No, no habría confrontación. Decidir aquello fue un verdadero alivio, un inmenso peso que se había quitado de encima. Casi volvió a sentirse feliz.

Abrió el cajón en busca de cuchillos.

Claro que tenía que decidir lo que, en definitiva, debería hacer. No podía dejar que las cosas siguieran como antes.

De repente se le ocurrió... Sí que podía... Todo podía continuar como antes salvo por una cosa.

En su mente empezaba a apuntar una idea. En un principio no pudo concebirla en su totalidad e intentó ganar tiempo.

—El queso parece algo rancio. ¿Te importa?

Él se encogió de hombros.

Sonja puso sobre la mesa unos tomates de Monika y algo de fruta un poco pasada.

Por fin la idea tomó forma y quedó bien delineada. Se aferró a ella. De repente supo lo que iba a hacer.

Se sentó con brusquedad.

Erik la miró inquisitivo.

—La bebida... se me ha subido a la cabeza —dijo frotándose la frente. Luego añadió con tono práctico—: Así que te vas a Kaafiord. Precisamente hoy hemos tenido una reunión.

—Ah. —Mostró tan sólo un leve interés.

Sonja pensó en las actas que llevaba en el bolso e intentó recordar todos los detalles de la instalación.

—Se trata de algo nuevo —afirmó con la más absoluta veracidad—. Y muy delicado. De manera que no me sorprende lo más mínimo que te envíen allí. La seguridad va a representar un auténtico problema.

Los ojos de él eran como los de un gato, inexpresivos aunque vigilantes. Probablemente se hallaba pensando lo fácil que estaba resultando aquello.

—¿De veras no te han dicho nada sobre eso? —preguntó Sonja.

—De veras.

Ella parecía perpleja.

—No comprendo por qué, cariño. Con toda tu... antigüedad. De cualquier manera, Kaafiord va a ser el primero de un nuevo sistema de navegación. El sistema llamado «Delta». Al parecer, puede establecer la posición de un submarino a centenares de metros.

—¿Y «Loran-C» puede hacerlo?

Tenía que dejar claro aquello.

—No, a menos que el submarino se encuentre en la superficie. E incluso así, no es ni la mitad de bueno. Nada más alcanza alrededor de una milla.

—¿Y «Delta»?

—Tan sólo a unos metros.

—¿Cuando el submarino está sumergido?

—Sí. No a demasiada profundidad; pero desde luego sumergido.

Parecía que él estuviera empapándose bien de todo aquello. De súbito levantó los ojos.

—Pero el emplazamiento no está en la costa.

—¿Qué? Ah... no. —La idea de Sonja no había llegado tan lejos, y él parecía esperar una explicación—. Es porque tiene que instalarse en las alturas, lejos de posibles interferencias.

—Ah. —Por fin él asintió y añadió con tono ligero—: Bien. Ahora cuanto he de hacer yo es conservarlo seguro, ¿verdad?

Se lo había tragado. Sonja sintió que le flaqueaban las piernas. Los embustes eran, en verdad, un campo de minas.

Durante largo rato, se limitó a permanecer allí, sentada sin oír apenas lo que él estaba diciendo.

Luego se animó. En definitiva todo iba a ir bien.

## Capítulo XV

El *Skorpa* surcaba tranquilo las aguas del estrecho, dividiéndolas con su proa en dos limpios penachos blancos. El cielo estaba de una clara transparencia y, aunque el sol se encontraba bien oculto detrás de las montañas, la luz aparecía más brillante de lo habitual. O al menos esa impresión tenía Hal. Permanecía junto al timón, atisbando el embarcadero que se hallaba al frente. Guiñaba los ojos frente al blanco eléctrico de las colinas y contenía una ligera basca.

Le estaba bien merecido aquella resaca. Después de permanecer abstemio durante semanas, había empezado a beber en compañía de Arne cerveza y aguardiente y no recordaba nada salvo cuando había de parar. Su actuación era merecedora de una medalla de oro. En realidad no se sentía demasiado orgulloso de sí mismo.

El embarcadero se acercaba cada vez más y divisó dos figuras que se ponían en movimiento cogidas de la mano. Ragna, con la chaqueta de lana azul intenso que llevaba muchas veces, y Kris, a su lado, pequeño y bien abrigado.

Hal agitó la mano. Al principio no lo vieron; pero luego el chico señaló en su dirección y, dando saltos, agitó a su vez la mano.

Con mayor concentración de la habitual, situó el *Skorpa* a lo largo del embarcadero. Ragna cogió las amarras, las enrolló en los bolardos y luego se acercó.

—Hola —gritó en tono alegre.

Sonreía cálida como expresando su contento de estar allí. Hal la miró con curiosidad. Parecía felicísima. Algo debía de haber ocurrido.

Ragna captó su sonrisa y contestó con un leve encogimiento de hombros en el que había contento.

Hal saltó al muelle y le dio un ligero beso en la mejilla.

—¿Te encuentras bien?

Ella hizo una mueca de sorpresa burlona.

—Sí... ¿Por qué?

Algo había ocurrido. Había vendido la tienda. Se iba a vivir a Oslo. Había conocido a un hombre. Hal vaciló, ansioso por saberlo, pero sintiéndose incapaz de preguntarle.

—Por nada —murmuró e, inclinándose hacia Kris, lo acogió con un saludo viril—. ¿Dónde está tu saco, muchacho?

—Lo tiene mamá.

Ragna fue a recoger un par de maletines. Parecía un equipaje excesivo para un chiquillo.

Hal lo cogió.

—Supongo que no te importará; pero he pensado quedarme yo también.

Por un instante Hal no comprendió lo que Ragna quería decir.



—Probablemente será el único día bueno que tendremos durante el resto del invierno —le explicó ella—. Sería una lástima desperdiciarlo.

Al fin captó Hal el mensaje: que iba con ellos a Brattdal. Por un momento le asaltó la sospecha de que acaso no confiara del todo en él para ocuparse de Kris.

—Me las hubiera arreglado.

—No se trata de eso —declaró Ragna.

Hal se sentía inseguro, le había cogido por sorpresa.

—No hay nada especial para comer. Y la estufa de la otra habitación está sin encender. No te esperaba...

—Así estamos en paz.

—¿Qué?

—En lo de las visitas sorpresa. Una cada uno.

Sonriente, le dio una palmada en la mejilla. Él se volvió con rapidez. No se sentía tan inmune ante ella como quería creer. Todavía no.

Ayudó a Kris a entrar en la embarcación. Ragna subió a bordo por su propia cuenta. Era evidente que no renunciaba a la visita y Hal se sintió contento. Aquello sería un buen comienzo de sus nuevas relaciones... Ella todavía ignoraba lo de las nuevas relaciones. Pero se enteraría pronto.

Había llegado a comprender que esperar un cambio de sentimientos por parte de Ragna era una causa perdida. La última visita que le hizo con el *Lillebjorn* puso de manifiesto la situación. Se mostró irritada e impaciente con él; era evidente que le fastidiaba su dedicación, quería irse a Oslo para escapar, y empezaba a sospechar que lo que pretendía era alejarse de él.

De manera que había tomado una decisión. Renunciaría a toda idea de conquistar a Ragna. Llegaría a establecerse entre ambos una amistad sincera y duradera.

Difícil, aunque no imposible, sobre todo si la decisión que había tomado era firme.

Ya había dado el primer paso. Había invitado a Anna-Kristin a Brattdal para la semana próxima.

Tan pronto como zarparon, Hal instaló a Kris sobre un cofre en la timonera y fue haciendo de cicerone para el niño tal como había planeado. Ragna no se reunió con ellos, sino que permaneció en cubierta al socaire de la timonera, apoyada contra la ventana, con el pelo revoloteándole alrededor de la cara.

Desde el embarcadero del continente, había cuatro millas de travesía por el estrecho hasta Revoy. La isla proporcionaba un buen refugio y, una vez la *Skorpa* amarrada, pasar al bote resultó relativamente fácil. El único momento incómodo fue cuando Hal levantó a Kris por encima de la borda de la *Skorpa* para que Ragna lo cogiera en brazos. Pero luego, al soltar al niño, tropezó de una manera tonta y hubo de agarrarse a la barandilla.

—¿Estás bien? —preguntó Ragna mientras instalaba a Kris en el banco del bote.

—Nada que un agujero en la cabeza no pueda curar.

Ragna lo miró con curiosidad.

—¿Le has estado dando a la botella?

—La botella me ha dado a mí —gruñó Hal.

Saltó con su habitual movimiento atlético al bote y recorrió con cuidado el macarrón.

—No me digas que eres un bebedor secreto.

Parecía complacida.

—No tan secreto —le rectificó él, mirándola algo cortado. Introdujo los remos en las horquillas y empezó a navegar en dirección a la playa.

Ragna abrió mucho los ojos, como sorprendida.

—Ah... ya veo. Una fiesta.

—Sería un tanto exagerado llamarle así.

Dio un fuerte impulso a los remos. El bote se deslizó veloz sobre las aguas.

—La vorágine social de Revoy, ¿eh? —musitó Ragna y se recostó en su asiento, observándole atenta, con la cabeza ladeada y los ojos entornados.

Hal supuso que estaba dejando volar su imaginación; pero no hizo nada para detenerla.

El bote crujió un poco sobre la playa guijarrosa. *Bamse* acudió a recibirlos con profundos ladridos y agitando la cola como loco.

Por diversión, Hal había llevado hasta allí el tractor para subir el corto recorrido hasta el valle; pero tres personas y dos maletines iban a representar un problema para un solo asiento.

—Ya veo que esta expedición tiene un carácter claramente masculino —dijo Ragna con gran tacto—. Iré andando.

—Puedo volver a buscarte —se ofreció Hal.

—No, el paseo me sentará bien.

Y, sin más, emprendió una enérgica marcha.

Kris contemplaba silencioso y con ojos atónitos aquel enorme tractor cuyos neumáticos traseros eran bastante más altos que él. Hal colocó los maletines en un rincón de la cabina y puso en marcha el motor, que emitió un ruido estruendoso. Kris hizo una mueca de susto. Hal trepó a la cabina, sentó al chico en su rodilla y emprendieron la marcha, colina arriba, dando tumbos y sacudidas. Alcanzaron a Ragna que se apartó al borde del camino y les saludó con la mano al pasar.

Kris se aferró a Hal al emprender el tractor la subida de la parte más escarpada de la colina, el vehículo se balanceaba y daba sacudidas debido al suelo escabroso por la dura nieve acumulada. Hal echó una mirada al chiquillo y lo vio presa de una gran excitación, lo que de repente le hizo sentirse feliz.

«¿Por qué no podrá ser siempre así?», se dijo.

Ragna alcanzó la curva del camino y vio el tractor, libre de pasajeros, aparcado a

un lado. Luego apareció ante la vista la casa. Se detuvo un momento, con la cabeza ladeada, contemplándola como si no la conociese. Había olvidado lo impresionante que resultaba. Durante su última visita, mediado el verano, había llovido todo el día y aquel lugar parecía tan triston y gris como el tiempo. Pero en aquel momento, bajo la pálida luz invernal, la suave madera tenía una especie de calor sutil que casi era confortante.

Siguió andando. Apartados y hacia la derecha, se hallaban unos animales de pelo largo y lanudo con el hocico pegado a la nieve. Los famosos bueyes almizcleros. A la izquierda de la casa, había bosquecillos de frágiles pimpollos, y detrás de ellos una zona vallada. El costoso huerto de vegetales. Todo parecía muy bien ordenado.

Llegó al final del camino y se detuvo para contemplar la casa de cerca. Había olvidado lo rebuscado de los adornos y lo bonito que era el porche con sus arcos enrejados. Claro que era una casa ridícula para un sitio tan apartado. Un monumento a un cierto ego decadente del siglo XIX. Y sin embargo, de forma extraña, parecía pertenecer allí, semejante a una gran dama enseñoreando sus propiedades rurales.

Si deseara enterrarse viva, aquel sería el lugar perfecto.

Se abrió la puerta y salieron Hal, Kris y *Bamse*, atronando el aire con gritos y ladridos. Se iban a ver los bueyes almizcleros. Kris suplicó a Ragna que les acompañara; pero ella se negó sonriente y se quedó mirándoles brincar por la nieve.

Entró en la casa. Se dio cuenta de que se habían introducido muchos cambios desde su última visita. Alegres alfombras cubriendo el pavimento de pino, cortinas nuevas, viejas herramientas agrícolas de madera y utensilios de cobre para cocinar colgaban de las paredes a modo de adornos, más muebles, en su mayoría antiguos y muy hermosos, fotografías, cuadros, recuerdos. Y docenas y más docenas de libros llenando las estanterías, y en grandes montones por el suelo.

Hal había estado ocupado.

Miró las fotos. Varias de expediciones, algunas de Jan y Hal de los viejos tiempos, una serie de retratos formales del siglo pasado, y de familia, desde los años treinta.

En una mesa larga delante del ventanal, se amontonaban papeles, libros y folletos. Les echó un vistazo. Documentos de investigaciones, notas, revistas técnicas, cartas.

Su mirada se clavó en una que se encontraba abierta sobre un montón. Decía con escritura grande y apresurada:

*Queridísimo Hal, sólo una breve nota para responder que sí a lo de la próxima semana. He echado mucho de menos Brattdal: ¿Y tú? Es una buena noticia eso de que...*

¿De qué?, se dijo Ragna dando vuelta a la hoja.

*... te vayan a poner pronto el teléfono.*

Ragna parpadeó. A ella no le había dicho nada.  
La carta terminaba:

*¿Te interesaría ir de excursión por la meseta de Pascua? Con todo cariño,  
A-K.*

Ragna volvió a colocar con cuidado la carta tal como la había encontrado.  
Anna-Kristin.

Yendo a Brattdal. Y de excursión.

Formidable.

Nada de formidable. Le molestaba. Lo que era ridículo. ¿Por qué habría de molestarle?

Pero sí sabía por qué. Era la sensación de que la vida de Hal seguía rodando hacia delante mientras la suya permaneció inmóvil.

Sin embargo, había algo más, aunque no estaba segura de lo que pudiera ser. Tenía un sentimiento agudo de pérdida.

Su buen humor se desvaneció y, ya con pocos ánimos, siguió recorriendo la casa. La cocina era sencilla y anticuada, con un enorme fregadero de piedra y suelos de madera bien fregados. La mesa estaba puesta para dos personas, completa con servilletas dobladas con toda pulcritud y fuentes con carne y queso cubiertas con muselina.

De no haberse sentido tan preocupada, aquellos preparativos le hubieran parecido conmovedores.

Junto a la cocina, había un cuarto trastero, de aspecto espartano y despidiendo el olor a moho típico de las habitaciones que no se usan.

En el piso superior, se encontraban el cuarto de baño y tres dormitorios. El principal y el de invitados estaban en la parte delantera de la casa, a ambos lados del vestíbulo. En el extremo más alejado, junto al cuarto de baño había una habitación que se comunicaba con la de Hal. Era, a todas luces, la de Kris, porque la cama estaba hecha y abierta, y el maletín a los pies de ella.

Ragna entró. La ventana con alegres cortinas a cuadros, daba al huerto. Al mirar hacia abajo, pudo ver hileras simétricas de cañas sobresaliendo de la nieve.

Sobre la mesilla de noche, varios libros de cuentos, algunos de ellos nuevos, una jarra de agua y un vaso. Sobre la almohada, en el centro, un juguete de peluche, un caballo al que le faltaba un ojo. Parecía muy viejo y muy querido.

Todo, en conjunto, se hallaba ordenadísimo. ¿Cómo lo definiría? Muy acogedor. Tuvo la vaga sensación de estar excluida. Se sintió casi una intrusa.

La puerta que comunicaba con el dormitorio de Hal se encontraba abierta. Se

detuvo un momento y, atraída por un atisbo del paisaje que se divisaba, entró en la alcoba, comprendiendo que, ahora ya era de verdad una intrusa.

Se acercó a la ventana. La vista era magnífica. Las paredes del valle y el suelo en pendiente creaban un marco para la extensión de las aguas oscurecidas por el crepúsculo, que se prolongaban hacia las playas de Ullsfiord. En la lejanía, se alzaban los picos teñidos de rosa de los Lyngen Alps, semejantes al glaseado de una tarta gigante.

«He echado mucho de menos Brattdal...»

Ragna se humedeció los labios. ¡Claro que lo habría echado de menos!

Se escuchó un ruido lejano. Acercó la cara a la ventana. Podía verlos en la ladera. Regresaban caminando despacio.

Dio media vuelta para irse y abarcó con la mirada la habitación. Algo la hizo detenerse. Junto a la cama, había fotografías. Reconoció una de ella con Kris, otra de la familia de Hal. Pero lo que le llamó la atención fue una diminuta foto inserta en el marco del retrato de familia.

Acercándose sigilosa la miró.

Era una instantánea en color de una mujer con esquíes, una mujer muy bonita, con un conjunto completo para esquiar en color azul cielo. Ragna no estaba segura de qué la irritaba más, si la belleza de la mujer o la increíble elegancia del conjunto para esquiar.

La mujer reía. Era evidente que le gustaba divertirse. Bien..., pues con Hal iba a sufrir una tremenda decepción.

¿O tal vez no?

Acaso Hal había hecho que se lo pasara muy bien.

Apretó los dientes y se apresuró a bajar.

Cuando llegaron ellos charlando sin cesar y dando patadas en el suelo para sacudirse la nieve y entrar en calor, la encontraron sentada junto a la ventana y pensativa. Kris, quitándose toda la ropa que había llevado en el exterior, subió corriendo con las mejillas encendidas por el viento y pictórico de vida. A Ragna se le ensanchó el corazón de verlo tan feliz.

Durante el almuerzo, estuvo observando a Hal. Parecía muy tranquilo. Se lo imaginó con la mujer sonriente y se dijo que a veces tenía la sensación de no conocerlo en absoluto.

Después de la comida, se fueron a disfrutar de las últimas luces de la tarde. Subieron por el valle hasta una de las plantaciones nuevas, donde examinaron los pimpollos, conocieron sus nombres e hicieron cábalas sobre la altura que alcanzarían. Después, llegaron incluso más alto, aun cuando a Kris le empezó a resultar difícil y recorrió parte del camino encaramado en los hombros de Hal. El aire era fresco y fuerte, impregnado del frío seco del invierno. Descubrieron en la nieve huellas de perdiz nival. *Bamse*, presa de una locura repentina, se revolcaba por la nieve y con una buena carrera desapareció tras una cresta.

Ya de regreso, Kris insistió en que Ragna viera de cerca a los bueyes almizcleros. Hubo de reconocer que tenían un cierto encanto, con sus capas negras y densas cayendo en lanudos flecos casi hasta el suelo y aquellas largas caras de hombre viejo, con la inesperada mancha blanca alrededor del hocico como si acabaran de lamer nata.

Pero lo que más le gustó fue la forma en que el espeso pelo negro les crecía tan de repente y denso sobre la frente lisa, surgiendo como un alto peinado.

—Parece como si llevaran pelucas —dijo riendo.

—No es pelo de mentirijillas, mamá —dijo con ardor Kris.

Cuando bajó de la montaña el cortante frío de la noche, se encaminaron a casa. El cielo tenía un resplandor luminoso con colores pastel, rosados, violeta y azul sedoso, mientras abajo la nieve parecía casi transparente. Ragna hubo de reconocer que era un panorama delicioso, mágico. Pero todavía era más deliciosa la perspectiva de regresar al calor de la vivienda.

Hal, con Kris sobre los hombros, contó al chiquillo lo que su abuela le contó a él, sobre los *huldrefolk*, los personaje ocultos que se decía vivían en el valle; le habló de los trasgos que habitaron las montañas en épocas remotas, dejando pisadas gigantescas en las rocas, y de los *deildegasts*, que hasta tiempos muy recientes habían saltado de detrás de las rocas, dando un susto de muerte a las buenas gentes. Luego, se echó a reír y dijo que todos los fantasmas habían sido arrojados de allí por los bueyes almizcleros. Kris rió aliviado.

Hal preparó una cena temprana. Halibut al vapor con hierbas, patatas, zanahorias y mantequilla. Para terminar, camemoros árticos.

Después jugaron a las familias felices pero Kris, ya cansado y con sueño, cogió una especie de rabieta porque perdía. Ragna lo cogió y se lo llevó a la cama.

Hicieron las carantoñas habituales a la hora de dormir. Aquella noche Ragna le miraba, acurrucado en su regazo con gran complacencia. Sintió un resurgir de inmenso cariño por aquel hijo suyo. No es que no le quisiera en todo momento, claro que le quería. Sólo que al ser la primera de sus preocupaciones, a veces le llevaba a sentirse deprimida.

Le hizo cosquillas en la mejilla y el niño emitió aquellos divertidos gruñiditos que siempre profería cuando estaba contento.

Hal entró en el momento en que lo estaba arropando. Por un instante permanecieron allí en pie, a ambos lados de la cama, contemplando al chiquillo. «Como una familia dichosa», se dijo Ragna. Sólo que no somos una familia.

—¿Por qué no le lees un cuento? —propuso de repente Ragna. Luego, besando con firmeza a Kris en las mejillas salió de la habitación con paso vivo.

Pasó una media hora antes de que Hal bajara.

—¿Te apetece una copa? —preguntó—. Yo voy a tomar una cerveza.

—¿A modo de antídoto?

—Nunca mejor dicho —aseveró con una mueca burlona.

Ragna estaba a punto de rechazar la bebida cuando lo pensó mejor. ¿Por qué diablos no iba a tomarla? Y le pidió aguardiente.

Se sentaron en la sala de estar a los lados del alegre fuego, en unas butacas largas y bajas de asientos mullidos. En la estancia flotaba un intenso olor a pino. La luz de las lámparas de aceite hacían relucir la madera con una suntuosa tonalidad rojiza como de caoba.

De pronto Ragna se sintió irritada por aquel ambiente acogedor.

—Oye, si cada vez te sientes más a gusto aquí, acabarás olvidándote por completo del mundo exterior.

—No me olvido, Ragna —contestó él con lenta sonrisa—. Lo que ocurre es que puedo prescindir de él.

—Pero, según he oído decir, no siempre.

Se le escapó casi sin darse cuenta. Una observación espantosamente reprobadora.

Hal la miró interrogador.

Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Me han dicho que tienes una nueva amiga —dijo ella con tono ligero.

La expresión de Hal fue la de haber entendido al fin. Apartó rápidamente la vista con el entrecejo fruncido. Le había cogido por sorpresa.

—Ragna... —empezó a decir, pero se interrumpió; luego, levantó de nuevo los ojos—. No significa nada... Es tan sólo... una amiga del momento.

—Oye, no quiero que me interpretes mal. —Se apresuró a decir ella—. No me importa qué clase de amiga es. En realidad no es asunto mío. Sólo que, al parecer, he sido la última en enterarme. Y creo que eso sí me importa.

—Sí... lo siento.

Parecía curioso y Ragna encontró algo desconcertante su mirada firme.

—Al menos pondrá fin a los rumores —añadió.

—¿Rumores? —preguntó él frunciendo el ceño.

Ragna se preguntó si se estaría haciendo el tonto a propósito. Creyó atisbar un destello burlón en sus ojos.

—Sabes muy bien a lo que me refiero —dijo ella con energía.

Parecía desconcertado. Ragna estaba segura de que fingía. Y por ello se resistía a contestar.

—Sobre nosotros —dijo al fin con burlona irritación.

—¡Ah... nosotros! —exclamó él simulando sorpresa—. ¿Y por qué habrían de pensar nada?

No cabía duda, se estaba burlando de ella. Su mirada era muy divertida.

—¿Por qué? —repitió ella con sequedad—. Es esa condenada línea telefónica. Eso es precisamente. Todo el mundo escucha. Sé que lo hacen.

—En cuyo caso cabría pensar que tienen razón.

—Humm. Ya sabes cómo es la gente de por aquí.

—Con muy buen ojo, casi siempre.

Estaba de un talante alegre poco habitual en él. No lo entendía.

—No con tan buen ojo en este caso —le hizo observar.

—Bueno —dijo Hal con tranquilidad—. Tal vez se hayan dado cuenta de lo que siento por ti.

Por una vez Ragna no supo qué decir. Jamás le había hablado así antes. Se quedó mirándolo en silencio.

Hal se puso en pie. Comprendió que se dirigía hacia ella. Contuvo el aliento. No estaba preparada para hacer frente a esa situación. Se quedó de pie delante de Ragna y alargó la mano.

—¿Otra copa?

La mujer recuperó un poco la respiración y le dio el vaso. Hal se acercó a una alacena de rinconada donde tenía las bebidas.

—No te preocupes. No se trata de una declaración.

Le dirigió una breve sonrisa tranquilizadora.

—¡Ah! —exclamó ella recuperando la voz.

Le entregó el vaso y volvió a tomar asiento.

—Hubo un tiempo en que esperé que llegaríamos a ser algo más que amigos, pero... —Se encogió de hombros—. Ahora eso no parece muy realista, ¿verdad?

Ragna no supo qué decir. La presencia de Hal, su devoción hacia ellos llegó a formar parte de su vida durante tres años. Se había convertido en algo indiscutible e incuestionable. Ragna estaba tan acostumbrada, que incluso confiaba en ella. Y ahora allí estaba él, ¿cómo lo diría? retirándose.

—Quieres irte a Oslo, deseas tener mucha gente alrededor tuyo —siguió diciendo Hal—. Y ese deseo está muy arraigado en ti, puedo verlo. En lo que a mí atañe, no creo que muchísima gente sea la respuesta. Pero ése es sólo mi parecer.

—Nunca podría vivir en un lugar como éste, Hal —declaró ella.

Pareció contener el aliento.

—Lo comprendo. Bien, ahora yo vivo en él.

Sonrió de un modo tan cariñoso que a Ragna le dieron ganas de abrazarle.

«Abrázale. Me está haciendo efecto la bebida», se dijo.

—Has sido muy bueno conmigo —reconoció.

—¡Estupendo! —exclamó él simulando un estremecimiento—. He intentado comportarme como un amigo, eso es todo. Y porque quería serlo, Ragna. Porque te admiraba y te respetaba. No era sólo por... bueno, por Jan.

Ella sintió que la bebida le daba valor para decir algo que no había dicho durante demasiado tiempo.

—Verás, yo jamás te culpé.

Notó que se ponía rígido.

—Ni por un solo instante —ratificó ella—. Pero nunca me he sentido segura de que tú lo creyeras así.

Hal se levantó, cogió el atizador, se puso en cuclillas delante de la chimenea y



removió el fuego hasta que ascendieron nubes de pavesas. Volvió a sentarse contemplando con el ceño fruncido las llamas. Luego, la miró con repentina intensidad.

—Yo sí que me sigo culpando por no haberlo evitado, y nada podrá cambiar eso jamás. Nada. Pero mis sentimientos hacia ti son algo aparte.

Ella asintió con la cabeza; experimentaba un extraño sentimiento de incapacidad y culpa. Hal jamás olvidaría Pasvik, no quería olvidarlo; tanto que a ella le urgía dejarlo atrás, muy atrás.

—Yo quise que fuéramos amigos pasara lo que pasase —siguió diciendo Hal—. ¿Lo comprendes?

Sonrió complacida.

—Anna-Kristin es una cosa distinta —prosiguió Hal, en tanto que la complacencia de Ragna se ensombrecía un tanto—. Yo..., bueno, ya sabes lo que pasa..., de tanto en tanto resulta agradable tener a alguien cerca.

¿Agradable? Ragna estaba segura de que en realidad, debía ser muy agradable.

Se imaginó a la mujer allí con Hal y sintió un leve sobresalto. ¿Habían hecho el amor? ¡Pues claro que lo habrían hecho! ¿A qué otra cosa podían dedicarse? Se imaginó a Hal en esa situación y la imagen resultó en extremo vivida, incluso perturbadora. Debía de ser apasionado..., sí, mucho. Pero también amable y cariñoso.

Se agitó inquieta en su asiento, dándose cuenta, con un sentimiento de incomodidad, de que durante tres años no había hecho el amor con nadie. De repente le pareció que era mucho tiempo.

Hal estaba diciendo algo. Hizo un esfuerzo por concentrarse y se encontró con que todavía estaban con el tema de Anna-Kristin.

—Nuestras relaciones no cambiarán. Por ejemplo, jamás le pediré que venga a vivir aquí. Y de cualquier manera tampoco creo que viniese, podría asegurar que no. —Sonrió levemente como excusándose—. Acaso yo no sea una persona con la que resulte fácil convivir...

Ragna llegó a la conclusión de que era probable que tuviese razón en lo de que no era fácil; pero tampoco era algo de lo que hubiese de avergonzarse. Las personas de carácter complicado solían ser mucho más interesantes.

—Sólo es cuestión de encontrar a la pareja adecuada en el momento adecuado.

Y empezaron a hablar sobre la elección; por ejemplo, la de una carrera o unas relaciones, y hasta qué punto era arduo. Y lo proclive que se era a cometer errores que ya nunca podían corregirse.

Mientras hablaban, Ragna tuvo la impresión de que había caído una especie de barrera y que se establecía entre ambos un nuevo vínculo de franqueza y afecto. Hal había expresado algo importante. Confianza, buena voluntad. Sobre todo, había renunciado a su reticencia natural, como si hubiera decidido depositar su más preciada posesión a los pies de su nueva amistad.

Se sentía halagada. Y también algo intrigada, jamás lo vio tan relajado y

expresivo. Parecía... libre de toda traba... De repente, se le ocurrió que en realidad Hal *estaba* libre de trabas..., estaba libre de sus sentimientos hacia ella.

Aquello debía de hacer que se sintiera aliviada. Pero no se hallaba segura de que fuera así.

Era la bebida. ¿De veras lo era?

Hablaron durante largo rato y cada vez que Hal sonreía, lo que hacía a menudo, Ragna pensaba en lo encantador que era cuando se sentía feliz y en lo muy atractivo que resultaba si estaba serio, y en lo mucho que le gustaría besar aquella boca.

—Esta mañana parecías muy feliz. ¿Ha ocurrido algo especial? —le preguntó más adelante Hal.

Todo parecía muy lejano.

—No. Sencillamente venía decidida a disfrutar del día. He estado pensando que acaso —hizo una pausa tratando de encontrar las palabras adecuadas—, no vivo lo bastante el presente.

—¿Vivir el presente?

—¡Sentirse viva!

Hal sonrió.

En aquellos momentos se sentía viva... claro que sí. Sus preocupaciones parecían haberse perdido en la lejanía y las deudas carecían de importancia. Jamás le había hablado a Hal de ellas. Se sentía demasiado avergonzada.

Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo, Hal también tenía conciencia de ello porque de cuando en cuando le sonreía sin motivo aparente alguno y, por su parte, ella sostenía su mirada y sentía el corazón agitado por la excitación.

—¿Tú crees que debemos vivir el presente? —le preguntó ella de pronto cuando ya era muy tarde.

—Depende de que podamos afrontar las consecuencias.

—¡Eres tan prudente! —exclamó ella riendo.

—Ah, soy muy bueno teorizando. Es la vida la que no se ajusta a las reglas, maldición.

Ragna pudo haber terminado la conversación una docena de veces; pero no quiso hacerlo. No puede perjudicar a nadie, se decía sin cesar. La existencia es demasiado corta. He estado tan sola. Necesito a alguien, le quiero a él, sólo por una noche. Quiero sentirme realmente viva.

Y luego ya no experimentaba deseo alguno de terminar. Cayeron estrepitosamente algunas brasas sobre la parrilla y, al inclinarse él hacia delante para colocar nuevos troncos en la chimenea, Ragna pensó en lo hermoso de su perfil y cómo ansiaba tocar su piel... En cuestión de instantes se encontró arrodillada junto a él.

—¡Hal! —suspiró, rozándole la mejilla con las yemas de los dedos.

Maldición.

No había cambiado nada en absoluto. Jamás dejó de esperar. Aún seguía amándola. Lo único era que había llegado a ocultarlo mejor. ¿A quién intentó engañar?

El roce de los dedos de Ragna casi le dejó paralizado por la impresión y la alegría. La dulzura de su voz le producía cosquilleo en el estómago.

Despacio, se aseguró de hacerlo muy despacio, volvió la cara hacia ella con sonrisa conspiradora, como si su gesto hubiera sido la cosa más natural del mundo. Luego, cogiéndole una mano la apretó con su mejilla.

Ragna se arrodilló en la alfombra junto a él, con la cara levantada hacia la suya. Y Hal se inclinó a su vez rozándole los labios con la sombra de un beso.

Luego sonrió de nuevo. Porque, pasara lo que pasase en esos momentos, no quería en modo alguno asustarla, forzándola a retirarse. Ella respondió con un breve y hechicero movimiento de labios, y entonces se besaron, ahora ya besos diferentes, besos interminables, profundos, de deseo. Y Hal pensó que iba a estallarle el corazón de tanto desearla.

—Te deseo —dijo al fin.

Ella se apartó un poco y, por un horrible instante, Hal pensó que se retiraba; pero luego Ragna acercó la boca a su oído y le susurró lo importante que era seguir siendo luego amigos sin permitir que cambiara nada. ¿Le parecía bien? Hal asintió, en aquel momento habría aceptado cualquier cosa. Entonces Ragna volvió a preguntar si estaba seguro. Por supuesto que sí... estaba seguro de todo.

—¿Para qué están los amigos? —logró incluso decir con ligereza.

Se volvieron a besar. Luego Hal tiró de ella con suavidad y la puso en pie y con un corto paso, hizo el primer movimiento en dirección al dormitorio. Los ojos de Ragna brillaban con profunda excitación al rodearla Hal con el brazo conduciéndola hacia la escalera.

El silencio sonaba rugiente en sus oídos. Hal no podía creer lo que estaba sucediendo.

—¿Qué pasa? —repitió una vez más.

—Lo siento... lo *siento*.

—¿De qué se trata, Ragna? Dímelo, por favor, dímelo.

—No puedo explicarlo. No puedo. Lo lamento.

Permanecían en pie, junto a la cama, en la oscuridad, abrazados. Él la estrechó con más fuerza, sintiendo el maravilloso calor del cuerpo de Ragna contra el suyo, incapaz de creer que ella no estuviera sintiendo también ese mismo calor. Pero ocurría de nuevo. Estaba empujándole en el pecho intentando escapar. Hal se sentía helado ante aquel increíble cambio repentino, ese súbito y aterrador cambio. La sujetó con firmeza incapaz de dejarla ir.

—No lo... No hagas esto, Ragna. Ragna...

—No saldrá nada bueno, Hal. De veras no saldrá. Lo siento..., lo siento. Todo es culpa mía. Jamás debí... —Se agitó entre sus brazos con suavidad intentando soltarse —. No... quiero decir..., esto no es... Dios mío...

Hal se sintió de repente embargado por una terrible furia. La asió con fuerza por los brazos y casi la sacudió.

—Háblame de esto, Ragna. *Háblame.*

Ragna suspiró de forma entrecortada, casi como un sollozo.

—Es sólo... que no resultaría, Hal.

—¿Por qué? —intentaba descifrar su rostro en la oscuridad. Ragna movía desolada la cabeza.

—No lo sé... Necesito tiempo para pensar...

—Estamos hablando de una noche, Ragna. No de toda una condenada vida. Tú eras la que querías vivir el presente, el momento. ¿Recuerdas?

—Pero no sería así. ¿No crees? Quiero decir que no sería tan sencillo.

—Acepté tus condiciones. ¿Te das cuenta? Las acepté.

—Lo sé, lo sé. Pero... acaso las condiciones... no son buenas. Hal la apartó con brusquedad. Temblaba de ira.

—No sabrías lo que quieres aunque tuvieras el mundo a tus pies, Ragna. Jamás sabrás lo que quieres. ¡Santo cielo!

Hal se sentó en el borde de la cama, apoyando la frente sobre la mano, sin encontrar ya palabras.

—Oh, Hal...

Ragna apenas podía hablar. Hal sospechaba que estaba llorando pero maldito si le importaba. Luego, dijo con voz apenas audible:

—No sé qué decir.

Con un leve suspiro se inclinó para coger su suéter, que había caído al suelo.

Hal comprendió que se disponía a irse.

—Dime sólo por qué —pidió con voz neutra conteniendo su furia.

Silencio. Ragna empezó a dirigirse a la puerta. Al fin se detuvo. —No lo sé, Hal. No lo sé.

Y luego salió.

—¡Vete al infierno! —musitó Hal dejándose caer en la cama.

## Capítulo XVI

Había mañanas buenas y mañanas malas. Thrane no albergaba la menor duda de a qué grupo correspondía aquélla. Y no sólo porque fuera lunes.

Tenía ante sí abierto, sobre el escritorio, el *Socialist Dagens Post*. Se trataba de una noticia en primera página. En ella se decía que, según informes no confirmados, el tercer hombre en Pasvik había sido un noruego.

Maldijo en su fuero interno. ¿Cómo demonios se habían enterado de la condenada historia?

El jefe de Thrane ya había hablado con el director del periódico, el cual se limitó a farfullar las estupideces habituales sobre la protección de sus fuentes. Finalmente, a modo de compensación, le dio a entender de forma sutil que era extranjera.

Thrane descartó la idea. Conocía la fuente: Sonja. Sólo que no podía probarlo. Todavía no.

Al cabo de tres días de vigilancia ininterrumpida durante las veinticuatro horas, dedicando a ello un montón de hombres y gastando mucho dinero, no disponía de prueba alguna que se mantuviera ante una sala de justicia.

Dio de lado al periódico y se dispuso a analizar lo que tenía.

Sonja iba al trabajo, volvía del trabajo, salía de compras; los sábados por la noche iba al cine con una amiga, daba paseos..., hablaba por teléfono con amigas, siempre mujeres... Conversaba acerca del tiempo y de las vacaciones que pensaba pasar en las islas Canarias.

El registro llevado a cabo en su apartamento no reveló nada fuera de lo ordinario. Su cuenta en el Banco no presentaba ningún ingreso extraño y sus gastos eran modestos, aun cuando, a raíz de la muerte de su madre, se había mostrado algo más dispendiosa, probablemente a cuenta de una herencia. El perfecto modelo de una mujer tranquila de mediana edad.

Pero una mujer con un amante secreto.

Y el hombre constituía el eslabón. Tenía que ser así. Era el único aspecto en la vida de ella que no encajaba.

Thrane hubiera dado cualquier cosa por saber cuándo volvería a encontrarse Sonja con su amante. Tal vez el jueves, si es que se trataba de un encuentro regular a la semana. Pero a Thrane se le ocurrió que tal vez no fuera así. El amante había dicho que acababa de regresar a la ciudad. Era posible que viajase mucho y que sus encuentros fueran irregulares.

Pero nada se podía hacer salvo mantener la vigilancia y esperar que la próxima reunión tuviera lugar lo más pronto posible.

Entretanto, él podía continuar con el informe de la valoración de daños. Y las perspectivas eran muy negras. Sonja no era simplemente una impostora, sino un

elemento subversivo de cuerpo entero.

Había pasado la primera parte del fin de semana comparando lo que Sonja sabía con lo que se había filtrado a la Prensa. La relación no siempre resultaba evidente. En ocasiones una historia aparecía primero en la Prensa de la Alemania Oriental; a veces en la finlandesa, la búlgara, la soviética o la francesa... Se utilizaba a agentes de influencia de muchos países para lanzar las revelaciones. Sin embargo, las historias siempre veían la luz. Y, cuando hacían referencias a secretos de la OTAN, se publicaban en un período que oscilaba de cinco días a cinco semanas desde que Sonja tenía acceso a la información.

Y esto ocurría también en el tema de Pasvik.

Sonja se había encontrado en la situación perfecta para filtrar aquello.

En cuyo caso, él mismo se ocuparía de que la encerraran de por vida.

Junto con el misterioso amante, naturalmente.

Ahora, cuanto Thrane tenía que hacer era pescarle. Y a ella. A ser posible juntos.

Abandonó inquieto el cuartel general de la FO/E y se encaminó a una sala de operaciones especiales que tenía instalada en una casa segura en las proximidades. Había pasado en ella la mayor parte del fin de semana, con la comisión de seguridad y el director, quien todavía parecía conmocionado por las actividades de su supuestamente leal secretaria.

Se dedicaron a examinar los secretos más recientes a los que Sonja había tenido acceso. Se trataba de un ejercicio en extremo deprimente. Las actas que con tanto cuidado ella copió cuatro días antes se referían a la construcción de unas instalaciones COMINT, supersensibles, para la Agencia Nacional de Seguridad de los Estados Unidos.

Si los americanos llegaran a descubrir que se habían filtrado todos los detalles respecto a ellas...

No quería siquiera pensarlo.

Thrane entró en la sala de operaciones y echó un vistazo al último informe del equipo de vigilancia. Repetía exactamente lo que le habían comunicado a primera hora de aquella mañana. Sonja se había levantado a la hora habitual y había acudido a su trabajo.

Realmente excitante.

Luego llamó a FO/S para averiguar si sus operadores en el campo habían observado algo desusado alrededor de los emplazamientos de la instalación en el norte de Noruega. Resultaba difícil que pudiera haber allí algo; pero no había que dejar piedra sin remover.

Permaneció un rato intentando recordar, por centésima vez, aquellos aspectos de la vida de Sonja que acaso no hubieran sido considerados.

A las once, convencido ya de que no iba a pasar nada, salió para acudir a una cita con Lars Sorensen, acordada la semana anterior, cuando tenía la mente ocupada en otras cosas. Sobre todo en el tercer hombre.

El abogado tenía la base de sus actividades en el centro de la ciudad, cerca del Ayuntamiento. A pesar de que hacía un frío glacial Thrane decidió ir andando.

En aquella época del año, Oslo presentaba un aspecto muy gris, con sus edificios oscuros y sombríos, la nieve enfangada acumulada contra el bordillo de las aceras, la gente seria y con expresiones de profundo sufrimiento. Sólo los tranvías aportaban luz y color, mientras pasaban campanilleando alegremente.

A Thrane le había sentado bien aquel rápido paseo y se sentía más animado mientras subía las escaleras hasta la oficina de Sorensen.

Como siempre, le hicieron pasar al santuario interior en el momento preciso. El abogado le estrechó la mano con suma corrección y ambos tomaron asiento. Thrane no pudo evitar ver sobre la mesa de Sorensen y delante de él una única hoja de papel. Aquello no parecía muy prometedor.

—¿Ha visto el *Dagens Post* de esta mañana? —le preguntó Thrane—. El informe de que el tercer hombre en Pasvik era noruego. Bueno, ése es nuestro hombre.

Sorensen asintió.

—Eso pensé.

—Bien. ¿Ha almorzado ya?

Sorensen se acomodó en su sillón.

—Tengo unas cifras aproximadas para usted. Primero me gustaría decirle exactamente cómo he llegado a ellas para que comprenda por qué han de ser por fuerza imperfectas.

—Ya veo.

—En un país con sólo cuatro millones de habitantes y un sistema tan bien regulado como el nuestro, por lo general se advierte las personas desaparecidas, a pesar de que, durante la guerra e inmediatamente después de ella, se produjo una gran confusión general como bien puede imaginarse. —Hizo una pausa—. Mi información sobre los desaparecidos proviene de una amplia gama de fuentes... *kommunes*, registros de población, archivos militares centrales, fuerzas de Policía regionales y así sucesivamente. Pero emparejar esas desapariciones a muertos innominados resulta muchísimo más difícil.

Se levantó y se acercó a un archivador.

—Durante años he ido obteniendo copias de todos los registros nazis relacionados con Noruega que he podido lograr, tomar prestados o robar de los archivos del mundo entero, desde América hasta los que se encuentran detrás del Telón de Acero. —Abrió un cajón y sacó un expediente—. La mayor parte del tiempo los alemanes mantuvieron unos registros impecables, como usted sabe bien, y en muchos casos me ha sido posible encajar una víctima muerta en un campo de concentración con un ciudadano noruego desaparecido. Sin embargo aquí, en la Noruega ocupada, la Gestapo se mostraba mucho menos cuidadosa, no sólo por su propia naturaleza sigilosa, sino sobre todo porque no siempre conocían los nombres de sus víctimas.

Abrió el expediente.

—Por ejemplo, aquí tenemos una entrada correspondiente a Tromsö, fechada el veintitrés de noviembre de mil novecientos cuarenta y dos. A primera hora de aquella mañana, fusilaron a tres hombres, que fueron enterrados en una tumba anónima. Probablemente se trataba de tres jóvenes desaparecidos de la zona Bodo durante el anterior mes de agosto. Lo que no sabemos es por qué fueron llevados a Tromsö. — Cerró el expediente—. ¿Comprende ahora el problema?

—Empiezo a entenderlo —dijo Thrane suspirando.

—Luego está el de quienes murieron nada más empezar, combatiendo la invasión alemana, pero cuyos cuerpos no fueron identificados. Y de quienes fueron a luchar con el Ejército soviético y que jamás regresaron. Acaso murieron, o tal vez no. Ni que decir tiene que los rusos no se han mostrado en modo alguno dispuestos a facilitar números o nombres. Por lo único que han mostrado interés ha sido por los colaboradores nazis.

—¿Así que no hay manera de que sepamos cuántos se quedaron en Rusia?

—No.

—¿Cree usted que fueron muchos?

Sorensen se encogió de hombros.

—Imposible decirlo. Pero debieron ser unos cuantos. Ya sabe cómo fue la cosa. Al cabo de cuatro años de ocupación alemana, los rusos se les aparecían como ángeles a las gentes de Finnmark.

—Y con todo eso ¿qué tenemos nosotros?

—Me temo que una imagen bastante inexacta.

Si lo que intentaba Sorensen era que Thrane se sintiera desalentado lo estaba logrando.

—Naturalmente los registros de la posguerra resultaron muy útiles —siguió diciendo Sorensen—. Los registros de servicio nacionales y todo eso. Aparecieron muchísimas personas que se había dado por desaparecidas. Cierta número de ellas pasaron la guerra en Suecia y lograron evadirse registrándose con sus autoridades. Y no hace falta decir que había algunos en Gran Bretaña, en el Ejército en el exilio. Pero... echemos un vistazo a lo que le interesa a usted. Al déficit. —Cogió la hoja de papel—. Quinientos sesenta y cinco.

Thrane se llevó la mano a la frente y gruñó:

—Podemos descontar cierto número a causa de la edad. Me dijo que el hombre que buscaba tendría en la actualidad entre los treinta y cinco y los cincuenta años. De manera que eso nos deja..., veamos..., con cuatrocientos... cuarenta y tres.

Se hizo el silencio. Finalmente Thrane se puso en pie.

—Se ha tomado muchas molestias.

—Pero a usted no le sirven de nada, ¿verdad?

—En realidad no. Recurriré de nuevo a usted si alguna vez logró reunir más información.

—La lista estará aquí siempre que la quiera.



Sorensen le acompañó hasta la puerta de la oficina contigua.

—Y a propósito. Alguien más ha estado preguntando.

—¿Qué?

—Un periodista del *Dagens Post*.

—¡Ah!

—Quería información retrospectiva. Sobre el posible número de noruegos que hubieran sido retenidos en la Unión Soviética contra su voluntad.

—Humm. —Pensó que era inevitable que hubieran ido huroneando por allí—. ¿Querrá informarme si empiezan de nuevo a husmear? Y preferiría que no obtuvieran cifras ni nada semejante.

—De acuerdo.

—De hecho le estaría muy agradecido si me mantuviera informado de cualquier petición que, de una manera o de otra, se relacionara con este asunto.

Una vez que Thrane se hubo ido, Sorensen volvió a su mesa y cogió una carta que le había sido trasladada por los Archivos Militares. Era una solicitud de Halvard Starheim para que le fuera facilitada información sobre un nombre alemán y el número de identidad en tiempo de guerra.

Estuvo a punto de hablar de ella a Thrane hacía sólo un momento; pero lo pensó mejor. Y se alegraba de no haberlo hecho. A pesar de que no conocía personalmente a Starheim, le respetaba y admiraba y había simpatizado con él con ocasión de su infortunada implicación en el asunto Pasvik. No deseaba que la atención de Thrane se centrara sin necesidad en el hombre.

Además, la petición aquella no estaba en modo alguno relacionada con lo que interesaba a Thrane. Por tanto no había peligro de que hubiera cometido ningún error.

Rolf Berg sufría una pesadilla obsesiva:

Se abren las verjas de la escuela. El padre del muchacho lo lleva agarrado por el cuello y en vilo a todo lo largo del sendero. En las ventanas del aula se apelotonan los rostros burlones de sus condiscípulos. Al chico le ahoga la humillación. Quiere golpear y matar a aquel hombre que es su padre, a ese hombre al que odia más que a nadie en el mundo. Y, sobre todo, quiere morir.

Toda la escuela está reunida. Quieren ver cómo arrastran al muchacho ante la presencia del director. Sus miradas rebosan desprecio.

El padre lo suelta delante del director.

—No volverá a huir —dice escueto.

Luego, girando sobre sus talones, desaparece.

El chaval permanece allí solo, abrumado por la vergüenza. Es peor de cuanto haya podido imaginarse. Peor que la paliza que su padre le propinó aquella mañana. «Quiero morirme, por favor.»

Con bruscas palabras, el director le ordena que vuelva a su sitio.

Tiene que endurecerse para sobrevivir a aquel día. Muchos de sus discípulos deciden no dirigirle siquiera la palabra. Eso puede soportarlo muy bien. Lo que le duele son las pullas, las perversas murmuraciones.

—Traidor..., traidor..., delator..., asesino...

Naturalmente se refieren a su padre. Pero la vergüenza es igual de horrible, si no peor, porque lo que dicen es verdad y no hay nada que el muchacho pueda hacer.

Excepto odiar. Odiar a su padre de todo corazón. Odiar y planear la venganza.

Tiene quince años. Pronto será más alto y fuerte que su padre. Entonces lo matará.

Pero la pesadilla es estática, claustrofóbica. Por más que lo intente no puede seguir adelante en el tiempo. Sigue teniendo quince años. Está condenado para siempre a permanecer en pie delante de toda la escuela... En sus oídos siguen las voces chillando:

—Delator... Traidor nazi...

Y él se muere de vergüenza. Una vez y otra, y otra.

Berg se despertó sobresaltado y miró en torno suyo.

Una habitación de hotel. En alguna parte... Tromsø. Ya lo recordaba, el viaje duró todo el día.

Maldición. Había dormido más de la cuenta.

Apartó de su mente los vestigios del sueño. Se sentó. Consultó su reloj. Las ocho. Entró con paso vacilante en el cuarto de baño y se echó a la cara agua fría, intentando concentrar sus ideas.

Tenía que hacer llamadas telefónicas... a la oficina, a la gente de Oslo, a Ragna Johansen.

Volvió a maldecir. Si Ragna Johansen había salido ya para su trabajo, no la encontraría ya. Maldición.

Se duchó y afeitó de prisa, sintiéndose furioso con el mundo y consigo mismo. Luego, llamó al número de Ragna Johansen. Nadie contestó. Tampoco había estado allí durante todo el fin de semana. A lo mejor tenía la mala suerte de que se encontrase fuera. Aunque no parecía muy probable, ya que enero no era época apropiada por aquellos lares para ir de visita.

Bajó al comedor y tomó un rápido desayuno de café solo y medio rosco. Fumó dos cigarrillos. Regresó a su habitación para probar suerte con la oficina.

Las nueve. Un poco temprano para un diario. Transcurrieron varios minutos antes de que la centralita pudiera encontrar a alguien que contestara en una extensión, y luego otros cuantos minutos más mientras un joven periodista iba al escritorio de Berg para comprobar si había recados.

Ninguno.

Luego telefoneó al estanquero estoniano.

—Un mensaje —le contestaron—. Para Harri. Dice: *Muy interesados por su última. Más detalles serian de gran utilidad.* Eso es todo. Alex.

Berg colgó el teléfono.

Alex pidiendo más información.

El condenado tenía mucha cara.

Aun así... ello significaba que Kaafiord era importante. Significaba que alguien..., o sea Niki, con toda seguridad..., lo había considerado lo bastante importante como para querer más datos.

Bien, tendrían que hacer acopio de paciencia.

Olvidando por el momento aquella petición, se dispuso a localizar a Ragna Johansen. Pensó que podría llevarle mucho tiempo; pero había olvidado lo fácil que resultaba localizar a la gente en una pequeña ciudad como Tromsø. La telefonista, no sólo sabía a quién se refería cuando le habló de Ragna Johansen, sino que tenía una perfecta idea de dónde encontrarla.

Ragna permanecía sentada en el cubículo que le servía de despacho y miraba sin verlos los libros de contabilidad que tenía ante sí. Dejó caer la cabeza entre las manos y cerró los ojos. De la tienda le llegaba el murmullo de las voces de las clientas. El personal estaría esperando que les echara una mano.

Inclinándose hacia delante empujó la puerta hasta cerrarla. Era un día en el que no podía habérselas con el público.

Movió despacio la cabeza de un lado a otro. La vocecilla seguía allí. Y le repetía lo mismo una y otra vez: «¿Qué he hecho?»

Cada vez que recordaba lo ocurrido el sábado por la noche se sentía enferma. Su comportamiento había sido demencial. Hal jamás la perdonaría. Y no le culpaba. No se sentía muy orgullosa de sí misma.

El domingo había sido una terrible ordalía. Hal se había mostrado frío como el hielo. Cortés, pero glacial y distante. El día transcurrió con una lentitud espantosa.

Qué desastre.

Si al menos hubiera sido capaz de explicarse... Pero no le fue posible en aquellos momentos.

Fue más tarde cuando comprendió el pánico agobiante que había sentido en aquel momento espantoso en el dormitorio. Era como si se encontrara al borde de un abismo de placer, a punto de entrar en una cautivadora prisión que, semejante a una jaula dorada, se cerraría en derredor de ella y la mantendría atrapada para siempre.

De manera súbita, comprendió que sería imposible tener un amorío con Hal... Era uno de esos hombres de todo o nada. Por mucho que hubiera pretendido estar de acuerdo aquella noche, no habría dado resultado. Habría esperado de ella todo tipo de cosas... Dedicación..., tiempo..., amor... Y ella no podía aceptar ese tipo de obligaciones, al menos de momento. Acaso nunca jamás.

Había dado dedicación y amor a Jan... y él se había ido... Ya no estaba allí, junto a ella. No sabía arreglárselas en esas situaciones.

En aquellos momentos necesitaba cosas menos rotundas: frivolidad, risas, el estímulo de gentes diversas. Irresponsabilidad.

Santo Dios. ¿Por qué había permitido que ocurriera?

No necesitaba preguntárselo. Conocía la respuesta.

La soledad. Acaba contigo y te convierte en una tonta. Te hace buscar algo a ciegas.

Bueno, desde luego lo deseaba mucho. Llegó a desearlo demasiado. Y eso era lo malo.

Apretó los puños ante el recuerdo todavía vivido de él, de sus manos, de su proximidad. Y lanzó un profundo suspiro. Pero sabía que no daría resultado.

Sí. Ése era el auténtico problema.

Y ahora Hal jamás lo entendería. ¿Qué estaría pensando de ella?

Sonó el teléfono y Ragna se estremeció sobresaltada.

Recordó que estaba en la oficina, con los libros de contabilidad abiertos ante ella y de los ruidos exteriores en la tienda.

—¡Diga! —exclamó con energía sobreponiéndose.

—¿Ragna Johansen? —preguntó una voz desconocida—. Empezaba a pensar que jamás la encontraría.

—¿Con quién hablo?

—Rolf Berg. Usted me escribió.

Ragna intentó hacer memoria. Rolf Berg. Y se escuchó decir en tono animado:

—Ah, hola... ¡Hola! ¿Leyó mi carta? ¿Entonces le interesa la historia?

—Sí. Estoy aquí, en Tromsø. ¿Puedo ir a verla?

—Bueno... —pensó con rapidez y se lamentó en voz alta—: No puedo irme. Hasta las tres más o menos.

—¡Ah! —una ligera decepción en el tono de su voz—. Bueno, supongo que podré matar el tiempo reuniendo algunos datos.

—Puede ir a ver a uno de mis lapones —se apresuró a decirle—. El sobrino de una de las familias Kaafiord.

—Sí —parecía complacido—. Eso es lo que haré. —Ragna le dio la dirección donde trabajaba Aslak, y él colgó después de decirle—: Entonces iré a su tienda a las tres.

Ragna, acercándose a un espejo se pasó un cepillo por el pelo y se maquilló un poco mientras pensaba. ¡Ha hecho todo este viaje por mi historia! Algo formidable. Rolf Berg y su periódico eran influyentes y el hecho de que hubiera viajado hasta Tromsø demostraba que ella había tenido siempre razón. Se trataba de una cuestión importante.

Apenas podía concentrarse en su trabajo, lo que no influyó nada en la clientela, la cual, de forma inesperada, acudía a un ritmo constante desde las últimas horas de la mañana.

Él llegó pronto, en el preciso momento en que Ragna se encontraba agitada y

exasperada, intentando convencer a una combativa señora decidida a enfundarse un vestido de una talla dos veces inferior a la suya.

Salió del probador y allí estaba Rolf, en pie junto a la puerta, con el sorprendente aspecto de encontrarse como en su casa en una tienda de modas femenina. Ragna se dio cuenta de repente de su gesto adusto y de que hacía horas que no se había retocado el maquillaje. El pelo le caía sobre los ojos.

Se apartó un mechón de la cara sin arredrarse y se acercó con paso vivo a él diciéndose: Vas a quedar impresionado.

Berg le estrechó la mano.

—¿Cómo estás?

Su tono era íntimo, como si hubiese mucho tiempo que eran amigos.

—Muy bien —repuso ella animada, captando al punto la seguridad en sí mismo que él tenía, su aspecto impecable, la elegante indumentaria.

—Dame cinco minutos, ¿quieres? —le pidió— tal vez prefieras venir a mi casa. Allí tengo todos los papeles.

Él la miró largamente y sin apresuramiento, y Ragna percibió que nada en absoluto se había escapado a aquellos indolentes ojos azules.

—Desde luego —asintió Berg.

Lo encontró esperando fuera. Berg mantuvo abierta la portezuela del coche de Ragna mientras entraba en él, gesto que la mayoría de los hombres de Tromsø hubieran considerado absurdo, pero que él hacía de la forma más natural.

Mientras Ragna conducía, Rolf le comentó su visita a Aslak. Hablaba con tono indiferente, casi de tedio, pero a ella le pareció que era su actitud habitual. Lo miró un instante de soslayo. Era un hombre bien parecido, de abundante pelo rubio y una nariz larga y recta, aunque el rostro era más duro de lo que ella recordaba, con arrugas profundas junto a las comisuras de la boca y en la frente. Un rostro interesante de alguien que había vivido de forma intensa; Sin duda poseía una gran experiencia, probablemente de la menos aconsejable.

—He intentado localizar en el mapa las rutas de migración de los renos, pero Aslak no estaba seguro —dijo Berg.

—Bueno, ninguno de ellos sabe leer mapas —le contestó Ragna—. Porque jamás los necesitan, ¿comprendes?

—Pero me dijo que tú podrías señalármelas.

—Desde luego.

Tan pronto como llegaron a la casa, Ragna metió algunos troncos en la estufa y encendió todas las luces, de manera que la habitación pareció darle la bienvenida. Preparó una bandeja con mermelada de arándanos, pan, bizcochos, café y aguardiente. Cuando se dirigía a la sala de estar pasó por delante de un espejo y se detuvo un instante para echarse una ojeada.

Le encontró delante de una fotografía enmarcada de Krisi.

—Lo había olvidado —dijo Berg con mirada extraña.

Ragna depositó la bandeja sobre la mesa.

—Ya ha cumplido cinco años. Pasa las tardes en casa de una vecina.

Se sentaron ante una mesa baja, frente a frente, y Ragna sirvió el café. Berg también aceptó el aguardiente, uno largo; encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. Ragna se dio cuenta de que fumaba como bebía, con decisión y una larga práctica. Ello explicaba sus ojos un poco inyectados y un atisbo de tumefacción debajo de ellos. Imperfecciones que le libraban de un rostro demasiado hermoso, se dijo Ragna.

—Muy bien. ¿Por dónde quieres que empecemos? —preguntó adoptando una actitud seria.

Ignorando la pregunta, Berg echó mano al bolsillo, sacó un paquetito y se lo entregó.

—Un pequeño recuerdo por haber aparecido como por encanto.

Ragna abrió el paquete y se encontró con una caja de bombones de artesanía.

—Caramba, aún me vas a hacer cambiar de opinión sobre los periodistas.

—¿No te somos simpáticos?

—¡Ajá! Creo que sois maravillosos —dijo enfática—. Siempre que no se os permita hacer preguntas.

Berg se echó a reír de repente, una agradable risa honda que transformaba su rostro. Ragna se sentía más bien complacida, ya que suponía que había pocas personas lo bastante avisgadas o rápidas para hacerle reír.

Extendiendo un mapa, le mostró sobre él la posición de la instalación y la ruta migratoria de los lapones que utilizaban el valle sobre Kaafiord.

—En esta época del año se encuentran bien arriba en la meseta —le explicó.

—¿Podemos localizarlos?

Sonrió con picardía.

—Si dispones de varios días y unos buenos esquíes.

—¿Y qué me dices del emplazamiento de la instalación? ¿Podemos llegar hasta allí?

—Sí; no está muy lejos.

—¿Puedes organizarlo?

Hizo la pregunta con un tono en extremo amable; pero Ragna tuvo la impresión de que se hallaba acostumbrado a que la gente hiciera siempre lo que él quería.

Reflexionó por un momento.

—Creo que sí.

Luego le enseñó la correspondencia que Hal y ella habían intercambiado con diversos departamentos gubernamentales. Él la ojeó.

—En primer lugar, ¿cómo se enteraron de lo de la instalación? —preguntó luego con tono indiferente.

—¡Ah! —le amonestó con un dedo—. Deberías pensarlo dos veces antes de preguntarme por mis fuentes.

Berg sonrió, pero su mirada era fría. «No le gusta que le censuren», se dijo Ragna.

—Sólo quería saber hasta qué punto podía ser exacta tu información.

Ragna no había pensado en eso y, en cierto modo, se sentía desarmada.

—Ah, comprendo. Bueno, supongamos que te digo que tengo amigos con amigos en puestos clave. ¿Te sirve?

No parecía del todo contento, pero siguió preguntando.

—¿Qué me dices del funcionamiento de la instalación? ¿Sabes algo?

—No. Quisiéramos saberlo.

Berg apuró su vaso e inclinándose hacia delante se sirvió otro aguardiente. Ragna pensó que se comportaba como si estuviera en su casa. Pero no le importaba.

—Lástima —dijo él—. Hubiera sido preferible que comenzaras tu campaña disponiendo de todas las armas. Si supieras a qué está destinada esa instalación, podría sugerir emplazamientos alternativos e inutilizar las armas militares... por así decirlo.

—Supusimos que era una instalación defensiva...

—Sí, bueno; pero hay instalaciones e instalaciones.

Berg se pasó la mano por la boca con aire pensativo. Ragna observó lo hermosas que eran sus manos.

—Hasta donde yo sé, ese lugar me parece más ofensivo que defensivo —dijo al fin con un leve encogimiento de hombros.

—Ah. Ah. —Ragna trató de asimilar aquella alarmante información—. Entonces... son todo bobadas... Me refiero a lo que me dijeron. De que esos emplazamientos son esenciales para la defensa.

—Bien..., depende de cómo se defina la defensa.

—¿Entonces tú sabes a qué va destinado ese emplazamiento?

Él movió la cabeza.

—¿Me llevarás a ese lugar? —se apresuró a decir cambiando de tema, al tiempo que le dirigía una atractiva sonrisa.

«Ya lo ha practicado antes», pensó Ragna. Pero a mí no se me desanima con tanta facilidad.

—¿Por qué no quieres hablarme de la instalación? —le preguntó.

Por un instante su rostro mostró cierta irritación.

—Porque, a decir verdad, no lo sé.

Hablaba con tono muy amable, muy razonable, pero definitivo. Ragna llegó al convencimiento de que, por alguna razón, él no se lo iba a contar todo.

—Acompáñame a ese sitio —dijo él con tono ligero.

Dio la impresión de que era una invitación a conocerle mejor.

Ragna vaciló, deseaba presionarle sobre la pregunta todavía sin contestar y al propio tiempo pretendía evitar mostrarse antagonista.

—Sí, claro que te llevaré —dijo finalmente, dejando por el momento aquel tema

—. Pero no podrá ser hasta el miércoles, como muy pronto, si he de organizarlo todo bien —emitió una ligera risa—. Me temo que no soy una gran esquiadora. Pero por otra parte toda aventura encierra su riesgo. No obstante será preferible que nos acompañe un guía por si hace mal tiempo. Hay un gran trecho hasta allí. Aslak estará muy contento de acompañarnos.

—¿Y qué hay de Hal?

Hal. Ragna sintió que el corazón le daba un salto. A su mente acudieron una serie de sensaciones, algunas exquisitas, otras penosas; pero todas perturbadoras.

Rolf la observaba atento. Parecía estar leyendo en la mente de ella. Ragna se ruborizó. Se encogió de hombros con indiferencia.

—Sería un aliciente para la historia que nos acompañara Hal —manifestó Berg—. Su nombre todavía significa mucho, tanto para el director del periódico como para los lectores. Además me gustaría mucho volver a verlo.

Ragna se imaginó a sí misma en las montañas con los dos, con Hal y Rolf Berg... La imagen no le resultaba en modo alguno agradable. Pero no se le ocurría salida alguna para evitarlo. Hizo un gesto lento de asentimiento.

—Le telefonearé.

—Y para mañana..., ¿puedes indicarme a algunas personas más a quienes ver?

—Desde luego. Si quieres te acompañaré.

—Gracias. —Se puso en pie con aquella sonrisa indolente tan característica—. Me temo que habré de pedirte que me lleves de nuevo al centro. He quedado para cenar con un periodista local.

Ragna se sintió decepcionada. Había esperado que se quedara a pasar la velada.

—¿Qué te parece si vamos a cenar mañana? —le preguntó Berg.

—Sí, me gustaría mucho.

—Suponiendo, claro, que no te... humm... esté apartando.

—¿Apartándome?

—Del hombre que haya en tu vida.

Estaba buceando. ¿Significaba eso una declaración de interés? Ragna estuvo a punto de sonreír. La idea resultaba interesante.

—Puedo disponer de tiempo.

Luego, sin venir a cuento, se acordó de Hal y se sintió terriblemente culpable.



## Capítulo XVII

Thrane ordenó un segundo registro del apartamento de Sonja, más para convencerse a sí mismo de que estaba haciendo algo útil que con la esperanza de encontrar nada en concreto.

Tan pronto como entraron se alegró de haberlo hecho.

Las cosas habían cambiado. La impecable norma de vida de Sonja se había deteriorado. Antes, el piso estaba escrupulosamente ordenado. Ahora había vestidos sobre las sillas del dormitorio, una taza de café sin terminar encima de la mesilla de noche y un par de platos sucios a remojo en el fregadero.

¿A qué se debería ese cambio en su comportamiento? ¿Se hallaría preocupada por algo? ¿Se había dado cuenta de que la vigilaban?

O, en el peor de los casos, ¿se habría largado el amante dejándola nostálgica de amor y abandonada? Thrane no quería pensar siquiera en semejante posibilidad.

Se separaron los cuatro registrando habitaciones diferentes. Thrane y Jensen se dedicaron al dormitorio principal. Armario, cajones del tocador, ropero, mesilla de noche, la cama, algo un tanto fastidioso porque habían de tener cuidado de dejarla tal como se la habían encontrado, lámparas, cortinas.

Nada. Thrane no pudo evitar sentirse decepcionado. Nunca se pierde la esperanza.

Atravesó el vestíbulo hacia la cocina. Los otros dos estaban ya registrando hasta la última de las ollas, las sartenes, los frascos y los rincones de la alacena.

De nuevo al vestíbulo. Armario ropero con el impermeable, chaquetas ligeras, anorak para esquiar. Y en la estantería superior un maletín y un bolso. Thrane abrió el maletín. Estaba vacío, y el bolso también.

Cerró las puertas y dio media vuelta.

Pasó ligeramente la mano sobre la mesa antigua que había cerca de la puerta y abrió el único cajón, poco hondo. Llaves, billetes de tranvía, un lápiz de labios, plumas, lápices, clips... cosas desechadas, tal vez sacadas de un bolso. Y papeles. La factura de un fontanero, una guía de la temporada teatral, una carta y al fondo un montón de folios.

Los sacó con dificultad y los desplegó. A punto estuvo de ahogarle la excitación.

Las actas que faltaban.

Apenas necesitó un instante para darse cuenta de lo que ello significaba.

¡Quería decir que todavía no las había entregado! ¡Que no había establecido el contacto!

Se permitió un momento de triunfo.

Entregó los papeles a Jensen para que los leyera y volvió a colocarlos con todo cuidado en la misma posición. Cerró el cajón.

Berg, sentado en el coche junto a Ragna ahogó un bostezo. Decididamente había sido un día aburrido. Fueron a visitar el museo de Tromsø donde un experto en cultura lapona les había explicado, con gran lujo de detalles, la importancia de las rutas de migración de los renos y de qué manera los diversos grupos de lapones reclamaban sus derechos a las tierras de pastos.

Habían visitado uno de los periódicos locales, sólo para descubrir que las cuestiones de los lapones apenas interesaban. Ni los archivos ni los periodistas tenían mucho que ofrecer en opiniones o hechos.

Luego, un político local había llevado a cabo un esclarecedor trabajo al mostrarse interesado en el problema de Kaafiord, pero, casi al punto, recogió velas.

En realidad, lo único luminoso de aquel día había sido la propia Ragna. La miró de soslayo mientras conducía de nuevo en dirección al hotel. Era una mujer guapa. Su perfil, que resaltaba blanco con el reflejo de los faros, era realmente encantador. Y tenía el tipo de humor irónico que gustaba a Berg. Sin embargo, sospechaba que su mente clara y su dinámica energía ocultaban una voluntad férrea. En los viejos tiempos le gustaron las mujeres de fuerte temperamento, pero ahora ya no estaba tan seguro. Cuanto más independientes más difíciles resultaban de manejar.

Se dio cuenta de que estaba considerando ya un amorío como conclusión inevitable.

Al mirarla de nuevo de reojo, supo que no andaba equivocado. Si ella lo quería, ocurriría.

—Siento que la tarde no haya sido muy divertida —dijo Ragna al fijarse en que la miraba.

Él rió entre dientes.

—¿Tan poco interesado me he mostrado?

—Sí —contestó ella sin andarse por las ramas, y rió.

Llegaron a lo que, al parecer, era la hora punta de la circulación en Tromsø, una cola de tres coches en un cruce. Observó que Ragna tamborileaba impaciente sobre el volante.

—¿Te gusta vivir en Tromsø? —le preguntó.

—¿Gustarme? Bueno, supongo que sí... No —se corrigió irritada—: ¿Qué estoy diciendo? No, no me gusta. Salvo cuando me apetece la vida tranquila. Lo que no suele ocurrir muy a menudo.

—Siempre había creído que Tromsø era una ciudad rebotante de actividad.

—¿Comparada con qué? —su tono era sarcástico.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

Los coches empezaron a circular. Ragna puso el suyo en marcha.

—Estoy deseando irme, puedes creerme. Pero tengo problemas con la tienda y no puedo librarme de ella.

—Ah.

Así que estaba en lo cierto. Ragna no era el tipo de mujer que le gustara permanecer en aquel lugar. Ya se había dado cuenta de que tenía demasiado estilo para una ciudad de horizontes reducidos. Se preguntaba por qué se habría casado con Jan Johansen y recordaba que ya antes, hacía mucho tiempo, se había hecho la misma pregunta.

—¿Eras actriz, verdad? —le preguntó Berg.

Ragna no contestó de inmediato sino que centró su atención en la maniobra para introducirse en un lugar libre de aparcamiento frente al hotel.

—Sí, lo fui... hace ya mucho tiempo —dijo con tono ligero.

—¿No hablas nunca de ello?

—No con frecuencia. No... —vaciló, mordiéndose el labio—. No fueron buenos tiempos para mí.

—Pero con toda seguridad era tu estilo de mundo. Más que... —Hizo un ademán en derredor suyo.

Ragna se humedeció los labios como si él hubiera puesto de manifiesto una realidad que no le agradaba.

—Me gustaría que me lo contaras mientras cenamos —manifestó Berg sorprendiéndose a sí mismo al darse cuenta de que lo decía de veras.

—No prometo hablar de mi pasado; pero, de cualquier forma, te tomo la palabra en lo que se refiere a la cena —dijo encogiéndose de hombros con indiferencia; pero a él le pareció que se sentía bastante complacida.

—¿Estás segura de que no tienes un amante?

Su mirada centelleó sombría y Berg supo que había tocado un nervio sensible. Ragna rió con ligereza, encogiéndose otra vez de hombros.

—Completamente segura.

Él se preguntó por qué.

—¿Has de ir a casa antes o...? —le preguntó.

—Mi suegra está allí. Ella cuidará de Krisi.

Bajaron del coche.

—Supongo que lo mejor será que cenemos pronto —dijo Berg—. ¿A qué hora has dicho que tenemos que salir mañana?

—A las cinco de la madrugada.

Hizo una mueca.

—¡Uff! Habitualmente sólo veo las cinco de la madrugada al final de una larga jornada.

Era algo que Ragna no iba a dejar pasar.

—Humm —exclamó mirándole divertida—. Se nota.

Rolf sonrió al tiempo que la cogía del brazo para dirigirse hacia el hotel. Descubrió que esperaba con impaciencia la velada.

La llevó a su habitación y le ofreció una copa de las dos botellas que guardaba allí, una práctica social habitual en un país donde las bebidas tenían precios

prohibitivos. Él se sirvió también un escocés largo, apurándolo en tres tragos y se sintió revivir poco a poco.

Hizo una llamada telefónica a la oficina. Ingrid le había dicho que el director quería saber cuándo estaría libre para cubrir en Bonn una historia sobre defensa. Respondió que, con algo de suerte, nunca. Ingrid decidió que entonces lo prepararía para el viernes, a menos que no pensara estar de regreso en Tromsø a tiempo.

Berg colgó el teléfono de golpe, jurando entre dientes.

—Nunca había visto un teléfono que despida centellas.

Berg estuvo a punto de replicarle irritado; pero se contuvo a tiempo al ver su sonrisa sin malicia. Se sirvió otro trago y su ira se desvaneció. Siempre le ocurría lo mismo con la segunda copa.

—Es mi periódico. No hace más que pedir imposibles.

—Eso será porque haces las cosas demasiado bien. Deberías entregarles de cuando en cuando algunos gazapos. —Agitó un dedo admonitorio—. Pero todavía no.

Berg se duchó mientras Ragna hablaba por teléfono con su hijo. Luego salieron caminando despacio por el iluminadísimo centro de la ciudad, siguiendo la carretera paralela a los muelles. Eran las seis. Los restaurantes empezaban a abrir sus puertas, las gentes discurrían por el pavimento cubierto de nieve charlando, cogidos del brazo y riendo.

—¿A dónde te parece que vayamos? —preguntó Berg.

—Bueno, la comida es muy semejante en todas partes. Pescado. O pescado y patatas.

Él rió entre dientes.

—No me lo digas. Hervido.

—O frito. Pero hay un sitio con un ambiente muy agradable. Nansen solía acudir allí antes de emprender sus expediciones árticas. ¿O era Amundsen? Siempre me confundo.

—Y hablando de exploradores. ¿Qué hay de Hal? ¿No deberíamos dejarle un mensaje en el hotel diciéndole dónde estamos?

Se hizo el silencio. Se detuvieron en un cruce. Berg notó que Ragna tenía algo fruncido el ceño.

—No estaba muy seguro de cuándo llegaría aquí —manifestó rehuendo su mirada—. Lo más probable es que llegue demasiado tarde. Pero sí, claro. Telefonaremos desde el restaurante y le dejaremos un mensaje.

Miró con firmeza hacia delante pero Berg observó que tenía los labios apretados y tensos y los ojos entornados como los de un gato. Se preguntó qué significaría todo aquello.

Hal comprendió que era imposible que llegase a Tromsø a tiempo para la cena.

Todo había marchado sobre ruedas hasta última hora de la mañana cuando, al hacer su última ronda, encontró un buey almizclero joven en los pastos altos, caído en el suelo, enfermo y débil. Hubo de trabajar durante una hora hasta aparejar el torno del tractor, levantar al animal hasta una camilla y depositarlo en el establo. Era evidente que el animal sufría; pero no había forma de saber qué mal le aquejaba. Todo cuanto Hal podía hacer era pedir a Arne que lo vigilara.

Luego, durante un rápido viaje para recoger un montón de forraje extra del barco de suministros, al tractor no se le ocurrió cosa mejor que quedar atascado en un montón de tierra. Cuando logró desatascarlo, dejar el forraje y regresar a la casa, era ya bien avanzada la tarde. Necesitaría unas buenas tres horas para llegar a Tromsø. Ragna y Rolf habrían terminado ya de cenar.

Mientras metía el equipo en el trailer surgió en su mente una poderosa imagen de Ragna. La veía al otro lado de una mesa dispuesta para la cena a la luz de las velas. Ragna riendo, Ragna con un aspecto maravilloso. Llegó hasta imaginársela haciendo el amor y estuvo en un tris de pillarse el dedo con la portezuela de la cabina.

Se hallaba ya a punto de emprender la marcha cuando se percató de que había olvidado la mochila extra para Rolf y las raciones compo. Bajó corriendo al almacén del sótano, furioso por no haberse mostrado más organizado. Tenía que andar con más cuidado.

Cuando volvió, *Bamse* lo esperaba junto al tractor, ladrando excitado.

—Si crees que voy a llevarte conmigo...

El perro movió la cola con furia. «Serías una molestia, viejo estúpido», le dijo fastidiado.

El animal gimió y gruñó enloquecido de contento. Con un gesto exagerado de resignación, Hal hizo un ademán en dirección al trailer abierto y *Bamse* saltó al punto a él.

—Supongo que necesitarás comer.

Entró por última vez en la casa en busca de pescado seco.

Eran ya las seis, y muy oscurecido, cuando transportó el equipo al *Skorpa* y se despidió de Arne. Puso en marcha el motor al máximo de revoluciones para la travesía a través del estrecho; pero aún así le costó mucho. Descargó en el embarcadero, condujo el *Skorpa* a su amarradero, se subió en el «Land Rover» y condujo a toda velocidad, levantando tras él nubes de nieve.

Claro que el solo hecho de ir demostraba que estaba loco. Todavía no podía creer que hubiera aceptado. Ragna le había cogido por sorpresa, ésa era la cuestión. Cuando Arne le dio el mensaje de que la telefonara, se imaginó que quería hablarle, incluso explicarse, todavía sufría de pensar en aquello, hasta le parecía oírle decir que había cometido una terrible equivocación y que quería que la perdonase.

Para morirse de risa.

Bueno, desde luego daba la impresión de sentirse cortada y avergonzada, un par de veces pareció a punto de decir algo; pero logró contenerse sin demasiada

dificultad, ciñéndose al motivo de la llamada, que era pedirle que les acompañase a Kaafiord. Y se escuchó aceptando porque maldito si iba a permitir que Ragna se diera cuenta de lo condenadamente dolido y furioso que todavía estaba.

Parecía amargado. Y estaba amargado.

Se le pasaría. Se hallaba decidido a que así fuese. No sólo sobreviviría a aquello, sino que lograría hacerse inmune a Ragna, de manera que nunca jamás pudiera volver a herirle.

Desde ese punto de vista, la excursión no sería en modo alguno un error. Le ayudaría al proceso de recuperación. No podía evitar la idea de que también sería una oportunidad perfecta para demostrarle que maldito lo que le importaba.

Sí. Aquella idea le produjo una satisfacción infantil y, riendo con amargura, apretó el acelerador. Un momento después el «Land Rover» ascendió por la rampa de un montón de nieve y estuvo a punto de patinar. La adrenalina se inyectó en sus venas. Con perfecto control, salió del trance.

Al aminorar la velocidad del coche, desapareció de súbito una gran parte de su tensión.

Evocó de nuevo las ideas anteriores. En realidad eran infantiles. Con intentar ganar puntos a Ragna no lograría más que parecer él mismo mezquino y estúpido.

Sería mucho mejor no demostrar ni revelar nada. Se conduciría de un modo frío y cortés. Tomaría las cosas como vinieran. Estaba Rolf, con quien deseaba hablar, y también debía situarse al corriente de las noticias. Si ponía todo su empeño, quizá pudiera disfrutar de la excursión después de todo.

Apareció el puente, todavía sin inaugurar, que conducía a la isla Tromsø, arqueado sobre las oscuras aguas hacia las centelleantes luces de la ciudad. Eran las ocho y media. Tal vez todavía llegase a tiempo para reunirse a cenar con Ragna y Rolf.

Se imaginó de nuevo la mesa a la luz de las velas y vio la risa de ella, su extraordinaria risa, un suave sonido que llegaba del fondo de su garganta. Vio sus labios, húmedos y delicados, percibió el calor de su cuerpo y su poderosa sensualidad. Se sintió embargado por un sentimiento tan fuerte que le hizo aferrarse al volante hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

Era el tipo de hombre que ella y sus amigas de la escuela solían llamar lobos. Y en los viejos tiempos había tenido el buen sentido de mantenerse alejada de los Rolf de este mundo. ¿Y ahora? No le importaba. Había que vivir el momento. ¿Acaso no estaba ella repitiendo siempre lo mismo? En ese particular instante estaba disfrutando de veras.

Había descubierto que Rolf Berg tenía dos caras. Una sería que esperaba mucho; opiniones bien fundamentadas y respuestas rápidas. Mostraba una intolerancia implacable con la forma de pensar poco sistemática y era un auténtico desafío

ponerse a su nivel. Pero el esfuerzo había valido la pena. Poco a poco, su perezoso cerebro empezó a estimularse y a sincronizar con la manera de pensar de Berg, hasta que de repente se encontró polemizando cada punto. Al terminar de cenar, había hablado de la política y la ética de la guerra fría, del muro de Berlín, de reciente construcción, y la estrategia defensiva de la OTAN. Tuvo la sensación de que había merecido su aprobación. Aquello la satisfizo. Suponía que era algo que no concedía con facilidad.

Sus ideas políticas diferían, como era natural. Las de ella tenían carácter moderado, mientras Berg era izquierdista y antinorteamericano. Sin embargo, era un hombre demasiado sofisticado para mostrarse intolerante con las opiniones ajenas y Ragna tenía la impresión de que sólo había discutido para ejercitar su mente.

La otra cara de él era también impresionante, aunque de manera muy distinta. Era sensual, encantador, atractivo y malcriado. Suponía que había tenido amoríos a *go-go*. Poseía el aire ligeramente hastiado de quien ha obtenido siempre lo que ha querido y desea algo que no resulte tan fácil.

Había mantenido una continua conversación en verdad divertida, a veces provocativa, salpicada de anécdotas a las que Ragna sospechaba que había recurrido miles de veces. Sin embargo, más de una vez se las había compuesto para interrumpir su pulido alarde y desconcertarlo... Y entonces era cuando de verdad se animaba y reía de pronto con evidente complacencia.

También emanaba de él una sensación de incertidumbre, incluso de peligro. ¿No quería decir más bien de excitación? Como quiera que fuese, resultaba muy atractivo.

«Ah —se dijo—, ¿es eso lo que pienso de él?»

Así era. Resultaba imposible de otra manera.

—No me has hablado de tus días en el teatro —observó Berg mientras tomaban el café.

—Así es, no lo he hecho —repuso Ragna en tono tajante.

—Ah —dijo él aceptando con calma su negativa—. Tal vez estés en lo cierto. El pasado no es más que una rueda de molino alrededor de nuestro cuello, ¿no? O, en el mejor de los casos, resulta inoportuno.

Hizo una seña para que le llevaran la nota.

—Me pregunto qué le habrá pasado a Hal —dijo cuando se la llevaron, levantando la vista de repente.

Ragna sintió una comezón de culpabilidad.

—La granja, los animales. Cualquier cosa pudo haberle retrasado.

Rolf la miraba con fijeza. Lo sabe, se dijo Ragna.

—Pareces... fastidiada —murmuró él con calma.

Ragna rió.

—Hay que pensar que tengo que levantarme a las cuatro.

Siguió todavía un instante con la mirada fija en ella y luego apartó la silla.

—Bien, entonces vámonos. Veremos Tromsø de noche —propuso.

—¿Qué?

—Algún club nocturno. ¿No empieza todo más bien pronto por aquí?

—No tan pronto. Ni siquiera son las nueve —de repente tuvo una idea—. Sólo hay algo que empieza temprano —abrió la marcha, salió del restaurante y se dirigió al coche.

Una vez dentro de él, Berg enarcó las cejas con gesto interrogante. Ragna negó con la cabeza para darle a entender que cualquier explicación daría al traste con la sorpresa.

Condujo por una carretera zigzagueante que ascendía por la colina a espaldas de la ciudad. Cuando alcanzaron el punto más alto de la isla de Tromsø, Ragna aparcó el coche. Caminaron un corto trecho por la cumbre y luego miraron en derredor.

No había luna, pero la noche estaba bañada por una luz difusa y plateada. Se veían muchas estrellas que brillaban suavemente. Las brumas se descolgaban traslúcidas sobre el mar; pero tan densas que era imposible distinguir dónde terminaban las aguas y empezaba el cielo. Hacia el norte, los cúmulos brumosos se alzaban en dirección a la fuente del centelleo plateado... las luces nórdicas, la aurora que pendía en el cielo, con pinceladas de colores tenues, temblorosa y ondulante, como una inmensa corona de relucientes espigas.

—Mira eso —dijo Ragna.

Berg permaneció silencioso contemplándolo.

—Por lo general las saludo con la mano —explicó ella.

—¿Qué?

—Saludo a las luces. Por aquí dicen que no debes hacerlo. Se supone que trae mala suerte.

—De manera que tú lo haces para demostrar que están equivocados.

—Y por que no soporto las supersticiones. Seguro que tú has oído hablar de ésta.

—Cuando era niño, recuerdo que una vieja decía: «No te quedes fuera hasta tarde o las luces del Norte te llevarán.»

—¿Y te asustó?

Berg reflexionó un momento.

—Lo único que me aterraba era la idea de verme varado de por vida en una pequeña ciudad.

Ragna rió brevemente, pero luego se dio cuenta de que él había hablado con toda seriedad.

—¿Tan malo era? ¿Dónde te criaste?

Berg no contestó. Se limitó a indicar con la cabeza el panorama.

—Me temo que no me gustan mucho los lugares hermosos —dijo al fin—. Suelen deprimirme.

—La mayoría de la gente los encuentra fuente de inspiración.

—La mayoría de la gente no sabe lo que es la vida.

Ragna se echó a reír.



—Eso es lo que me gusta de ti. Nada de falsos sentimentalismos.

—Nada de falso en mí.

—¿Ah? En tal caso eres alguien poco corriente —comentó con tono irónico.

—Por completo. No lo niego.

Se encogió de hombros y Ragna tuvo la impresión de que sólo bromeaba a medias.

Berg señaló la aurora.

—Ya sabes la causa del magnetismo. Electrones cargando sobre la atmósfera superior a dieciocho mil kilómetros por segundo. La fricción hace centellear a la atmósfera. El oxígeno brilla rojo y verde. Y creo que es el nitrógeno el que produce ese púrpura azulado.

—¡Señor! Esa explicación no tiene nada de romántica.

Sintió los ojos de Berg clavados en ella. Luego, alargando la mano le volvió la cara hacia él y la besó con suavidad en la boca. Ragna se sintió tan sorprendida que, en un principio, no reaccionó y luego, cuando se disponía a besarle intensamente, él la apartó.

Ragna emitió una risa breve y un poco nerviosa, consciente de que la había desconcertado por completo.

—¿De manera que éste era el romanticismo que faltaba? —bromeó rehaciéndose.

Él rió y ambos se dirigieron hacia el coche. Berg le pasó el brazo por los hombros. El ademán resultaba extrañamente familiar como si hiciera años que los dos se conocieran. Casi como si fueran amantes, no pudo por menos de pensar Ragna.

Amante. Ragna dio vueltas a la idea en su cabeza. No resultaba desagradable como una perspectiva a largo plazo. Nada desagradable.

—Acaso terminaron ya de cenar y se marcharon —le sugirió la camarera—. ¿Quiere pedir algo?

Hal miró la hora. Las nueve. La mujer tenía razón, seguramente se habían ido ya.

—No, gracias —le contestó.

Pagó su cerveza y se encaminó a la puerta. Un comensal le saludó, poniéndole la mano en el brazo al pasar junto a él.

—Dispuesto para emprender una nueva excursión ¿eh?

Hal se lo miró con gesto vacuo. Nunca en su vida había visto a aquel hombre. Se alejó después de un breve movimiento de cabeza. Por el tono de las exclamaciones farfulladas que le llegaron, le había ofendido. Que se fueran al diablo. No tenía por qué darle cuentas al público. Ya no tenía que dar cuentas a nadie.

Sin embargo estaba furioso consigo mismo mientras caminaba con paso enérgico por las calles en dirección al hotel de Berg. La recepcionista le dirigió una blanca sonrisa, toda dientes. Lo sentía pero *Mr. Berg* aún no había regresado. ¿Quería esperarlo en el café de al lado?

Hal hizo un gesto negativo de cabeza. Se exponía a que alguien en el café quisiera hablar con él y no estaba de humor para charlas.

Esperó impaciente junto a la puerta de entrada y acabó sentándose en un sofá al lado de una inmensa y erizada planta tropical. No había nada para leer. Se puso de nuevo en pie acercándose al ventanal. Desfilaban los taxis y, de cuando en cuando, algún autobús haciendo crujir suavemente la nieve bajo sus neumáticos especiales... Entró un grupo familiar charlando ruidosamente.

Hal sintió renacer su irritación.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando un automóvil se detuvo al borde de la acera. Conducía una mujer. Tenía un esplendoroso pelo oscuro. Reconoció el coche. Ragna.

Dio media vuelta sonriendo, abrió la portezuela y bajó del vehículo.

Rolf apareció por el otro lado y se reunió con ella. La cogió del brazo, se detuvo un momento y acercó la boca a su oído. Ragna, con ancha sonrisa, ladeó un poco la cabeza como para oírle mejor. Luego separándose, rieron con ganas por algún chiste divertido y se dirigieron hacia la puerta del hotel.

Era evidente que a Ragna no le costaba mucho pasarlo bien. Hal sintió una sensación hartó desagradable en el estómago.

Apartándose del ventanal esperó a que entraran.

Ella estaba sin respiración y arrebolada, brillándole los ojos oscuros. Al ver a Hal se detuvo con un leve jadeo y se llevó la mano al pecho.

—¡Hal!

Se le iluminó el rostro y acercándose lo cogió del brazo y le ofreció la mejilla de manera automática. Él se inclinó para besarla, sintiéndola fresca bajo sus labios.

Rolf sonreía.

—¡Hal!

—Nos sentimos muy honrados —dijo el explorador.

—Apuesto a que sí —le replicó Berg.

Hal notó que Rolf había cambiado. Parecía más fatigado y menos en forma. O tal vez sólo fuera que los dos estaban entrando en años.

—Te echamos en falta durante la cena —se apresuró a decir Ragna.

—Llegué allí un momento antes de las nueve —explicó con tranquilidad.

—Pues seguro que acabábamos de irnos. ¡Qué lástima!

Los labios de Ragna se fruncieron con una leve sonrisa. Estaba excitada.

Siguió hablando.

—Venimos de contemplar algunas bellezas locales.

—Tromsø a la luz de la luna —apuntó Rolf con una pizca de ironía.

Se hizo un breve silencio. Ragna consultó la hora.

—Bien, si de veras vamos a salir a las cinco...

—¿Cuál es el plan? —preguntó Hal.

—Ah... ¿No te lo he dicho?

—No. Por eso he estado esperando.

Ragna parecía incómoda.

—Lo siento...

Esbozó de forma rápida el plan para la mañana siguiente, mirando a todas partes salvo de frente a Hal, el cual asintió:

—Entonces nos reuniremos aquí.

—Espero que no os mostraréis demasiado charlatanes a las cinco de la madrugada. No estoy en mi mejor momento a esa hora.

—No te preocupes —le dijo Ragna—. Nuestros labios estarán sellados.

Hal se dio cuenta de que no le resultaba nada difícil mirar a Rolf a los ojos, y además de manera muy afectuosa. Recordó a los dos bajando del coche, las sonrisas, la extraordinaria intimidad de sus movimientos. Hal se sintió deprimido. Ragna no podía...

—Te acompañaré al coche —dijo con brusquedad.

Ella lo miró parpadeando.

Hal le puso una mano en el hombro. Era un ademán deliberadamente posesivo. En el rostro de Rolf se reflejó una leve sorpresa seguida de una mirada ligeramente interrogadora dirigida primero a Ragna y luego a su amigo.

Hal devolvió la mirada a Rolf y le dio su respuesta. Mantente alejado.

Rolf pareció haberle entendido.

—Entonces buenas noches —le dijo a Ragna con una leve sonrisa. Luego, inclinándose, le dio un ligero beso en la mejilla.

—Gracias por la cena —murmuró Ragna.

Afuera, Hal había abierto la portezuela del coche y esperaba que Ragna entrara en él.

Ella vaciló un instante como si estuviera a punto de decir algo.

—Buenas noches, Ragna —dijo Hal.

—¿Tienes algún sitio donde quedarte? —le preguntó ella.

Era una pregunta de cortesía, no una invitación.

—Mi amiga me espera.

Ragna captó la indirecta y bajó la vista.

Tan pronto como hubo entrado en el auto, Hal se alejó en dirección a casa de Anna-Kristin.

## Capítulo XVIII

Apenas si era visible la ruta del viejo camino minero, zigzagueando ladera arriba por el costado del valle hasta la meseta todavía oculta. Hal abrió la marcha en dirección a ella con Aslak pegado él y Rolf y Ragna siguiéndoles rezagados. *Bamse* corría delante con la nariz pegada al suelo.

Había conducido por la abrupta carretera arriba desde Kaafiord y aparcado el «Land Rover» junto al camino. Ahora ya, en teoría, sólo quedaban menos de cinco kilómetros hasta el emplazamiento; pero el costado del valle era abrupto, por lo que la distancia real, considerando el culebreo del camino, era de más de seis kilómetros muy duros cuesta arriba. Hal marcó un paso que no cansara a Ragna ni a Rolf, avanzando a un ritmo lento repetido como un eco por Aslak de tal manera que el escofinado y la caída de sus dos pares de esquíes se fundían en uno solo.

Dejaron atrás el rastrojo endeble y oscuro del monte bajo de abedules y empezaron a subir por el costado del valle. Alrededor de ellos colgaban las laderas empinadas, casi verticales de las montañas azotadas por el viento, de un gris acerado allí donde la nieve no pudo adherirse a la dura roca, corroída y dentada. Sin embargo, en el camino se amontonaba densa. Hal miró en derredor, de manera automática, a fin de detectar el más mínimo peligro de alud.

Había aumentado mucho el frío. Aquel lado del valle estaba orientado al Norte jamás recibía directamente la luz solar, ni siquiera en verano, ya que era en exceso abrupto para captar la baja trayectoria del sol ártico. En aquellos momentos, durante el breve día invernal, el crepúsculo apenas penetraba en la densa nube suspendida sobre las cumbres chatas de las montañas, y la ladera estaba sumida en una opresiva lóbreguez.

Hal llegó a una curva del camino y se detuvo para dejar que los otros les alcanzaran.

—Nieve —musitó Aslak deteniéndose junto a él y mirando al cielo.

Acaso estuviera en lo cierto, la nube era lo bastante densa. Al formar parte del grupo gente inexperta, tal vez fuera conveniente retroceder; pero algo en su fuero interno le impulsó a seguir adelante. Y comprendió a qué se debía. No quería tener que repetir otro día aquella expedición.

Los otros dos se encontraban ya cerca. Avanzaban tranquilos. Era evidente que no sentían necesidad de apresurarse. Estaban demasiado ocupados charlando contentos. Mientras les observaba, Ragna echó hacia atrás la cabeza y resonó con fuerza su risa, que fue tragada por el silencio.

Apretando los labios, Hal aferró sus bastones y emprendió de nuevo la marcha. Esta vez marcaba el paso que le era habitual y que nadie, salvo *Bamse*, podía seguir. Transcurrió un momento hasta encontrar su ritmo; pero entonces experimentó esa

extraordinaria liberación que resulta de impulsarse al máximo, alcanzando el punto supremo de resistencia y más allá de él, hasta que su cuerpo se deslizó en ese lento aunque efectivo ardor capaz de avanzar durante kilómetros, incluso días.

Al cabo de un rato se detuvo reacio porque no se atrevía a perder de vista a los otros, que ya habían quedado bastante retrasados. Observó con satisfacción que parecía que encontraban ya la subida más dura, porque avanzaban en fila india, con la cabeza baja y el cuerpo encorvado.

Habían cesado las alegres risas.

Consideró de nuevo el tiempo. La capa de la nube parecía haberse levantado ligeramente. ¿O acaso era su imaginación? Miró hacia abajo, al valle profundo. Desde luego la visibilidad había mejorado. Era posible seguir a la inversa la carretera cubierta de nieve por la que llegaron hasta el fondo mismo del valle, a nueve kilómetros de distancia. Exactamente debajo de él, el «Land Rover» aparcado parecía un juguete. El camino seguía valle arriba, corriendo paralelo al río helado hasta desaparecer en la curva de las colinas. Pero él sabía que sólo continuaba unos cuantos kilómetros. Después se convertía en un sendero al ascender de pronto el valle hasta la extensión de la meseta.

Aslak le alcanzó. Los otros se acercaron más y Hal se dispuso a emprender de nuevo la marcha. Mientras se enfundaba los guantes, su mirada captó un movimiento minúsculo y lejano que le hizo detenerse.

Algo en el fondo del valle. Un vehículo por la carretera cubierta de nieve procedente de Kaafiord. Lo contempló un instante preguntándose qué iría a hacer allí en aquella época del año. Miró interrogante a Aslak, el cual se encogió levemente de hombros.

—¿Cazadores? —sugirió el lapón sin convicción.

Se escuchó el crujido de esquís que se acercaban y un prolongado suspiro femenino.

—¡Dios mío! —se oyó decir a Ragna—. No estoy tan en forma como debiera.

Hal volvió a ponerse con más fuerza los guantes.

—Todavía nos queda un buen trecho —dijo—. Estás en condiciones...

—Sí, claro —se apresuró a reconocer ella exhalando el aliento en forma de nubes blancas que se diluían de inmediato en el aire helado—. Estoy bien. Sólo que me había olvidado de algunos músculos que tengo en las piernas.

—¿Y tú que dices, Rolf? ¿Te ha reblandecido la vida de la ciudad?

Rolf sonrió melancólico.

—Casi, casi.

—¿Entonces no estás dispuesto a una carrera hasta la cima?

—¡Ah...! —Rolf hizo un gesto de exagerado pesar—. En otro momento.

Hal encabezó de nuevo la marcha despacio. Un instante después, le alcanzaron un par de esquís. Era Rolf. Hal lo acogió con una sonrisa y los dos hombres empezaron a hablar. Al cabo de un rato, Hal notó que se sentía relajado. Rolf siempre había

resultado una buena compañía.

Los hombres eran mucho más directos y con menos complicaciones. «¿Por qué no podrán ser así las mujeres?», se dijo.

El sendero se iba haciendo cada vez más escarpado. Ragna se concentró en la subida, intentando no quedar demasiado retrasada de ellos que, distraídos con la conversación, avanzaban rápidamente con Aslak a sus talones. Llegó a la conclusión de que ella no estaba hecha para aquello. Las botas le estaban fastidiando, las piernas le dolían y los esquíes se le escurrían hacia atrás. Además se le estaban helando las manos y los pies, mientras el cuerpo prácticamente le ardía. Lo normal sería quitarse alguna ropa interior; pero le horrorizaba hasta pensar en el esfuerzo. ¡Decididamente eso no era para ella!

Estaba muy bien para Hal. Se encontraba en su elemento. Se hacía evidente por la forma en que se deslizaba, encantado por el desafío, disfrutando con el escarpado ascenso. Por alguna extraña razón jamás había ido de acampada con él. Durante las vacaciones siempre estuvo con Jan o con otros amigos y luego, después de nacer Krisi, se había limitado a cortas excursiones en las cercanías de la casa.

Ahora estaba contenta de que Hal hubiera ido con ellos. Muy contenta. Había olvidado el misterioso silencio que existía allí arriba, con cuánta rapidez podía cambiar el tiempo y cuán fácil era sentirse sola de repente.

Hal. Al pensar en él sentía de nuevo una punzada de... ¿qué? De remordimiento. Sí, y de confusión. Deseaba tanto que pudieran hablar.

Poco después, al levantar la vista, se dio cuenta de que había aminorado la marcha, dejando que los otros dos se adelantaran. ¡La estaba esperando! Se sintió embargada por una excitación nerviosa. Pero al alcanzarle, jadeando con fuerza, descubrió que estaba mirando atentamente con los prismáticos. Su entrecortado saludo no recibió respuesta.

Entonces comprendió que no se había detenido por ella. Le resultó difícil aceptar la idea.

Siguiendo la dirección de sus prismáticos supo que estaba mirando hacia abajo. El fondo del valle desaparecía casi de la vista a causa de la protuberancia de la ladera de la colina; pero todavía podía verse el «Land Rover» como un diminuto punto gris resaltando sobre la blancura. Y entonces descubrió que cerca de él había otro vehículo, también parado.

¿Era aquello lo que Hal estaba mirando?

Se escuchó un clic al meter Hal de nuevo los prismáticos en la funda que llevaba colgada de la cintura y, sin decir palabra, se puso de nuevo en marcha, dejándola allí parada.

Se apresuró para alcanzarle.

—¿Qué coche es ése? —preguntó jadeante.

Hal tenía el ceño fruncido.

—¿Qué? No lo sé.

Ragna trató de ajustarse a su marcha. Se movía rápido.

—Hal... por favor —exclamó por último exasperada.

—¿Qué pasa? —preguntó él reduciendo algo la marcha.

—No dejes que las cosas se enconen entre nosotros. No puedo soportarlo.

Hal permaneció callado. Pero, por sus movimientos, supo de su contenida ira.

—Hal...

—No tengo la menor intención de discutir sobre eso ahora, Ragna.

Ella se detuvo bruscamente, furiosa, y le dejó alejarse.

Cuando se puso de nuevo en movimiento vio que Rolf la estaba esperando.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Desde luego. Aparte de que no disfruto demasiado.

—Ya no falta mucho para la cima.

Siguieron avanzando un momento en silencio. Ragna descubrió complacida que el sendero que aún les quedaba por delante era menos escarpado. Tal vez ya hubiera pasado lo peor del ascenso.

—La historia. Una vez que la haya escrito, ¿cómo la vas a utilizar? —le preguntó Rolf, que no parecía ni mucho menos sin aliento.

—¿Qué? —jadeó ella—. No te entiendo.

—¿Cómo vas a capitalizarla?

—¡Ah! —no había pensado en ello—. No lo sé... —dejó la frase en suspenso en parte para recuperar el aliento.

—Deberías ir a ver a algunos miembros del Parlamento. Obtener promesas de ayuda.

—Sí, comprendo...

De repente necesitó de modo imperioso descansar. Se detuvo y Rolf la esperó, apoyados los dos sobre sus bastones.

—El problema es el dinero. Yo no tengo —dijo Ragna—. Desde luego no para viajar a Oslo.

—No necesitarías más de uno o dos días.

—Pero el viaje... De cualquier modo no dispongo de medios para eso. Y además, ¿a qué políticos tendría que visitar? ¿Y si no quisieran recibirme?

—Tengo una idea bastante buena de quiénes se mostrarían más o menos solidarios. Puedo facilitarte cartas de presentación. Eso te podría ayudar. Y también otra serie de cartas a los ministros.

—¡Ah!

—¿Hay algún problema? —preguntó él al darse cuenta de su tono dubitativo.

—Hal es el mejor para escribir cartas.

—¿Y qué?

—No sé si querrá hacerlo.

Los ojos azules la miraron interrogadores.

—Ya sabes que Hal representa una gran baza en tu campaña.

Ragna sintió un escalofrío. De repente hacía un frío glacial. Había empezado a soplar un viento helado.

—Sí, lo sé —musitó ella.

Se pusieron de nuevo en marcha. Ragna descubrió desolada que tenía ante sí otro trecho de ascensión escarpado.

A sus espaldas el valle Kaafiord parecía desplomarse semejante a un precipicio. Delante de ellos avistaron las laderas de una austera montaña y el comienzo de un valle poco profundo, un valle que conducía a la meseta.

Ragna se sintió embargada por una sensación de desolación y vacío.

Incluso Rolf permanecía callado con el ceño fruncido. Supuso que también él se sentía oprimido.

Santo cielo, reconocía muy bien aquel lugar.

La meseta no había cambiado. Seguía estando dejada de la mano de Dios, fría, vacía.

Berg había pensado que, después de todo aquel tiempo, carecería ya del poder de conmoverle; pero la panorámica y los ruidos disparaban en su mente imágenes de asombroso poder.

Recordaba el sonido del silencio, lo recordaba mejor que el aullido de las ventiscas, mejor que el gañido y el escofinado de la nieve azotada por el viento, mejor incluso que el incesante goteo en la cueva. Pero lo que había olvidado era la increíble impregnación de ello y de qué manera su suave y mortal absorbencia lo envolvía todo. Un recordatorio permanente de que la vida y la esperanza terminaban allí.

Y eso fue lo que estuvo a punto de ocurrirle a él.

No podía recordar el dolor de la congelación, aunque sabía que había sido aterrador; apenas podía evocar la sensación del hambre. Pero recordaba muy bien el frío. ¡Vaya si lo recordaba! Era esa especie de frío que te devora. Se filtraba a través de la carne, luego de los huesos y, finalmente, en las propias entrañas. Incluso podía llegar a consumir tu hambre.

Empezaba a lamentar haber ido allí. Y al mismo tiempo sentía una satisfacción perversa de que le fuera recordado lo aterradora y precaria que puede llegar a ser la otra cara de la moneda de la vida.

Demasiado alcohol, una existencia en exceso muelle le habían hecho blando. Aquello le estaba agudizando de nuevo los sentidos.

Y también el frío. Ahora lo sentía penetrando en sus mejillas. Se detuvo para apretarse la capucha de su anorak alrededor de la cara y sobre la boca.

—¡Qué lugar... Señor! —suspiró Ragna siguiendo su ejemplo.



«Tenías que haber estado a cincuenta bajo cero», se dijo Berg.

El suelo ya empezaba a ser plano. La vieja senda minera, si es que todavía seguía allí, resultaba invisible debajo de la nieve. Hal se adentró sin vacilar en el valle poco profundo hasta que, al cabo de otros veinte minutos, se detuvo dejando caer su mochila en la nieve.

Cuando Berg se reunió con él, estaba ya inclinado sobre un mapa junto con Aslak. El lapón señalaba la entrada del suave valle ascendente, donde se dividía en dos desfiladeros entre las colinas circundantes.

—Acampamos ahí, en el desfiladero, lejos del ganado a fin de no hacer ruido alguno que les moleste. Por aquí —hizo un gesto amplio abarcando todo el conjunto del valle— han nacido los terneros. Los líquenes, la hierba, son buenos a comienzos de mayo, ¿sabéis? El aire del fiordo, del mar, es cálido, la nieve termina pronto y todo crece bien.

Berg se echó hacia atrás la capucha.

—¿Dónde emplazarán exactamente la instalación?

Ragna, jadeante y sin aliento, se dejó caer sobre un saliente rocoso.

—Si tienen el proyecto de utilizar la antigua senda minera, es probable que la emplacen aquí —dijo Hal señalando un punto en el mapa—. O sobre la propia mina.

—¿Dónde está la mina? —preguntó de nuevo Berg.

Hal señaló a través del valle. Rolf examinó las diversas posibilidades llegando a la conclusión de que, aunque los edificios podían enclavarlos en el valle, los largos cables que parecían formar parte integral de los sistemas modernos de navegación, habrían de quedar suspendidos entre dos picos altos, era posible incluso que a través del propio Valle Kaafiord.

—Pero ¿por qué ha de ser precisamente aquí? —preguntó de pronto Ragna—. Es lo que no comprendo. ¿Por qué no hacerlo en un lugar más accesible?

Nadie sabía la respuesta salvo Berg, y calló como un muerto.

—Deberíamos comer —propuso Hal.

Se quitaron los esquíes y se sentaron sobre el saliente rocoso para tomar emparedados y café.

—¿No hay en realidad otro valle donde las hembras pudieran parir? —preguntó Berg a Aslak.

El lapón parecía un poco sorprendido de que alguien no supiera la respuesta a semejante pregunta.

—Las hembras han nacido aquí —dijo—. Casi todo el ganado ha nacido aquí o muy cerca. No conocen otros lugares. Su instinto les hace volver.

—¿Qué pasaría si los condujeran a otro valle?

—Si se conduce a los renos se les pone nerviosos. De esa manera hemos perdido la mitad de las hembras. Habitualmente somos nosotros los que seguimos al reno, les dejamos seguir su camino. Sólo los conducimos una vez al año para el mercado, y cuando hay que sacrificarlos.

—¿Y qué me dice de los mineros cuando trabajaban aquí? ¿No perturbaban al reno?

—Eso fue hace mucho tiempo. Además sólo venían en verano, cuando nosotros estábamos en los pastos bajos.

Aslak explicó las migraciones estacionales así como las necesidades alimentarias del reno en las diferentes épocas del año.

Finalmente quedó callado. Hal se puso de repente en pie y cogió sus esquíes. Indicó con la cabeza la entrada del valle.

—Voy a dar un vistazo por ahí.

Le vieron impeler con rapidez. Luego Aslak se fue en busca de su mochila para coger un cigarrillo y Ragna a hacer fotografías, dejando a Berg examinar concienzudamente el mapa. Comprobó que la frontera finlandesa no estaba lejos. Calculó a escala. Quince kilómetros.

Al volver Ragna, miró por encima de su hombro.

—Una vez Jan y yo vinimos de excursión aquí. Si se sigue esta carretera a la derecha hasta el final de Kaafiord Valley, sólo hay que recorrer unos cuantos kilómetros para alcanzar la meseta —trazó una ruta sobre la inmensa y vacía extensión de Finlandia—. Aquí está la ladera de un glaciar semejante a una bellísima catarata helada —buscó insegura con el dedo—. *Aquí*. Y un par de cabañas, no recuerdo bien dónde. Pasamos tres días.

—Creí que no te gustaba la meseta.

—Pero es que era en Pascua. Teníamos tiempo soleado. Y hacía calor —se dejó caer junto a él—. Y además estaba en forma. No como ahora.

Se encorvó, ciñéndose la capucha a la cara.

—Bien. ¿Qué opinas?

—¿Sobre qué?

—Sobre el artículo.

—Humm. Prometedor.

—Seguro que tienes más que suficiente.

—No.

—Entonces, ¿qué necesitas?

—La fuente de tu información —repuso él con la mirada perdida en la lejanía.

Ragna no se esperaba aquello.

—No puedo —exclamó; luego, pareció ocurrírsele una idea y lo cogió del brazo—. Aunque tal vez podamos hacer un trato.

—¿Ah?

Berg bajó la vista para mirarla. Sus ojos centelleaban de pura malicia.

—Podrías decirme qué piensan instalar aquí —le planteó.

Desde luego Ragna nunca cejaba. Esto tenía que reconocérselo.

—Incluso suponiendo que pudiera, ¿para qué te hace falta esa información?

—La utilizaría para sugerir otro emplazamiento. Y para impresionar a esos

políticos.

—¿Vendrás entonces a Oslo?

—Tal vez —repuso Ragna con intención.

Berg hizo su composición de lugar. Aquella información podría ayudarle a ella en su campaña; pero sólo si la manejaba de forma adecuada, es decir, con discreción. Ragna tenía un montón de cosas buenas, pero sospechaba que la discreción no era uno de sus fuertes.

Sin embargo una idea empezaba a apuntar en su mente. La analizó durante un momento, en busca de posibles trampas, calculando los riesgos. Pensó que había una manera de dar vuelta a la situación en provecho propio.

Podía muy bien darle aquella información. No por bondad de corazón, ya que en asuntos como aquél no tenía ni mucho menos corazón, sino como una manera de filtrar la información a la Prensa. Corría un riesgo excesivo al utilizarla él mismo, dado que sus artículos venían conteniendo demasiados hechos como aquél y pronto empezaría el Servicio de Seguridad a husmear en su entorno. Pero si se la daba a Ragna y ésta bombardeaba con ella al Gobierno, pronto sería del dominio público. La falta de discreción de ella apretaría el gatillo.

Entonces él podría recoger la historia y darle amplia cobertura.

Todavía quedaba un problema por resolver. Cómo hacer que llegara la información a Ragna sin implicarse a sí mismo.

Pero empezaba a avizorar un camino por el que también aquello quedaría resuelto.

—De acuerdo —admitió—. Y ahora dime cuál es tu fuente.

Ragna vaciló.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

Berg casi sonrió. Era como una niña.

—Prometido.

—Muy bien —dijo ella con la debida solemnidad—. Me lo dijeron en Oslo unos amigos. Un grupo llamado Amigos de la Paz. Me explicaron que les había sido dada por teléfono de forma anónima.

Perfecto.

—¿Y cómo llegaste a conocerlos? —le preguntó.

—En los viejos tiempos. Un escritor amigo mío les ayudó a fundar el grupo. Hace años que los conozco.

—Aún mejor.

—Entonces, ¿conoces a los Amigos? —le preguntó ella.

Berg los conocía bien. Intelectuales de izquierdas implicados en el Movimiento Mundial por la Paz, con diversos grupos antinucleares y muy a menudo vinculados al partido comunista. Por su parte había tenido buen cuidado de mantenerse alejado de ellos.

—Pertenece más bien a la izquierda. Naturalmente —aclaró Ragna, tratando de

protegerse todavía más del viento—. Pero tienen el corazón bien puesto. —Lo miró expectante—. ¿Bueno?

Aquello resultaría siempre que pudiera fiarse de Ragna. ¿Podía?

Quitándose el guante le acarició la mejilla. Ragna se quedó con los ojos muy abiertos. Luego, comprendiendo que su gesto marcaba una coyuntura crítica, lo miró a su vez con franqueza maliciosa, enarcando una ceja y sonriendo.

Berg tomó una decisión.

—Tienes que prometerme algo —dijo en voz queda, teniendo buen cuidado de que Aslak no le oyera.

Ragna hizo un ademán de asentimiento.

—En ninguna circunstancia y bajo ningún concepto deberás revelar jamás de dónde te ha llegado la información. Porque, si lo hicieras, no sólo mi fuente se daría cuenta de que he quebrantado la confianza puesta en mí, sino que ya nadie volvería a darme jamás información alguna. Y también, lo que es más importante, detendrían a mi fuente.

La expresión de Ragna era de absoluta seriedad.

—Lo prometo. Sin reserva alguna.

—Muy bien. —Berg aspiró hondo—. Forma parte de un nuevo sistema de navegación.

—¿De navegación?

El rostro de Ragna reveló a las claras su decepción.

—Espera, espera —pidió Berg irritado, levantando una mano para indicar que no había terminado—. El sistema ha sido concebido con un propósito bien definido, la penetración por debajo de la superficie del mar, hasta una profundidad de diez metros para llegar hasta los submarinos americanos «Polaris». —Percibió que Ragna no captaba la trascendencia de aquello y siguió explicándole de modo paciente—. Los submarinos «Polaris» llevan armas nucleares. Y ahora hace exactamente dos años que Noruega se declaró país estrictamente antinuclear.

Se hizo la luz en la mente de Ragna.

—¡Dios mío! Ya comprendo.

—El sistema ha sido denominado «Delta». No sólo dará sus posiciones al instante a los submarinos «Polaris», algo que jamás tuvieron, sino que, al no verse obligados a emerger para averiguar dónde se encuentran, podrán destruir Moscú sin temor a que los descubran. Lo que proporciona a los Estados Unidos una ventaja inmensa.

Ragna iba asimilando las perspectivas.

—A propósito, de modo semejante al sistema «Loran», lleva consigo un masivo despliegue de largas antenas que se prolongarían desde aquí —indicó con un ademán las montañas— atravesando probablemente todo el Kaafiord Valley.

—¿Y puedo utilizar toda esa información?

Berg se mordía pensativo el labio, como intentando llegar a una decisión.

—Sí.

—Gracias, Rolf —dijo ella en voz baja y reverente—. *Gracias*.

Berg se encogió modestamente de hombros y pareció contento, ya que en realidad lo estaba. Le había salido redondo. Sin duda alguna el FO/S haría ya algún tiempo que mantendría bajo vigilancia a Ragna y estaría al corriente de sus vínculos con los Amigos de la Paz. Cabía suponer que darían por sentado que las nuevas informaciones que poseía ella procedían de sus fuentes habituales.

Y asimismo llegarían a la conclusión de que Berg había obtenido a su vez la información de Ragna.

Sí, todo muy satisfactorio.

Antes de volver a ponerse los guantes, frotó afectuosamente con los nudillos la mejilla de Ragna.

Hal se dirigió hacia el viejo campamento minero en la parte más alejada del valle de la montaña. Era un alivio encontrarse solo, sin más compañía que la de *Bamse*, que con los agitados movimientos de su cola, trazaba dibujos irregulares sobre la nieve. Sus sentidos se expandieron con el silencio y la quietud absoluta y un cierto sentimiento de sentirse feliz en lugares como aquél. La nieve estaba fresca y blanda, sobre el suelo sin ondulaciones, ahogando el leve siseo de sus esquís de manera que el sonido apenas rozaba el vasto silencio.

Nansen había descrito el Ártico como un lugar «elevado bajo los cielos..., el aire era límpido y la vida sencilla..., de retorno a la soledad..., al silencio..., a la grandeza».

Ello lo resumía de manera perfecta.

Se lanzó con enérgicos pasos largos, de modo que la parte trasera de sus esquís se alzaba con pequeños golpes secos al final de cada zancada. Avanzaba sin darse respiro, como si el esfuerzo pudiera destruir pensamientos importunos.

Hubiera sido formidable alcanzar la cumbre de la siguiente colina, siempre había querido averiguar lo que había al otro lado de las cosas. Pero ya era casi mediodía. Pronto se desvanecería la luz, y sería peligroso para Ragna y Rolf el viaje de regreso cuesta abajo.

Disfrutó todavía de unos momentos de soledad y luego se puso de nuevo en marcha. En vez de regresar directamente decidió trazar un triángulo que le haría descender hasta el lado más cercano del valle y luego, a través de su entrada, hasta el pimiento donde la tierra empezaba un escarpado descenso hacia Kaafiord Valley.

Recorrió el primer trecho a un ritmo tranquilo, pues no quería que la excursión se acabara demasiado pronto. Antes de iniciar el trecho final, se detuvo para contemplar, más allá de la profunda sima de Kaafiord Valley, las montañas al fondo, que ahora ya empezaban a emerger de la nube. Desde luego mejoraría el tiempo.

Recorrió con la mirada el vasto panorama; la dirigió luego hacia Kaafiord Valley para fijarla, por último, en los tres pequeños puntos negros cerca del saliente rocoso.

Su cerebro necesitó un momento para asimilar lo que sus ojos habían captado. Volvió la cabeza con un movimiento rápido.

Se había producido una minúscula anomalía, algo que no correspondía al lugar.

Analizó de nuevo la información visual, intentando fijar el lugar.

Se trataba de algo pequeño, algo que se movía, una forma que no se ajustaba del todo...

Allí, en alguna parte. Cerca del final de la senda minera, donde se hacía escarpada y angosta.

Bamse, junto a Hal, captó la tensión y lanzó un gáñido.

Su amo le hizo callar, sacó los prismáticos de su funda y recorrió el panorama con lentitud minuciosa.

Miró una y otra vez hacia el suelo. Nada.

Pero había habido algo.

Se colgó los prismáticos del cuello y emprendió la marcha en aquella dirección, situado sobre el primer zigzag de la senda. Allí el suelo apenas tenía pendiente todavía. Hubo de lanzarse a una frenética carrera de deslizamiento mediante impulso para ganar velocidad y todavía más velocidad hasta encontrarse carenando de cabeza cuesta abajo hacia una escarpada pendiente que había más adelante. Estuvo a punto de sufrir un percance con una roca oculta bajo la nieve. Un esquí se deslizó por debajo de él mientras el otro quedó apuntando al aire y hubo de agitar los brazos en un intento desesperado por mantener el equilibrio. Tuvo la suerte de aterrizar sobre uno de los esquíes y con un impulso final de los brazos logró recuperar el equilibrio.

Sintió que el corazón le latía con fuerza de puro alivio. «Estoy desentrenado», se dijo.

Ante su vista apareció el fondo del Kaafiord Valley y, finalmente, la propia senda que se alejaba culebreando debajo de él.

Se detuvo y se agazapó sigiloso para observar.

Nada. Sintió una profunda decepción.

Pero entonces de repente...

¡Allí!

Movimiento.

Una figura..., un esquiador, bajando por la senda y tomando un recodo.

Llevándose presuroso los prismáticos a los ojos, Hal observó la silueta que, salvando la curva, aceleraba en línea recta hasta desaparecer.

Se incorporó ceñudo.

Seguía así cuando se reunió con los demás y los condujo despacio, senda abajo, de regreso a casa.

Aquella figura vestía una indumentaria familiar.

De blanco de la cabeza a los pies, salvo por el rifle, el cinturón cartuchera y los prismáticos.

Pero éstos también los había reconocido Hal.

Todo ello era equipo reglamentario del Ejército noruego.

## Capítulo XIX

Hal se encontraba de pie en el porche y echó un vistazo al termómetro. Quince bajo cero. Y todavía seguía bajando. La noche era clara y fría. El cielo aparecía tachonado de estrellas pero brillaban pálidas como si también ellas estuvieran ateridas.

El viento soplaba del noreste. Todo el mundo sabía lo que eso significaba. Un sistema de altas presiones sobre el Ártico y el riesgo de una gran helada.

Había transcurrido algún tiempo desde que tuvieron el último noreste real. Tres años. Desde el incidente de Pasvik. Por aquel entonces, las altas presiones no llegaron a asentarse y la helada sólo duró unos días. Pero en la meseta la temperatura había descendido a cuarenta bajo cero.

Siempre que se acordaba del tiempo en aquella época, se sentía de nuevo atormentado, haciéndole sufrir como un dolor de muelas. Le angustiaba la idea de que Jan hubiera podido morir lentamente. Se le aparecía la imagen vivida y terriblemente familiar. Jan yaciendo en aquel desolado lugar barrido por el viento. Solo, desangrándose, extinguiéndose poco a poco, sabedor de que se moría, sintiendo cómo el frío se iba apoderando de él...

Hal logró sobreponerse. No había motivo para pensar que hubiera sido así. Y sin embargo la sospecha seguía viva. Sólo le cabía esperar que no fuera verdad, que Jan nunca hubiera sabido que le habían alcanzado.

Girando bruscamente volvió a la casa y cerró la puerta con firmeza.

Eran las siete. El final de un largo día, el final de tres largos días desde la caminata hasta la meseta.

Se dejó caer junto a la estufa. Se encontraba deprimido. Primero había muerto el buey almizclero que estaba enfermo. Acudió el veterinario desde Tromsø, con un enorme dispendio, sólo para asegurar que no tenía idea de lo que pudo haber provocado la enfermedad. El hombre se había llevado muestras de sangre y piel para su análisis; pero no se mostró muy optimista. A Hal aquello le había trastornado. Quería a los bueyes y era casi como si hubiera perdido un animal doméstico.

Hubo además trabajo extra a causa del tiempo. El reparto de los piensos, una limpieza constante porque el establo se encontraba atestado, sacar del agua a otro buey almizclero, ocuparse de una cabra herida.

Como resultado de todo ello los papeles se le amontonaban. Ya iba con retraso un informe para el Ejército sobre un nuevo modelo de esquí. En su calidad de asesor de una expedición científica a Groenlandia, tenía que comprobar tres inventarios de equipo. Y por último, como siempre, estaba el correo.

Despabilándose, comió rápidamente, puso la *Quinta* de Beethoven y se sentó ante su escritorio con una copa de aguardiente para que le ayudara a ponerse en marcha.



Había abierto ya algunas cartas y las estaba repasando para recordar su contenido. Dejando a un lado las facturas y las comunicaciones comerciales, volvió a leer una nota cuidadosamente escrita a mano y bastante protocolaria de la familia de Mattis. Decían que éste nunca había tenido unos prismáticos como los que les había descrito. Los únicos que tuvo fueron los que le dieron con motivo de la Expedición Alpina en mil novecientos cincuenta y uno. Sentían no poder aportar una mayor ayuda. Y le enviaban amables saludos.

Hal pensó escribir luego una breve nota de agradecimiento.

No necesitaba que le recordaran de quién era la siguiente carta. Nunca había visto una escritura semejante. Unos garapatos grandes y apresurados, salpicados de signos de puntuación que desafiaban todas las reglas conocidas.

Releyó la última frase.

«... Espero que vendrás el domingo. Kris quiere ir con el tobogán... ¿Vendrás?»

El domingo era al día siguiente. Aún no había tomado una decisión pero tenía la impresión de que aquella visita no era una buena idea. Aun cuando la invitación era a todas luces un ofrecimiento para hacer las paces, él no estaba muy preparado para ello. Claro que echaría en falta no ver a Kris; pero sería preferible dejarlo para otra semana para dar tiempo a que las cosas se serenasen.

Y estaba seguro de que se serenarían. Rolf se había ido. El jueves voló de regreso a Oslo sin haber hecho planes de volver. Para Hal había sido un alivio considerable. Ya era malo verse rechazado por una mujer como Ragna, pero contemplar cómo otro hombre se ganaba su favor, equivalía a una tremenda bofetada. El recuerdo aún le sacaba de quicio.

Pero lo que en realidad desconcertaba a Hal era que Ragna no se diera cuenta del tipo de hombre que era Rolf. Un estupendo periodista, un amigo generoso y afectivo; pero en lo que a mujeres se refería, absolutamente imposible.

Con toda seguridad Ragna tenía suficiente buen juicio para no verse mezclada con alguien como Rolf. Sólo de pensarlo se sentía furioso a la par que desazonado.

Haciendo un esfuerzo, volvió su atención al principio de la carta de Ragna y se concentró en el tema principal. Estaba fechada el jueves por la mañana, la del día siguiente a la expedición.

«... una increíble información de mi contacto en Oslo. Se trata de un sistema de navegación llamado “Delta”. Habrá cantidades de antenas, un número increíble de hombres para el mantenimiento, yendo y viniendo durante todo el día. Pero lo más increíble es que está destinado al uso por parte de submarinos nucleares “Polaris”; o sea, que no es defensivo sino ofensivo... ¡Para su utilización en una guerra nuclear! ¿Querrías escribir al ministro de Defensa y preguntarle cómo es posible que el Gobierno permita que eso sea instalado en suelo noruego?»

Hal meneó la cabeza. En algunas ocasiones, Ragna era todo menos realista. Parecía imposible que formulara semejante pregunta. Ni siquiera podía mencionar los submarinos. Si pusiera alguna objeción a aquella instalación con argumentos en

contra de los «Polaris», se le consideraría todavía más subversivo que hasta ahora, y ello conduciría a la rápida cancelación de sus contratos con el Ejército en menos que cantaba un gallo. Y sin contratos no había dinero. La cuestión era así de sencilla.

Al mismo tiempo, tenía que seguir ayudando a Aslak y a su pueblo, que era también el de Mattis, un detalle que él jamás olvidaba. Se estaban avasallando sus derechos y él no podía permitir que eso pasara ignorado.

Suspiró profundamente: Ragna... Cogió papel e intentó pergeñar el borrador de una carta para el ministro de Defensa que dejara a todos contentos.

Al cabo de media hora, creyó haber logrado algo que pudiera ayudar a la causa de los lapones, sin colocarse, o al menos así lo esperaba, en una posición demasiado contestataria.

Aunque era discutible el que los perros guardianes de FO/S, el Servicio de Seguridad, lo viera de la misma manera. Sin duda alguna le habrían etiquetado ya como peligroso, dedicándole todo un expediente. Claro que Thrane no le había dicho nada de eso; pero Hal sabía bien cómo funcionaba el sistema. Los Estados Unidos insistían en rígidos procedimientos anticomunistas en cuanto a sus intereses se refería.

Mientras escribía la carta a máquina pensó en Thrane. Tenía la impresión de que no se sentiría en modo alguno satisfecho cuando se enterara del último lapso por parte de Hal.

Pero no podía evitarlo.

Firmó la carta, la franqueó y la dejó en el anaquel junto a la puerta de entrada.

Luego, se sentó a escuchar los últimos compases mágicos de la Sinfonía. La *Quinta* siempre le levantaba el ánimo. Después, puso algo de Mozart que en todo momento le inspiraba un talante práctico. A continuación, hizo acopio de fuerzas para empezar a abrir el montón de correo que Arne le había llevado aquella misma tarde.

Había un sobre de Oslo con la dirección escrita a máquina. Lo abrió.

*Bamse* dio un salto súbito y corrió hacia la puerta con furiosos ladridos.

Hal escuchó los pasos peculiares de Arne fuera, en el porche, y se preguntó qué le llevaría allí a aquella hora tardía. Por lo general estaba en la cama a las nueve.

Hal sacó la carta del sobre y echó una mirada a la firma al tiempo que se levantaba con la intención de dirigirse a la puerta para recibir al viejo. Se detuvo mirando el membrete de la carta.

—Frío —dijo el hombre al entrar, después de sacudirse la nieve de los zapatos—. Y todavía hará más.

Hal apenas le oyó. Estaba demasiado ocupado leyendo.

La carta era de un abogado llamado L. J. Sorensen. Pasó con rapidez sobre los primeros cuatro párrafos para luego releerlos con más tranquilidad. Los prismáticos. Aquel hombre había descubierto a quién pertenecieron originalmente.

El viejo seguía allí inmóvil.

—Un momento, Arne.

Con un ademán de asentimiento el ayudante desapareció en dirección a la cocina.

Hal leyó la carta por tercera vez, frotándose pensativo el labio. Luego, se acercó a su escritorio, abrió el cajón de abajo y empezó a rebuscar en él.

Al fin encontró lo que buscaba. Un viejo y manoseado cuaderno de notas que hojeó rápidamente. Era su Diario de los primeros tiempos, donde tenía registradas todas las ascensiones y excursiones iniciales.

Intentaba recordar cómo había transcurrido el invierno mil novecientos cuarenta y cuatro cuarenta y cinco.

Vio que Jan y él habían hecho un par de ascensiones. Sí, Blaamannen, Goalsvarre. Pero aquella evocación no llevó consigo otras. Desde luego Hal no recordaba que por aquel entonces Jan hubiera adquirido un par de prismáticos alemanes.

Arne volvió llevando en la mano una bebida caliente y se sentó junto a la estufa.

Hal le dirigió una breve sonrisa.

—Lo siento, Arne.

—Hay un mensaje.

—¿Sí? —murmuró Hal con aire ausente.

—De Ragna Johansen. Telefoneó. Dijo que lo sentía; pero que mañana no estaría aquí.

Hal levantó la vista bruscamente.

—¿Ah?

—Se ha ido fuera.

Sintió la garganta seca.

—¿Qué? ¿Adónde?

Pero antes de que Arne abriera la boca para contestar, Hal lo sabía.

—A Oslo. Se ha ido a Oslo.

## Capítulo XI

Naturalmente, Sonja se sentía triste. Pero también como si hubiera vuelto a nacer.

Aquel mismo día había tirado las últimas flores del funeral y despejado el dormitorio de su madre. Se había desprendido de todo. Adornos, ropa de cama, incluso de las cortinas. Y luego limpió y fregó la habitación de arriba a abajo.

Decidió pintar de nuevo el cuarto, tal vez de un rosa pálido, fresco y joven, mucho más adecuado para una habitación de invitados.

Resultaría agradable tener gente pasando unos días; pero todavía no se le ocurría a quién podría invitar. Y, por supuesto, también podría recibir amigos, dar pequeñas cenas, reunirse con personas que fueran a tomar café.

Ante ella se ofrecían infinitas posibilidades aunque, al igual que a cualquier prisionero liberado de repente de un largo encierro, también le atemorizaba algo aquella nueva libertad.

Pero con lo que no tenía problema alguno era con el dinero. Su madre, que siempre se había quejado de pobreza, tenía guardada una sorprendente cantidad. Sonja, algo dolida por aquel engaño, había pasado todo el día anterior de tiendas, comprando vestidos. Sobre la cama tenía extendido un precioso traje de seda negra con una chaqueta roja.

Al pasar junto a la cama lo acarició con delicadeza. Había sido muy caro para lo que ella estaba acostumbrada, pero merecía la pena hasta el último céntimo gastado. Estaba maravillosa con él.

Al comprobar la hora, se dirigió presurosa a su escritorio para garrapatear una nota.

Se limitó a escribir:

*Queridísimo. Lo peor ya ha pasado. Me siento muy recuperada. Estoy impaciente por verte. ¿Qué me dices de unas vacaciones? Con todo mi amor.*

La metió en un sobre en el que escribió con toda claridad: «Lundquist», un nombre falso de su propia invención, y luego la dirección.

En los últimos diez días había escrito ya dos veces a Erik. La primera nota fue breve aunque sin ambages:

*Queridísimo. Mi madre está gravemente enferma. Tengo que quedarme con ella. Telefona si puedes*

La segunda, perentoria:

*Mi madre ha muerto esta mañana. Te necesito. Llama tan pronto como te sea posible.*

Era la primera vez que le presionaba para que telefonease. Pero, le necesitaba hasta tal punto que había arrojado por la borda toda cautela.

Por desgracia, no había llamado, lo que significaba que todavía debía estar fuera de la ciudad. Había sufrido una gran decepción.

Claro que sin él se había mostrado muy valiente. Pero no podía dejar de pensar, cuánto mejor hubiera estado con Erik junto a ella. Imaginaba sin cesar pequeñas escenas, en las que ella se mostraba muy serena y sosegada, conteniendo con dignidad su dolor, mientras él la contemplaba admirado.

Acaso no hubiese sido exactamente así; pero la experiencia les habría unido más. De eso estaba segura. Sin embargo, era inútil lamentarse sobre lo que hubiera podido ocurrir. Ahora tenía un futuro en que pensar.

Un futuro sin su madre.

Le era imposible alejar un inmenso sentimiento de alivio, algo perverso. Quería a su madre, claro que la quería. Pero los dos últimos años habían sido una auténtica pesadilla. Había dicho que prefería morir a ir a una clínica de reposo, de manera que todos los días iba a asistirle una enfermera y Sonja la relevaba por las noches. Su madre se ponía histérica cuando ella intentaba salir con excesiva frecuencia. Sus encuentros con Erik se habían reducido a uno cada dos o tres semanas. Una desesperación.

Ahora, tenía ante sí todo tipo de deleites. Invitar a cenar a Erik a su casa, dejarle quedarse toda la noche, incluso irse de vacaciones juntos al extranjero. ¿Por qué no? Claro. ¿Por qué no?

Casi rió en voz alta.

De repente se dio cuenta de la hora. Las seis. No debía llegar tarde. Entró corriendo en el cuarto de baño, se duchó, se cepilló el pelo y se puso laca. Y por último se aplicó un ligero maquillaje.

Luego, se puso el vestido negro con la chaqueta roja. Tenía un aspecto tan elegante que casi reventaba de gusto.

Salió de su casa a las seis cuarenta, echó al correo la carta para Erik y llegó al Teatro Nacional con tiempo más que suficiente para reunirse con Elsa en el vestíbulo.

Hacía meses que no iba al teatro; y años, ya no podía recordar cuántos, que no asistía a un estreno. Había olvidado lo apabullante que era. El bullicio, el ruido, la sensación de no pertenecer a aquel ambiente. La intimidaba toda aquella gente parlanchína, los rostros familiares y sin embargo desconocidos, de actores y políticos, la proximidad de mujeres distinguidas con sus deslumbrantes vestidos. Luego, recordando lo elegante que ella misma iba, comprendió que se estaba comportando de manera estúpida. Podía equipararse a ellas con la cabeza muy alta.

Se sintió algo decepcionada al ver que sus butacas se encontraban en el círculo

superior y a un lado. Pero estaba decidida a que nada le aguara aquella noche. Se concentró en la obra, un drama de la nueva ola según se decía en el programa de mano, rebotante de monólogos, largos y rebuscados, sobre unas conflictivas relaciones familiares. Tenía la seguridad de que estaba llegando bien al fondo de aquello.

Durante el entreacto se agolpó tanta gente en el bar, que se retiraron a la sala y permanecieron en pie, en la parte delantera del círculo, viendo cómo el público, abajo, iba regresando a sus localidades.

Sonó el timbre. Los escasos espectadores se convirtieron en un río constante. Elsa dio a Sonja con el codo y le indicó a una mujer entre los que regresaban.

—Hildegard Lindman.

Sonja asintió con la cabeza. Conocía el nombre. Hildegard Lindman era una famosa actriz que hacía películas con uno de los más importantes directores suecos. Bella, vestida por los mejores modistos, era el tipo de mujer que destaca de forma natural entre la multitud, incluso cuando apenas se la ve más allá de la coronilla.

A su lado tenía a un hombre de pelo rubio y brillante, semejante al de Erik. El hombre puso una mano sobre el hombro de la actriz. Hildegard Lindman se volvió y le sonrió, de manera que Sonja pudo ver la cara a ella. La sonrisa era amplia, cálida, casi una sonrisa de amor. El hombre inclinó la cabeza hacia la suya y le dijo algo que le hizo reír.

Se detuvieron ante el extremo de una fila de butacas y esperaron a que la gente les dejara pasar.

Sonja contuvo el aliento. La cabeza inclinada del hombre, el rostro en la penumbra... había algo en él que le resultaba familiar.

De repente se quedó helada.

El hombre avanzó con dificultad a lo largo de la fila, bajó su asiento y se instaló.

Luego, recorrió con la mirada la sala y alzó la cara con expresión lánguida y distante.

Sonja se quedó con la boca abierta.

*Erik.*

Las luces empezaron a apagarse.

—Vamos —musitó Elsa.

El hombre volvió la cabeza. Sonja se aferró a la barandilla, intentando ver de nuevo aquel rostro... desesperada por comprobarlo, aunque terriblemente segura.

—Está subiendo el telón —le advirtió Elsa tirándole de la manga.

Sonja logró ponerse en movimiento y, a la zaga de su amiga, se derrumbó sobre su asiento.

El resto de la obra lo pasó aturdida entre murmullos de voces. En el preciso momento de caer definitivamente el telón, Sonja se puso de pie de un salto, se abrió paso entre la muchedumbre que aplaudía y corrió hacia la escalera. Llegó al vestíbulo central y se detuvo, jadeante, para ajustarse las gafas. Al cabo de un momento llegó a

la conclusión de que la escalera era el mejor punto de observación. Si situó a la mitad y esperó.

Callaron los aplausos, se abrieron las puertas y el vestíbulo se llenó de gente haciendo cola para recoger sus abrigos. Sonja mantuvo los ojos clavados en la puerta principal de la sala de butacas. Al cabo de un momento se redujo el desfile del público. Estaba desesperada. No podía creer que le hubiera pasado inadvertido.

De repente se dio cuenta. El grupo debió haber salido entre bastidores.

¿O tal vez no?

Atormentada por la indecisión, se demoró algo más y luego fue a recoger su abrigo. Elsa corrió tras ella.

—¿Qué pasa, Sonja? ¿Estás enferma?

Cogió su abrigo.

—He de irme... —farfulló, al tiempo que negaba con la cabeza.

Y alejándose de Elsa, la cual se hallaba muy sorprendida, corrió presurosa hacia el lateral del teatro, a la entrada de artistas. Delante de ella se encontraba un grupo de cinco o seis personas jóvenes. Sonja, atravesando la calle se situó bajo la marquesina del «Hotel Continental» y esperó.

Pasaron cinco minutos. Diez. De cuando en cuando salía alguna persona. «Gente de bambalinas», se dijo Sonja.

Hacía frío. Los pies empezaban a helársele. Miró nerviosa en derredor suyo, comprendiendo que debía estar llamando la atención. Sin embargo no se decidía a abandonar.

Al fin apareció más gente, personas con voces altas y bien moduladas y rostros animados. Sonja reconoció a un par de actores que habían intervenido en la obra que acaba de ver.

- de repente allí estaba ella, Hildegard Lindman. De pie, en la puerta, sumergida en pieles, con la cabeza vuelta, esperando a sus amigos todavía invisibles. Sonja permanecía inmóvil, mirando.

Una pareja se reunió con Hildegard Lindman y salieron a la calle. Gente hermosa, absolutamente en paz consigo misma y con el mundo.

Y ahora él. Llegó sonriente; cogió a la actriz por el codo con desenfadada familiaridad.

Erik. Ya no le cabía la menor duda.

Se retiró al socaire del edificio, con una mueca de humillación y dolor.

El grupo de cuatro se dirigió animado hacia los árboles desnudos y los jardines cubiertos por la nieve de Eidsvolls Plass, el eco de sus risas fuertes y estridentes resonaba en el aire.

Sonja cruzó de nuevo la calle y les siguió, manteniéndose pegada al muro del teatro por si acaso volvían.

Los cuatro dejaron atrás la estatua de Ibsen y avanzaron en diagonal, atravesando la zona frente al teatro. Sonja vaciló en la esquina del edificio.

Se oyó una voz. El grupo de Erik se detuvo. Hubo una breve y animada conversación; luego, una ruidosa despedida. Los dos hombres saludaban con la mano dirigiéndose hacia donde se encontraba Sonja, dejando a los otros reanudar su paseo.

De repente uno de ellos se detuvo y volvió a gritar:

—¡Eh, Hildegard!

La actriz se volvió. Sus compañeros se detuvieron.

—¿Estarás en Estocolmo para el estreno de Ingmar?

—Sí. ¿Y vosotros?

—Esperamos estar. Adiós, Rolf.

Erik saludó con la mano.

Sonja se quedó mirando desconcertada.

El grupo atravesó los jardines, seguido por Sonja a una distancia prudencial. Andaban con paso ligero, decidido; cruzaron la calle por la parte norte de la plaza y se dirigieron a un edificio. Sobre él centelleaba un letrero azul: «*Blom's*».

Erik entró delante, manteniendo la puerta abierta para los otros. Luego, todos desaparecieron.

Sonja se detuvo, de repente se sintió desorientada. ¿Y ahora qué? No podía quedarse esperando allí.

Pero tampoco podía decidirse a abandonar. Encontró un banco debajo de unos árboles desnudos y se dejó caer en él.

¿Cómo había podido Erik?

Pues claro que había podido. A la vista estaba. Eso era lo que más le dolía. Debió estar haciéndolo todo el tiempo. Diciéndole que se encontraba fuera cuando en realidad se hallaba con mujeres como Hildegard Lindman.

Y, naturalmente, ella sabía el motivo. Porque las Hildegard Lindman de este mundo eran bellas, distinguidas y deseables y, a su vez, también le querían a él.

Siempre supo que debía de haber otras mujeres, que él era demasiado maravilloso para ser verdad. Bien, ahí tenía la prueba. No debería sorprenderla y tampoco tenía que importarle.

Entonces, ¿por qué le importaba tanto?

La pena era tan grande que en realidad sentía en su interior un gran dolor.

Las lágrimas le caían por las mejillas. No hizo el menor ademán para limpiárselas.

De repente recordó las notas que había escrito, las patéticas y breves notas. ¿Qué habría pensado de ellas? Lo más probable era que las encontrase infantiles y en exceso dramáticas. ¿Las habría roto? Sintió en el estómago un hormigueo de humillación y pena.

¿Acaso le había importado alguna vez?

No quería saber la respuesta. De repente se puso en pie y se secó las lágrimas con



brusquedad. Era culpa suya. Le estaba bien merecido. Sólo había recibido migajas. Debiera haberlo comprendido desde el principio.

Era hora de volver a casa.

Dio unos pasos y luego vaciló. Algo la retenía, y Sonja intentaba descubrir qué era.

Una curiosidad acuciante. Necesidad de saber. Celos. Angustia.

Se encaminó al café que había al otro extremo de los jardines, frente al Storting. Estaban a punto de cerrar; pero la dejaron quedarse para tomar un café. Se sentó en un rincón desde el que podía ver la entrada del «Blom's».

Veinte minutos más tarde, el café apagó las luces y ella se fue.

Pasó por delante del «Blom's», hacia el lado opuesto de la calle. Resultaba ridículo esperar, ya que era bien pasada la medianoche. Pero ya que había llegado tan lejos... en cierto modo y como quiera que fuese no parecía importar mucho una larga y glacial espera.

Aguardó en el banco, con los pies helados y el cuerpo entumecido.

Al cabo de un rato se detuvo un taxi delante de «Blom's». Algunas personas salieron del restaurante y subieron.

No eran Erik y sus amigos. Pero eso mismo era lo que harían. Pedir un taxi. Y allí se quedaría ella como una estúpida, viendo cómo se alejaban.

De cualquier manera, ella necesitaría un taxi a aquellas horas de la noche. Con un gemido, se dio cuenta de lo que debía haber hecho desde el principio. ¿Cuánto dinero llevaba? «Unas cien coronas», se dijo. Sería bastante.

Corrió jadeando hacia la parada de taxis que había junto al teatro, segura de que Erik elegiría ese mismo momento para irse, subió a uno de ellos y dijo al taxista que aparicara un poco antes de «Blom's». Luego esperó, abatida ante la posibilidad de que, entretanto, él ya se hubiese ido, e intentando no escuchar el inmisericorde y costoso clic del taxímetro.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, pasó un taxi veloz junto a ellos y se detuvo delante de «Blom's».

Unas personas salieron del restaurante.

Ellos.

Sonja se sintió un poco mareada. El cuarteto se detuvo en la acera, besándose unos a otros en las mejillas y dándose palmadas cordiales.

Erik y Hildegard Lindman subieron al taxi.

Sonja se abalanzó hacia delante aferrando el asiento delantero.

—¡Siga a ese taxi!

El taxista le dirigió una mirada extraña; pero arrancó sin decir palabra.

Circularon por las angostas calles del centro de la ciudad, dirigiéndose hacia el Norte y luego hacia el Oeste. Cada vez que se acercaban a un semáforo, Sonja se quedaba fría por si aparecía la luz roja en el momento más inoportuno. Se encendió el disco ámbar mientras se dirigían al semáforo, pero el taxista siguió su marcha.

—Gracias —jadeó Sonja.

—Sólo un segundo y hubiera tenido que detenerme —rezongó el conductor.

Sonja procuró orientarse. El Palacio Real estaba a la izquierda. Se dirigían hacia la parte norte del parque. El taxi de Erik les llevaba una ligera delantera.

—No deje que se aleje demasiado —pidió ansiosa.

—Está acelerando —replicó el taxista con tono morigerado—. No pienso arriesgar mi licencia, ¿comprende?

Se sintió desolada. El otro taxi se distanciaba más y más. En la esquina del parque giró a la izquierda, a continuación de nuevo a la derecha, y se perdió de vista. Pero luego, cuando llegaron a donde habían girado, apareció de nuevo.

De repente empezó a aminorar la marcha y entró en una bocacalle. Sonja volvió a aferrarse al asiento. Pareció transcurrir un siglo antes de que llegaran a la esquina.

Entraron en la calle. Allí. El otro taxi estaba delante de ellos, parado junto a la acera. La portezuela trasera permanecía abierta y Erik ya se encontraba de pie en la acera.

El taxista de Sonja frenó. Comprendió horrorizada que se disponía a parar.

—¡Siga! ¡Siga! —le gritó al oído.

El hombre vaciló, apretando luego el acelerador. Al pasar junto al taxi parado, Sonja se dio cuenta de que la cara blanca de Erik estaba vuelta hacia ellos. Por un instante no pudo apartar los ojos de él, como hipnotizada por un reptil. Luego, en el preciso momento en que sus miradas iban a encontrarse, hizo un esfuerzo supremo y recuperó el buen sentido. Bajó la cabeza de forma brusca y temblorosa se tapó la cara con la mano. Casi podía sentir los ojos de Erik clavados en la nuca. Una vez que los hubieron dejado atrás, buscó sus gafas, que se le habían caído al suelo, se las puso y volvió con esfuerzo la cabeza para mirar por la ventanilla de atrás. Erik caminaba tranquilo por la acera, rodeando con un brazo a Hildegard Lindman.

Sonja hundió los hombros como si hubieran descargado sobre ellos un peso insoportable.

El taxista detuvo el coche. Sonja bajó y le dijo que esperara. El hombre farfulló algo como que no era su costumbre esperar.

«No creo poder soportar una discusión», se dijo Sonja. Luego, se dio cuenta de que estaba preocupado por el dinero, de modo que le puso en la mano cuanto tenía.

Era un edificio de apartamentos más bien nuevo, de tres pisos, situado algo retirado de la calle. Supuso que sería caro. Se trataba de un barrio elegante.

Se acercó cautelosa. De repente se encendieron luces en dos ventanas del primer piso, lo que la hizo retroceder un poco.

Haciendo acopio de un valor que no creía tener, recorrió el corto trecho hasta la puerta de entrada. Había seis apartamentos, cada uno con su propio timbre y tarjetas con los nombres, debidamente iluminadas. Acercó más la cara. *Eyvind Vorren, Prof. Hermann Dahlberg, Karen Dahlberg, Rolf Berg, E. Nettum...*

Hizo un ligero retroceso y leyó de nuevo la lista.

Allí no había ningún Erik Leif.

Volvió a mirar hacia arriba. En el primer piso seguían brillando las luces, en tanto que el resto del edificio permanecía a oscuras.

El primer piso. Si habían procedido con alguna lógica en la lista de nombres, ese apartamento debía pertenecer al tercero o cuarto hombre. Al profesor Dahlberg y su mujer. O a Rolf Berg.

Rolf Berg. Se quedó mirando la tarjeta mientras recordaba al hombre que se les acercó ya fuera del teatro, la conversación a voces, la última despedida.

Rolf. Le había llamado Rolf.

Y fue Erik quien lo saludó con la mano.

# **Tercera parte**

## **Comienzo**

## Capítulo XX

En el sueño, el frío se cernía más y más sobre él. Berg abrió la boca para gritar mas no logró emitir sonido alguno. Intentó abrirse camino entre las tinieblas, pero tenía los brazos flácidos e inútiles y las piernas como el plomo. Un peso parecía haberse descargado sobre su cuerpo y pensó que jamás podría volver a moverse. Se sintió embargado por una inmensa oleada de compasión por sí mismo y de furia impotente. Hubiera querido acurrucarse y llorar.

Pero Petter le sacudía por el hombro, atormentándole, repitiendo su nombre una y otra vez.

—¡Raf, Raf! ¡Tienes que levantarte! ¡Tienes que levantarte!

Las mismas palabras una y otra vez, ásperas y estridentes, invadiendo su oscuridad cuando todo lo que él quería era que le dejaran solo.

Cambió de repente la escena. Le estaban obligando a moverse, le ponían en pie, pero el esfuerzo era aterrador y empezó a gritar por el sufrimiento que le producía. Al intentar abrir los ojos, se encontró con una atroz blancura, al tiempo que un agudo dolor explotaba en su cerebro.

De nuevo la voz de Petter.

—¡Vamos! ¡Vamos, hijo de Satanás! Ya falta poco.

La escena cambió de nuevo. Se encontraba caído en la nieve, rodeado de renos, un inmenso rebaño que se agitaba, bufaba y pateaba en derredor de él, sus pezuñas cada vez más cerca. Se sentía invadido por el terror. Los animales estaban a punto de pisotearle. Sin embargo, los estúpidos lapones no hacían nada por evitarlo. Trató de gritar, pero estaba atado con correas a una especie de trineo y por alguna razón no podía mover la boca al igual que le ocurría con las extremidades.

El pánico le subió a la garganta.

Alguien le estaba sacudiendo de nuevo. De manera insistente.

Esta vez estaba realmente furioso con Petter.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas.

El sonido de su voz le llegaba tenue, de muy lejos, hasta que de repente sonó con fuerza y cerca.

Se despertó con un violento sobresalto y se encontró con la cara de Ragna.

Parecía a su vez sobresaltada.

—Me fastidia hacer esto —dijo—; pero me pediste que te despertara. ¿Estás bien?

Sus ojos lo recorrieron todo, su dormitorio, la luz gris, Ragna inclinada sobre él, y se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

—Perfectamente —farfulló.

Se dio cuenta de que ella salía, silenciosa, del dormitorio. ¿Cómo había penetrado

en el piso? Claro, él mismo le había dado la llave para que pudiera entrar a despertarlo.

Repasó el sueño. Realmente espantoso. La culpa era de aquella condenada excursión a Kaafiord... Había removido sus recuerdos.

Miró la hora. Las once.

Sacó las piernas de la cama, sin hacer caso del cansancio y del sordo dolor de cabeza, y se fue directo a la ducha. La tomó caliente, luego fría, y salió de ella sintiéndose más humano.

Se puso un batín y siguió los aromas del desayuno hasta la sala de estar, donde vio que Ragna había preparado una humeante cafetera, zumo de naranja fresco, pan, queso y miel.

Todo muy hogareño. Por lo tanto no convenía alentar ese sentimiento.

Cuando se hubo sentado y se disponía a tomar su primera taza de café, ella apareció en la puerta de la cocina. Tenía un aspecto maravilloso, de eso sí que se dio cuenta. Era evidente que había dedicado los últimos días a ir de compras y a que le hicieran algo nuevo en el pelo.

—¿Has terminado de veras el artículo? —le preguntó ella.

Berg hizo un gesto de asentimiento.

—A las cuatro.

Había sido una pesadez. Un artículo de cinco mil palabras sobre la Conferencia de Bonn, cuando acababa de regresar de allí a las nueve de la noche del día anterior.

Ragna le miró perspicaz.

—¿Estás ya en forma?

—Más o menos —repuso él con una mueca.

—En tal caso...

Se acercó a él, le puso las manos en las mejillas y le dio un fuerte beso.

—Esto es a modo de gracias.

—¡Ah! ¿Entonces ya lo han publicado?

—Naturalmente.

Le alargó el *Dagens Post*. El director había reservado una página entera interior a su artículo sobre Kaafiord.

—Bien, veremos en qué queda todo —dijo Berg cauteloso—. A estas alturas no abrigues demasiadas esperanzas. Pero para el funcionario del Ministerio de Justicia la cosa no caerá en saco roto. ¿A qué hora has de ir a verle?

Ragna se sentó a sus pies.

—A las dos.

—Lo tomarás con calma, ¿verdad?

Ella pareció ofendida.

—Bueno..., no pienso golpearle en la cabeza, si es eso lo que quieres decir.

Berg sonrió. Disfrutaba gastándole bromas.

Ragna simuló mirarle con soberbia.

—Ya verás... Acabará comiendo en mi mano.

—Ciertamente se va a quedar de piedra cuando se dé cuenta de que estás al tanto del objetivo de la instalación —dijo Berg ya con seriedad—. Pero anda con cuidado, ¿eh? Quiero decir que no hables demasiado... Límitate a mencionar que sabes el aspecto que va a tener. Y déjalo caer sin darle importancia, como si fuera de conocimiento público. No vayas a largarle una perorata sobre ello.

—Iré con pies de plomo.

Su expresión era grave. Parecía una chiquilla intentando demostrar lo mayor que era.

Adelantándose en su asiento alargó la mano y le acarició suavemente el pelo. Tenía un hermoso cabello, oscuro, abundante y luminoso.

Ragna esbozó una sonrisa provocativa. Berg, inclinándose hacia ella, la besó. Tenía los labios muy suaves. «Esta noche. Esta noche seremos amantes», se dijo.

De repente se disipó su buen humor. Acababa de recordar que aquella noche tenía que reunirse con Sonja. Suspiró fastidiado.

—¡Maldición! Acabo de darme cuenta de que hoy no podemos cenar juntos. — Por un momento pareció reflexionar—. Pero podríamos encontrarnos más tarde, alrededor de las diez.

Ragna se humedeció los labios y lo miró con los ojos entornados, como si estuviera pensando si aceptar o no. Pero Berg sabía que aceptaría. Los ojos reidores de ella la habían delatado.

Eso era precisamente lo que le gustaba de ella, que todo le parecía divertido.

La llevó hasta el piso de unos amigos suyos con los que había acordado que ella se quedaría, y luego siguió hasta su oficina.

—Bien, ¿no te ha resultado Bonn excitante, como te prometí? ¿No estás contento de haber ido? —le preguntó alegremente Ingrid tan pronto como apareció.

Berg levantó sarcástico una ceja y dejó el artículo de Bonn sobre la mesa de ella con un exagerado floreo.

Casi a medio camino de la sala de redacción, era visible el montón de correo acumulado en su bandeja de entradas. Dejándose caer en su sillón, la apartó a un lado, y encendió un cigarrillo y empezó a repasar con escaso interés los mensajes telefónicos. Contratos, políticos de escasa importancia, grupos de presión...

Recordó que hacía varios días que no había llamado a su servicio de mensajes y de inmediato marcó el número del tabaquero estoniano.

Había uno.

Era de Alex. *Ponte en contacto conmigo urgentemente.*

Berg colgó el teléfono con cierta vaga alarma. Jamás le había enviado un mensaje semejante.

Aspiró con fuerza su cigarrillo, reflexionando, barajando en su mente diversas posibilidades, todas ellas desagradables.

Salió de la oficina y, tras dirigirse a una cabina telefónica, rebuscó en su memoria

el número especial que Alex le había dado y lo marcó.

Contestaron de inmediato.

—Es Harri —dijo Berg.

—Vaya al «Hotel Bristol», al «Library Bar», dentro de media hora —le ordenó una voz desconocida. Colgaron sin esperar una respuesta.

Berg farfulló algo despectivo. Otra vez con el juego de capa y espada. Sin embargo, mientras caminaba con paso enérgico otra vez hacia su oficina, sentía el estómago revuelto y la boca seca.

Treinta y cinco minutos después llegaba al «Hotel Bristol».

Una vez se hubo quitado el abrigo atravesó el vestíbulo principal, dejando atrás el oso de peluche gigante que desde un rincón le miraba furibundo, y entró en el «Library Bar». Estaba lleno, la mayoría de los huecos, con libros cubriendo las paredes, se hallaban ocupados por escritores y artistas a quienes gustaba frecuentar aquel lugar. Berg reconoció a un par de periodistas. Por fin descubrió a Alex sentado en uno de los huecos situado al fondo.

Al acercársele Berg, se puso en pie y lo saludó con alardes de sorpresa, como si su encuentro fuera casual.

Le siguió la pantomima y sugirió que tomaran una copa.

—¿Por qué no? —exclamó en voz alta Alex.

Pidió una cerveza.

—Hay un pequeño..., humm..., interrogante, Rolf —dijo Alex con tono apremiante una vez que el camarero se hubo alejado.

Berg sintió que el miedo se aferraba a su garganta.

—¿Ah?

—La historia que me diste. Ha sido examinada y... —Alex tragó nervioso y Berg se dio cuenta de que sudaba.

Así que lo comprendió. La cosa andaba mal.

—... creemos que hay algo en ella que no encaja, Rolf.

—¿Qué quieres decir?

—Que no encaja con lo que nosotros sabemos. Bueno, sí que hay un nuevo sistema de navegación. Pero estamos seguros de que se denomina «Omega», no «Delta». Y la instalación «Omega» está ya en construcción. Pero mucho más al sur. En Aldra. —Luego Alex añadió tristemente—: Sabemos que esa información es buena, Rolf.

—Pero... tal vez la de Kaafiord sea un segundo emplazamiento, parte de una cadena.

Alex negó con la cabeza.

—No es así cómo funciona. Al parece una sola instalación es suficiente para cubrir todo el área del Atlántico Norte. Sería inútil una segunda. Además —añadió respirando hondo—, el propio emplazamiento allí, en Kaafiord, no sería el adecuado. Rodeado de montañas y con esos altos Alpes, los..., humm... —trató de recordar el



nombre.

—Los Lyngen Alps.

—Eso es..., los Lyngen Alps. Interponiéndose entre el emplazamiento y el mar... Técnicamente no es correcto, Rolf. No situarían semejante instalación allí.

Hubo una desagradable pausa.

—Entonces, por todos los demonios, ¿para qué es ese lugar? —dijo Berg irritado. Alex levantó las manos con ademán de desconcierto.

—No lo sabemos.

—Parece que sepas todo lo demás...

Alex se acercó algo más a él.

—Escucha, Rolf, cuando digo que no lo sabemos, quiero decir que no lo sabemos con seguridad. Pero cuando descubrimos que se iba a utilizar ese emplazamiento nuestra gente, «nuestra gente», hizo una pequeña conjetura respecto a su función. Llegaron a la conclusión de que, debido a su emplazamiento, sólo podía ser para otra cosa.

—Por todos los demonios, ¿qué otra cosa?

A Alex no le gustaba ir pregonando nada. Bajó todavía más la voz.

—Una estación monitora destinada a captar emisiones desde la estratosfera.

Berg alzó los ojos exasperado. No estaba de humor para recibir información a retazos.

—¿Qué quieres decir con lo de emisiones?

—Bien..., señales de satélites —se apresuró a aclarar, dándose cuenta de que Berg estaba furioso—. Nuestros satélites, los «Vostok», los «Lunik». Los Estados Unidos no perderían una oportunidad semejante, ¿verdad? Y al parecer Noruega es el lugar idóneo y ese emplazamiento arriba, en las montañas, el enclave ideal. Porque..., a ver cómo te lo digo, sí, tiene algo que ver con otras señales de radio. Al parecer es esencial situarlo en un lugar bien aislado de toda interferencia.

Algo se alertó en la mente de Berg. Sonja. Sí, le había hablado de..., ¿cuáles fueron sus palabras exactas...?, que era preciso aislarlo de interferencias.

—Sí, ella lo había dicho; sin embargo, no lograba comprender de momento hasta qué punto podía ser importante.

—Pero no lo sabéis seguro —dijo furioso.

—No —admitió Alex—. Naturalmente nos gustaría mucho saberlo. Pero una cosa, Rolf... —Agitó su inmenso volumen en el asiento y volvió a parecer incómodo—. Nuestra gente cree de lo más improbable que se trate de un sistema de navegación.

—Comprendo —dijo Berg con tono glacial, disimulando su ira.

Dejó pasar un tiempo.

—Así pues, ¿qué significa esto, Alex? —dijo finalmente con una calma que estaba muy lejos de sentir.

El gordo hizo un leve intento por mostrarse tranquilizador.

—Tal vez nada. Tal vez nada en absoluto, Rolf.

Se miraron. Los dos sabían lo que podía significar. Podía significar que trataban de cazarlo.

Berg se dio cuenta de que estaba recorriendo el bar con la mirada; luego, levantó bien alta la cabeza. Aquello era ridículo. Estaba dejando que la preocupación le dominara.

Se puso en pie.

—Espero que nos veamos alguno de estos días —dijo con un intento poco convincente de representar la pantomima.

Atravesó el vestíbulo, pasando junto a la puerta de entrada, bajó las escaleras hasta los lavabos.

Necesitaba tiempo para pensar.

Se encerró en uno de los cubículos y se sentó sobre la tapa de la taza, encendió un cigarrillo y apoyó la cabeza en las manos.

Mantén la calma, mantén la calma. Piensa.

Lo analizaría paso a paso.

Sonja. Empezaría con Sonja.

Primero: era posible que hubiera cometido una genuina equivocación.

Posible pero no probable. Su memoria jamás le había fallado hasta entonces. Cuando se trataba de su trabajo era en extremo aguda. Había captado bien lo de las interferencias de radio. ¿Por qué habría de cometer un error con lo otro?

Segundo: la falsa información era una estratagema.

Sólo pensarlo le ponía enfermo. Pero no tenía sentido. Jamás hubieran facilitado una información falsa tan toscamente concebida, por la sencilla razón que al punto se habría revelado como tal.

Tercero...

No podía encontrar una tercera explicación. Excepto, tal vez, que Sonja hubiera perdido el juicio. Era posible. La muerte de su madre, su edad... Acaso tenía la menopausia.

Intentó recordar los detalles de su último encuentro. ¿Se había comportado de manera distinta a la habitual? Era cierto que le había dado algo a la botella. Y se mostró desusadamente nerviosa. Claro que eso era explicable por el fallecimiento de su madre. Pero había algo más. Pareció no importarle demasiado que no hicieran el amor. En circunstancias normales Berg esperaba que se hubiera mostrado más decepcionada. Sí, eso había sido algo fuera de lo habitual.

Pero todo ello de nada servía. Se trató de estúpido por no poder acercarse ni un ápice a la verdad.

Sólo estaba seguro de una cosa, de que esa noche no iría a su cita con Sonja. Sería una locura. Aquella casa representaba una perfecta trampa. Nada más pensar en ella le estremecía.

Se obligó a sí mismo a examinar todas las consecuencias posibles, con frialdad,

de una manera racional.

Suponiendo que fueran tras él, ¿qué era lo mejor y lo peor que podía esperar?

Lo peor resultaba evidente. Conocían ya su identidad y disponían de pruebas suficientes para condenarle.

Lo mejor era también muy sencillo. No tenían idea de quién era y tampoco de cómo encontrarlo.

Cuanto más pensaba en ello, más optimista se sentía. Después de todo había ido con extrema cautela. Era de todo punto improbable que supieran lo suficiente sobre él para tenerlo bajo vigilancia. Si le estuvieran siguiendo, estaba seguro de que se habría dado cuenta. El único vínculo directo era Sonja y ella ni siquiera conocía su identidad. No había ninguna otra forma de que pudieran relacionarle con aquella estúpida información.

Salvo...

¡Santo Dios...!

Ragna.

La hora. Se metió la esfera del reloj prácticamente en los ojos.

La una y media.

Poniéndose en pie de un salto salió rápido del cubículo y subió corriendo la escalera. Ya en el vestíbulo, se dirigió a una de las cabinas telefónicas.

Llamó al piso. Se había ido.

Esperó hasta minutos antes de las dos y entonces llamó al despacho del funcionario del Ministerio de Justicia.

La secretaria le dijo que esperara un momento y en seguida le llegó a través de la línea la voz de Ragna, algo jadeante y sorprendida.

—¡Ah! ¿Eres tú?

Sintió una oleada de alivio, refrescante y dulce.

Ragna se pasó la mano por el pelo y retrocedió algo para echarse una mirada crítica en el espejo.

Muy bien. Más que muy bien.

Todo había ido a la perfección. El deslumbrante vestido aguamarina, de caída lisa y sin cintura, a la última moda, la gargantilla y los pendientes haciendo juego. El nuevo corte estilizado de pelo, cayéndole, suave y brillante, justo sobre los hombros.

El maquillaje también era perfecto. De estilo dramático, con un rojo fuerte de labios, porque era lo que mejor le iba.

Estaba vestida para conquistar. Y desde luego conquistaría. A *Mr. Rolf Berg*. Sonrió ante la idea.

Después de todo cenarían juntos. Había logrado librarse de aquella reunión e irían al «Théâtre Café».

Perfecto.

Rebosaba de euforia infantil. En el preciso momento en que llegó a Oslo, supo que había hecho lo que tenía que hacer. Era como si por fin hubiera vuelto a casa. Ella pertenecía a lugares como aquél, siempre había vivido así, en grandes ciudades, rodeada de gente vital y creativa, gente como ella..., gente que la apreciaba. Por primera vez en tres años, se sentía rebosante de vida, y ya había olvidado lo muy agradable que era aquella sensación.

¡Cuando pensaba en lo mucho que le había costado decidirse...! Claro que fue a causa del dinero. Pero logró que le prestara algo su madre política. La vieja *Mrs. Johansen* había mostrado más bien su desaprobación; pero aquello no era nada nuevo. Y, en definitiva, ¿para qué está la familia?

Sonó el timbre. De repente la garganta se le quedó seca.

Rolf.

Corrió presurosa a la puerta y la abrió al tiempo que lanzaba una leve exclamación de placer.

—Llegas pronto —dijo con tono afectuoso.

Berg se detuvo un instante en el umbral, con la mirada dura y centelleante. Luego, su expresión se suavizó y al entrar en la casa la besó en la mejilla.

—Estás deslumbradora.

Ragna rió.

—Gracias.

Berg se dirigió a la sala de estar, fue derecho al carrito de bebidas y se sirvió un *whisky* largo.

—¿No hay nadie más?

—No.

Berg empezó a recorrer de arriba a abajo la habitación.

—¿Te encuentras bien aquí? ¿Cómoda?

—Sí.

—¿Se ocupan de ti?

Ragna se encogió levemente de hombros.

—Claro.

Parecía inquieto, casi preocupado. Supuso que había tenido un día duro. Decidió preguntarle sobre ello más adelante, cuando se hubiera relajado.

De repente se detuvo.

—¿Qué tal la entrevista? —preguntó.

—Maravillosa. —Hizo con las manos un expresivo ademán de contento—. Ha leído tu artículo. Y creo que le ha impresionado de veras. Aunque, como es lógico, no lo admitiera. De cualquier modo, escuchó cuanto tenía que decirle y prometió que el ministro examinaría la cuestión de los derechos de tierras y que me daría por escrito una respuesta a fondo a todos los puntos planteados. —Luego añadió satisfecha—: Ha sido más de lo que esperaba.

—Siento haber tenido que telefonearte de esa manera.

Ragna se sentó en el sofá. Berg prefirió permanecer en pie junto a la chimenea. Ella se dio cuenta de que tenía los labios apretados hasta formar una línea tensa y dura.

—¿Por qué no querías que hablara sobre «Delta»? —le preguntó.

Berg se quedó mirándola.

—He descubierto que la información es falsa. Engañaron a mi informador. Alguien le facilitó un montón de tonterías.

Ragna no llegaba a comprenderlo bien.

—¿Quieres decir... que «Delta» no existe?

Berg hizo un gesto negativo de cabeza.

—¿No es para los submarinos «Polaris»? ¿No es una emisora de navegación?

—No —dijo él con firmeza.

Ragna suspiró decepcionada. Aquello representaba un retroceso.

—Entonces volvemos a estar en el mismo sitio.

Berg se sentó junto a ella.

—Consideremos el lado positivo. No ha habido ningún percance. —Esbozó una sonrisa triste y al tiempo burlona—. ¿O sí?

Ragna parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has hablado con nadie de ello? ¿No has hecho uso de la información?

—No. No he tenido ocasión.

Berg parecía aliviado.

—Formidable. Entonces todo está bien.

Ragna hizo un vago ademán de asentimiento.

Y de pronto se acordó.

Hal. Su nota a Hal. Se lo había contado todo. Y le había pedido que escribiera una carta al ministro de Defensa.

Miró inquieta a Rolf. Tenía la sensación de que aquello no iba a gustarle.

Tal vez no fuera necesario decírselo.

Pero sería una tontería. Más valía dejar las cosas bien claras. Y sin más tardar.

—Es una buena cosa que lo hayamos descubierto a tiempo —dijo Rolf cuando ya ella se disponía a abrir la boca para decírselo—. Verás. Hay alguien que viene por mí. Tratando de hacer ver que soy un estúpido. Puede incluso decirse que ha intentado tenderme una trampa —clavó en ella sus ojos azul intenso—. Hubiera resultado en extremo embarazoso si el rastro de la información les hubiera conducido hasta mí. Pero ahora ya no existe ese riesgo, ¿verdad?

—No. —En realidad no mentía. Hal no sabía que la información procediera de Rolf.

Éste pareció tranquilizado en parte y fue a servirse otra copa.

La mente de Ragna trabajaba frenética. ¿Habría escrito ya Hal esa carta? Se lo imaginó solo en Brattdal, doblemente furioso ahora que ella se había ido de Tromsø.

No podía siquiera imaginar que estuviera de humor para hacerle un favor. Sin embargo decidió que lo primero que haría a la mañana siguiente sería telefonar a Arne y dejarle un mensaje urgente por si acaso.

Eso era. No valía la pena alarmar a Rolf sin necesidad. Si Hal no hubiera escrito la carta, Rolf nunca tendría que enterarse.

Si Hal hubiera... Bueno, ya lo pensaría cuando llegase el momento.

Rolf apuró su vaso.

—Vámonos a cenar.

Ragna le sonrió apartando toda preocupación de su mente.

—Encantada.

Berg miró la hora, frunció el ceño un instante y luego la acompañó a la puerta.

Las ocho y diez. Thrane notaba una sensación desagradable en el estómago.

Contempló una vez más la esfera luminosa de su reloj y se lamentó para sí.

Se había mostrado excesivamente confiado. Y lo estaba pagando.

Todo parecía tan prometedor... La repentina interrupción de la rutina, las compras para la cena, su presencia en el nido de amor entre pinos y luego... Nada.

Pero de lo que no cabía duda era de que Sonja había estado esperando a su amante.

Gracias a la costumbre noruega de no correr nunca las cortinas, Thrane y su equipo habían tenido una perfecta atalaya desde el pinar.

La habían estado observando preparar la cena, poner la mesa, mirar su reloj, atisbar por la ventana, pasearse nerviosa arriba y abajo.

Y en ese momento, al cabo de dos horas, se encontraba sentada ante la mesa de la cocina. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de atisbar por la ventana.

Thrane volvió a llevarse los prismáticos a los ojos y enfocó con cuidado el interior brillantemente iluminado. Sonja estaba de espaldas a él, sobre la mesa, tenía una copa que hacía rato que no tocaba. Se preguntaba cómo era posible que una mujer como Sonja pudiera permanecer durante tanto tiempo sin hacer nada.

Y mientras pensaba eso, Sonja se puso en pie de un salto y desapareció de la vista. Volvió a localizarla cuando pasó junto a la ventana contigua para perderla de nuevo. Avanzando cauteloso entre los pinos, dio vuelta a la casa hasta encontrarla en la sala de estar.

Se hallaba junto al teléfono marcando con rapidez.

Mantenia el auricular pegado al oído, sin hablar. Al cabo de un rato cortó la comunicación y volvió a marcar.

«Daría cualquier cosa por conocer ese número», se dijo Thrane.

Esperó alrededor de un minuto; luego, colgó el teléfono con fuerza y dejó caer la cabeza entre las manos. Sacó un pañuelo y se lo llevó a los ojos.

A Sonja le habían dado plantón.

Thrane sintió todo el peso de la decepción.

Aunque siempre había la posibilidad de que el amante apareciera en otra ocasión; pero Thrane, sin saber porqué, no creía que lo hiciera. Tenía la desagradable sensación de que había ocurrido algo más bien definitivo e irreversible.

Claro que carecía de pruebas. Sólo contaba con su intuición y la postura encorvada de Sonja, con visibles espasmos, llorando como una estúpida magdalena.

Apartó los prismáticos y esperó.

Finalmente, al cabo de una hora apareció Sonja y se dirigió a su coche. Empezó a conducir despacio. Thrane y sus hombres la seguían en dos coches.

En un principio, pareció dirigirse a su casa; pero luego giró hacia el Este y Thrane sintió un atisbo de interés.

Por un momento pensó que Sonja se había dado cuenta de que la seguía, porque aceleró y atravesó como un rayo un cruce. Pero luego redujo la marcha y finalmente se paró junto a la acera.

De nuevo se cubrió la cara con las manos.

Thrane se detuvo a su vez y esperó. Al cabo de cinco minutos, Sonja se puso de nuevo en marcha, girando a la derecha, y después otra vez a la derecha. Se volvía por donde había llegado.

Sonja había cambiado de idea.

Después de todo se iba a casa.

Ragna miró a Rolf Berg a través de la mesa del restaurante. «Ha de ser el amante perfecto», se dijo.

Berg hablaba con seriedad sobre política. Ella mostraba un adecuado interés pero en realidad estaba imaginando su cuerpo desnudo, frío, duro, suave, y también figurándose de qué manera haría el amor, con habilidad y experiencia inmensas. Tenía que saber muy bien cómo dar placer a una mujer, cómo provocarlo poco a poco y luego esperar hasta el preciso momento...

Sintió que la invadía un delicioso ardor y, conteniendo una sonrisa, bajó los ojos por temor a revelar sus pensamientos lascivos.

Rolf había dejado de hablar. Al levantar ella la vista, se dio cuenta de que la miraba burlón.

—¿He dicho algo divertido?

—No. Continúa, por favor.

Recuperando su expresión grave, le hizo una pregunta sobre la tendencia al socialismo.

Rolf le dirigió una extraña mirada divertida, como si no estuviera del todo seguro de que hablara en serio, y luego se dispuso a contestarle.

Ragna se dedicó de nuevo a observarlo llegando a la conclusión de que sería el amante perfecto; no sólo en la cama, sino también fuera de ella. Hacer el amor lo

consideraría como un simple placer entre dos personas, algo de lo que hay que disfrutar sin agobiantes obligaciones por ninguna de las partes. No esperaría de ella que rondara en derredor suyo todo el tiempo. No le irritaría que llevara su propia vida. Comprendería lo necesaria que le era la libertad. Y desde luego jamás hablaría de amor.

Se imaginaba cómo iba a ser su vida una vez que se hubiera trasladado a Oslo. Buscaría un piso pequeño, llevaría a Kris a un jardín de infancia local, buscaría un trabajo y vería a Rolf dos o tres veces por semana. Frecuentarían mucho el teatro, cenarían en restaurantes como aquél, haría amigos que, con toda seguridad, serían de su mismo estilo. Artistas, escritores, actores.

Se percató de que Rolf había dejado de nuevo de hablar. Por su expresión divertida, comprendió que había adivinado la intención de su pregunta sobre la tendencia al socialismo. Era evidente que había dado al olvido su preocupación anterior.

—Oslo te va bien —dijo él—. Deberías trasladarte aquí.

Ragna hizo una mueca irónica.

—Lo sé. —Recorrió con la mirada el restaurante—. Y a mí me encanta.

El «Théâtre Café» desbordaba de conversaciones, risas y movimiento continuo. El espacioso salón se asemejaba al interior de un café de Renoir, todo en maderas oscuras, suaves luces doradas y un decorado de principios de siglo. Arriba, en la galería, un pianista desgranaba melodías ligeras en un gran piano.

—Me chifla todo esto —repitió—. Mi único problema es saber qué puedo hacer. Mírame, no estoy cualificada para nada.

—Te estoy mirando.

Y así era. Con una franca expresión de interés, Ragna sonrió y cruzaron una mirada de absoluto entendimiento.

—¡Ah...!, si el aspecto lo fuera todo...

Rolf rompió a reír. Era una risa maravillosa y honda. «Podría llegar a amar esa risa», se dijo.

Les presentaron la nota.

—En realidad no tendrías dificultad en encontrar trabajo. Eres una fuera de serie. Y lo más importante —le acarició pensativo la mano con suavidad— es que en ti palpita la vida. Es una cualidad rara y hermosa. —Luego, añadió con firmeza—. Pero no te estoy diciendo nada que tú no sepas ya.

Berg se dio cuenta de que el camarero seguía allí atento y pagó la nota.

—Pero es una equivocación, ¿comprendes? —siguió diciendo.

—¿El qué?

—Que hayas de estar sola.

El corazón de Ragna dio un salto.

—No me ofrezcas simpatía, caramba —dijo con tono que quería ser desenfadado—. No estoy acostumbrada. Y prácticamente me derribo.



Rolf la miró afectuoso.

—Debes de haberte sentido muy desgraciada.

A punto de empezar a sentir lástima de sí misma, Ragna emitió una risa poco natural, casi estridente.

—Déjalo estar. Voy a echarme a llorar de un momento a otro.

—Te presento mis excusas.

—Es lo que esperaba. Como sigas por ese camino habré de salir corriendo.

A él le divirtió aquello e hizo una mueca sonriente.

—No te escapes, por favor, Ragna. Puedes hacer lo que quieras; pero eso no. — Se levantó y le tendió una mano—. Es mucho mejor que nos vayamos a casa. ¿Qué te parece?

A casa.

De manera que ya estaba todo decidido. Sintió una deliciosa expectación que la sofocaba.

Ragna tuvo un instante de duda.

Habían ido al piso de Berg y éste la había atraído hacia sí empezando a besarla. Sus labios eran suaves y traviosos mientras rozaban los suyos, explorando la forma de su boca. Luego, se apartó ligeramente para empezar de nuevo. Ella respondía abriendo la boca bajo la suya, ciñéndose más él, apretando su cuerpo contra el de Rolf.

Entonces él la besó con más intensidad y Ragna sintió de nuevo aquel delicioso ardor, sólo que en esos momentos era ya mucho más fuerte, y notó que su cuerpo respondía cada vez con mayor intensidad.

Rolf, apartándose, dio un paso en dirección al dormitorio, empujando suavemente la mano de ella, esperando que le siguiera.

Fue entonces cuando Ragna, al mirarle, sintió un atisbo de duda. Su rostro era una máscara impenetrable, la mirada dura y centelleante, ausente de su expresión todo calor o sentimiento. Sintió un escalofrío y vaciló.

Berg pareció darse cuenta de esa vacilación porque, haciendo un evidente esfuerzo, cambió de talante y sonrió.

No obstante, había algo adusto y solitario en su sonrisa. Ragna aún vacilaba, escrutando su cara. No te conozco en absoluto, se dijo.

—Por favor, Ragna —pidió él acercándose más—. No me digas que después de todo vas a irte.

Y rió de forma tan atractiva y de manera tan cálida que ella no pudo evitar reír también. Todas sus dudas se desvanecieron volviendo a sentir gran deseo por él.

Esta vez Rolf no dejó de besarla, al menos hasta que se encontraron en pie junto a la cama. La hacía caer en ella vestida. Incluso entonces sus labios volvieron rápidamente a apretarse contra los de Ragna.

Se sentía tímida, algo nerviosa. Había pasado tanto, tantísimo tiempo. Notó que temblaba ligeramente.

Rolf la empujó con suavidad a la cama. Su boca empezó a deslizarse por todo el cuerpo de ella, con los labios adheridos a su piel, explorándolo, lamiéndolo, buscando, hasta que Ragna no hubiera podido detenerle aunque hubiera querido. No dejó sin probar placer alguno. Se apoderó de ella de manera absoluta, guiándole las manos, musitando sus demandas, hasta que la logró más allá de las últimas limitaciones.

Y entonces Ragna no quiso que volviera a detenerse ni un instante.

Berg había pensado que nada podría aliviar el profundo sentido de inquietud que le había atormentado durante todo el día. Pero estaba equivocado. Ragna lo logró durante un tiempo.

También había creído que mujer alguna tenía poder suficiente para excitarle ya. Y también en eso se equivocaba.

En un principio se mostró tímida, casi como si fuera inexperta y Rolf pensó de repente que no había tenido ningún amante desde la muerte de su marido.

La idea le resultaba extraña y excitante. Como también lo era su curiosa mezcla de reticencia y sensualidad. Parecía insegura, incluso nerviosa, la sintió temblar. Le incitaba despertarla de nuevo, verla perder el control, gritar y suplicarle que colmara su deseo.

La poseyó lenta, amorosamente, paso a paso, descubriendo cada punto sensitivo, tocándola, lamiéndola, besándola, cerrando su mente a todo, salvo a la sensación de su proximidad.

De repente, la reticencia de ella se desvaneció y sus movimientos se hicieron apremiantes, exigentes, experimentados. Rolf se sintió vagamente decepcionado, incluso chasqueado. ¿Acaso su timidez había sido fingida?

Apartando aquella idea de su mente, se concentró en gozar de su placer personal, sumiéndose en la sensación de su propio cuerpo. Le susurró un deseo. Ella vaciló un poco, obedeciendo luego. Le susurró un segundo, aderezado con palabras cariñosas de afecto y ella también lo satisfizo. Y entonces supo que no había casi nada que ella no hiciera por él y se abandonó al hombre rapaz de sus sentidos que, por mucho que tuviera, nunca se veían colmados.

Cuando todo hubo terminado, Berg luchó con la sensación de vacío y futilidad que tanto temía; pero se apoderó de él de manera subrepticia, hundiéndole más y más. «¿Por qué siempre ha de ser así?», pensó amargado.

Ragna se movió junto a él, tierna y condescendiente, algo sudorosa tras haber hecho el amor. Después de todo, no es distinta, se dijo. Y se sintió decepcionado, incluso algo resentido.

Sin embargo, no se había saciado de ella. Ni mucho menos.

Estaba también el asunto «Delta». Sabía que Ragna no traicionaría su confianza. Pero de todas maneras lo mejor sería no perderla de vista hasta que se hubiera solucionado el pequeño problema con Sonja.

Sonja.

No se había acordado de ella en toda la velada.

Esa noche no había acudido a la cita. Pero eso no era una solución. Tenía que saber la verdad... Tenía que averiguar si iban tras él.

La cuestión era cómo.

## Capítulo XXI

La reunión de Lars Sorensen se había prolongado. Regresó a su oficina a las cinco con la perspectiva de pasarse al menos una hora con el papeleo.

Entró por la puerta lateral que conducía directamente a su despacho. Vio con sorpresa que su secretaria asomaba la cabeza por la puerta, aunque habitualmente se iba a las cuatro.

—Alguien le está esperando —dijo—. Es Halvard Starheim. Le sugerí que concertara una cita pero dijo que prefería esperar.

Sorensen parpadeó, asimiló la noticia y, con una mezcla de placer y curiosidad salió al otro despacho.

El hombre que se puso en pie y estrechó la mano de Sorensen era exacto a las fotografías, salvo que lo encontró más alto, más impresionante, con una mirada intensa en sus ojos oscuros.

—Confío en que no haya tenido que esperar demasiado —dijo Sorensen en tono cordial.

Starheim hizo un breve ademán negativo de cabeza como si semejantes trivialidades carecieran de importancia.

—No he concertado una entrevista. Porque mi viaje a Oslo ha sido inesperado.

Su expresión era seria, educada y, sin embargo, parecía rebosar de impaciencia contenida.

Sorensen le invitó a sentarse. Observó que se arreglaba con sumo cuidado las rodilleras de su impecable traje gris y se estiraba los puños de la camisa. Su indumentaria parecía incongruente en un hombre de aspecto tan atlético y manos endurecidas por el trabajo.

—¿Recibió mi carta? —le preguntó Sorensen.

—Sí. Y me dejó asombrado.

—¿Asombrado?

—De que fuera capaz de descubrir tanto.

El hombre le quitó importancia.

—No resulta tan difícil. Los Archivos Nacionales conservan alguna información, material relacionado directamente con la Ocupación. Pero no están preparados para atender solicitudes particulares como la suya y ése es el motivo de que me las pasen a mí.

—¿Pero está seguro respecto a ese Schirmer?

—Desde luego. Espere un momento, por favor.

Sorensen entró en el otro despacho y regresó con un expediente en el que estaba archivada la solicitud original de Starheim.

—Veamos —dijo—. Usted me dio el nombre de Schirmer y las marcas: III/GJR

218. Explicó que aparecían grabadas en un par de binoculares. Bien, es muy sencillo. GJR responde a *Gerbirgsjager*, Unidades de Montaña. III se refiere al Tercer Batallón. Y doscientos dieciocho al número del regimiento. Ahora bien, el regimiento doscientos dieciocho formaba parte de la VII División, al menos hacia finales de la guerra. Había sido transformado de la ciento noventa y nueve División de Infantería. Lo siento, trataré de exponerlo de forma sencilla —dijo al observar la expresión de Starheim—. La Séptima División formaba parte del Cuerpo de Montaña número dieciocho. Ahora bien, éste había estado en el frente ruso, en Kestenga, pero durante la «Northern Light», la retirada alemana del invierno de 1944-1945. Atravesando Finlandia, volvieron a Noruega y llegaron hasta Lyngen, entre noviembre del cuarenta y cuatro y enero del cuarenta y cinco.

Starheim tenía fruncido el entrecejo intentando concentrarse.

—Eso en lo que se refiere al regimiento —siguió diciendo Sorensen—. Y ahora vayamos con ese hombre, Schirmer. También fue muy sencillo. Me limité a ponerme en contacto con los archivos militares alemanes, en Breisgau, Selva Negra. Lo buscaron en el Regimiento doscientos dieciocho y allí estaba. Un teniente cuyo nombre completo era Hans Schirmer. Pero yo ya me había figurado que se trataba de un oficial.

—¿Por qué?

—Por llevar su nombre en los binoculares. Quiero decir que debían ser de su propiedad. Sólo los oficiales llevaban sus propios binoculares. Supongo que el nombre estaba grabado correctamente no marcado de manera tosca.

—Así es.

—¿Lo ve? Eso es lo que pensé.

Starheim había estado escuchando inquieto, con las yemas de los dedos, unidas y accionándolas alguna vez que otra.

—¿Pero ese Schirmer murió? —inquirió.

—Así es.

—¿Sabe usted la fecha?

—Sí. ¿No se la di?

—Decía enero de 1945.

—De hecho su muerte fue comunicada el... —Sorensen consultó los papeles que tenía ante él—. Sí, el veintiuno de enero de mil novecientos cuarenta y cinco.

—¿Dónde ocurrió? ¿Y cómo murió?

Sorensen movió la cabeza en gesto negativo.

—No lo sé. Y sería difícil averiguarlo. Aunque... —Expuso en voz alta lo que pensaba—. No es probable que muriera en acción. Desde luego no en esa fecha. Por aquella época no había lucha. Al menos en Lyngen. Es posible que resultara herido poco antes, por ejemplo en el frente ruso y enviado a un hospital militar.

—¿Murió en Noruega?

—De eso no podemos estar seguros. ¿Es importante?

Starheim respiró hondo.

—Lo ignoro.

Hubo una pausa.

—¿Puede decirme por qué necesita esta información? —le preguntó el abogado.

Los ojos oscuros de Starheim se clavaron penetrantes en Sorensen, sondeándole, como tratando de formar su opinión sobre él. Luego, de repente, hizo con la cabeza un movimiento tajante y decisivo.

—Es bastante complicado. Se trata de un asunto personal, algo que se remonta a mucho tiempo atrás.

—Comprendo —aceptó Sorensen, a pesar de que no estaba seguro de que fuera así. Los llamados asuntos personales se referían, por lo general a desafortunadas secuelas de la guerra, tales como relaciones sexuales con el enemigo. Aquella misma semana, una mujer noruega había decidido, al cabo de todos aquellos años, intentar encontrar al soldado alemán que había sido su amante para decirle que su hijo tenía ya casi quince años.

Aunque era evidente que el asunto del que se estaban ocupando no entraba en esa categoría. Sorensen estaba bastante intrigado.

—Verá, ¿hay alguna manera de averiguar dónde y cómo murió ese soldado? —preguntó Starheim.

Sorensen vaciló. Era una petición de envergadura. Se trataba de un trabajo propio de investigadores que significaría revisar los archivos en Breisgau y Bonn. Incluso era posible que fuese necesario ponerse en contacto con algunos de los antiguos camaradas de Schirmer. Y así y todo, pudiera ser que no poseyeran las respuestas. Aquel trabajo podía necesitar de un día a una semana. E incluso entonces existía el riesgo de que no lograsen averiguar nada. Hizo un gesto dubitativo.

—No puedo prometerle ninguna cosa. Y requerirá mucho tiempo.

—Si es cuestión de dinero pagaré con gusto —dijo con firmeza Starheim.

—Bueno...

—Por favor, ¿quiere echarme una mano? Si hay la más remota posibilidad...

Sorensen comprendió que se trataba de algo importante. Tomó una decisión.

—Muy bien. Veré lo que puedo hacer sin incurrir en demasiados gastos. Si se presenta algún problema, volveré a ponerme en contacto con usted. ¿Va a permanecer mucho tiempo en Oslo?

—No estoy seguro. Dos días. Acaso tres —dijo Starheim dubitativo.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Viviré un par de días con un amigo montañero. Luego regresaré a Tromsø.

Dio a Sorensen los números de teléfono y le explicó cómo enviar a Arne los mensajes.

El abogado se puso en pie y lo acompañó hasta la puerta.

—¿Se dispone a emprender una expedición? —preguntó en tono amable.

Se hizo un corto silencio. El ceño de Starheim se hizo más profundo. Se hacía

evidente que no era de los que les gusta la charla.

Y entonces empezaron a hablar los dos a la vez.

—Bien, supongo que estará demasiado ocupado... —dijo Sorensen.

Al mismo tiempo, Starheim se animaba a decir:

—No, por el momento no hay nada.

Se detuvieron en la puerta.

El visitante forzó una sonrisa como si se diera cuenta de lo reservado y frío que debía parecer.

—Gracias. Se lo agradezco mucho. —Vaciló un instante—. Claro que..., esto, puede quedar en nada...

Sorensen asintió.

—No tiene por qué dar explicaciones. Lo comprendo. Hay ocasiones en que uno tiene que descubrirlo, de una manera o de otra.

Hacía un frío terrible. En las calles no se veía un solo taxi y Hal no podía recordar la ruta que seguían los tranvías. Se encasquetó el sombrero, se ciñó aún más la bufanda y comenzó la larga caminata por el pavimento helado.

Pensó en Sorensen y en lo que le había dicho y pensó todavía más en lo que no había podido decirle. Se sintió desesperanzado de momento. Y no porque hubiera albergado grandes esperanzas de que le dieran respuestas útiles, sino sencillamente porque estaba harto de la incertidumbre. Ésta te agota. A veces pensaba que era peor que las malas noticias.

Y ya había un buen número de noticias con que pechar.

En los últimos días había tomado algunas decisiones importantes; en extremo penosas pero necesarias.

Habría de prescindir de Brattdal. Al menos como tierras de cultivo. Fue demencial creer que podría llevarlas él solo. Claro que siempre podía contratar a un trabajador, aunque no era probable encontrar quien quisiera ir a vivir a un lugar tan aislado. El gasto sería elevado y la operación resultaría todavía menos rentable. Una cosa era segura, no podía seguir dependiendo de la generosidad de Arne.

Y tampoco podía seguir viviendo solo. Había estado intentando demostrar algo que no valía la pena demostrar. Que no necesitaba a nadie. Y eso no era cierto. Necesitaba a la gente y, de manera especial, necesitaba una mujer en su vida. Llegó a tener la esperanza de que esa mujer fuera Ragna. Pero había estado perdiendo el tiempo. No era merecedora de que la esperaran.

Ahora sentía la necesidad de compensar ese tiempo perdido, olvidar el pasado e incorporarse de nuevo a la raza humana, preferentemente en gran número.

Por un momento recordó todo el trabajo, el huerto, los animales, los bueyes almizcleros, y se sintió embargado por un abrumador sentido de futilidad. Pero se esforzó por olvidarlo. Eran inútiles las lamentaciones. El Capítulo estaba cerrado. Y eso era todo.

Llegó al «Hotel Bristol» a las seis y cuarto y se encontró frente a frente con uno

de sus asociados en la otra decisión trascendental que había tomado. Fred. Y otro viejo amigo montañero, Carl, el cual sonrió de oreja a oreja al tiempo que le estrechaba la mano con tal fuerza que Hal la retiró con una teatral mueca de dolor.

—Caramba —exclamó Carl—. Éstas sí que son noticias formidables. Realmente formidables.

—Aún no he prometido nada.

Carl guiñó un ojo como indicando que sólo era cuestión de tiempo.

—Estarás con nosotros. Lo sé.

«Tiene razón», se dijo Hal. Y se sintió animado por la idea. Se quitó el abrigo.

—¿Cuánto falta para la reunión?

Fred miró la hora.

—Diez minutos.

Fred había concertado una reunión con un acaudalado naviero interesado en financiar la expedición.

Dejando a Carl y Fred en el vestíbulo, se dirigió a una cabina telefónica y llamó a Arne, a más de mil kilómetros de distancia.

La operadora de Tromsø dio las dos llamadas largas y una corta que era la clave para que Arne contestara. Al cabo de una pausa su voz llegó desde el otro lado de la línea.

—Un ternero está enfermo —empezó diciendo Arne.

Hal lo supo de inmediato y el corazón le dio un vuelco. El buey almizclero.

Hablaron de ello brevemente. El animal tenía úlceras alrededor de la boca, pero su debilidad general parecía sugerir la misma infección sufrida por el anterior. Nada podía hacerse hasta tener el informe del veterinario.

—Ha llamado Ragna Johansen —siguió diciendo Arne y Hal sintió un molesto cosquilleo en el estómago.

—¿Sí? —se limitó a decir.

—Quería hablar contigo urgentemente. La informé de que estabas en Oslo. Deseaba ponerte en contacto contigo pero le dije que no sabía dónde te alojabas.

Hal se sintió contento. Aquello la induciría a hacer cábalas. El bueno de Arne.

—Me dio un número de teléfono. Insistió en que era muy urgente.

Hal lo anotó en su agenda.

—Gracias, Arne.

—¿Volverás pronto?

—Pronto, sí.

Hal regresó al vestíbulo para reunirse con Carl y Fredy. Los tres se encaminaron al salón principal.

—Ya te he hablado de la «Geographical Society», ¿verdad, Hal? —estaba diciendo Carl.

Se detuvo en seco.

Echando mano de su agenda miró el número que Arne acababa de darle y,



después de buscar entre las hojas, lo comparó con otro que tenía apuntado en ella.

Coincidían.

Era el número de Rolf.

Por un instante se quedó mirando la página. Luego, cerrando de golpe la agenda dio una palmada en el hombro a Freddie.

—Amigos míos, después de la reunión vamos a tener una fiesta por todo lo alto.

Berg salió de la cabina telefónica, miró rápidamente a un lado y al otro y empezó a andar conteniendo el ansia de acelerar el paso.

Las oficinas del *Dagens Post* estaban tan sólo a setenta metros de allí, exactamente al volver la esquina de Akers Gate. Disponía de mucho tiempo. Evitó con sumo cuidado un montón de nieve endurecida junto al bordillo y caminó con energía hasta dar vuelta a la esquina y entrar en el iluminado vestíbulo.

Tras un breve saludo de cabeza al portero de noche, subió el primer tramo de escalera hasta desaparecer de su vista. Entonces apresuró el paso y atravesó la sala de redacción prácticamente al trote.

Había una puerta que conducía al tejado. Sacó la llave de un pequeño receptáculo, con el frente de cristal, en el que se leía «En caso de incendio», abrió la puerta y salió por ella.

El tejado del edificio del *Dagens Post* era plano y estaba cubierto con una gruesa capa de nieve dura. Lo atravesó rápidamente siguiendo las huellas que había hecho media hora antes en su visita de reconocimiento. El siguiente tejado, al estar mucho más bajo y con fuerte pendiente a los lados, resultaba más peligroso; pero en la parte delantera tenía un parapeto y una vez que se hubo descolgado rápidamente sobre el caballete plano y descendido la pendiente por los peldaños fijos de metal que había a un lado, encontró un camino fácil a lo largo de un canalón lleno de nieve.

Aquél era el último edificio de la manzana y Berg se acercó a la esquina, con cautela y encorvado. Agazapado detrás del parapeto, levantó la cabeza hasta poder mirar sobre el borde. Echó una prolongada mirada.

Se encontraba sobre una plaza llamada Aschehougs Plass que, en realidad, era un pequeño triángulo formado por la confluencia de tres calles. En el centro de ese triángulo se encontraba la cabina telefónica desde la que acababa de hablar.

Eran las once y treinta y nueve minutos. Había hecho el recorrido desde la cabina en menos de cinco minutos.

De debajo de su enguatado anorak, sacó un par de pequeños binoculares y empezó a inspeccionar la situación abajo. Podía ver toda la calle principal que se dirigía hacia el Oeste y también toda una calle angosta que desembocaba en diagonal para formar el triángulo. Sacando la cabeza por encima del parapeto divisaba asimismo la calle que se encontraba directamente debajo de él y que se prolongaba en dirección Este. Sólo había un punto que le estaba vedado, la parte sur de la plaza

oculta por un edificio que sobresalía.

Pasó un tranvía tintineante, entró en la plaza y desapareció por la angosta calle que desembocaba en diagonal.

Aparte de eso nada. Un transeúnte, de cuando en cuando un coche y el súbito voceo de un juerguista invisible.

Tenía la boca algo seca y un nudo en el estómago. Trató de calmarse. Pasara lo que pasara, allí se encontraba a salvo.

Cada vez reinaba mayor tranquilidad en las calles. Sentía en sus manos el frío mordiente. Debajo de su acolchada indumentaria, se le estaba enfriando el sudor.

Volvió a llevarse los binoculares a los ojos, recorriendo despacio desde el extremo más alejado de una calle hasta el triángulo, pasando luego a las siguientes. Nada.

Faltaban sólo diez minutos.

Si es que acudía.

Acudiría. Estaba seguro de que acudiría. Como era lógico, se había puesto furiosa, habló con tono frío y acusador; pero él conocía bien a Sonja. Obediente, leal, curiosa. Acudiría.

La incógnita era sí acudiría también alguien más.

Se sentó.

Un automóvil. En la calle angosta se había detenido un coche junto al bordillo. Se apagaron los faros. Pero nadie salió de él.

Las manos de Berg temblaban un poco mientras aferraba los binoculares.

Eran ellos. Los vigilantes.

Por un instante, tuvo la sensación de un triunfo infantil.

Un momento después suspiró fastidiado.

Se había abierto una portezuela del coche y de él bajó una mujer. Se alejó después de saludar con la mano al conductor. Se encendieron de nuevo los faros del vehículo, el cual se alejó.

Se hundieron los hombros de Berg, que respiró hondo.

Pasaba el tiempo. Apareció otro tranvía que dio la vuelta a la plaza, el traqueteo y chirrido de sus ruedas resonando con inusitada fuerza en el aire helado. Berg se sopló las manos doloridas e intentó ahogar una sensación de mal augurio. ¿Y si nada ocurría? ¿Y si nadie seguía a Sonja? Entonces todo seguiría igual. Casi quería sorprender a los vigilantes en acción. Lo que en realidad le atemorizaba era la incertidumbre.

De repente avistó el viejo «Volvo» de Sonja.

Se metió prácticamente los binoculares en los ojos. El auto llegaba despacio por la calle principal hasta la plaza. Aminoró aún más la marcha, se detuvo y luego se puso de nuevo en movimiento. Típico de ella. Preguntándose si se atrevería a aparecer en zona prohibida.

Desapareció por un instante, oculta a la vista en el punto que le quedaba vedado. Luego surgió de nuevo, conduciendo siempre de manera indecisa.

Finalmente pareció decidirse. Dando vuelta a la plaza, el «Volvo» enfiló hacia la calle principal y se paró junto al bordillo. Se apagaron las luces. Sonja permaneció dentro del coche.

Berg enfocó los binoculares en todas direcciones.

No podía creerlo. Nada.

A menos que...

Allí.

Esta vez no se permitió el lujo de sentirse excitado. Otro coche se había detenido en la calle principal a cierta distancia, demasiado lejos para poder verlo con claridad. Pero parecía de color oscuro, tal vez incluso negro, y rápido. Nadie se apeó de él.

De nuevo a Sonja. Ella también parecía esperar.

Los minutos transcurrían lentos. Nadie se movía.

Al fin se abrió la portezuela del coche de Sonja, y ella bajó. Ciñéndose el abrigo para defenderse del frío, caminó por la calle helada hasta el centro del triángulo. Recorrió con la vista la calle angosta y empezó a pasearse lentamente de arriba abajo. Berg casi podía sentir su agitación.

Dirigió de nuevo los binoculares al coche aparcado. Nada.

Sonja abandonó el triángulo y enfilando por la calle angosta reanudó sus paseos.

De repente Berg se dio cuenta de que, si había vigilantes en aquel automóvil, era imposible que desde allí vieran a Sonja.

Por lo que dedujo que había otros. En alguna parte.

Lo registró todo con la mirada sin encontrar nada.

Pasaron otros cinco minutos. Sonja permanecía inmóvil en la esquina más alejada. Luego, de repente volvió a ponerse en movimiento, esta vez con paso vivo, cruzando con temeridad la calle entre andando y corriendo.

Había renunciado. Seguramente estaría sumida en llanto.

De repente Berg se quedó muy quieto.

Sonja no se dirigía al «Volvo», sino directamente hacia él.

La vio acercarse, ligeramente aterrado, enfilarse la calle que tenía debajo, cruzarla y andar por la acera del edificio del *Dagens Post*. Berg se abalanzó sobre el borde del parapeto.

Avanzaba con el paso decidido de quien sabe muy bien a dónde se dirige. Pero..., ¿a dónde?

Agazapado, corrió a lo largo del parapeto hasta llegar al final del tejado y entonces, incorporándose, volvió a inspeccionar. Sonja estaba dando la vuelta a la esquina del edificio del *Dagens Post*.

Haciendo caso omiso del hecho de que acaso resultara visible desde la calle, subió los peldaños de metal hasta el caballete, y se izó hasta el tejado del edificio del periódico.

Corrió sin hacer ruido sobre la nieve hasta la parte frontal del inmueble. Con gran precaución, asomó la cabeza.

No podía creer lo que veía.

Sonja se encontraba allí, prácticamente junto a la entrada del *Dagens Post*, de pie e inmóvil. Luego empezó a andar de nuevo, vacilante, mirando por encima del hombro, como si todavía no hubiera tomado una decisión acerca de lo que se disponía a hacer.

¿A dónde iba?

Pero Berg lo sabía. Lo sabía con aterradora certeza incluso antes de que ella acudiera allí, de modo que cuando Sonja llegó al edificio del *Dagens Post*, era como si volvieran a pasar un filme ya proyectado, una pesadilla que ya hubiera alucinado su mente.

Corrió agazapado hasta la esquina y volvió a mirar hacia la plaza.

Sintió un vuelco brutal en el estómago.

Allí estaban ellos. Sin rebozos.

Eran dos.

El primero andando con paso enérgico por el lado del edificio del periódico. El otro caminando más despacio desde donde estaba el coche aparcado.

Berg volvió su atención a Sonja, todavía invisible para el vigilante que se le acercaba.

Continuaba allí. En pie. Mirando hacia arriba, al edificio.

Indecisa.

Berg sintió un pequeño ramalazo de esperanza.

Sonja observaba en derredor suyo. Se volvió de espaldas al periódico. Bajó la cabeza. Berg orientó los binoculares. Buscaba algo en su bolso.

Miró de nuevo hacia atrás. Uno de los vigilantes se dirigió a la parada del tranvía e hizo cuanto pudo por dar la impresión de que esperaba el último, aunque hacía ya mucho rato que había pasado. El otro se encontraba exactamente debajo de Berg y dando vuelta a la esquina. El vigilante, al ver a Sonja parada delante de él, hizo lo único que podía, es decir, seguir andando y pasar junto a ella.

Sonja permanecía aún parada en el mismo lugar, moviendo la cabeza, ora en dirección a la entrada del periódico, ora hacia la esquina.

Finalmente dio unos pasos vacilantes.

Dio la vuelta y tomó de nuevo la dirección por la que llegó.

Unos pasos más. Miró hacia atrás por encima del hombro, pareció vacilar de nuevo para luego, con la cabeza baja, apresurar el paso.

Se dirigía otra vez hacia la plaza.

Berg la vio dar vuelta a la esquina con paso vivo, bajar por la calle y cruzar el triángulo.

Pero la cosa no había terminado. Entró en la cabina telefónica.

El vigilante que había estado esperando en la parada del tranvía, se dirigía de nuevo al coche negro.

Sonja permaneció en la cabina varios minutos. Berg tenía la horrible impresión de

que sabía exactamente el número al que estaba llamando. Al suyo.

Salió de la cabina dando un portazo y se encaminó a su coche.

Se encendieron los faros, el «Volvo» arrancó y desapareció.

Un segundo después se acercó el coche oscuro que, girando, siguió la misma dirección.

Berg permaneció sentado en el tejado durante largo rato, helado, enloquecido de furia, intentando asimilar una única idea.

Sonja sabía quién era.

Sonja lo sabía...

¿Cómo? ¿Cómo? Se devanaba los sesos.

No, olvídате de cómo. Eso ahora carece de importancia.

En aquellos momentos lo importante era si lo sabría alguien más.

Y ellos. Los vigilantes. ¿Estaban al tanto?

De ser así, ya habrían intervenido su teléfono, le vigilarían sigilosos, haciendo tiempo, esperando... Se sentía violado, embargado por la ira. En su mente surgían imágenes de pesadilla en cautividad.

Mediante un titánico esfuerzo apartó tales visiones.

Luego se aferró a una única idea, aunque poderosa.

Era imposible que tuvieran pruebas. Desde luego ninguna irrefutable. No podían demostrar que hubiera utilizado la información con otro fin que para el periodismo. De repente se le ocurrió que, en primer lugar, ni siquiera podían demostrar que hubiera recibido información alguna.

Sólo disponían de la palabra de Sonja.

Y era posible que ni siquiera tuvieran eso. Todavía.

Especuló sobre aquella idea. Suponiendo que Sonja no hubiera hablado. Suponiendo que no supieran nada de él. Entonces habrían hecho exactamente lo que hicieron esa noche, vigilarla a ella como halcones con la esperanza de que les condujera hasta él.

Aquella idea le excitó. Tenía perfecto sentido. Si fueran tras él le habrían estado vigilando esa noche como vigilaban a Sonja. Sin embargo no había rastro de un segundo equipo de vigilancia. Lo habría descubierto; sabía que lo habría hecho. Y si su teléfono estuviera intervenido, algo se lo hubiera revelado, un clic o cualquiera otra cosa.

Cuanto más pensaba en ello más convencido estaba de que Sonja todavía no había soltado la lengua.

Siempre que los vigilantes no hubieran deducido gran cosa de la decisión frustrada de Sonja ante la entrada del *Dagens Post*, siempre que no hubieran comprendido el significado de aquella pausa delante del edificio, entonces era probable que todo fuera bien para él.

Ahora..., tenía que hallar la manera de que siguiera bien.

Se le ocurrió una idea. La captó, le dio vueltas en la cabeza, la perfiló y empezó a

sentir una renovada esperanza.

Tres horas más tarde se encontraba con Niki sentado en un coche aparcado.

Niki tamborileaba sobre el volante, con la mirada perdida más allá de las aguas heladas del Fiordo Oslo. Habían salido de la calle Drammen dejando atrás el aeropuerto Fornebu hasta el final de una calle de un tranquilo barrio residencial, en medio de espeso bosque. Un embarcadero cubierto de nieve aparecía rodeado de témpanos que no se fundirían hasta la primavera. Más allá, en el canal libre de hielos, se deslizaban a través del fiordo las luces de una pequeña embarcación.

Alrededor de ellos existía poca iluminación, y el silencio era absoluto.

Bajo la leve claridad plateada Niki parecía muy lejos de estar contento.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó en tono frío.

—Se llama Sonja Bjornsen. Trabaja en el Ministerio de Defensa.

Niki volvió violentamente la cabeza.

—¿Cómo? No lo dirás en serio...

—Pero si ya te lo he dicho. No desempeña cargo importante alguno. No es más que una administrativa. Se me ocurrió la idea estúpida de que podía tener acceso a documentos importantes. Luego resultó que no era así. No lo creerás pero trabaja en ¡contabilidad! Sencillamente me equivoqué, eso es todo. —Berg se estremeció un poco—. No sólo me equivoqué, sino que ella da un significado nuevo a lo de «No hay furia en el infierno...»

—¿Y en realidad puede hacer que te descubran?

Berg dirigió una mirada larga y angustiada a Niki.

—Sí. Me temo que así es. Y lo más grave es que no podía haber elegido peor momento. Estoy a punto de hacerme con un material fabuloso, Niki. —Hizo una pausa para lograr mayor efecto—. Hace mucho tiempo que estoy trabajando en ello. Si ahora lo pierdo será una condenada tragedia. —Rió lúgubre—. Aparte naturalmente del hecho de que no quiero ir a la cárcel.

—No dejaremos que eso ocurra. Te sacaríamos de aquí.

«Para ir a una cárcel con cualquier otro nombre», se dijo Berg.

Se hizo un silencio. Era evidente que Niki se debatía en una lucha interior.

—No sabes lo que estás pidiendo, Rolf. Es... —Meneó la cabeza—. Es mucho más difícil de lo que puedas imaginar.

—¿Pero es posible?

—Posible —reconoció— aunque demencial. Esa mujer trabaja en el Ministerio de Defensa. No pasará inadvertida. Investigarán en su vida...

—Y no encontrarán nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me aseguré.

—Rolf, Rolf... —Niki suspiró exasperado—. Las cosas no se hacen así. Tal vez

con los desertores, con nuestra propia gente que nos ha vendido. Pero esto..., me refiero a que si orientan las sospechas hacia nosotros...

—Serás capaz de manejarlo —dijo Berg con cierta irritación.

Niki apretaba los labios con terquedad.

—Lo mejor será que te saquemos de aquí, Rolf. Podemos hacerlo ahora. Esta noche.

Debía de estar bromeando. Era algo tan ridículo que Berg estuvo a punto de echarse a reír.

Se dio cuenta de que tendría que poner algunas cosas en claro.

—Considera bien las posibilidades, Niki —dijo con tono grave—. Son..., bueno, de una sencillez meridiana. O nos protegéis a mí y a mi fuente principal y obtengo para ti ese fantástico material nuevo, y por tu parte te ganas un rápido ascenso. O nos descubren a mí y a mi contacto, y a ti nunca jamás en la vida te vuelven a dar un cargo en el extranjero.

Niki parecía trastornado, que era exactamente lo que se proponía. Se estaba imaginando la vida en un puesto anodino del GRU, sin visitas al extranjero, sin su agradable piso en Moscú, sin el pase para las tiendas de artículos extranjeros. Empezó a tamborilear de nuevo sobre el volante.

—Esa información que tu contacto va a facilitar..., ¿dices que es buena?

—Lo digo y lo es.

A Niki le molestaba preguntar, pero superó esa desgana.

—Bien. Dame una idea.

Berg se había preparado para aquello, se había limitado a elegir lo que imaginaba que a Niki le gustaría más que nada en el mundo.

—La estrategia de la OTAN en mil novecientos sesenta y cuatro para el norte de Europa.

El ruso permaneció inmóvil por un instante, luego se humedeció los labios. Su mirada centelleó codiciosa.

—Nunca dejas de asombrarme, Rolf.

—Bien. Ahora asómbrame tú. Dame lo que necesito.

Hubo una pausa. El ruso apartó la vista, el rostro contraído con sus cábalas. Luego, con un leve suspiro de resignación, hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible.

Berg comprendió que todo había quedado solucionado. Se sintió invadido por una oleada de alivio.

—¿Estás seguro de que no van ya tras de ti? —preguntó Niki.

—Absolutamente seguro —mintió Berg.

—Bien. Pero deberías irte fuera por un tiempo. A alguna parte lejos de la ciudad, tal vez al extranjero. Y no digas a nadie a dónde vas.

—¿Por cuánto tiempo?

Niki reflexionó.

—Una semana... no sé. Pero mantente en contacto. Ya te haremos saber cuándo puedes regresar.

Mientras se dirigían de nuevo a la ciudad, Berg pensaba a qué lugar podría ir. ¿Suecia? ¿Finlandia? No, demasiado lejos para mantenerse en contacto. Había cosas en Oslo de las que todavía tenía que ocuparse.

Y de repente lo supo. Claro. Sabía el sitio exacto.



## Capítulo XXII

Sonja Bjornsen se encontraba sentada en la sala de estar, junto al teléfono, tratando desesperadamente de dominar sus nervios. Miró el reloj, eran pasadas las siete.

Ahora.

Alargó la mano para coger el teléfono, vaciló y lo pensó mejor.

Dio un paseo alrededor de la habitación y volvió a sentarse. Quería tener la mente clara; pero la falta de sueño le hacía verlo todo confuso. Se había acostado a la una de la madrugada, dormitado a intervalos durante tres horas para acabar despertándose aferrada a una única y obsesiva idea, la de que tenía que ponerse en contacto con Erik.

Una y otra vez se imaginaba el momento en que él contestara al teléfono. La confirmación de que, en realidad, era Rolf Berg. El pasmado silencio cuando se diera cuenta de quién era ella; la negativa de que él fuera Erik, la pretensión de que existía algún error. El convencimiento de que ella le había descubierto la reacia admisión y, finalmente la aceptación de verse.

Y esa vez habría de hacer acto de presencia. Tenía que hacerlo.

Sonja se debatía en una mezcla de esperanza y sufrimiento. ¿Por qué no se había presentado la segunda vez? ¿Por qué no había telefoneado para explicarse? ¿Qué diablos estaba pasando? En el fondo de todos sus temores, alentaba la sospecha de que algo espantoso había ocurrido, aunque era incapaz de suponer qué podía ser.

Tal vez se tratara de esa estúpida historia «Delta» que le dio. Había descubierto que no era verdad, que le había puesto en ridículo y estaba furioso con ella. ¿Por qué se le ocurriría hacer aquello? ¿Por qué había sido tan estúpida?

La noche anterior había intentado llamarle desde la cabina... Entonces le resultaba fácil pues se hallaba furiosa y dolida; pero no estaba en casa. Y le habían dicho que no estaba en su oficina.

En aquellos momentos lamentaba no haber entrado en el edificio del *Dagens Post*. Allí pudieron haberla informado de dónde se encontraba evitando así la necesidad de esto.

Pero tenía que hacerlo.

Se obligó a sentarse y a mantener la calma. Repitiéndose las palabras una y otra vez descolgó el teléfono y marcó con cuidado el número de la casa de Berg.

Sonó la llamada. Sonja aferró con fuerza el auricular.

Siguió sonando el timbre... Empezaron a desvanecerse sus esperanzas. No iba a estar en casa.

Luego, de repente, contestaron.

—¿Hola?

Una voz de mujer.  
Sonja contuvo el aliento.  
—¿Hola?  
Sonja colgó lentamente.

Respiró con fuerza. Debía haberlo sabido. Probablemente Hildegard Lindman. O cualquiera. Debía tenerlas por docenas. La idea la hería como un cuchillo. ¡Maldito sea! ¡Maldito sea!

Le cayeron amargas lágrimas. No tenía intención de llorar; le era imposible evitarlo y las lágrimas se convirtieron en llanto inconsolable.

Un momento después, apretó los labios con fuerza, se sonó y se puso en pie con aspecto decidido. No era forma de enfocarlo. Los lloros resultaban inútiles. Llorar era el primer escalón de un largo y resbaladizo descenso hacia la depresión y la desesperación. Había pasado veinte años evitando semejante caída. Era inevitable cuando una se siente tan sola como ella lo había estado.

Empezó a percibir el benéfico influjo del dominio de sí misma.

Se dio cuenta de la hora. Tenía que ir a la oficina, la vida había de continuar con toda normalidad. Llamaría a Rolf Berg al *Dagens Post*, a lo largo de la mañana.

Antes de irse, se maquilló, examinándose en el espejo con mirada crítica. Había adelgazado algo, cosa que siempre anheló. Sin embargo, no estaba segura de que le sentara bien. En su cara había arrugas, parecía más vieja.

Se detuvo en la puerta tratando de recordar algo que se agitaba en su memoria. Intentó infructuosamente captarlo en su embotada cabeza hasta que de repente lo captó. Abrió el cajón de la consola del vestíbulo y allí encontró el montón de fotocopias. Había sido muy descuidada al dejarlas en aquel lugar, al alcance de cualquiera. Rápidamente se las llevó a la sala de estar y colocándolas sobre las parrillas les prendió fuego. Se quedó mirándolas arder hasta que sólo quedaron las cenizas.

El viaje hasta la oficina era tan habitual que lo hizo sin enterarse. Primero el tren de transbordo; luego, el tranvía y, finalmente el recorrido a pie de unos cuatrocientos metros. Recordó que a las nueve se celebraba la reunión semanal de departamentos. Tendría que registrar las actas. Como quiera que fuese, no podía permitir que el cansancio afectara a su trabajo.

El ascensor se puso en movimiento, vomitando gente en su camino. Al llegar a su piso, las puertas se abrieron y salió.

Alguien se acercó a ella. Era el comandante Thrane. Sonja logró esbozar una leve sonrisa de cortesía. Se dio cuenta de que iba a hablarle.

—¿Podría concederme un momento, Sonja? ¿Antes de ir a su despacho?

—Humm... sí, claro —dijo ella parpadeando.

Thrane abrió la marcha a lo largo del corredor hasta las escaleras y empezó a bajarlas. En la cabeza de Sonja sonó una incipiente alarma, casi se disponía a hablar, pero algo en la actitud enérgica del comandante la hizo vacilar.

Continuaron bajando hasta el sótano, siguiendo luego por un pasadizo. Sonja no estaba familiarizada con aquel sector del edificio. Intentó recordar a qué estaba destinado. Fuera lo que fuese no podía siquiera imaginar qué podría querer Thrane de ella allí abajo.

Él se detuvo ante una puerta y, abriéndola, se hizo a un lado para que pasara.

Sonja atravesó el umbral observando al punto las paredes desnudas, las sillas metálicas, la habitación sin ventanas, la gente que la esperaba.

Y en seguida lo comprendió.

Todo había terminado.

Miró a Thrane. Sus ojos lo confirmaron.

Todo había terminado.

Ante ella se encontraba sentado el jefe de Seguridad. A la derecha de él dos funcionarios adscritos a su personal, uno de ellos con un bloc de notas y una grabadora sobre una mesa que tenía delante.

Thrane se frotó los ojos. Estaba cansado, lo que no era de extrañar, ya que en las últimas veinticuatro horas sólo había dormido tres. Era casi la una de la tarde. Había estado interrogando a Sonja Bjornsen durante cuatro horas. El jefe de Seguridad se había ido tan pronto como Sonja formuló su primera admisión, lo que hizo a los cinco minutos. Ahora sólo Thrane y un colega permanecían allí.

Sonja se encontraba sentada frente a ellos. Encima de la mesa, delante de ella había un plato de emparedados sin probar. Tenía la cara cenicienta; sin embargo, se mostraba extrañamente sosegada, como si no creyera que hubiera ocasionado grandes perjuicios.

A Thrane le enfurecía aquella tranquilidad. Sentía la necesidad de sacudirla, de obligar a aquella estúpida mujer a comprender lo que había hecho. No podía hallarse seguro del alcance de los daños mientras no hubiera analizado con ella punto por punto. Pero de cualquier forma había admitido lo más importante.

Estuvo pasando información, y lo hizo durante algún tiempo.

Mientras ella hablaba, Thrane tenía la desagradable sensación de que el costo final iba a ser muy alto.

Y ni siquiera habían hablado de Pasvik.

Thrane, con toda intención, lo estaba dejando para más adelante.

Puso en marcha una vez más la grabadora, presionando la clavija con fuerza.

—Muy bien —dijo con tono cortante—. Volvamos al principio. ¿Puede decir honradamente que nunca sospechó de él?

—No. Sólo hasta hace poco, como ya le he dicho.

—Sin embargo comprobó su historia. Ya desde el comienzo.

—Sí.

—¿Tenía sospechas?

—No. Era lo normal. Hacer una comprobación.

—¿Y qué me dice de su voraz apetito de información? ¿No le inspiró sospechas?

—Charlar era algo habitual. Rumores entre departamentos.

—¿Rumores? Pero no eran rumores, ¿verdad, Sonja? Era información importante. Sonja guardó silencio.

—¿Y espera que crea que nunca sospechó de él? ¿Que jamás se dio cuenta de que no era Erik Leif?

—Ya se lo he dicho. No lo imaginé siquiera hasta hace poco tiempo.

Thrane aspiró hondo.

—Muy bien. ¿Y qué fue lo que despertó sus sospechas?

Sonja apartó la mirada.

—No lo sé, infinidad de cosas. Pequeñas equivocaciones. Cosas que debería saber y no sabía. Su reserva.

—De manera que se informó sobre él más a fondo.

—Sí.

—¿Y descubrió la verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué demonios no acudió a mí?

Sonja se humedeció los labios nerviosa.

—Trataba de estar segura. Yo...

Algo que parecía sufrimiento contrajo sus facciones por un instante.

—¿Deseaba protegerle?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Quería... hablar con él. Tenía el convencimiento de que debía de haber un motivo, una explicación. No dudaba de que me diría lo que fuera.

—¿Qué clase de explicación cree que podría haber? —preguntó Thrane incrédulo.

—Verá, está usted equivocado respecto a él —dijo ella con tono sensato—. No pasaba información a... un tercero. Quiero decir que no era un... —evitaba la palabra espía.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo... sólo lo sé. No podía... no podía serlo.

Se llevó la mano a los ojos.

Te la han jugado bien, hubiera querido gritarle Thrane. Pero en vez de ello apartó la silla con un furioso empujón y empezó a andar alrededor de la habitación sin poder creer todavía que una mujer con sentido común hubiera podido engañarse hasta tal punto a sí misma. Había vendido a su país y ¿por qué?

Allí no habían intervenido ideologías, ni dinero, ni la inmortalidad.

No, sólo lo que ella llamaba amor. Una sórdida y furtiva cita una vez al mes, un revolcón de tanto en tanto con un amante joven y viril.

Resultaba asombroso; no, patético, que el sexo pudiera reducir a una mujer a tan absoluta simpleza.

—¿Y no ha tenido nunca la oportunidad de encararse con él? —preguntó

volviendo junto a la mesa.

Sonja negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué le hizo escapar?

Ella pareció sobresaltarse.

—¿Qué quiere decir?

—Que ha desaparecido. Se ha esfumado. Ha huido.

En su rostro se reflejaron la duda y la alarma.

—No ha desaparecido —dijo.

—Ha dejado de acudir a la cita, no una sino dos veces. Yo diría que está bastante claro.

Thrane no añadió que la segunda vez presentaba todos los indicios de una estratagema. Era como si el amante y sus amigos hubieran estado observando a Sonja para averiguar si se hallaba bajo vigilancia. Bien, habían estado observando y ahora con toda seguridad lo sabrían. Ése era el motivo de que Thrane se hubiera decidido a llevarla allí.

—¿Qué otra explicación pudo haber? —dijo a modo de sugerencia.

Sonja se disponía a hablar, pero luego cambió de idea. Movi6 la boca sin emitir sonido alguno. Finalmente respir6 hondo.

—Le di una informaci6n falsa, algo imaginado por m6 —dijo hablando de carrerilla—. Y supongo que tal vez lo haya descubierto. Es lo 6nico que se me ocurre.

Thrane crey6 haber o6do mal.

—¿Qué quiere decir con lo de... informaci6n falsa? ¿De qué est6 hablando?

—Se... se refer6 al proyecto Bluetail. La instalaci6n en Kaafiord. 6l quer6a... — se interrumpi6.

«Quer6a enterarse de todo», se dijo furioso Thrane.

—Me pregunt6 sobre 6l —explic6 Sonja hablando con tiento—. Le cont6 que se trataba de un nuevo tipo de sistema de navegaci6n. Un sistema que pueden utilizar los submarinos incluso sumergidos. Di un nombre al sistema... un nombre inventado. Le dije que se llamaba «Delta».

—¿Delta? Pero ¿por qu6 le dijo todo eso?

—Porque... sab6a que no era quien dec6a ser. No pod6a decirle nada que fuera... verdad.

Thrane parec6a desconcertado.

—Pero yo cre6a... cre6a... —de repente se sinti6 triunfante—. Me ha mentado — sus palabras salieron disparadas a trav6s de la mesa—. Hace unos momentos dijo que nunca hab6a tenido ocasi6n de encararse a 6l.

Sonja palideci6. La hab6a pescado.

—Yo... yo... estaba furiosa y trastornada. Necesitaba tiempo para pensar. Ver la forma de abordarle. Entre tanto no quer6a que tuviera nada... 6til. De manera que le di informaci6n falsa.

—¡Y al propio tiempo le puso en guardia!

—No, estoy segura de que no lo hice —dijo con inesperado apasionamiento—. Estoy segura de que volverá.

Thrane se quedó mirándola. Allí había algo muy peculiar. Algo que no encajaba. Estaba demasiado segura.

—¿Por qué? —preguntó con calma.

Ella negó con la cabeza. Era evidente que no pensaba contestar. Volvió al tema que ya habían tratado varias veces.

—Con toda seguridad tendrá algunos indicios de quién puede ser.

Una vacilación casi imperceptible.

—No.

Aquí lo tenemos de nuevo. Algo furtivo. Algo que oculta.

—Dice que intentó telefonarle ayer noche. Después de que la dejara plantada.

—Sí.

—En casa de su amiga Monika, el lugar en el que habitualmente se reúnen.

Ella asintió.

—Pensé que tal vez hubiera confundido el sitio de la reunión. Que estaría esperando allí.

—No la creo. Me parece que sabe cómo ponerse en contacto con él directamente. No debe ignorar que lo comprobaremos. Descubriremos si realmente llamó desde casa de su amiga.

Sonja bajó la vista. Vaya, vaya. Eso no le gusta, se dijo Thrane.

Lo intentó de nuevo.

—Muy bien, así que no sabe quién es —dejó que el sarcasmo pudiera traslucirse en su tono—. Sin embargo, a él algo se le habrá escapado sobre dónde vive, lo que hace, cómo se divierte. Después de todo —hojeó las notas—, esto no es mucho, ¿verdad? Más bien alto, pelo rubio y abundante, ojos azules, en la treintena. Bueno, es la imagen de la mitad de los hombres de Oslo.

Su expresión se hizo hermética. Había echado las persianas. De nuevo el mutismo.

«Muy bien, tuviste tu oportunidad. Ahora lo haremos de la otra manera», se dijo Thrane.

—Como tú quieras, Sonja. Analizaremos punto por punto, con fechas, documentos y todos los detalles. Tengo una lista de acontecimientos para ayudarte a estimular tu memoria. Pero empezaremos con algo que no te costará mucho recordar. Pasvik.

—¡Está equivocado! —Sonja se hallaba tan aterrada que lo repitió dos veces con voz llorosa y estridente como la de un niño; luego, hizo un esfuerzo por calmarse y dijo con más tranquilidad—: Está equivocado. Jamás conoció el lugar, nunca supo los nombres. No se los dije. ¡Nunca le he mencionado esas cosas! No fue responsable

de... —no pudo decir otra cosa— de eso.

—Pero sí le dijo el resto, ¿verdad?

—Yo... —calló bruscamente atormentada por el deseo de decir la verdad y al propio tiempo por el vago temor de que, al hacerlo, tal vez pudiera caer en alguna horrible trampa.

—Le conté que había una operación en marcha —empezó a decir despacio—. Le hablé de que íbamos a reunirnos con un hombre cerca de la frontera...

—¿Dio detalles?

Sonja trató de recordar. ¿Qué le había dicho?

—Comenté que el encuentro tendría lugar en la región de Inari. Pero no le di más detalles. Se lo aseguro.

—¿Y qué más?

Hacía tanto tiempo de todo aquello. Se exprimió el cerebro.

—Le dije que el tercer hombre había hecho un trato con nosotros. Información a cambio de la libertad.

—Continúe.

—No puedo recordar.

—Yo creo que sí.

Dejó caer la cabeza entre las manos e hizo retroceder su memoria a la noche en que Erik estuvo a punto de dejarla, el sufrimiento que aquello le produjo y su alivio cuando él cambió de idea. ¿Qué era lo que le había dicho...? Que uno de los hombres era un experto en supervivencia. Sí, recordaba habérselo dicho. Y tenía la impresión de haberle revelado también que el otro era lapón. Y que el tercer hombre procedía de Murmansk. No era gran cosa pero si se lo decía a Thrane, éste se aferraría a ello y sacaría de nuevo aquellas temidas conclusiones. Y estaría equivocado.

Fuera lo que fuese Erik-Rolf, excesivamente ambicioso, maquinador, no era en modo alguno siniestro, sólo un periodista. Tal vez hubiera utilizado la información para impulsar su carrera; pero no podía ser, en modo alguno, responsable de la catástrofe de Pasvik.

Sonja decidió guardar silencio. Porque Thrane jamás en la vida lo comprendería, no lo haría a menos que le dijera la verdad sobre Rolf, y ella no iba a hacer eso. Cuando por vez primera negó conocer la identidad auténtica de Erik, no estuvo segura de qué le había inducido a ello. Sólo tenía el convencimiento de que debía ser así.

Pero ahora ya comprendía por qué tenía que seguir mintiendo. Era esencial para que aquella cosa espantosa no siguiera creciendo. Tenía que mantener la mano apretada sobre el agujero del dique, o las venenosas aguas se desbordarían ahogándolo todo, a todos... a su mundo. Tan pronto como les diera el nombre de Rolf, irían a detenerle y ella perdería toda posibilidad de volver a verle.

Aquella idea la destrozaba.

—No le dije nada más sobre Pasvik. Nada —aseguró evitando la mirada dura e

inflexible de Thrane.

—No la creo.

Sonja no contestó.

—Estoy convencido de que se lo dijo todo. De que es un agente soviético y usted se lo reveló todo, Sonja. Y utilizó esa información al igual que toda la que usted le facilitó antes. Y lo que es más, creo que durante la última semana olfateó dificultades y se esfumó. Desapareció. Abandonó el país cargándola a usted con el muerto. Sola ante el peligro. Un verdadero amigo, ¿verdad?

—Está equivocado.

—¿Por qué, Sonja?

—Sólo lo sé.

Empezaba a sentirse desesperada. Aquel continuo acoso la estaba agotando. Pero sabía que Thrane jamás se detendría, seguiría haciendo una y otra vez esas espantosas preguntas.

En la mente de Sonja empezó a apuntar una idea y se aferró a ella. Comprendió que le daría las dos cosas que necesitaba desesperadamente... tiempo y oportunidad para ver a Rolf. La idea floreció y se consolidó.

—Verá, acaso haya una solución —dijo a Thrane—, una manera de poder demostrarle que él no es... lo que usted piensa. Una forma de que pueda averiguar quién es. Deje que me vaya como si nada hubiera ocurrido. Deje que siga trabajando. Permítame ir a casa todas las noches. Entonces, estoy segura que él volverá a ponerse en contacto conmigo.

—¿Está segura? ¿Por qué lo está?

Sonja comprendió que tendría que volver a mentir. Una mentira parecía conducir de manera inexorable a otra.

—Porque ya lo ha hecho antes. No aparecer.

—¡Eso no me lo dijo!

—Ah... bueno, pues es verdad. Pero siempre vuelve ¿comprende?

Thrane vaciló mostrándose poco convencido y como dispuesto a desafiarla. Luego pareció pensarlo mejor.

—Vamos a ver, dejemos esto bien claro —dijo por fin—. ¿Estaría dispuesta a tenderle una trampa para nosotros?

La brutalidad de la pregunta cogió a Sonja por sorpresa. Pero tenía razón, sería una añagaza. Se preguntó si podría hacerlo. Se imaginó por un instante la escena. Erik-Rolf acudiendo a un lugar de encuentro, respondiendo reacio a las tranquilas preguntas de ella, empezando a sentirse un poco preocupado y, al final, en el momento abrumador de la comprensión, mirándola sorprendido y horrorizado. Era una imagen agrídulce.

—Sí, lo estaría —musitó Sonja, sintiendo en los ojos el escozor de las lágrimas—. Pero sólo... —hizo acopio de todo su valor—. Sólo si me da la oportunidad de hablar con él. En privado. Durante un tiempo. Horas, quiero decir. ¡Han de



concederme eso!

Thrane se agitó en su asiento, presa de ira contenida.

—¡Éste no es un juego que estemos practicando en beneficio suyo! ¿Comprende? —explotó.

—Sería una condición para el... trato. Tiene que prometérmelo —dijo ella con calma.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas y caían sobre la mesa.

El rostro de Thrane reflejó todo tipo de expresiones. Frustración, desaprobación y, finalmente, reflexión. Como si, después de todo, estuviera considerando seriamente la idea.

Poniéndose en pie recorrió durante un rato la habitación y luego se detuvo junto a Sonja.

—¿Cómo puedo saber que no le va a poner en guardia? —preguntó riendo irónico.

—Tiene mi palabra.

Se hizo el silencio. Sonja levantó la vista y vio su expresión de mofa y escepticismo.

—¿Su palabra, Sonja?

—Sí.

Thrane se dejó caer de nuevo en su asiento, con aire fatigado.

—Lo pensaré —dijo respirando hondo; después levantó en dirección a ella un dedo amonestador—. Pero únicamente cuando lo hayamos repasado todo. Y me refiero a todo, punto por punto —rebuscó entre sus papeles—. Veamos. ¿Dónde estábamos?

Sonja sabía la respuesta. Y el corazón le dio un vuelco.

Pasvik.

Thrane fue a ver al director.

—Permanece inmovible —le dijo.

—¿Pero conoce la identidad de él?

—Estoy seguro de que es así —afirmó Thrane enfático—. O al menos sabe cómo encontrarlo, que viene a ser lo mismo.

—Ese trato que ofrece es tentador.

El director creía firmemente en la oportunidad.

—No sé...

—Bueno, no ha pedido demasiado, ¿verdad? Quiero decir que la mayoría de las gentes en su situación tratarían de obtener las mayores ventajas en cuanto a la sentencia.

—Bueno, a ese respecto, la verdad es que no podríamos prometerle nada.

—¿Tan mal está la cosa? —inquirió ceñudo el director.

—Pasvik. Estoy seguro de eso. Aunque ella jura que en ningún momento le facilitó el lugar del encuentro o los nombres de nuestros enviados. Pero tiene que haber sido ella. Todo encaja.

—Nuestras prioridades son incontestables —sentenció con firmeza el director—. Lo primero es averiguar dónde recalaba todo ese material. Lo segundo obtener pruebas, y me refiero a pruebas evidentes, tanto contra Sonja como contra su contacto. Este trato que nos ofrece nos proporcionará ambas cosas. Así que... me parece que deberíamos aceptarlo —observó el ceño de Thrane—. ¿Por qué no?

—Estoy seguro de que el pájaro ha volado.

—Pero valdría la pena intentarlo.

—Yo preferiría rendirla, agotar su resistencia y obtenerlo directamente de ella. ¡Sonja lo sabe, maldición!

—Pero una alegación no es suficiente. Usted sabe muy bien que hemos de coger al contacto aceptando información o, todavía mejor, *pasándola*. Es inútil conocer tan sólo su nombre —reflexionó un instante—. Daremos a Sonja dos semanas.

Thrane sabía cuándo una decisión se tomaba en firme.

Eran las ocho de la noche. Regresó a su despacho y ordenó que se aumentara la vigilancia de Sonja de manera que, en ningún momento, hubiera menos de tres hombres siguiendo sus pasos. Luego, volvió adonde se encontraba Sonja y le dije que aceptaban el trato y que era libre de irse a su casa.

Seguidamente se retiró a su despacho, cansado y desanimado. Estaba seguro de que semejante ejercicio era una pérdida de tiempo. El amante se había largado y aquella certeza le estaba volviendo loco. No podía evitar decirse que, si hubiera retenido antes a Sonja, sólo una semana antes, el amante habría caído en sus manos.

Entró Jensen.

—Hay un par de cosas que debería ver antes de irse.

¿Irse? ¿Se refería a marcharse a casa? Thrane ni siquiera había considerado la posibilidad. Su casa, al igual que el sueño, parecían pertenecer a otra vida.

Tensen colocó delante de él dos hojas de papel.

Thrane se frotó los ojos para ahuyentar el cansancio y miró. La primera hoja era un informe de vigilancia del FO/S. Lugar: Kaafiord Valley. Futuro emplazamiento de Top Sec ELINT PROJECT BLUETAIL.

Thrane dirigió su atención a la parte principal del informe. Se había observado a un grupo subiendo hasta el emplazamiento y tomando fotografías. El grupo lo formaban cuatro personas con esquíes, además de un perro gris con aspecto de lobo. —Los de FO/S eran de una pedantería asombrosa, se dijo Thrane—. El grupo había llegado en un «Land Rover», más adelante identificado como perteneciente a — Thrane respiró ruidosamente mientras leía— Halvard Starheim.

De manera que Hal no había hecho el menor caso de su consejo. Algunas personas jamás aprenden por mucho que se les advierta. Thrane estaba decepcionado. Creía que Starheim tendría más sentido común. Bien; en adelante, aquel hombre

tendría que habérselas solo. Thrane ya no se sentía obligado a ayudarlo o defenderle.

Dio vuelta a la segunda hoja y observó fastidiado que también se refería a Starheim. Era copia de una carta que había enviado al ministro de Defensa. Leyó impaciente. Lo habitual. Los derechos de los lapones. La asociación histórica. El malestar que se causaba a los renos. Las dimensiones de la instalación.

¿Dimensiones?

Thrane leyó con más atención.

*... ese sistema de navegación «Delta» con sus largas antenas y exigencias para su mantenimiento, es proclive a causar considerables perturbaciones.*

Thrane se llevó una mano a la frente con mirada horrorizada.

Ve despacio, ve despacio... Piensa.

«Delta». Sistema «Delta».

Sonja.

Sonja había mencionado la palabra «Delta». Le había dicho que se la había inventado.

Maldición...

Piensa. Piensa.

Pero por mucho que pensara no había salida.

«Delta» «Delta»

Sonja se lo había inventado en honor de su amante. Se lo había inventado.

Así que, en el nombre de Dios, ¿quién se lo había facilitado a Hal?

Por un instante Thrane dejó descansar la cabeza entre las manos.

—Me temo que ninguno de nosotros podrá volver a casa esta noche —dijo luego con calma a Jensen—. Antes que nada, coge el teléfono y llama a la Policía de Tromsø. Averigua si Hal Starheim está en Revoy, en su casa.

## Capítulo XXIII

Hal entró en el piso de Fred y vio desperdigados por toda la sala de estar los restos de la fiesta. Vasos sucios, envases de cerveza y una botella de aguardiente vacía.

Dejó el abrigo sobre una silla, se desplomó en el sofá y cerró los ojos. Se había sentido peor; pero no recordaba cuándo. Tenía un dolor de cabeza de esos que golpean por detrás del globo del ojo y anulan el cerebro. Se frotó las doloridas sienes y deseó por centésima vez no haber sugerido jamás aquella fiesta.

Cuando acudió a las nueve de aquella mañana a una reunión en la «Geographical Society», todavía se sentía embriagado, ya que el jolgorio se había prolongado hasta las cuatro de la madrugada. Pero hacia mediodía se convirtió en víctima de la resaca. Y la seguía sufriendo a última hora de la tarde.

Estaba irritado consigo mismo. ¿Por qué lo había hecho? Sabía muy bien que lo iba a lamentar. Siempre había aborrecido todo ese asunto sórdido de la bebida al estilo noruego, que no se sabe, o no se quiere saber, cuándo debe parar. Beber y beber como si no existiera una mañana.

Pues bien, aquí estaba el mañana y la resaca era abominable. Se lo tenía bien merecido.

Finalmente se despabiló y después de dejar despejada la habitación de vasos y botellas, se sentó ante el escritorio de Fred para trabajar en un borrador de propuesta para la expedición K2.

Por último, a las seis, se decidió por un antídoto. Aguardiente. Lo bebió como si fuera medicina, con la nariz arrugada y los ojos cerrados. Al cabo de un rato se sintió algo mejor, que era más de lo que se merecía. Encendió la radio para oír las noticias y dejó que la voz lejana del locutor actuara de sedante.

De Gaulle había vetado la incorporación de Gran Bretaña como miembro del Mercado Común. Un congreso comunista en Berlín. Había atacado a Kruschew por retirar los misiles soviéticos de Cuba. Los Estados Unidos y Gran Bretaña se habían afirmado en su decisión de crear una fuerza submarina OTAN de «Polaris».

En cuanto al propio país continuaban las heladas...

Hal aguzó el oído.

En Oslo la temperatura era de veinte bajo cero. En el Norte, había nevado intensamente durante la noche, con temperaturas excepcionalmente bajas... Tromsø, dieciocho bajo cero; Kautokeino, cuarenta bajo cero. Previsiones: sin cambios.

Apagó la radio y se acercó a la oscura ventana. Las placas exteriores del doble acristalado estaban cubiertas de blanco y centelleante hielo. Más allá, los árboles cargados de nieve, así como los tejados, brillaban pálidos en el panorama urbano bajo un cielo nocturno duro y quebradizo.

Pensó en Brattdal, en la reciente nevada y el frío excepcional. En seguida, le atormentaron imágenes de Arne luchando con corrientes, tractores destrozados y animales enfermos. Había sido un loco yéndose. Debería haber sabido que algo semejante ocurriría. Estaban ya casi en febrero, la época de dificultades y desastres.

Bien, regresaría tan pronto como fuera posible. Sí... mañana.

Entre tanto, de un momento a otro telefonaría Arne. Hal consultó su reloj, sintiéndose de repente impaciente por recibir noticias.

Mientras esperaba, trató de convencerse de que no iba a volver a beber. Al final, su voluntad flaqueó y se sirvió una cerveza.

Como regla habitual, jamás bebía a solas, pero Fred no regresaría antes de media hora más o menos y necesitaba compañía. Se sentía abrumado por un profundo desaliento. Oslo con su gran masa de población siempre le deprimía, tenía la impresión de que la gente podía morir y vivir en aquella ciudad sin que nadie se diera cuenta. Y allí estaba él, a punto de renunciar a Brattdal para residir en Oslo durante meses mientras organizaba la expedición.

Renunciar a Brattdal... La idea era muy penosa, como apuñalar a un amigo por la espalda.

Sonó el teléfono y Hal se apresuró a descolgarlo.

La voz de Arne sonaba muy lejana. Fue derecho al grano. Había otros tres bueyes almizcleros enfermos, con grandes hinchazones y úlceras alrededor del hocico. El veterinario había telefoneado para decir que creía que pudiera tratarse de una enzima contagiosa, una infección vírica común en ovejas y cabras, en cuyo caso la única esperanza residía en separar a los animales enfermos. Arne había intentado conducirlos a los pastos bajos que estaban vallados, pero la copiosa nieve se lo había impedido. Con la temperatura que tenían, el viejo pensaba que los animales afectados morirían esa misma noche. Sin embargo iba a volver de inmediato para ver si podía hacer algo más.

Por un instante Hal se sintió incapaz de hablar.

—Regresaré tan pronto como me sea posible, Arne —dijo con voz débil—. Mañana en el primer avión.

—Y otra cosa —dijo Arne—. La temperatura está bajando.

Hal llamó al aeropuerto en cuanto Arne colgó. El primer vuelo al Norte salía a las seis cuarenta de la mañana siguiente. Hizo la maleta con la mayor rapidez y luego se tumbó en la cama, embargado por una inquieta y dolorosa desesperanza.

Todo inútil. Los bueyes almizcleros, la granja, los nuevos árboles, Ragna, la búsqueda ridícula del propietario de los prismáticos. Su vida. Sí, eso también. Una condenada pérdida de tiempo.

Sonó el teléfono en la sala de estar. Sería sin duda algún amigo de Fred. Consideró la posibilidad de no contestar, pero lo pensó mejor.

—¿Halvard Starheim? —inquirió una voz—. Soy Sorensen. Está usted de suerte.

«¿De veras?», se dijo Hal.

—Tengo algo para usted. Es muy raro obtener este tipo de cosas con tanta rapidez. Pero hemos de agradecerérselo a mi buena amiga Christina de los Archivos de Breisgau. Es una joven inteligente con un excelente olfato. Sabe tomar atajos bien orientados.

Hal intuyó a qué se refería.

—¿Ha descubierto cómo murió el soldado?

—Sí. Christina localizó a su familia, o al menos a su hermano, que seguía viviendo en la misma ciudad, Muhldorf, en Baviera. Lo más difícil fue encontrar la dirección original. Hubo de ir a los archivos de Bonn con el nombre y el regimiento. Pero una vez que dispuso de Muhldorf todo fue muy sencillo. Se hizo con una guía de teléfonos local y empezó a telefonar a gente de la ciudad con el apellido Schirmer.

—Muy afortunado —añadió Sorensen con risita triunfal.

A Hal le resultaba difícil concentrarse.

—¿Y qué?

—Murió en un hospital militar de Lyngseidet a causa de las heridas sufridas en un accidente. Al parecer, y siempre según el hermano, claro, se produjo un alud.

Hal no dijo ni una palabra.

—Espero que eso le proporcione la información que necesitaba —dijo Sorensen al cabo de un momento—. Y me temo que tendré que cobrarle algo por el tiempo invertido por Christina. Confío en que se hallará de acuerdo... ¿Hola...? ¿Hola...? ¿Está todavía ahí?

—Cóbreme lo que quiera —murmuró por fin Hal.

Luego, colgó.

Ragna entró con su llave en el piso de Rolf, dejó los víveres en la cocina y preparó su baño. Se sumergió en el agua bien caliente que casi alcanzaba el borde y permaneció allí inmóvil dejando que el calor la tranquilizara.

Había llevado un día frenético, tratando de realizar en una sola jornada los encuentros de dos; pero al final todo había resultado muy bien. Cuando tres meses antes había intentado interesar a la Prensa en el problema de Kaafiord se habían mostrado corteses, aunque muy poco cooperativos. Las historias sobre Defensa les ponían nerviosos, pero las cuestiones de seguridad le producían un terror mortal. El artículo de Rolf había cambiado las cosas. De repente los lapones de Kaafiord eran noticia y todo el mundo quería entrevistarla. La Prensa extranjera también. Fue idea de Rolf implicarla a ella.

Había pasado mucho tiempo desde que la Prensa quería tomar fotografías a Ragna. En los ya lejanos días en que filmó en Suecia, había llegado a ser muy popular, incluso la gente la reconocía por la calle; mas por entonces la Prensa le importaba un bledo. Se había permitido incluso la arrogancia de pasar de largo y con

gafas oscuras entre los fotógrafos. Pero ahora no. Ahora se tomaba la molestia de que le hicieran la mayor cantidad posible de fotos. Con la ayuda de Aslak había encontrado un joven lapón en la Universidad, lejanamente emparentado con una familia de Kaafiord y le había persuadido de que, por un día, se convirtiera en un auténtico lapón de Kaafiord, un ligero reajuste de los hechos, justificado a su juicio por la necesidad de golpear cuando el hierro se hallaba todavía candente.

Y de esa manera la campaña estaba dando su fruto. Un respetado político veterano aceptó llevar el asunto al Storting. Y había recibido la carta que le prometió el ministro de Justicia; aunque, por supuesto, sin las respuestas que quería. Pero ya era un comienzo.

En teoría necesitaría pasar más tiempo en Oslo. No obstante, tendría que arreglárselas para seguir adelante desde Tromsø. Rolf se disponía a volar al Norte a primera hora de la mañana siguiente y quería que fuera con él. Considerando que se había ofrecido a pagar su billete, no podía perder la oportunidad.

Sonrió para sí. ¿A quién quería engañar? De cualquier manera se habría ido con él.

El recuerdo de Rolf le colmaba de pensamientos maravillosamente impuros. Se sumergió más aún en el baño y cerró los ojos. Había sido un amante perfecto, como ella supo siempre que sería. Seguro de sí mismo, experimentado, generoso, llevando su cuerpo a zonas olvidadas de deleite. Era un hombre muy sensual.

Al mismo tiempo, mantenía su típico aislamiento férreo. Pero le gustaba, no ejercía presión alguna sobre ella, no le pedía nada salvo lo que se sentía en extremo feliz de dar.

Lo único que le inquietaba en él era su talante. Tenía la habilidad de pasar de una extrema frialdad a un repentino ardor de manera vertiginosa. La noche anterior había vuelto muy tarde, a las cuatro de la madrugada. No le preguntó dónde estuvo, ella no caería en la vieja trampa; pero le fue imposible no darse cuenta de que se hallaba tenso y preocupado.

En un principio, parecía ajeno a cuanto ella le decía. Permaneció tumbado a su lado, despierto e inquieto. Luego, sin motivo aparente, se echó sobre ella y empezó a hacer el amor con tal apresuramiento e intensidad que la dejó sorprendida. Ragna le dijo con tono quedo: «¡Eh, espérame!» Y entonces él hizo una pausa y, hundiendo la cabeza en el hueco de su hombro, musitó: «Te necesito, Ragna... Te necesito muchísimo.» Fue la única vez que había mostrado algo semejante a la emoción. Ella sintió una oleada repentina de ternura. Le cogió la cara entre las manos, lo besó con cariño una y otra vez. Después, mientras yacían separados, percibió que él había encerrado de nuevo sus emociones, excluyéndola una vez más de sus pensamientos.

Ragna tuvo buen cuidado de permanecer también concentrada en sí misma. Aquello era parte esencial de su recién establecida libertad. No obstante le quedaba una curiosa sensación de pérdida. No le amaba, no quería amarlo; sin embargo no podía evitar sentir que sus relaciones carecían de algo vital.

Se sentó de repente. Saliendo del baño. Eran casi las siete. Rolf había dicho que regresaría a las ocho. Debía darse prisa. Tenía que prepararse, telefonar a Krisi para decirle que volvía al día siguiente, y preparar la cena. También había de hacer las maletas, ya que por la mañana no tendría tiempo.

Se endosó unos *jeans* y un suéter suelto y se cepilló el pelo. No se molestó en maquillarse. Se hallaba satisfecha con su cara tal como era.

Logró la comunicación con Tromsø en el preciso momento en que su madre política estaba metiendo a Krisi en la cama. El chico estaba cansado y malhumorado y, aparte de que le dijera, que al pie del jardín, la mar estaba tan helada que la gente andaba por ella, no pudo sacarle mucho más. Pero pareció contento cuando le anunció que volvía a casa.

Ragna colgó el teléfono con una leve sensación de amor y remordimiento. Echaba de menos a Krisi. A veces la volvía loca, en ocasiones se preguntaba si su instinto maternal no sería más bien escaso. A veces...

Resultaba penoso seguir el hilo del pensamiento por lo que hizo una pausa.

A veces la molestaba... No, él no; él jamás podría molestarla, sino el arraigo emocional que tenía en ella. ¿Sería porque le aterraba la idea de perderlo también?

Con su nuevo y valiente talento casi podía admitir aquella posibilidad.

Acaso el problema fuera que le quería demasiado.

Entró presurosa en la cocina y empezó a preparar la cena. Guisar no era precisamente su pasatiempo favorito; pero emprendió los preparativos con algo parecido al entusiasmo. Había gastado cantidades en comida, melón, filetes, pimientos y especias para una salsa, queso francés y una tarta para terminar. Era el tipo de comida sofisticada que pensaba que agradaría a Rolf.

Una vez que hubo cortado y decorado el melón lo llevó a la sala de estar con la cubertería y la cristalería y empezó a poner la mesa.

Sonó el timbre.

Ragna miró la hora. Siete y media. ¿Sería posible que Rolf no llevara su llave? No, no era del tipo de los que la olvidan. Tal vez se tratara de algún amigo. Se le ocurrió que incluso pudiera ser una mujer. Bueno, ella ya era mayorcita, podría manejar la situación.

Se dirigió a la puerta mirándose al espejo de pasada. Abrió.

Y se quedó con la boca abierta, asombrada.

Hal.

Intentando dominarse hizo uno o dos intentos de hablar sin resultado.

—Hola, Hal —logró decir con voz débil.

La expresión de él era glacial.

—¿Dónde está Rolf?

—Volverá alrededor de las ocho.

Hal inició una media vuelta, consultó su reloj, pareció indeciso y finalmente entró.



—Lo esperaré.

Ragna cerró la puerta y le siguió hasta la sala de estar.

—No sabía que fueras a venir también a Oslo —le iba diciendo—. Podíamos haber viajado juntos... —comprendió que se estaba equivocando de enfoque, que decía tonterías, como si fuera culpable de algo y empezó de nuevo—. ¿Cuándo has llegado?

Ignorando la pregunta, Hal se acercó a las bebidas, empezó a abrir una botella de aguardiente. Lo pensó mejor y se sirvió agua mineral. Mientras tomaba un sorbo miró en derredor suyo, observando la mesa preparada para dos. Se endureció su expresión y por un instante Ragna pensó que iba a hablar; pero Hal se acercó a la ventana y se quedó mirando con fijeza hacia la oscuridad. Ragna se dio cuenta de que llevaba un elegante traje gris. No pudo evitar pensar lo bien que le sentaba.

Se prolongó el silencio. A ella le pareció desconcertante, semejante a una acusación.

—¿Has visto la atención que nos están dedicando? —preguntó en tono alegre, intentando sacar un tema de conversación.

Hal no hizo movimiento alguno, su perfil permanecía impávido. Ragna comprendió que no tenía intención de hablar. Pensó que lo estaba haciendo a propósito, para que se sintiera incómoda. Y lo peor era que lo estaba logrando.

De repente se acordó... El mensaje, la necesidad que tenía de hablar con él sobre la información errónea.

—¿No te dijo Arne que me telefonaras? —preguntó con un leve alarde de indignación.

—¿Qué?

—Que me llamas. Era urgente.

—Ah...

Sin apartarse de la ventana hizo con la cabeza un leve gesto de asentimiento.

—¿Bueno? —Con un esfuerzo para dominar su irritación, siguió diciendo con calma—. Era referente a Kaafiord. La instalación. Tuve la mala fortuna de que me facilitaran una información errónea. No se trata en modo alguno de un sistema de navegación Delta. Al parecer ese emplazamiento no tiene nada que ver con tal cosa.

Hal no mostró el más mínimo interés. De repente ella se sintió enfurecida. Se estaba comportando como un niño mimado.

—¿Hiciste uso de esa información? —le preguntó con tono imperioso—. ¿Escribiste al ministro de Defensa?

Hal se volvió a medias con el ceño fruncido.

—Es posible que sí.

—Venga, dilo claro. ¿Lo hiciste?

—Sí. Mencioné el nombre del sistema. Y el hecho de que habría un montón de antenas.

Ragna sintió que el corazón le daba un vuelco. Dios mío, a Rolf no le iba a gustar

nada. En realidad se enfadaría muchísimo. No era de los que se muestran benévolo con las tonterías. Querría saber por qué no se lo había mencionado antes. Y se pondría furioso porque era demasiado tarde para protegerse a sí mismo. Con toda seguridad la culparía a ella.

Lanzó un gemido al tiempo que se dejaba caer en el sofá.

—*¡Dios mío!* Oye, Hal... ¿no podrías escribirles de nuevo explicándoselo? Diles que has cometido un error y que ahora has comprobado que no se trata de una instalación Delta. Sé que es mucho pedir pero se trata de algo muy importante...

—No voy a discutir ahora eso, Ragna —dijo él y la miró por fin; sus ojos tenían una expresión glacial.

—¡Pero es importantísimo!

—En este momento es lo que menos me importa.

Ragna se quedó con la boca abierta. La estaba tratando como a una idiota. Con repentina furia se puso en pie de un salto.

—¿Por qué has venido, Hal? ¿Para qué quieres ver a Rolf?

Él apartó la vista, con los labios apretados con firmeza. A Ragna la exasperación casi le quitaba el habla.

—¡De veras, Hal, esto es ridículo! Lo que tengas que decir a Rolf puedes decírmelo a mí.

La miró alzando una ceja.

—¿Ah? ¿Lo crees de veras así?

—Bueno... supongo que, en cierto modo, me concierne.

Le dirigió una mirada aplastante.

—Realmente te halagas, Ragna —rió sin alegría—. Créeme, tú eres el último tema que me molestaría en discutir con Rolf.

No le creyó.

—¿De veras? —preguntó sarcástica—. ¿Entonces por qué estás tan enfadado? ¿Por qué te hallas aquí?

Se apartó de la ventana con un repentino y alarmante movimiento, y se plantó delante de ella embargado de una ira contenida.

—Lo que yo discuta con Rolf es asunto mío. Pero sí puedo asegurarte que las mujeres jamás han sido tema en nuestras conversaciones. Con el voraz apetito de Rolf, hubiera resultado demasiado tedioso y una pérdida de tiempo hablar acerca de sus conquistas.

—¡Santo cielo! —explotó Ragna—. Te estás comportando como un chiquillo celoso.

Hal había iniciado un movimiento para alejarse; pero giró en redondo con la mirada centelleante de ira.

—¡Celoso! Ahí es donde te equivocas, Ragna. Jamás han existido celos entre Rolf y yo. En el pasado hemos compartido mujeres, ¿comprendes? O al menos nos las hemos pasado. Sin duda volveremos a hacerlo. No vale la pena discutirlo. —Ragna se

encogió ante aquel torrente de palabras, mientras él rió tristemente—. Además en todo caso no se trataría de compartir. En primer lugar, porque nunca fuiste mía. No, Ragna, de verdad que no me molesta. Y estoy seguro de que tampoco molestaría a Rolf.

Ragna jadeó sintiendo que la sangre le subía a la cara. Se sentía incapaz de decir una palabra.

Hal se preparaba para otra andanada, y ella se disponía a resistirla.

—Si quieres comportarte como una demente, es asunto tuyo, Ragna. Pero yo prefiero no enterarme ni oír nada sobre ello.

—¡Cómo te atreves! No me estoy comportando como una demente.

—Con Rolf sí. Materialmente engulle mujeres; luego, cuando ha terminado con ellas, las escupe. Por lo general ocurre con tal rapidez que apenas se dan cuenta de lo que les ha sucedido.

—¿Y qué?

Hal la miró atónito.

—¿Quién ha dicho que yo quiera que dure? —gritó Ragna—. De hecho resulta más bien estimulante saber que no durará. De esa manera puedo disfrutarlo por lo que realmente es. Un amorío. Ni más ni menos. No deseo compromiso ni matrimonio. Sólo me apetece... diversión —lo subrayó dándole repetidas veces con el dedo sobre el pecho—. ¡Y bien sabe Dios que la necesito!

Hal se había quedado muy quieto.

—¿De manera que la diversión... lo justifica?

—¡Los hombres y su doble moral! —gruñó Ragna—. No le dais la menor importancia al hecho de acostaros cuando os conviene. Soy libre y mayor de edad y durante mucho tiempo no ha habido nadie en mi vida. Así que ¿dónde está el problema?

—¿El problema? —A Hal se le tensaron los músculos de la mandíbula—. ¿Y qué me dices de los sentimientos, Ragna? ¿Qué me dices del afecto y de todas esas pequeñas cosas?

—No soy capaz de enfrentarme a ello.

—No puedes enfrentarte...

—Así es.

—¡Ah! Comprendo. Es evidente.

—Pero eso era lo que tú querías, Hal, y no podía... no podía.

Hal, incrédulo, cerró los ojos por un instante.

—¿Lo que yo quería?

—Unas... relaciones profundas.

—¿Desde cuándo?

—Bueno... desde siempre.

Hal enrojeció ligeramente.

En aquel momento Ragna estuvo a punto de batirse en retirada, pero su ira la

impulsó de manera inexorable hacia delante.

—¡Tú esperabas cosas de mí! Querías que estuviese allí y me enterrara viva en Revoy... Yo no estaba preparada para ello... ¡y sigo sin estarlo!

—No —dijo Hal con repentina calma—. Tienes toda la razón. No es en modo alguno discutible, Ragna.

Sin decir más, dio media vuelta y se acercó de nuevo a la ventana.

—¡Mierda! —jadeó Ragna dejándose caer en el sofá.

Sintió con rabia que los ojos se le llenaban de lágrimas que le caían ardientes por las mejillas. Bajó la cabeza, cubriéndose con las manos los ojos, decidida a que no la viera llorar.

«No tengo por qué sentirme culpable. No debe importarme lo que él piense.»

Pero incluso mientras lo pensaba sabía que sí le importaba.

—En cualquier caso, Ragna, Krisi es muy importante para mí —declaró Hal desde la ventana, con voz sin inflexiones—. Me sentiría muy mal si no pudiera volver a verle.

—Claro —logró farfullar ella.

Hubo una pausa. A través de los dedos, vio acercarse sus pies. Se tapó más los ojos. Cayó un pañuelo sobre su regazo.

Ragna vaciló.

—Gracias —dijo luego con firmeza, cogiéndolo; los pies se retiraron algo y ella se sonó y se limitó a añadir con calma—: Lo siento, Hal. Lamentaría perder tu amistad.

Levantó la mirada.

Hal la miró durante largo rato.

—No la has perdido, Ragna —dijo con un suspiro hondo y cansado—. Pero... supondrás que ya no será lo mismo.

«Pero yo quiero que todo siga igual», se dijo ella.

—Mañana regreso a Tromsø —le comunicó a modo de pequeño gesto conciliatorio.

—Yo también —repuso él—. Todos mis condenados animales están enfermos.

—¿Qué? No es posible. No sabes como lo siento, Hal —se puso en pie de un salto—. ¿No se tratará de los bueyes almizcleros?

Por su expresión, comprendió que así era. No podía soportarlo. Sintió que todo su corazón estaba a su lado.

—Hal...

Él se encogió de hombros como desentendiéndose del tema.

—He decidido terminar con todo eso. Así que poco importa... Ragna le cogió la mano y le apretó.

—No puedes.

—¿Cómo que no puedo?

Rió con amargura pero su expresión era seria y evitó la mirada de ella.

Ragna le oprimió más la mano.

—Si hay algo que yo pueda hacer, Hal...

—Bien, bien —dijo una voz.

Ragna se sobresaltó. Hal se soltó la mano.

En la puerta estaba Rolf. Se acercó con soltura a Hal con una mueca sonriente.

—Viejo diablo. No sabía que estuvieras en Oslo.

Hal sonrió a su vez. Los dos hombres empezaron a hablar. Ragna se retiró a la cocina y se sirvió vino con generosidad. Empezó a echar ingredientes en una sartén. Al cabo de un rato se detuvo de repente y desplomándose sobre un taburete dejó caer la cabeza entre las manos y cerró los ojos.

Berg observaba atento el rostro de Hal. Se daba cuenta de que aquella no era una visita corriente. Se sentó después de servirse un escocés largo.

—¿Y qué te trae por Oslo?

Hal se sentó en el sillón que había enfrente.

—Bueno, asuntos. Sobre todo asuntos relacionados con el montañismo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—En realidad no. Gracias de todas formas.

Charlaron durante un rato. Hal estaba tenso. Berg tenía la sensación de que quería abordar alguna cuestión, pero que todavía no había encontrado el momento adecuado.

Finalmente quedaron callados.

Hal aspiró hondo.

—Ha ocurrido algo extraordinario. Pensé que tal vez te interesara.

Ya estaba allí.

—Es la más notable..., bueno, digamos... coincidencia.

A Berg no le gustaban las coincidencias, presagiaban dificultades. Como tampoco le gustaba la mirada fría y vigilante de Hal.

—¿De veras? —preguntó cordial.

—Un amigo mío tiene un par de viejos binoculares. El otro día me habló de ellos. Es toda una historia. En realidad, Rolf, es extraordinario —meneó la cabeza ante cosa tan sorprendente—, pero creo que hubo un tiempo en que esos binoculares pudieron haberte pertenecido. A ti..., o a tu amigo Petter.

A Berg le resultaba difícil adoptar una expresión de interés cortés.

—¿Petter? —preguntó con calma—. Lo siento pero no logro entenderte.

—El tipo que estuvo contigo en Lyngen hace tantos años. Con el que te fuiste hacia el Norte.

Berg trataba de ganar tiempo.

—Ah. El pobre y misterioso Petter —dijo—. Claro... Y... humm..., ¿puede haber alguna relación?

—Sí. Este amigo mío compró los binoculares hace algunos años. Son alemanes,

de la época de la guerra. Tenían grabados un nombre y un número de serie y, como es un tipo curioso, siguió el rastro del propietario original. Descubrió que habían pertenecido a un soldado que murió. En enero de mil novecientos cuarenta y cinco, en Lyngen, Rolf. Nosotros —señaló a ambos— le vimos morir. En aquel alud, Rolf.

La mente de Berg corría desbocada. ¿Binoculares? ¿El alud? ¿Petter? ¡Santo cielo! ¿Dónde estaba la relación? ¿Y qué sabía Hal de ellos? Berg se dio cuenta con enconada furia de que Hal había estado haciendo averiguaciones a espaldas suyas.

—Pensé que acaso los binoculares fueran los que tú, o Petter, cogisteis aquel día —dijo Hal.

Ese asunto requería pies de plomo. Berg se encogió de hombros con indiferencia.

—No tengo ni idea. Es algo extraordinario. ¿Dónde encontró ese amigo tuyo los binoculares?

—Se los compró a unos lapones en la meseta. No le dijeron dónde los habían encontrado y por aquel entonces a mi amigo no se le ocurrió preguntar. Pero yo pensé de inmediato en ti y en Petter. Quiero decir que estuvisteis en la meseta, ¿no? Y Petter murió allí, ¿verdad?

—Sí —asintió Berg, después de una levísima vacilación.

—Así que tal vez los lapones los encontraron en el lugar donde murió. Pensé que querías saberlo.

Berg silbó mostrando su incredulidad. Que en realidad sentía.

—Bueno, es realmente extraordinario.

—A menos, naturalmente, que fueran tuyos.

—¡Quién sabe! Tal vez lo fueran.

Berg hubiera deseado darse de puñetazos. Había sido un desliz estúpido que Hal captó al instante.

—¿Entonces los dos teníais un par? —preguntó sorprendido—. Quiero decir que sacasteis dos pares de la nieve aquel día.

—No. Sólo uno. Pero sinceramente no puedo recordar quién de nosotros se quedó con ellos.

—¿Así que no sabes lo que fue de los binoculares?

El tono de Hal era tranquilo aunque persistente. De repente Berg comprendió que seguía alguna pista. «Hijo de puta», se dijo.

Berg trataba de pensar. ¿Adónde habían ido a parar aquellos binoculares? Él sabía bien dónde fue a parar todo su equipo. No precisamente a la meseta. Pero esos binoculares que sin duda alguna pertenecieron a Petter..., tal vez sufrieron algún percance. Acaso él los hubiera perdido. Intentaba con todos sus fuerzas recordar; pero le resultaba imposible. Tenía la desagradable sensación de que era importante.

Trató de ganar tiempo.

—Pero en aquel alud quedaron sepultados varios soldados. Es de suponer que todos llevaran binoculares.

—Al parecer no. Todo lo más sólo dos de ellos. Este par pertenecía al joven

teniente que mandaba la patrulla el día que los vimos.

«Has pensado en todo, ¿verdad?», se dijo Berg furioso.

Pero ignoraba por qué.

Berg se dispuso al ataque.

—¿Cuándo los compró ese amigo tuyo?

—Hará unos tres años.

—¿Quién es?

Hal frunció el entrecejo.

—Vive en Alta. Un pescador.

Berg tenía la seguridad de que mentía. Había llegado el momento de cortar el capullo antes de que floreciera.

—Bueno, si no puede arrojar más luz sobre el caso... —Se encogió de hombros para demostrar que estaba perdiendo interés por el tema—. Todo ello ocurrió hace mucho tiempo, ¿no? Y, desde luego, yo no puedo recordarlo. Lo único que se me ocurre es que tal vez los cogieran los lapones que me rescataron.

Hal escrutó el rostro de Berg. Después, se recostó en su asiento con el ceño fruncido y se quedó mohíno mirando el fuego.

Berg dejó pasar un minuto antes de preguntar.

—Bien, ¿por qué no me dices que significa todo esto en realidad?

Hal clavó de nuevo los ojos en él con una larga mirada escrutadora.

—Los periodistas siempre pueden olfatear una historia, Hal —le sugirió amablemente Berg.

Hal parecía pensativo.

—La verdad es que sólo hay eso —dijo con cautela—. Pensé que podría interesarte. Creí que tal vez te gustara encontrar el lugar donde murió tu amigo. Para decírselo a su familia. Y enterrarlo como es debido.

Berg se adaptó en seguida al nuevo sesgo y comprendió asombrado que se trataba de una añagaza torpe y poco efectiva para hacerle caer en una trampa.

—¿Familia? —replicó Berg con ánimo triunfador—. Pero si ya te lo dije, Hal. Nunca supe el apellido de Petter. No tengo la más mínima idea de dónde está su familia.

Hal hizo un lento ademán de asentimiento.

—Ah, sí. Lo había olvidado.

«Maldito si lo has olvidado», pensó Berg.

Hal se puso en pie.

—He de irme.

Berg le imitó con movimiento mesurado y le dirigió una de sus mejores sonrisas.

—Me hubiera gustado poder ayudarte, pero así son las cosas. —Luego, añadió—: ¿Pero no quieres quedarte a cenar? A Ragna y a mí nos gustaría mucho. Supongo que habrá comida para todos.

Berg observó satisfecho el envaramiento de Hal ante lo de «Ragna y yo».

—No, gracias. —Se encaminó a la puerta—. Saldré mañana por la mañana temprano.

—¿Ah?

—Me vuelvo al Norte.

—Entonces tal vez nos veamos en el avión.

Hal frunció el entrecejo sorprendido.

—¿Qué?

—Ragna y yo nos vamos también a Tromsø mañana por la mañana.

Berg le siguió hasta el vestíbulo y le abrió la puerta.

—¿Entonces vas a seguir trabajando en favor de los lapones de Kaafiord?

Ragna salió de la cocina secándose las manos en un paño. Berg, pasándole un brazo por los hombros la atrajo hacia sí.

—No, sólo voy a tomarme un pequeño descanso. Pensé que podría ayudar a Ragna a poner en venta la tienda y la casa.

Hal miró a Ragna y luego a Rolf. Entre ambos se produjo un breve destello de hostilidad mutua. Hal hizo un somero saludo con la cabeza, salió y cerró con fuerza la puerta.

Berg, dando media vuelta se acercó a la bandeja de las bebidas para servirse otro *whisky* largo. Tenía que pensar.

Tenía que pensar.

De repente se dio cuenta de que Ragna estaba hablando de bueyes almizcleros y de que Hal estaba pasando una mala temporada. Deseaba que cerrara la boca. La miró furioso y ella captó la indirecta.

—Si te parece bien, la cena estará dentro de diez minutos.

Berg hizo un esfuerzo para mostrarse atento.

—¿Podría ser dentro de veinte?

Sin esperar apenas el asentimiento de ella se fue a la ducha.

Dejó que el agua le empapara pasando alternativamente de la caliente a la fría, alargando la mano de tanto en tanto hacia el estante contiguo para tomar un trago de *whisky*.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Acaso lo sabía Hal? ¿Cómo diablos habían aparecido aquellos binoculares?

Barajó una y otra vez en su mente todas las posibilidades. Tal vez Hal estuviera diciendo la verdad. Pudo haberse encontrado aquella cosa en la meseta; quizá los lapones los hubieran vendido...

Pero hubiera sido coincidencia.

No, debía haber algún motivo para el interés investigador de Hal.

Juró exasperado. Serviría de algo que pudiera recordar si Petter todavía tenía aquellos malditos binoculares en Petsamo. Pero su memoria se resistía.

Revivió una vez más escenas e imágenes de Petsamo, aumentándolas y distorsionándolas, tratando de ver a través de la sucia indumentaria y el rostro



abrasado por los vientos, que era la última imagen que tenía de Petter. Intentando recordar su cintura, el anorak con el cinturón, el rifle y la munición...

De repente se quedó helado. Salió de la ducha dejando el agua corriendo y permaneció en pie, desnudo y chorreante, con la mirada ausente clavada en su imagen borrosa reflejada en el espejo empañado.

Había recordado.

Recordaba haber ido a cazar con un grupo de soldados, desde uno de los campamentos en los alrededores de Petsamo..., unos demenciales bebedores de Kirov. Recordaba a Petter mostrándoles cómo cazar liebres al acecho, trepando por una colina baja, arrastrándose hasta una cresta, barriendo el panorama en busca de caza. En aquella imagen, que se hacía cada vez más vivida, vio con toda claridad a Petter.

Tenía en las manos los binoculares pintados de blanco.

En Petsamo, detrás de las líneas rusas.

Su mente consideró con rapidez todas las implicaciones.

Era imposible que los binoculares se hubieran perdido en la meseta. Jamás los encontró lapón alguno.

Hal había mentido.

El agua tamborileaba ruidosa sobre el pavimento de la ducha, mientras el vapor se desparramaba por todo el cuarto de baño.

Pero aún había algo peor..., mucho peor.

Los binoculares sólo pudieron seguir un camino.

Aquello le hizo sentirse enfermo. Se dejó caer sobre el borde de la bañera.

Pasvik. En Pasvik. Con Petter.

Se sintió abrumado ante el alcance de las implicaciones.

Debían saber que Petter era el tercer hombre. Debían saber que Berg había mentido en lo referente a su muerte.

Y debían saber que Berg también había estado en Rusia.

Lo que significaba...

Se puso en pie Berg y cerró la llave de la ducha. Muy despacio, de forma metódica, se secó con una toalla y se puso alguna ropa.

Ellos. Estaba pensando en ellos. Acaso no existieran tales «ellos». Tal vez sólo se tratara de Hal.

Sólo Hal.

Examinó con minuciosidad aquella idea. Al cabo de un rato lanzó leves exclamaciones de triunfo.

Pues claro que se trataba únicamente de Hal, el cual ya no tenía vínculos militares. Si el Servicio de Seguridad fuera tras él, jamás habrían dejado que Hal acudiera a ponerle en guardia.

No. De una manera o de otra, habían llegado a manos de Hal aquellos condenados binoculares, y era él solo quien había devanado la madeja. Completamente solo.

Pensé en su inminente viaje a Tromsö y, de repente, el problema ya no parecía en modo alguno insuperable.

## Capítulo XXIV

El taxista atisbó ansioso a través del parabrisas y aminoró la marcha al máximo. Un muro de niebla se alzaba ante él y envolvía al taxi en una densa nube gris que ni siquiera los faros podían penetrar.

Hal se impacientaba. A ese paso perdería el avión.

—En este valle siempre se puede saber el frío que hace por la niebla —dijo el taxista—. Créame, hace frío. Pero ahora ya casi hemos salido de ella.

Y luego, como por milagro, estaban fuera. Y la carretera era de un blanco brillante bajo la luz de los faros. El automóvil aceleró con un fuerte tamborileo de las ruedas sobre el duro pavimento.

Cuando por fin entraron en el aeropuerto eran las seis y veinte. Hal se tranquilizó un poco. Veinte minutos. Después de todo lo había logrado.

Se inclinó hacia delante en su asiento y mostró un sobre al taxista.

—Necesito que esta carta sea entregada en una casa de Kolsas lo más pronto posible. ¿Podría hacerlo? —le preguntó al tiempo que le mostraba un billete de cien coronas. Aquello pareció atraer el interés del taxista más que la carta y dio un gruñido.

Se dirigieron hacia la puerta de Salidas.

—Entregue la carta lo antes posible. Por favor —recordó Hal al taxista.

Acto seguido se dirigió con paso vivo al mostrador de control de pasajeros.

—No llego demasiado tarde, ¿verdad? —dijo a la joven al tiempo que le alargaba el billete.

La empleada levantó la vista con la acostumbrada expresión indiferente pero, al reconocerlo, le saludó nerviosa.

—Ah, *Mr. Starheim*. ¿Puede esperar un momento, por favor?

—Pero el vuelo... —dijo impaciente Hal—. ¿He llegado a tiempo o no?

Ella lo miró como excusándose y señaló hacia un lado. Siguiendo su mirada, Hal descubrió que alguien se encontraba en pie muy cerca de él.

Thrane. ¿Thrane?

—Starheim. —Le saludó con un breve movimiento de cabeza—. Necesito hablar con usted.

—Verá, en otro momento, se lo ruego —le contestó Hal con firmeza—. Tengo que coger este vuelo.

—Esto no puede esperar.

—Me temo que habrá de hacerlo.

Thrane hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El siguiente vuelo. Es posible.

Hal empezó a irritarse. Si se trataba tan sólo de una nueva bronca...

Se disponía a hacer una objeción cuando algo en la expresión de Thrane le hizo detenerse. Su enfado dio paso a la curiosidad. Tal vez hubieran tenido lugar nuevos acontecimientos.

—¿De veras que no puede esperar?

—No.

Se registró para el vuelo siguiente y siguió a Thrane a través de una explanada y luego por un largo corredor. De repente se dio cuenta de que les seguían dos hombres. De modo que se trataba de lo que primero había pensado: de una bronca. Volvió a sentirse irritado.

Thrane le condujo hasta una sala de reuniones con una larga mesa rodeada de sillas de plástico.

—¿Son suyos? —preguntó Hal indicando a los dos silenciosos seguidores.

Thrane cerró la puerta.

—Sí, pero se quedan fuera.

Hal se sentó ante la mesa tenso y enfadado.

—Veamos. Tengo una clara impresión de que ésta no va a ser una charla amistosa.

—Si estuviera ciñéndome a las reglas, Starheim, le hubiera conducido a Mollergata con el OP formulando una declaración oficial. En lugar de ello, le estoy ofreciendo la oportunidad de cooperar de esta manera..., de forma oficiosa.

—A mí me parece bastante oficial.

Thrane apretó los labios y se sentó frente a él.

—Muy bien. No me andaré por las ramas. Usted ha citado cierta información en una carta que ha dirigido en fecha reciente al ministro de Defensa, información relativa al emplazamiento de Kaafiord. Decía que correspondería a un sistema de navegación denominado «Delta». Ahora bien, tengo que saber de dónde obtuvo esa información.

Hal pensó con rapidez. Fue Ragna. Ello lo había escrito en aquella nota garrapateada. «... por mi contacto en Oslo...»

Y luego, la noche anterior, le había dicho que, después de todo, la información no era auténtica. Parecía asustada ante la idea de que hubiera hecho uso de ella y le había pedido que escribiera al ministro desmintiéndola. ¿Qué más había dicho? En realidad no había estado escuchando.

—Mire, Thrane —contestó—, sólo he mencionado esa información en esa carta. Y no tengo intención alguna de volver a utilizarla. Y desde luego no voy a dársela a la Prensa ni nada por el estilo. De manera que no tiene que preocuparse por riesgos en la seguridad.

—¿Pero de dónde la obtuvo?

Hal ya había sospechado que Thrane se mantendría en sus trece a ese respecto.

—¡Ah! Eso sí que de veras no lo sé.

—¿No lo sabe?

—Se lo aseguro. No tengo ni idea.

—¿O no quiere decirlo? —replicó Thrane impulsado de súbito por la ira.

Poniéndose en pie se acercó al ventanal. Luego, se volvió y apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Pongamos esto en claro —dijo—. ¿Debo entender que está tratando de proteger su fuente?

—La verdad es que, honradamente, no sé cuál fue —dijo Hal incómodo, esperando no tener que arrepentirse de aquella ligera distorsión de la verdad.

—Entonces esa información le cayó del cielo —dijo Thrane con sarcasmo, se sentó y fijó en Hal una larga mirada apreciativa—. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Tres años.

—Durante todo ese tiempo —dijo desconcertado—, siempre he tenido la seguridad de que usted y yo... compartíamos un objetivo común, que luchábamos por el bien, dando de lado cualquier desatino, que cuanto nos importaba era la verdad, maldita sea. Pero ahora... Ahora me está obligando a pensar que he estado siempre equivocado. —Hizo un leve gesto de sorpresa—. ¿He estado equivocado?

—No. Thrane, no lo está —dijo Hal meneando la cabeza y respirando hondo.

Thrane pareció animarse.

—¿Entonces?

Hal hizo una mueca.

—Es difícil... Cuestión de confianza.

—¡Ah! —Eso era algo que Thrane era capaz de comprender—. Bien, creo que descubrirá que su lealtad está mal orientada. Escuche, voy a jugarme el cuello, literalmente hablando, y a decirle que la información que le dieron, esa cosa «Delta», nos lleva en línea recta hasta un enemigo de Noruega. Un traidor, Hal. Alguien que ha causado el más aterrador daño. ¿Entiende lo que le estoy diciendo? ¿Es que no lo ve? Existe una conexión directa entre la información y el traidor.

Hal le miró a la cara y comprendió que era verdad.

—Y ahora... —dijo Thrane con gran énfasis—. He confiado en usted. Confíe en mí. Dígame de dónde procedía esa información sobre «Delta».

Hal trataba de asimilar todas las implicaciones de lo que Thrane dijera. Su instinto le inducía a ayudarle en cuanto pudiera; sin embargo, no podía decidirse a arrojar a Ragna a los leones sin hablar antes con ella. Se escuchó cometiendo una falsedad.

—Todo cuanto puedo decirle es que la información procedía de Oslo. Llegó por teléfono...

Se hizo un pesado silencio. El rostro de Thrane era una máscara de furia glacial.

—No le creo —dijo finalmente—. Y lo que es más, creo que está ocultando la verdad de forma deliberada. ¡No parece entender el alcance de todo esto! —Se inclinó aún más sobre la mesa y agitó un dedo acusador—. O tal vez sí que lo

entienda. En cuyo caso sólo puedo llegar a una conclusión. Que se empeña en mostrarse obstruccionista.

No cabía negar que la conclusión era lógica. Hal comprendió que tenía que saltar aquella barrera, que jamás podría pararse ante ella.

—Muy bien —dijo—. La verdad es que yo no lo sé, y habrá de aceptar mi palabra. Pero lo que haré es intentar averiguarlo.

Thrane escuchó su expresión y pareció decidir que estaba diciendo la verdad. Se calmó algo.

—¿No será por casualidad Ragna Johansen quien pudo decírselo?

Era posible que Ragna se hubiera comportado como una loca; pero Hal no quería que Thrane la juzgara de antemano.

—No —dijo aborreciendo tener que mentir.

Thrane parecía dubitativo pero lo dejó pasar.

—O sea que tendré que dejarle ir.

Hal comprendió con ligero sobresalto que Thrane había pensado en serio detenerle.

—Nadie en Seguridad está enterado todavía de esa filtración, Hal. Si llegara a divulgarse, me crucificarían.

Hal empezó a valorar hasta qué punto Thrane se había jugado el cuello.

—Le prometo que seré una tumba.

Thrane se puso en pie.

—Verá, este asunto es muy urgente. ¿Cuánto tiempo necesitará para averiguarlo?

Hal apartó su silla y se reunió con Thrane en la puerta.

—No estoy seguro. Un día..., tal vez dos. Haré cuanto pueda. Le asaltó la inquietante imagen de Ragna, afirmando con ardor su derecho a mantener secreta su fuente. Ragna era una joven que no solía ceder un milímetro. Tenía la desagradable sensación de que nada la haría cambiar.

Como si leyera sus dudas, Thrane le cogió con fuerza del brazo. —Hace ya mucho tiempo que se están produciendo estas filtraciones, Hal. Alrededor de tres años.

Tres años. Aquello sólo podía significar una cosa. Hal sintió una desagradable sensación en el estómago y se quedó mirando a Thrane, latándole el corazón con furiosa excitación.

El militar asintió levemente con la cabeza.

—Existe una conexión directa, Hal. Quienquiera que sea el informador, existe una conexión directa. ¿Comprende ahora por qué es tan importante?

Aquél era el fin de semana más largo en la vida de Sonja. La hacían desaparecer todos los días durante seis horas para someterla a interrogatorio. Al atardecer volvía a casa en un tremendo estado de agotamiento y desesperanza.

Sin embargo, seguía aferrada a su historia. No cambió una sola palabra en momento alguno.

Pero ahora llegaba la parte más dura, acudir al trabajo como si tal cosa. Y además iba a llegar tarde. Jamás se había retrasado. Comprendió que aquello era sólo un síntoma más de la aterradora desintegración de su vida. Como las noches de insomnio, la desesperación creciente y la soledad glacial.

Eran las ocho menos cuarto cuando salió presurosa del piso y echó a andar por la calle. La luz era escasa y consideró el resbaladizo pavimento que tenía ante sí. De repente resbaló sobre un pequeño montón de hielo. Retrocedió con un fuerte jadeo, agitó los brazos y logró recuperar el equilibrio.

Sintiéndose a un tiempo acalorada y fría, se detuvo un instante para recobrar el aliento.

Se preguntó qué habría pensado su vigilante. Debía de andar por alguna parte. Estaba segura de que así era. Alguien del FO/S. ¿O acaso perteneciera a la sección de seguridad del propio FO/E? Como quiera que fuese no miró hacia atrás.

Ahora ya pudo ver el pavimento centelleante por el hielo. Caminó despacio. Después de todo, ¿qué más daba si llegaba tarde? No tendría nada que hacer. No la dejarían acercarse siquiera a su despacho, no le permitirían hablar con nadie. La relegarían de nuevo a un habitación vacía. Había caído en desgracia, lo cual la deprimía más que cualquier otra cosa, incluso aún más que el creciente convencimiento de que recibiría un castigo.

Había estado pensando en ese castigo. ¿Qué le harían? Cuando descubrieran que no había habido perjuicio real, no intentarían enviarla a prisión. Seguro. No, no podían hacerlo. No había hecho nada realmente terrible. Todo lo más sería separada del servicio con carácter de urgencia, lo que tampoco estaría tan mal. Sin embargo la atormentaba el temor de perder la pensión. Era cuanto tenía. ¿Podrían ser de veras tan crueles? Pero ella sabía bien que podían serlo y por poco que dejaran a Thrane intervenir, lo harían.

Sin trabajo, sin seguridad. Sin Erik.

Insoportable.

Estuvo en un tris de resbalar otra vez; lanzó una exclamación entrecortada y descubrió que estaba a punto de echarse a llorar. Había veces en que se sentía incapaz de soportarlo. Tenía la sensación de que se hundía cada vez más en un tremedal.

Sólo una cosa podía salvarla. Encontrar a Erik. Él podría hablarles, él podría explicarles.

Encontrar a Erik...

Desde luego le habían dejado un teléfono en la oficina, por si acaso Erik llamara. Pero no lo haría. Ahora ya lo sabía. Sería ella la que habría de ponerse en comunicación con él.

Cuando ya se acercaba al final de la calle, un tren se puso en marcha en la estación cercana. Habrían de pasar diez minutos hasta el siguiente.

Eso la hizo tomar una decisión.

Al otro extremo de la estación, existía una cabina telefónica, en la explanada de una estación de servicio. Atravesó el puente hasta la calle mayor, sacó el dinero suelto que llevaba preparado en el bolsillo del abrigo y entró en la cabina.

Bueno, lo había hecho.

Se imaginaba ya las preguntas de Thrane. ¿A quién ha llamado? ¿Por qué no hizo la llamada desde su casa? Era a él, ¿verdad?

No había preparado todavía lo que contestaría a todo eso. Claro que no había llamado desde su casa porque el teléfono estaba intervenido. Dando al olvido todas las consecuencias, empezó a marcar. Mientras apretaba con fuerza el auricular contra el oído, formuló un ruego silencioso. Por favor, haz que conteste. Por favor.

Empezó a sonar. Y siguió sonando, sonando sin parar, como un rítmico taladro en su cabeza, hasta quedar descartada toda posibilidad de respuesta.

Estaría fuera. En misión. O pasando la noche con una mujer...

Sonja colgó. Lo intentaría más tarde en su oficina. Los otros periodistas sabrían dónde estaba. En París, Berlín o... Como quiera que fuese tenía que encontrarlo.

Aun pensándolo así, no podía evitar la pequeña aunque insistente sospecha de que jamás volvería a verlo.

Recorrió de nuevo el puente en sentido inverso para reunirse con el grupo de pasajeros bien abrigados que, en el andén, intentaban combatir el frío pateando. Cuando al fin llegó, iba atestado y Sonja se encontró apretujada entre dos hombres altos en el centro de un compartimiento.

Adquirió velocidad, balanceándose y chirriando sobre los raíles. Alguien estaba diciendo: «Es el invierno más frío desde el cuarenta y seis. O al menos eso dicen.» Una voz replicó: «No, fue el cuarenta y dos. Ese sí que fue realmente pésimo.»

Agarrándose con fuerza a una barra, Sonja se dejó balancear por la presión de los oscilantes cuerpos, y tranquilizada por un momento, cerró los ojos. Retornaron de inmediato las preocupaciones que la habían obsesionado durante aquella larga noche: Cómo atraer a Erik-Rolf a un encuentro, qué decir cuando, finalmente, se encarara con él... La necesidad de descubrir en su rostro la expresión horrorizada... y... de respeto, cuando se diera cuenta de que había sido más lista que él. ¿Es eso cuanto quiero? ¿Venganza?

No... Sí... No estaba segura. Ni siquiera sabía si deseaba que le cogieran. Podía ponerle en guardia, evitar que se inculpara a sí mismo, darle tiempo para que pudiera escurrirse de aquella situación. ¿Sería ella capaz de hacerlo? ¡Menudo sacrificio! ¿Era de veras tan valiente y generosa? No podía creer que lo fuera. Pero el conocimiento que poseía era valiosísimo, y Sonja lo saboreaba.

Al propio tiempo revivía otras pesadillas. Las estremecedoras acusaciones que Thrane formulaba con aquel tono glacial. En un principio se había sentido aliviada por la certeza de que se hallaba equivocado. Estaba loco, lo que se dice loco al intentar culparla a ella por lo de Pasvik... ¿Cómo se atrevía? Pero a medida que el



tiempo pasaba, iban germinando en su mente pequeñas dudas e incertidumbres erosionando su confianza hasta que la idea llegó a adquirir forma y consistencia...

Por favor. Que Rolf Berg esté hoy en su oficina.

El tren se paró chirriante, se puso de nuevo en marcha y volvió a pararse, siguiendo luego su zigzagueante marcha a través de los suburbios del oeste hacia el centro de Oslo. Adquiriendo velocidad en un descenso, se sumergió en una sección subterránea. La repentina oleada de viento fue como una bofetada en los oídos de Sonja y el aprisionamiento entre la gente aún empeoró. Sintió el hombro de un individuo presionando con fuerza su cara. Le empujó, retrocedió lo que pudo y levantó el rostro para respirar un poco de aire. De repente, se dio cuenta de que estaba sobre lo que sólo podía ser el pie de alguien. Apartándose presurosa murmuró: «Perdón», al tiempo que miraba en derredor.

Un rostro se giró hacia el otro lado con un movimiento violento. Sonja miró hacia abajo. El pie sólo podía pertenecer al propietario de la cara oculta, un hombre que llevaba abrigo negro y un gorro de astrakán también negro, con orejeras.

Musitó de nuevo. «Perdón» en su dirección; pero él se volvió de espaldas y la disculpa se perdió contra el ancho muro de su abrigo.

Por último el tren llegó al final de trayecto en el «National Théâtre» y empezó a desembuchar pasajeros. Dejando que la muchedumbre se le adelantara, Sonja subió cansina las escaleras hasta la calle. Había pensado en ir andando hasta Portous Gate; pero el aire helado era como un cuchillo en sus mejillas y no se sentía con fuerzas para soportarlo. Cambiando de dirección, se incorporó a la larga cola en la parada del tranvía que iba a Stortings Gate.

Mientras esperaba, dirigió la mirada hacia el «National Théâtre» y luego de nuevo hacia la fachada oscura del «Théâtre Café» y experimentó una aguda nostalgia. Necesitó un momento para asimilarlo. Sentía nostalgia de todos los buenos tiempos que jamás disfrutó, y ya nunca disfrutaría... De amistades íntimas y camaradería fácil, de la alegría y la pasión que parecían formar parte integral de todos los lugares muy iluminados. Por todas aquellas cosas que parecían pertenecer de forma natural a gente más hermosa. Por cuanto le había sido dado ver a través de Erik.

Se detuvo un tranvía con estruendo metálico. Sonja se dejó arrastrar, entre empujones, por el gentío. Estaba ya a punto de subir cuando el tranvía, ya abarrotado, cerró las puertas. Los desafortunados pasajeros volvieron estoicos a su puesto, ahorrando energías para el próximo intento.

Sonja volvió los ojos hacia la fachada del «Théâtre Café» y, más allá, a las brillantes luces de neón de Stortings Gate.

De repente se dijo: Me encerrarán y ya no volveré a verlas más. Y con aquella idea descubrió que ya había penetrado en su mente la posibilidad de que la enviaran a prisión, incluso la idea de que quizá hubiera hecho algo terrible después de todo.

Apareció un tranvía al principio de la calle. La gente empezó a prepararse y a tomar posiciones, incluso recurriendo a los codazos.

En la mente de Sonja surgió por un instante la imagen de Erik caminando alegre hacia el restaurante «Blom's». Erik del brazo de aquella mujer, admirado, mimado, obteniendo cuanto quería. ¿Por qué habría de tenerlo él todo?

Hacía dos años que Leksand pertenecía al FO/S y esperaba que pronto le ascendieran. Convenía en que la vigilancia era importante y también en que debía llevarse a cabo a rajatabla pero que, al tiempo, podía resultar aburrida hasta lo increíble. Ocultarse tras los setos o permanecer sentado en el coche no era lo más adecuado para una mente inteligente como la suya.

Claro que la cosa no estaba tan mal cuando se vigilaba a un individuo en movimiento. Pero, en ese caso, el seguimiento no presentaba grandes alicientes... Todo el equipo sabía a dónde se dirigía el sujeto. Al cuartel general de FO/E, en Portous Gate.

Sin embargo el equipo estaba formado por tres hombres a pie y dos en un vehículo. Un número importante en todos conceptos. Pero, claro, si el sujeto trabajaba en FO/E era de suponer que la mujer era importante.

Leksand seguía en pie, en la cola del tranvía y, a medida que la fila se iba reduciendo, brujuleó con destreza desde fuera de ella, hasta situarse detrás de Sonja y un poco al margen de la formación, con dos personas tan sólo entre ellos. Al informarles, les habían dicha que la mujer estaba al corriente de la vigilancia, pero que no debían perderla de vista por si intentaban comunicarse con ella.

En aquel momento se encontraba bastante cerca. Era posible que tratara de pasar una nota, o un paquete. También podía musitar alguna información. Y si fuera a llevar a cabo alguna de esas cosas lo haría entre una muchedumbre.

Avanzó unos pasos hasta encontrarse a la altura de Sonja con un hombre en medio. La miró de soslayo. Mantenía delante de ella las manos enguantadas y sus ojos se hallaban fijos en el otro lado de la calle.

Leksand siguió su mirada. Nada en perspectiva.

Volvió la vista.

Un tranvía apareció al principio de la calle, chirriando ruidoso al volver una esquina.

El sujeto seguía con la mirada fija en la lejanía.

Qué ruido más endiablado hacían esos tranvías, se dijo Leksand. Ya podían engrasarlos de cuando en cuando o hacer algo.

El tranvía llegaba rápido. La gente alargaba la cabeza para ver si iba lleno. Sus vagones altos y estrechos vibraban pesados sobre algunas quiebras de la rodada; las luces de los faros oscilaban furiosas, manteniendo su salvaje mirada semejante a la de un animal que contempla a su presa.

Sonja seguía pensando en Erik-Rolf, pero ahora ya estaba convencida de que lo más probable era que todas las culpas recayesen sobre ella y que él escapara, porque era listo y ella no. En menos que canta un gallo, estaría de nuevo con sus mujeres, sentado en *Blom's* o en el «Théâtre Café», mientras que ella se encontraría encerrada en algún lugar espantoso. ¿Por qué habría de salirse con la suya?, se dijo con resentimiento súbito.

Bajo el influjo de una gran amargura, decidió que no sólo le tendería una trampa y le acusaría, sino que también daría a Thrane hasta la prueba más insignificante que le fuera posible.

De inmediato se sintió avergonzada; se aborreció a sí misma. ¡Se estaba volviendo vengativa! Había caído muy bajo. Abatió la cabeza.

*Que Dios me ayude. Pero le quiero tanto...*

El tranvía empezó a frenar con un desagradable ruido chirriante. La gente comenzó a agolparse. Sonja notó que alguien empujaba detrás de ella.

La invadió una repentina fatiga. Cerró los ojos por un instante.

El tranvía se encontraba a unos tres metros y seguía frenando con fuerza.

La persona detrás de ella estaba prácticamente pegada. Sonja volvió un poco la cabeza y descubrió un par de ojos que la miraban bajo un gorro de astrakán.

Frunció el entrecejo en un vago intento de reconocerle, y retrocedió de forma instintiva.

Y fue entonces cuando sintió que unas manos la agarraban por la cintura.

¿Qué hacía aquel hombre? Sus instintos gritaron con fuerza, realizó una aspiración profunda para chillar e intentó sujetarlo con una mano.

Y entonces se produjo. Un potente y doloroso golpe en la espalda, un sólido empujón. Sonja sintió una sorpresa increíble, una inmensa incredulidad. Y también un gran pánico.

Sintió su cuerpo arquearse, el estómago impulsado hacia delante...

Luego todo su cuerpo caía...

Un miedo espantoso se desató en su cerebro. Ante ella surgían imágenes de su infancia... cayendo desde el manzano, precipitándose de prisa, la tierra subiendo hacia ella, su madre gritando.

Ahora la tierra también subía, una tierra atravesada por un brillante raíl metálico.

Alargó las manos, cayó pesadamente, su cabeza chocó con un angustioso crujido; sintió su respiración convulsa, luchó por encontrar aire.

La envolvieron chirridos y ruidos ensordecedores.

Un miedo enfermizo le revolvía el estómago.

Muévete. Tenía que moverse. No era demasiado tarde.

Se apoyó en las manos, alzó la cabeza una fracción de segundo y, en un aterrador instante de comprensión, lo supo...

Ya era demasiado tarde para todo.

Abrió la boca para gritar, pero no salió sonido alguno. Cayó un bulto hacia

delante. Parecía el abrigo de alguien.

Transcurrió un instante antes de que Leksand lo comprendiera.

Era ella.

Todo ocurrió despacio, sin darle casi tiempo a respirar. La mujer cayó de bruces sobre los rieles. Las ruedas del tranvía chirriaron. La cara del conductor se contrajo de horror. Leksand miraba aterrado, preguntándose si llegaría a detenerse a tiempo, ansiando que frenara con más fuerza. Pero a pesar del chirrido de las ruedas bloqueadas, la pesada bestia cobró un odioso ímpetu y Leksand supo que nada podría detenerla.

La mujer levantó la cabeza, volviéndola ligeramente en el preciso momento en que la golpeó la barra de desvío. Leksand alentó una momentánea esperanza, pensando que la barra hubiera podido apartarla, pero se disipó al instante al darse cuenta de que el grueso hierro pasaba por encima de ella una y otra vez. Sucedió todo con tal lentitud que Leksand se sintió apremiado a gritar: «¡*Muévase!*»

La vio alzar un brazo; luego, la cabeza se desplomó y de inmediato se encontró debajo del tranvía. Una rueda pasó sobre ella.

El vehículo se detuvo al fin, con las ruedas delanteras a caballo sobre el cuerpo.

Leksand cerró los ojos. Las mujeres daban chillidos. Los hombres jadeaban. Leksand abrió de nuevo los ojos y observó al conductor gritando sin que se le oyera.

El gentío retrocedió. Las mujeres seguían profiriendo voces de horror. Las exclamaciones de los hombres eran fuertes y amenazadoras. El conductor vomitaba. Alguien pasó junto a él, golpeando a Leksand en el hombro, un rostro impávido que se alejaba.

De repente Leksand reaccionó y se apresuró a mirar en derredor suyo. ¿Qué debería estar haciendo? ¿Dónde tenía que fijarse? Santo cielo, ¿acaso pudo evitarlo?

Se acercó corriendo a observar a la mujer. Su cabeza sobresalía con una rueda sobre el cuello, sangrando por la boca, mostrando una aterradora expresión de espantada sorpresa en su cara color púrpura. Muerta...

Se volvió rápido hacia la muchedumbre. Caras horrorizadas, unas mirando, otras tapándose los ojos. Al fondo uno de sus colegas con los ojos desorbitados por la incredulidad.

El ambiente se había tranquilizado algo. La gente seguía retrocediendo. El murmullo sordo de voces pasmadas, de cuando en cuando, alguien que lloraba.

Leksand sentía la necesidad apremiante de hablar con quien fuera, de comentar lo espantoso que había sido, de compartir el horror. Pero se obligó a pensar. Todo cuanto aprendió en su entrenamiento parecía haberse borrado de la mente.

Tienes que ser observador. Mira en derredor tuyo. No pases por alto lo evidente. Fotografía la escena en tu mente. Recuérdalo todo, a todos. ¿Había algo que no encajara? ¿Qué podía ser tan normal que resultara anormal?

Volvió a repararlo todo en su mente... El tranvía, el bulto lanzado hacia delante.

Lanzado hacia delante.

De repente lo comprendió.

La habían empujado...

Por un instante le complació su agudeza, pero al minuto siguiente se hizo un amargo reproche por su estupidez. No se había dado cuenta de lo único que debía haber visto: quién lo había hecho. Y ahora ya era demasiado tarde. La multitud había retrocedido, la gente se desperdigaba.

Escrutó entre el gentío, mirando los rostros.

Nadie parecía sospechoso y todos podían serlo.

Dio la vuelta formando un círculo completo. Sobre la calzada y a lo largo de la calle se estaba formando un grupo más numeroso de gente, con los rostros grises contraídos por el horror.

Un pequeño recuerdo intentaba abrirse paso en su memoria. Desde el comienzo, un empujón en el hombro, alguien que se alejaba. Un rostro imperturbable.

—¿Un rostro *imperturbable*?

¿Quién demonios podía permanecer impávido en un momento como aquél?

Se puso en seguida en marcha, abriéndose paso entre la multitud, unas veces andando y otras corriendo. Buscaba desesperado... ¿el qué?

Un gorro. Un gorro oscuro con orejeras, facciones gruesas, como un metro ochenta de estatura.

Se paró en seco en una esquina. A su izquierda, senderos que cruzaban la plaza oscura llena de árboles; a su derecha, las aceras de Stortings Gate se extendían a lo largo de muelles bien iluminados.

Nada.

Se forzó a permanecer parado y seguir mirando a ambos lados.

Aquel hijo de puta no podía haberse ido *muy* lejos.

Empezó a perder las esperanzas.

Y de repente... ¡allí! Atravesando la plaza y caminando con paso enérgico hacia una esquina. ¿Era él?

Leksand empezó a andar cauteloso y luego, comprendiendo que ya había empezado la acción, atravesó la plaza corriendo. El gorro había desaparecido a la vuelta de la esquina. Leksand aceleró, atravesó la calle, apartándose ante un coche que se acercaba, resbalando en una ocasión por el hielo y alcanzando por fin la esquina, donde se detuvo.

Allí estaba. No lejos de él, pisando fuerte; con el gorro de astrakán negro sobre una cabeza y un cuello de toro.

Leksand empezó a caminar detrás.

Gorro Negro miró en derredor suyo, sin perder detalle. Leksand clavó rápidamente la mirada en el asfalto. Es un profesional, se dijo. Le embargó una leve sensación de triunfo... Debía de haber dado con su hombre.

Gorro Negro cruzó la calle. Leksand no. Al llegar a un cruce, Gorro Negro dio vuelta a una esquina, vigilando por encima del hombro al hacerlo.

Leksand siguió su camino, con la cabeza baja, forzando tanto los ojos hacia un lado que incluso le dolían. Pasado el cruce, Leksand cruzó la calle y volvió de nuevo hacia atrás, intentando rechazar la posibilidad de darse de manos a boca con su hombre.

Atisbó desde la esquina.

Gorro Negro continuaba andando.

No, ya no.

Estaba subiendo a un coche.

Leksand miró de manera automática el número de la matrícula.

Demasiado lejos para poder distinguirla.

Corría el riesgo de que se diera cuenta de su presencia; pero a Leksand pareció no importarle, y saliendo de detrás de la esquina echó a correr en dirección al auto, abriéndose paso entre los transeúntes, tratando de no resbalar sobre el peligroso asfalto y sin perder de vista la placa.

El coche arrancó.

Leksand grabó en su mente el número.

El coche salió disparado y desapareció. Leksand sacó su bloc de notas y apuntó la matrícula.

Luego, buscó presuroso un teléfono. El ascenso que tanto ansiaba podría llegar antes de lo esperado.

Hacía algún tiempo le habían puesto en antecedentes sobre aquella matrícula.

O mucho se equivocaba, o aquel coche pertenecía a una compañía de importación y exportación búlgara.

## Capítulo XXV

Se había confirmado de manera oficial. Aquél era el invierno más frío desde hacía veinte años.

Había aumentado el sistema de altas presiones sobre el mar Ártico. Las noches eran largas y limpias de nubes, y las heladas excepcionalmente duras. En las grandes altitudes, la atmósfera poseía una increíble claridad; en tanto que en los valles el aire permanecía tan quieto que se formaban densas brumas, envolviéndolo todo en una blanca oscuridad. Por la noche se helaban las brumas cubriéndolo todo de escarcha y decorando el ramaje de los árboles con hermosos arabescos de encaje blanco.

Los trenes ya no llegaban a la hora. Algunos ni siquiera se ponían en marcha, allá donde las vías, quebradizas a causa del frío, se habían roto por la carga. En el interior de los fiordos, las embarcaciones de pesca se encontraban inmovilizadas por el hielo. La fauna moría, los animales domésticos buscaban cobijo. En Oslo veinte personas ingresaban cada día en los hospitales a causa de huesos rotos por caídas. Nadie permanecía en el exterior más tiempo del imprescindible. La gente lo comparaba con mil novecientos cuarenta y dos, año en que, según se decía, el frío llegó a ser tan intenso que se corría peligro de perder la nariz. Claro que aquello era algo exagerado.

En el Norte nadie se molestaba en exagerar. Estaban demasiado ocupados intentando llevar adelante sus tareas. En la costa, donde la temperatura era de veinte bajo cero, los hombres navegaban a los Lofoten Banks para pescar el bacalao, porque siempre lo hacían en febrero, mientras las mujeres se quedaban en casa ocupándose de las granjas bloqueadas por la nieve, porque era lo que hacían siempre en aquella época del año.

Arriba, en la meseta, donde la temperatura era de cuarenta bajo cero, para los lapones la vida se presentaba algo más dura de lo habitual. El agua almacenada en el interior de los *lavas* se helaba por las noches y había que licuarla todas las mañanas; tenían que descongelar los alimentos y buscar turba y leña extra para las hogueras. Pero con la experiencia acumulada durante dos mil años, las duras condiciones meteorológicas sólo significaban algo más de trabajo y, en condiciones que hubieran abrumado a la mayoría de las otras gentes, los niños seguían naciendo, se guisaba la comida y se vigilaba al ganado.

Y el frío seguía aumentando...

Cada noche, la escarcha mordía con más fuerza la tierra; y en los fiordos el hielo iba avanzando desde la playa.

El país apretaba los dientes y esperaba a que se le diera un respiro.

Pero el verdadero enemigo no era el frío, sino el viento. Por el momento era flojo, tan sólo un susurro helado; pero su simple roce equivalía a un latigazo.

Hal ascendía con ritmo regular por el lado del valle. Bajo sus esquíes, crujía con suavidad la nieve seca. Cuando hubo alcanzado altura suficiente, continuó a lo ancho de la ladera, orillando el rebaño hasta situarse al oeste y por debajo de él. Luego, se acercó.

La aproximación de un cobarde.

El rebaño permanecía quieto, bajo la luz azulada, mirándole curioso. De los diez primeros, sólo quedaban seis. Se mantenían pegados unos a otros, con las cabezas bajas. Una sólida masa negra de pelo lanudo y patas delgadas.

Cuando se encontró a cinco metros, se detuvo. Después de comprobar que Arne se hallaba en posición a su derecha y *Bamse* detrás, bien alejado, se echó el calibre veintidós al hombro.

Olfateando peligro, los bueyes almizcleros empezaron a patear, emitiendo bufidos ansiosos, sus ojos negros centelleantes y temerosos. Sin embargo no huyeron. Habían llegado a ser demasiado confiados para ello.

«Confianza inmerecida», pensó con amargura Hal.

Buscó a la madre y al ternero; pero los otros bueyes almizcleros, con el viejo instinto del rebaño, los tenían rodeados.

Así pues nada que hacer.

Quitó el seguro y apuntó con precisión al inmenso hombro del buey grande. Sin embargo se vio obligado a detenerse; se le había hecho un nudo en la garganta y apenas podía ver, por lo que hubo de cerrar los ojos un instante.

Luego, los abrió de nuevo, apuntó y antes de tener tiempo de vacilar apretó con fuerza el gatillo.

Sonó un leve golpe sordo al alcanzar el disparo su objetivo y el animal se desplomó sin ruido sobre la nieve con la inmensa cabeza caída a un lado. Los demás bueyes almizcleros se apartaron alarmados, deteniéndose luego a mirar a su líder caído.

Ahora ya, la madre se encontraba apartada de los demás, con el ternero a su lado. Hal se apresuró a apuntar y derribó a la hembra. El hijo bufó y bramó. Apretando los dientes, Hal le disparó presuroso; pero antes siquiera de ver al animal caído, convulso y pateando, supo que lo había hecho rematadamente mal. Maldiciéndose, se acercó aprisa y, tratando de no ver el terror reflejado en los ojos del animal, terminó el trabajo.

Los tres bueyes restantes habían emprendido una fuga precipitada. Arne acabó con uno, el disparo sin silenciador, restalló con fuerza a través del valle. *Bamse* detuvo a los otros dos, haciéndoles volver. Hal acabó con el primero cuando se dirigía hacia él a medio galope. El ejemplar que quedaba, una hembra estéril, se paró lanzando chorros de vapor por los ollares, la mirada enloquecida por el miedo. Hal, levantando el rifle por última vez, le disparó al pecho. El animal se derrumbó, cayendo primero de rodillas sobre la nieve.



El valle quedó en silencio, la nieve manchada del rojo de la matanza.

Hal bajó el rifle y permaneció con la mirada clavada en aquella carnicería. Sentía un fuerte dolor oprimiéndole el pecho y tenía la garganta seca. Al cabo de un rato, *Bamse* fue hasta él y se echó a su lado.

El estruendo del tractor rompió el silencio. Llegó Arne conduciéndolo; le dio la vuelta y dirigió el remolque hacia el buey.

Volviendo a la realidad con un estremecimiento, Hal se quitó algo de hielo de las mejillas, se colgó el rifle al hombro y esquió en dirección al tractor. Sin decir palabra, los dos hombres ataron cuerdas a las patas traseras, las engancharon al cabrestante e izaron la masa inerte por la rampa hasta el remolque, preparada para su corto viaje hasta el vaciadero improvisado donde yacían las carroñas heladas de los otros cuatro animales, cubiertas por la nieve.

Al proceder Hal al segundo cargamento, observó que la embarcación de suministros navegaba próxima a la orilla de la playa, abajo. Lo habitual era que dejase el correo y las provisiones al otro extremo de la isla y pasase mucho más alejada de la playa. Supuso que en esta ocasión tal vez llevara una entrega especial para Arne o para él y la hubiera dejado caer en la cala, algo más allá de la casa de Arne. Hal hizo señas con la mano a su amigo, que viajaba en la plataforma del tractor y, cuando atrajo su atención, señaló hacia la embarcación. El viejo asintió.

En el tercer viaje cargaron los cuerpos de la madre y de su ternero. La frente, los ollares, los párpados y el morro de la cría estaban cubiertos por tumefacciones entre amarillentas y rojizas. Era evidente que el animal había tenido una vida muy corta. La madre, por el contrario, no parecía afectada. Pero entonces Arne retiró el labio del animal y Hal pudo ver los nódulos que florecían dentro de la boca.

Hal condujo hacia el vaciadero, presa de profunda depresión y, sólo cuando Arne, abalanzándose desde la plataforma le tocó el brazo, se dio cuenta de que el viejo trataba de llamar su atención. Señalaba hacia la colina.

Entonces Hal las vio. Tres siluetas. Por el costado de la casa, subiendo la colina en dirección a ellos. La luz era escasa y aquellas personas desaparecían bajo las prendas de abrigo; pero la pequeña figura de Kris era inconfundible. Conteniendo la furia, Hal paró en seco el tractor, apagó el motor y saltó.

—¡Quedaos ahí! ¡No os mováis! —les gritó recordando los animales muertos que llevaban en el *trailer* y su propio mono manchado de sangre.

Se quitó los guantes y se bajó el mono blanco y suelto del Ejército que le cubría el anorak.

Rolf y Ragna se detuvieron obedeciendo su orden; pero el pequeño Kris continuó subiendo por la colina, corriendo, resoplando y jadeando. Ragna le gritó; pero el chiquillo, sin hacerle caso, siguió impertérrito.

Sacudiéndose el mono manchado de sangre, Hal bajó presuroso para recibirlo; lo levantó y le plantó un rudo beso en la punta de la nariz.

—¡Huff! Tu cara pincha.

—Es que no me he afeitado.

—¡Puff! No puedo besarte.

El niño rió arrugando la naricilla, contraído su pequeño rostro por una sonrisa traviesa. Hal sintió desbordarse todo su cariño y lo abrazó con fuerza.

Luego, con Kris todavía en brazos, se dirigió hacia los otros, el rostro de nuevo ensombrecido.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó furioso.

—Pensé que acaso te vendría bien un par de manos extra —contestó con firmeza Rolf.

Ragna se bajó la bufanda que llevaba muy ceñida a la boca.

—Hemos venido para ver si podemos ayudar.

Hal no sabía qué pensar de toda aquella amabilidad, si es que amabilidad era.

—¿Por qué no llamasteis antes? Os hubiera dicho que no perderais el tiempo — se dirigió a Ragna—: ¿Y por qué habías de traer a Kris?

El chiquillo forcejeó en los brazos de Hal, el cual se dio cuenta de que el niño estaba dolido y desconcertado.

—Telefoneamos —intervino Rolf con calma—; pero no contestaban. Así que pensamos que lo mejor sería venir. Por si acaso. El patrón de la embarcación de suministros parecía creer que se te había presentado una epidemia.

—Tanto más motivo para no venir.

—¿Hal alguna esperanza para... los bueyes almizcleros? —preguntó Ragna temerosa.

Dándose cuenta de que Kris se estaba empapando de todo, Hal le hizo una seña de advertencia. Pero era demasiado tarde. Perspicaz como todos los pequeños, comprendió de inmediato que había noticias malas y ocultó la cara en el hombro de su amigo.

Hal clavó en Ragna una mirada acusadora.

—No podía dejarle. De veras... —musitó ella.

—Pues debiste hacerlo. Éste no es sitio para un niño.

Kris rompió a llorar. Hal gruñó.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Kris —dijo en tono cariñoso acariciándole la mejilla—. Tú sabes que me gusta mucho que estés conmigo. Pero se trata de los animales. Se hallan enfermos, ¿comprendes? Y por eso... no es un buen momento para que te quedes aquí.

Se hizo un breve silencio.

—¿Se pondrán mejor? —preguntó Kris sorbeteando.

Le fue imposible contar toda la verdad.

—Algunos se pondrán bien; pero otros no, Krisi.

—¿Por qué no me indicas lo que puedo hacer? —interrumpió dinámico Rolf—. ¿Me dejas ayudarte con eso? —señaló el tractor y a Arne que se encontraba junto a él.

Sin contestar, Hal dejó a Kris en el suelo.

—Llévatelo a la casa y procura que permanezca dentro —dijo a Ragna, después se inclinó y susurró al niño—: ¿Querréis mamá y tú calentar la casa y prepararnos algo de comida?

Asintió con un leve movimiento de cabeza y pareció más contento. Kris se cogió de la mano de Ragna para dirigirse a la vivienda.

—Dejad las botas fuera... Ya veréis una caja. Y lavaos bien las manos —les gritó Hal.

—De acuerdo —contestó Ragna por encima del hombro.

—¿Entonces también existe peligro para las personas? —inquirió Rolf mientras subían por la colina.

De repente ya no parecía tan dispuesto a ayudar.

Hal recogió su mono de la nieve.

—No es probable; pero lo sabremos con certeza cuando reciba el informe final del veterinario. Entretanto no quiero correr riesgo alguno.

—Entonces dime lo que puedo hacer.

No mucho, hubiera querido decir Hal. Le molestaba la inesperada intrusión, como si la llegada de Rolf violara de alguna forma Brattdal. Y le desagradaba todavía más el propio Rolf. Sospechaba que no le había estado diciendo la verdad. Ahora existía entre ellos una línea divisoria, un callado abismo de desconfianza.

Así y todo, ¿por qué mostrarse hosco? Tenía ante sí una apestosa tarea y con la nueva ayuda tardaría menos. Cuanto antes mejor.

—¿Quieres practicar disparando a patos? —planteó con macabro humor—. ¿O a ovejas en el aprisco? No puedes fallar.

Rolf lo miró de soslayo.

—¿Por qué no te tomas un descanso? El viejo y yo podemos ocuparnos de ello.

Llegaron junto al tractor. Hal se endosó de nuevo el mono y los guantes y subió con rapidez a la cabina. De repente se sentía demasiado cansado incluso para continuar por más tiempo enfadado.

—No. Entre los tres terminaremos mucho antes.

Mientras Hal ponía en marcha el motor, sintió los ojos de Rolf clavados en él, duros, fríos y vigilantes. Entonces supo que tampoco había dado por terminada la conversación que mantuvieran en Oslo, ni mucho menos la había olvidado.

Ragna se las compuso lo mejor que pudo con lo que había encontrado: pescado seco, cebollas, zanahorias, patatas, harina, leche, queso..., pero nada de hierbas. Probó el pastel e hizo una mueca. Lo que hubiera podido hacer con perejil y tomillo.

Se descubrió examinando la cocina con ojo crítico, organizándola de nuevo en su mente, poniendo tarros con hierbas secas y especias, almacenando en las alacenas latas de vegetales y frutas poco corrientes, arroz, pasta y conservas.

Luego recordó que Hal iba a prescindir de aquel lugar. ¿Lo habría dicho de veras? ¿Tomaría alguna vez la decisión de dejarlo? Se imaginó la cocina desprovista de calor y desorden, la casa silenciosa y desierta, el frío penetrando en las habitaciones vacías. No podía evitar el sentir tristeza al comprender que se convertiría en un espantoso hoyo. Todo aquel duro trabajo de Hal, toda aquella pasión y determinación... Nadie hubiera sido capaz de hacer tanto en tan poco tiempo.

Pero ahora se hallaba amargado y derrotado. Ragna no soportaba verlo de aquella manera. Precisamente Hal, que jamás había renunciado a nada en su vida.

—No puedo encontrar a *Lilli* —gritó Kris entrando como un bólido en la habitación.

Ragna lanzó un breve suspiro. Desde que regresó de Oslo, el chico se había vuelto muy difícil, cogía rabietas, exigía atención y, en general, intentaba acabar con ella.

—¿Quién es *Lilli*? —le preguntó cariñosa, haciendo un esfuerzo.

—¡*Lilli, Lilli!* —repitió dando una patada en el suelo como si Ragna debiera saberlo.

—Caramba, Kris —replicó Ragna mientras picaba verduras con energía—. Tú insististe en venir. Ahora has de ser bueno. No tengo tiempo de encontrar a esa *Lilli*, sea quien sea.

—Quiero a *Lilli*. ¡Quiero al tío Hal! ¡Quiero al tío Hal!

—Bien. Tú sabes que ahora no puede venir. Está ocupado.

Se hizo un silencio. Ragna volvió la vista. Kris tenía la carita contraída por la aflicción y estaba aspirando aire dispuesto a gritar.

Con un suspiro de cariñosa exasperación se acercó a él, se arrodilló y le rodeó con los brazos. El grito, cuando finalmente llegó, la dejó sorda.

—¡Kris! —le reconvino.

El niño estaba inconsolable, triste, gritaba y la golpeaba en el pecho con sus pequeños puños. Ragna intentó sujetarlo; pero él se soltó y permaneció delante de ella, con el rostro enrojecido y sucio por las lágrimas.

—¡Te odio! ¡Te odio! —gritó mientras la furia agitaba su cuerpecito.

Ragna le tendió los brazos; pero el chiquillo se apartó sollozando inconsolable y subió ciego las escaleras.

Ragna estaba aturdida. ¿Qué le había pasado a su precioso hijo? ¿Qué había sido de aquel niño dócil? Reflexionó y se sintió culpable. «Es culpa mía, lo he estado abandonando», se dijo. Y se dio cuenta de que así era. Primero fueron las ocupaciones de la tienda; después el repentino viaje al Sur y, para coronarlo, la llegada de Rolf. Y lo peor de todo era que aquella misma mañana Kris había visto a Rolf saliendo del dormitorio de ella, lo cual hacía que se sintiera terriblemente culpable.

Y ahora, encima de todo aquello, estaba la pérdida de sus queridos bueyes almizcleros.

De repente se quedó rígida. Se escucharon disparos procedentes de la colina.

Abandonando la comida subió corriendo las escaleras y encontró a Kris en la pequeña habitación del fondo, acurrucado en la cama y con el cuerpo sacudido por hondos sollozos. Al acercarse Ragna, algo a través de la ventana captó su atención. Entre las sombras que ya se cernían, más allá del blanco muro que rodeaba el huerto, la nieve estaba amontonada formando un inmenso círculo. En el centro había una amorfa masa negra. Cuerpos de animales. Una silueta, enfundada en un mono iba incorporando ovejas muertas al lastimoso montón.

Entonces lo comprendió. Kris había mirado afuera y pudo ver la horrible zona de enterramiento.

El eco de los disparos seguía retumbando por el valle.

—¡Oh, Kris! —musitó Ragna, y echándose junto a él lo rodeó con los brazos apretándolo contra su pecho—. Pobre, pobrecito mío. Mi pobre pequeño.

Cesaron al fin los disparos lejanos. Y también se calmaron los sollozos.

—Si quieres, te ayudaré a buscar a *Lilli* —se ofreció Ragna.

El niño no contestó; pero sacó algo que hasta entonces había mantenido apretado entre los brazos. Era un baqueteado caballo de trapo. Pues claro... ¿Cómo no se había acordado?

—Hola, *Lilli* —dijo.

El animal desapareció de nuevo entre los bracitos y el cálido y pequeño cuerpo se acurrucó más contra ella.

—¿Está el tío Hal enfadado conmigo? —preguntó en voz baja y vacilante.

Ragna le abrazó con más fuerza.

—No. No está enfadado contigo, tesoro, ni pensarlo. Lo que le ocurre es que se halla preocupado por... otras cosas. Te sigue queriendo tanto como siempre. De veras.

Se hizo una pausa mientras el chiquillo asimilaba aquello.

—¿Por qué se ponen enfermos? —preguntó luego.

—Porque..., de cuando en cuando aparece un horrible bichito contra el que los animales no pueden hacer nada y entonces... A veces mueren. Como ahora.

Otra pausa.

—¿Por eso murió papá?

Ragna intentó adaptarse al asombroso cambio.

—¿Qué?

—¿Hicieron los bichitos que papá muriera?

—No, cariño. Papá murió en un accidente, como ya te dije.

—¿Qué quiere decir accidente?

—Es... algo que ocurre de repente. Tan de repente que ni siquiera te enteras. Nunca llega a dolerte, es demasiado rápido. Sólo... pasa.

Esta vez la pausa se hizo más larga.

—¿Como caer y darte en la cabeza?

—Más o menos.

—¿Se cayó papá y se dio en la cabeza?

Ragna cerró los ojos.

—Algo así pero peor.

Silencio. Ragna le sintió relajarse entre sus brazos. Saboreó aquella paz. Le acarició el pelo, disfrutando del calor de su cuerpecillo contra el suyo. «Te quiero mucho, mi precioso niño», se dijo.

Kris volvió a agitarse y Ragna se preparó para nuevas preguntas.

—¿Va a morir también... el tío Hal?

Ragna rió levemente.

—No, cariño. De ninguna manera. —Al darse cuenta de que no estaba del todo convencido, añadió—: Te lo prometo.

—No quiero que el tío Hal muera.

—No, cariño. No morirá. De veras.

Le pasó la mano por la mejilla y lo besó en la frente. El cariño tan profundo que el niño sentía por Hal siempre le había producido una ligera sensación de exclusión y... sí, haciendo honor a la verdad, cierto resentimiento. Había proporcionado a Hal una influencia sobre ella que no quería que tuviese. Pero ahora estaba contenta, muy contenta de que Kris tuviera a un hombre como Hal para querer y admirar.

Volvió a besar la pequeña frente una y otra vez, recreándose en el calor de su cariño.

Una voz rompió el silencio.

—¡Ah! Estáis aquí.

Ragna levantó la vista sobresaltada.

Rolf se hallaba en la puerta. No le había oído subir las escaleras.

—Me voy a casa del viejo para telefonar —dijo dinámico. Luego meneó la cabeza irritado—. Lo que no comprendo es por qué Hal no tiene teléfono.

—¿Han vuelto también los demás?

—Dentro de un rato. Pero, por favor, dime dónde diablos guarda Hal las bebidas. No las encuentro por parte alguna.

—En la sala de estar. En la alacena del rincón.

—¿Y las toallas? Necesito un buen lavado. Aquello parecía un matadero. Por todas partes sangre e intestinos. —Se estremeció—. Estaba emporcado... Me he quitado la mayor parte, pero...

Ragna miró aterrada a Kris. El niño tenía los ojos muy abiertos y lo había entendido todo. Su carita se contrajo, y se aferró a su madre y empezó otra vez a llorar.

Ragna miró horrorizada a Rolf, pero él tenía los ojos clavados en Kris con expresión irritada.

—¿Las toallas? —insistió.

—En el armario junto al cuarto de baño —repuso Ragna controlando con

dificultad su enfado.

Mientras se dedicaba a tranquilizar de nuevo a Kris, oyó el agua correr en el cuarto de aseo, y luego pisadas bajando las escaleras. Finalmente oyó un portazo. Se había ido.

De nuevo reinó el silencio. Ragna volvió a acomodar la cabeza en la almohada. Bien, resultaba interesante comprobar cómo las cosas pequeñas podían ser tan reveladoras. Era evidente que a Rolf maldito lo que le importaban los niños. Y ni siquiera estaba dispuesto a simular que le gustaba Krisi para complacerla.

Era algo que no le sorprendía. Pero le hacía preguntarse por qué habría vuelto él a Tromsø. ¿Preocupado por el bienestar de ella? Era una idea halagadora; pero no la creía del todo. Y pensándolo bien, ¿por qué mostró tanta insistencia en venir aquí, a Brattdal? Tampoco le era posible creer que se sintiera tan preocupado por el bienestar de Hal. ¿Seguían siendo amigos íntimos? A decir verdad, no lo parecía en absoluto.

No, allí estaba ocurriendo algo extraño. Pero no conseguía saber qué podía ser.

Kris sorbeteó. Ragna después de secarle los ojos y sonarle, le leyó un cuento.

Llegaron ruidos desde la cocina.

¿Habían regresado los otros? Recordando el pastel gimió en su fuero interno. Ni siquiera lo había metido en el horno.

—Vamos, tesoro —dijo a Kris.

Cogió en brazos a su hijo y lo bajó a la cocina.

Hal estaba allí, desnudo de cintura para arriba, inclinado sobre el fregadero con los brazos enjabonados hasta el codo. Los músculos de su espalda eran vigorosos y fuertes. En la mente de Ragna surgió el recuerdo de haber abrazado aquella espalda, aquel cuerpo. Recordó la suavidad de su piel, la reciedumbre de su constitución y la ternura de su tacto... Los recuerdos la afectaban de una manera extraña, casi como...

—¿Podrías darme la toalla, por favor? —pidió Hal volviéndose a medias—. ¿Se ha ido Rolf a telefonar?

—Hará una media hora.

Después de sentar a Kris sobre la mesa, cogió una toalla que colgaba junto a la estufa y se la dio a Hal. Éste empezó a secarse con movimientos vigorosos y luego, observando la expresión alicaída del pequeño, se sentó frente a él.

—Hola, amigo...

Los dejó hablando en voz baja, se dirigió al fogón y espolvoreó queso rallado sobre el pastel; lo metió en el horno y empezó a cortar hortalizas.

A sus espaldas cesó el murmullo de voces. Se volvió a tiempo de ver a Kris salir de la habitación saltando feliz. Hal se acercó y se plantó delante de ella.

—Necesito hablar contigo, Ragna.

Sobre una ceja le había quedado un resto de jabón. Cogiendo una punta de la toalla que todavía llevaba en la mano, Ragna se la limpió, dominando el deseo de borrar el ceño que fruncía sus cejas.

La boca de Hal tembló un poco. Le apartó la mano con firmeza.

—Escucha, se trata de algo importante. Tengo que preguntarte una cosa absolutamente vital. No puedo explicarte por qué..., y es posible que no te sea fácil comprender hasta qué punto es grave; pero... —Se mordió el labio tratando de encontrar las palabras—. Algunas cosas han de ser consideradas sobre la base de la confianza, ¿no crees? Te pido que creas en lo importantísimo que es esto.

Ragna no imaginaba a qué podía referirse, pero tenía la desagradable sensación de que debía tratarse de algo molesto.

—Adelante.

—Esa información sobre la instalación..., lo de que era un sistema de navegación llamado «Delta», para su uso por los submarinos «Polaris»... Por favor, Ragna, dime dónde la obtuviste.

A Ragna le dio un vuelvo el corazón. Había deseado tanto allanar toda dificultad entre ellos. Pero aquello era algo que nunca podría confesarle. Lo había prometido. Lo había jurado de corazón.

—No puedo decírtelo —afirmó en voz queda.

—No te lo preguntaría si no se tratara de algo muy serio, Ragna.

Le cogió cariñosamente del brazo intentando que comprendiera que le ayudaría si le fuese posible.

Él le asió con fuerza la mano, apretándola contra su pecho.

—Te estoy pidiendo esta sola cosa como jamás te he pedido nada antes, Ragna. Confía en mí. Por favor.

—Lo prometí... Hal. Y ésta es una cuestión de confianza. Quisiera poder decírtelo, pero... —meneó la cabeza.

»Algún día explicaré el porqué...

Ragna apartó la mirada de la de él y soltándose la mano se recostó contra el poyete dándole con su silencio una respuesta.

—¡Ragna!

Hal se frotó bruscamente los ojos con la mano. Finalmente, respirando hondo, le dijo en tono afectuoso:

—No te lo pido por mí, sino por Jan. En memoria suya, Ragna...

Ella alzó los ojos sobresaltada.

—No comprendo.

—No puedo revelar nada más. Pero, créeme, es verdad.

¿Qué estaba intentando decirle? ¿Que de alguna forma aquello tenía que ver con Jan? ¿Cómo podía ser? Se rebeló indignada. ¿Cómo se atrevía a utilizar así el recuerdo de Jan? ¡Qué táctica más vergonzosa!

—No mezcles su nombre con todo esto, por favor —dijo con frialdad.

—Pero es que se halla directamente relacionado con él, Ragna.

Ah, ahora ya comprendía. Eran los contactos de Hal en el Ejército. Ellos estaban detrás de todo aquello..., intentando descubrir su fuente, tratando de impedir que se hiciera pública más información. Y Hal se había inventado aquella relación



imaginaria con Jan a fin de ponerla en el disparadero. Sin duda ahora iba a decirle que todo aquello tenía que ver con agentes soviéticos y la seguridad nacional.

A otro perro con ese hueso, sentía ganas de responder.

—No puedo revelar mi fuente —repitió con frialdad—. Así que no hay nada que discutir.

El efecto de su declaración fue muy distinto del que ella esperaba. En vez de discutir, Hal se derrumbó y, de repente, pareció muy cansado.

—Si al menos... —murmuró casi para sí.

Luego, meneando la cabeza, se sentó al borde de la mesa, hundido.

Ragna sintió un atisbo de duda. La manipulación y las tácticas aviesas jamás fueron del estilo de Hal. ¿Había caído en realidad tan bajo? Además, nombrar a Jan... Hal, menos que nadie, hubiera hecho uso de su recuerdo con ligereza. Ragna empezó a preguntarse si no se habría precipitado.

—¿De veras tiene que ver con Jan? —preguntó insegura.

Hal la miró a los ojos con expresión firme y franca.

—Yo no te mentaría —dijo con la mayor sencillez.

Y Ragna comprendió al punto que era verdad.

Suspiró profundamente. Tuvo la certeza de que habría de elegir.

La larga caminata colina abajo fue una absoluta pérdida de tiempo.

Ni rastro de Alex. Y, naturalmente, ningún mensaje suyo.

El día anterior Berg había telefoneado desde el aeropuerto de Bodo, lo hizo otras dos veces desde casa de Ragna y ahora una cuarta vez desde la del viejo. Pero en ninguna ocasión hubo respuesta.

Berg se alejó furioso.

¿Era posible que Alex estuviera fuera? No, Alex jamás iba fuera. Era un burócrata y un bebedor, demasiado perezoso para dar un paso más allá de Oslo. De manera que tal vez algo anduviera mal con el sistema de comunicación.

Pero en el pasado siempre había contestado alguien en aquel número especial de teléfono. Siempre.

Con la cabeza baja, caminó aprisa por el sendero, y luego, sin abandonar el paso vivo, emprendió la subida de la colina en dirección a Brattdal.

Decidió que al día siguiente lo intentaría una vez más al número especial de Alex y, si seguía sin contestar, llamaría a la centralilla de Novosty y le dejaría un mensaje de parte de «Harri». Por una vez no pasaría nada. Aunque no estaba muy seguro. Sin duda toda la isla, incluida la telefonista, escuchaban las llamadas. Bueno, sólo tendría que ir con cuidado, eso era todo.

Ascendía con rapidez y, ya cerca de la cumbre, avistó una luz en la casa. El silencio resultaba ensordecedor, las montañas se erguían altas y sombrías con las últimas luces del crepúsculo. Hacía tanto frío que el aliento era glacial alrededor de la

nariz. Se dijo que aquel era el último lugar que Dios había hecho.

Sin embargo, recordó que tenía sus ventajas. Nadie sabía que estuviera en ese sitio y tampoco nadie pensaría en buscarle por tales parajes... En su periódico creían que se había tomado unos días de vacaciones y que se hallaba en Dinamarca. Y si quisiera salir de allí, siempre podía coger el hidroavión que hacía dos viajes diarios. El aeropuerto Bardufoss y la frontera finlandesa se encontraban tan sólo a unas horas.

Surgió la casa inmensa. Sólo había luz en una de las ventanas delanteras. Berg reflexionó sobre la velada que tenía por delante. Necesitaba abordar aquel asunto pendiente con Hal, averiguar qué diablos sabía. Pero ¿cómo hacerlo? De manera despreocupada, se dijo, como si hubiera estado pensando en ello y tuviera curiosidad por conocer algo más respecto a la extraordinaria reaparición de los binoculares. Y una vez que Hal empezara a hablar, le bastaría tenderle una trampa. No sería demasiado difícil. Hal era mal embustero.

Subió los peldaños del porche, acalorado a causa de la mucha ropa que llevaba e impaciente por una copa. Se quitó las botas y luego abrió la puerta. Pero se detuvo en seco. De la cocina, le llegó murmullo de voces.

Moviéndose con sigilo, cerró con mucho cuidado la puerta; dejó la chaqueta y las botas en el vestíbulo, recorrió de puntillas el pasillo en dirección a la cocina. Se detuvo a unos pasos de la puerta abierta y prestó oído.

Las voces habían callado. El silencio se prolongaba.

«Una lástima», se dijo.

A pesar de ello, permaneció allí inmóvil, escuchando atento por si acaso.

Ragna estaba angustiada. Jan..., se refería a Jan. Sin embargo, había hecho una promesa a Rolf, una seria promesa. Se había mostrado inflexible respecto a la importancia de lo prometido. Si la quebrantara, la ira le sacaría de quicio. La acusaría de arruinar su carrera. No volvería a verle jamás. Aunque aquella perspectiva no la trastornaba tanto como había imaginado.

Tal vez le fuera posible dar una pista respecto a la responsabilidad de Rolf sin llegar a descubrirle diciendo a Hal que se lo preguntara a él. Pero desfallecía ante la idea de la subsiguiente pelea.

Había una alternativa. Decírselo a Hal y hacerle jurar que no diría una palabra de ello a Rolf. Mientras ambos guardaran silencio, Rolf jamás se enteraría.

Era la salida de los cobardes. Y muy atractiva.

Ragna tomó su decisión y, acercándose de manera instintiva a Hal para que no pudieran oírles, abrió la boca dispuesto a hablar.

De repente hubo un sonido, tan leve que no fue más que una vibración del silencio. Ragna se detuvo y miró interrogadora a Hal. Éste, cogiéndola del brazo, la advirtió con la mirada. Ragna cerró la boca.

Miraron en derredor. Hubo una pausa.

Rolf apareció silencioso en la puerta.

Hal y Ragna. Hal aferrado al brazo de Ragna. Una vez más. Daba la impresión de que hubieran tomado la costumbre de tocarse cuando él no andaba por allí.

Parecían sobresaltados y culpables, como dos niños que hubieran sido sorprendidos robando caramelos. Pero lo que en realidad interesó a Berg fue la expresión de desafío reflejada por un instante en el rostro de Ragna.

«¿Qué has estado tramando, amor mío?», se dijo furioso.

Y en aquel preciso momento supo que ya no podía confiar en ella.

## Capítulo XXVI

Thrane se encontraba sentado, como quien dice, en el banquillo de los acusados. Ahora sé cómo se siente uno, pensó por un fugaz instante. Ya era bastante desagradable encontrarse ocupando el puesto del interrogado; pero enfrentarse a gentes con ideas preconcebidas era en verdad odioso.

Se le había pedido que diera lo que el director llamaba un «informe completo». Como quiera que se lo designara, se trataba de una llamada al orden. Al otro lado de la mesa, se encontraba sentado el director flanqueado por el subdirector y el jefe inmediato de Thrane, el jefe de Seguridad Ekeland.

El director le miró incrédulo.

—¿De modo que, en realidad, se lo dijo a Starheim? ¿Le reveló que había una importante filtración?

—De manera indirecta..., sí.

—¿No se le ocurrió que estaba infringiendo las medidas de seguridad?

—Sí.

—Santo cielo... ¿Entonces, por qué lo hizo?

—Tenía que tratar de averiguar de dónde sacó la idea «Delta», necesitaba darle un motivo para que me lo dijera, o que lo averiguara para mí. Confiaba en él. Y todavía confío.

—Pero aún no ha facilitado información alguna.

—Todavía no. A pesar de ello, estoy seguro de que lo hará.

El director bajó la vista.

—¿Y sigue creyendo que es merecedor de su confianza, incluso después de lo ocurrido?

—Sí —afirmó Thrane impávido.

Ekeland se inclinó hacia delante dando unas palmadas sobre la mesa.

—Ha sido una violación de la seguridad injustificada y grave en extremo.

«Ahora esta declaración da un significado completamente nuevo a la lealtad del departamento», se dijo Thrane.

—Y hemos de encararnos —siguió diciendo Ekeland— a la posibilidad de que dicha infracción haya conducido directamente a la muerte de Sonja Bjornsen.

—¡No puede afirmar semejante cosa! —exclamó Thrane—. La oposición se hallaba ya alertada sobre Sonja. La estaban vigilando.

—Eso no lo sabemos en absoluto, Thrane —alegó el director con el tono un tanto exasperado de quien se encuentra de nuevo con viejos temas—. Carecemos de pruebas positivas. ¿No es así?

—Está el hecho de que su amante no apareciera, no una sino dos veces, y que la segunda mostrara todos los indicios de un plan preconcebido.

Nadie pareció convencido. El director se frotó la frente.

—Ahora quisiera hacer por un momento de abogado del diablo y ver a dónde nos conduce.

Ordenó con grandes aspavientos sus notas.

«Ya sé a dónde nos conducirá todo esto —se dijo Thrane—. A ti al mejor de los mundos y a Starheim a enfrentarse a graves problemas.»

—Bien, veamos lo que tenemos... Primero —golpeó con un dedo sobre la mesa—, usted, Thrane, haciendo saber que existe una importante filtración en las altas esferas. Segundo..., dos días después empujan a Sonja Bjornsen bajo las ruedas de un tranvía...

—¡Pero no puede relacionar ambas cosas así como así! —exclamó Thrane—. No existe motivo alguno para...

—Por favor —le interrumpió Ekeland con el tono condescendiente de un maestro dirigiéndose a un alumno obtuso—. Ya hemos tomado nota de lo que usted tenía que decir. Ahora permítame continuar. A renglón seguido..., tenemos la afirmación de Sonja Bjornsen de que jamás reveló los nombres de las personas implicadas en el asunto Pasvik. Si la creemos, habríamos de preguntarnos: ¿Quién tenía esa información? ¿Quién pudo haberla transmitido?

—No era necesario que la transmitiera nadie —arguyó Thrane—. Es posible que fuera interrogado uno de los hombres, o ambos, antes de matarlos y que en el curso del interrogatorio facilitaran *los nombres*.

—Es posible —admitió Ekeland—. Pero improbable. Los rusos pudieron haberse excedido en Pasvik; pero no pienso que nadie pueda creer que llegaran a interrogar a los hombres y luego los ejecutaran con la mayor sangre fría. Además, la protesta soviética llegó al cabo de unas horas del acontecimiento. Apenas dispusieron de tiempo para interrogatorios. Es mucho más razonable suponer que los soviéticos conocieran los nombres de antemano. ¿No lo creen así?

Se hizo el silencio. Thrane meneó la cabeza. Ekeland volvió a concentrarse en sus notas.

—Luego..., el emplazamiento exacto de la operación Pasvik. Ése evidentemente se filtró...

—No es tan evidente —le interrumpió Thrane con tono fatigado—. Pudieron haber seguido al tercer hombre hasta la frontera. Pudieron haberle estado vigilando con anterioridad durante meses. No hay razón para tener la absoluta certeza de que conocieran de antemano el lugar exacto.

Ekeland y el director intercambiaron miradas; el primero escéptico; el segundo, preocupado.

Ekeland prosiguió con la actitud de haberse visto interrumpido sin necesidad.

—Luego..., usted dice a Starheim que el tercer hombre era noruego. Y casi a raíz de ello lo publica la Prensa. No es que sea de importancia directa, pero habrán de reconocer que resulta significativo.

Thrane se recostó en su asiento y se cruzó de brazos.

—A continuación, Starheim escribe todas esas cartas anti OTAN a diversos políticos y departamentos gubernamentales. Ha sido visto en el emplazamiento de la instalación, fisgoneando, tomando fotografías. Y finalmente —hizo una pausa para lograr un mayor efecto— tenemos ese asunto «Delta» que revela un vínculo directo entre Sonja Bjornsen, a través de sus contactos, con Starheim.

Recogió sus notas con el aire de suficiencia de quien ha dejado bien demostrado su argumento.

Thrane emitió una breve risa incrédula. ¿Qué podía decir? Ekeland necesitaba una cabeza de turco y la había encontrado. Era evidente que no iba a permitir que los hechos le dieran un mentís.

—¡Si cree de veras que Starheim trabaja con los rusos, está... —Iba a decir «completamente loco» pero lo sustituyó—. Equivocado!

—Es posible que no posea relación directa —concedió Ekeland—. Pero sí puede estar en contacto con una organización para encubrir actividades subrepticias..., un grupo político, o de paz, o de cualquiera otra cosa. Ha de saber que tiene fuertes vínculos soviéticos. ¡Después de todo ha sido entrenado para eso, por todos los diablos!

—Es posible que el asunto sea algo mucho más recto —dijo el director respirando hondo—. Es un hombre de fuertes principios, ¿no? Bien, es posible que haya llegado a la conclusión de que tales principios están más acordes con los de otro país. ¡Quién sabe! Como quiera que sea, la cuestión es que todos esos..., hechos..., nos conducen de nuevo hacia él. Tenemos que seguir el rastro.

Se hizo un denso silencio. Thrane llegó a la conclusión de que era una pérdida de tiempo empezar a discutir de nuevo.

—Deberíamos montar una vigilancia —apuntó el subdirector.

—¿Cómo..., en Revoy?

—Bueno..., interceptar el correo, intervenir el teléfono.

—Utiliza el teléfono de un vecino. Demasiado público para enviar mensajes a los rusos. ¿No les parece? —murmuró Thrane.

El director le dirigió una mirada glacial.

—Necesitamos cubrirnos, Thrane. No podemos permitirnos más patinazos. Ya hemos dado bastantes en lo que a este asunto se refiere.

—Estoy de acuerdo —contestó Thrane, de repente aliviado—. Y un error garrafal fue dejar que Sonja Bjornsen se nos escapara de las manos. Si la hubiéramos encerrado, estoy seguro de que hubiera acabado por soltarlo todo y conducirnos hasta su amante. Y entonces hubiéramos podido expulsar a la mitad de la Embajada de la Unión Soviética en lugar de vernos limitados a hacerlo nada más que con un corpulento matón búlgaro.

De repente el director parecía cansado y agotado. Thrane se imaginaba el tipo de presiones a que estaría sometido con el Gobierno y los americanos pidiendo su

cabeza. Pero no era una excusa, el hombre había de afrontar los hechos.

Ekeland parecía incómodo, pero era que nunca le había gustado oír la verdad.

—Creo que habremos de renunciar a la idea de descubrir el contacto —dijo pesando las palabras—. Lo que significa que habremos de concentrarnos en encontrar al bellaco dentro de nuestra jauría. Habremos de traer a Starheim para someterle a interrogatorio. Es demasiado tarde para vigilancia.

—Pero entonces daríamos al traste con nuestra única esperanza —exclamó Thrane.

Tres pares de ojos se clavaron en él con cauto interés.

—De acuerdo —siguió diciendo Thrane—. Admito que existe una conexión entre Starheim y Sonja, aunque apostaría lo que quisieran a que es sobremanera tortuosa. Pero concentrémonos en esa conexión. Averigüemos de qué se trata...

—Estoy de acuerdo —aceptó Ekeland.

—En cuyo caso dejemos que Starheim vuelva a nosotros con esa información que ha prometido. Recuerden que es el único que puede descubrir la conexión.

—Está usted partiendo de la base de que se halla dispuesto a hacerlo, de que no oculta información.

—Así es. ¡Eso es exactamente lo que pienso! —dijo Thrane, dominándose a duras penas—. Si tenemos que vigilar a Starheim, de acuerdo..., supongo que hemos de hacerlo. Pero no le hagamos venir dando al traste con nuestra única posibilidad de llegar hasta los hombres que se esconden detrás de todo esto. ¿Quién sabe? A lo mejor, acabamos dando con el amante.

—Y también es muy posible que hagamos que todos ellos pasen a la clandestinidad —agregó Ekeland.

—¿Qué sugiere? —preguntó Thrane con expresión torva—. ¿Que Starheim se limitará a avisarles?

—Es una posibilidad. Puede hacerlo de forma directa o indirecta.

Thrane le dirigió una mirada condescendiente.

—Bien, en tal caso, lo habría hecho ya, ¿no cree? Y ellos, quienesquiera que sean..., se habrían largado hace ya dos días, de manera que no nos quedaría esperanza alguna de encontrarlos, ¿verdad? Lo que viene a demostrar que no tenemos nada que perder confiando en Starheim. De hecho, tenemos todo que ganar.

Ekeland ofrecía el aspecto de haber quedado como un estúpido, lo que en verdad era así.

El director permaneció un momento reflexionando.

—Muy bien —dijo al cabo con acento fatigado—. Pero en el plazo de dos días quiero tener información fidedigna de Starheim.

Nikolai Andreevitch Yurasov miró con fijeza la pesada puerta brillante y supo lo que era verdadero miedo. Miedo era imaginarse la vida sin privilegios diplomáticos,

miedo era la degradación y un piso pequeño y angosto en un suburbio de Moscú.

Miedo era esperar a ver al Navegante.

Durante toda su vida de trabajo le había atormentado aquella pesadilla, el terror de que únicamente un antiguo funcionario GRU podía saber cuándo se encontraba de repente anulado al cabo de veinte años de servicio, lo que significaba veinte años de maniobrar con extrema habilidad a través del campo de minas de la política GRU.

Aún no podía creerlo. El agente ciento setenta y tres, su protegido, le había burlado, y lo había hecho con tal eficiencia que, en esos momentos, sólo de recordarlo sentía ganas de llorar.

El interrogante para Yurasov era: ¿Podría sobrevivir a aquello? ¿Tendría amigos suficientes en el Aquarium? ¿Bastante gente para que recordara al primer subdirector todo el magnífico material que había recabado al cabo de los años?

Contempló ensimismado la sólida mole de la lustrosa puerta de caoba y se sintió en extremo inseguro sobre las respuestas a aquellas preguntas. Sólo una cosa daba por segura, que no habría champaña cuando se hallara ante la mesa escritorio del Navegante, como aquella vez en que ciento setenta y tres empezó a proporcionar oro puro y Yurasov se cubrió de gloria por haberlo reclutado. Entonces, el Navegante resplandeció de satisfacción ante la sola idea de tener bajo su control al que era quizás el agente más importante de Europa. El primer subdirector les había hecho llegar directamente sus felicitaciones.

No, con toda seguridad no habría champaña, pero..., ¿habría una jeringa? Siempre te inyectaban un sedante antes de evacuarte. Conocía muy bien el procedimiento. En el transcurso de los años había ayudado a evacuar a muchos colegas.

Cuando pensaba en los espantosos acontecimientos de los últimos días, lo que hacía de manera constante, casi podía sentir la aguja clavándose en su brazo.

Lo peor habían sido las noticias sobre la mujer, porque ahí residía precisamente la clave de lo que le esperaba.

La mujer a la que Rolf se había referido como una amenaza, la mujer a la que él había dado de lado con tanta ligereza considerándola insignificante, lejos de ser una funcionaria de contabilidad, había sido, y la idea aún le hacía ponerse lívido, la secretaria personal del director de FO/E.

Y él, Nikolai Andreevitch, había expuesto su cuello y obtenido autorización para que sus vecinos búlgaros dieran buena cuenta de ella. Provocación era un magnánimo vocablo para definir lo que había hecho. El servicio secreto noruego jamás olvidaría un hecho semejante. No se puede atacar de súbito al oponente sacudiéndole en la cabeza con un instrumento contundente. Porque puede enfadarse y negarse a jugar de acuerdo con las reglas, las cuales el GRU había aprendido a utilizar en su propio provecho, con enormes ventajas.

Claro que no habría resultado tan mal si la verdad jamás hubiera salido a la luz. Después de todo, algunas mujeres de mediana edad se caen alguna vez que otra



debajo de los tranvías.

¿Pero acaso sus amigos búlgaros habían recurrido al tacto, a la habilidad, a la sutileza? ¿Habían hecho uso de sus ojos? ¿Habían exprimido sus cerebros de mosquito?

Claro que no. Aunque la vigilancia se hubiera encontrado a un kilómetro, incluso un niño con los ojos vendados habría podido descubrirla. Pero ellos se las arreglaron para actuar según su limitada visión y su cerebro tan poco lúcido.

Para que todo contribuyera al más absoluto desastre, los habían cogido con las manos en la masa. Los habían visto, seguido e identificado.

La catástrofe era total. Ni siquiera desde su propio punto de vista podía descubrir Yurasov nada que pudiera haberse hecho peor. El sudor le caía por las sienes. Tenía la boca seca. Era incapaz de pensar. Se resignó a lo inevitable, la jeringa. Ya nada de destinos en el extranjero y tampoco trajes bien cortados, no más citas subrepticias con Valya, la esposa de un colega de la que estaba enamorado.

Y todo porque Rolf le había jugado una mala pasada.

Si alguna vez llegara a encontrarle, lo mataría. Rolf había querido jugar con dos barajas, y Yurasov se mantuvo demasiado confiado para comprenderlo. Rolf le había utilizado, había manipulado su ansia de éxito... y él había caído en la trampa.

Transcurrían los minutos. Ni el más leve sonido traspasaba los muros de más de medio metro de grosor de cemento reforzado de los sótanos de la Embajada. No podían oírse voces ni tampoco los timbres de los teléfonos a través de la puerta a prueba de ruidos del despacho del Navegante. Tan sólo se filtraba un leve susurro por los respiraderos de los acondicionadores de aire.

Yurasov pensaba en Rolf y lo que le gustaría poder asesinarlo.

Pero, naturalmente, Rolf sobreviviría. Se le permitiría; se le alentaría incluso a permanecer *in situ*, como un valioso agente con influencia, escribiendo sus artículos, viajando por el mundo, desempeñando el papel de periodista *playboy*. El hombre que lo tenía todo. Aquel pensamiento irritó a Nikolai Tarasovitch hasta lo más profundo de su ser. ¡Por qué diablos había de tenerlo él todo!

Una idea germinó en su mente, una ridícula idea de venganza, de acuerdo con la cual Rolf habría de largarse del país e ir a vivir a Moscú, condenado a pasar el resto de su vida en un mugriento piso, ahogado por la fealdad y la mediocridad. Yurasov saboreaba la imagen. Sería algo realmente irónico. Luego, con un fatigado suspiro le dio de lado. No era el momento de permitirse ideas tan sugerentes.

Tenía que concentrarse en algo más importante, en salvarse a sí mismo.

Un rayo de luz. La pesada puerta giró sobre sus silenciosas bisagras. A Nikolai Andreevitch el corazón se le subió a la boca y empezó a temblar como jamás en su vida.

Se puso en pie esforzándose en andar con tranquilidad sobre la gruesa alfombra y entró en la habitación.

El Navegante se encontraba sentado detrás de su sólida mesa, con las manos

sobre la lustrosa madera, las palmas hacia abajo, inescrutable la expresión de su rostro. Yurasov comprobó sorprendido que en la estancia no había nadie más. También descubrió en seguida que no había jeringa a la vista. Se permitió alentar una leve esperanza.

—El Centro ha ordenado tu regreso —dijo el Navegante.

Se extinguió la esperanza. Yurasov cerró los ojos y se sintió angustiado. Así que ya no cabía duda alguna, iban a evacuarle.

—Sin embargo esta orden no será ejecutada de inmediato. —Yurasov miró sorprendido al Navegante—. Al menos hasta que quede resuelto el asunto del ciento setenta y tres.

—Le estoy en extremo agradecido, camarada coronel —tartajeó Yurasov.

—Ahórrate las palabras. Permanecerás aquí sencillamente para ayudar a solventar esta calamitosa situación.

—Desde luego, camarada coronel.

—El Centro está pensando en sacar de aquí al ciento setenta y tres.

Yurasov estuvo a punto de romper a reír a pesar de lo deprimido que se sentía.

—Se hallan convencidos de que hay que depurarlo. —Inclinándose hacia delante dijo con tono de apremio—: Pero ¿está depurado, Yurasov? ¿Lo está?

Yurasov recuperó su espíritu.

—No hay prueba de ello, camarada coronel. No informó que estuviera sometido a vigilancia. Parecía convencido de que se encontraba libre de toda sospecha...

—Precisamente. Ahora... si podemos demostrarle, si somos capaces de probar que no está siquiera quemado, entonces queda claro que nuestra acción iba encaminada a protegerle y que estaba plenamente justificada. Y entonces...

No necesitó decir más. Yurasov le llevaba ya la delantera.

—Entonces, camarada coronel —dijo Yurasov con extrema cautela—. ¿Estamos en condiciones de dar a ciento setenta y tres todas las garantías de que puede volver a entrar en funciones de nuevo?

—Eso es. Me doy cuenta de que es posible que no siga siendo..., hummm..., tan rentable. Pero, como agente de influencia, seguirá resultando en extremo valioso, y la situación mejorará..., muchísimo.

¿Qué mejoraría? Para Yurasov podía significar la salvación. Y al encontrarse su mirada con la del Navegante, se dio cuenta de que él también estaba pensando en su propio pellejo.

—Hemos de darle todo el apoyo posible —siguió diciendo el Navegante— el aliento necesario para que la situación se normalice lo antes posible. Tranquilícelo, dele cuanto quiera.

—Tendremos que ir con cautela, camarada coronel —dijo Yurasov algo inquieto—. No reacciona bien al control.

—No sugería que le presionase, tan sólo que le alentara.

Yurasov mostró profusamente su conformidad con la prudencia de las palabras

del Navegante. Luego, porque era algo que había de discutirse, se atrevió a hacer una pregunta.

—¿Y si le han descubierto, camarada coronel?

El Navegante no quería ni oír hablar de ello.

—Entonces lo sacaremos. Lo evacuaremos —repuso malhumorado.

—No saldrá de forma voluntaria, camarada coronel. Creo posible que hiciera algo que nos perjudicara.

El Navegante pareció alarmarse.

—¿No habrá puesto eso en sus informes?

—No, camarada coronel, no —se apresuró a decir Yurasov—. Era nada más que una sospecha. Me pareció lo más prudente...

—Sí, sí.

El Navegante se tranquilizó algo. No era conveniente introducir semejantes observaciones en un informe.

—Pero estoy seguro de no equivocarme en mis sospechas. Considera el retiro en Moscú como una opción inaceptable. Creo haber indicado ya en el pasado, camarada coronel, que ciento setenta y tres carece de escrúpulos, no posee auténticos principios. Sería capaz de hacer un trato con los noruegos antes que irse de aquí.

—¡Eso no debe ocurrir!

Yurasov comprendía bien los temores del Navegante. El coronel estaba aterrado ante la posibilidad de un segundo escándalo estando tan reciente el primero. Significaría que también él caería en desgracia.

—Entonces, de ser necesario, ¿le evacuaríamos por la fuerza?

El Navegante le dirigió una extraña mirada como si sospechara los motivos que se ocultaban tras aquel «de ser necesario».

De manera que la imagen que tenía Yurasov de Rolf viviendo en un triste piso de Moscú no parecía, de repente, tan descabellada.

—Pero antes hemos de intentar que salga de nuevo a flote —declaró con firmeza el Navegante.

—Desde luego, camarada coronel.

—Y si logra facilitarnos algo interesante tanto mejor. ¿Me has comprendido?

«Eso sí que es un sueño imposible», se dijo Yurasov. Estaba convencido de que la mujer había sido la única fuente de ciento setenta y tres. Pero desde luego no pensaba decir semejante cosa en esos momentos.

—Muy bien, camarada coronel —se limitó a decir.

El Navegante se frotó los ojos con fuerza.

—De manera que tenemos que restablecer la comunicación.

Yurasov parpadeó.

—Humm..., ¿las comunicaciones? ¿Necesitan reinstalarse, camarada coronel?

—Sí. La línea con la gente de Savin ha quedado cortada. Una medida precautoria.

Yurasov no podía creer lo que oía. ¿Cómo había podido comportarse de manera

tan demencial el Navegante? A pesar de los muchos y detallados informes de Yurasov, el Navegante no había llegado a comprender la naturaleza de Rolf. A éste no le sentaría bien la falta de contacto. Yurasov podía imaginarse su frustración y furia. Incluso podía haber llegado a interpretar mal el silencio..., tomándolo como advertencia. Y era demasiado incómodo imaginárselo.

—Ah..., supongo que eso debe de haberle resultado muy molesto —comentó Yurasov vacilante—. ¿Cuánto tardará la línea en funcionar de nuevo, camarada coronel?

—Un día.

—Humm... ¿No podría ser antes, camarada coronel?

El Navegante lo miró con frialdad.

—Savin ha sido evacuado. Otra precaución. Y también la casa refugio. Se necesita tiempo para volver a ponerlo todo en marcha.

—Desde luego, camarada coronel.

—Necesito que prepare un mensaje para ciento setenta y tres a fin de que sepa que todavía anda usted por aquí preocupándose por sus intereses. Pero usted se quedará aquí, en la Residencia.

Yurasov se puso en pie y se cuadró.

—Sí, camarada coronel.

Salió rápidamente de la habitación antes de que le cedieran las piernas.

Una vez fuera, tres de sus colegas se le quedaron mirando sorprendidos, como si no hubieran esperado volver a verlo.

Yurasov logró esbozar una sonrisa valerosa y mostrarse seguro de sí mismo.

Pero sabía muy bien que aquello era tan sólo un indulto temporal.

Lars Sorensen había pasado toda la noche buscando en sus archivos, y acudió aquella mañana de domingo a echar otro vistazo. Pero sin resultado alguno. Starheim se iba a sentir muy decepcionado. Durante el período en cuestión, no hubo ningún alemán asesinado en Trondheim. Parecía inconcebible que un acontecimiento semejante no hubiera sido registrado, aunque sólo fuera por las terribles represalias de los alemanes cuando mataban a uno de sus hombres.

Consultó otros archivos de diversas ciudades en la región del norte de Trondelag, por si acaso, pero tampoco encontró nada.

La nota de Starheim había sido lo bastante específica. La muerte tuvo lugar en algún momento del otoño o principios del invierno de mil novecientos cuarenta y cuatro cuarenta y cinco, en Trondheim. Dos jóvenes se habían visto implicados y hubieron de huir. Uno, cuyo nombre de pila era, probablemente, el de Peter. Dieciocho años por aquella época. El nombre completo del otro era el de Rolf Berg.

Sorensen enarcó las cejas al leer el segundo de los nombres. Sabía quién era Rolf Berg, solía leer el *Dagens Post*. Su primera reacción fue la de pensar que no podía

tratarse del mismo hombre, pero el pie que Starheim había puesto a su escrito lo confirmaba: Ése es el motivo de que sea tan importante mantenerlo confidencial.

Sorensen tomó nota. Aquello daba al asunto un cariz intrigante.

Y ése era precisamente el motivo de que a Sorensen le irritara tener que declararse vencido, pues era el tipo de desafío al que le gustaba hacer frente.

Pero en aquellos momentos había que pensar en renunciar al trabajo por el resto del día. Su hija y sus nietos iban a almorzar con él y no debía llegar tarde.

Permaneció reflexionando un momento más, con un codo apoyado sobre la mesa y mordisqueándose pensativo los nudillos.

Siguiendo uno de sus impulsos, hojeó su agenda de direcciones, buscando un nombre que no recordaba del todo. Al no encontrarlo, fue a la sección final, donde todos los nombres estaban clasificados por lugares, y encontró lo que buscaba. En el gran libro rojo se hallaban registrados muchos nombres útiles, gentes que habían sido de gran ayuda en el pasado o podían serlo en el futuro, tanto personas que apenas conocía como otras con quienes le unía una buena amistad.

El hombre a quien llamaba había sido alcalde de Trondheim desde mil novecientos cuarenta a mil novecientos cuarenta y dos. Después de los saludos preliminares, el antiguo alcalde se mostró algo ofendido ante la pregunta de Sorensen. ¿Un alemán asesinado en el invierno del cuarenta y cuatro cuarenta y cinco? Claro que no. Lo recordaría, lo habría sabido y, sobre todo, estaría registrado.

¿Y un alemán que muriera por algún motivo hacia esa época? Bien, eso era mucho pedir. Soldados rasos, tropas en continuo movimiento... Pero lo pensaría y le llamaría si recordaba algo.

Sorensen vaciló y estuvo a punto de preguntarle si conocía a Rolf Berg; pero llegó a la conclusión de que incluso alguien tan pedante como el antiguo alcalde sumaría dos y dos, lo que no era en modo alguno conveniente. Así que le dio las gracias y colgó.

A continuación, llamó a un periodista que en cierta ocasión le hizo una entrevista sobre sus trabajos, un hombre que escribía en uno de los diarios de Trondheim. Pero estaba fuera.

Dejándolo por el momento, Sorensen se fue a su casa para almorzar, comió demasiado del excelente pastel de frutas de su mujer, hizo saltar a sus nietos sobre las rodillas, se echó un sueñecillo y, ya anochecido, dio por fin con el periodista.

Era difícil pedir información cuando no se estaba dando nada a cambio, y sobre todo si la pregunta se refería a Rolf Berg, cuyo nombre sin duda conocía el periodista. Allanó el camino diciendo: «Le contaría todo si pudiera; pero la verdad es que no puedo y eso es todo. Pero cuando esté libre de hacerlo, si llega ese momento, usted será el primero en enterarse. Créame.» El periodista rió irónico porque Sorensen ya le había dicho aquello antes. Pero se mostró de acuerdo porque, en cierta ocasión, no hacía mucho, Sorensen le había compensado con una buena historia.

Eran pasadas las once de la mañana siguiente cuando el periodista le telefoneó.

En Trondheim no había el menor rastro de nadie llamado Rolf Berg.

Ni en los archivos escolares, ni en el *Folkeregister*, el registro local de la población.

Rolf Berg jamás había vivido en Trondheim.

Pero, lejos de sentirse desalentado ante aquel descubrimiento, el interés de Sorensen se aguzó. Aquello inducía a un enfoque muy distinto.

Durante el breve respiro del almuerzo, comenzó a trabajar, empezando con la guía telefónica de Oslo. Claro que era posible que *Mr. Berg* no figurara en ella, pero en la sociedad abierta e informal de Noruega, sólo una o dos personas realmente famosas consideraban necesario no aparecer en la guía.

Berg, Rolf. Había tres con ese nombre. Apostó por aquel cuya dirección era la más elegante y luego, para comprobarlo, telefoneó al *Dagens Post*, y alegando que era un abogado que tenía que entregar a Rolf Berg una carta muy importante, pidió que le pusieran con el departamento de personal para confirmar la dirección. Y así lo hicieron. Una carta importante... se aproximaba mucho a la verdad. Él siempre se estaba... bueno... aproximando.

A continuación, telefoneó a un hombre llamado Willy Minge. El hijo de Minge había desaparecido durante la guerra. Sorensen le ayudó a averiguar lo que le sucedió al muchacho... Habían disparado contra él arrojando luego su cuerpo a un fiordo. Pero Minge se sintió agradecido al poder conocer la verdad.

Minge era policía, con la graduación de sargento y muchos años de antigüedad, en los Kripas, la Policía criminal, con base en la comisaría central de Policía de Mollergata.

Minge le saludó calurosamente.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó esperanzado, una vez terminadas las expresiones cordiales.

—Sé que esto es algo fuera de lo corriente —reconoció Sorensen después de haberle puesto al corriente, y añadió luego—: Pero puedo asegurarle, Willy, que no me guía propósito inicuo alguno. Se remonta a la guerra.

—¿No hay forma de que... humm? —la pregunta de Minge quedó flotando en el aire.

—¿De que se pueda seguir la pista? De ninguna manera —declaró Sorensen.

Minge estaba apunto de jubilarse. Era comprensible que no quisiera echar un borrón en su hoja de servicios.

—Lo comprobaré —dijo satisfecho—. Deme una hora.

Sólo necesito veinticinco minutos.

Rolf Berg tenía licencia de conducir extendida a su nombre y con la misma dirección que figuraba en la guía telefónica. Luego Minge leyó los detalles. Fecha y lugar en que fuera extendida, fecha de caducidad. Finalmente, y eso fue lo que excitó a Sorensen, la fecha y lugar de nacimiento.

Bergen. Rolf Berg había nacido el cinco de abril de mil novecientos veintisiete en

Bergen.

Sorensen tomó nota de todo ello y dio efusivas gracias a Minge.

Se dio cuenta de que el tiempo había pasado volando. El descanso del almuerzo había terminado. Debería estar estudiando un difícil caso que la semana próxima se presentaba ante los tribunales. Pero, como le era imposible concebir un plan sin ponerlo de inmediato en práctica, descolgó de nuevo el teléfono.

Sigi era una bulliciosa dama que trabajaba en la oficina local del *Folkeregister*, donde se inscribían nacimientos, casamientos, defunciones, así como también las direcciones actuales y antiguas, ya que era obligatorio notificar los cambios de domicilio. Hacía doce años que Sorensen mantenía un amable flirteo con Sigi, principalmente por teléfono. En aquella ocasión, pasaron un par de minutos intercambiando noticias y preguntándose por la salud de sus nietos respectivos. Luego, Sorensen le hizo su petición.

Ella le aseguró que sería fácil averiguarla. Al fin y al cabo, sólo pedía algo que estaba al alcance de cualquiera.

Sorensen colgó pensando en lo simpática que era aquella mujer y se puso a trabajar. Todavía le pareció más simpática cuando ella le llamó a su vez a las dos y media.

Rolf Berg había nacido el cinco de abril de mil novecientos veintisiete en Bergen. Había asistido a la escuela en esa ciudad hasta mil novecientos treinta y siete. Luego, su familia se trasladó.

«Ah, ahora todo empieza a aclararse», pensó Sorensen.

—Su familia emigró a los Estados Unidos —estaba diciendo con toda claridad la voz de Sigi.

Sorensen estaba atónito.

—¿América? ¿Pero con él? ¿Con Rolf?

—Sí, claro —contestó ella.

Empezó a darle las gracias a Sigi por su ayuda cuando ésta habló en tono más bajo.

—Porque eres tú y pensé que pudiera interesarte, consulté hacia atrás sus direcciones recientes.

Sorensen bajó a su vez la voz hasta convertirla en un murmullo.

—Ah.

—Su ficha se remonta hasta mil novecientos cuarenta y siete. Durante esa época, se ha trasladado dos veces, ambas en el área de Oslo. Antes de eso, o sea, antes del cuarenta y siete, estuvo en América. Solicitó de nuevo, y lo obtuvo, un pasaporte noruego.

—¿Quieres decir que durante la guerra se encontraba en América?

—Así parece.

Sorensen le dio las gracias y colgó. Su mente trabajaba a marchas forzadas. Allí debía haber algún error. Starheim debía de estar equivocado. Y sin embargo... su

carta era tajante.

Si Starheim no se hallara equivocado, entonces...

Bien, en realidad era muy sencillo. Así pues en enero del cuarenta y cinco, Berg había estado en dos sitios a la vez.

Sorensen intentó contener una excitación creciente. Siempre le había gustado un buen misterio.

Meditó a fondo, llegando a la conclusión de que, pese a la petición de Starheim de que lo considerara asunto confidencial, prescindiría algo de tanta cautela.

Hizo otra llamada. Una fría voz femenina le informó que el comandante Thrane no estaba disponible y que probablemente seguiría sin estarlo durante bastante tiempo. Al insistir él, la voz admitió que tal vez fuera cuestión de días. Sorensen dejó un mensaje, ya que no podía hacer otra cosa.

Minutos más tarde y mientras se encontraba sentado tamborileando con los dedos sobre la mesa y preguntándose dónde más podría encontrar la información, su secretaria le anunció que el comandante Thrane estaba al teléfono.

Así que, después de todo, sí que estaba disponible.

—¿Será rápido? —preguntó Thrane con tono impaciente.

Sorensen pudo darse cuenta de su tensión por la voz.

Sorensen formuló su petición.

Hubo cierta vacilación al otro lado de la línea, y supuso que Thrane luchaba contra su curiosidad natural.

—Haré que alguien le llame —dijo finalmente con tono brusco, y colgó de inmediato.

Poco después llegó la llamada. La voz masculina, enérgica y juvenil, se identificó como Jensen, el ayudante de Thrane, anunciando que tenía la información que Sorensen le había pedido.

El abogado supo lo que el joven tenía abierto ante él. Un expediente de servicio militar. Todos los hombres mayores de diecisiete lo poseían.

—Sí... fecha y lugar de nacimiento, Bergen, cinco de abril de mil novecientos veintisiete. Estructura, un metro ochenta y tres; setenta kilos, pelo rubio, ojos azules, ningún rasgo característico —una pausa—. Ah, no hizo el servicio militar. Exento por haberlo prestado durante la guerra.

—¿En la guerra?

—En la Sección de Bombarderos de los Estados Unidos. Dado por desaparecido en octubre de mil novecientos cuarenta y cuatro. —Se oyó el crujir de papeles mientras buscaba más información—. Humm... Eso es todo. Posiblemente lo derribaron o algo parecido. Pero es evidente que su paracaídas funcionó bien. ¿Es cuanto quería?

—Sí. ¿No figurará por casualidad dónde se le dio por desaparecido, verdad?

—No. Pero un bombardero... Tal vez sobre Alemania.

—Sí, yo diría que tiene razón. Muchísimas gracias de nuevo.



Durante diez minutos Sorensen permaneció con la mirada perdida en el espacio. Luego tomó una decisión.

El camino no le llevaba hacia delante, sino que tenía que retroceder por donde había llegado.

## Capítulo XXVII

Un débil sonido susurrante, un murmullo suave aunque siniestro. En un principio Berg no lograba identificarlo. Luego se dio cuenta de que era el viento. Se estremeció un poco. Vaya un lugar...

Se encontraba solo, sentado en la sala de estar, con un vaso en la mano. Hal estaba fuera terminando con ciertas tareas o haciendo algunas cosas propias de los granjeros concienzudos. Arriba crujían las maderas al paso de Ragna que se iba a la cama.

Los tres habían cenado juntos y no fue precisamente una de las cenas más divertidas. Hal tenía todo el aspecto de un hombre dispuesto a volarse la cabeza, Ragna parecía hundida bajo el peso de la culpabilidad como si ella fuera la causante de la enfermedad de los animales. Y los intentos de Berg por entablar conversación no habían encontrado respuesta adecuada.

Se cerró de golpe la puerta trasera y se oyeron pisadas y arrastrar de patas. Entró trotando en la habitación el sucio perro callejero. Al ver a Berg se paró en seco y gruñó, con el pelo erizado y la cabeza baja. Parecía un lobo. Berg encontró sus ojos y apartó la mirada. El perro retrocedió y desapareció. Los perros y él se comprendían a la perfección. Ambos sentían una instantánea y absoluta antipatía mutua.

Entró Hal con expresión desesperada. Con toda seguridad había estado atormentándose contemplado una vez más a los animales muertos. Vaciló un instante y luego, acercándose, se dejó caer en el asiento de enfrente.

—Toma un buen trago —le dijo indolente Berg—. Parece que lo necesitas.

Hal meneó la cabeza; pero Berg, sin hacerle caso, se levantó y le preparó uno. Al principio Hal inició un gesto de rechazo pero luego, con un brusco cambio de actitud, lo cogió.

Berg volvió a sentarse.

—Has recibido un condenado golpe. Podrás sustituir a los bueyes almizcleros.

Hal tenía los ojos clavados en la estufa abierta.

—No pienso siquiera intentarlo.

—¿Ah?

—No criaré más animales.

—¿Tan mal está la cosa?

—Ya lo había decidido antes.

—Ah... ¿Por qué?

Hal hizo un ademán como dando por concluido el asunto.

—No da rendimiento.

Se hizo un silencio.

—Lo siento —murmuró Berg.

Hal apretó la mandíbula con fuerza.

—¿Por qué has venido, Rolf? —le preguntó levantando de pronto los ojos.

—Ragna estaba preocupada...

—No me refiero a Ragna —le interrumpió Hal—. ¿Por qué has venido tú, Rolf? Berg se quedó mirándolo por encima del vaso.

—¿Te preocupaba algo? —insistió Hal—. ¿Algo de lo que quisieras hablar?

Berg no estaba del todo preparado para una confrontación frente a frente.

—¿Hablar? —preguntó en tono inocente—. ¿Te refieres a esa historia de Kaafiord?

Hal saltó bruscamente de la silla como impulsado por un resorte y se dirigió como un rayo al otro extremo de la habitación. Se le oyó abrir y cerrar un cajón y Hal se acercó de nuevo permaneciendo en pie delante de Berg.

Tenía un objeto en la mano. Un par de anteojos de campo, de un blanco desteñido que en tiempo de guerra pertenecieron al Ejército alemán.

—¿No querías por casualidad hablar de esto?

Enarcando una ceja, cogió los binoculares y los examinó indiferente.

«No pienses que voy a admitir nada», se dijo Berg.

—No. ¿Por qué diablos habría de...? —emitió una risa breve—. Hal... me doy cuenta de que estás obsesionado por alguna idea sobre esa cosa, algo que me concierne. Así que, ¿por qué no me hablas de ello?

—¿Los reconoces?

Como tratando de seguirle la corriente Berg, dio vuelta a los binoculares y los observó más de cerca.

—No puedo decir que los recuerde. Pero si tú afirmas que son los... —sonrió ingenuo.

Hal le miró iracundo, debatiéndose a todas luces en una lucha interna.

—Escucha, Hal... es evidente que hay algo que te obsesiona. ¿Por qué no desembuchas?

Cuando finalmente Hal lo dijo, sus palabras fluyeron rápidas y claras y Berg comprendió que las había ensayado.

—¿Los encontraron junto a Jan en Pasvik, Rolf! Estos binoculares fueron entregados junto con sus efectos. Pero no eran suyos. No le pertenecían. Llegaron a sus manos. ¿Cómo te lo explicas? ¿Humm? Cuando Jan partió en dirección a Pasvik llevaba con él un par de binoculares que yo conocía muy bien. Cuando murió tenía dos pares, Rolf. Dos. También tenía un cuchillo extra. ¿Qué crees que pasó? ¿De dónde supones que procedían esas dos cosas?

Permanecía en pie inclinado sobre Berg, temblando a causa de una profunda ira controlada.

Rolf adoptó una expresión de tranquilo asombro, mientras recogía la información. No cabía la menor duda de que la cosa estaba mal. Y al propio tiempo sentía un curioso alivio al haber descubierto al fin lo que su amigo sabía.

Estaba a punto de encogerse de hombros cuando Hal le interrumpió.

—Y no me vengas con esas tonterías de que unos lapones los encontraron. No intentes siquiera decírmelo.

—Pero si fuiste tú quien me lo dijiste a mí, Hal.

—No... Yo intentaba desenfocar el problema.

—¿Quieres decir que no confiabas en mí lo bastante para decirme la verdad?

—Pretendía evitar que supieras que tenía relación con Pasvik.

—Comprendo. ¿Y entonces por qué me lo revelas ahora?

—Los hechos no encajan. No encajan con lo que tú me has dicho.

—Ah. ¿Es ésta una manera de decirme que te mentí?

Una pausa.

—Puede ser. Sí.

Berg rió entre dientes con cierta tristeza.

—¿Y por qué crees que hubiera hecho eso?

La expresión de Hal se hizo cautelosa. Recostándose en su asiento se quedó mirando a Berg largamente.

—Creo que el tercer hombre era tu amigo Petter.

Tenía que ser una suposición, lisa y llanamente. No era posible que lo supiera seguro.

—Pero Petter está muerto —dijo Berg en tono tranquilo.

—Ahora. Entonces no lo estaba.

Berg suspiró con la actitud de un padre ocupándose de un niño que ha sido malo.

—¿Te basta un par de binoculares para llegar sin más a esas increíbles conclusiones?

—No deben ser tan increíbles. De lo contrario, tú no estarías aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no has venido sólo por bondad de corazón, Rolf.

—He venido porque somos amigos. Y porque Ragna estaba preocupada.

—No me vengas con esa historia.

—¿Qué?

—Que no has venido por dar gusto a Ragna.

—Siento un gran cariño por ella.

—No lo creo.

Berg abrió la boca dispuesto a rebatirle; pero luego, encogiéndose de hombros, lo dejó pasar. Se dio cuenta que su silencio era en sí mismo una respuesta.

Pero Hal insistía.

—Aún no has contestado mi pregunta. ¿Cómo es posible que esos binoculares aparecieran entre las cosas de Jan?

Ya era suficiente. Había llegado el momento de mostrarse indignado.

—Muy bien, Hal. Si estás decidido a creer que hay algo siniestro en todo esto, haz lo que te parezca. Pero me niego en redondo a que se me trate igual que si fuera

el malo de la historia. ¿Cómo diablos puedo explicar yo cosas del todo inexplicables? ¿Cómo diablos puedo saber de qué modo llegaron allí los condenados binoculares?

—Sugiere algo. Desvanece mis dudas.

—Y entonces corro peligro de que me llames embustero.

La mirada de Hal era fría como el hielo.

—Inténtalo, Rolf. Trata de desvanecer mis dudas.

—Petter murió en la meseta, Hal —dijo Berg con énfasis.

—¿Es eso cuanto me ofreces?

—Sí. Y maldito si veo alguna razón por la que haya de ofrecerte más.

—¿No la ves? ¿Y qué me dices de Jan y Mattis? —inquirió Hal señalándole con un dedo acusador—. Creo que murieron por culpa de tu amigo.

—¡Santo cielo! ¿Y qué más? —suspiró Berg incrédulo.

—Estoy convencido de que fue una encerrona.

—Estás obsesionado con Pasvik —se mofó Berg—. No has aprendido a vivir con tu propia culpa, Hal. Compórtate como un adulto. Dos hombres murieron. Tú los enviaste allí. Así que... ¡mala suerte!

—Sé que tu amigo es la clave de todo este asunto, Rolf —prosiguió implacable Hal en lugar de tragarse el cebo—. No creo que muriera en la meseta. Imagino que se fue a vivir a Rusia. Es más, no me caben dudas de que tú sabes cuál era su nombre, que lo has sabido siempre.

Berg se puso lentamente en pie.

—Caramba, Hal... yo lo que creo es que tú estás fatigado y demasiado excitado.

Hal se levantó a su vez.

—Y yo que eres un embustero, Rolf —dijo con firmeza.

—¡Nada de eso! —le corrigió Berg con repentina crueldad—. Dejemos esto en claro. No estás diciendo que yo sea un embustero... Lo que afirmas es mucho, muchísimo peor. ¿No es verdad, Hal?

Hal apartó la mirada. Berg olfateó un punto de ventaja.

—Te estás volviendo loco con esa idea tuya. A pesar del tiempo transcurrido, sigues intentando encontrar cabezas de turco. Bien, si quieres una cabeza de turco, te sugiero que busques algo más cerca de casa.

Se hizo una desagradable pausa.

—Descubriré la verdad, Rolf. De una forma o de otra —aseguró con calma.

—¿Y si no la descubres?

—Seguiré intentándolo.

Berg se sintió de repente embargado por la amargura. ¿Qué había hecho para merecer a ese lobo pegado a sus talones? Hal nunca cejaría. Seguiría intentándolo, dando palos de ciego, hurgando hasta lo más hondo hasta sacar a Berg a la superficie.

«¡Maldito seas! —se dijo con encono—. ¿Por qué diablos tenías que cruzarte en mi camino?»

Ragna retrocedió hasta las sombras del rellano de la escalera. Su cabeza era un auténtico torbellino.

De repente escuchó la voz de Rolf mucho más próxima. Se dirigía a la puerta.

Se recogió presurosa la falda del camisón y subió de puntillas sobre el borde de los peldaños para evitar cualquier crujido que revelara a Rolf su presencia. Entró en su habitación, cerró la puerta con sigilo y se metió en la cama.

Permaneció allí rígida, barajando en su mente todo tipo de pensamientos, intentando encontrar sentido a cuanto había oído. Pasvik. ¿Por qué todo el mundo empezaba a hablar de repente de Pasvik? Primero Hal, mencionando a Jan; después... esto.

Era como una pesadilla que se relega al fondo de la mente, casi se da al olvido, y de repente surge de nuevo, tan vivida y horrorosa como siempre.

Acusaciones. Referencias a cabezas de turco y mentiras. ¿Mentiras?

Se sentía confusa y furiosa. También ella se consideraba traicionada. ¿Por qué había sido excluida de todo aquello? ¿Qué era lo que ellos sabían que no querían o no podían decirle?

Y Rolf... ¿Acaso era por eso por lo que había demostrado tanto interés en venir a Brattdal?

Tenía que saber qué estaba pasando. Exigiría una explicación a Rolf.

Pero incluso mientras lo pensaba sabía que no lo haría. No se atrevería. Por una parte, no era probable que le dijera la verdad. Por otra, y de ello se dio cuenta de repente, le tenía miedo.

Trató de amoldarse a la idea. Sí... oculto tras aquel fácil atractivo manipulador, había algo frío y duro, algo implacable...

Se oyó un ruido en la puerta. Se quedó rígida. Hubo un suave clic al hacer girar el pomo.

Rolf.

Sintió que se le paraba el corazón. No quería compartir la cama con Rolf esa noche. Y sobre todo no allí, en Brattdal... Tal vez en parte alguna.

Se acercaba.

Trató de tranquilizarse y respirar de modo acompasado, como si estuviera dormida. Era ridículo encontrarse en aquel estado. Después de todo sólo era Rolf... su amante.

Le oyó desnudarse, dejar la ropa. Luego, sintió su peso al otro lado de la cama, el edredón ligeramente movido y, finalmente, se metió.

Después de acomodarse, permaneció quieto. No la rozó siquiera. Ragna sintió un inmenso alivio. Al cabo de un rato, la respiración de él se hizo regular, con un ritmo tranquilo.

Ragna permaneció despierta largo tiempo, recordando cuanto había oído, intentando encontrarle sentido, tratando de decidir lo que debía hacer.

En su mente surgió la imagen de Hal. Yo nunca te mentaría, Ragna.

Experimentó un ligero alivio. Ya sabía lo que tenía que hacer.

Permaneció quieta durante varios minutos, escuchando la respiración rítmica de Rolf y los sonidos más allá. Aparte del susurro del viento en el alero, la casa estaba silenciosa. A través de las ventanas, con las persianas abiertas, podía verse la tenue luz de las estrellas.

Ragna empezó a moverse con infinita lentitud, primero una pierna, luego un brazo. Finalmente se encontró al borde de la cama. Se detuvo inmóvil. Del otro lado de la cama proseguía tranquila la respiración.

Apartó la colcha con suavidad y bajó las piernas. Poco a poco, se puso en pie, dándose cuenta de que el colchón se alzaba tras ella.

Se detuvo en seco. Algo había cambiado. La respiración ya no se oía.

Se volvió a medias.

Un movimiento repentino. Tuvo un sobresalto.

La voz de Rolf sonó con fuerza en el silencio de la noche.

—¿A dónde vas?

Ragna respiró a fondo al tiempo que reía con ligereza.

—¡Me has dado un susto! —se puso en pie—. Al cuarto de baño. No quería despertarte.

Rolf, alargando la mano encontró su muñeca y la agarró con fuerza.

—Vuelve en seguida, ¿eh?

Latiéndole con celeridad el corazón, Ragna atravesó la habitación, salió y cerró la puerta. Se detuvo guiñando los ojos ante la luz encendida al otro extremo del pasillo, delante de la habitación de Kris.

Frente a ella se encontraba la puerta de Hal. Estaba cerrada. Apartándose de ella, se dirigió a la de Kris. Miró a través de la puerta abierta. Se hallaba profundamente dormido. La puerta que comunicaba con el dormitorio de Hal también estaba cerrada. Vaciló insegura. ¿Tenía tiempo? Se imaginaba deslizándose hasta la alcoba de Hal, despertándolo, explicándole por qué había ido, diciéndole lo que él quería saber, teniendo que repetirlo, que explicarlo...

No halló valor suficiente, por lo que entró precipitadamente en el cuarto de baño y se echó agua en la cara. Cuando salió retornaron sus dudas.

¿Tendría tiempo?

Pensó en Rolf. Estaba esperándola y escuchando.

Ragna recorrió de nuevo el pasillo hasta su habitación.

Se metió en la cama. Él yacía inmóvil en su lado aunque le parecía que estaba despierto. Con una sensación de desesperanza, sabiendo que no podría dormir, cerró los ojos.

Rolf cambió de postura, la cama crujió. Alargando la mano tocó a Ragna. Ella abrió al punto los ojos y se quedó tensa. Rolf se acercó más. Sus labios encontraron la boca de ella, su mano empezó a explorar su cuerpo.

—Estoy cansada, Rolf —dijo riendo levemente.

Rolf levantó la cabeza escrutando el rostro de ella a la tenue luz.

—¿Cansada o... pasa algo, Ragna?

El tono de su voz producía cierto escalofrío.

—¿Que si pasa algo? No, claro que no.

—Bien... —se puso sobre ella—. Bien...

Su boca rozó la suya y luego empezó a recorrerle el cuerpo, explorando con suavidad y destreza.

El cuerpo de Ragna respondió. No podía evitarlo y tampoco estaba muy segura de quererlo. Pero sentía una gran soledad en el corazón, soledad y helor.

Era inútil. No podría dormir más esa noche.

Hal encendió la lámpara de la mesilla y cogió un libro. Leyó algunas páginas dándose cuenta luego de que no había asimilado una palabra. Volvió a dejar el libro donde estaba y miró la hora. Las dos.

Respiró hondo y volvió a apagar la luz. La oscuridad fue dando paso al suave fulgor de las estrellas, y las formas familiares de la habitación se transformaron también en tenues sombras. Afuera el viento susurraba por la fachada de la casa, contenido, pero insistente, acumulando fuerzas.

Era un viento del este. Los pescadores lo comparaban al oso ruso, porque soplaba con frialdad a sus espaldas empujándoles a la mar. Por lo que concernía a Hal, sólo ensombrecía su ya insensible talante.

Tenía la seguridad de que Rolf mentía. Lo sentía, tenía la convicción... De lo contrario, ¿por qué no admitir la posibilidad de que existiera una relación entre Pasvik y el hombre Petter? Si Petter hubiera perecido de veras en la meseta, con toda seguridad, al sentirse morir, hubiera dado a Rolf su nombre completo y su dirección, para que lo pudiera comunicar a su familia. Sí... eso era.

Sólo que no encajaba.

Un crujido. Prestó atención a medias. La casa siempre crujía después de haber apagado las estufas por la noche, o cuando soplaba el viento, o si estaba llena de gente.

Se esforzó por no pensar en la ocupante del dormitorio que estaba frente al suyo. ¿O eran ocupantes, en plural?

Le pareció curioso no sentir ira ante la idea de Ragna con Rolf, sólo un dolor sordo como a veces se siente en una vieja herida.

Lo único que le preocupaban eran las preguntas que Rolf eludía contestar. Comprendía consternado que había logrado una vez más manipularle, eludiendo con agilidad preguntas inquietantes y luego devolviéndole la pelota.

Otro crujido. Esta vez muy claro. En el pasillo.

Levantó la cabeza. ¿Tal vez Kris en busca de Ragna? ¿O alguien que iba al cuarto de baño?



Ya antes había oído a alguno de ellos moverse por allí. Pero eso fue mucho antes. Otro ruido... Un gruñido. Luego, un ligero sonido metálico. Se incorporó rápido, escudriñando con todos sus sentidos en la oscuridad.

Un clic. El pomo de una puerta. El pomo de su puerta.

Sintió asaltarle el temor.

¿... Rolf?

Santo cielo.

Hal rodó hasta salir de la cama, poniéndose con ligereza en pie y, sigiloso, se ocultó al lado del ropero.

La puerta se resistía y luego cedió de pronto con un ligero ruido.

Atisbé entre las sombras.

La puerta estaba abierta y una silueta se destacó iluminada por la luz del pasillo. Luego, penetró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Una figura con un camisón largo y claro.

Hal respiró aliviado.

Ragna.

Empezó a atravesar sigilosa la habitación.

Hal salió de detrás del ropero.

Ragna emitió un sonido entrecortado y, al retroceder vacilante, estuvo a punto de caer.

—No pasa nada —se apresuró a decir Hal—. Soy yo.

Ragna se llevó una mano al pecho y, apoyándose en la pared lanzó un largo suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella temblaba muchísimo. Hal la cogió por el brazo, la llevó junto a la cama y le hizo sentarse.

—Eso es.

Le cubrió los hombros con el edredón.

Ragna pareció recuperarse. Dirigió una rápida mirada a la puerta y luego se volvió hacia él. Su cara parecía traslúcida, casi fantasmal bajo la tenue luminosidad. Los ojos le brillaban suavemente. Parecía irreal.

—¿Querrás decirme lo que está pasando, por favor? —musitó Ragna; tenía la voz sorda y quebrada, y Hal comprendió que había llorado—. Oí todo lo decíais abajo. Sobre Pasvik. Estabais discutiendo. ¿Por qué?

Hal reflexionó para decidir hasta dónde podía decirle sin correr riesgos.

—Creo que es posible que Rolf sepa algo... —empezó a decir eligiendo con cuidado sus palabras— algo que pudiera contribuir a explicar lo que ocurrió. Pero que, por algún motivo, no quiere decirme.

—¿Por qué no?

—Lo ignoro.

—¿Quieres dar a entender que no te lo dice a propósito?

Hal vaciló.

—Es posible, no lo sé.

Ella se quedó mirándole un momento, escrutando su rostro. Luego, con un leve ademán de asentimiento, permaneció contemplando sus manos de manera que el rostro le quedaba oculto entre las sombras.

—He estado pensando mucho sobre lo que me preguntaste, Hal. Sobre la instalación y ese asunto «Delta» —hablaba con esfuerzo.

Hal se quedó muy quieto.

—¿Sí?

Las palabras llegaron con lentitud.

—Fue Rolf.

—¿Qué?

—Me dijo que era el lugar de emplazamiento de una estación de navegación «Delta» para submarinos «Polaris».

Hal necesitó un momento para asimilar aquello.

Rolf.

Aquello fue como un puñetazo en el estómago. Aunque al propio tiempo tuvo la extraña sensación de haberlo sabido todo el tiempo. Se sintió embargado por un cólera fría, seguida de un sentimiento de satisfacción amarga.

¡Te he cogido, Rolf! ¡Te he cogido! Ahora ya no tienes escape. ¡Prueba a salir de ésta!

Y comprendió algo más con repentino sobresalto... Aquella información «Delta»... Thrane lo había dicho con toda claridad. Estaba directamente ligada con Pasvik.

Con ello tenían dos eslabones. Dos.

Rolf era algo más que un embustero. Rolf era...

Pero dudó. No lograba captar del todo la enormidad de lo que Rolf pudiera ser.

—¿Y ahora querrás decírmelo? —musitaba Ragna—. ¿Querrás decirme qué significa todo esto?

Hal se concentró con dificultad en lo que ella le estaba pidiendo. ¿Decirle? ¿Qué podría decirle? ¿Que Rolf estaba relacionado con Pasvik? ¿Que, de alguna forma, Rolf estaba complicado en la muerte de su marido?

¿Cómo podría revelarle eso? Jamás podría hacerlo.

De repente se sintió protector, cariñoso. Rodeándola con un brazo la atrajo hacia sí.

—No lo sé... De veras.

—Pero... seguramente...

—No lo sé, Ragna.

Ella permaneció callada como si comprendiera que era preciso que le mintiera.

A la mente de Hal fluyeron nuevas realidades, tomaron forma, se fortalecieron. Realidades estremecedoras. De manera instintiva apretó el hombro de Ragna. Ella se

agitó.

—¿Querrás no decirle a Rolf que te lo he contado? ¿Querrás?

—Claro. Te lo prometo.

—Ahora tengo que volver.

—No lo hagas.

Ragna se soltó y se puso en pie.

—Más vale que sí.

Hal no podía soportarlo.

—Vete a dormir con Kris.

Ragna se detuvo un instante moviendo negativamente la cabeza. Dio un paso en dirección a la puerta y luego, siguiendo un impulso súbito, se volvió y le abrazó rápidamente, apretando la mejilla contra la de él. Un instante después, atravesaba sigilosa la habitación y abrió la puerta. No volvió la vista atrás.

El joven se echó el rifle al hombro. Era muy ligero, casi igual que un juguete, parecía como si estuviera hecho de madera. Se apretó con fuerza contra el muro y apuntó a la puerta de la casa que había al otro lado de la calle. Esperó. Pasara lo que pasase no debía apartar los ojos de aquella puerta.

Luego, con el siguiente fogonazo de consciencia, se encontró en la situación contraria, sin concentrarse en absoluto. Buscaba la puerta que se suponía había de vigilar pero, de manera curiosa, había quedado oculta por unos árboles bajos cubiertos de nieve. Intentó moverse, pero descubrió que estaba profundamente hundido en la nieve. Bajo el impulso de una penosa sensación de frustración fue abriéndose camino a lo largo del muro hasta que la casa volvió a aparecer.

Casi llegaba tarde. La puerta se estaba abriendo.

Presa de pánico, tanteó en busca del rifle que sin saber cómo, se le había caído en la nieve. Era todavía más ligero que antes y parecía haberse encogido.

El hombre que iba a matar caminaba ya sendero abajo. Intentó apuntarle; pero andaba demasiado de prisa y, por más que lo intentaba, el cañón del rifle no lograba fijarse en aquella figura en movimiento.

Una mujer apareció en el umbral. Todo se hizo más lento. El hombre del sendero se detuvo, volviéndose interrogante a la mujer, la cual le estaba diciendo algo.

En ese momento la imagen era excepcionalmente vivida. Apuntó al centro de la espalda ancha y redondeada del hombre, entre los hombros, y debajo de aquel cuello de toro con su ridículo sombrero.

Cuello de toro. Un animal. Una bestia para el matadero.

Ahora. Tenía que hacerlo ahora.

La mujer retrocedió hasta las sombras del interior. El hombre del sendero se volvió de nuevo hacia él.

Ah. Ya podía hacerlo. Había sido culpa de la mujer, fue ella quien se lo impidió.

Apuntó con nueva concentración.

El hombre se iba acercando a la verja.

Ahora.

Apretó, el gatillo cedió bajo la presión, el arma se disparó... ¡Lo había hecho!

¿De verás lo habría hecho?

Ningún ruido. Sólo el silencio más absoluto. Bajó la vista al rifle que tenía entre las manos... se había convertido en una pistola de madera, en un juguete. Sin embargo, el hombre había caído. Sí... no había lugar a dudas. Yacía allí, encogido sobre la nieve.

¡Lo había hecho! Sintió una alegría salvaje al tiempo que un inmenso alivio, como si de su vida hubieran apartado un horrible infortunio y ya nada le impidiera volver a ser por siempre feliz.

Riendo, volvió la cabeza hacia Petter, pero éste había desaparecido.

De repente se encontró tumbado boca abajo sobre la nieve, a pesar de que un momento antes se hallaba en pie.

Luego, descubrió horrorizado que no podía moverse; sus miembros parecían de plomo. Un terrible peso le hacía hundirse cada vez más. Alguien estaba en pie sobre su espalda.

Intentó mirar en derredor suyo. Recibió un fuerte golpe en la cabeza con algo duro. No experimentó dolor, sólo un recuerdo del dolor. Pero lo que sí sintió fue una punzante y nauseabunda humillación; aquello era siempre real... una dolorosa vergüenza le desgarraba las entrañas. Y lo que le repugnaba era que no podía dejar de llorar igual que un niño, de una forma ruidosa y patética que le resultaba odiosa. Gemía sumido en lágrimas.

Finalmente fue capaz de volver la cabeza.

Su padre se encontraba en pie junto a él, con la mirada baja y un largo látigo de cuero en la mano.

—¡Pero si acabo de matarte! —gritó el joven.

Su padre se rió con sorna, y con las facciones contraídas por el placer; levantó el látigo.

El muchacho se sintió invadido por una terrible y cegadora furia y entonces supo que lo mataría con sus propias manos.

De modo desesperante la visión se desvaneció. Estuvo a punto de ahogarle la frustración. ¡Quería acabar con él de una vez por todas!

Se introdujo un sonido extraño, llegaba de lejos, de muy lejos.

En alguna parte de su inconsciencia, percibió que aquel ruido le estaba trasladando hacia la realidad, que si se concentraba en él se despertaría. Se aferró a aquella posibilidad y, luchando por abrirse camino en la oscuridad, fue alzándose más y más hacia la luz. Finalmente adquirió consciencia de golpe.

Abrió los ojos.

Horrible. No había tenido un sueño así desde que...

De repente recordó el sonido extraño.

Y volvió la cabeza en la almohada.

Ragna no estaba allí.

Se sentó aguzando el oído. Evocó de nuevo el sonido intentando localizarlo. ¿El crujido de una tabla del suelo?

¡Sí! Ragna yéndose de puntillas, escabulléndose a espaldas suyas.

¿Para reunirse con Hal? Sólo podía tratarse de Hal.

Bien. Pondría fin a eso.

Estaba a punto de salir de la cama cuando se oyó de nuevo el ruido. Un crujido. Alguien que andaba por el pasillo. Rolf se quedó quieto, tenso como un muelle estirado.

Se abrió la puerta. Rolf se echó hacia atrás apoyado en un codo.

Entró Ragna, una figura alta y delgada en camisón. Volvió a cerrar. Empezó a avanzar con sigilo hacia la cama y, al verle, emitió una leve exclamación.

Rolf no dijo nada.

—Estás despierto —comentó con nerviosismo al tiempo que se metía en la cama—. Fui a ver a Kris. Tenía una pesadilla.

¿Esperaba Ragna de veras que se lo creyese?

Berg no pronunció una palabra. Era inútil.

Estaba mintiendo, él sabía que mentía.

Volvió a echarse y empezó a pensar a fondo.

## Capítulo XXVIII

A Sorensen le despertaron unos fuertes calambres en la pierna derecha. Aparte de la poca luz que se filtraba por debajo de la puerta, estaba oscuro como boca de lobo y vislumbró a duras penas las manecillas luminosas de su reloj para saber que ya era de mañana.

Bajó al suelo las piernas rígidas y llegó a la conclusión de que ya iba siendo hora de que utilizara un diván más largo. No era la primera vez que pasaba una incomodísima noche en la oficina.

Entró en el lavabo para una rápida limpieza y afeitarse la maraña de su barbilla. Eran las siete. Aún disponía de una hora hasta la llegada del personal.

Otra hora para encontrar... ¿el qué?

La noche anterior había pasado cinco horas repasando sus archivos, interrumpido sólo un momento por la breve aparición de su mujer para llevarle unos emparedados. Finalmente, a las dos de la madrugada, se dio por vencido.

Había logrado comprobar que, durante el invierno en cuestión, se produjeron de cuando en cuando escaramuzas entre alemanes y guerrilleros, entre patrullas de montaña y jóvenes que evadían los campos de trabajo. Pero ¿un auténtico asesinato? Había repasado todas las ciudades importantes, incluida Bergen y también todas las pequeñas, en busca de pruebas; pero, aparte de las actividades habituales de la Gestapo, los arrestos repentinos, la crueldad indiscriminada, nada había que encajara.

No logró sacar nada en limpio.

Y sin embargo... sin embargo...

Se sentía incapaz de abandonar. Estaba en ascuas por hablar con Starheim, por ver si él podía aclarar el asunto. La noche anterior había tratado por dos veces de establecer comunicación con Tromsø, pero sin tener contestación. Ahora lo intentaba de nuevo. Había un montón de clics en la línea y las telefonistas le decían que estaban intentando comunicarle. Finalmente, una voz le había informado que la línea estaba ocupada y ¿sería tan amable de llamar más tarde?

Sorensen volvió a sentarse. En el fondo de su mente había estado adquiriendo forma una leve aunque persistente idea y ahora empezaba a analizarla. Era una posibilidad tan remota que, en circunstancias normales tal vez la hubiera ignorado. Pero el misterio de la carrera militar de Rolf Berg resultaba en exceso interesante para darle de lado.

Consultó su reloj. Las siete y media. Podía dedicar aún media hora. Luego, de manera ineludible, tenía que trabajar algo en el nuevo caso. Había de celebrarse una reunión importante al respecto a última hora de esa mañana.

A riesgo de provocar la irritación del antiguo alcalde de Trondheim volvió a telefonearle.

El alcalde le dijo que no había recordado ninguna otra muerte de alemanes durante aquel invierno, asesinados o por cualquiera otra causa.

Sorensen le hizo su nueva pregunta: ¿Se encontraron en dificultades otros dos jóvenes alrededor de esa época? ¿En dificultades por cualquier motivo, bien con los alemanes o con la Policía local?

Estuvo a punto de darle los dos nombres de pila pero lo pensó mejor.

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea, un gruñido y una respuesta vacilante.

—Bueno... hubo algunos de ellos que se fueron a las montañas. Ya sabe, para evitar el servicio obligatorio de trabajo.

—Sí, claro. Pero ¿qué me dice de otro tipo específico de dificultades? Debían tener alrededor de dieciocho años.

—¿Qué clase de dificultades? ¿Se refiere a asesinar a un alemán?

—No, olvídense de eso. He debido interpretarlo mal. Olvídelo por completo.

—Ah —otra pausa—. Hummm... Bien, habré de pensarlo.

Sorensen solía mostrarse paciente.

—Desde luego. Entre tanto tal vez lo intente con la Policía. Pero gracias de todas maneras. Le estoy muy agradecido.

—Espere... —el tono de voz del alcalde parecía un poco resentido, pues quería ser él quien ayudara a Sorensen, no la Policía—. Déjeme pensar... —se hizo un silencio hasta el punto de que Sorensen empezó a sospechar que se hubiese cortado la comunicación—. Hubo algo —dijo finalmente—. Un muchacho. Y su amigo.

—¿Sí?

—Desaparecieron aquel otoño.

—¿Por qué motivo?

—Bueno... El padre del chico era un colaborador. Al muchacho aquello le había hecho la vida muy dura. Era una ciudad pequeña y en la escuela... me imagino que no le dejarían olvidarlo.

—¿Cómo se llamaba?

—El padre... se llamaba Carl Blakstad.

Sorensen se preguntaba si tendría a ese Blakstad en los archivos.

—¿Y el nombre del muchacho? —preguntó ansioso.

Una pausa.

—Hummm... Necesito un momento para recordar. Hace ya quince... no, dieciséis años.

—¿Tuvo problemas el hijo?

—Corría un rumor, un cuchicheo... la mayoría de la gente no lo creyó; algunos sí lo creyeron, pero mantuvieron la boca cerrada para proteger al chico.

—¿Sí?

—Bueno... se apuntaba que el chaval había vuelto para matar a su padre.

—¿Y lo mató?

—Disparó contra él. Un día cuando salía de su casa. Nadie lo sintió demasiado, créame. El hombre era un animal. Bien educado, creo que era abogado. Pero de mala ralea. Muy mala. Como quiera que fuese murió por disparos. Los alemanes nunca llegaron a descubrir quién le había matado; aunque, por otra parte, nunca se preocuparon demasiado por los colaboradores. Además no puedo imaginar que les fuera de mucho provecho. Quiero decir que todo el mundo sabía que era un colaborador y se mantenían apartados de él.

—¿Pero dice usted que fue el muchacho? ¿Que el chico volvió y lo hizo?

—Bueno, no quisiera afirmarlo sin reservas. Si la memoria no me engaña, desapareció unas semanas antes de que dispararan contra su padre. Si regresó... bueno, nunca hubo nada que lo avalara. Tan sólo un rumor. Aunque ya sabe cómo es la gente... tienen cierta manera de saber las cosas.

—¿Qué fue del joven?

—¿Después? No sabría decírselo. Desapareció.

—¿Jamás volvieron a verlo?

—Jamás. Como tampoco a su amigo.

—Ah... ¿Cómo se llamaba?

—Eso sí que lo recuerdo. Axelsen. Se llamaba Petter Axelsen.

Petter. Sorensen experimentó un leve estremecimiento de excitación.

—¿Y sigue sin recordar el nombre de Blakstad?

—Espere, déjeme pensar... Ah, un momento. Algo así como... Ah. Sí, creo que era Roar. Pero se le conocía como Raf, no sé por qué. Sí, eso es... Raf Blakstad.

Tan pronto como hubo colgado, Sorensen se precipitó a la sala de archivos, dirigiéndose a uno de los correspondientes a las fichas de comprobación. El de Criminales de Guerra: Muertos. Allí no figuraba Blakstad. No era de extrañar. Aun cuando en el índice figuraban los nombres de muchos colaboradores, se trataba de gentes que habían cometido delitos graves de traición, conducentes a detenciones y muertes. Era evidente que Blakstad no pertenecía a ese tipo.

Lo intentó con los voluminosos archivos de personas desaparecidas.

Blakstad...

Bajo sus dedos pasaban rápidas las fichas, impacientes por alcanzar el premio.

Allí estaba.

Blakstad, Roar. Lista oficial de personas desaparecidas: Trondheim, *Folkeregister*. Dado por desaparecido en junio de 1945. Certificada su desaparición en junio de 1946. Visto por última vez en setiembre de 1944.

En la ficha no figuraba nada más. Ninguna observación. Ninguna nota de la Cruz Roja.

Y ninguna solicitud de información por parte de la familia. Cerró de golpe el cajón y abrió el de arriba marcado As.

Sí, allí estaba también el otro.

Axelsen, Petter. Pero la familia de Axelsen sí que había investigado, porque



figuraba una referencia de la Cruz Roja.

Le llegaron ruidos de la oficina contigua.

—Buenos días —dijo en tono alegre su secretaria asomando la cabeza por la puerta.

Eran las ocho. Intentó comunicar de nuevo con el número de Tromsø. Al cabo de varios minutos contestó una voz tosca de hombre viejo, diciendo con brusquedad que tomaría el mensaje. Sorensen recordó que Starheim le había dicho que el teléfono se encontraba a cierta distancia de la casa.

Reflexionó sobre lo que debería decir, llegando a la decisión de que pondría en él lo más que le fuera posible. ¿Por qué no? Empezó a dictar. En la línea se oyeron toda serie de ruidos, casi esfumándose, un tenue eslabón de mil doscientos kilómetros con el norte helado. La voz del viejo repitió el mensaje palabra por palabra y colgó con la promesa de que los transmitiría antes de una hora.

Siguió pensando en Rolf Berg. ¿Estaba siguiendo el buen rastro? ¿Se ría posible que Berg fuera en realidad el mismo hombre que Raf Blakstad?

De ser así, era posible que el tipo hubiera querido cambiar de nombre... cualquiera lo hubiera hecho con un padre colaboracionista. En Noruega la gente tenía recuerdos imperecederos de ese tipo de cosas.

Sí, resultaba comprensible el cambio de nombre.

Pero si los dos hombres fueran uno solo, no era únicamente el nombre lo que se había cambiado... sino toda su identidad. Y tampoco había elegido una identidad falsa... Había adquirido una verdadera.

Ahora el interrogante era: ¿Cómo pudo arreglárselas para hacer algo tan difícil?

Berg salió sigiloso del dormitorio, y prestó oído atento. Desde abajo, de la cocina, llegaba de tanto en tanto un ruido, débil y ahogado. Se dirigió de puntillas al cuarto del niño y escudriñó el interior. Sobre la almohada era visible una pequeña cabeza oscura.

Abajo arrastraron una silla, le llegó el murmullo de una voz.

Hal. Hablando consigo mismo. O con el perro.

Berg se obligó a esperar. Su paciencia se vio pronto recompensado. Abajo se abrió una puerta y luego se cerró. Finalmente reinó el más absoluto silencio.

Se dirigió a una ventana trasera y atisbo en la oscuridad. Una figura bien abrigada, de un gris apagado sobre la luminosidad pálida de la nieve, se dirigía hacia el establo con el perro pegado a sus talones.

No había tiempo que perder. Berg se dirigió rápido a la habitación del niño. Al llegar junto a la cama el chiquillo levantó la cabeza, parpadeando somnoliento.

—Hola, Kris —dijo Berg, tratando de mostrarse cariñoso—. Mamá está descansando pero me ha pedido que te lleve a dar un paseo.

El chico le miró suspicaz.

—Vamos a ir a ver a Arne —aseguró con firmeza Berg—. No te preocupes, estaremos de vuelta para la hora del desayuno.

El niño se sentó frotándose los ojos. Berg cogió alguna ropa de una silla y se la arrojó. El pequeño no se movió.

—Venga, vamos —dijo Berg con tono cariñoso—. Mamá quiere que vayas en seguida.

El chiquillo empezó a moverse con lentitud exasperante. Berg esperaba impaciente mientras Kris resoplaba y jadeaba quitándose el pijama y luchaba con la camisetas, los suéters, los calcetines y el mono enguatado. Estaba perdiendo demasiado tiempo. Con un suspiro de exasperación, Berg lo puso en pie sobre la cama y terminó de vestirlo con brutal eficiencia.

Al meter el último suéter a la fuerza por la cabeza de Kris, a éste empezó a temblarle el labio inferior.

—Quiero quedarme aquí con mi mamá.

—Ya te lo he dicho, está durmiendo y no quiere que la despierten.

—¿No puedo ir con el tío Hal?

—Está afuera con los animales. Me pidió como un favor especial que fuéramos a casa de Arne en su lugar, para ver si había algún mensaje. Dijo que era muy importante.

El niño casi parecía convencido. Aprovechando el momento, Berg lo condujo de prisa abajo. Perdieron minutos preciosos poniéndose las botas, los anoraks, los guantes y los gorros; pero, finalmente, ambos estuvieron preparados.

Berg salió presuroso por la puerta principal, arrastrando tras de sí al niño con tal prisa que los pies de Kris apenas tocaban la nieve. El viento azotaba la cara descubierta de Berg, que avanzaba con la cabeza baja a modo de protección. Echando un vistazo hacia atrás, vio que se había encendido la luz del dormitorio del ala derecha. De manera que Ragna estaba despierta. Se daría cuenta de que Kris no estaba y supondría que se encontraba con Hal. No descubriría su error hasta que Hal regresara; pero, con un poco de suerte, tardaría. Y entonces representaría su papel de gallina clueca y buscaría al niño por todas partes.

Lo que desde luego no haría sería sentarse tranquilamente y mantener una charla íntima con Hal sobre Berg.

Kris. Su póliza de seguro, pequeña pero tranquilizadora. Apretó con más fuerza la mano del chico.

El sendero se hizo más empinado y helado. Berg resbalaba. Al levantar el brazo para recuperar el equilibrio, alzó a Kris en vilo. El niño cayó de bruces sobre la nieve; Berg lo levantó y después de sacudirle la nieve de la cara, empezó a descender de nuevo la colina. El chiquillo gemía y lloriqueaba, siguió trotando un momento y luego se detuvo en seco llorando.

—No quiero ir. ¡Quiero volver con mi mamá!

Berg maldijo entre dientes. No estaba de humor para habérselas con un crío

mimado.

—Vamos, adelante. Pórtate como un buen chico —le dijo en tono alegre haciendo un esfuerzo supremo—. Se lo prometimos al tío Hal, ¿recuerdas?

El niño se puso de nuevo en marcha, aunque reacio y lloriqueando ruidosamente. La casa del viejo parecía estar muy lejos. El viento era gélido y penetrante. A Berg se le introducía por el cuello y tenía la cara helada. Hubiera podido soportarlo si la voz del niño no se hubiera convertido en un agudo gemido. Una furia terrible oprimió la garganta de Berg y trató por todos los medios de no gritar al pequeño.

Finalmente, temblando de rabia, levantó bruscamente a Kris en el aire, y apretando los dientes le sentó sobre sus hombros. El niño se tranquilizó.

De repente aguzó los cinco sentidos. Algo se había movido delante de ellos. Una figura. Dirigiéndose hacia ellos, con la cabeza baja y pateando pesadamente por la nieve.

El viejo.

Se cruzaron.

—Ahora iba telefonar —dijo Berg.

Kris, lloriqueando intentó desasirse tendiendo los bracitos a Arne.

Antes de que el viejo pudiera decir algo, Berg apresuró el paso.

—No pasa nada, Kris. No debes tener miedo a la oscuridad —dijo en voz lo bastante alta para que le oyera el viejo.

El niño forcejeaba, golpeando con los pies el pecho de Berg al tiempo que prorrumpía en fuertes sollozos. Rolf podía sentir los ojos del viejo clavados en su espalda.

—¡Cállate! —siseó Berg apretando los dientes y sujetando con fuerza los tobillos del niño contra su pecho.

Al cabo de un rato Berg se arriesgó a volver la cabeza. El viejo había seguido andando.

Poco a poco, el niño fue quedando en silencio y tan sólo se oía el ruido sordo de las olas al romper en la playa y el silbido del viento.

Llegaron al fin a la casita de una sola planta del viejo. Berg entró pateando y depósito al niño en el suelo. El chiquillo se soltó y, corriendo a la cocina cerró la puerta de golpe. Berg se fue directamente a la sala de estar en busca del teléfono.

Levantó el auricular, escuchó y maldijo entre dientes. Se oían voces en la línea, hablando lentamente y de manera incomprensible en un duro dialecto.

—¡Qué diablos...!

No le faltaba otra cosa. Una línea general. El día anterior no había caído en la cuenta.

Berg colgó el auricular y esperó, descolgándolo de cuando en cuando. La conversación se prolongaba. Al final estalló impaciente.

—¡Dejen libre la línea! ¡Hay gente esperando!

Las voces callaron un instante y, ante la incredulidad de Rolf, reanudaron su

exasperante charla como si nada. Lo estaban haciendo adrede. Berg no podía creerlo aunque, por otra parte no le sorprendía. Era el tipo de comportamiento que cabía esperar de campesinos nortños.

Al cabo de un rato, las ronroneantes voces intercambiaron adioses interminables y callaron. Berg hizo sonar el teléfono hasta que, por último contestó la telefonista. Le dio el número de emergencia en Oslo. «Al fin», se dijo.

Al cabo de lo que parecía una eternidad, se estableció la comunicación y sonó la llamada. Berg esperó rígido.

Siguió sonando el timbre impertérrito, un sonido largo y solitario. Era evidente que no iban a contestar.

Volvió a accionar la horquilla al tiempo que hojeaba rápidamente su agenda de direcciones.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Contestó de nuevo la telefonista con tono condescendiente, como si le estuviera haciendo un favor. Esforzándose por mostrarse cortés, Berg le dio el número de la oficina Novosty.

Todavía no eran las ocho. ¿No sería demasiado pronto para ellos?

Contestó una voz femenina. Berg pidió que le pusieran con Alex.

Hubo una pausa.

—No trabaja aquí —dijeron al cabo.

Berg tuvo una sensación desagradable en el estómago.

—¿Qué quiere decir?

—Que ha sido trasladado. ¿Hay alguien más con quien desee hablar?

—¿Trasladado? ¿A dónde ha ido?

—A otro destino. Gracias por interesarse.

Se escuchó un clic en la línea y Berg comprendió que había colgado. ¿Cómo podían hacerle a él eso? Pero, pensándolo bien, sabía que, sin duda, podían hacérselo.

«Muy bien —se dijo furioso—, si ése es el juego que quieren.»

Volviendo a consultar en su agenda de direcciones la lista de Embajadas y Consulados, seleccionó otro número.

Accionó la horquilla. Nada. Lo intentó de nuevo. ¿Dónde demonios estaba la telefonista? Siguió llamando sin parar.

—¿Sí? —preguntó con frialdad la empleada.

Pasaron siglos antes de que le diera la conexión, y cuando por fin lo hizo le informó que estaba comunicando. Le dijo que si quería volvería a intentarlo dentro de unos minutos.

Berg vaciló. ¿Sería en definitiva prudente hacer aquella llamada?

Se escuchó a sí mismo pidiendo por favor que lo intentara de nuevo.

Mientras esperaba encendió un cigarrillo y dio una vuelta por la casa. El recorrido no exigió demasiado tiempo. Había cuatro habitaciones pequeñas y, detrás de la quinta puerta, unos escalones oscuros que conducían al sótano, que no se molestó en

examinar. En la cocina, el niño se encontraba sentado a la mesa mordisqueando un trozo de pan.

—¿Estás bien? —le preguntó Berg sonriendo.

Kris lo miró con unos inmensos ojos redondos, temblándole resentido el labio inferior.

El teléfono sonó con una especie de clave. Dos llamadas largas y una corta. Debía de ser para él.

Berg entró rápido en la sala de estar descolgando al punto el aparato.

La telefonista le anunció que le ponía su comunicación. Contestó una fría voz masculina.

Incluso en el mismo momento en que Berg preguntaba por Niki tuvo una premonición, una escalofriante certeza de lo que iba a oír, de manera que cuando llegaron las palabras de la respuesta fueron como un eco.

—El segundo secretario Yurasov está con permiso. ¿Quiere que le ponga con el tercer secretario de Comercio?

Berg trató de saber lo que aquello significaba sin lograrlo.

—¿Hola? ¿Hola? —dijo la voz.

Berg estuvo a punto de colgar, pero algo le hizo detenerse.

—Tengo un mensaje —dijo con brusquedad—. Que Harri ha llamado. Harri ha llamado. ¿De acuerdo?

Colgó presuroso el teléfono y permaneció allí sentado largo rato, con los ojos clavados en la pared.

Se formó una teoría. Niki y sus colegas debieron haber descubierto lo de Sonja. Averiguaron que no se trataba de una simple funcionaria. Pero, claro, aquello no podía tener tanta importancia. Sobre todo cuando su seguridad estaba en peligro. Sin duda alguna él era más importante que Sonja en todos los conceptos.

Bien, les había mentado... ¿Y qué? Eso no era motivo para que se desentendieran de él.

Condenados idiotas.

Pero entonces tuvo otra idea. Acaso el silencio fuera un aviso. Un aviso de que se mantuviera alejado durante un tiempo.

Esa idea le puso en guardia.

Sólo había una explicación posible para que ellos quisieran advertirle, la única cosa que podía haber ocurrido.

No se habían ocupado de Sonja. Y ella había hablado...

Empezó a embargarle el miedo, erosionando su confianza. Sabía que tenía que alejarse de allí. Aquel lugar empezaba a parecerle más una trampa que un santuario seguro.

Entró en la cocina. Al verle, el niño se levantó de un salto y se refugió en un rincón.

Berg apretó los labios.

—Venga, muchacho, nos vamos.

En la otra habitación sonó el teléfono.

Berg vaciló.

Reconocía la secuencia. Dos largos y uno corto.

Dio bruscamente media vuelta y volvió a la sala de estar.

—¿Sí? —dijo una vez hubo descolgado el auricular.

—¿Está ahí el comandante Starheim?

—No.

Una pausa.

—¿Pero se encuentra en Revoy?

—Sí.

—Entonces, ¿puedo dejarle un mensaje? Habla el comandante Thrane.

Berg sintió por la espalda un leve escalofrío de alarma. ¿Thrane? Conocía el nombre.

—Desde luego —contestó con calma.

—¿Con quién hablo? —el tono se hizo de repente cauto.

Berg imitó un acento norteno.

—Con un amigo de Arne.

—Ah. —La voz pareció tranquilizarse algo—. Bien. Haga el favor de decir a Starheim que necesito desesperadamente la información que me prometió. Que, por favor, me llame a la oficina tan pronto como le sea posible.

—Se lo diré.

—Ah, y dígame que es aún más importante de lo que era antes.

—De acuerdo.

—Y... —una vacilación—. Dígame..., dígame que por mi parte estoy haciendo aquí cuanto me es posible.

Berg colgó el teléfono muy despacio. Se había quedado frío.

Thrane... Ya sabía a quién pertenecía ese nombre.

Sonja lo había mencionado varias veces.

El comandante Thrane pertenecía al FO/E. El comandante Thrane trabajaba en contraespionaje.

... *Necesito desesperadamente esa información.* «Apuesto a que sí», se dijo Berg.

De manera que, en definitiva, Hal no trabajaba solo. Hal estaba trabajando con el FO/E.

Aquella constatación le cayó a Berg como un cántaro de agua helada.

Pero de inmediato le acudió la idea tranquilizadora de que Hal aún no había entregado esa información.

Entonces comenzó a actuar con rapidez, corriendo al vestíbulo, registrando las estanterías, abriendo los armarios y escarbando en los rincones. Nada.

Pero al menos tenía que haber una.

Lo intentó luego en la cocina, haciendo caso omiso del niño, buscando en

derredor como un demente. ¡Ah! Soltó una leve exclamación de triunfo.

Allí, detrás de la puerta. Sujetos con abrazaderas a la pared. Una escopeta y un rifle. Cogió el rifle, un «Lee Enfield» trescientos tres, y luego empezó a buscar sobre los armarios y por los cajones hasta encontrar la munición. Se llenó los bolsillos y, cogiendo con una mano el rifle, aferró con la otra al niño que se resistía.

—Vamos. Volvemos con mamá.

Thrane recorría la habitación impaciente.

¿Recibiría Starheim el mensaje? Y lo que era más importante, ¿tendría la información? ¿Le habría dado tiempo de obtenerla?

No había otra alternativa que esperar y ver.

Pero se les estaba agotando el tiempo. Un día más y luego... Luego los dos estarían en aprietos.

Se abrió la puerta y alguien entró sin llamar. Eso sólo podía hacerlo una persona. Ekeland.

La expresión del jefe de Seguridad era grave, la que reservaba siempre para los momentos trascendentales. Thrane sintió caérsele el alma a los pies.

—Acaso le interese saber —empezó diciendo Ekeland— que, en este preciso momento está subiendo un ruso a un vuelo de «Aeroflot» con destino a Moscú. Un miembro del personal de Novosty en Oslo. Su nombre es Aleksander Savin. Fuertemente custodiado y fuertemente drogado.

—¿Savin? —El nombre parecía sonarle.

—GRU, según el FO/S.

—¿Podría ser...?

Ekeland ya estaba negando con la cabeza.

—No, a menos que ella nos mintiera. No es rubio ni tiene ojos azules. Lo que sí tiene es un fuerte acento ruso.

Thrane no estaba demasiado decepcionado. Era difícil pensar que el amante de Sonja fuera un ruso plenamente acreditado.

¿Pero por qué enviaban a casa a aquel tipo caído en desgracia? Debía de estar implicado en algún desaguisado, y sólo podía tratarse de uno. La muerte de Sonja.

—Apuesto cualquier cosa a que ese individuo ordenó la muerte de Sonja sin autorización previa —dijo siguiendo en voz alta el curso de sus pensamientos—. O sin tener en cuenta su importancia. Ignorante de lo mal que nos sentaría.

—Eso es pura conjetura. No hay pruebas —dijo Ekeland.

Thrane no podía rebatírsele. Maldición, y mil veces maldición. Tuvo la impresión de que la madeja de las conexiones se iba devanando y que se alejaban de él a modo de serpientes por la hierba.

—La sincronización podría resultar significativa. ¿No cree? —observó Ekeland enfático, y Thrane comprendió que se disponía a exprimir hasta la última gota de su

sugerencia, cualquiera que fuese—. Cabría pensar que se les ha puesto en guardia.

—Otra conjetura. No hay pruebas —bromeó Thrane.

Ekeland se humedeció los labios como saboreando de antemano un triunfo guardado en la manga.

—En modo alguno si lo relacionamos con la llamada telefónica que se hizo ayer desde la isla de Revoy...

Thrane se quedó helado.

—... La llamada se hizo a un número de Oslo. Seguimos el rastro. El teléfono pertenece a un apartamento que recibe con frecuencia la visita de ciudadanos soviéticos. De hecho, según el FO/S, se trata de una casa refugio. —Ekeland hizo una pausa buscando la fuerza del impacto—. Una de las personas que más visitaba el apartamento era un miembro del personal de Novosty.

Thrane cerró los ojos.

Ekeland puso fin a su exposición con tono triunfante.

—Y el FO/S nos dice que ese miembro del personal de Novosty era el ayudante del llamado Aleksander Savin.

Thrane necesitó un momento para asimilar aquella noticia. Luego se dejó caer en una silla, exento de toda emoción salvo la de una profunda confusión.

Increíble.

Starheim. Precisamente él.

Al cabo de un rato Thrane levantó los ojos hacia Ekeland.

—De acuerdo —dijo con voz cansada—. Tenía usted razón y yo estaba equivocado... Dios mío, yo... Pero ¿querrá dejarme ir allí? Déjeme ir a Tromsø. Quiero ser yo quien lo traiga aquí.



## Capítulo XXIX

Las cabras, al menos, seguían vivas. Hal no tenía idea de si en realidad le importaba o no. Cerró la puerta del establo y cubriéndose la boca con el pasamontañas, inició el regreso a la casa.

El viento soplaba ascendente por la colina, levantando duras partículas de nieve que se estrellaban contra su ropa. *Bamse* descendía el sendero trotando delante de él, con la cabeza baja, las orejas caídas y enfilando, sin vacilar, su objetivo. La casa.

Hal entró por la puerta trasera. Ragna estaba en la cocina preparando el desayuno. Le sonrió tristemente.

—Hola. Pensé que te vendría bien un buen desayuno.

Tenía profundas ojeras y manchado su maravilloso cutis.

—Gracias.

Se quitó el anorak y las botas.

—¿Los otros vienen detrás? —preguntó ella volviéndose hacia el fogón.

—¿Los otros?

Ragna se quedó mirándolo, repentinamente atenta.

—Kris. Rolf.

—No, no estaban conmigo.

Ragna le contempló fijamente.

De repente Hal lo comprendió.

—¿Quieres decir que no se encuentran aquí?

Ella negó con la cabeza sin decir palabra. En su rostro se reflejaban el miedo y la alarma.

—¿Estás segura?

—¡Sí!

Temblando de ira, Hal cogió su anorak y las botas, corrió hacia la puerta principal, salió a la oscuridad y gritó con todas sus fuerzas:

—¡*K-r-i-s!*

Saltando a lo largo del porche mientras se calzaba las botas siguió gritando el nombre de Kris a pleno pulmón.

Calló al cabo de un tiempo, intentando escudriñar a través del viento que cada vez soplaba más fuerte, tratando de captar sonidos en el silencio reinante.

Nada. Volvió a gritar.

Un sonido flotó sobre las ráfagas silbantes. Una voz, un grito de saludo.

Hal reconoció la llamada particular de Arne.

—¿Has visto a Kris? —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Sí! —le llegó del otro lado del viento.

«Gracias a Dios», se dijo Hal. Bajó para reunirse con él en el sendero.

—Están en mi casa —jadeó el viejo—. El muchacho y... él.

La sospecha sustituyó al alivio que en un principio había sentido. ¿Por qué? ¿Qué motivo podría tener Rolf para llevarse a Kris?

Al ver que Ragna les observaba ansiosa desde el porche, Hal le gritó la noticia. Ella entró de nuevo en la casa. Hal la encontró en la cocina con aspecto muy pensativo.

—Pero ¿por qué habría de llevarse a Kris a casa de Arne? —le dijo.

—No lo sé. Quizás el niño haya querido ir.

Ragna no parecía muy convencida.

Él tenía la necesidad de tranquilizarla a cualquier precio.

—Acaso los dos se despertaron temprano y se les ocurrió hacer algo.

—¿Querrás hacerme el favor de ir a recogerlo? —dijo con firmeza Ragna.

Él asintió.

—Ahora mismo voy —aseguró dirigiéndose a la puerta.

Arne le llamó antes de que saliera.

—Un mensaje. Importante.

Hal cogió el trozo de papel arrugado y, alisándolo, le echó una rápida ojeada mientras seguía andando.

A medio camino del vestíbulo se paró en seco. Acabó de leerlo por encima y luego volvió al principio y lo repasó con una mayor atención.

Cuando hubo terminado, clavó en el papel una mirada vacua, con las ideas revoloteándole en todos sentidos, tomando cuerpo las realidades, fortaleciéndose...

Finalmente lo comprendió todo.

Rolf trabajaba para los otros.

La conclusión le llegó directa, inevitable, como un puñetazo en pleno estómago.

Y sin embargo era un juicio tan aterradoramente definitivo que se forzó a hacer una pausa y releerlo. Volvió a la sala de estar y se sentó sin fuerzas ante su escritorio, analizando cada idea despacio y con lógica.

El hombre que él conocía como Rolf Berg no podía ser el auténtico Rolf Berg porque éste era un piloto de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos cuyo bombardero fue derribado en el invierno del cuarenta y cuatro cuarenta y cinco mientras sobrevolaba alguna parte de Europa.

Por otro lado, el joven que mató a un colaborador en Trondheim y que huyó hacia el Norte junto con un compañero llamado Petter Axelsen, ese joven nunca fue Rolf Berg, sino alguien de nombre Blakstad y había desaparecido sin que jamás se le hubiera vuelto a ver.

¿Eran la misma persona? ¿Era en realidad Rolf aquel Blakstad?

De ser así, había logrado hacerse con la identidad de otro hombre. Pero ¿cómo? ¿Cómo puede alguien lograr una identidad completamente nueva?

Pero ahora ya a Hal no le resultaba difícil adivinarlo. Con la ayuda de sus amigos. Y ya no cabía la menor duda de quiénes eran esos amigos.

En mil novecientos cuarenta y cinco, cuando Hal le indicó el camino a raíz del alud, Rolf se dirigía hacia el Este. Pero en lugar de detenerse en Alta, como le dijo, a todas luces había seguido camino.

Ya no cabían dudas. Rolf trabajaba para los otros. ¿Pero hasta dónde llegaba su traición?

Se le ocurrió otra idea igual de horrible. Era el único en saberlo.

Tenía que poner remedio a aquello de inmediato. ¿Cómo? Por un instante permaneció dubitativo. Luego, al oír la voz de Ragna volvió a la cocina.

Arne y ella lo miraron sobresaltados.

—¿Algo va mal? Pensé que te habías ido —dijo Ragna alarmada.

Hal estuvo a punto de hablar pero luego, pensándolo mejor, hizo un gesto negativo de cabeza e indicó a Arne que le acompañara a la sala de estar.

Garrapateó una nota, la dobló y se la puso en la mano al viejo.

—Escucha, Arne. Quiero que cojas el tractor y vayas con él a tu casa. Dile a Rolf que el desayuno está preparado y que estamos esperándolos, a él y a Kris y que vuelvan con el tractor. ¿Comprendido? Tan pronto como se hayan ido quiero que cojas el teléfono y llames al comandante Thrane. He anotado el número ahí, en la parte superior. Es urgente, Arne. Pase lo que pase tienes que hacer la llamada. Pero asegúrate de que el tractor se haya alejado antes de hacerla.

El viejo frunció el ceño como si la idea no le gustara en absoluto.

Hal, viéndole remiso le dio una explicación.

—Lo haría yo mismo, Arne, pero... no creo que Rolf estuviera dispuesto a dejarme solo cerca del teléfono. ¿Lo entiendes, verdad?

Aquella aseveración dejó por un instante atónito al viejo. Luego, su expresión fue de indignación. Por primera vez parecía haber asimilado la naturaleza del problema. Asintió con la cabeza.

Hal se dirigió al vestíbulo para coger la chaqueta de Arne al tiempo que echaba un vistazo afuera desde la puerta. Una tenue luz grisácea, el viento que soplaba. Nadie a la vista.

Haciendo caso omiso de la mirada interrogadora de Ragna, atravesó la cocina con Arne y le llevó junto al tractor aparcado a un costado del establo.

—Si no encuentras a Thrane, que te comuniquen con su superior. ¿Me entiendes? No te separes del teléfono hasta que te pongan con él —gritó Hal por encima del ruido del motor, una vez que Arne estuvo encaramado en el asiento de la cabina.

Su amigo asintió con un movimiento de cabeza y, poniendo el vehículo en movimiento, empezó el descenso de la colina.

Ragna estaba esperando a Hal en la puerta trasera.

—¿Qué está pasando? —gritó al verle.

Hal no podía empezar a explicárselo.

—Arne ha ido a recoger a Kris y a Rolf. Yo no puedo ir, tengo algo que hacer —retrocedió hasta el vestíbulo—. Luego te lo explicaré...

Ragna apretó los labios. A Hal le pareció que estaba a punto de protestar.

—¡Está bien! —dijo finalmente con un profundo suspiro.

Hal bajó corriendo las escaleras hasta el sótano, dirigiéndose al armario donde tenía las armas. Cogió su «Walther», lo cargó y se lo metió en el bolsillo, junto con cuatro cargadores más.

Salió por la puerta del sótano enfrente de las escaleras, afrontando la mañana gris y ventosa. Se situó junto a la esquina de la casa, desde donde podía ver el sendero que conducía de la playa a la casa. Se sentó a esperar.

Berg avanzaba tenaz a lo largo del sendero, con el niño, silencioso y asustado, sobre los hombros. Un pelotón de olas coronadas de blanca cresta avanzaban por el estrecho y rompían con estruendo en la playa de guijarros. El viento marino le abrasaba, zarandeándole, tirándole de la capucha y haciendo saltar las lágrimas de los ojos casi cerrados.

Se detuvo de repente. Se oyó un ruido sobre el estruendoso oleaje. Un motor...

Y entonces lo vio, pasando por un pequeño montículo. El tractor. Echó mano de manera instintiva al rifle que llevaba colgado del hombro.

El niño empezó a moverse excitado. Rolf lo dejó en el suelo pero sujetándole con fuerza por el cuello del traje. Luego esperó, con el cuerpo ligeramente ladeado de manera que el rifle quedara oculto a la mirada de quienquiera que condujese el vehículo.

Hal. Tenía que ser él. Fue presa de la excitación.

Cuando el tractor empezó a reducir la marcha para trazar un semicírculo y colocarse junto a ellos, Berg descubrió su error. Era el viejo. Respiró tranquilo.

Arne detuvo el vehículo junto a ellos, se apeó y, levantando la voz para hacerse oír sobre el ruido del motor y el estruendo del oleaje, gritó:

—Tiene que coger el tractor. El desayuno está preparado.

Sin esperar contestación dio media vuelta para alejarse; pero de repente giró la cabeza con tal violencia que hubiera podido quedar separada de su cuerpo. Clavó los ojos en un punto por encima del hombro de Berg. Éste se dio cuenta, había visto la punta del cañón del rifle. El viejo frunció el ceño, movió los labios sin emitir sonido alguno; luego, cerrando con firmeza la boca y volviéndose con brusquedad, se encaminó presuroso hacia la casa.

Por un momento Rolf le observó alejarse con el ceño fruncido antes de subir al niño a la cabina y entrar él a su vez. Colocándose al chiquillo sobre las piernas, puso en marcha el motor. Apoyó ligeramente el pie sobre el acelerador, no quería ir muy de prisa. Estaba demasiado ocupado pensando.

El tractor se supo en movimiento y pasó sobre una ligera pendiente. Berg miró hacia atrás. El viejo había desaparecido de la vista. Rolf apartó el pie del acelerador. El tractor avanzó un corto trecho antes de pararse. Accionó el freno de mano, reflexionando una vez más.

¿Por qué el viejo no dijo nada? Debió de haberse dado cuenta de que se trataba de

su propio rifle.

Preocupante. Muy preocupante.

Tomó una decisión.

Paró el motor, colocó al niño sobre el asiento del conductor y bajó del tractor. El chiquillo empezó a inquietarse.

—¡No te muevas de ahí! ¿Me oyes? —Berg intentó imaginarse los peores temores del niño—. De lo contrario no volverás a ver a mamá por mucho tiempo. ¿Lo has entendido?

La cara del pequeño se contrajo horrorizada y se acurrucó en su asiento. Berg, dando media vuelta, empezó a correr sendero abajo. Con el viento a sus espaldas y llevando nada más que el rifle, hizo un buen tiempo a pesar de las aparatosas botas para la nieve. A la vuelta de un ligero montículo apareció la casa.

No había donde ocultarse y la nieve a los lados del camino era densa y blanda. No le cabía otra elección que seguir por el endurecido sendero y confiar en que no se le viera. Siguió a prisa, con respiración jadeante, sudando debajo de toda aquella indumentaria.

Un último esfuerzo y ya estaba allí. Subió sigiloso los escasos escalones hasta la puerta y se detuvo para recuperar el aliento. Hizo girar suavemente el pomo y entró sin ruido. Volvió a cerrar con sumo cuidado.

Silencio. Tan sólo el silbido y el susurro del viento. Aguzó el oído.

Un sonido. Algo más que un sonido... Una voz.

El corazón le latía furioso.

Pasó del minúsculo recibidor al vestíbulo, andando torpemente de puntillas sobre el piso de madera con sus sonoridades.

De nuevo la voz. En la sala de estar.

El teléfono.

Berg se acercó a la puerta y escuchó.

Silencio otra vez. Y luego...

—¿Sí? Quiero hablar con el comandante Thrane... No... comprendo... ¿Entonces, cuándo?

Berg sintió un inmenso alivio... Aún no era demasiado tarde. Pronto el alivio se vio desbordado por una furia desatada.

Cogiendo el rifle con ambas manos entró en la habitación.

¿Por qué no habían regresado todavía? Hal consultó su reloj y volvió a hacer cálculos. Diez minutos todo lo más para que Arne llegará allí, otros cinco para que los otros se pusieran sus ropas de abrigo y diez más para que volvieran con el tractor. Treinta minutos como máximo.

Pero habían pasado cuarenta.

Analizó de nuevo el plan original. Esperar a que Berg y Kris entraran en la casa,

deslizarse detrás de ellos y luego, aprovechando la sorpresa momentánea, poner a Kris a salvo antes de enfrentarse a Rolf... o no enfrentarse. Aún no había tomado una decisión al respecto.

Ahora, como quiera que fuese, todo el plan resultaba inútil.

Se impacientaba y se irritaba hasta que no pudo soportarlo por más tiempo. Abandonando su fría vigilancia al costado de la casa, se dirigió a la parte delantera y cogió sus esquíes que estaban en el porche. Pensó en ir a tranquilizar a Ragna; pero luego lo consideró mejor. Sólo lograría preocuparla y quería evitárselo.

Se deslizó vertiente abajo adquiriendo velocidad.

Al darse cuenta de que *Bamse* le seguía, se detuvo en seco.

—No... tú te quedas. ¡Te quedas! Cuida de Ragna. ¿Me oyes? ¡Te quedas!

El perro daba vueltas reacio, a la espera de que cambiara de idea; pero al recibir tan sólo una enfadada advertencia de su amo, comprendió que era una orden. Con una mirada de reproche, dio media vuelta y reemprendió el camino hacia la casa.

Saliéndose del sendero, Hal enfiló hacia la pared del valle, manteniéndose a la mayor altura posible. Siguió la ladera de la colina en dirección a la mar; rodeó la curva de la entrada del valle hasta situarse en paralelo a la playa. Durante ese tiempo, no perdió por un instante de vista el sendero que conducía abajo, a la playa. No vio nada.

Más adelante, la ladera reducía algo su inclinación y hubo de perder altura a fin de mantener la velocidad. Calculó que alcanzaría el sendero mucho antes de llegar a casa de Arne. Contorneó un promontorio. Ante él apareció un trecho de camino. De inmediato divisó el tractor. Frunció el ceño. ¿Qué diablos estaría haciendo allí?

Enfiló directamente hacia él, deslizándose rápido con sus esquíes, tropezando y golpeando sobre la superficie sobresaliente y pedregosa de una ladera.

Mientras se acercaba, buscó algo que diera señales de vida, aunque sin encontrarlo. Observó que el tractor estaba parado en dirección a Brattdal. Rolf debió de haber emprendido el camino y detenerse luego. ¿Habría sufrido alguna avería el vehículo? ¿Habría regresado para pedir ayuda a Arne? ¿Habría...?

Tratando de no hacer especulaciones, reemprendió la marcha con todo el impulso de sus esquíes.

Casi había llegado.

Algo en el tractor llamó su atención... Algo borroso detrás del parabrisas, una silueta pequeña...

Parecía...

Bajó al sendero, esquió los últimos metros.

Una carita...

Lo era. Kris.

Gritó. La pequeña figura se puso en pie de un salto y, al acercarse Hal al tractor, se lanzó a sus brazos. Kris se aferraba a él con fuerza como una pequeña lapa. Lo abrazó con cariño y le acarició la cabeza.

—Ahora ya todo está bien. Todo está bien. Ahora se arreglará todo —luego, le preguntó—: ¿Dónde está Rolf, Kris?

El niño no dijo nada. Hal lo apartó un poco y lo miró.

—¿Dónde está Rolf, Krisi?

El niño hizo un puchero. Parecía a punto de romper a llorar.

—Krisi... ¿Dónde está él?

—*Se fue.*

Cayó una lágrima por la mejilla del niño. Hal se la limpió con la mano enguantada.

—¿Y te dejó aquí?

—Íbamos... íbamos a tomar el desayuno... ¡y se marchó!

—¿A dónde?

—Allí otra vez.

—¿A casa de Arne?

El chico asintió con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por algún motivo?

El labio de Kris empezó a temblar. Era una pregunta a la que no sabía responder.

Hal lo intentó de otra manera.

—¿Tal vez olvidó algo y tuvo que ir corriendo a buscarlo?

—Sólo... se fue.

Aliviado de su miedo e indignación, Kris empezó a llorar en silencio.

—No pasa nada. Palabra.

Apartando con cuidado los bracitos de Kris, Hal volvió a subir a la cabina, colocó los esquíes detrás de él. Puso en marcha el motor, que funcionó a la primera. Así pues no había avería.

Reflexionó sobre lo que podía hacer. Le hubiera gustado llevar a Kris de nuevo a Brattdal, pero le embargaba un profundo sentimiento de apremio y presentimientos. ¿Por qué habría vuelto Rolf? ¿Tal vez algo le hubiera hecho sospechar? ¿Pensó que Arne pudiera estar telefoneando?

Llegó a la conclusión de que tenía que ir a casa de Arne.

Con Kris sobre las rodillas, teniéndole siempre abrazado con fuerza, hizo girar el tractor en dirección a casa de Arne. El vehículo traqueteaba y daba saltos sobre el suelo desigual por la nieve. Finalmente la casa apareció ante la vista.

Hal se detuvo muy cerca. Decidió dejar al niño en el tractor, al menos de momento. Tratando de tranquilizar a Kris lo mejor posible, saltó de la cabina y recorrió a pie los últimos metros hasta la casa.

Todo parecía normal. La puerta estaba cerrada y cada cosa en su sitio. Sin embargo se sentía muy vulnerable, casi como si alguien le vigilara.

Subió los escalones hasta la puerta. Al alargar la mano para coger el pomo, la puerta empezó a crujir de repente y Hal vaciló. Pero sólo era el viento.

Echándose mano al bolsillo, aferró con fuerza el arma y entró. El viento se le

adelantó lanzando remolinos de nieve al vestíbulo y agitando la hilera de prendas de abrigo.

Cerró con la mayor rapidez y aguzó el oído.

No percibió ruido alguno. Sólo el viento silbando furioso detrás de la puerta cerrada.

—¿Arne? ¿Rolf? —llamó dubitativo.

Entró en el vestíbulo. Nada. Se dirigió a la cocina. La puerta estaba abierta de par en par. Miró a través de ella. Vacía. Se volvió hacia la sala de estar.

La puerta estaba entreabierta. Sacó el arma del bolsillo. Alargando la mano libre, empujó la puerta con la punta de los dedos, hasta abrirla del todo.

Por un instante creyó que la habitación estaba vacía. Pero al mirar hacia el suelo sintió parársele el corazón.

Allí había alguien caído, con la parte superior del cuerpo oculta bajo la mesa.

Arne.

Hal se arrodilló presuroso junto a él. El viejo se hallaba con la cara vuelta hacia el otro lado. Hal se inclinó.

Tenía la boca abierta, flácida y desencajada, manchada de rojo oscuro, por la sangre que se cuajaba rápidamente, vertida del cuerpo y que formaba un charco en el suelo. Contempló un ojo entreabierto e inmóvil.

Con gesto automático, Hal le puso el dedo en la yugular. Nada.

Se puso de nuevo en cuclillas intentando contener la pena y el ultraje.

Un ruido. Su mente se aclaró de repente y se dio cuenta de que no había estado escuchando. Miró por encima del hombro. Nadie. Sin embargo el maldito no podía haber ido muy lejos. Miró de nuevo el cuerpo de Arne y su ira se acrecentó.

Apretando con fuerza el arma se puso en pie.

Sus sentidos abarcaron el silencio vibrante de la vivienda y, fuera de ella, el viento susurrante.

Una ráfaga azotó la casa con un ruido sordo y fuerte. Bajo la presión, crujió la madera. El golpe de viento amainó. Hal se agazapó un poco hacia delante, descargando el peso sobre la punta de los pies, el arma preparada, con el dedo rozando el gatillo. Recordó el viejo entrenamiento.

Salió al vestíbulo; lo recorrió con una mirada rápida. Se dirigió de inmediato a la puerta de la cocina, se detuvo, escuchó al tiempo que miraba en derredor.

Seguía sin saber nada.

Entró rápido, empujando la puerta al hacerlo.

Completamente vacía.

El próximo era el dormitorio. La puerta estaba cerrada. La abrió de par en par, se puso a cubierto y luego miró cauteloso. Nada. Comprobó la habitación más a fondo y volvió al vestíbulo.

Sólo le quedaban por ver el cuarto de baño y el sótano. Tampoco desvelaron presencia alguna.



Entonces, ¿a dónde diablos podía haber ido?

Tenía que estar fuera.

Fuera...

Kris.

Rezó para sí: Dios mío, no permitas que le pase nada a Kris.

Corrió a la puerta de entrada, abriéndola de par en par.

El tractor seguía allí, pero la cabina se hallaba vacía.

Sintió que el mundo se le venía abajo.

Miró rápido en derredor. No se veía a nadie. Ninguna persona bajaba corriendo el sendero, ningún ruido aparte de las olas rompiendo en la playa.

Ni rastro de Kris.

Se despertó en él una furia feroz y bajó de un salto los escalones.

Aquel hijo de puta no podía haber ido muy lejos.

Un ruido. Se detuvo a unos pasos de los escalones y se agazapó, todos los sentidos alerta.

Dirección... hacia la izquierda. Barrió con la mirada la ladera de colina arriba.

De nuevo un ruido. Mucho más cerca. ¿De dónde venía? Al fin lo localizó. Del costado de la casa.

Hal corrió hacia la fachada y bien pegado al muro se acercó a la esquina.

Y entonces lo oyó... Un sorbetón. El sorbetón de un niño.

Asomó la cabeza.

¡Kris! Kris.

Allí estaba en pie, pequeño, con la cara muy pálida y muy quieto.

Hal se dirigió hacia él lanzando una exclamación de alegría y alivio.

El chiquillo retrocedió, con la expresión cambiada y el rostro contraído. Casi de horror...

Por un fugaz instante Hal se le quedó mirando sin comprender.

Luego acaecieron tres cosas en rápida sucesión. Se oyó un ruido llegado de una dirección completamente diferente, Hal captó algo borroso que se movía en la periferia de su visión y su mente alcanzó a comprender que aquel objeto moviente era la causa del terror de Kris.

Por último... y muy tarde, demasiado tarde, llegó su reacción. Intentó girar el cuerpo, volver la cabeza, levantar el brazo para protegérsela. Pero incluso cuando retorció el cuerpo, levantaba el brazo e inclinaba a un lado la cabeza con un movimiento reflejo, sabía que era demasiado tarde. Algo se descargaba de manera inexorable y violenta sobre él. Por una fracción de segundo, se sintió embargado de impotencia y furia.

El golpe le alcanzó en un lado de la cabeza, un golpe violento y terrible que explotó dentro de su cerebro. Tenía la impresión de estar cayendo... aunque sin fin, desde una gran altura. Sintió un potente zumbido en los oídos; luego, todo se cerró en derredor suyo y se hundió en un mar de negror y náusea.

Un dolor lacerante le hizo volver en sí, un violento y agudo dolor que se extendía por todos sus nervios, semejante a un punzante cuchillo hurgando en una herida abierta. Abrió los ojos, no pudo ver nada y lo intentó de nuevo. Con uno de los ojos vio nieve muy cerca; con el otro, un denso velo rojizo. Se llevó una mano a la cara para quitarse la sangre, pero por mucho que lo intentaba, el ojo derecho seguía transmitiéndole algo borroso, rojo e impenetrable.

Se impusieron sus instintos de autodefensa. Alargó la mano moviéndola sobre la superficie de la nieve en busca de su arma. Ni rastro del arma. Volvió algo la cabeza.

Su ojo bueno tropezó con un pie. El de Rolf.

Intentó levantar la cabeza lamentándolo al punto, ya que su cerebro transmitió al cráneo varios circuitos de espantoso dolor.

Cuando se le calmaron las náuseas volvió a abrir el ojo.

Rolf estaba en pie junto a él, mirando hacia abajo por encima del cañón de un treinta y tres.

Por un instante, Hal se sintió irritado ante su propia estupidez. Momentos después estaba calculando la posibilidad de agarrar el pie de Rolf y hacerle caer junto a él, de quitarle el rifle, de simular que de nuevo se había quedado inconsciente y entonces atacarle.

—No lo hagas —la voz de Rolf era muy tranquila y segura; luego, añadió—: Queremos que Kris siga sano y salvo. ¿No es así?

Y entonces Hal se acordó del niño y supo que jamás sería capaz de poner en peligro su seguridad. Emitió un gemido de asentimiento con una amarga sensación de derrota.

—Ponte en pie. —Rolf se apartó unos pasos, apuntando con el rifle a la altura de su pecho.

—Creo que... no estoy seguro de que... pueda... Sentía la lengua enorme y como hinchada.

—¡En pie!

Muy despacio, Hal levantó la cabeza e intentó apoyarse sobre un codo. Volvieron con fuerza las náuseas y vomitó sobre la nieve lo poco que había comido.

—¡En pie! —repitió Rolf una vez pasados los espasmos.

Finalmente Hal se levantó tambaleándose. Seguía sin poder ver por un ojo.

—Entra en la casa.

A través de la borrosa visión, Hal vio a Kris muy cerca. Alargó el brazo para cogerlo; pero Rolf se interpuso hábilmente y colocó una mano protectora sobre el hombro del niño.

—Yo me ocuparé de este muchacho. ¿Verdad? Somos amigos. ¿No es cierto?

Kris se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

Hal empezó a andar tambaleándose, con la mano en la cabeza y buscando el apoyo del muro. El dolor era insoportable. Por último logró subir los escalones. Rolf le indicó con un gesto la sala de estar.

—El niño no —siseó Hal recordando el cuerpo de Arne.

—Claro que no. —Rolf habló con tono aprobador—. A la cocina, Kris. Y quédate ahí como un buen chico.

Le empujó hacia la puerta. Kris andaba rígido, como sonámbulo. No miró hacia atrás.

Hal logró llegar hasta la sala de estar y se dejó caer sobre una silla, sujetándose la cabeza con las manos. El ojo bueno vio un pie de Arne sobresaliendo de debajo de la mesa.

—No debías... —Le salió la voz como un graznido sordo, apenas audible... tomó aliento—. No tenías por qué matarlo, hijo de puta.

—Estaba intentando pasar tu mensaje, Hal. No iba a dejar que lo hiciera.

—No necesitabas matarlo.

—Pero él estaba intentando matarme a mí —su tono era tranquilo y razonable—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Era una falsedad; pero, por otra parte, así debía de ser cuanto decía Rolf.

—Dime, Rolf... Sólo una cosa —se quedó mirándolo a través del velo rojo—. ¿Por qué? ¿Por qué... todo esto?

Hubo una larga pausa y Hal pensó que no le contestaría.

—Me dieron un nombre, una vida nueva, Hal —respondió al fin.

—¡Santo cielo! ¿Y eso es todo?

—¿Todo? Intenta vivir con un nombre que es pura escoria —su voz se hizo amarga.

—No entiendo.

—Mi padre. Era un colaboracionista. Lo maté.

—Podías haber cambiado de nombre.

—Pero ello no hubiera cambiado el hecho de que era su hijo, de que lo maté, ¿verdad? —cambió de postura, mostrándose de repente inquieto y señaló a Arne con el rifle—. ¡Quítalo de en medio!

—Pero, en nombre de Dios, ¿acaso un nombre merezca todo esto?

Rolf emitió una risa burlona y fría.

—No parece que lo entiendas, Hal. Ahora ya no es sólo un nombre. Soy muy valioso. Incluso podría decir que de una importancia excepcional.

—¡Pero maldito si sigues siendo importante!

—Ah... creo que lo soy. Sé que lo soy —lo dijo con tranquilo orgullo sin poner excesivo énfasis.

Aquel alarde era estremecedor. Hal comprendió que la vanidad de Rolf no tenía límite.

Y también supo con absoluta certeza que Rolf iba a matarle.

—Thrane está ya al corriente respecto a ti... —dijo Hal.

—No lo creo —Rolf movió negativamente la cabeza—. Y ahora en marcha —indicó con la cabeza al cuerpo—. Quiero que lo bajes al sótano.

—Escúchame. Thrane está *enterado*.

Un ramalazo de ira.

—No me vengas con eso, Hal —dijo irritado—. No lo *está*. Porque tú no has tenido tiempo de decírselo. Y ahora, ¡llévate ese cuerpo al sótano!

Rolf se retiró al otro extremo de la habitación mientras Hal se acercaba vacilante a Arne y cogiéndolo por los tobillos empezó a arrastrarlo hacia la puerta. Intentaba no mirar la cabeza oscilante golpeando sobre el pavimento del vestíbulo.

El esfuerzo acabó con el escaso vigor que le quedaba y hubo de detenerse. Al cabo de un momento, Rolf le dio un empujón. Delante de la puerta del sótano, soltó una pierna de Arne para abrir la puerta. Los peldaños conducían hasta una oscuridad absoluta.

—Enciende la luz —le ordenó Rolf.

—No sé dónde está.

—¡Búscala!

Hal sabía dónde se encontraba el interruptor, detrás de la puerta. Simuló buscar y finalmente sacudió su dolorida cabeza.

—¡Ve abajo! —ordenó Rolf entre dientes.

Aquel era el verdadero Rolf, se dijo Hal. Desaparecido ya todo su atractivo.

Hal fue bajando de espaldas los escalones, arrastrando tras él el peso muerto del cuerpo de Arne. Sentía la cabeza como si fuera a partirse en cualquier momento. De repente se encendió una sola bombilla sobre su cabeza. Rolf acababa de hallar el interruptor. Había confiado demasiado en que no fuera así.

Hal arrastró el cuerpo junto a un montón de cajas de embalaje y se dejó caer sobre una rodilla, exhausto y sintiendo otra vez náuseas. Rolf bajaba despacio los peldaños en dirección al círculo de luz.

—¿Vas a matarme ahora? —jadeó Hal.

—¿No lo harías tú en mi lugar?

Siempre agazapado, Hal tanteó con la mano izquierda el suelo de cemento buscando algo, cualquier cosa.

—Es verdad lo que dijiste... respecto a Thrane. No sabe nada sobre ti.

Rolf se detuvo en el penúltimo escalón en actitud curiosa.

—¡Ah!

—Pero el investigador sí que conoce tu existencia, Rolf. El que descubrió la primera época de tu vida.

Rolf permanecía con la cabeza ladeada, escuchando atento.

—Se trata de alguien que trabaja en estrecha colaboración con Thrane. Ahora ya habrá informado sobre todo esto. Al propio Thrane.

Hal tuvo la impresión de que, por primera vez había captado toda la atención de Rolf. Siguió hablando mientras tanteaba en el montón de cajas de madera de poca profundidad. Cada una de las cajas tenía a los costados amplias aberturas de aireación. Sosteniendo la mirada de Rolf, empezó a meter la mano en una de ellas.

—Ese hombre es un experto en personas desaparecidas —siguió diciendo Hal—. Descubrió tu identidad sin mayores dificultades. Sabe que en realidad te llamas Blakstad... —Su mano se cerró sobre un objeto tosco y ovalado del tamaño de un huevo grande. Una patata.

—... también sabe que Blakstad desapareció en dirección a los rusos...

Intentó sacar la mano; pero no pudo. Cogió de otra forma la patata.

—... y que adquiriste la identidad de Berg. Naturalmente, comprenderá en seguida quién te ayudó.

Se le había vuelto a encajar la mano. Empezó a sacarla de forma gradual y de repente salió de golpe, como un corcho. Su cuerpo osciló.

Rolf le miró suspicaz.

Hal se llevó la mano derecha a la cabeza como si de nuevo se viera asaltado por el mareo, al tiempo que se ponía lentamente en pie.

—Estás acabado, Rolf.

—Prefiero creer que no.

Sus atractivos rasgos se endurecieron. Sacó el rifle que llevaba debajo del brazo.

Hal sintió el miedo aferrado a su garganta. «Ahora es cuando va a hacerlo», se dijo.

Rápido lanzó la patata a la cabeza de Rolf. Este mostró una mirada sorprendida; se sobresaltó, la patata no dio en el blanco y el rifle se disparó con un ensordecedor ¡*bum!* que resonó en todo el recinto.

Hal hizo acopio de fuerzas para romper la única bombilla pero cuando se disponía a lanzarse vio a Rolf recuperarse y manejando presuroso el martillo, apuntarle de nuevo con el rifle. Se quedó rígido.

Rolf tenía los labios apretados. La mano en el gatillo pareció ejercer presión.

—Puedo demostrarlo —gritó Hal.

Una pausa.

—¿El qué?

—Que están al corriente de tu existencia.

—Entonces demuéstralo —dijo silabeando.

Enderezándose, Hal rebuscó con lentitud en el bolsillo de su chaqueta y sacó la nota que Arne le entregó en la colina a primera hora de aquella misma mañana. Se la alargó y al ver que Rolf no iba a acercarse a cogerla se la arrojó a los pies.

Sin apartar los ojos de su objetivo, Rolf la recogió y la desdobló con una mano.

La puso bajo la luz y empezó a leer volviendo sin cesar los ojos a Hal mientras lo hacía.

De repente centró toda su atención en la nota.

—Sorensen...

Parecía sobresaltado, caídas las comisuras de la boca en una mueca desagradable. Bajó ligeramente el cañón del arma.

Aquella vez Hal no vaciló. Lanzándose hacia la bombilla le dio un terrible

manotazo y la rompió. Su ímpetu le impulsó hacia la súbita oscuridad. Alargó una mano justo a tiempo de evitar caer contra el muro.

Hubo otro *¡bum!* esta vez tan cerca que Hal se encogió, súbitamente ensordecido. Se lanzó hacia delante con el brazo extendido. Abrigaba la esperanza de agarrar un pie o una pierna. Hubo un ruido de deslizamiento, como si Rolf hubiera perdido momentáneamente pie. El maldito estaba cerca, muy cerca. Buscando a la desesperada un contacto, Hal se lanzó de nuevo hacia delante. Su pie encontró cemento, siendo impulsado de frente y yendo a caer sobre uno de los primeros escalones.

Se puso en pie vacilante. Débil, muy débilmente, vio una silueta destacándose sobre la luz que se filtraba desde arriba, desde el vestíbulo. Aquella forma subía precipitadamente los escalones, tratando de ganar altura y distancia.

Por un segundo, Hal pensó que no había nada que hacer... la oscura silueta se movía rápida. Pero luego, con el ojo bueno le pareció ver una pierna, un pie, alargó la mano, se estiró en busca del tobillo, lo tocó, lo alcanzó y lo agarró. Se aferró a él con más fuerza al intentar Rolf liberarse. Rodando hasta ponerse de costado para lograr un mayor equilibrio, Hal dio un poderoso tirón.

Rolf intentó liberar el pie con patadas salvajes y crueles. Pero Hal no soltaba su presa sino que, por el contrario, trataba con torva determinación de sujetar a Rolf por alguna otra parte, el brazo, el rifle, cualquier cosa. En su tesón no llegó a ver la otra bota disparada contra él. No vio nada hasta que un golpe bestial le alcanzó en la nariz produciendo un angustioso crujido. Aulló por el sobresalto y el dolor y cayó de espaldas contra la pared.

Y luego, de manera increíble, volvió a recibir un golpe en la cabeza, al sentir sobre el cráneo la culata del rifle. Un sordo *¡crac!*, un terrible dolor en la sien y se encontró cayendo en espiral. Vio estrellas. El tintineo en su oído se convirtió en fragor y siguió cayendo hasta quedar envuelto en la más absoluta oscuridad.

Berg se acercó con cautela, el rifle a punto, y miró el cuerpo derrumbado de Hal bajo la leve luz. Le caía la sangre de la mejilla y la nariz, y tenía la cabeza en un ángulo extraño. Se le ocurrió que, después de todo Hal debía estar muerto. Agachándose, le cogió la muñeca para buscarle el pulso.

De arriba llegó un sonido lejano, como un débil estruendo. Rolf levantó bruscamente la cabeza esforzándose por oír. ¿El viento?

Ansiaba irse de allí, ansiaba alejarse; pero tenía que asegurarse respecto a Hal. Le tomó de nuevo el pulso. Nada. Lo intentó en el cuello, hundiendo unos dedos impacientes en la carne en busca de la yugular. Nada. Luego, tanteó de nuevo con los dedos... sí, un débil latido. Maldijo entre dientes, ahora tenía que terminar el trabajo.

Poniéndose en pie manipuló el cerrojo del rifle. Los casquillos de las balas disparadas cayeron ruidosamente al suelo.

Volvió a hacerse el silencio. Apuntó con el rifle, dispuesto a disparar. Vaciló. Tenía la boca seca. No quería tener que hacer aquello. ¡Maldito Hal!

Cogió de nuevo el rifle. Un ruido rompió el silencio. Rolf sintió un violento sobresalto. Llegaba de arriba, un fuerte golpeteo. ¿Otra vez el viento? ¿El niño? ¿O... Ragna? Dios no lo permita.

Por un fugaz instante vaciló indeciso, con el dedo en el gatillo. Luego, volviéndose con brusquedad subió los escalones de dos en dos. Al llegar arriba se detuvo haciendo una pausa con el oído atento. Luego volvió a escuchar el golpeteo. Descubrió el origen, era la puerta de la calle. Con dos zancadas atravesó el vestíbulo y la abrió de par en par.

Nadie. Respiró hondo.

Cerró la puerta, volvió al vestíbulo y se detuvo ante los escalones que conducían al sótano. Debería bajar y acabar con Hal; sin embargo se resistía a aquella necesidad. Luego, se le ocurrió que, en realidad, no era preciso. De cualquier manera moriría. Con aquel frío y aquellas heridas no duraría más de unas horas. Y no había posibilidad de que le rescataran. Pasarían días, incluso semanas antes de que alguien apareciese por allí.

Para entonces haría tiempo que él se había ido.

Aliviado cerró la puerta del sótano, hizo girar la llave en la fuerte cerradura. Comprobó con el hombro que estaba bien cerrada. Se dirigió a la cocina para ocuparse del niño.

## Capítulo XXX

Ragna miró por la ventana tratando de ver a través de la niebla. Seguían sin aparecer. *Bamse* continuaba pacientemente sentado en el porche, con las orejas tiesas y olfateando el aire. ¿Por qué tardaban tanto? Kris estaría muerto de hambre. Y también Hal, a donde quiera que hubiese ido. El jamón y los huevos se enfriaban de prisa en el horno.

Cuanto más pensaba en ello, peor se sentía por no haberse ido con Arne. ¡Hubiera sido muchísimo mejor! Y además, mientras Rolf estuviera ocupado con el teléfono, habría podido preparar allí el desayuno para Kris y para todos.

Y en lugar de ello seguía esperando, sin hacer nada, echando de menos a Kris, echando en falta su divertida carita. Tan pronto como su pequeña figura apareciera por el altozano bajaría corriendo la colina, lo cogería y lo abrazaría hasta dejarle casi sin aliento.

¿Y dónde estaba Hal? ¿Por qué no le había dicho a dónde iba? ¿Y por qué se había mostrado tan misterioso?

Se le ocurrió que tal vez hubiera ido a casa de Arne a reunirse con los otros..., acaso tal vez para desafiar a Rolf, como ya hizo la noche anterior. Era posible que discutieran de nuevo. Y se le ocurrió una idea desagradable. ¿Y si, en el acaloramiento de la discusión, Hal la descubría revelando lo que le dijo la noche pasada?

El miedo que sintió entonces volvió a asaltarla y la hizo estremecerse un poco. Tenía la impresión de que Rolf, pese a su aspecto frío, tenía un genio fuerte; bien controlado; pero, a pesar de todo, violento. Se mostraba impaciente e intolerante con cuanto se interpusiera en su camino. Para él la ambición y el éxito lo eran todo. Con súbita intuición, se dio cuenta de que no era en modo alguno diferente de los supuestos amigos que conoció en los malos tiempos, la gente que la había hundido, y de la que una vez huyó. ¿Quería de veras volver a formar parte de todo aquello?

Suspiró profundamente. ¡Qué embrollo!

Aguzando la vista miró una vez más hacia la oscura mañana gris. ¿Dónde estaba Hal? Si se encontrara allí, ella sabría qué hacer. Si lo tuviera a su lado, se sentiría... segura.

Entró en la cocina y miró el reloj. Decidió conceder otros diez minutos a Hal; luego, recorrería el camino hasta casa de Arne. Se sirvió una taza de café y encendió la radio.

Llegaron las noticias. Las escuchaba a medias. Un diplomático búlgaro había sido expulsado de Noruega por desarrollar actividades ajenas a su cargo diplomático. Continuaban las grandes heladas. En el Norte, fuertes vientos estaban causando grandes inundaciones y muchos pueblos habían quedado aislados. Una mujer había



muerto bajo las ruedas de un tranvía en Oslo. Se llamaba Sonja Bjornsen y era funcionaria del Ministerio de Defensa.

La voz seguía ronroneante. En un momento dado, a Ragna le pareció escuchar algo fuera y bajó el volumen. ¿Había oído un ruido? Pensó en acercarse al ventanal delantero; pero llegó a la conclusión de que sería de mala suerte avizorar otra vez tan pronto... Sería como exponerse a que no estuvieran allí.

Prestó oído. Crujido de madera. Afuera un ruido deslizante que retumbó alrededor de la casa. Rió desdeñosa. ¡Naturalmente! Era ese odioso viento. Aullaba con ganas en aquel valle. Bien, casi la había hecho salir..., aunque no del todo. Con el aire satisfecho de quien no se deja engañar con facilidad subió de nuevo el volumen de la radio dejando que la voz del locutor de noticias se esparciera por la habitación.

Berg subió la colina jadeante. Al divisar la casa se detuvo para recobrar el aliento.

El tractor se había resistido a ponerse en marcha, de modo que hubo de hacer el recorrido a pie. La primera parte de la caminata se la había pasado maldiciendo y despotricando contra su malhadada suerte. Sacrificarle después de todo cuanto había hecho..., era increíble. No podía admitirlo. Como tampoco aceptaba que el daño no pudiera ser reparado de alguna forma.

Pero no podía serlo. Y él lo sabía. La nota que Hal le enseñó, el mensaje de Sorensen, era auténtico, estaba convencido de ello. Sorensen lo tenía en su mira.

Pero luego, al apartarse de la playa para emprender el ascenso de la colina, comprendió que tenía con Hal una deuda de agradecimiento. Le había avisado. Hal le había salvado de ser detenido. El bueno de Hal, digno de confianza hasta el fin, se dijo con amargura.

Siguió caminando hacia la casa. Al iniciar el último trecho, levantó la vista y vio al perro.

Estaba en pie, en el centro de los escalones, con la cabeza baja, las orejas caídas y el pelo erizado. Berg intentó hacerle apartar la vista, pero comprendió que esa vez aquello no daba resultado. *Bamse* le enseñó los colmillos y gruñó hostil. Era evidente que aquel animal había olido algo... ¿Sangre? Berg se miró ansioso la ropa y luego levantó la vista hacia las ventanas de la casa.

No había sangre.

Y tampoco rastro de Ragna.

Reflexionó por un instante.

—Venga, muchacho.

Se acercó algo más. El gruñido del perro se convirtió en un furioso rugido.

—Venga... Ya me conoces.

El animal gruñó y mordió el aire.

Berg comprendió que el perro estaba dispuesto al ataque. Maldijo. Si no estuviera Ragna que pudiera oírle, ya le habría volado la cabeza a aquel condenado bicho.

—Esta bien, muchacho —dijo con tono conciliador—. No voy a hacerte daño.

Le sonrió y, con aire inocente, se encaminó al huerto. Miró por encima del hombro. El animal le seguía con la cabeza baja y enseñando los dientes.

Berg se dirigió hacia la esquina, intentando dar vuelta a la casa y entrar por detrás; pero *Bamse* aceleró de repente la marcha y, adelantándole, se plantó en medio del sendero.

Berg respiró hondo.

—Ya veo —sacó del bolsillo la pistola de Hal y la alargó para que el perro pudiera verla—. Ven y pégale un bocado, muchacho.

De la garganta del animal salió un gruñido sordo y prolongado. Empezó a avanzar muy despacio, echando cada pata con infinito cuidado, como si caminara sobre hielo. Berg le provocaba.

—Vamos, muchacho, vamos. Ven a mí. ¡Ven a mí!

Finalmente el perro no pudo aguantar por más tiempo y se preparó para saltar. Al lanzarse hacia delante, Berg se hizo hábilmente a un lado y levantando el brazo descargó la pistola con un golpe salvaje, aunque no muy efectivo, ya que cayó sesgado sobre la cabeza del animal. El perro se derrumbó al haber perdido algo el equilibrio; pero se recuperó y contrajo el cuerpo dispuesto a un segundo ataque.

Pero esa vez el animal no fue tan rápido; el golpe, al fin y al cabo, había producido cierto impacto. Al lanzarse el animal de nuevo, Berg se puso en cuclillas bien bajo y se llevó el brazo izquierdo a la cara. El perro cayó en la trampa como Berg sabía que iba a ocurrir. Al ver el brazo, redujo el ritmo, abrió las fauces y estaba a punto de clavar los dientes en el brazo, cuando vio demasiado tarde el movimiento del brazo derecho de Berg. Hizo un intento desesperado por eludir la trampa, abriendo de nuevo las fauces, contorsionando el cuerpo a un lado; pero esta vez la trayectoria de su agresor había sido exacta. La pistola acertó a dar en el cráneo de *Bamse* con un crac satisfactorio, y el perro cayó.

Berg se puso en pie y miró por encima del hombro. Ragna seguía sin aparecer. Mejor que mejor. Miró al animal caído. Giraba los ojos y agitaba las patas. Descolgó el rifle que llevaba al hombro, levantó bien alta la culata.

En el preciso momento en que iba a descargarla, llegó un ruido.

De la casa. Con movimiento reflejo, trató de detener el golpe; pero ya era demasiado tarde. La culata cayó sobre la cabeza del perro aunque sin demasiada fuerza.

Ocultándose como pudo, Berg miró en derredor, aguzando el oído cuanto le fue posible.

Nada. Falsa alarma. No se veía a nadie. Afortunado. Agarrando a *Bamse* por las patas traseras lo arrastró de prisa a un lado de la casa, pegado al muro. Miró hacia atrás. Sobre la nieve había algunas manchas de sangre, pero seguro que no eran visibles desde la puerta.

El perro todavía seguía estremeciéndose. Estaba más muerto que vivo. Pero no

tenía tiempo de ocuparse de él.

—Lo siento amigo —murmuró socarrón y, ciñéndose el anorak, dio vuelta a la casa con paso rápido encaminándose al porche.

Un movimiento. Ragna salió de la vivienda ajustándose el pasamontañas y dispuesta a ir a alguna parte. Al verlo se sobresaltó y apartó la prenda de la boca.

—¿De dónde vienes? —le gritó para hacerse oír a través del viento.

—Bueno, he tomado otro camino.

—¿Dónde están los demás? ¿Dónde está Kris?

Berg subió los escalones.

—Se encuentran bien. Se han ido de excursión.

—¿Qué?

—Hal pensó que convenía apartar la mente de Kris del problema de los bueyes almizcleros. Se fueron a ver unas aves raras o algo parecido.

—¿Hal está allí?

—Sí, claro.

Aquello pareció tranquilizarla. Luego frunció de nuevo el entrecejo.

—¿Una excursión con este tiempo? ¿Y qué hay del desayuno? ¡Lo tengo preparado para ellos!

—Ya han tomado algo en casa de Arne. Pero por mi parte no te lo rechazaría. Podría comerme un caballo.

Ragna suspiró hondo.

—No lo entiendo. Hal sabía que quería que trajera de vuelta a Kris. Sabía que prepararía un desayuno caliente.

Su tono era de inquieta preocupación. Por vez primera su mirada se fijó en el rifle que Berg llevaba colgado al hombro.

Berg, cogiéndole del brazo la condujo de nuevo a la casa. Entraron. Se le hizo la boca agua con el aroma de comida.

—El problema era Kris —le explicó con tono cariñoso—. Estaba muerto de hambre. Arne le dio un poco de pan y queso que se zampó en un instante. Y Hal decidió que, puestos a ello, él también podía comer.

Ragna se volvió a él con una mirada acusadora.

—¿Por qué te llevaste a Kris esta mañana? ¿Por qué te lo llevaste sin decírmelo?

Berg se descolgó el rifle del hombro y lo puso en pie en un rincón.

—Estabas dormida, amor mío, y Hal andaba por ahí fuera, no sé... por el establo. Kris se hallaba muerto de aburrimiento. Pensé que disfrutaría dando un paseo hasta casa de Arne. Y así fue.

Ragna estaba indecisa, queriendo creerle; pero sin estar convencida del todo.

—Lo pasamos formidable, de veras —dijo Berg en tono alegre apartándole el pasamontañas de la cara y acariciándole la mejilla—. Es una gran muchacho.

Su expresión reveló lo orgullosa que se sentía y esbozó la sombra de una sonrisa. «Ya casi lo he logrado», se dijo Berg.

—¿Y ahora se me permite comer algo de este desayuno? —preguntó con su tono más sugerente—. Luego hablaremos del resto del día.

Lo devoró casi todo. Cuatro de los cinco huevos y tres lonchas de jamón. Ragna le sirvió otra taza de café y se sentó expectante.

—¿Bien? —le planteó—. ¿No querías hablar del resto del día?

—Sí. He de volver a Oslo. En la oficina están frenéticos. Necesitan que mañana vaya a Washington. Me temo que habré de irme de inmediato.

—¡Ah!

Ragna disimuló el alivio que sentía. Sería estupendo. Rolf era una influencia perturbadora. Estaba fuera de lugar. Y tampoco ella lo quería allí... al menos de momento. Y desde luego no hasta que supiera a qué se debían las diferencias entre los dos hombres.

—Hal me ha ofrecido la embarcación de pesca —dijo Rolf.

—¿El *Skorpa*? ¿Pero... cómo es posible? —Ragna se mostró sorprendida—. ¿Quieres decir manejándolo tú?

Berg pareció mostrarse algo ofendido.

—No está lejos, atravesando el estrecho. Creo que podré arreglármelas. Hal me ha dicho que también puedo coger el «Land Rover». Y eso me recuerda... —abandonando un último bocado se puso rápidamente en pie y empezó a mirar por todas partes—. ¿Dónde guarda Hal las llaves?

—Creo que en el vestíbulo. En la mesa que hay allí.

Berg salió y reapareció al poco con un montón de llaves. Buscó entre ellas. Pareció haber encontrado las que buscaba porque las lanzó al aire, las pescó con un rápido giro de mano y se las metió en el bolsillo. Ragna notó que rebosaba de energía contenida, de una especie de impaciencia nerviosa como si apenas pudiera esperar un instante para irse.

—Y otra cosa —dijo—. ¿Podrás venir en el *Skorpa* conmigo? Al parecer el motor no se pone en marcha a menos que haya dos a bordo. Tiene una especie de problema. Hal me lo explicó todo.

—¿Yo? Pero... hace demasiado viento. No puedo remar.

Apoyándose en la mesa, Berg cogió un trozo de pan, rebañó con él los restos de huevo de su plato y se lo metió en la boca.

—En la travesía de ida remaré yo. Y, cuando regreses, navegarás a favor del viento. Será fácil. De verás... el viento te traerá directamente a la playa.

Ragna estaba asustadísima. El mar le causaba terror.

—No podría.

—¡Tienes que hacerlo! —los ojos de él brillaron con repentina ira—. De lo contrario me quedaré encallado aquí.

—¿Por qué no puede hacer todo eso *Hal*? ¿Por qué?

La miró largamente, como pensando si debía decirle algo.

—Escucha —dijo sentándose en el borde de la mesa—. A decir verdad, Hal y yo

no estamos en la mejor armonía en estos momentos —se encogió de hombros como considerándolo más bien ridículo—. Y..., bueno, creo que prefiere evitar mi compañía en este viaje. Tiene la descabellada idea de que sé algo... —hizo una pausa eligiendo con cuidado las palabras— sobre un asunto que le sigue teniendo obsesionado...

—Pasvik.

Su mirada brilló sombría.

—Ah. ¿Entonces lo sabes? —la expresión de Berg se hizo más velada, más pensativa—. ¿Qué te ha explicado Hal?

«¿Por qué habría dicho eso? —se dijo Ragna—. ¿Por qué?»

—Bueno... en realidad nada. Sólo que pensaba que tú debías de saber algo... No dijo qué.

—Comprendo.

La miró de manera extraña y Ragna se dio cuenta de que no había quedado convencido.

—No puede dejar de darle vueltas al asunto —murmuró Ragna—. Jamás ha sido capaz de... olvidarlo —luego, se apresuró a añadir—: Claro que es una pérdida de tiempo. Lo sé. Quiero decir que no queda nada por averiguar, ¿verdad?

Poniéndose de pie bruscamente, metió en el fregadero el plato del desayuno. Podía sentir los ojos clavados en su espalda.

Rápidamente volvió al tema del viaje.

—Pero si te llevas el *Skorpa* nos quedaremos sin embarcación. Seremos nosotros quienes estaremos encallados aquí.

—¿Cómo? Ah, sí, Hal dijo que te enviaría mañana en la embarcación de suministros.

—Pero eso tarda horas y recorre millas.

—Comentó que lo arreglaría para que pasara al final de su recorrido.

Ragna suspiró.

—¿Y qué me dices del «Land Rover»?

—He de dejarlo en el aeropuerto Bardufoss. Él lo recogerá la semana próxima.

Parecía tenerlo todo previsto. A Ragna ya no le quedaban energías para discutir.

Si al menos no tuviera que practicar aquel horrible remo.

Intentó una última sugerencia.

—¿No podemos esperar a que vuelva Hal? Quiero decir... sólo para que ponga en marcha el motor del *Skorpa*.

Hubo una pausa. La atención de Rolf parecía ausente por el momento. Miraba pensativo a través de la ventana.

—No —dijo de súbito—. Estarán fuera algún tiempo.

—No creo que pueda hacer esto —jadeó Ragna mientras intentaba poner pie en la

pequeña embarcación, luchando por mantener el equilibrio mientras hacía guiñadas y corcovas al costado del *Skorpa*.

—Te echaré una mano.

Rolf tiró su maleta a la cubierta del *Skorpa* y, volviéndose, cogió a Ragna por las muñecas y la hizo pasar por encima de la regala. Ragna hizo pie con dificultad y fue a caer contra la timonera.

Y pensar que había de volver a pasar por todo aquello... Ya estaba empapada hasta las rodillas después de ayudar a lanzar el bote con el oleaje. Se enderezó y, al sentir balancearse el *Skorpa* debajo de ella, hubo de aferrarse a la barandilla.

Rolf fue a popa para amarrar el bote y al volver entró directamente en la timonera. Temblando de frío, Ragna miró a través de la puerta abierta. Rolf estaba buscando algo con impaciencia.

—¿Cómo funciona la electricidad?

—No lo sé.

—Debe de haber un interruptor principal. Tienes que haber visto dónde Hal la conecta.

—No. ¿No te dijo él dónde estaba?

Rolf, sin contestar, desapareció por la escalera de cámara. Un minuto después, reapareció y accionó uno de los interruptores junto al volante. Se encendió una luz roja. Desapareció de nuevo. Ragna esperó a que le dijera lo que tenía que hacer.

Se oyó un fuerte y deslizante chirrido al ponerse el motor en marcha; se prolongó durante un rato y de repente paró. Ragna miró por la escotilla. Rolf estaba agachado junto al motor con expresión ceñuda.

De pronto Ragna se acordó de algo.

—Cuando hace frío, Hal suele echar algo en el centro del motor.

—¿El qué?

Se encogió de hombros.

—No puedo decírtelo. *Spray*. Una lata. Algo para ponerlo en marcha.

Rolf buscó por todas partes. Ragna miraba hacia la playa y recordó con nostalgia a Brattdal y a los otros.

Rolf se puso en pie mostrándole un bote de «Easy Start».

—¡Eso es! —gritó ella.

Entonces Rolf puso manos a la obra, levantando las palancas en la parte superior del motor. Parecía saber lo que hacía.

—¿Quieres darle al botón de arranque? —le gritó el cabo de un tiempo.

Ragna miró el tablero de instrumentos y, al reconocer un gran botón negro que vio utilizar a Hal, apretó. Empezó a oírse de nuevo el chirrido pero esta vez sonando con más alegría. Rolf se precipitó accionando arriba y abajo el acelerador. El motor tosió una, dos veces, Rolf bajó de nuevo por la escotilla y, por último, aunque de modo lento y penoso, el motor adquirió vida.

Ragna suspiró aliviada. ¡Gracias a Dios! Ahora ya podía pensar en regresar.

Rolf reapareció y accionó el acelerador hasta que las revoluciones alcanzaron un nivel satisfactorio.

Ragna se ciñó de nuevo el pasamontañas.

—Ahora ya puedo regresar.

—Claro.

Rolf se fue en busca del bote. Al cabo de un momento, Ragna se dirigió a la cubierta lateral y miró hacia popa para ver cómo andaba la cosa. Rolf volvía con las manos vacías. ¿Por qué no traía el bote?

Llegó junto a ella.

—No está el bote.

—¿Que no está?

—La cuerda se hallaba podrida. Y se rompió.

Se sobresaltó al darse cuenta de lo que significaba lo que le estaba diciendo.

—¡Dios mío! Pero he de volver a tierra. ¿Cómo voy a hacerlo? ¡Tienes que dejarme en tierra!

—¿Pero dónde?

—En casa de Arne. Al otro lado de la isla. En cualquier parte.

Berg simuló mirar la hora.

—Durante millas no hay lugares donde atracar.

—¡Está la cala donde atraca la embarcación de suministros!

—¿Te has dado cuenta del oleaje? —le preguntó irónico—. Lo siento, es imposible. Mira, Kris estará bien con Hal. Lo mejor es que vengas conmigo. Luego, por la mañana podrás regresar en el barco de las provisiones y recoger tú misma a Kris.

—No...

—Puedes creerlo. No hay otro recurso —apretó los labios inexorable—. *De veras.*

Ragna se sintió por un instante impotente. Le miró suplicante pero él dio media vuelta, bajó la cabeza para protegerse del viento y, con paso cauteloso, se encaminó a proa. Entonces Ragna comprendió que se disponía a zarpar.

No pudo soportarlo.

Agarrándose a la barandilla avanzó por la cabeceante cubierta. Rolf estaba soltando la cadena de un poste de amarre.

—¡Rolf! —gritó pero el viento le arrebató las palabras de los labios.

Corrió el corto trecho que les separaba y se encontró junto a él.

—Por favor...

Con un fuerte impulso lanzó la cadena y la boya de señalización de un rojo vivo por encima de la proa y dio media vuelta.

—Rolf, por favor, llévame a tierra como sea —gritó aferrándose a su brazo.

Deteniéndose un instante, Rolf la miró desaprobador como si no pudiera creer que fuera capaz de organizar semejante escena.

—No te pongas histérica, Ragna. Mañana verás a Kris. No es esperar mucho, ¿verdad?

Su tono era terminante. Se soltó, dirigiéndose presuroso a la timonera.

Ragna permaneció inmóvil, agarrada a la barandilla, abrumada por una terrible sospecha.

Rolf lo había hecho a propósito. Había soltado el bote intencionadamente.

La embarcación ascendió con una ola y estuvo a punto de hacerla caer.

Despacio, con paso inseguro, recorrió toda la cubierta hasta popa y su mirada se perdió en la playa desierta.

—El teléfono está averiado.

Sorensen colgó el auricular y quedó con la mirada perdida en el espacio. Su expresión era malhumorada. No podía pues extrañarle que Starheim no le hubiera llamado.

¿Y ahora, qué debería hacer?

Por una vez le estaba resultando casi imposible tomar una decisión. Si se hubiera tratado de un problema legal, una cuestión de sopesar un factor frente a otro, podría haberlo abordado; en definitiva su trabajo estaba erizado de problemas. Pero en este caso era algo diferente, se trataba de un dilema moral.

¿Debería violar la confianza que en él había puesto Starheim y hacer honor a la garantía que le dio a Thrane? ¿O debería permanecer callado, arriesgándose a permitir que una cuestión grave no fuera investigada? Porque, cuanto más lo pensaba, más seguro se sentía de que debía tratarse de una cuestión grave. Un hombre puede hacer muchas cosas para ocultar su pasado... pero no hasta ese extremo.

De una cosa estaba seguro. Como quiera que fuese, habría de quebrantar una de sus dos promesas.

Si al menos pudiera hablar con Starheim.

Su secretaria asomó la cabeza por la puerta.

—El taxi está esperando —dijo.

Sorensen frunció el entrecejo.

—¿Para qué?

La secretaria lo miró con afectuoso reproche.

—¿Ya lo ha olvidado? Tiene una reunión en la cooperativa de pescadores.

Sorensen hizo una mueca al tiempo que lanzaba un gemido.

—Dos minutos. Deme sólo dos minutos.

De repente tomó una decisión. Se trataba de una cuestión de conciencia y semejantes asuntos no pueden quedar en el olvido. Era posible que el Señor le castigara si estaba actuando de modo equivocado; pero tenía que hacerlo. Descolgó el teléfono.





## Capítulo XXXI

Ante Hal se abría un túnel largo y negro que le succionaba y le conducía flotando por un arroyo de inconsciencia hasta un lugar donde ya no había dolor. Se rindió a ello dejándose llevar por esa sensación.

Sin embargo, algo le atormentaba, un único y persistente pensamiento que emergía de su mente consciente y no le dejaba descansar. Lo apartó, pero el pensamiento volvía cada vez con mayor insistencia.

Con un esfuerzo inmenso, intentó aislarlo. Al fin lo comprendió. Iba a morir a menos que se despertara. La muerte en sí no parecía tan importante, pero había alguna razón vital por la que no debía morir, aunque no podía desentrañar cuál era.

Centímetro a centímetro fue abriéndose camino a través del túnel, hasta que, con un último esfuerzo, logró liberarse de la oscuridad. La consciencia retornó con un repentino y brutal despertar del dolor.

Abrió los ojos. Oscuridad. Prestó oído atento; pero cuanto pudo oír fue un fuerte zumbido en los oídos. Movié la mano y sintió la aspereza del suelo de cemento. Todavía no estaba muerto.

Movié la cabeza. Terrible. Volvió a moverla. Apoyándose sobre las manos y los pies, avanzó tanteando el suelo hasta alcanzar la pared.

Se forzó a sentarse e hizo inventario de los daños sufridos. En la mejilla derecha tenía profundas abrasiones y aún estaba húmeda por la sangre. La nariz era una masa hinchada y sanguinolenta. Y el cráneo... sólo Dios lo sabía. Por lo que podía recordar, le había golpeado dos veces con la culata del rifle, una detrás de la oreja derecha, y a ello se debería probablemente el zumbido agudo y constante, y la segunda vez en la sien izquierda.

Pero lo que le preocupaba más eran los ojos. No captaban nada. Ni siquiera un atisbo de luz. Tal vez sólo se debiera a que estaba oscuro.

De repente le asaltó el pánico. ¿Cuánto tiempo había estado allí inconsciente? ¿Horas? ¿Unos segundos? Acaso Rolf estuviera de vuelta para acabar con él. Y Kris... ¿dónde se hallaba?

Logró ponerse en pie y caminar tanteando las frías paredes del sótano, tropezando con los cajones. Y también con algo grande y blando... Lo palpó. Era el cuerpo de Arne. Seguramente se había equivocado de camino. Estaba a punto de retroceder cuando algo le hizo detenerse.

Una leve rendija gris. Luz. Parpadeó. La visión estaba muy borrosa. Luego, lo comprendió. Podía ver con el ojo izquierdo, aunque no con el derecho. Aun así... más valía eso que nada.

Avanzó como pudo hacia el lugar de donde parecía llegar la luminosidad... la puerta de carga y descarga en la parte alta de una de las paredes.

Siguió avanzando pegado a ella hasta encontrar con el pie un escalón. Subió y logró llegar a la puerta. Tanteó buscando el picaporte y lo levantó. Sólido. Tiró de la pequeña manija; pero la puerta seguía firme como una roca. Recordaba que era muy gruesa.

La puerta de carga y descarga. Era la única manera de salir.

Muy despacio, con gran cautela, bajó de nuevo los escalones y atravesó el sótano en dirección a la rendija de luz.

La puerta estaba muy alta en la pared. ¿Cómo llegar hasta ella? Buscó un montón de cajones y los arrastró. El esfuerzo le hizo sentir un dolor espantoso en la cabeza.

Se encaramó sintiéndose inseguro y pasó la mano por la áspera superficie de madera de la puerta. No tenía picaporte... Una barra. La cogió con fuerza, pero no consiguió moverla. Golpeó con la base de la mano. Pareció que se movía... ¿O era acaso su imaginación? Le dio otro empujón. Pero luego sintió de nuevo el mareo y hubo de aferrarse a la barra para no caer.

Una vez se hubo recuperado, volvió a intentarlo. En esta ocasión cedió. Sudando, logró abrirla. El ojo izquierdo registró abundante luz grisácea; el derecho sólo oscuridad.

Volviendo al sótano, hurgó entre los cajones y las estanterías de almacenaje hasta hallar una barra de hierro. Se la metió en el cinturón. Subió de nuevo y salió por la puerta a la nieve. Permaneció un momento tumbado en la blanda blanca, recobrando el aliento, y luego subió gateando por el terraplén.

Se dirigió a la parte delantera de la casa. Vio sorprendido que el tractor seguía aparcado donde él lo dejó. Así pues, ¿estaba todavía Rolf en la casa?

No alcanzaba a comprenderlo. Retrocedió dando vuelta hasta el otro lado de la casa y elevándose sobre el muro echó una *rápida* mirada a través de la ventana del cuarto de estar, que tenía la luz encendida. Nadie. Hizo la misma operación por las ventanas de la cocina y del dormitorio.

Sólo quedaba la parte delantera.

Se acercó sigiloso a la puerta de entrada e hizo girar el picaporte. Estaba cerrada con llave. Sin embargo, nunca lo estaba. Meneó varias veces el pomo sin resultado alguno, y luego lo intentó presionando con el hombro. Nada se movió, salvo en su cabeza que recibió un par de impactos que le produjeron un terrible dolor.

Utilizando la barra de hierro golpeó la puerta. Luego, introduciéndola a modo de palanca entre la hoja y el marco, descargó sobre ella todo su peso. Finalmente se escuchó ruido de madera astillada y la cerradura cedió.

—Kris...

Silencio.

Recorrió la cocina, la sala de estar y luego el resto de la casa. Nada. Se hallaba a punto de echarse a llorar.

—Kris...

Silencio.

Volvió a llamarle una y otra vez mientras en su fuero interno suplicaba: Dios mío, por favor.

Permanecía en pie en el vestíbulo, los hombros hundidos, sintiéndose por un instante vencido.

Y entonces lo oyó. Un grito débil y lastimero.

La cocina. Pero...

Volvió presuroso.

Lo escuchó de nuevo... Detrás de la puerta.

El niño estaba allí oculto... vivo, a salvo.

Hal tenía la garganta tan apretada que no podía hablar. Le abrió los brazos.

Kris se quedó mirándolo, abrió la boca y lanzó un prolongado y agudo chillido.

Hal cogió al niño en los brazos y sentándose en una silla se lo puso sobre las piernas junto a la estufa todavía caliente. Lo mantuvo abrazado, lo meció y le acarició el pelo murmurándole palabras cariñosas hasta que dejó de gritar.

Finalmente lo miró. La conmoción había borrado toda expresión de la cara del niño; su mirada era vacua y tenía el cuerpo rígido. Hal se preguntaba a qué experiencias terroríficas había estado sometido.

—Estoy aquí, Kris —le frotó las manos para estimular la circulación—. ¡Ahora ya estás bien! ¡Vamos!

Nada.

Hal añadió con voz mucho más fuerte:

—¡Eh! ¡Despierta!

El niño parpadeó, aclarándose su mirada. Sus ojos se clavaron en la cara de Hal y de nuevo sintió el horror.

Hal se llevó una mano a la cara y entonces lo comprendió. Su rostro era el culpable.

—Vamos y me ayudarás a lavarme.

Sentando al niño sobre la tabla de escurrir, Hal se lavó la cara con meticulosidad, sufriendo violentos estremecimientos cuando se tocaba la nariz. Le dolía de una manera infernal; sobre todo cuando se movía el hueso roto. Se aplicó desinfectante a la mejilla, lo que también le produjo gran dolor.

—¿Está así mejor? —preguntó después de secarse. Por la expresión de Kris dedujo que no era así.

Volvió a abrazarle.

—Siento tener un aspecto tan horrible; pero por dentro soy el mismo.

Sonrió para demostrarle que era una especie de broma.

Siempre con el niño en brazos, entró en la sala de estar y se acercó al teléfono. Presionó varias veces la horquilla. No tenía línea. Trató de encontrar hilos rotos, pero no descubrió ninguno. Entonces miró por la ventana e incluso con un ojo inútil pudo ver mucho. Los cables colgaban inútiles del poste.

Encontró un reloj. Eran las tres de la tarde.

—Vamos. Iremos a reunirnos con mamá.

Al punto lamentó haberlo dicho. Tal vez no la encontrarán. ¿Por qué Ragna no había ido a buscarlos hacía ya horas?

Registró rápidamente la cocina. Había desaparecido el «trescientos tres» de Arne; pero, a menos que tuviera una mala racha de suerte, todavía seguiría oculto en la parte superior del aparador el viejo revólver «Webley», así como la caja de municiones. Alargó el brazo y su mano tocó el frío metal del arma. Lo cogió con aire triunfal. Ya era hora de que algo le fuera bien. Pero al punto se corrigió. Algo le había ido muy bien. Había encontrado a Kris, y eso era lo más importante de todo.

Cargó el arma y se la metió en el bolsillo con un puñado de cargadores. Cortó pan, lo untó con mantequilla y mermelada y se lo dio a Kris con un vaso de leche en polvo. También él comió y bebió, aunque masticar le resultaba en extremo penoso. La comida le hizo sentirse mucho mejor.

Envolviendo a Kris en una gruesa chaqueta de Arne, se lo puso sobre los hombros y se dispuso a irse.

—¿Vas bien?

No hubo respuesta, pero los bracitos que le rodeaban el cuello se la dieron.

Se dirigió al tractor y, sentando a Kris en el suelo, intentó ponerlo en marcha. El motor arrancó débilmente un par de veces y luego se caló. La batería estaba agotada. Lo intentó con la manivela una y otra vez. Nada. Levantó el capó.

No encontró avería alguna. Lo intentó una vez más con la manivela, aunque sin éxito.

Resignado, se subió de nuevo a Kris a los hombros y emprendió la caminata encorvado contra la fuerza del viento. Notó que éste llegaba todavía más del este y era helado. Las olas rompían ruidosas en la playa, retrocediendo sobre los guijarros con fuerte estruendo.

Al alcanzar la cima del sendero, dirigió la mirada de forma automática al punto de la playa en que estaba amarrado el *Skorpa*. Pero no podía localizarlo. En realidad no podía localizar nada con la borrosa visión general.

Siguió andando y de nuevo intentó descubrir la embarcación sin conseguirlo.

Sólo cuando se encontraba prácticamente a la altura del cobertizo de los botes, obtuvo una visión clara aunque sesgada del amarradero. Se quedó parado. Volvió a mirar. Pero no se había equivocado... No estaba allí.

Se lamentó para sus adentros. Claro. ¿Qué otra cosa haría Rolf sino llevarse la embarcación? Escrutó el estrecho y el fiordo lejano por si acaso la veía, pero la creciente oscuridad caía ya sobre la mar gris salpicada de blanco hasta el punto de que, para su borrosa visión, resultaban indistinguibles los colores y detalles.

Empezó a subir cansino la larga ladera de la colina que conducía a Brattdal. Le atormentaban unos latidos espantosos en la cabeza y volvía a tener náuseas. Ahuyentando de su mente toda idea, salvo la de la necesidad de llegar a casa, siguió avanzando tenaz. Finalmente surgió ante ellos, con sus luces brillando en la tenue

claridad crepuscular, tranquila, casi como si nada hubiera cambiado.

Hal subió los peldaños hasta el porche y entró sin detenerse.

El silencio era absoluto.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Kris.

Hal tuvo el presentimiento de que no iban a encontrarla allí.

—Iré a buscarla —dijo sin embargo animoso.

Dejó a Kris en la cocina y recorrió la vivienda. Las cosas de Rolf habían desaparecido. No así las de Ragna. Allí seguían su maleta, sus trajes, su cepillo de dientes. Se sintió embargado por el temor.

Acabó de recorrer la casa antes de volver junto al chiquillo. Trató de pensar en lo que debería decirle.

—Creo que mamá se ha ido, Kris. Ha vuelto a casa. Para... ocuparse de los preparativos —no supo qué más decir—. Creo que nosotros también deberíamos volver. ¿No te parece?

Kris rompió a llorar desconsolado. Hal le rodeó con un brazo. Volviendo el oído sano hacia el vestíbulo se mantuvo a la escucha. No sabía de qué.

De repente se quedó frío.

¿*Bamse*? ¡*Bamse*!

Se puso en pie de un salto.

—Voy a echar un vistazo fuera.

La carita de Kris era la imagen de la desesperación.

—Es por los animales, Kris —intentó tranquilizarle—. Tengo que ir a verlos.

Y salió antes de que el niño pudiera hablar.

Una vez fuera empezó a lanzar silbidos fuertes y prolongados. Nada. Subió la colina hasta el establo, sin dejar de silbar. Al abrir la puerta del establo fue recibido por una avalancha de balidos y bramidos de los animales. Ni rastro de *Bamse*. Cogió sacos de pasto para varios días y los abrió en el recinto de las cabras. Y lo mismo hizo con el resto del ganado. Los aprovisionó de agua y volvió a salir.

Oteó el valle que ya empezaba a quedar en sombras y volvió a silbar fuerte y largo.

Aguzó el oído tratando de escuchar un ladrido de respuesta; pero no se percibía nada, salvo el crujir de la nieve al ser agitada por el viento.

Ragna. *Bamse*. Sintió un atisbo de esperanza. Podría ser significativo que hubieran desaparecido ambos. Era posible que ella hubiera ido en busca de ayuda llevando a *Bamse* consigo. Pero ¿cómo? Si hubiera ido por tierra hasta la granja más cercana habría tenido que pasar por delante de la casa de Arne, y no lo habría hecho antes de tratar de encontrar a Kris en ella. Y en cuanto a la embarcación... Ragna jamás habría sido capaz de hacer subir a *Bamse* a bordo.

La esperanza se desvaneció.

No. Ragna y Rolf se habían ido en la *Skorpa*. ¿Y *Bamse*?

Decidió recorrer los alrededores de la casa. Dirigiéndose hacia el norte y el este

buscó huellas frescas; pero, bajo la sombría luz que iba extinguiéndose, la nieve lo había cubierto todo, e incluso los senderos favoritos del perro apenas eran visibles. Alcanzó la fachada de la casa bien por debajo del porche, siempre silbando, escudriñando los muros grises del valle por si acaso la familiar silueta lupina pudiera aparecer. Evitando la última esquina se dirigió al huerto y atisbo por encima del muro.

Nada. Se encaminó de nuevo a la casa; pero de repente se detuvo. Su mirada había captado algo. Algo sobre la nieve, exactamente delante de él. Se puso en cuclillas para verlo mejor. Marcas. Grandes chafarrinones... manchas sobre la nieve pisoteada. Y desde allí un trecho de nieve alisada conducía hacia el lado de la casa como si hubieran arrastrado algo sobre ella.

Hal siguió aquella franja.

- entonces lo vio... una forma oscura pegada al muro de la casa, oculta entre las profundas sombras de una ventana iluminada.

No podía distinguir lo que era. Se acercó cauteloso, aguzando su ojo sano, forzándose a ver.

Y ya a dos metros lo vio.

Se paró en seco. No quería seguir adelante. No quería haber adivinado.

¡Dios bendito!

—No... —gritó en voz alta, y era un grito de desesperación.

Recorrió la corta distancia y, cayendo de rodillas, pasó las manos sobre el áspero pelo. Por un instante se sintió eufórico. La carne todavía estaba flexible y tibia. En las profundidades de la inmensa caja torácica aún palpaba el corazón.

Pero luego, mientras iba tanteando, encontró la profunda depresión en la base del cráneo y la euforia se desvaneció. Sólo quedó una furia feroz y salvaje porque, como quiera que palpara aquel hueco, por mucho que intentara decidirse que no era profundo, resultaba innegable que se trataba de una inmensa cavidad ensangrentada... un agujero hondo y horrible... Y, en el fondo de su corazón, sabía que aquella espantosa herida no tenía cura.

Con un cuidado infinito, cogió al perro y lo llevó hasta el haz de luz que salía por la ventana, lo acomodó en un lecho blando de nieve fresca. Palpó la hermosa e inteligente cabeza aún con la esperanza de que el hueco ensangrentado no fuera tan hondo... Pero allí seguía, profundo y bestial, y sintió la garganta apretada por el dolor y la pena. Le levantó los párpados y pudo ver la mirada muerta, inerte. Luego, poniéndole una mano sobre el potente pecho pudo sentir los estertores.

Dejó caer la cabeza junto a la del perro, acariciando el largo torso, sintiendo la abundancia del pelo.

—Pobre loco, pobre loco —murmuró, y le cayeron lágrimas ardientes sobre la oreja de *Bamse*.

Luego, siempre con la mejilla contra la cálida cabeza, sacó el revólver del bolsillo, lo amartilló y lo aplicó con fuerza contra la nuca del animal.

Aspirando hondo, volvió bruscamente la cabeza y apretó el gatillo.

El gerente de publicidad de «Aeroflot» se encontraba tumbado en el sofá, aburrido y fastidiado. Se había leído ya todos los periódicos, y el libro que había llevado consigo era un plomo.

La casa refugio, un apartamento en el sector Frogner de Oslo, se encontraba tan silenciosa y era tan deprimente como una tumba. El gerente, teniente de la GRU, se acercó a la ventana y miró afuera. Una anciana andaba con suma precaución sobre el pavimento helado; un recadero descargaba de una furgoneta una caja inmensa; pasó un coche traqueteante. El gerente suspiró. Aún le quedaban otras cuatro horas con sólo algunos emparedados y el ocasional café para romper la monotonía. Y vaya si serían monótonas. Para desdicha suya, no era previsible que pasara nada. Durante sus turnos jamás sucedía cosa alguna.

Sonó el teléfono.

Se puso en pie de un salto y se quedó mirando el aparato como si se hubiera vuelto loco.

Luego, recuperando el dominio de sí mismo, se sentó junto a él ordenando sus pensamientos.

Puso en marcha la grabadora y descolgó el auricular.

—¿Hola?

—Aquí Harri... ¿Dónde diablos estaba?

—Esperaba que llamase.

La voz le llegaba lejana.

—Pues no parece demostrarlo muy bien, hijo de puta.

El joven agente del GRU enarcó las cejas. Aquello iba a necesitar mucho tacto.

—Ha habido un ligero problema logístico. Eso es todo —dijo—. La línea telefónica sufrió una avería.

—¿Una avería? ¿Y por qué diablos no la arreglaron?

—¿Cómo está usted? ¿Todo marcha bien? —inquirió con blandura el gerente de publicidad haciendo caso omiso de la pregunta.

—No, maldito si marcha bien. Las cosas no... están bien.

El ruso asimiló aquello.

—Ah. Lamento oír eso. ¿Está enfermo?

—Sí.

—¿Y no hay nada que pueda hacerse?

—Nada, cabrón.

—¿Necesita algo?

—Sí... unas vacaciones. Y pronto.



—¿No puede pasarse antes por la oficina?

—¡No! —la voz revelaba toda la furia contenida.

—Ya veo.

El agente del GRU pensó con rapidez. Había recibido instrucciones para aquella eventualidad; pero tenía que recordarlas con la máxima exactitud.

—¿Necesita ayuda con los billetes?

—Todavía no. Pero la necesitaré.

—No será problema.

—Quiero unas vacaciones auténticas. A América del Sur o algo parecido.

—Claro. Muy agradable.

—¿Pueden prepararlo? —la hostilidad se había desvanecido.

—Con toda seguridad. Tan pronto como decida a dónde quiere ir.

Una pausa.

—Creo que antes debería ir a ver a unos parientes. A un primo por parte de mi madre.

El gerente de publicidad se sintió aliviado. Harri había puesto las cosas mucho más fáciles para todo el mundo. Había elegido ir a Helsinki.

—¿Me telefonará cuando llegue?

—¿Estará ahí, cabrón?

—Alguien estará aquí. Todo el tiempo.

—Y desde casa de mi primo quiero salir directamente de vacaciones. ¿Entendido?

—Claro. Ah... ¿Harri?

—¿Sí?

—Un amigo muy especial le envía sus mejores saludos.

—Que se joda.

Se cortó la comunicación.

El gerente de publicidad respiró hondo. Tenía el presentimiento de que su superior se iba a sentir en extremo decepcionado. Pero por otra parte la noticia de que el sujeto se dirigía a Helsinki sería un cierto alivio para todo el mundo. De Helsinki a Leningrado sólo había cinco horas de viaje en autobús. Los turistas hacían el recorrido continuamente. El Palacio de Invierno y el Hermitage eran grandes atracciones.

—Al parecer la línea sufre alguna avería —dijo la telefonista.

—¿Una avería? —Ragna se pasó la mano por la frente incrédula—. ¿Y cuándo estará reparada?

—¿Por allí? Pueden transcurrir semanas.

Ragna colgó y dejó caer la cabeza entre las manos. Aquello se hacía por momentos más espantoso. Si dejara correr su imaginación lo sería tanto que apenas podría soportarlo.

Kris. Hal. ¿Qué les habría ocurrido? ¿Se encontrarían bien? ¿Habrían ido de veras de excursión?

¿Había mentido Rolf? ¿Habría soltado el bote adrede? Y de ser así, ¿por qué?

Se encontraba sentada en la sala de estar de su casa; pero le resultaba desconocida, como si hubiera pasado una eternidad desde que la vio por última vez. En el suelo había un juguete de Kris. Al verlo, le entraban ganas de llorar.

Si al menos se hubiera quedado en Brattdal. Si hubiese ido a casa de Arne. Si pudiera esperar el regreso de Hal.

Hal. Sintió una poderosa necesidad de él, una súbita nostalgia por su presencia. ¿Por qué no estaba allí?

Desde el vestíbulo le llegó la voz de Rolf.

—¿Sigue sin contestar?

Ragna no respondió.

Rolf asomó la cabeza por la puerta.

—¿Quieres venir a ayudarme?

Ragna se levantó al tiempo que pensaba: «Cualquier cosa. Cualquier cosa para seguirle la corriente. Cualquier cosa por librarse de él.» Fue tras él al vestíbulo.

Lo encontró sacando vestidos del armario y dejándolos en el suelo.

—¿Pero qué buscas?

—Ropa de abrigo. Mochilas. Ah, y también necesitaré esquíes y botas, por si el coche se negara a ponerse en marcha. Supongo que tendrás.

Retrocedió unos pasos, esperando que ella sacara la ropa como si aquella fuera una tarea demasiado baja para él.

—¿Tan mala es la carretera a Bardufoss?

—No vamos a ir a Bardufoss.

Ragna lo miró.

—¿Vamos?

—Nosotros dos. Necesito que vengas conmigo.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A Finlandia.

Se quedó con la boca abierta. Había mucha distancia hasta la frontera; pero, una vez pasada, no existía nada más allá. Y la carretera se extendía muy alta sobre la meseta durante kilómetros y kilómetros. Con aquel tiempo incluso podía estar cerrada. ¿Y cuál podía ser su objetivo? Estaba al menos a veinticuatro horas de cualquier lugar medianamente civilizado.

—Pero ¿por qué? —logró al fin preguntar.

Pasó como un rayo ante ella en dirección a la cocina y allí empezó a abrir alacenas.

—Más valdrá que nos llevemos algo de comida. Recoge algunas latas, ¿quieres?

Se dirigía de nuevo a la puerta, pero Ragna se interpuso, impidiéndole el paso.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Sencillamente tengo que hacerlo y eso es todo, preciosa —le cogió la barbilla sonriendo con aquella sonrisa suya encantadora y banal.

«Voy a empezar a gritar», se dijo Ragna.

—Pero ¿a qué sitio de Finlandia, por todos los cielos?

Pasando junto a ella salió al vestíbulo.

—A Helsinki, probablemente.

—Eso es por lo menos dos días. ¡No puedo estar tanto tiempo fuera! Tendrás que irte solo. Lo siento, Rolf. ¿Me oyes? Tendrás que irte solo.

Él movió la cabeza en gesto negativo.

—No. Me temo que te necesito. Para que me ayudes a conducir.

Aquella discusión tenía algo de pesadilla, como cuando se intenta decir una realidad vital y nadie te escucha. Hizo un esfuerzo por razonar de modo amable.

—Verás. Supongamos que encuentro a alguien más para que vaya contigo. Alguien...

—¡No!

—¡Eso es ridículo, Rolf!

Se volvió hacia ella con una mirada dura y fría en los ojos azules.

—Lo ridículo, amor mío, es seguir aquí perdiendo el tiempo cuando ya deberíamos estar en camino.

Ragna sintió un escalofrío por la espalda. «No conozco a este hombre en absoluto», se dijo.

La cogió de la barbilla con una mano mientras que con la otra le pellizcaba la mejilla.

—Y ten en cuenta que cuanto antes nos vayamos antes estarás de vuelta. ¿Eh?

Dando media vuelta se inclinó para meter alguna ropa en la bolsa que había sacado del coche.

De ella sobresalía el largo cañón de un rifle de caza.

Un poco temblorosa, Ragna entró en la cocina y empezó a coger comida de las estanterías.

Hal hizo que Kris se sentara a popa y lo cubrió con una lona.

—No te preocupes —le gritó tratando de hacerse oír sobre el estrépito del oleaje.

Asegurándose de que su mochila estaba bien protegida debajo del asiento del timonel a fin de que no se mojara, empezó a prepararse para hacerse a la mar.

No iba a ser fácil cuando las olas tenían un largo recorrido de siete millas desde Lyngen y eran tan empinadas y cortas como pequeños muros y casi igual de duras. Había que considerar también que era noche cerrada, oscura como boca de lobo, y que él se sentía muy mal.

Izó la vela mayor, que azotó de una forma tremenda, como si intentase la propia destrucción. Y luego el trinquete. Comprobó que tenía al alcance de la mano el timón

y también la caña. Luego, descargando todo su peso, deslizó la embarcación sobre los guijarros, haciéndola entrar en el agua, la cual le dio fríos lametones en las botas y luego, con el siguiente empujón, le llegó hasta las rodillas. Cuando hubo logrado poner la embarcación a flote, una ola más grande rompió contra sus piernas, empapándole casi hasta las ingles. Se alzó la proa y cayó luego a modo de pistón en el oleaje rompiente.

Agarrando la regala a fin de mantener la proa con el viento, Hal se dirigió con dificultad a popa. Al llegar a ella cogió el gobernalle del interior de la embarcación e intentó introducir los pernos en sus orificios; pero cada vez que estaba a punto de lograrlo el golpear del oleaje impulsaba el gobernalle fuera de alineación.

Maldiciendo en silencio lo intentó de nuevo. Lo único que logró fue sentir que una ola desviaba la proa a un lado. Una segunda ola la alcanzó. Hal la oyó romper contra el casco. Avanzó como pudo y orientó de nuevo la proa con el viento. Al volver a popa, vio la cara pálida de Kris atisbando por encima de la regala.

—¡Todo va bien! Pronto saldremos a la mar —le gritó.

La carita desapareció.

Esa vez mantuvo el gobernalle rígido, en alineación, por la fuerza bruta e introdujo los pernos en su sitio. Quedó colocado. Al fin. Luego introdujo la caña en la cabeza del timón, empujando la embarcación tan lejos como le fue posible antes de que las olas rompieran sobre su cabeza, y dejó que la proa se inclinara hasta apuntar derecha a la mar. Tan pronto como las velas captaron el viento y *Lillebjorn* hizo sus primeras y vacilantes arremetidas contra las olas, Hal se izó por encima de la regala y se dejó caer de cabeza en la embarcación, pataleando para introducir tras él sus piernas chorreantes.

Se levantó, agarró la caña y la aplicó a la escota mayor. La vela se hinchó y *Lillebjorn* respondió con un repentino impulso hacia delante, acompasándose resuelta a las olas. Con la primera, la proa se alzó; pero era demasiado alta para ella y su cresta rompiente se extendió espumosa sobre la portilla de proa, derramándose en torrentera por la cubierta de proa triangular, y luego dentro de la embarcación.

Ésta se recuperó, se sacudió el resto del agua sobre cubierta y, enderezándose un poco, se dispuso a atacar a la próxima ola. Ahora llevaba algo más de velocidad y Hal pudo impulsar un poquito la proa a la ola que se aproximaba rápida, de manera que atravesó con toda limpieza la cresta dividiéndola en dos.

Otras dos olas semejantes avanzaban a su encuentro, una de ellas curvando sobre la embarcación una cresta siseante, pero *Lillebjorn* luchó por abrirse camino hasta que lo peor quedó atrás, y se encontró con las habituales olas largas de aguas profundas. Hal se guió por las tenues luces de la playa que tenía enfrente y alteró el rumbo. Largó el pequeño trinquete, orientó la mayor al curso del viento y sintió cómo *Lillebjorn* se lanzaba hacia delante, estremeciéndose ante su libertad.

Ahora era la propia velocidad de la embarcación lo que les empapaba. Se alzaban cortinas de rociadas que caían de nuevo sobre la proa y dentro de la embarcación. Hal

fue en busca de la bomba que acababa de comprar. Vigiló a Kris. El niño parecía tranquilo y bastante seco. Se encontraba por encima del nivel del encharcado pantoque y se había acurrucado, tapándose incluso la cabeza con la lona.

Hal bombeó con energía hasta que disminuyó el chapoteo. Entonces se tomó un descanso. Se limpió los chorretones que le caían sobre los ojos, se dio cuenta de que era sangre. Se tocó la cabeza. La herida de la sien estaba sangrando. No hizo caso pero la sangre seguía cayéndole pegajosa por la cara. Se quitó entonces la tira de toalla que llevaba al cuello y echándose hacia atrás la capucha, se la enrolló varias veces a la cabeza.

Sintió mucho frío en el cuello. Pero pronto desapareció aquella sensación ante la frialdad que sentía en todo el cuerpo a causa del viento cortante que penetraba a través de su impermeable y se aferraba a sus ropas empapadas intentando congelarlas sobre su cuerpo. Las manos comenzaron a dolerle de frío; luego, empezó a sentir en ellas latidos y por últimos casi se le quedaron insensibles. Se las metió alternativamente bajo la chaqueta para intentar mantener la circulación.

Ya estaban a medio camino. Un letargo fue apoderándose de él. Necesitaba dormir.

Se despabiló sobresaltado y agarró la caña con ambas manos. Y lo hizo a tiempo, ya que de las montañas lejanas llegó desatado un violento turbión soplando como un demonio, arrojando a *Lillebjorn* sobre las cabezas de sus baos. Hal aflojó rápido la escota expulsando viento de la mayor. Con lentitud inquietante, la *Lillebjorn* se balanceó de nuevo, como recuperándose de un golpe y, haciendo acopio de fuerzas, se lanzó valerosa hacia la oscuridad, con las velas, hinchadas a medias, agitándose con violencia, sus obenques susurrando, el mástil bamboleándose con tal fuerza que hacía vibrar el barquito. Hal siguió aferrado, manteniéndolo firme, porque no se podía hacer otra cosa.

El turbión se alejó con tanta rapidez como llegó, y las luces de la playa, oscurecidas por la nube pasajera reaparecieron. *Lillebjorn* recuperó su postura erguida y aminoró la marcha afirmándose sosegada en las aguas, semejante a un ave marina encrespada.

Hal se tranquilizó y dirigió de nuevo su ojo sano hacia la playa. Era difícil calcular la distancia con un solo ojo; pero supuso que no estaba a más de dos millas. Menos de media hora.

Cayó en un torpe entumecimiento por la mar y el intenso frío, con el cuerpo encorvado sobre la caña, manteniéndose de espaldas al viento, gobernando sobre las olas por instinto y experiencia. La única vez que se movió fue para comprobar que Kris seguía bien, hecho un ovillo e inmóvil a sus pies. Por lo demás permaneció muy quieto, intentando de manera instintiva conservar el calor de su cuerpo. Era una esperanza imposible y al cabo de un rato empezó a temblar de forma incontrolada.

Parpadeó tratando de concentrarse. Las luces de la playa estaban ya mucho más cerca, y el mar más tranquilo a medida que *Lillebjorn* llegaba al socaire de tierra.

Volvió a parpadear. Algunas luces de la costa se movían. Y entonces se dio cuenta. Eran faros. Un coche.

Los haces luminosos fueron cada vez más lentos hasta que quedaron detenidos en un punto muerto más adelante del amarradero de *Lillebjorn*. ¿Era posible que fuera el «Land Rover»? Ahora ya Rolf debía tenerlo. Lo sabía porque las llaves habían desaparecido del vestíbulo en Brattdal.

¿Pero por qué habría de volver Rolf?

Acaso se tratara de otro vehículo. Uno desconocido. Volvió a concebir esperanzas. De ser así parecería caído del cielo. En su fuero interno, suplicaba al coche que no se alejara.

Utilizando para su orientación las luces de una granja cercana, Hal buscó el muelle. Entonces se percató de que el automóvil desconocido estaba aparcado en el muelle cerca de él y que todo cuanto había de hacer era enfilarse hacia sus faros.

El viento, desviado por la tierra, amainó y por fin dejó de soplar. *Lillebjorn* redujo su velocidad a un lento balanceo. Hal se impacientó decepcionado.

Observó el coche, todavía tenía los faros encendidos. El foco iluminaba algo que sobresalía... un mástil, una superestructura. Una embarcación anclada junto al muelle.

El *Skorpa*.

Una pequeña ráfaga hinchó las velas de la *Lillebjorn*, que se lanzó hacia delante. El muelle cada vez estaba más cerca. Hal divisó una figura que subía a la cubierta del *Skorpa*. ¿Tal vez algún granjero de los alrededores, curioso por averiguar por qué no estaba en su amarradero? Sin embargo era imposible. Nadie por allí tenía coche, y menos que nadie un humilde granjero.

¿Rolf? ¿Por qué había de molestarse?

Hal renunció a hacer cábalas. En su lugar, con una mano prácticamente rígida, buscó debajo del asiento y en la mochila. Al cabo de un momento encontró el revólver y se lo metió en la chaqueta.

Parecía como si el viento le hubiera abandonado de nuevo. Deseaba ansioso que volviera a soplar. Debió de haber oído su ruego porque al cabo de un par de falsos intentos llegó soplando a lo largo de la tierra, cogiéndole desprevenido.

Orientó de nuevos las velas y *Lillebjorn* se lanzó una vez más hacia delante.

Tenía al *Skorpa* ante sí. Ahora ya pudo ver que había más de una persona a bordo. Se sintió esperanzado. Ragna. Había logrado obtener ayuda. Estaban a punto de hacerse a la mar rumbo a Revoy. ¡Sería maravilloso!

Sin embargo un cierto instinto le hizo mantenerse fuera del foco de los faros y dirigirse al extremo más alejado del muelle, que estaba a oscuras. Una vez allí lo rodeó y situando al *Lillebjorn* junto a unos pilotes de madera, se lanzó hacia la driza mayor y la soltó. La vela mayor cayó dentro de la embarcación con un fuerte ruido. La cara de Kris apareció de debajo de la lona.

—¡Quédate aquí! —le susurró.

Podía verse a una figura oscura delineada por los faros, que caminaba por el muelle en dirección a ellos. Sacando el revólver de la chaqueta Hal trató de amartillarlo. Juró entre dientes. Tenía los condenados dedos demasiado fríos.

Utilizó ambas manos con gran torpeza oyó el clic del percutor.

El foco de una linterna hizo salir de la oscuridad al mástil de *Lillebjorn*. El portador se detuvo en el muelle.

—Su identidad.

La voz no era la de Rolf.

Por un instante se sintió aliviado. Dejó caer la mano que sostenía la pistola y se puso en pie.

—Me llamo Halvard Starheim y necesito ayuda —dijo con acento débil.

Hubo una pausa.

—Suba aquí —le indicó aquel personaje.

No tuvo que repetírselo dos veces. Pero de cualquier manera no quería que el arma se disparara asustando a todo el mundo. Inclinandose entre las sombras se las arregló para quitarle el cargador y se lo metió en el bolsillo. Amarró a *Lillebjorn* y luego subió al muelle.

—¿Hay alguien a bordo del *Skorpa*? ¿En el barco de pesca? —preguntó con tono apremiante.

La linterna le iluminó de lleno el rostro.

—No —repuso la voz con cautela.

Había esperado demasiado.

—Escuche —pidió Hal a la figura en sombras—. Es un milagro que esté usted aquí quienquiera que sea. Se trata de una emergencia. Es demasiado complicado para explicarlo; pero primero tengo que encontrar un teléfono y luego he de ir a Tromsø. ¿Podría llevarme? No puede imaginarse lo importante que es...

—*Herr* Starheim —le dijo la voz con autoridad—. Soy el sargento Christiansen, de la Policía de Tromsø. Tiene que acompañarme.

—¿La Policía? —repitió como un eco; después comprendiendo lo que oía rió con tonto alivio—. ¡Gracias a Dios! Ragna... ¡Ragna se lo ha dicho! Por eso están aquí. Ella se lo contó.

—Estamos aquí porque hemos de conducirle a Tromsø.

Se desvaneció el alivio de Hal.

—¿No saben nada de Ragna Johansen?

—¡Vamos!

—No lo entiende —dijo Hal presa de frustración—. Escuche, ha ocurrido algo realmente terrible, un... —estuvo a punto de decir que el hombre estaba muerto, pero se detuvo a tiempo, pues con toda seguridad el sargento le detendría por asesinato—. Una mujer ha desaparecido. Necesitamos encontrar un teléfono. Han de poner vigilancia en las fronteras, en los aeropuertos. Yo tengo que... —intentó despejar las brumas de su cerebro— tengo que ponerme en comunicación con Thrane. Sí...

Thrane, y...

—Ha de venir conmigo —repitió monótona la voz.

—¿Qué quiere decir? —Hal no podía creer lo que oía.

—Tengo órdenes. Ha de venir a Tromsö.

—¿Por qué?

—Debe acompañarme a Tromsö —insistió aquella voz perseverante.

—¿Y si me niego?

—Soy un oficial de Policía, *Herr Starheim*. Y tengo órdenes estrictas. Más le valdría no discutir.

—Pero hay una mujer cuya vida corre peligro. Por Dios santo, tenemos que ir en su busca.

—Podrá hacer las oportunas declaraciones en la Comisaría. Pero ahora...

Hal sabía de antemano lo que ocurría con aquello de «¡Acompáñeme!» Se imaginaba ya las largas horas que habría de permanecer en una Comisaría de Policía con docenas de sargentos Christiansen. ¡Maldito si le iba a acompañar!

Una segunda silueta se dirigía hacia ellos procedente también del *Skorpa*. Sin duda otro bovino representante de las fuerzas de Policía de Tromsö.

—He de recoger primero al niño.

—¿El niño?

—En la embarcación.

Antes de que el sargento pudiera hacer objeción alguna, Hal se izó sobre el borde del muelle. El sargento dio un paso adelante para echar una mirada y al no ver la embarcación, pues se había alejado algo con su largo amarre, se acercó más al borde.

Y ahí estuvo su error. Hal, todavía aferrado al costado del muelle, agarró el tobillo del sargento y con poderoso impulso imprimió un movimiento de vaivén a la pierna. El oficial se tambaleó y, agitando los brazos, cayó al agua. Debía ser un hombre fornido porque se escuchó un sonoro impacto.

Su compañero se acercó corriendo.

—¡Ha caído al agua! —dijo Hal con un gran espíritu de colaboración.

—¿Cómo? ¡Oh!

El segundo oficial era joven, parecía atónito y no del todo seguro de lo que debía hacer.

En las cercanías se escuchó un fuerte chapoteo. El sargento era, a todas luces, un buen nadador, aunque era posible que no estuviera familiarizado con los baños invernales. Hal tranquilizó al joven oficial que se encontraba en el muelle.

—Iré a rescatarle —le dijo.

Un tirón del largo amarre llevó de nuevo a *Lillebjorn* junto al muelle. Hal saltó con ligereza a la embarcación. Los ruidos del chapoteo y el jadeo se acercaban cada vez más.

Soltando el amarre, Hal empujó la embarcación e izó la mayor. Se escuchó un



grito procedente del muelle.

—Yo en su lugar me tiraría para ayudarle —gritó Hal a su vez.

Otro grito. A ése ya no contestó Hal. Desplegó la mayor, el viento hinchó la vela y el *Lillebjorn* se adentró veloz en la oscuridad.

## Capítulo XXXII

Thrane bajó rígido del coche, se desperezó con dificultad y se encaminó al cuartel general de la Policía en Tromsø.

El viaje desde Oslo había sufrido innumerables retrasos. En Bodo no llegaron a tiempo para coger un hidroavión, el transbordo a un turbohélice con destino a Bardufoss retrasó dos horas su despegue debido a una avería y, como colofón, un recorrido lento y tortuoso por una carretera cubierta de nieve hasta Tromsø.

En total siete horas. Y aun así tenía que sentirse agradecido. En el invierno norteano llegar a cualquier parte era un verdadero milagro.

Ahora tenía que habérselas con la Policía local. Suponía, por anteriores experiencias, que se mostrarían algo a la defensiva y un tanto suspicaces, lo que requeriría diplomacia y tacto.

Pero se equivocaba. El jefe de la Policía de Tromsø mostró de inmediato y sin reservas un gran espíritu de cooperación. Y ello se debía, como pronto comprendería Thrane, a que se encontraba en estado de *shock*. No sólo había sido arrojado al agua uno de sus oficiales sino que quién lo hizo había sido un hombre que hasta el día anterior fue el auténtico héroe de Tromsø.

Pero eso no era todo. Según el agente del servicio de seguridad destacado en Tromsø, un joven de nombre Krog, aquella mañana se habían hecho tres llamadas desde Revoy, una al mismo número de Oslo que el día anterior. La segunda a la Agencia de Prensa Novosty preguntando por un tal Aleksander Savin. Y la tercera, aunque pareciera increíble, a la Embajada soviética.

Y ahora le tocaba el turno a Thrane de mostrarse estupefacto. Allí tenía la prueba, si es que era necesaria alguna más, de que Starheim estaba del otro lado. Sin embargo, todo aquel asunto resultaba increíble. ¿Cómo era posible que hubiera podido engañarle hasta tal punto? ¿Cómo pudo haberse equivocado tanto respecto a aquel hombre?

Aun así, parte de él no podía aceptarlo. «No lo creo», se decía.

A Thrane le dieron un escritorio provisto incluso con una lista de mensajes. En la mayoría de ellos se le instaba a que llamara a Ekeland. Sin embargo había uno en el que se pedía que llamara urgentemente a Lars Sorensen.

Les dio a todos de lado. Por el momento podían esperar.

Ahora ya sólo tenía una prioridad. Encontrar a Starheim.

—La *Fortress* autorizó una vigilancia especial en las fronteras y los aeropuertos hace una hora. Ahora ya debe estar en marcha. Se ha llamado a un par de unidades MP como refuerzos.

—Sí. Pero... ¿no se encuentra nuestro hombre en el mar?

—En una embarcación pequeña no podrá ir muy lejos —dijo Krog—. Sobre todo

con este tiempo. Y hemos puesto vigilancia en su barco de pesca, el *Skorpa*.

—Bien... ¿y qué me dice de los barcos pesqueros de otras gentes? Podría muy bien... humm... tomar prestado uno de ellos.

—Por estos alrededores se darían cuenta en seguida de algo semejante. Lo que sí parece que se haya tragado la tierra es su «Land Rover». Sería muy posible que lo hubiera ocultado en alguna parte.

Thrane, poniéndose en pie, consultó el mapa que había en la pared, al tiempo que pensaba con ahínco.

—Muy bien. Pidamos a nuestros amigos que establezcan algunos controles. Uno al norte de Kaafiord y otro al sur. Ellos sabrán mejor dónde situarlos.

Se dijo que con aquello quedaría cubierta la carretera que iba de norte a sur. En el aeropuerto de Bardufoss y en la ruta hasta la frontera con Finlandia ya habían puesto vigilancia. Y después de eso, ¿qué quedaba? Montañas a un lado y el mar al otro. No mucho. A menos que se tuvieran poderes mágicos.

O que se fuera Halvard Starheim.

No podía evitar pensar que Starheim era un hombre capaz de encontrar otra salida. Lo que Thrane tenía que descubrir era cuál iba a ser.

De repente se le ocurrió una idea y señaló la isla de Tromsø.

—Deberíamos vigilar también la casa de la viuda Johansen. Es posible que esté allí —volviéndose de nuevo hacia Krog añadió—: ¿Cree que nuestros amigos podrán arreglárselas con todo esto?

Krog se encogió de hombros.

—Bien, pronto lo averiguaremos —dijo Thrane.

El «Land Rover» se detuvo en seco.

—Conduce tú —dijo Rolf tirando del freno de mano y empezando a deslizarse hacia el asiento contiguo.

Ragna comprendió que era ella la que tenía que bajar y, dando la vuelta al coche, sentarse al volante. Al hacerlo, una fuerte ráfaga de viento helado le quitó la capucha.

Se instaló en el asiento del conductor y, una vez lo hubo ajustado, se puso en marcha. Los faros alcanzaban una gran distancia, iluminando la brillantez de la carretera y el centelleo de las montañas, acentuando la negrura del fiordo Lyngen, que se extendía tenebroso a la izquierda. De repente el coche se torció y empezó a dar sacudidas al recibir el impacto de una potente racha de viento. Ragna redujo la marcha.

—No es más que viento —dijo Rolf—. ¡Sigue adelante! —el tono era hermético y algo condescendiente.

Ragna se encorajinó. ¡Eso era! ¿Por qué no conducir de forma temeraria? Con un poco de suerte podrían sufrir un accidente. Apretó el pie. Las ruedas giraron por un momento y luego cogieron el ritmo. El «Land Rover» aceleró, saltando sobre los

pequeños montículos y accidentes de la nieve. El velocímetro alcanzó los ochenta y luego los noventa.

De forma inesperada apareció una cerrada curva. A Ragna se le subió el corazón a la boca. Hizo girar el volante, el «Land Rover» pareció a punto de abandonar la carretera pero en seguida dejó la curva atrás nada más que con un leve patinazo.

Ragna aminoró la marcha con el corazón latiéndole de modo desordenado. Era inútil, no tenía valor para provocar un accidente. Quería volver entera junto a Krisi y Hal.

La carretera giraba a la derecha en dirección a la entrada del valle Skibotn y luego daba la vuelta a la izquierda para atravesar el río helado. Más adelante había una bifurcación. Siguiendo recto, se bordeaban los fiordos durante cientos de kilómetros y toda la costa ártica. Torciendo a la derecha, era el camino que conducía a Finlandia y a la larga y desierta carretera sobre la meseta.

La última vez que Ragna estuvo allí también viajaba en el «Land Rover»... pero con Hal al volante y Rolf en el asiento de atrás. Y en aquella ocasión habían seguido recto, a lo largo del fiordo Lyngen, dirigiéndose al valle siguiente, al de Kaafiord y al emplazamiento de la instalación. Ahora aquella excursión parecía muy lejana. No obstante, recordaba con toda nitidez a Hal sentado al volante, silencioso, con los labios apretados. En su perfil, se percibía la expresión de un reproche silencioso. Aquel recuerdo le resultaba muy penoso. Se había portado mal con él. Y ahora tenía la sensación de haberle fallado, de haberle dejado en la estacada en algún momento vital.

Al llegar a la encrucijada, aminoró la marcha. Rolf lanzó una larga mirada en derredor, atisbando por encima del hombro, y también a través del parabrisas. Luego, con un ademán, indicó a la derecha.

Ragna hizo girar el volante, desolada ante el largo y duro camino que tenía ante sí.

Hal se quitó el guante con los dientes y puso la mano sobre la cara del niño. La tenía fría, pero Hal ignoraba hasta qué grado.

La embarcación hizo una guiñada a través de una ola. Se apresuró a volver a ponerse el guante y recuperó el rumbo. Se dirigían hacia el Sur, navegando a lo largo de la costa con el viento a babor y navegando veloz, demasiado veloz, con excesivo trapo, de tal manera que la *Lillebjorn* subía y bajaba, se balanceaba con violencia a cada ola, amenazando con volcar bajo el impulso de las fuertes ráfagas de viento. Debería arrizar, pero fue retrasándolo, reacio a perder un tiempo valioso y también a emprender lo que pudiera resultar una maniobra espinosa.

Se orientó. Se acercaban a la punta norte de la isla Tromsö. Calculó que aún les quedaban otras ocho millas. A aquella velocidad, las cubrirían en hora y media.

Así sea.

Las luces de la playa estaban desesperadamente cerca. Hubiera sido fácil llevar la embarcación a la orilla y pedir ayuda en cualquier granja. La gente se mostraría servicial y generosa. Por desgracia, también eran demasiado curiosos. Querrían saber por qué tenía la nariz aplastada, la cara llena de sangre, un ojo prácticamente ciego y aquel pertinaz dolor de cabeza. Insistirían en buscar ayuda bajo la forma de médicos y policías.

Consideró la alternativa de seguir adelante. Soplaban un viento endemoniado, supuso que se trataba de una verdadera galerna y además era frío y cortante como un cuchillo. En verano aquel tipo de travesía hubiera sido maravillosa. En febrero, empapado hasta los huesos, era una terrible cuestión de supervivencia.

La temperatura de su cuerpo había bajado de forma notable, lo sabía por la pérdida de sensación en los pies y en las manos, el dolor en las articulaciones y el entumecimiento de su cerebro. Se llega a ello sin darse uno cuenta. De no andar con tiento, el proceso de pensar se iba ralentizando de tal forma que la cabeza no era capaz de apreciar el peligro que se corría... y luego, por supuesto, era demasiado tarde para poner remedio.

Como quiera que fuese, necesitaba mantenerse alerta en todo momento y, como era lógico, despierto. Recordaba haber oído la historia de un pescador que naufragó en pleno invierno en una de las islas exteriores, y se frotó los ojos con tabaco para mantenerse despierto. Así salvó la vida. Pero Hal no disponía de tabaco y no podía imaginar nada que pudiera tener un efecto irritante similar.

Para ejercitar el cerebro, intentó desentrañar una vez más por qué diablos le estaría buscando la Policía de Tromsø con aquella actitud beligerante. Y a pesar de darle tantas vueltas, no encontraba respuesta alguna.

Thrane. ¿Podría ser sólo Thrane? ¿Y por qué? ¿Había ocurrido algo que pudiera inducir a Thrane a llegar a la conclusión de que Hal era un enemigo del pueblo?

Siempre tuvo la impresión de que confiaban el uno en el otro. Y así había sido, ¿no? Hasta el punto de que llegaron a hacer un trato, o al menos eso creyó él.

Así pues, ¿qué había ido tan mal?

Hal tomó una decisión. Tan pronto como estuviera en tierra, trataría de ponerse en contacto con Thrane por teléfono y hablaría con él. Le convencería para que empezara a buscar al auténtico culpable antes de que fuera demasiado tarde. Por otra parte, tampoco debía caer en la trampa de confiar demasiado en Thrane. Era muy posible que intentara convencerle de que se reuniera otra vez con la Policía de Tromsø, y eso había de evitarse a toda costa.

Necesitaba a Thrane; pero no estaba del todo seguro que éste siguiera estando de su parte.

Y entonces, ¿dónde diablos quedaba él?

En ninguna parte.

Se inclinó de nuevo para tocar al niño. ¿Sería su imaginación o el pequeño padecía hipotermia? No había dicho una palabra desde su apresurada retirada del

muelle. Hal no sabía si estaba medio muerto de frío o profundamente dormido.

Sin que nada lo hiciera presagiar cayó del cielo un violento ventarrón que azotó al *Lillebjorn* con estruendo aterrador. La embarcación saltó hacia delante como un animal asustado. Hal intentó contenerla de forma desesperada; pero su balanceo se hizo todavía más violento hasta dar un fortísimo bandazo a sotavento, enfilando la proa hacia la playa. Luego, retrocedió y dio otro igual de violento hacia el lado contrario volviendo de nuevo a sotavento, pero esta vez agitándose de manera incontrolable, presionando fuerte, su aguilón golpeando el agua con poderoso siseo, su regala de sotavento casi hundida; la mayor azotando con estruendo.

Luchando por volverla a rumbo, Hal subió por el asiento en fuerte pendiente y descargó todo su peso en la regala de barlovento. Tiró de la caña hacia él todavía con más fuerza. Finalmente sintió que respondía, la proa se alzó, reaparecieron las luces de Tromsø sobre la proa, la embarcación se estabilizó, el ventarrón se extinguió y Hal volvió a bordo temblando casi de alivio.

Necesitó un momento para ver que, de debajo de la lona, había surgido la cara pálida del niño.

—¿Kris? —lo llamó tratando de hacerse oír por encima del viento—. ¿Estás bien, Kris?

En el aire flotó un débil «Sí». El chiquillo se acurrucó de nuevo, adentrándose más debajo del asiento. Hal lo arropó bien con la lona.

—Seguiremos adelante. ¿No crees? Iremos a casa en Tromsø. ¿Te gustaría?

—Sí.

Así pues, estaba decidido. De cualquier manera era el único sitio al que quería ir Hal. Surgió ante él la visión de Ragna vigilando y esperándoles, una figura delgada en pie, junto a una ventana iluminada, la habitación con un ambiente cálido, camas blandas y comida caliente.

Luego tuvo otra visión. La casa estaba fría, a oscuras y vacía. Y fue precisamente ésa la que permaneció firme en su mente.

Thrane examinó las transcripciones de las llamadas telefónicas. Había hecho una a la casa refugio de Oslo sin recibir contestación. Luego otra a la Agencia de Prensa «Novosty», preguntando por Savin, con su propio nombre. El usuario, todavía seguía resistiéndose a creer que fuera Starheim, tampoco esa vez había tenido éxito. Y siguió sin tenerlo con la que hizo a la Embajada. Dejó un mensaje diciendo que había llamado «Harri».

Parecía como si sus camaradas rusos quisieran hacerse los desentendidos.

No era de extrañar que Starheim intentara por todos los medios poner tierra por medio.

Estaba también la propia llamada de Thrane a la que contestó el amigo anónimo del viejo. En ella había algo extraño. Thrane recordaba la voz, muy fría, demasiado

educada para un pescador y un granjero de aquellos lugares casi perdidos. Y, a menos que estuviera equivocado, una voz joven. Musitaba aquello mientras volvía sobre las transcripciones anteriores.

Se enderezó bruscamente. También había una llamada de Sorensen. Santo cielo. Comprobó la fecha y la hora. Esa misma mañana. Temprano.

Leyó rápido el mensaje que Sorensen dictó a Arne. Hizo esfuerzos ímprobos por comprender lo que significaba. Fracasó y lo releyó.

Rolf Berg... conocía bien aquel nombre. Por fuerza. Rolf Berg era un periodista importante en el *Dagens Post*. De ideas izquierdistas, contrario a la OTAN, con frecuencia antigubernamental. Alguien de quien siempre podía esperarse que provocara agitación.

Y a mayor abundamiento, era el autor del artículo sobre la instalación en Kaafiord.

Pero, en nombre de Dios, ¿por qué Starheim quería escarbar en las actividades bélicas de Berg? Habían trabajado juntos en la historia lapona, por lo que era de suponer que Starheim conocía y apreciaba a aquel tipo. ¿Qué razón había, pues, para que le interesara su pasado? Otra cosa sería si en la historia de Berg hubiera algo notable. Emigró a los Estados Unidos, se incorporó a las Fuerzas Aéreas y le derribaron.

Y luego estaba ese segundo personaje, Blakstad, cuyo nombre de pila era Roar. ¿Qué tenía que ver con todo aquello? El hombre había desaparecido allá por el año mil novecientos cuarenta y cinco, junto con un tal Petter Axelsen.

Desaparecidos... Thrane se hallaba interesado en personas desaparecidas.

Lars Sorensen había estado intentando ponerse en comunicación con Thrane. ¿Sería en relación con todo aquello? En ese caso, ¿tendría que ver con las actividades de Starheim? De momento no podía comprender cómo. Sin embargo, se dio cuenta de que tenía una sensación extraña en el estómago. Nunca se sabía. En ese negocio jamás podía tenerse ninguna certeza.

Cogió el teléfono y pidió el número de la oficina de Sorensen. Mientras esperaba, Krog asomó la cabeza por la puerta.

—El sargento Christiansen está aquí.

Thrane se le quedó mirando desconcertado.

—El policía nadador —le aclaró.

Thrane asintió e hizo ademán a Krog de que le hiciera pasar.

Mientras empezaba a oírse la llamada al número de Sorensen, un sargento de Policía de buena complexión y rostro ancho, entró en la estancia con andares rígidos y se sentó. Se le veía sonrosado y bien limpio, como si acabara de tomar un baño caliente.

El teléfono en la oficina de Sorensen sonaba sin parar; pero nadie contestaba. Al percatarse Thrane de que era bien pasada la hora de oficina, pidió a Krog que intentara comunicarse con su domicilio particular. Dicho lo cual centró su atención en

el sargento Christiansen.

—¡Para un momento!

Ragna apretó el freno y detuvo el «Land Rover». Se quitó los guantes para frotarse las manos y soplarlos con fuerza los dedos.

Aunque la calefacción estaba al máximo, el calor apenas se notaba.

Rolf bajó del coche para poner gasolina de los bidones que llevaba atrás. Habían recorrido alrededor de treinta kilómetros desde la costa en Skibotn. Subiendo a través del largo valle, fueron alcanzando altura, poco a poco y se situaron por encima de la línea de árboles, hasta que las inmensas montañas se fueron reduciendo y acabaron desapareciendo detrás de ellos. Empezó a emerger la carretera que conducía a la alta y plana meseta.

De repente Ragna sintió un escalofrío. Parados como estaban, aquel aspecto inhóspito llegaba a imponer. El viento azotaba la nieve en remolinos que danzaban a la luz de los faros, mientras la carretera que sólo era visible gracias a los postes de señalización, se prolongaba hasta el infinito. Sintió una sensación de vacío aterrador.

Entonces se acordó de la frontera. Ya debían estar muy cerca.

Cogió el mapa que Rolf había estado utilizando e intentó leerlo a la difusa luz del salpicadero.

Rolf abrió la portezuela de su lado, dejando entrar una ráfaga helada.

—Conduciré yo —decretó.

Al correrse para ocupar el otro asiento, vio que Rolf cogía algo de la parte de atrás y lo colocaba junto a él.

El rifle.

Renacieron los impotentes temores de Ragna. Como no se sentía segura de sí misma, permaneció callada y, después de doblar el mapa, se quedó rígida, mirando al frente.

Rolf puso el motor en marcha y arrancaron.

Pasaron sobre un ligero altozano y allí, delante mismo de ellos, apareció una zona con brillantes luces.

La frontera. Rolf sabía perfectamente dónde estaba.

Mientras se dirigían hacia allí, él se agitaba en el asiento inquieto. Ragna observó que se estaba mordiendo el labio, apretando con fuerza. Se encontraba muy nervioso. Ella sintió que el miedo le producía una desagradable sensación en el estómago.

Del puesto aduanero, salió una figura muy abrigada y permaneció allí, en pie, esperándoles.

Rolf se detuvo algo apartado de la barrera, por lo que el guardia hubo de dirigirse hacia ellos. Salió un segundo guardia y, después de examinar el número de la matrícula, entró de nuevo en la caseta. Dentro había mucha luz y, a través de la ventana, Ragna le vio consultar una pizarra.



Rolf bajó el cristal de su ventanilla dejando entrar una ráfaga de viento frío. El primer guardia se inclinó hacia él y le pidió el permiso de conducir. Rolf, echando una mano atrás, empezó a rebuscar en su mochila. Ragna se dio cuenta de que no apartaba los ojos del guardia.

El segundo guardia volvió a salir y llamó al primero. Éste levantó la vista, vaciló un momento y luego se dirigió hacia su compañero. Los dos hombres empezaron a hablar mirando en dirección al «Land Rover».

Un movimiento. Salió un tercer guardia de la caseta y se situó detrás de la barrera. En la mano llevaba una potente arma automática.

Ragna se mantuvo al instante alerta. Jamás hubo tres guardias presentes en un puesto fronterizo.

Rolf también se había dado cuenta. Estaba rígido, el rostro lívido y con expresión salvaje.

El primer guardia se apartó de los otros y se acercó de nuevo a la ventanilla de Rolf.

—Será mejor que venga adentro. Quizá sea sólo un momento —dijo escrutando con atención el rostro de Rolf.

Una levísima pausa.

—De acuerdo —contestó él con tono indiferente.

El primer guardia se apartó un poco; el segundo entró de nuevo en la caseta, el tercero permaneció detrás de la barrera con el arma en las manos. Rolf se inclinó hacia delante como para parar el motor.

Luego, todo tuvo lugar de forma simultánea. Rolf puso el coche en movimiento, dio marcha atrás, Ragna se sintió impulsada hacia el salpicadero, golpeándose la cabeza. Gritó. El coche siguió retrocediendo, yendo de un lado para otro, chirriando. Agarró la manija de la portezuela y permaneció aferrada a ella. El primer guardia gesticulaba y gritaba sin que se le oyera. El tercer agente se agazapó y apuntó el arma hacia ellos.

Sólo cuando escuchó un lejano ¡*crac...!* ¡*crac!* por encima del rugido del motor, Ragna comprendió que les estaban disparando.

Gritó y bajó la cabeza hasta meterla entre las piernas.

Un brutal giró la lanzó contra un lado. Apenas se apercibió de que el coche se había quedado parado, de que Rolf hacía girar brutalmente el volante, de que el vehículo se ponía de nuevo en marcha y aceleraba.

Volvieron a coger el camino por el que habían llegado.

Hal cogió a Kris en brazos y empezó a andar hacia la casa. Se sentía terriblemente desalentado.

La luz del porche en la parte delantera centelleaba sobre la nieve; pero el resto de la vivienda estaba sumido en la más absoluta oscuridad, las ventanas mirándoles

vacuas a través del agua.

Hal abrazó con más fuerza al niño. Mamá seguía sin aparecer.

Tratando de hacerse una composición de lugar positiva, pensó en lo que podrían encontrar. Un teléfono, chimeneas preparadas esperando que las encendieran, algo de comida y, con un poco de suerte, el coche de Ragna. En cuyo caso llevaría a Kris junto a su abuela.

Anduvo pesadamente por el costado de la casa, rogando para que la puerta de entrada estuviera abierta. Ragna a veces la cerraba, aunque era muy raro que por allí pasara nada.

Estaban próximos a la esquina del edificio. Se dirigió hacia él, cerca de la zona iluminada.

Al hacerlo se paró en seco a medio camino.

Un oscuro brillo en la calle. Metal. Trató de ver todo lo que le permitía el ojo sano. Un coche. Aparcado en la calle.

Hal fue retrocediendo, paso a paso, muy despacio, con gran sigilo, refugiándose de nuevo en las sombras.

Descansó contra el muro.

Debió de haberlo supuesto.

Un sonido. Por la parte delantera de la casa. Bajando a Kris, Hal se arriesgó a mirar hacia la vuelta de la esquina.

Una figura oscura. Junto a la ventana. Un agente de Policía. Con la nariz pegada al cristal y atisbando.

Kris le tiró de la manga.

—¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mi mamá?

Hal le indicó que se callara con un rápido movimiento de cabeza al tiempo que le tapaba la boca con la mano enguantada. El niño abrió los ojos sorprendido. Hal se arriesgó a echar un vistazo más al otro lado de la esquina.

El agente había dejado de mirar por la ventana y se dirigía con desgana a la puerta. No pareció haber oído la voz de Kris.

Vio que el policía se detenía en el porche y daba unos fuertes golpes en la puerta de entrada. Mientras esperaba, dirigió de repente la mirada en dirección a Hal.

Retiró al punto la cabeza. El silencio se prolongaba.

Pensó en la posibilidad de dirigirse a él e intentar explicarse. Tal vez aquel hombre escuchara.

Pero también existía el peligro de que no lo hiciera.

No podía arriesgarse.

La nieve fresca crujió bajo unas pisadas. Primero se oyeron claras y luego más distantes.

Hal se arriesgó a mirar de nuevo. El policía se alejaba por el sendero en dirección a su coche. Se escuchó un portazo. Esperó. El ronroneo del motor, que continuó no siendo más que un constante zumbido. Entonces Hal lo comprendió. El coche no iba

a parte alguna. Sencillamente habían subido a él para resguardarse del frío mientras vigilaban y esperaban. A él.

Pensó ansioso en el garaje que se encontraba al otro lado de la casa. El coche de Ragna estaría allí, era lo más probable.

Bajó la cabeza y la acercó al oído de Kris.

—Tenemos que jugar al escondite durante un minuto —le musitó—. Luego, iremos con la abuelita.

Aquello era el sustitutivo de la triste realidad: «Verás, mamá no está aquí.»

El niño, que ya se estaba acostumbrando a las malas noticias, se quedó impasible.

Manteniéndose entre las sombras, Hal desanduvo el camino hasta el jardín y, ayudando a Kris a saltar la valla de alambre, se encontraron en la propiedad contigua. Cinco minutos después, estaban de nuevo en la calle, a unos trescientos metros del coche que montaba la vigilancia.

Sin darse respiro, pese a su dolorida cabeza, se subió al chiquillo a los hombros y empezó a andar con paso ligero. Había unos veinte minutos hasta la casa de Sigrid Johansen, acaso más.

Tenía plena consciencia de que el tiempo corría veloz, y que Rolf lo estaba aprovechando al máximo.

Al enfilar el «Land Rover» el camino de regreso a Skibotn, a una velocidad espantosa, Ragna se aferró a la manija de la portezuela.

Aquello era lo que sucedía en las pesadillas, sólo que de ésa no la dejaban despertar. Tenía la demencial esperanza de que el «Land Rover» patinara y volcase; mas por el contrario, rodaba a la perfección. Rezaba para que se quedasen sin gasolina; pero, entre dos violentos bandazos del vehículo, pudo echar un vistazo al indicador, a cuya débil luz pudo comprobar que el depósito estaba todavía a la mitad.

Estando ya cerca del cruce que conducía a Skibotn pensó que Rolf aminoraría la marcha; pero, como la carretera tenía pocos accidentes, lo que hizo fue acelerar. Y luego torcer a la derecha.

A la derecha. Hacia el Norte.

Ragna se desmoralizó todavía más. Se alejaban de Tromsø. Se alejaban. No podía soportarlo.

Dominada por el pánico creciente, consideró la fuga. Abrir de repente la portezuela y arrojarse, pero a aquella velocidad era peligroso. La nieve acumulada en el lindero de la carretera estaría más dura que cemento. Tal vez si suplicara, si se lo rogara, pararía y la dejaría irse. Prometería cualquier cosa si supiera que iba a servir de algo.

Y entonces tuvo una idea. Tal vez lo lograra si se comportaba de una manera realmente espantosa hasta convertirse en un terrible estorbo. Necesitó mucho tiempo para hacer acopio de valor.

La carretera había girado a la derecha en su desviación de diez millas en la profunda mella de Kaafiord antes de que tomara una decisión.

—¡Déjame bajar! —le gritó.

Rolf la miró por un instante y sin contestarle siquiera aceleró.

—Párate y déjame bajar —le ordenó subiendo aún más la voz.

—Cierra la boca, Ragna. Te necesito.

Su perfil se mostraba implacable bajo el reflejo de las luces.

—¡Gritaré! ¡Gritaré, chillaré, te arañaré la cara y te pegaré puntapiés! ¡Y lanzaré alaridos hasta que me dejes bajar!

No le respondió.

Jamás en su vida había chillado... chillado de verdad. No sabía si podría hacerlo. Pero maldijo si no lo iba a intentar. Llenó a fondo sus pulmones y abrió la boca.

Entonces, por el rabillo del ojo vio a Rolf moverse, con tal rapidez que el chillido murió en sus labios y con una acción refleja se apartó, acurrucándose junto a la portezuela.

Pero no era a ella a quien se disponía a agarrar, se abalanzaba sobre el salpicadero. Y entonces lo comprendió, estaba apagando las luces. Delante de ellos había desaparecido la carretera sumergida bajo la nieve.

—¡Qué...!

Berg seguía mirando por la ventanilla. Y Ragna se percató. Había visto otras luces. Muchísimas. Por la parte más alejada de la hendedura de aguas oscuras que era Kaafiord. Focos de luz inmóviles.

¿Un grupo de coches aparcados?

Volvió a levantársele el ánimo. ¡La Policía! La vigilancia fronteriza debió de haber alertado a las autoridades. Sí, claro que lo habían hecho. Y la Policía había bloqueado la carretera. Ya no había necesidad de gritar.

Mientras observaba, un par de focos se apartaron del grupo y empezaron a moverse a lo largo de la playa que había enfrente. Podía ver las luces traseras y delanteras del vehículo mientras rodaba paralelo a ellos.

Era posible que fuese también un coche de la Policía. Sí. ¿Por qué no? Si era así, se cruzarían con él en la carretera, no podían evitar el encuentro, porque los dos convergían en la parte alta del fiordo. Se permitió alimentar aquella esperanza.

Luego se presentaron las dudas. Si aquel coche era de la Policía, ¿por qué Rolf conducía como un maníaco en dirección a él?

El «Land Rover» dio un potente salto. Ragna casi golpeó con la cabeza en el techo. Gritó. Rolf se desvió de repente para evitar algo en el camino. El coche pareció salirse de la carretera, sufriendo una terrible sacudida y vibraciones. Rolf luchó con el volante y, al momento siguiente, circulaban de nuevo sobre una superficie lisa.

Aferrándose con fuerza, preparándose para el accidente que podía producirse en cualquier momento, Ragna cerró los ojos; pero sólo le sirvió para sentirse mareada. Y no era mucho mejor fijar la mirada adelante. Los postes de la carretera se acercaban y

desaparecían a una velocidad espantosa. Desesperada, acabó clavando los ojos en los faros al otro lado de las oscuras aguas.

El haz dorado se movía de manera ininterrumpida ascendiendo por el empinado lado norte. Pero despacio, muy despacio, manteniéndose a duras penas a su altura.

Rolf seguía conduciendo a una velocidad demencial, encorvado sobre el volante, mirando con fijeza a través del parabrisas.

Pero aun así los dos coches tenían que encontrarse.

¿O acaso no?

De repente Ragna comprendió el motivo de aquella carrera loca de Rolf.

Corría por un trofeo. El trofeo era la carretera en la cabecera del fiordo. El desvío que ascendía por el valle hasta las montañas, dejando atrás el lugar del emplazamiento, hasta la meseta. Una carretera que no conducía a lugar alguno, una carretera donde nadie se molestaría en llevar a cabo una búsqueda... el lugar perfecto para ocultarse.

En su mente, Ragna incitaba al lejano coche a seguir, deseaba que forzara la marcha, quería obligar al conductor a que mirara a través de aquella extensión de agua y viera el vehículo que, sin luces, le estaba desafiando a alcanzar la parte alta del fiordo.

Pero al cabo de un tiempo se hizo palpable que las luces iban quedándose atrás de manera lenta, inexorable.

Estaba ganando Rolf.

A medida que las aguas se estrechaban entre las montañas convergentes y ellos se aproximaban a la cabecera del fiordo, las esperanzas de Ragna murieron. Incluso la claridad nocturna parecía haberse intensificado hasta el punto de resultar más visibles los postes... Ahora ya, Rolf no podía equivocarse.

Cuando se aproximaban a la cabecera del fiordo, la carretera se desviaba entrando por la boca del valle. El «Land Rover» cogió la curva rápido, derrapando y dando tumbos y, por un instante, Ragna pensó que, después de todo se estrellarían. Pero Rolf luchó con el volante, el vehículo fue de un lado a otro hasta que se enderezó. De nuevo Rolf tenía el control. Ragna contuvo su decepción.

Llegaron al río helado que desaguaba fuera del valle y cruzaron como un rayo el puente. Y allí, delante mismo, tenían el desvío.

Ragna buscó los faros en la playa del norte. Se habían acercado aunque no lo suficiente.

Se resignó. Ya no existía la menor posibilidad.

Rolf redujo algo la marcha, giró por la carretera del valle y aceleró de nuevo. El «Land Rover» saltaba con estruendo al entrar en contacto con la nieve dura y desigual.

La casa de Aslak estaba un kilómetro y medio más allá, a la izquierda. Ragna miró anhelante las luces doradas y ornamentales colgando de sus ventanas sin cortinas. Contra toda lógica esperanza que Aslak estuviera oteando.

La dejaron atrás. Ragna se volvió y observó a través de la ventanilla de plástico trasera; pero la casa se había difuminado en la densa nube de nieve que levantaban las ruedas.

Miró hacia delante; pero sólo encontró oscuridad.

Fastidiada consigo misma rompió a llorar.

Aslak Hetta apretó la nariz contra la ventana. Estaba escrutando el exterior porque siempre lo hacía cuando oía algo en la carretera. Era tarea suya saber lo que pasaba en el valle de Kaafiord. Cazadores en tiempo de veda, furtivos perseguidores de renos, funcionarios investigando de forma clandestina. Nunca se sabía.

Esta vez su curiosidad estaba bien despierta.

Sin luces. ¿Quién estaría lo bastante loco para circular por allí sin luces?

Y el vehículo... un «Land Rover». Exacto al de Hal. Se hallaba seguro de ello. Había visto su silueta sobre la nieve y las luces de la casa se habían reflejado por un momento en sus costados de metal gris. Sin embargo... que Hal pasara por allí de largo, sin detenerse un instante a verle, resultaba inconcebible.

Pero lo que le parecía aún más preocupante era el motivo que Hal pudiera tener para querer ir al valle en una noche así, la más fría en muchos años. Hacía un frío glacial. Nadie en sus cabales se atrevería a salir.

¿Cabía la posibilidad de que no fuera él? Pero al punto abandonó la idea. Muy poca gente vivía en la parte alta del valle. Y ninguno de ellos disponía de coche. Tampoco nadie en toda aquella zona poseía un «Land Rover».

Hal. Tenía que ser él.

Pero no lograba entenderlo.

Al cabo de unos minutos de reflexión, se endosó un anorak, botas de nieve, guantes, un sombrero... y, después de avisar a su madre, salió.

## Capítulo XXXIII

—Me temo que nada —reconoció a duras penas el jefe de Policía.

Se agitó en su asiento. Parecía incómodo y algo resentido, como si todo aquel asunto se lo hubiera sacado Thrane de la manga para complicarle la vida.

—Entonces, ¿ha desaparecido? —Thrane intentaba conservar la calma.

—Enviamos un coche desde el sur. Y otro hacia abajo desde el control de carretera en Kaafiord —el jefe de Policía se encogió de hombros—. Ni rastro.

—Pero un «Land Rover» no puede desaparecer así como así.

—No. Tal vez esté parado en alguna parte o... se nos haya escapado.

No había mucho que decir.

—Gracias. —Thrane se puso en pie, y añadió con la mayor amabilidad que le fue posible—: Le agradecería que me mantuviese informado.

Encontró a Krog delante de su improvisado despacho. Le hizo un ademán de cabeza hacia la puerta entreabierta de una sala de interrogatorios contigua y enarcó las cejas con gesto dubitativo.

—Dice que tiene más cosas.

Thrane entró rápido. El sargento nadador se encontraba sentado, encorvado sobre una hoja de papel en la que garrapateaba absorto. Al verle, dijo con gravedad:

—Me parece que ya lo tengo.

Se dispuso a hablar durante un buen rato. Thrane suspiró para sus adentros. No podía decirse que aquel suboficial fuera el más conciso de los oradores.

—Recuerdo con toda seguridad —empezó a decir el sargento— que parecía creer que esa Ragna Johansen tenía que haber venido a verme. Luego, cuando le manifesté que no lo había hecho, habló de tener que buscar a una mujer desaparecida. Creo que acaso... —calló un instante para dar el adecuado énfasis a sus palabras— que acaso estuviera hablando de la misma persona. Me refiero a esa Ragna Johansen. Tal vez ella fuera la mujer desaparecida.

—Sí, es posible —le interrumpió nervioso Thrane.

Por el rabillo del ojo había visto a Krog haciéndole señas desde la puerta.

—Y lo que dijo con toda seguridad fue que había ocurrido algo terrible, aunque no explicó lo que pudiera ser.

—Entendido. —Thrane miraba anhelante hacia la puerta; Krog había desaparecido—. Ahora he de irme, sargento. Y, por favor, siga poniéndolo todo por escrito. Es un extremo útil. —Dio media vuelta con rapidez.

—Otra cosa...

El sargento, poniéndose en pie de un salto, le siguió hasta el corredor.

Thrane se detuvo impaciente.

—¿Diga?

El hombre vaciló desmañado, ansioso de complacer y al tiempo algo avergonzado, como si le hubieran pescado durmiendo la siesta.

—Humm... Parecía estar herido.

Thrane se quedó mirándolo.

—¿Cómo?

—Es difícil estar seguro. Había mucha oscuridad. Y no tenía más que una linterna.

—Siga.

—Bien, se le veía la cara muy hinchada... Alrededor de los ojos y de la nariz. Bueno, normalmente no lo hubiera mencionado... me refiero a que en realidad no conozco a Starheim, sólo por fotografías y ya sabe que uno no se puede fiar de eso. Y claro, estaba tan oscuro... Acaso fuera ése su aspecto de siempre. Sólo que... bueno... lo que me hizo pensar que estuviera herido, en vez de suponer que tenía un aspecto extraño, fue la nariz... la tenía como torcida. Y los ojos parecían algo hinchados. Y tenía churretones a un lado de la cara. Entonces pensé que no era más que tierra. Pero ahora que lo pienso mejor, bueno, pudiera ser... tal vez se tratara de sangre —se llevó una mano a la cabeza—. De alguna parte de por aquí.

Se hizo una pausa electrizante.

Thrane intentó atar cabos, trató de situar aquello en alguna parte del ya enrevesado panorama, sin lograrlo. Era otra pieza que no encajaba. Un acontecimiento terrible. Una persona desaparecida. Cabía suponer que Ragna Johansen. Y ahora esto...

¿Violencia en Revoy? ¿Una lucha? ¿Pero con quién? ¿Con Ragna Johansen? Una pelea de amantes. Difícil de aceptar. A alguien como Starheim no le hieren de forma tan sencilla y, desde luego nunca una mujer. Y de no ser ella, ¿quién?

Sentía una mezcla de excitación y desesperanza. Todo aquello significaba algo... Lo sentía, lo sabía. Un conjunto de hilos vitales a la espera de que los recogieran y los unieran. Pero escurridizos hasta lo desesperante.

A su lado, Krog le puso la mano en el brazo, indicándole con la cabeza la oficina.

—He estado hablando con el guardia fronterizo —le informó—. ¡En el «Land Rover» iban dos personas! Una de ellas era una mujer.

Ragna Johansen.

—¿Y quién era el hombre? ¿Starheim?

La mirada de Krog traicionó su excitación.

—El guardia no cree que fuera él. Dice que lo hubiera reconocido. El hombre era rubio. Muy rubio. Está seguro de ello.

Thrane reflexionó. Claro. Así es como Starheim logró que el «Land Rover» llegara a la frontera tan rápidamente. No viajaba en él.

Se sentó al escritorio y dejó caer la cabeza entre las manos.

Una idea brotó en su mente. Por un instante le dio de lado y estudió otras posibilidades. Lo enfocó desde el ángulo amoroso. La idea de que *Pelo Rubio* y Hal



hubieran tenido una pelea por Ragna. Pero entonces... ¿por qué huir de la Policía fronteriza? No, carecía de lógica. *Pelo Rubio* tenía que estar implicado en alguna otra cosa. Quizá fuera un activista, un asociado de Ragna que quisiera mantener en secreto la fuente de la historia «Delta». Tal vez.

Volvía sin cesar a la candente idea que se le ocurrió en un principio. Le daba vueltas y más vueltas, examinándolas desde todos los ángulos, olvidándola por un instante y volviendo a obsesionarse con ella.

Era posible.

Un eslabón directo con el amante de Sonja. Tal vez incluso...

No, eso sería esperar demasiado. ¿O acaso no?

—¿Hemos intentado de nuevo la comunicación con Sorensen? —aulló, incorporándose de pronto y dirigiéndose a Krog que se mantenía a la espera.

El agente hizo un gesto que significaba que se le había ido el santo al cielo y al punto cogió el teléfono.

Mientras Krog esperaba que se estableciera la comunicación, Thrane hojeaba rápidamente las transcripciones de las llamadas desde Revoy. El recuerdo de una voz fría diciendo: «No, soy un amigo suyo» se le fijó en la mente.

Se dejó llevar por una excitación injustificada.

Cuando al fin Sorensen se puso al teléfono, Thrane le habló sin preámbulos.

—Dígame qué está investigando para Starheim. Y también por qué.

Escuchó atento tomando notas. De repente se despertó su interés.

—¿Quiere decir... que Blakstad y Bergson es probable que sean el mismo hombre?

Sorensen empezó a enumerar toda la serie de suposiciones, posibilidades, pros y contras, y quién-puede-decir; pero no existía la menor duda de lo que estaba mencionando.

De repente se dio cuenta del alcance de lo que decía Sorensen.

—¿Conoce a Berg? —le interrumpió.

Sorensen le contestó de modo afirmativo.

—Dígame, Sorensen, ¿qué aspecto tiene exactamente? —le preguntó entonces Thrane, sin atreverse a creer en su suerte.

Pero ya lo sabía. Antes siquiera de que Sorensen describiera a un hombre con pelo abundante y muy rubio, ojos azules y penetrantes, su aspecto en general, Thrane lo sabía.

Colgó el teléfono desbordante de euforia, y golpeó con el puño sobre el escritorio.

—¡Te he pescado! ¡Te he pescado, hijo de puta! —dijo con tono estentóreo.

Y entonces recordó que, en realidad, lo único que tenía era su identidad.

—¡Krog! Averigua si alguien sabe dónde está Rolf Berg. Entérate de si ha venido por aquí en fecha reciente, y si es posible que esté ahora.

—Hemos sido unos estúpidos, Krog. Unos completos estúpidos. Hemos estado persiguiendo al hombre que no era —añadió con furioso remordimiento.

La casa de Sigrid Johansen se encontraba en una calle tranquila, de casas bien cuidadas y espaciadas en un bosquecillo de abedules, cerca del Museo Tromsø. Hal se detuvo antes de llegar y echó una larga mirada en derredor, que consistía en enfocar su ojo sano hacia el objeto guiñándolo mucho.

Ningún coche de Policía. Al menos en la calle.

Alzando a Kris aún más sobre sus hombros, siguió avanzando al tiempo que aguzaba el oído para captar cualquier ruido de coches que se acercaran. Sentía de nuevo aquel silbido agudo en los tímpanos, parecía empeorar con el ejercicio; pero aún podía percibir el ruido del viento batiendo sobre la nieve y su lamento entre las copas de los árboles, y el suave «plaf» cayendo al suelo desde algún tejado, y también su respiración jadeante. Pero no motores de coches.

Sin embargo, al acercarse más descubrió que sí había un coche. Un coche vacío aparcado al lado de la casa.

Se quedó mirándolo fijamente sin poder creer del todo en su suerte. Siguió avanzando, ansioso por verlo mejor... pero no existía la menor duda, el coche era el de Ragna. Por un instante, se le ocurrió pensar que ella tal vez estuviera en la casa, que acababa de llegar; pero comprendió decepcionado de que hacía ya algún tiempo que el coche estaba aparcado allí, ya que las ventanillas se hallaban blancas de escarcha.

Recorrió presuroso los últimos metros del sendero y tocó impaciente el timbre.

Escuchó ruidos en el interior. Una puerta que se abría, pasos. Sigrid Johansen apareció en el umbral y, al verlos, se llevó una mano a la boca, lanzando un grito de horror.

Hal entró rápidamente en la casa.

—¿Dónde está Ragna? ¿Sabes algo de ella?

Sigrid Johansen hizo un gesto negativo con la cabeza, sin apartar la mano de la boca.

—¿No la has visto?

Nuevo ademán de negación.

Hal se sintió decepcionado. Había esperado demasiado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —empezó a lamentarse Sigrid.

Aquella mujer exageraba. Hal hubiera querido que no lo hiciera. Pero cuando se bajó a Kris de los hombros, dejándole en el suelo, y se miró a un espejo lo comprendió. A través de la visión borrosa de su único ojo contempló una cara desconocida, aunque extrañamente familiar, que no parecía pertenecerle en absoluto.

Tenía los ojos hinchados como los de un boxeador, la nariz también hinchada y ensangrentada y una herida profunda y de feo aspecto en la mejilla, que no parecía que fuera a cicatrizar muy bien.

Apartó los ojos y dio media vuelta. Sólo era una cara.

Sigrid, recuperado ya el dominio de sí misma, se ocupaba afanosa de Kris, como

una clueca, le quitaba el anorak, le frotaba las manitas.

Hal llevó en brazos al silencioso niño a un dormitorio, lo depositó con suavidad sobre la cama, le quitó los zapatos, le examinó los pies y las manos para comprobar si el frío le había producido algún daño. Los dedos de los pies y de las manos estaban gélidos; pero se mantenían sonrosados. Sigrid le llevó un tazón de cacao caliente y, una vez que el chico se lo hubo bebido, le pusieron su pijama y le cubrieron con un edredón. El pequeño se acurrucó debajo de él y lanzó un leve suspiro.

—Le traeré algo de comer, pobre tesoro mío —dijo la abuela.

—Ya no —murmuró Hal.

Kris había cerrado los ojos y estaba casi dormido.

Hal se quedó observándole durante un rato, inclinándose para pasar los dedos por la suave mejilla aterciopelada, cogiéndole los dedos que sobresalían del edredón para asegurarse de que el cuerpo recuperaba poco a poco el calor. Una vez convencido de ello, volvió al vestíbulo.

Sigrid le esperaba, ansiosa por hacerle preguntas.

—No puedo explicarlo —dijo con brusquedad Hal mientras pensaba que desde hacía algún tiempo, no dejaba de repetir eso.

—Permíteme al menos que te cure la cara —pidió ella levantando las manos.

Hal rechazó el ofrecimiento con un ademán.

—No. Tengo que...

¿Qué? Tuvo un instante de duda. ¿Telefonar a Thrane?

Sí.

Se acercó al teléfono y se dejó caer sobre una silla. Le faltaba seguridad, experimentaba algo de náuseas y sentía excesivo calor. Era la repentina temperatura de la casa, poco saludable. Se quitó el anorak y las botas y movió los dedos de los pies. Su cuerpo, dolorido antes por la humedad y el frío, se hallaba ahora pegajoso a causa del agua de mar ya medio seca.

Para empeorar las cosas, la cabeza empezaba a dolerle de nuevo, con unas punzadas terribles, como si se la apretaran con tenazas. Se pasó cauteloso los dedos por la sien que estaba hinchada y luego al otro lado de la cabeza, por el bulto que tenía detrás de la oreja. Tras palparlo, no le sorprendió que le hubiera hecho polvo el ojo y también la cabeza.

Recuperó el dominio de sí mismo. ¿Dónde estaba? Ah, sí... Thrane.

En el preciso momento en que descolgaba el teléfono volvió a aparecer Sigrid y, antes de que pudiera protestar, aplicó un paño caliente sobre su mejilla y, haciéndole callar con leve tono de amonestación, le limpió la herida.

—Es preciso que te vean esto —le dijo, quitándole la sangre y la suciedad con inmenso cuidado—. Tiene que verte un médico. Antes de nada. ¿Me oyes?

—No puedo.

—Pero tienes que hacerlo.

—Le hablaba con severidad, con el tono de una mujer acostumbrada a las

reacciones infantiles de los hombres.

La telefonista no contestaba.

—¡Vamos! ¡Vamos! —murmuró irritado Hal.

Sigrid seguía reconviniéndole.

—Nunca cambiarás. Jan no era mucho mejor. Siempre el mismo. Siempre con dificultades. Como aquella vez en que los dos os fuisteis a escalar y volvió lleno de golpes y heridas de la cabeza a los pies —suspiró de forma ruidosa—. No cambiarás. Supuse que algo andaba mal cuando Aslak telefoneó. Tuve un presentimiento. Y a estas alturas ya debería saberlo. Yo jamás me equivoco.

—¿Aslak? —Hal le apartó cariñosamente la mano.

—Llamó. No hace mucho. Pensé que te había visto.

Hal colgó el teléfono y se incorporó.

—¿Qué quieres decir?

—Vio tu coche. O creyó que lo era. El «Land Rover». Subiendo por el valle Kaafiord. En la oscuridad. Desde luego no podías ser tú. Pero, aun así, yo sabía que algo andaba mal.

Hal la cogió con fuerza por el brazo.

—¿Qué más dijo?

—Yo... —Sigrid tragó saliva impresionada por aquel vivo interés—. Bueno que había ido a casa de un vecino para telefonar, porque aquello le pareció muy extraño. ¿Pero, qué es lo que era tan extraño? Sí... que no te hubieras parado. Y... había algo más —meneó la cabeza haciendo un esfuerzo por recordar—. Ah, sí. Dijo que el coche circulaba con las luces apagadas. Estaba ansioso por consultarlo contigo; pero no pudo establecer comunicación con Revoy. Y tampoco estabas en casa de Ragna. Así que me llamó a mí.

Hal cogió su anorak y las botas y empezó a ponérselos de nuevo.

—¿A dónde vas? —exclamó Sigrid.

Cogió unas llaves que había sobre la mesa.

—¿Son las llaves de su coche?

—Sí; pero...

Hal fue a la puerta.

—¿Dónde está Ragna?

—No lo sé —le contestó Hal por encima del hombro.

La voz de Sigrid llegó flotando hasta él.

—¡Pero si Aslak dijo que no estaba seguro de que fuera tu coche! No podía ver...

Se dio cuenta de que más le valía ahorrarse saliva. Hal corría ya hacia el coche de Ragna y abría la portezuela.

Incluso con todas las luces encendidas, era difícil seguir la carretera. Berg se abalanzaba en su asiento buscando los postes señalizadores a cada lado de la vía. La

palabra poste resultaba demasiado generosa para la fina vara de abedul que apenas sobresalía de la nieve.

Habían alcanzado una buena altura, muy por encima de la hilera de árboles, y seguían subiendo. A medida que iban ganando altitud, el viento se hacía más fuerte, hasta el punto de que, en aquellos momentos, les azotaba inmisericorde, convirtiendo la nieve por la que avanzaban en una alfombra movediza. Toda la superficie del suelo se deslizaba como la arena en el desierto, subiendo, bajando, en remolinos, de tal manera que Berg no podía fijar los ojos en un punto de referencia. Cada vez con mayor frecuencia tenía que parpadear y aguzar de nuevo la vista para asegurarse de que la mirada no le hacía jugarretas.

Pero no estaba preocupado. Todavía no había abandonado la carretera.

El motor zumbaba, sólido y seguro. El bueno de Hal. Solo él hubiera podido tener el vehículo perfecto para aquel trabajo, y además tan bien cuidado. Sólo Hal podía tener un coche con abundante gasolina de repuesto, con dos potentes linternas de mano, una buena colección de mapas a gran escala, una brújula en el salpicadero y una estupenda rueda de recambio.

Mientras pensaba en todo ello, el motor sonó forzado, el «Land Rover» aminoró la marcha y Berg se sintió de repente alarmado.

Comprobó el gasómetro. Perfecto. Sin embargo el coche se movía perezoso. Parecía estar deslizándose por un mar de nieve, un mar que iba ascendiendo despacio para engullirlos. Sintió un sudor frío. Junto a él vio a Ragna ponerse rígida y echar mano a la manija de la puerta.

No se veía señalizador por parte alguna.

Berg paró el automóvil y, bajando el cristal de la ventanilla, inspeccionó el exterior. Sintió en la cara los alfilerazos de la nieve. Metió de nuevo la cabeza y cerró la ventanilla. Cogió las linternas y le dio una a Ragna.

—¡Busca un poste!

—Allí —dijo Ragna con voz monótona.

Volvió a atisbar por la ventanilla. La linterna de Ragna iluminaba un arbolito.

—¡Buena chica!

Se habían salido de la carretera. Eso era todo.

Se inclinó sobre la caja de transmisiones, conectó el dispositivo de tracción de las cuatro ruedas y, metiendo la velocidad, soltó poco a poco el embrague. El motor gimió, las ruedas se afirmaron, el coche empezó a moverse. Luego, las ruedas empezaron a girar y se quedaron inmóviles.

Aflojó el acelerador y probó de nuevo. Lo intentó hacia atrás; luego hacia delante; otra vez hacia atrás. Fue presa de una furia impotente. El coche se hundía cada vez más en lo que le tenía aprisionado.

—¡Maldición!

Golpeó el volante con el puño.

Luego se calmó e intentó abrir la portezuela. Apenas si pudo hacerlo. La nieve la

alcanzaba hasta la parte baja. Se encontraban en una profunda hondonada.

Cerró la puerta y alargó la mano abierta a Ragna.

—El mapa —le ordenó.

Ragna permaneció inmóvil. Había guardado absoluto silencio desde su última amenaza de hacerle la vida imposible si no la dejaba bajarse. Pero no estaba loca. Se había dado cuenta de que era inútil formular semejante tipo de exigencias cuando no tenía sitio alguno adonde ir.

Cogió el mapa y se lo entregó.

—Y busca algo de comer, ¿quieres?

Dejando el motor en marcha y la calefacción encendida, se acomodó con una linterna en la mano. Hacía una media hora que dejaron atrás el desvío hacia el camino de la mina y el emplazamiento de la instalación. A unos veintidós o veintitrés kilómetros por hora, podrían muy bien situarse cerca de la parte superior del camino transitable.

De manera que quedarse allí atascados casi no les había perjudicado.

La parte alta del sendero corría paralela al borde de un lago helado y terminaba en una cabaña; la cual, probablemente, utilizaban los lapones, los emigrantes estivales y los cazadores ocasionales. Pero sospechaba que rara vez lo hacían, sobre todo en aquella época del año, incluso los lapones.

Estaría deshabitada; pero esperaba que no vacía de provisiones. Las cabañas eran tan escasas y aisladas que los lapones solían dejar en ellas una buena cantidad de leña, a veces incluso alimentos por si acaso quedaban aislados.

El refugio no podía estar más allá de un kilómetro y medio, incluso tal vez menos. Y desde la cabaña, sólo había nueve kilómetros hasta la frontera.

Ragna había sacado algo de comida y mordisqueaba desganada un trozo de pan.

Berg cogió otro de su falda, y también una gran rebanada de queso que devoró hambriento.

—Más adelante hay una cabaña. No está lejos —dijo.

Ragna no contestó. Él la miró y se percató de que lloraba en silencio.

A Berg le decepcionó. La había creído con más agallas.

—No está lejos de la frontera, Ragna. Sólo a nueve kilómetros —explicó en tono razonable.

—¡Pero del otro lado no hay nada! ¡Nada!

—Eso no es verdad —le dijo con actitud paciente—. Mira —iluminó de nuevo el mapa con la linterna—. Aquí hay otra cabaña pasada la frontera. Y una tercera. Luego podemos retroceder a la carretera y hacer autostop. Así de fácil.

—Pero hay que recorrer kilómetros. Pasarán días. ¡Y con este tiempo... moriremos de frío!

—En realidad sólo son cuarenta y cinco kilómetros. Y no creo que nos congelemos. Vamos bien abrigados. Y en las cabañas habrá comida. Aunque tal vez sólo sea carne seca de reno.

—Es imposible. Nunca lo lograremos —se le quebró la voz.

—Te sientes algo pesimista, eso es todo.

Ragna le puso la mano en el brazo, con los ojos inmensos y llorosos brillando a la tenue luz de los faros.

—¿Por qué he de ir yo también? Dame sólo una razón.

«Tienes que venir porque no soporto estar solo», se dijo.

—Porque ya has estado aquí. Ya conoces el camino —repuso en voz alta.

Se apartó exasperada de él.

—Eso fue en primavera. Cuando hacía calor. Y había luz.

—Reconocerás el camino tan pronto como lo veas.

—¡No lo reconoceré! ¡Y con este tiempo... jamás he estado en un lugar así! ¡No sé qué hacer!

—Te preocupas demasiado. Yo he estado ya antes en la meseta, y en condiciones mucho peores.

No estaba seguro en lo de que las condiciones fuesen peores; pero como nada puede ser tan malo como andar escasos de víveres, de calor y de indumentaria apropiada, lo demás no parecía demasiado importante. Además no había nada que pudiera impedirle atravesar aquella frontera. Representaba una vida nueva en América... O acaso en Australia... No lo tenía pensado.

—Rolf. Puedes... quieres... decirme cómo... —balbuceó Ragna con voz sorda y baja. Luego, haciendo un esfuerzo, terminó— Kris. ¿De verdad está bien?

Aquel recordatorio no fue bien recibido. Berg sentía una punzada de algo que pudiera semejar culpabilidad. Si todo se hubiera desarrollado según su plan, para entonces ya habrían rescatado al niño. Tal como habían ido las cosas, Berg no podría acercarse a un teléfono al menos durante veinticuatro horas, acaso más.

Pero había dejado al pequeño en la cocina, ¿no? Tenía comida, agua, leña para la estufa.

—Claro que está bien —respondió con sonrisa tranquilizadora.

Ragna cerró los ojos aliviada.

—¿Y los demás? —preguntó luego.

—He de admitir que los envié a la caza de fantasmas. De manera que se encontrarán más bien furiosos y cansados. Pero, por lo demás, supongo que bien.

Apoyó de nuevo la cabeza en el respaldo del asiento y suspiró profundamente.

—Supongo que no querrás decirme por qué tienes que cruzar esa frontera —preguntó con voz sorda al cabo de un momento.

—Vamos —le dijo Berg, haciendo caso omiso de su pregunta—. Tenemos que sacar un montón de cosas.

—Si has hecho algo punible, los finlandeses te devolverán a Noruega.

—Ahí es donde te equivocas. No lo harán, ¿comprendes? Venga, pongamos manos a la obra.

Cuando terminaron, una vez recogido todo aquello que podían llevar en sus

mochilas, Berg, inclinándose hacia delante, paró el motor y apagó las luces. Se encontraron envueltos en la más absoluta oscuridad.

Por un momento permanecieron allí muy quietos, absortos en el insistente repiqueteo de los grandes copos de nieve sobre el parabrisas.

Más allá, Berg escuchó otro sonido, un sonido que subía y bajaba y volvía a subir. El rugido, el silbido, el azote del viento cuando soplaba sin control por aquel desierto. A Berg le hacía recordar. Era el sonido que daba más sensación de soledad.

Si se hubiera tratado de otro, Aslak habría llegado a sugerir que esperara a que el tiempo mejorase. Pero a Hal no. No era persona a quien se pudieran dar consejos, ni siquiera cuando planeaba ir a la meseta en una espantosa noche de invierno. Ni siquiera estando herido.

De manera que Aslak fue preparando de forma metódica una chaqueta de piel de reno, ropa interior de lana, anteojos, guantes y una mochila. Hal era mucho más alto que él; pero una cierta improvisación y una rápida visita a la madre de Aslak, calle abajo, a un vecino que era noruego y por tanto alto, y Hal se encontró con los pantalones que le faltaban.

El problema fueron las botas. Todas demasiado pequeñas y el vecino noruego no quiso dejarlas. Se decidió que Hal conservaría sus botas de esquiar, a pesar de estar húmedas, y llevaría consigo un par suave de *finnesko* inmensos con forro de juncia para mantener calientes los pies durante las paradas. La mujer de Aslak sustituyó los calcetines húmedos por otros secos de lana, que pudo ponerse después de algunos enérgicos tirones.

Aslak también prestó a Hal su mejor cuchillo con vaina... la posesión más preciada de un lapón montañés, una brújula, una curiosidad que él jamás había utilizado y un rifle que había adquirido hacía poco y que, en definitiva, no le gustaba lo más mínimo.

Le pareció descortés hacer comentario alguno sobre la pistola que Hal llevaba metida en el cinturón.

Aslak no tenía mapas que ofrecerle, pero Hal encontró uno rudimentario en el coche de Ragna y los dos hombres lo repasaron, examinando el terreno alto que se extendía desde la cabecera del valle, marcando las cabañas tal como estaban y examinando sendas. Sólo había dos.

Tenía seis pares de esquíes entre los que elegir. Aslak ofreció a Hal su mejor juego y ajustó las correas. Su madre le preparó un paquete con diversos alimentos, frescos, secos y en conserva y una botella de agua. También curó las heridas de Hal con un fuerte desinfectante y le vendó la cabeza bien apretada.

Hal pasó los últimos quince minutos escribiendo una carta. Aslak observó cuánto bajaba la cabeza sobre el papel y cómo guiñaba los ojos, deteniéndose con frecuencia para frotarse la frente.



Por fin, dobló el papel y le puso la dirección.

—Esto ha de ir a manos de la Policía, Aslak. Dame un par de horas y luego ve y telefona desde la casa de al lado y diles que tienes un mensaje mío. Verás con qué rapidez aparecen —se puso en pie y añadió con triste regocijo—: Me buscan, Aslak.

—Debería ir contigo —repitió.

Hal dio unos golpecitos sobre la carta.

—Es más importante que hagas llegar esto a la Policía para que ellos puedan montar la vigilancia por el lado finlandés. Por si acaso no doy con ellos, Aslak. ¿Lo comprendes?

Aslak no lo comprendía en absoluto. La explicación que Hal le había dado era todo menos clara.

—Cuando la haya entregado iré tras de ti —insistió.

Hal meneó la cabeza.

—Con el tiempo tal como está nunca encontrarías mi rastro, Aslak. Sería inútil... —reflexionó de nuevo y acabó accediendo—. Muy bien. Dos días, Aslak. Ven en mi busca cuando hayan pasado dos días.

Berg tenía aquella desagradable sensación que siempre le asaltaba cuando las cosas iban mal.

Habían perdido el sendero, la visibilidad se reducía cada vez más.

La cosa había ido muy bien al principio, cuando el viento no hacía más que soplar. Entonces la nieve arrastrada se había transformado en ráfagas que se arremolinaban perezosas entre sus pies, de tal manera que, una vez que sus ojos se acostumbraron a la tenue luz, le había sido posible ver a corta distancia y descubrir el siguiente señalizador.

Empleó un sistema. Dejaba a Ragna en uno de los señalizadores y utilizaba la brújula a modo de guía y la dirección del viento como doble comprobación, esquiaba hacia delante hasta encontrar el siguiente señalizador. Entonces hacía señales con la linterna y esperaba a que Ragna se reuniera con él. De esa manera no podían perder el sendero.

Pero al cabo de un tiempo el viento no se limitó a soplar. Se descargaba violento a través del aire y todo desaparecía... La nieve, el cielo, la dimensión. Copos de nieve bombardeaban sus gafas y luchaban por abrirse camino hasta el interior de su pasamontañas y de su nariz. Apenas podía ver y, en ocasiones, tampoco respirar.

Y los señalizadores desaparecieron.

Un momento de calma, otro... Pero luego ya no hubo más. Las ráfagas se fundieron en una racha continua, el viento cambió de silbido a alarido y el torbellino de blancura se cernió sobre él, impenetrable como un muro.

Se detuvo y se volvió de espaldas al viento. Iluminó la brújula con la linterna. ¿En qué dirección había estado caminando? ¿Derecho hacia el Este? No, ligeramente

hacia el Sureste. Calculó la recíproca y comenzó a desandar el camino en dirección al lugar donde Ragna debería estar.

¿Qué distancia habría recorrido desde el último señalizador? ¿Veinte metros? ¿Cincuenta? Enfocaba con la linterna de forma regular. El foco de luz retrocedía hasta él desviado por el vértice de blancura.

Desde la oscuridad no le llegaba otro destello de respuesta. Aumentó aquella horrible sensación.

Atisbó de nuevo la brújula para comprobar su orientación y anduvo un poco más. Gritó. Volvió a gritar. Cada vez más fuerte hasta que se escuchó a sí mismo aullar prácticamente el nombre de ella.

El espantoso viento le devolvió silencioso el aullido.

Se detuvo y volvió a gritar, desahogando toda su furia en el grito. Jadeante esperó... Esperó a que ocurriera algo... lo que fuera.

Tras el viento aullador, sólo el más absoluto silencio.

Le resultó imposible hacerse a la idea de que acaso hubiera de esperar y esperar por siempre y que jamás se escucharía un grito en respuesta.

Volvió a llamar.

—¡Ragna!

El viento arrastró el sonido desde sus labios y lo fundió en la oscuridad.

## Capítulo XXXIV

Captó un atisbo de ello, a la vez que el tiempo empeoraba. No era más que una mancha borrosa y oscura, la sombra de una silueta sobre la nieve. Delante de ella y a la izquierda.

Pero ahora ya la mancha había desaparecido. Todo había desaparecido en las tinieblas que la envolvían. Incluido Rolf.

De manera que esperó, ya que, según parecía, era lo único que podía hacer.

En un principio, el frío era casi soportable; luego, se hizo penoso hasta que, acabó siendo paralizante. Permanecía de espaldas al viento, con los hombros encorvados, inmóvil, incapaz de moverse, como si el frío la mantuviera atenazada con fuerza. Tenía la sensación de estar congelándose poco a poco hasta morir. «Ya casi lo estoy», se dijo.

Con un esfuerzo enorme, volvió la cabeza y guiñó los ojos frente a la nieve que la asaltaba, intentando escrutar la oscuridad. Pero era imposible. Rolf podía estar iluminando con su linterna a sólo dos metros de ella y no la veía.

Sintió su mente inactiva. Experimentaba necesidad de sentarse, su mochila pesaba de una manera increíble; pero, incluso con su cerebro actuando a cámara lenta, supo que eso sería desastroso. Tenía muchas posibilidades de no volver a levantarse.

Una ráfaga la sacudió. Se balanceó, a punto de perder el equilibrio sobre los esquís, y se sobrepuso sobresaltada. Se había quedado medio dormida. Cualesquiera que fuesen las circunstancias, no debería cerrar los ojos.

Pero Hal sí que dormía al aire libre... ¿Cómo? Por lo que recordaba, se hacía una especie de cueva en la nieve. Se sintió desalentada. No tenía la menor idea de cómo construir una. Para aquel trabajo se necesitaría una pala, no disponía de ninguna.

Tenía que tomar una decisión. Permanecer allí o moverse.

Si se quedaba por mucho tiempo, sería incapaz de recobrar el movimiento cuando quisiera. Y de todas formas, ¿para qué? Hacía mucho tiempo que Rolf se había ido y tenía el presentimiento de que no iba a volver.

De manera que no le quedaba elección. Tenía que ponerse en marcha. ¿Pero hacia dónde? ¿De vuelta al «Land Rover»? Ni la menor esperanza. Jamás encontraría la senda y se perdería en cuestión de minutos.

Entonces, ¿hacia aquella sombra oscura? En su imaginación aquella mancha vaga y amorfa se había convertido en algo perfectamente sólido y tridimensional: una cabaña. Ya había tomado su decisión, intentaría llegar a ella.

Prohibiéndose hacer el más mínimo movimiento hasta tener una idea clara de a dónde iba a ir, intentó imaginar la posición de la cabaña. ¿A qué distancia estaba? No era muy buena calculando distancias. ¿A treinta metros? ¿Y en qué dirección? Le pareció recordar que hacia la izquierda a unos cuarenta y cinco grados. Pero cuarenta

y cinco grados respecto a qué... ¿Al viento? ¿Al camino?

Más le valía olvidarse del camino... ni siquiera podía verlo.

Aferrándose a la imagen de la cabaña, se había convencido a sí misma de que, efectivamente, era una cabaña. Se volvió con rigidez de cara al viento, con la cabeza baja, protegiéndose con una mano los ojos, intentando orientarse. Fue girando hasta que el viento azotó el lado de su capucha más o menos en ángulo recto. Y entonces se puso en marcha, colocando con dificultad un esquí delante del otro.

No podía ver mucho. Renunció a seguir intentándolo, manteniendo la cabeza bien baja, los ojos entornados frente a la racha de viento helado. Tenía el cuerpo rígido e insensible, había de apoyarse con fuerza en sus palos y forzar las piernas a trabajar.

Sus esquís derraparon y se deslizaron sobre la dura corteza. Luego, se encontró con un suelo desigual. Un esquí se hundió y tropezó con un obstáculo. Tal vez un morón. Pasó sobre el montículo, encontró nieve blanda, salió de ella y topó con nuevos morones.

Durante algún tiempo prosiguió el suelo abrupto. Imaginó que se trataba de zonas pantanosas heladas en las playas del lago. Recordaba de un modo vago el lago de la excursión con Jan hacía ya muchos años. Tenía incluso el recuerdo lejano de una cabaña, aunque no lograba recordar el lugar exacto donde había estado. ¿A orillas del lago? ¿O tal vez hacia el interior?

Se detuvo de repente. ¿Hasta dónde había llegado? No tuvo la previsión de calcularlo. Debió de haber contado los pasos o algo parecido. Recordó el mapa e intentó establecer cuánto terreno había recorrido.

Tenaz, inició de nuevo la marcha. Al cabo de algún tiempo, percibió que, bajo sus esquís, la nieve era blanda. Rebuscando en su bolsillo logró encontrar la linterna. Su luz era muy tenue. Poniéndose en cuclillas apartó la nieve con la mano enguantada hasta tocar la superficie que se encontraba debajo. Estaba dura como la roca. Hielo.

¿Sería el lago?

Continuó adelante un corto trecho. La superficie seguía blanda. Agachándose tanteó de nuevo. La balsa estaba dura como una piedra. Intentó despejar un espacio más amplio, pero al instante lo cubrían los remolinos de nieve. La quitó con ambas manos y frotó rápidamente la superficie. Resbaladiza. Hielo.

El lago.

En su mente surgió la imagen de una inmensa extensión sin límites en la que era posible perderse de veras.

Sin pensar en ángulos ni distancias, se apresuró a girar hasta sentir el viento en la otra mejilla; luego, se dirigió de nuevo y en línea recta hacia la orilla. Al cabo de un rato, el suelo se alzó de repente hacia ella... la playa. Ascendió aliviada. El suelo volvió a ser desigual, aunque no tan abrupto como antes.

Se detuvo. ¿Hacia dónde? ¿A la derecha? ¿A la izquierda? ¿Había vuelto al mismo lugar o se hallaba en un punto más avanzado de la playa? Imposible saberlo.

El viento la acosaba y golpeaba despiadado. Tenía insensibles la nariz y las

mejillas. Intentó cubrirse mejor la cara con el pasamontañas; pero su mano, dentro del guante estaba rígida como si fuera de madera. Por un instante fue presa de la desesperación. Todo cuanto había logrado era estar el doble de helada que antes y también el doble de perdida. Acababa de cometer una equivocación terrible al abandonar el sendero. Lo más probable era que Rolf hubiera encontrado la cabaña y vuelto a recogerla. Al no encontrarla había renunciado.

Empezó a llorar. Las lágrimas se le helaron en las pestañas. Luego, como no podía hacer otra cosa, se puso de nuevo en marcha, avanzando sin orden ni concierto, sintiéndose cada vez más desorientada. El viento parecía soplar por un lado y luego por el otro, como si lo hiciera en círculo. Y entonces se dio cuenta que era ella la que estaba girando en círculo.

Furiosa recuperó el dominio de sí misma.

Párate. Comienza de nuevo. Intenta avanzar en zigzag en una sola dirección..., la del viento. Procura cubrir el terreno de forma metódica, abriéndote paso entre el lago y el sendero.

Adoptar una actitud metódica le hizo sentirse mejor y concentrarse, dejando de pensar en lo fríos que tenía los pies y las manos y en el miedo que le oprimía el corazón.

Uno de sus esquíes tropezó con un obstáculo. Probablemente un morón. Intentó levantar la tabla para pasar sobre él; pero, por mucho que la alzara, nunca era lo suficiente. En un arrebato de furia, le dio un puntapié. El esquí rebotó contra algo. Ragna levantó la cabeza intentando descubrir la naturaleza del obstáculo. Una gran sombra se proyectaba sobre ella. Se quedó mirándola parpadeante. Alargó el brazo. Palmeó aquella negrura con la mano enguantada. Sólida. Lisa.

Puso sobre ella las dos manos. Atónita, rió entre dientes.

Era la cabaña. ¡La cabaña!

Descansando con fuerza sobre la tosca madera para asegurarse de que no desaparecía, presa luego de un alivio histérico, echó a andar a lo largo de la pared, dio vuelta a la esquina, luego a la siguiente hasta encontrar la puerta.

Trató de levantar el cerrojo. No se movía. ¿Estaría cerrada con llave? Lo intentó de nuevo. Cedió de repente, estaba helado. Empujó la puerta que también se resistió. Descargó todo su peso sobre ella. Se abrió de súbito, y a punto estuvo de caer con sus esquíes.

Emitió una risa entrecortada, casi un sollozo.

—¡Dios mío... gracias! ¡Gracias!

Se inclinó para soltarse las correas y se quedó rígida.

Un sonido. Un grito lejano arrastrado por el viento y absorbido también por él. Una voz llamando lo que podía ser su propio nombre.

Aguzó el oído. Volvió a oírse la llamada. Bajándose el pasamontañas, aspiró hondo, abrió la boca y vaciló, ahogando la respuesta.

¿Por qué habría de llamarle? ¿Por qué?

Podía dejarle allí... hasta que se congelara.

La idea le proporcionó una sensación gloriosa de poder, una satisfacción salvaje.

Llegó de nuevo el sonido, débil pero con una nota estridente, casi un grito desesperado de ayuda. Ragna lo escuchó sin inmutarse. Volvió a oírse el grito una y otra vez. Se quitó los esquíes, entró en la cabaña y cerró de un portazo. Permaneció allí en la más absoluta oscuridad, con los ojos cerrados y apartando de su mente los sonidos.

Parecían flotar en el aire. Inició un movimiento. Sus botas resonaban de modo fuerte y esperanzador sobre el suelo de madera. Buscó la linterna en el bolsillo, iluminó con ella las paredes oscuras. Pero los ecos de la voz persistían y se intensificaban. Y Ragna supo que, por mucho que lo intentara, jamás se apagarían.

Con fatigada resignación, volvió a abrir la puerta y gritó a su vez en la oscuridad.

El coche se detuvo.

Hal lo tomó con calma. Era casi un milagro que aquella cosa hubiera llegado tan lejos. No había sido concebida para carreteras de montaña. Pero tampoco un tractor de nieve habría servido de mucho. Las condiciones meteorológicas se empezaban a deteriorar con rapidez. La visibilidad era prácticamente nula y el viento pésimo.

Habría de esperar a que terminara la tormenta. Examinó el kilometraje del coche, y mentalmente puso una marca en el mapa. Calculó que debía encontrarse a unos cuatro o cinco kilómetros del final del sendero.

Se puso el anorak, bajó del coche e iluminó con una linterna el trecho nevado delante del vehículo. La superficie se movía y oscilaba alrededor de sus pies. Si allí hubiera habido huellas de neumáticos hacía tiempo que habrían desaparecido.

Sin apartarse demasiado de los faros del coche, siguió adelante iluminando con la linterna de arriba a abajo, de izquierda a derecha. En un punto dado, se inclinó para examinar lo que hubiera podido ser un leve surco. Nada decisivo.

Volvió al automóvil.

Tenía dos alternativas. Pasar la noche en él, donde, pese a ser de metal, el viento pronto reduciría la temperatura a un punto de congelación. O prepararse él mismo un refugio al socaire del coche donde, a pesar del viento, estaría más caliente. O menos frío.

Triunfó el interior del coche y ello se debió sobre todo a que la idea de prepararse un cobijo adecuado resultaba demasiado fatigosa, excusa que jamás se hubiera permitido antes; pero se encontraba mortalmente cansado y el ansia de dormir era abrumadora. Sin embargo, se forzó a prepararse una sopa caliente en la minúscula estufa a presión y a comer dos grandes emparedados.

Se dispuso a echar un sueño. Metió las botas húmedas dentro del saco de dormir con la esperanza de que el calor de cuerpo pudiera secarlas un poco. Abrió una ventanilla en dirección contraria al viento, para la ventilación. Luego, despojándose

de la indumentaria propia del exterior, se metió en el saco y se tumbó en el asiento trasero, dejando al descubierto sólo la boca y la nariz.

Pensó en Rolf y Ragna. ¿Dónde estarían esperando a que pasara la tormenta? ¿En el «Land Rover»? ¿O en la cabaña del lago? ¿Se encontraría Ragna a salvo? ¿Habría ido por su propia voluntad o la habría obligado Rolf? Estaba seguro de que la había obligado, de lo contrario ella no hubiera accedido a una cosa así. Si le había hecho algún daño...

No sabía qué era peor, imaginarse a Ragna herida o aterrada. Y aterrada tenía que estar... ya habría descubierto el tipo de hombre que era Rolf.

Sólo esperaba que no hubiera llegado a enterarse de todo. Daría cualquier cosa por evitarle aquello.

Ragna... Ragna...

Antes de poder seguir pensando, se sumió en un profundo sueño.

Thrane estaba intentando mostrarse paciente, pero le resultaba difícil.

—¿Tres horas? —preguntó al teléfono.

—Tres horas —le confirmó el CO local—. Por supuesto intentaremos mejorarlo.

—¡Qué Dios me ayude! —exclamó entre dientes.

El CO tenía el oído fino.

—Naturalmente puede intentarlo con Él —dijo en tono glacial—. Pero, mientras tanto, haremos lo que podamos, ¿no cree?

Thrane se lo había buscado. Se excusó.

—Lo siento. Sé que actúan lo mejor posible.

Colgó, reflexionando con espíritu muy poco caritativo que si los rusos se decidieran alguna vez a invadirles, no era probable que avisaran con tres horas de antelación. Todo cuanto quería era cinco o seis hombres para ir a la meseta. Pero sus esperanzas de una persecución en caliente se estaban reduciendo. El Ejército insistía en enviar a sus mejores hombres... tropas alpinas selectas procedentes del *Fallskjermjegerne*. Cabía pensar que era muy fácil que semejantes expertos se encontraran dentro del Círculo Ártico. Pero al parecer no era así. Al menos no en plena noche y en medio de una terrible ventisca.

Sin embargo, estaba siendo injusto. Para todo se necesitaba tiempo... Tres horas no estaba mal para hacer subir soldados en un camión, con amplias instrucciones para recorrer la larga carretera hasta la parte alta de Kaafiord. Además, incluso si por arte de magia pudieran llegar allí las tropas de inmediato, seguiría siendo demasiado tarde. Según la nota de Starheim, parecía seguro que Berg se dirigía a la frontera y al lado finlandés, un lugar adonde las tropas no podían entrar. Ya habían tenido bastante con Pasvik.

Eso ponía el asunto en manos del Gobierno. Pero habría de recurrir a subterfugios más o menos elaborados si querían persuadir a los finlandeses de que detuvieran a

Berg. Si hubiera sido un ladrón o un asesino, la cosa habría resultado fácil... los finlandeses hubieran colaborado de inmediato. Pero ¿un espía? Finlandia había pasado diecisiete años intentando establecer unas relaciones estables de no agresión con su poderosa e inmensa vecina soviética y, avanzando a duras penas por el pantanoso suelo entre una amistad franca y una estricta neutralidad militar, empezaba a lograrlas, incluso a ganarse una cierta confianza.

Si se tenía en cuenta que la Unión Soviética no confiaba en nadie, aquello era en definitiva un verdadero logro.

Los finlandeses estaban hasta tal punto consagrados a establecer esas relaciones, que cuando se planteaba un problema como el que tenían entre manos, llegarían casi a cualquier extremo por evitar ofensa. Y no cabía la menor duda de que cazar a un espía soviético y entregarlo a un país perteneciente a la OTAN sería considerado como una ofensa... y muy grave.

Thrane ya se imaginaba el escenario. Finlandia consideraría con la mayor atención la solicitud de ayuda de Noruega y seguiría considerándola y volviéndola a considerar... y continuaría poniéndose en consideraciones hasta que fuera demasiado tarde y hubieran hecho desaparecer a Berg de la escena.

En otras palabras, no harían absolutamente nada... ¿Y quién podía reprochárselo?

Lo que dejaba a Thrane con las manos amarradas a la espalda.

Angustiado por el fracaso, se acercó a la ventana y miró afuera. La nieve, arrastrada por el viento, revoloteaba alrededor de las farolas encendidas, trazaba espirales de remolinos por delante de los cristales. Las calles estaban desiertas. Era muy tarde. Abajo, en la zona de aparcamiento, los coches de la Policía estaban cubiertos de nieve por la parte que soplabla el viento, como bombardeados de pintura con una pistola rociadora.

¿Sería una ayuda aquella tormenta? ¿Acaso retrasaría a Berg? Le gustaría creerlo. El tiempo era su única esperanza.

Detrás de él se abrió una puerta. Pensando que era Krog, Thrane suspiró.

—¿Cómo diablos podríamos hacer subir algunas gentes a la meseta con la máxima rapidez?

Era el jefe de Policía, quien al punto consideró la pregunta.

—Sólo se me ocurren los lapones —sugirió cauteloso—. No sé si lo aceptarán; pero siempre puede preguntárselo.

Tal vez hubiera dado en el clavo. Los lapones, además de conocer la meseta, no estaban sujetos a restricciones fronterizas.

—¿A quién? ¿A quiénes? —preguntó Thrane—. ¿A ese Aslak Hetta?

—Tal vez —admitió el jefe encogiéndose de hombros.

—Bien. ¿Conoce a alguien más?

—En realidad no. Necesita lapones de la montaña; pero, en esta época del año, todos se encuentran en la meseta central.

—Entonces tendríamos que preguntar a Aslak Hetta. Él tiene que conocer a la



gente adecuada. ¿No cree?

El jefe parecía dubitativo.

—Puede que sugiera algunos nombres. Pero los lapones son gente extraña. Con ellos nunca se sabe. Prometen una cosa y hacen otra. Rara vez he logrado que me den una respuesta directa. E incluso respuesta alguna.

A Thrane no le sorprendió aquello. Era evidente que el jefe no invitaba a las confidencias.

El superior seguía dudando.

—Pero aun en el caso de que consiga que acepten, ¿qué harían una vez que estuvieran allí?

Thrane intentó aparentar que había estudiado el asunto con todo detalle, lo que desde luego no había hecho.

—Podrían encontrar a Starheim —dijo al fin.

—¿Y luego?

Thrane hizo una mueca.

—De lo que pase luego no estoy demasiado seguro —dijo con toda franqueza.

—¡Despierta!

Ragna se acurrucó aún más en su saco de dormir.

Alguien la sacudía por el hombro y le apartaba la capucha de la cara.

—¡Despierta! —repitió aquella voz estridente.

Abrió un ojo. La escena se precipitó sobre ella, semejante a una pesadilla, pese a serle ya familiar: la luz tenue de la lámpara de aceite, las llamas culebrinas de la estufa, las mochilas abiertas, los restos de la comida.

Y Rolf.

Inclinado sobre ella, con el rostro en sombras.

—¡Vamos! ¡Ya es hora de irnos! —dijo con tono áspero.

Se acercó a su mochila y dejándose caer sobre una rodilla empezó a guardar cosas en ella presuroso.

Ragna parpadeó, despierta a medias. Parecía como si fuera completamente de noche. Y entonces se dio cuenta de que, en efecto, lo era. Por la pequeña ventana que había junto a la puerta sólo se veía negrura de azabache. El olor de la comida todavía flotaba en el aire.

Había estado soñando. El sueño volvió a agolparse en su mente vivido y horrible. Se encontraba tumbada en una cama, en una habitación rebosante de gente. Por alguna razón se había convertido en una inválida total, incapaz de moverse. Al otro lado de la habitación, había visto a su hijita, su primer bebé adorado, también tumbada en una cama. Al principio la niña parecía encontrarse bien, pero luego Ragna se dio cuenta de que estaba muy quieta y pálida, respirando jadeante... enferma; la vida la estaba abandonando con gran rapidez. Y nadie, entre toda aquella

multitud, se había percatado de ello. Nadie miraba siquiera en dirección a la criatura. Sólo Ragna podía verla y estaba paralizada por alguna espantosa falta de voluntad, impedida por su propia incapacidad de actuación. Mientras la miraba, la niña cerró los ojos y quedó definitivamente inmóvil. Y Ragna gritó en silenciosa agonía porque la niña había muerto sola. Sola. Sin una mano que la acariciase, sin dulces palabras de cariño...

La escena cambió alcanzando a Kris. Estaba allí, en pie, junto a aquella muchedumbre. Gracia a Dios saludable, brillándole los ojos, las mejillas sonrosadas. ¡Y sin embargo él también estaba solo! Mientras lo contemplaba pareció notar por primera vez esa soledad y miró en derredor, perdido, ansioso, traicionado. Ragna se sentía incapaz de mantener los ojos en él... Le destrozaba el corazón. Vio cómo la buscaba. No lograba descubrirla. La llamó, primero inquieto, luego frenético. Finalmente se dejó caer al suelo presa de desesperación.

¡Krisi! ¡Krisi! No lo podía soportar.

Y luego Jan... también estaba allí.

Sólo que él yacía en la nieve, cubierto de tal manera que hubo de apartar de su cuerpo toda aquella blancura. Le destapó la cara. No se la tocó. Estaba tan fría, tan sumamente fría, su piel era azul y cerúlea. Tan frío.

Aunque el recuerdo del sueño se desvaneciera y ella permaneciera allí tumbada viendo a Rolf guardar su equipaje, seguía sofocándola aquella desesperante sensación de indefensión. Se sentía como si fuera arrastrada por un torrente de aterradores acontecimientos sobre los que no tenía control alguno. Todo cuanto quería era cerrar los ojos y apartarlos de su mente.

—¡Vamos, Ragna!

—No voy contigo —murmuró.

—¡Ah! Vaya si vienes —ni siquiera la miró—. Ya ha pasado la tormenta. Hace una noche maravillosa. Incluso empieza la luna creciente. Ideal.

—No me necesitas.

—Te necesito... Ragna. Vamos. ¡Date prisa!

«No —se dijo—, aquí es donde se pone el punto final.» Siguió inmóvil.

Al cabo de un momento Rolf volvió la cabeza.

Hubo un silencio cargado de electricidad. Se agazapó inmóvil, semejante a un gato. Luego se lanzó rápidamente hacia ella.

Ragna hizo acopio de fuerzas.

Permaneció inmóvil. Ella recibió el impacto de su furia. Luego respiró largo y profundo. Alargando la mano le alborotó cariñoso el pelo.

—Te necesito, Ragna —dijo con voz halagadora.

—Nada en el mundo podrá hacer que vaya contigo.

Berg apartó la mano.

—Pero no puedo dejarte que regreses —dijo con tono tajante—. Se lo dirás a Hal. ¿Comprendes? Y él a sus amigos, quienes, por desgracia, le creerían. Y entonces

intentarían sacarme de Finlandia. Es algo que no puedo permitir que pase, Ragna.

Ella insistía.

Hubo una pausa.

—No me fuerces, Ragna... —dijo con voz áspera y baja.

—Siempre puedes apuntarme con un arma a la cabeza, claro.

—Ragna —alzó la voz exasperado—. Por qué me haces... ¿Por qué no puedes...? —aspiró con fuerza—. Está bien. Está bien. Te lo diré con toda claridad. Si vienes conmigo, te prometo dejarte en el mismo momento en que pisemos Finlandia. Si te niegas... —meneó la cabeza como si aquello le resultara en extremo penoso— entonces tendré que encerrarte para que no puedas irte. Y considerando que no queda mucha comida ni leña, éste no será un lugar lo que se dice ideal. ¿No crees? ¿Qué prefieres?

—Quedarme.

Su furia era casi tangible. Empapaba el silencio.

—Con esa actitud lo único que lograrás es empeorar la suerte de los otros — afirmó.

Ragna lo miró con el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Los otros? ¿Qué quieres decir?

—Tuve que dejarlos encerrados —dijo.

Ragna se sentó con la garganta seca de repente. No creía lo que acababa de oír.

—¿No encerrarías a Kris?

—Tuve que hacerlo por su propio bien. No quería que empezara a dar vueltas por allí con este frío —hacía que pareciera la cosa más natural del mundo—. Se encontrará bien, no te preocupes. Está en la cocina con comida, agua y cuanto necesita.

—¿Y los otros?

—Los otros están en el sótano.

—¿Encerrados allí? ¿Lejos de Kris?

—Sí. Era la única manera.

¡Solo! ¡Había dejado a Kris solo! Ragna se quedó mirándolo atónita.

—¿Lo comprendes ahora? —preguntó Rolf con calma—. Si vienes conmigo dentro de un día estarán libres, acaso antes. Si no lo haces...

Durante un largo rato Ragna fue incapaz de pronunciar palabra.

Luego, galvanizada por el terror, sacó las piernas del saco de dormir y sin decir palabra, empezó a vestirse.

El cerebro de Hal estaba intentando decirle algo desde las profundidades del sueño. Durante un rato logró acallar el mensaje; pero le perseguía sin cesar hasta que al fin despertó. De un modo lento, sus sentidos retornaron reacios a la vida, llevando consigo frío, cansancio y un silencio absoluto, por ese orden.

Una de esas sensaciones le preocupaba. Necesitó un momento para averiguarlo. Ya lo tenía, el silencio.

Abrió un ojo. El interior de las ventanillas estaba cubierto de hielo. Se sentó, trató de quitarlo en parte y luego abrió la portezuela con un gran esfuerzo. Las bisagras heladas crujieron con fuerza en medio del silencio.

Miró hacia afuera. Estrellas. Quietud. La tormenta había pasado.

Un tiempo perfecto para viajar. Eran las cuatro de la mañana.

Salió del saco. Accionó la palanca de puesta en marcha. El motor sonó por un instante sin fuerza y luego se paró. Aquello no le sorprendió demasiado. Las baterías nunca funcionaban con el frío.

Entró rápidamente en acción. Se endosó su indumentaria para el exterior, recogió las cosas, tomó algo de pan y pescado seco, bebió un largo trago de agua de la botella que llevaba consigo, se ató las botas y enceró los esquíes.

Por el helor del viento, calculó que estarían a unos cuarenta bajo cero. El principal problema al viajar rápido con aquellas temperaturas no es el de quedarse helado sino el exceso de temperatura... el sudor absorbía el calor del cuerpo y destruía la impermeabilidad de la ropa. El truco estaba en llevar varias capas de ropa suelta con una prenda exterior a prueba de viento y, por fastidioso que resultara, pararse cuando fuera necesario para quitarse una prenda interior.

En aquella ocasión había reducido adrede las capas interiores, estaba por tanto frío, porque no quería tener que detenerse.

Se guardó la linterna entre la ropa, junto con la botella de agua y la pistola, y se ciñó el cordón de la capucha de manera que sólo se le veían los ojos. Luego se ajustó los esquíes, se acopló a los hombros la mochila y el rifle y emprendió la marcha.

Durante el primer cuarto de hora el avance fue duro, tenía los músculos fríos y le atormentaba cierto vértigo. Pero apretó la marcha, ascendiendo por la ligera pendiente, obligándose a seguir adelante hasta que, por fin, empezó a sentir calor en las venas y a moverse con mayor facilidad.

A pesar de la visión borrosa con un solo ojo, pudo darse cuenta de que la visibilidad era buena. Luna llena en un cielo oscuro delineando las colinas bajas y ondulantes, proyectando sombras leves sobre las ondulaciones poco profundas que había dejado.

Gracias a su larga experiencia, pudo calcular su velocidad, marcando la distancia en el mapa que llevaba en la cabeza, comprobando su cálculo con la configuración del terreno.

Al cabo de casi cuatro kilómetros avistó el «Land Rover».

Estaba hundido hasta el eje en una hondonada de nieve.

Lo examinó rápidamente. Vacío. Luego buscó huellas.

Nada. Lo que significaba que el coche había sido abandonado en plena tormenta.

Avanzó presuroso. La cabaña era visible a unos cuatrocientos metros delante de él.

Se detuvo en seco. Por la chimenea salían unas volutas de vapor que ascendían pálidas sobre el cielo negro antes de empezar a arquearse hacia abajo al tiempo que se condensaban congelándose. Se agachó. Por aquel lado no había ventana alguna, al menos que él pudiera ver.

Descolgándose el rifle del hombro se acercó cauteloso, protegiéndose con la pared de la cabaña. Dio vuelta sigiloso a la esquina y miró en derredor. Descubrió lo que parecían ser huellas frescas en la nieve que se dirigían hacia el Sureste.

No queriendo correr riesgos, se acurrucó debajo de la ventana y las observó más de cerca. En efecto, dos pares de huellas convergiendo en una. Hacia la frontera.

Para seguir con su política de evitar sobresaltos, se quitó los esquíes, abrió en silencio la puerta de la cabaña y entró agazapado, encañonando con el rifle.

Vacía. De todas maneras la registró. Había restos de comida. Una hoguera que todavía conservaba brasas enrojecidas. Hurgó en ellas. La habían alimentado hacía relativamente poco tiempo... Unos noventa minutos. Sintió renacer sus esperanzas. Sólo le llevaban unos cuantos kilómetros de delantera... Diez o doce todo lo más. Pasada la frontera. Pero aquello no le preocupaba. Aún tendrían que recorrer al menos treinta kilómetros de tierras desiertas hasta alcanzar lo que podría llamarse una carretera. Se le ofrecían grandes oportunidades de alcanzarlos.

Tan sólo se detuvo para beber, y en seguida se dispuso a salir. Mientras se aseguraba presuroso los esquíes, sintió un desagradable sudor frío y se recostó tembloroso sobre la pared de la cabaña. Permaneció así un minuto o dos y por último vomitó con violencia.

Tan pronto como hubo pasado todo, emprendió de nuevo la marcha, procurando no pensar en su malestar. Centró toda su atención en el tiempo, y rezó para que se mantuvieran las condiciones meteorológicas.

En aquella ocasión, cuando la pesada puerta se abrió sobre sus sigilosos goznes, Yurasov se sintió extrañamente tranquilo. La evacuación, durante tanto tiempo demorada, le llegaba casi como un alivio.

El Navegante se encontraba sentado a su mesa escritorio, con aspecto cansado y desmoralizado, como si hubiera pasado toda la noche luchando por su vida militar. Yurasov sospechaba que así había sido.

—Tienes que presentarte hoy en el Centro. Embarcarás en el primer vuelo.

Yurasov asintió. Así que... al fin había llegado. Estaba esperando esa convocatoria final desde que supo que ciento setenta y tres había emprendido la huida.

—Entonces... ¿ya no son necesarios mis servicios, camarada coronel?

—No.

El Navegante echó mano al botón que tenía debajo del tablero de su mesa.

Yurasov no podía soportar irse sin saberlo.

—¿Luego ha quedado concluido el asunto de ciento setenta y tres, camarada coronel? —se atrevió a preguntar.

El Navegante se detuvo con la mano en el botón y le miró pensativo. Después, como si se tratase de dos ratas en un barco que naufraga, dijo con un súbito alarde de confianza.

—Nuestro amigo ciento setenta y tres ha estado dando lugar a una gran actividad.

—¿Sí, camarada coronel?

—Los noruegos le han fichado... si es que ya no lo habían hecho —dirigió a Yurasov una mirada vagamente reprobadora—. Han pedido a los finlandeses que lo localicen y lo detengan a la espera de que sea extendido un mandato para su arresto.

Yurasov cerró los ojos.

—Al parecer se dirige a la frontera esquiando.

A Yurasov se le cayó aún más el alma a los pies. ¡Berg no había llegado más lejos! Entonces no tenía la más mínima oportunidad de alcanzar Helsinki, por no hablar de Moscú. Lo más probable era que los noruegos y finlandeses le dieran antes alcance. En cuyo caso, el Centro se vería privado de su premio final, la victoria de la propaganda.

Y Yurasov sería desposeído de su última oportunidad de salvarse del angosto y deleznable apartamento en los suburbios de Moscú.

—No pierdas toda esperanza, Yurasov —murmuró el Navegante, que había leído sus pensamientos—. Tal vez le alcancemos nosotros antes.

Pulsó el botón. Se abrió la puerta lateral. Entraron tres camaradas, uno de ellos con un bol de metal en las manos conteniendo la jeringuilla.

Pero incluso sin el sedante, Yurasov les acompañó de buen grado. Las últimas palabras del Navegante le habían reconfortado, y también la esperanza de que Rolf pudiera acabar sus días confinado en Moscú.

## Capítulo XXXV

Berg avanzaba despacio, aunque con ritmo constante, mientras tomaba una decisión. Tendría que abandonar a Ragna. Hubiera preferido no hacerlo, ya que una promesa es una promesa; pero le estaba retrasando y no podía permitirse perder un minuto más de aquel maravilloso tiempo.

Eran las once de la mañana. La luz había alcanzado su grado más intenso y vivido, y aun cuando la temperatura era muy baja, el aire estaba transparente. Para entonces deberían haber recorrido ya unos buenos treinta y cinco kilómetros. En su lugar, no fueron más que patéticos veinte. De no ser por Ragna, hubiera tenido una gran oportunidad de alcanzar la carretera esa noche. Se había mostrado ridículamente paciente; pero eso se había terminado.

Debía de haber algún tipo de cabaña a unos siete u ocho kilómetros adelante, la única durante mucho trayecto. Era el lugar conveniente para dejar a Ragna. Ella se las arreglaría. En el fondo era dura. Pero no lo bastante fuerte para llegar a la carretera en menos de veinticuatro horas. Y si el tiempo empeoraba le haría retrasarse todavía mucho más. El recorrido de vuelta, una vez atravesada la frontera, tampoco sería rápido. De cualquier forma, él dispondría de tiempo suficiente para desaparecer.

Miró por encima del hombro. Ragna se había detenido otra vez para sujetarse una atadura molesta. Esperó apretando los dientes exasperado. Si tuviera el menor sentido común, la dejaría en ese mismo momento y ella podría dirigirse por su cuenta a la cabaña.

No obstante esperó, sintiéndose impresionado por su generosidad. No había olvidado la forma en que ella le guió la noche anterior hasta la cabaña. Se mostraba agradecido. Y sabía que había intentado por todos los medios mantener el ritmo... Incluso se había esforzado demasiado, hasta quedar agotada. Tal vez se había equivocado al decirle lo del niño. Aquello la puso frenética.

Esperó. Pero ésta será desde luego la última vez, se dijo.

—¡Vamos!

Su llamada la absorbió el avariento silencio, un silencio vibrante, vivo como si algo amenazador estuviera aconteciendo en su seno.

Finalmente Ragna se puso en pie e inició de nuevo la marcha. Berg se dio cuenta de que detrás de ella el horizonte aparecía menos visible y que la luz había perdido algo de su azul.

Un cambio... ¡Debía haberlo sabido!

Dominado por una nueva sensación de apremio, se puso otra vez en movimiento, olvidándose por el momento de Ragna, escudriñando el panorama, buscando señalizadores. Delante de él y a su derecha se alzaba una gran colina y más allá otra. Según el mapa, la cabaña debería estar en la zona más alejada de la segunda colina.

El panorama aparecía lo bastante claro para hacer que se sintiera confiado. No como a primera hora del día cuando la luz era débil y el ondulante terreno muy engañoso, con lo que se habían dirigido al sur demasiado pronto llegando casi a perderse en un valle a caballo sobre la frontera.

El azul iba desvaneciéndose aprisa. Todo comenzaba a adquirir un monótono tono blanco grisáceo. En aquella planicie sólo surgía un abedul enano y achaparrado cuyas delgadas ramas proyectaban un enrejado en la nieve, mientras sobre los desnudos cantos rodados de oscuro granito, los ocasionales afloramientos aparecían expuestos a causa del viento. Levantó la vista. El cielo estaba opaco por la bruma, el aire perdía con celeridad su nitidez.

El condenado tiempo había sido demasiado bueno para que durase.

Cuando llegó al nivel de la primera colina miró hacia atrás. Ragna aún había quedado más retrasada.

Con furiosa impaciencia, se dio cuenta de que tendría que esperarla, aunque sólo fuera para decirle que iba a seguir en solitario y darle indicaciones para encontrar la cabaña.

Mientras aguardaba, subió un corto trecho por la ladera de la columna para estar bien seguro de su orientación, por si la visibilidad empeorara.

Echó un vistazo al camino por donde habían llegado. El ondulante panorama se quedaba sin sus perfiles y se convertía en una monótona inmensidad.

Algo le hizo detenerse. Permaneció inmóvil, como un animal olfateando el viento.

Parpadeó para aclararse la vista. Le pareció haber vislumbrado algo. Algo que se movía.

Permaneció en absoluta inmovilidad, sin apenas respirar, con todos sus sentidos concentrados en la distancia.

Allí. Un pequeño punto oscuro, apenas visible en la gran masa grisácea que le rodeaba. Siguió vigilante por varios minutos. Se movía. Le asaltó el miedo.

¿Un animal?

Sin embargo, ¿qué animal viajaba solo y no se detenía a olfatear el viento? ¿Qué animal era alto y delgado y avanzaba inexorable con un movimiento oscilante?

Un hombre.

Pero nadie iba allí en pleno invierno, nadie excepto los tapones. Por otra parte, aquella figura de rápidos movimientos no era un lapón... ¿O sí lo era?

«¿Quién eres?», pensó, rencoroso.

Quienquiera que fuese iba hacia ellos y siguiendo la misma ruta. No se hacía difícil imaginar que, en realidad, estaba siguiendo su rastro.

Berg miró rápido hacia delante; examinó de nuevo la configuración del terreno. Luego, con un golpe de sus bastones esquió veloz en dirección a Ragna.



Hal se detuvo bruscamente al subirle a la garganta las náuseas que ya empezaban a serle familiares. Poco después, llegó el sudor frío seguido de una terrible angustia para terminar con un vómito convulso que, al no tener nada en el estómago desde hacía mucho, pareció desgarrarle las entrañas. Tan pronto como hubo pasado aquel desagradable momento, se afirmó débilmente en los esquíes, aspiró a grandes bocanadas aire fresco y esperó a que pasasen los últimos vestigios de escalofríos y náuseas.

Se sentía confuso, con la mente brumosa, lo cual le preocupaba. No podía ignorar aquel dolor intenso y terrible que le oprimía la cabeza como una apretada banda. Las arcadas secas eran una desagradable molestia; pero perder contacto con la realidad resultaba muy perturbador, como si estuviera medio anestesiado. De manera vaga, era consciente de lo que estaba ocurriendo, aunque incapaz de controlarlo.

Cogió el mapa y, con el entrecejo fruncido por la concentración, trató de sacar algo en limpio de él. Por el momento no lograba saber dónde se encontraba. Retrocedió mentalmente el camino recorrido, dándose cuenta de que tenía la mente en blanco respecto a grandes trechos del viaje. Miró la hora. Las once. Aquello debería darle una idea de a qué distancia se hallaba.

Hizo un cálculo a bulto y luego miró en derredor de él en busca de referencias. Había una colina bien visible, justo delante de él. En el mapa figuraban tres, una detrás de otra. Miró hacia atrás y creyó ver que tenía una a su espalda, aunque no podía decir a qué distancia. Su visión parecía confundirle cada vez más.

Se arriesgó respecto a una posición y esperó haber acertado. Habría de comprobarlo a medida que avanzara. Cuando se acordara, si es que llegaba a hacerlo. ¿Se acordaría? No estaba del todo seguro. La mente le estaba jugando tretas, haciéndole concebir ideas que pronto se desvanecían, de manera que era incapaz de establecer la cosa más sencilla.

Se incorporó con dificultad. Sentía las extremidades muy pesadas y el cerebro tan ligero que casi flotaba fuera de su cabeza.

Tomó puñados de nieve y se frotó con ella la cara. ¡Despierta! ¡Despierta!

Se puso de nuevo en camino, aplicando sus esquíes a las huellas que había estado siguiendo desde la cabaña en la cabecera del valle de Kaafiord. No pensó en detenerse, al menos mientras marchara bien. Ello equivaldría a renunciar, lo cual era algo que allí no se hacía nunca.

Mientras recobraba el ritmo, una idea le planeaba inquieta en la mente. Trató de fijarla, pero seguía eludiéndole. De repente, atisbando delante de él en la lejanía, logró dar forma a la idea.

Los otros. Ni siquiera los había visto todavía.

Tendría que avanzar más de prisa o, de lo contrario, jamás los alcanzaría. Sí, eso era, tenía que ir más aprisa.

Bajando la cabeza, guiñando con esfuerzo los ojos, dio un impulso que quería ser una carrera.

—¡Rápido! ¡Apresúrate! —dijo Rolf, alejándose luego con premura y dejando a Ragna que se las arreglara lo mejor que pudiera.

¡Apresúrate! Se sentía capaz de matarlo. ¿Qué creería que estaba haciendo todo el tiempo? ¡Santo cielo! Si alguien quería apresurarse era precisamente ella. No pensaba más que en llegar junto a un teléfono; se aferraba a la idea como a un salvavidas.

¡Y ahora él le decía que se apresurase!

Algo había despertado su impaciencia, algo que le hizo descender por la ladera a una velocidad vertiginosa, con los labios apretados y dando muestras de una gran tensión. Tal vez el tiempo... Podía darse cuenta de que estaba cambiando. Sólo les faltaba eso... otra tormenta. Nada más pensar en aquella posibilidad resultaba una verdadera tortura.

Ya volvían a las andadas sus esquís. Aquel retroceso se producía casi con cada avance, por lo que éste se veía reducido a cerca de la mitad. La cera hubiera podido ayudarle; pero la única que logró encontrar estaba inservible. Naturalmente Rolf no tenía semejante problema. Sus esquís eran de un diseño experimental, y les habían aplicado en las suelas escamas de pescado que se agarraban de forma automática. ¿Sus esquís? A punto estuvo de que la ahogara la furia. ¡Eran los de Jan!

Luego, estaba el problema de la sujeción. Si se lanzaba hacia delante con excesiva fuerza, se salía de la tabla. E incluso si iba con cuidado para no dar un impulso demasiado enérgico, su bota se salía cada pocos minutos. Intentó arreglarlo; pero sin un destornillador era de todo punto imposible.

La fatiga y la dura incomodidad de aquel viaje eran poca cosa en comparación con aquellas frustraciones que la estaban sacando de quicio.

Rolf se alejaba más y más. «Va a dejarme sola», se dijo.

Pero de repente se detuvo y vio que la estaba esperando. ¿Por qué? Para entonces Ragna ya sabía que no era por bondad de corazón. Se esforzó por avanzar luchando contra el fastidioso retroceso de los esquís hasta que, por fin, llegó junto a él jadeante. Antes de que Rolf pudiera decir una sola palabra, Ragna se dejó caer exhausta sobre la nieve.

Rolf, cogiéndola del brazo, la puso en pie con brusquedad.

—Necesito que subas esa colina y busques la cabaña mientras echo una buena mirada al mapa.

Una cabaña. La perspectiva de un pequeño descanso y algo de comida era en verdad irresistible. Se tapó la boca con el pasamontañas.

—¿Hay una cabaña? —preguntó atontada.

Él señaló con un ademán vago el mapa. Ragna se inclinó sobre él y vio de pasada un pequeño punto negro en una inmensa extensión neutral, atravesada por

ocasionales arroyos estivales de color azul y salpicada de números en negro correspondientes a la altura de las colinas. También vio que la cabaña se encontraba bien pasada la mitad del camino hasta la carretera.

Rolf apartó el mapa. Por encima del borde del pasamontañas, sus ojos brillaban con dureza.

—Ve hasta esas rocas que hay allí —señaló un afloramiento oscuro a mitad de camino de la ladera en pendiente suave—. Desde ese lugar, podrás ver.

Otro obstáculo que superar. Ragna asintió con la cabeza. No estaba dispuesta a malgastar energías discutiendo. Con Rolf era una pérdida de tiempo.

Deteniéndose un instante para coger un puñado de nieve y frotarse con ella la boca, se cubrió la barbilla con el pasamontañas y emprendió la marcha. Pronto cambió la nieve en polvo a dura corteza atravesada por surcos helados. Pese a lo suave de la pendiente, los esquís pronto empezaron con sus molestos retrocesos y hubo de avanzar de lado.

Volvió la cabeza para mirar a Rolf. Seguía allí inmóvil observándola.

El afloramiento estaba mucho más lejos de lo que parecía. Necesitó unos buenos diez minutos para llegar hasta él. Cuando al fin lo consiguió, se hallaba casi a punto de desmayarse de fatiga. Se sentó y volvió a llevarse nieve a la boca. Pero no parecía servir de mucho para calmar la sed. Recordaba que Jan, ¿o tal vez fue Hal?, le había dicho que era malo comer nieve; pero no podía recordar el motivo.

Buscó la cabaña y al punto sintió una gran decepción. El tiempo estaba cambiando con excesiva rapidez. Había caído la niebla, haciendo desvanecerse la luz y oscureciendo el paisaje tras un suave velo de bruma opaca. Apenas podía distinguir la tierra que tenía delante, y mucho menos una cabaña alejada.

Dirigió la mirada a Rolf para indicarle que había fracasado.

No se le veía por parte alguna.

Ragna se puso en pie oteando a derecha e izquierda. Ni rastro. Escrutó en busca de un atisbo de forma o color, examinó hasta la más leve sombra, cada canto rodado barrido por el viento y cada roca descubierta...

Había desaparecido.

Se le quedó la boca seca. Intentó mantener la calma. No podía haberse ido... Lo habría visto.

O tal vez no.

Incluso mientras recorría con la mirada la ladera intentando descubrirlo, la bruma parecía cerrarse en derredor de ella, deslizándose desde la cima de la colina, ascendiendo de la nieve abajo. Cada vez se hacía más espesa, más blanca y más fría, hasta que el propio aire pareció congelarse. Y ella había subido hasta allí como un cordero. Rolf debía estar muriéndose de risa.

Al borde de las lágrimas, maldiciendo entre dientes, se inclinó dirigiendo toda su furia a las fastidiosas ataduras. Tentada se halló de arrancarlas, en un vano e irritado esfuerzo por arreglarlas. Su furia se calmó y se dejó caer en la nieve con los hombros

hundidos y la cabeza baja.

Al cabo de un rato se sobrepuso. Era inútil sentirse amargada o furiosa. Nada había cambiado. Tenía que llegar hasta un teléfono. La única diferencia era que, a partir de ese instante se veía obligada a habérselas por sí sola. Lo único que ansiaba era que no le pareciera una perspectiva tan aterradora.

Arregló la atadura lo mejor que le fue posible, se puso en pie con decisión y se sacudió la nieve de los pantalones. Afrontó la invasora bruma y, conteniendo un asomo de pánico, trató de decidir el mejor plan de acción. Pero se dio cuenta de que sólo tenía uno. Seguir adelante hasta Finlandia. Era el camino más corto y no le sería difícil encontrar la ruta; las huellas de Rolf la guiarían.

«Voy a salir de esto aunque me cueste la vida», se dijo con decisión. Y se sintió animada por su propia bravata.

Tras quitarse el guante con torpeza, se metió la mano en el bolsillo y sacó una barra de chocolate. Pura energía. Le dio un bocado con decisión.

Pero se detuvo a la mitad.

Abajo, entre la bruma. Había alguien. Y aparecía por el Norte. Por el camino que habían recorrido ellos.

Berg se puso rígido y cambió de posición, ocultando aún más la cabeza detrás del canto rodado. Moviéndose atisbó hacia el otro lado.

¡Allí! Una silueta blanca apenas visible con la bruma, pero perfilándose cada vez con mayor claridad.

Avanzaba rígida. Siguiendo las huellas que ellos habían dejado.

¿Quién eres tú, hijo de puta? ¿Quién?

¿Un guardia fronterizo? ¿Un soldado? Tal vez hubieran descubierto el «Land Rover» abandonado. Acaso un grupo de rescate enviado para ponerlos a salvo. La idea era absurda, casi divertida.

Existía también la posibilidad de que el hombre fuera alguien anodino... Un lapón que hubiera salido de caza o en busca de su rebaño. También podía estar entrenándose para una de esas carreras de resistencia primaverales que se celebraban en el Sur, esperando obtener un trofeo y hacerse famoso...

Sin embargo... los lapones no vestían de blanco, llevaban pieles de reno y colores característicos.

¿Quién eres?

Berg descolgó el rifle de su hombro, comprobó el cargador por décima vez y permaneció con el dedo apoyado en el gatillo.

Cualquiera que fuese la identidad de aquel hombre, iba a saber quién era él. Cuando hubiera recorrido unos treinta metros, llegaría el punto donde las huellas se detenían, girando de repente hacia la colina... Las de Ragna seguían en ascenso y las de Berg retrocedían hacia el canto rodado, aunque el hombre de blanco no podría ver

eso.

Llegado a aquel punto, o bien se pararía un momento y luego seguiría adelante como un cazador inocente, o se revelaría como perseguidor.

La elección sería suya. Él mismo decidiría entre la vida y la muerte.

Rolf, sólo podía ser Rolf... ¿Era Rolf? Ragna miraba sin comprenderlo. Debía de haberle seguido, aunque Dios sabía cómo o por qué.

Y la indumentaria... Rolf llevaba un anorak claro y pantalones oscuros. Aquella figura iba toda de blanco.

Aquella figura estaba en movimiento, los hombros bien inclinados hacia delante, el cuerpo oscilando de un lado a otro al descargar todo su peso en sus trancos. Al propio tiempo sus gestos parecían exagerados y extraños, con la cabeza mucho más baja de lo que era habitual, como si estuviese cansado.

No parecía que fuera a reducir la marcha y, de repente, Ragna se dio cuenta de que iba a pasar de largo.

Gritó; pero su voz sonaba débil en el aire denso.

Era posible que pasara sin verla. Se precipitó ladera abajo siguiendo una ruta convergente y con la intención de volver a gritar cuando estuviera algo más cerca.

Y entonces, de repente, la figura se detuvo con tal apresuramiento que a punto estuvo de tropezar con sus propios esquíes. Recuperando el equilibrio, se inclinó para examinar la nieve y luego, mirando frenético en derredor suyo, descolgó el rifle del hombro y lo mantuvo entre las manos con un hábil movimiento. Ragna supuso que había visto sus huellas ascendiendo por la colina, porque su cabeza se volvió bruscamente hacia ella.

El rifle, la actitud defensiva... ¿Quién era? Llegó a la conclusión de que le importaba poco. Se paró, alzó un bastón y lo agitó frenética de un lado a otro.

Y entonces la vio. Pudo darse cuenta por la forma en que bajó despacio el rifle.

Mientras descendía por la ladera esquiando sin prisas, volvió a saludar con la mano, sólo para asegurarse.

La figura alzó a su vez un brazo con cierto titubeo, como si no pudiera llegar a creer lo que estaba viendo.

Sí, estoy aquí. ¡Estoy aquí! clamó ella en silencio.

Alcanzó la nieve espesa, la cual se hundió bajo sus pies. Le halló a punto de perder el equilibrio.

Cuando volvió a mirar, un movimiento captó su mirada. Pero, no procedía de la figura que se mantenía a la espera... Permanecía allí en pie. ¿Qué era pues? Le bastó un momento para descubrirlo. Un objeto oscuro en la periferia, algo que no estaba allí antes.

Redujo un momento la marcha y escrutó a través de la bruma helada. Sí, a su derecha, y por delante del hombre blanco. Una forma oscura. Parecía haber surgido

de repente.

Tardó un poco en saber lo que era. Una cabeza, brazos... La parte superior del cuerpo de un hombre agachado de manera extraña.

De repente lo comprendió y el descubrimiento fue como un golpe en pleno estómago. Abrió la boca para gritar y esta vez salió, fuerte y vigoroso, un grito de angustia. Volvió a gritar una y otra vez señalando con uno de los bastones en dirección a Rolf y suplicando al hombre de blanco que lo viera.

Pero la figura desconocida permanecía inmóvil, desconcertada, sin comprender qué le estaba indicando.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritó a pleno pulmón.

Entonces se le soltó la correa y cayó de cabeza sobre la nieve.

Hal bajó el rifle y miró hacia la colina. Todo estaba borroso. Se frotó el ojo sano pero la turbiedad no desapareció. Acaso fuera la niebla. Sabía que era bruma porque podía distinguir la blancura general, y por la manera que el aliento se le condensaba y helaba delante de su nariz.

Otro grito llegó flotando por el aire. Agudo, femenino.

Escuchó con excitación creciente.

Lo supo cuando volvió a oírse la voz.

Ragna.

Se le hizo un nudo en la garganta y hubo de realizar varios intentos. Levantó un brazo y lo agitó. Si al menos pudiera verla con más claridad...

Los gritos se agudizaron, casi eran chillidos.

Y allí estaba... una forma pequeña y gris suspendida en un mar de niebla plomiza.

Agitaba el brazo... ¿Era ella? No podría decirlo. Se frotó el ojo izquierdo.

Sí, era ella gritando y moviendo el brazo y... Todo aquello debía querer decir algo, todo aquel ruido y movimientos extraños debían de tener algún significado. Avizorando peligro se irguió y miró en derredor.

Berg apuntó despacio y con cuidado.

Aquel hombre no era un simple cazador. A aquel hombre le habían enviado a buscarle. Su objetivo quedó expuesto en el momento en que reaccionó con aquella violencia y cogió el rifle entre las manos.

Un profesional. Sospechando una emboscada.

¡Y cuánta razón tenía!

Pero en definitiva un profesional sin demasiada inteligencia. Permanecía en pie, inmóvil, como hipnotizado por los gritos y los ademanes de Ragna.

Y justo lo que Berg había esperado. Ahora tenía todo el tiempo en sus manos.

Sostuvo el rifle con firmeza, apoyó un poco los codos en el canto rodado, afinó la puntería y fue aumentando con suavidad la presión sobre el gatillo.

Ragna intentó presurosa levantarse. Mientras miraba hacia abajo, ocurrieron dos cosas, una a continuación de la otra. El hombre de blanco se desplomó hacia delante y sonó un disparo.

Ragna gritó.

El hombre de blanco cayó lentamente sobre una rodilla, pero no estaba acabado. Levantó su rifle y apuntó en dirección a Rolf.

—¡Mátalo! —chilló Ragna—. ¡Mátalo!

Se oyó un segundo disparo. De su rifle. Pero no alcanzó a Rolf, el cual seguía allí detrás de la roca.

¡Un tercer crac!

El hombre de blanco cayó despacio hacia delante.

Ragna rompió a llorar.

Rolf se incorporó de detrás de la roca y empezó a avanzar con esfuerzo hacia la figura postrada.

Temblando de furia, Ragna cogió el esquí que se le había salido y encajó el pie en la correa suelta. Clavando muy hondo sus bastones en la nieve, se lanzó hacia delante y siguió avanzando sin parar, descargando todo su peso en el impulso, esforzándose por seguir avanzando. Pero despacio. ¡Tan despacio!

Al fin la ladera se hizo algo más inclinada y los esquíes encontraron su propio ritmo. De repente ya no tuvo que empujar más. Había olvidado subirse el pasamontañas y el aire helado le quemaba los pulmones produciéndole dolor; y también las mejillas, en los que se clavaba como trozos de cristal roto. Al nivelarse el suelo, adquirió una mayor velocidad, bamboleándose de modo peligroso sobre el esquí flojo, luchando por seguir erguida.

Rolf había llegado allí. Se encontraba en pie junto al hombre de blanco.

Ragna tropezó con un pequeño trecho de nieve blanda y perdió velocidad. Empezó de nuevo a tomar impulso.

Rolf cogió el rifle del otro hombre. Por un instante Ragna pensó que iba a apuntarle, tal vez a acabar con él; pero se lo echó al hombro, arrodillándose junto al cuerpo inmóvil.

Casi había llegado. Rolf se dio cuenta de que se acercaba porque miró hacia ella por encima del hombro.

Ragna se sintió embargada por la furia como si de un mar al rojo vivo se tratara.

—¡Hijo de puta! ¡Eres un completo hijo de puta! —le gritó al tiempo que llegó junto a él. Le dio un puñetazo en el hombro, sin que pareciera hacerle el menor efecto.

Arrodillado como estaba, ocultaba con su cuerpo el del hombre caído sobre la

nieve. Ragna le apartó con virulencia.

—¡Quítate de ahí! ¡Apártate!

Rolf la obedeció. Se puso en pie despacio.

—Es... extraordinario —en su voz palpitaba algo semejante a la admiración—.

Cualquier otro y...

No terminó la frase sino que irguiéndose miró nervioso a su alrededor como si de repente recordara dónde estaba. Luego, sin mediar palabra pasó junto a ella y se fue.

Ragna bajó los ojos y vio la cara del hombre caído en la nieve.



## Capítulo XXXVI

La oscuridad llegó pronto, tiñendo la niebla de grises oscuros que menguaban y fluían hasta absorber los últimos vestigios de blancura.

Ragna acrecentó sus esfuerzos; rompió la nieve dura con una pequeña sartén de aluminio y luego la apartó hasta quedar al fin satisfecha. Había logrado hacer un largo hueco en la profunda acumulación de nieve que se había formado por la parte inclinada del canto rodado. La propia roca formaba la pared posterior del refugio, una pared que iba decreciendo hacia su base formando un saliente. Con la nieve acumulada por sus excavaciones, había levantado dos paredes a cada lado, de manera que sólo la parte superior y la delantera del refugio habían quedado descubiertas.

Desató el maletín de supervivencia de la mochila de Hal. Parecía bastante impermeable; pero a Ragna se le ocurrió que debajo de él tenía que haber colocado alguna tela impermeable para una mayor protección. Hurgó en la mochila y, para su decepción, sólo encontró una muy ligera y encerada que ya había destinado para el techo. Renunciando a la idea, colocó el saco en el hueco, directamente sobre la nieve.

Mientras desandaba el camino, observaba atenta la nieve para asegurarse de que seguía sus huellas anteriores.

Había tal oscuridad que estuvo a punto de tropezar con el cuerpo caído sobre la nieve. Estaba tan quieto... Parecía aún más quieto que antes. Embargada por el temor, se inclinó y puso su cara junto a la de él. Apenas respiraba y tenía el pulso débil aunque regular. Le había alcanzado dos veces. La primera herida la tenía en la mano izquierda, era fácil verla. Dentro de lo que quedaba del guante, la mano tenía un aspecto horroroso. Dos dedos eran poco más que carne desgarrada y huesos astillados. Uno de ellos le colgaba literalmente. Ragna había hecho lo que le fue posible: ponerle un fuerte vendaje improvisado hecho con prendas sacadas de su mochila. Pero no era gran cosa y ella lo sabía.

La segunda herida la descubrió más tarde, y se reprochó a sí misma no haberla visto antes. Estaba localizada en la parte de atrás del hombro izquierdo y sangraba mucho. Le metió el resto de la prenda por debajo de su indumentaria, cerca de la herida. Necesitaba una venda y bien puesta; pero con aquel frío no se atrevía a quitarle ropa.

Había permanecido inconsciente durante todo el tiempo.

No iba a ser tarea fácil mover el cuerpo inerte de un hombre de metro ochenta y de más de ochenta kilos a lo largo de veinte metros. Tenía cierta idea de cómo podría hacerlo; pero... era sólo eso, una idea.

Hal yacía sobre el costado derecho. Ragna colocó los esquíes de él sobre la nieve, uno junto al otro, paralelos a la espalda, con las puntas a la altura de la cabeza. Luego, puso sus propios esquíes a cada uno de los lados de Hal, ató todas las correas

muy apretadas en el centro, de manera que las cuatro tablas juntas se asemejaban a una angosta balsa. Acto seguido, se desató de la cintura toda la larga cuerda delgada que encontró sujeta a la mochila de Hal, la enganchó con una lazada a la punta de cada esquí y las unió todas con fuerza. Dejó los cabos de las cuerdas sueltos sobre la nieve.

Aquella operación le había costado unos buenos quince minutos. Sus manos torpes e insensibles se movían con exasperante lentitud.

Y ahora a ver cómo lo ponía sobre aquella especie de litera. La colocó a la altura de su espalda. Luego, tirándole de las piernas y de los hombros, le dejó boca arriba. Pero aun así tumbado, sólo tenía medio cuerpo sobre las improvisadas parihuelas. Le subió las piernas de lado y un brazo. Luego, intentando no tocar el hombro herido, trató de mover el cuerpo.

Se esforzaba y tiraba; pero parte del cuerpo de Hal estaba hundido en la nieve, de forma que Ragna tenía que moverlo hacia arriba al mismo tiempo que de costado.

Dio la vuelta, se colocó al otro lado y lo intentó desde aquel ángulo. Empujó con fuerza. De repente Hal gimió, un sonido fuerte que la sobrecogió en aquel silencio. Comprendió que debía de haberle hecho daño en el hombro dañado.

—¿Hal? —dijo inclinándose hacia él.

Su respiración había cambiado. Era más profunda, más corta. Movié la mano y se quejó un poco.

Ragna se apartó el pasamontañas de la boca.

—¿Puedes oírme, Hal? ¿Hal? Estoy intentando moverte. Necesito tu ayuda. ¿Me oyes?

Él volvió a quejarse, esta vez con mayor fuerza.

—Necesito tu ayuda —repitió Ragna en tono más apremiante.

Se hizo un silencio. Hal parecía estar oyendo; luego, emitió un jadeo que sonaba como «Sí». ¿Lo habría entendido de veras? Ragna no estaba segura.

—Necesito que te coloques sobre estos esquíes. Que te tumbes encima de ellos.

Una pausa; luego, alargando la mano sana, dio unas débiles palmadas sobre la nieve. Ragna supo entonces que había entendido.

Hal permaneció inmóvil durante unos minutos. Ragna llegó a pensar que había vuelto a perder el conocimiento.

—¿Hal? Vamos... ¡Tienes que moverte!

Levantó un poco la cabeza y luego, respirando trabajosamente, apoyó el codo e intentó alzar el cuerpo. Ragna introdujo las manos por debajo de él y trató de hacer palanca. Por un momento pensó que lo lograrían pero, de súbito, con un gemido de dolor, Hal se dejó caer sobre la nieve aprisionando los brazos de ella.

Debió ser el hombro. Tenía que haberle advertido.

Sacó con dificultad los brazos.

—¡Espera! —dijo ella al darse cuenta de que se disponía a intentarlo de nuevo.

Dando la vuelta, se colocó en el otro lado, se arrodilló y metió las manos por

debajo. Contó en voz alta hasta tres. Hal elevó el cuerpo, Ragna lo sostuvo y tiró de él. De repente, casi estaba dentro.

Jadeaba con fuerza, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano. Metió las piernas aún más en las parihuelas y, con sumo cuidado también los hombros.

—Otra vez —dijo Ragna inexorable—. ¿Preparado?

—Preparado.

Volvió a contar hasta tres, ambos empujaron hacia arriba. Lo habían logrado.

Aunque nunca quedaría dentro por completo. Los cuatro esquíes no eran lo bastante anchos para él y sus hombros los desbordaban quedando sobre la nieve. Pero casi todo su cuerpo tenía apoyo y aquello era más de lo que ella había esperado.

Lo sujetó a las parihuelas con el resto de la cuerda, floja bajo los brazos, firme alrededor de la cintura y las caderas, hasta las correas. Se quedó sin cuerda y hubo de atarle los tobillos con el cordón de su pasamontañas.

Hal habló con un murmullo. Ragna se inclinó para poder entenderle.

—Lo siento... no puedo...

—¡Estate quieto! —dijo Ragna con más brusquedad de lo que quería—. No hay nada por lo que debas disculparte. ¡Sólo no te muevas!

Ragna se dio cuenta de repente de que no tenía cuerda para poder arrastrar las parihuelas. ¡Menuda idiota! Respiró hondo. Lo desató y volviendo luego a atarlo; pero esta vez dejando un poco de cuerda suelta por la parte más fuerte de la sujeción, a la altura de la cintura.

Luego, enrollándose el cabo a las manos, intentó tirar. Nada. Hizo un mayor esfuerzo con las botas hundidas en la nieve. De pronto los esquíes se deslizaron, las parihuelas saltaron hacia delante y ella cayó de costado.

¡Pero las angarillas se habían movido! Sintió un ligero ramalazo de esperanza.

Se puso en pie y volvió a tirar. Una y otra vez. A cada tirón, Ragna avanzaba. Echándose la cuerda al hombro, se dispuso a tirar de nuevo. Un avance duro pero al fin y al cabo avance. Unas veces las parihuelas se movían con facilidad, otras parecía que se agarraran a la nieve... pero seguían moviéndose. De cuando en cuando, se detenía e iluminaba el suelo con la linterna para asegurarse de que estaba siguiendo el rastro que conducía a la roca.

La distancia era de unos veinte metros. Seguía progresando con regularidad hasta que, cuando faltaba sólo un poco, tropezó con un declive.

Ragna tiró y empujó; pero las parihuelas permanecían firmes. Lo intentó empujando por detrás. Ni los extremos de los esquíes ni los pies de Hal ofrecían suficiente resistencia.

Se dejó caer en la nieve, vencida de momento e intentó pensar. Volvió otra vez a la parte delantera, dio la espalda a la roca y, enrollándose la cuerda a la cintura, plantó los pies en la nieve y descargó todo su peso hacia atrás.

Nada. Por un instante perdió el ánimo; pero, sobreponiéndose, lo intentó de nuevo. Las angarillas se movieron... unos centímetros. Un nuevo intento. Pocos

centímetros más.

Semejante a un atleta en la lucha de la cuerda, descargó todo su peso sobre el cabo de arrastre, y ganó terreno con angustiosa lentitud. Volvió a repetir la operación y, jadeando, movió los pies. Hizo acopio de fuerzas y tensó todos los músculos hasta sentir las venas hinchadas y palparle la sangre.

Finalmente la camilla empezó a moverse con más facilidad; el suelo parecía haberse nivelado. Se destacaba oscura la sombra de la roca. Arrastró su carga por la entrada del refugio de nieve. Y luego se dejó caer en ella, jadeando de forma terrible hasta recuperar el aliento.

Sus manos, doloridas hasta hacía poco por el frío, le daban pinchazos y latidos al retornar la circulación a ellas con fuerza.

Al cabo de un rato, volvió a sentarse y desenrolló la cuerda del cuerpo de Hal.

—Aquí estamos —dijo todavía sin aliento, por si podía oírla.

—Bien hecho.

La voz de Hal sonaba ronca aunque era de una claridad sorprendente.

—Pronto entrarás en calor.

—Muy inteligente... Bien hecho... Muy inteligente.

Las palabras de Hal, la dulzura de su tono hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Tu saco de supervivencia. Está todo preparado. Justo a tu lado.

—Mi ropa exterior —dijo él—. Hay... que... quitarla.

Ragna le quitó las botas; luego, los pantalones flojos. El anorak se presentó mucho más difícil, hubo de sentarle e intentar sacárselo por la cabeza. Él no prestaba mucha ayuda, ya que se desplomaba sin cesar sobre ella. Y a Ragna se le cayó el alma a los pies al comprender lo débil que se encontraba.

Acabó teniendo que rasgar el anorak con un cuchillo. Luego, lo dejó caer junto con los pantalones en el trecho de nieve que había entre las parihuelas y el saco de supervivencia, para que cuando se introdujera en él no arrastrara consigo algo de nieve. Era muy importante estar bien seco al meterse en esas cosas. Eso sí que lo sabía.

Le puso en los pies los finnesko forrados de hierba de juncia y luego, pasando el brazo sano de él por sus hombros le ayudó a incorporarse y a introducir las piernas en el saco. Aquello pareció dejarle completamente exhausto y se apoyó en ella.

—¡Casi lo hemos logrado! ¡Casi lo hemos logrado! —le estimuló Ragna.

Jadeante, con el pulso latiéndole con fuerza en las sienes, le fue empujando poco a poco con un animoso «Un-dos-tres ¡arriba!» Mientras le movía. Finalmente, Hal se encontró sentado ante la abertura del saco y, comprendiendo que el calvario estaba a punto de terminar, hizo un esfuerzo para que pudiera meterlo.

—¡Estarás caliente en un decir amén! —prometió Ragna con pretendida animación, subiendo la cremallera y cubriéndole la cabeza con el pasamontañas. Hal no contestó.

Ragna se dedicó a acondicionar el resto del refugio. Amplió la pared de nieve por

la parte delantera, de tal forma Hal quedaba protegido por todos los lados. Pasó la cuerda a través de los orificios de la lona encerada, la sujetó alrededor de la roca, la recogió sobre las paredes, y aplicó más nieve sobre los bordes de la tela para que quedara bien sujeta. Dejó suelta una pequeña esquina a modo de entrada.

Aquello le llevó también mucho tiempo.

Cuando por fin acabó, se introdujo con dificultad en el refugio, se instaló junto a los pies de Hal y colocó las mochilas en derredor suyo. Encendió la linterna para registrar en la de él y encontró una vela. La encendió.

Se alzó la llama iluminando la lona y haciendo brotar destellos dorados en la roca. Ragna encontró tranquilizadora aquella luz amarilla.

Se arrastró hasta encontrarse junto a Hal. Hubo de recurrir a todo su valor para mirarle la cara. Acarició ligeramente con las yemas de los dedos la maltrecha piel y alrededor de la herida en la mejilla.

Él abrió los ojos; pero los entornó de inmediato como si la luz le resultase penosa.

—Dentro de un momento prepararé una bebida caliente —dijo Ragna—. Y también una comida caliente. Luego, me ocuparé como es debido de ese hombro.

—No... —rechazó Hal haciendo un esfuerzo—. Debes ponerte en marcha... mientras el tiempo siga así.

—Hay niebla. Todavía no puedo irme.

Hal frunció el entrecejo desalentado.

—Entonces en cuanto aclare.

Ragna no contestó. Seguía acariciándole los ojos heridos y la nariz hinchada. Aparecía un vendaje por debajo del pasamontañas. Lo apartó con suavidad y vio que la venda estaba manchada de sangre seca.

Brattdal. Aquello tan terrible debieron habérselo hecho en Brattdal.

Por un momento, no se atrevió a formular la pregunta que le quemaba los labios. Hasta que haciendo de tripas corazón ante la respuesta que tanto temía escuchar, se decidió.

—Kris, Hal. Kris. ¿Está...? —no se atrevió a seguir.

Hal se mostró agitado, como si hubiera debido acordarse de decírselo de inmediato.

—A salvo —repuso con voz entrecortada—. Con Sigrid. A salvo. Yo mismo lo llevé.

Cerrando con fuerza los ojos, Ragna dejó caer la cabeza sobre el pecho de Hal y lanzó un suspiro hondo que era casi un sollozo.

—Gracias a Dios —murmuró—. Gracias a Dios.

Era como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Se encontraba a salvo y, además ya no estaba solo.

Se sintió embargada por una inmensa oleada de amor y gratitud. Miró la pobre cara malherida de Hal y le puso sobre la mejilla la palma de la mano.

—¡Querido mío! ¡Queridísimo! —musitó.

Pero el alivio pronto dio paso a la desesperanza.

A Dios gracias Kris se encontraba a salvo; pero Hal estaba medio muerto.

Ya era hora de ponerse a trabajar. Sacó la cocinilla de alcohol de Hal y, al cabo de algunos intentos, logró encenderla. Cogió la sartén que había estado utilizando a modo de pala, la llenó de nieve y la puso sobre la cocinilla para que se derritiera. Rebuscando en las mochilas, encontró una sola lata de estofado de carne, la abrió y la colocó junto al hornillito.

Hal parecía estar dormido. Ragna decidió aplazar el vendaje de sus heridas hasta que hubiera logrado hacerle comer algo. Entre tanto, hizo inventario de las existencias de víveres y las dividió en dos partes. Lo justo para una somera alimentación durante doce horas para ella, y el resto para Hal. Aun así ambas eran tan pequeñas que daban lástima. Comprendiendo que lo más probable era que Hal no fuera capaz de cocinar, ordenó las raciones de forma que él se quedara con todos aquellos alimentos que se pudieran ingerir sin preparación, como pan duro, queso, galletas, chocolate y albaricoques desecados. Para ella apartó un poco de pescado seco, carne y algo de chocolate.

Costó algún tiempo derretir la nieve, sobre todo porque hubo de hacerlo en varias tandas para obtener un poco de agua caliente. Pero al fin logró la suficiente para verterla en un cubilete de metal donde yo había disuelto un cubito de sopa. Vacío la lata de estofado en la sartén, para que fuera calentándose y se acercó a Hal para darle la sopa.

Seguía con los ojos cerrados.

—La cena está servida —informó.

Hal parpadeó varias veces como intentando orientarse de nuevo. Haciéndole apoyar la cabeza sobre su brazo, Ragna consiguió que tomara la sopa.

—Pronto estará el segundo plato.

Hal dejó caer de nuevo la cabeza. Se le veía muy pálido, incluso a la cálida luz de la llama, Ragna hubo de acudir a todas sus dotes de persuasión para hacerle comer el estofado. Y, al cabo de unas cuantas cucharadas, volvió la cabeza.

—No puedo tragarlo.

—Tienes que comer insistió ella.

Pero Hal se negó en redondo. El resto lo consumió ella reacia.

—Ahora tengo que verte el hombro —dijo con firmeza.

Hal no opuso resistencia alguna y la dejó abrir el saco y volverle sobre el lado derecho. Al aflojarle las ropas y levantárselas para dejar el hombro al descubierto, Ragna encontró primero un termo de agua y luego una pistola.

Hal abrió los ojos.

—¿Has encontrado la pistola?

Ragna se la mostró. Él la miró guiñando los ojos. Ella se dio cuenta de que apenas veía.

—Sí, la pistola —dijo acercándole más el arma.

Por último pareció reconocerla.

—La munición está... en el bolsillo del anorak. Cógela.

Dejando a un lado la pistola, Ragna le descubrió el hombro. La ropa interior había empapado gran cantidad de sangre y lo mismo la especie de tampón que ella le aplicó. Le limpió la herida. Sangraba un poco, pero no tanto como temía. Daba la impresión de que pronto dejaría de sangrar.

La examinó curiosa. Jamás había visto una perforación de bala. Parecía de una extraña limpieza y no daba la impresión de revestir gravedad, un círculo con un borde algo arrugado y enrojecido. Exploró toda la parte delantera del hombro... No existía ningún otro orificio y la bala seguía dentro del cuerpo.

Como no sabía qué otra cosa hacer, le volvió a poner el apósito y, enrollándole al cuerpo una larga tira del material del anorak roto, vendó con fuerza la herida. Al notar que se estaba quedando muy frío, volvió a cubrirle con su ropa y subió la cremallera del saco.

Ragna se mostró vacilante en cuanto a la mano. No parecía sangrar demasiado. Recordando el estado de los dedos, pensó que no debía tocársela. En realidad no sabía por dónde empezar.

Hal dormía de nuevo. Ragna iluminó con la linterna la entrada del refugio. La niebla era más espesa que nunca; pero más blanca y cortante, impregnada de un frío tan intenso que el propio aire parecía suspendido de una intensa escarcha.

Siguió con sus preparativos para el viaje. Metió en el refugio su esquí averiado y reafirmó la fastidiosa correa con la ayuda del pincho y el destornillador que tenía el cuchillo suizo que él llevaba. Al propio tiempo, fue derritiendo en la sartén varias tandas de nieve para llenar el termo.

Luego estudió el mapa intentando marcar una posición. Una segunda cabaña aparecía marcada con toda claridad en el mapa de Hal, como también lo estaba en el de Rolf. ¿Pero había dicho éste la verdad cuando afirmó que se hallaba casi a la vista? ¿O habría mentido para lograr que ella se apresurara? No le sorprendería que fuese así. Al parecer, Rolf mentía casi siempre.

Buscó rutas posibles. Retroceder atravesando de nuevo la frontera estaba descartado, el camino sería más largo y aun cuando llegara junto al «Land Rover», no era probable que el coche se pusiera en marcha y tendría ante sí una larga caminata por el valle Kaafiord. Lo mejor sería ir en busca de la carretera. ¿Pero qué camino seguir? Pensó en ir derecha al puesto fronterizo, pero luego lo descartó. Tal vez fuera el camino más corto; pero podía tropezar con una serie de obstáculos. Lo mejor sería seguir la ruta del verano sin desviarse, porque parecía más directo, sin colinas, y ofrecía escaso peligro de tomar un desvío equivocado. A unos trece o catorce kilómetros hacia el Sur, había un lago y desde él podía dirigirse directamente a la carretera.

Una vez hubo terminado con todo, apagó la cocinilla y la vela, se metió en el saco de dormir y se introdujo a duras penas junto a Hal.

Pero Ragna no podía dormir. El silencio la oprimía, la oscuridad se desplomaba sobre ella. El refugio se asemejaba a una pequeña embarcación en un inmenso mar de vacuidad, cercado por la ondulada nieve. Ni un solo ruido atravesaba la lona, ni un solo movimiento alteraba el aire. La sensación de aislamiento era abrumadora.

Sin embargo, en aquel mortal silencio planeaba algo amenazador como si afuera hubiese alguna cosa inimaginable, suspendida más allá del círculo de oscuridad, dispuesta a atacar.

Hal movió la cabeza y gimió.

Sacando una mano de su saco de dormir, Ragna le tocó la mejilla. Todavía la tenía muy fría. No parecía haber entrado en calor lo más mínimo.

Recordó lo que se decía que debía hacerse en tales circunstancias. Bajó la cremallera de su propio saco; luego, la del saco de Hal y se deslizó dentro, echando por encima de ellos su saco. El herido suspiró y musitó algo en sueño. Ragna se apretó contra aquel cuerpo con la esperanza de transmitirle el calor del suyo.

No podía dormir, ni siquiera cuando notó que él empezaba a entrar en calor. Se dedicó a pensar en su vida y en el terrible desastre que había hecho de ella. Una y otra vez. Una y otra vez. ¿Cómo era posible que se hubiera equivocado tanto en dos ocasiones? Cuando conoció a Jan, lo había comprendido. ¿No era así? Reconoció lo poco profunda y lo artificial que fue su antigua vida. ¿Cómo pudo volver a estar tan ciega para caer en la trampa de Rolf? No cabía duda de que era lo bastante atractivo... ¿Pero acaso no había llegado a aprender que las relaciones con hombres semejantes eran lo más solitario de todo? ¿Y cómo no supo verlo tal como era? Aunque ya conocía de antemano la respuesta. La culpa la tenía su propio egoísmo, su propia decisión a satisfacerse a sí misma, y ver nada más que aquello que le gustaba. Había estado huyendo del horror de la muerte de Jan y de la ridícula sensación de culpabilidad que despertaba en ella no haber sido capaz de evitarla. Huía. ¿En busca de qué? De la supuesta libertad, de la propia fatuidad. ¡Y a qué precio!

Se sintió embargada de aversión hacia sí misma. Nunca jamás. ¡Nunca jamás! No volvería a destrozar la vida de otras personas. Ya bastaba de egoísmos.

Y daría cumplida satisfacción. A Kris. Pero sobre todo a Hal. Encontraría la forma de sacarle de allí aunque hubiera de morir en el intento. Encontraría ayuda. La idea del fracaso le resultaba insoportable.

Por fin, al cabo de lo que parecía un largo tiempo, se quedó dormida por la fatiga.

Mucho más tarde se despertó sobresaltada. Un ruido... Se había producido un ruido. Fuera. ¿Qué podía ser? El silencio la ensordecía. Intentó aguzar el oído.

¡Allí estaba otra vez!

Un ruido lejano como...

El corazón empezó a latirle con fuerza. No podía ser...

Volvió a escucharse. Débil. Lejano. Apagado... Y sin embargo inconfundible. El grito de un animal.

Un aullido...



Sintió un fuerte escalofrío y se acercó más a Hal. Tratando de no escuchar; pero incapaz de evitarlo, hizo acopio de valor, cerró los ojos y esperó que le llegara de nuevo aquel espantoso sonido.

El silencio se prolongó. No volvió a producirse.

Debió haberse quedado adormilada porque de nuevo se despertó sobresaltada, consciente de que había pasado bastante tiempo. Tal vez incluso una hora. Permaneció quieta, no queriendo moverse, no queriendo pensar en que tenía que levantarse para comprobar el tiempo. Pero la oscuridad ya no era total. Levantó la vista. A través de una minúscula rendija entre la lona y la roca pudo distinguir una estrella solitaria.

Salió del saco, apartó la esquina de la lona y miró al exterior. Un mundo nuevo se extendía ante ella. Había desaparecido la niebla. La noche estaba clara y despejada. Comenzaba a soplar un ligero viento.

Ragna vaciló un instante recordando aquel estremecedor sonido en la noche... Pero ya parecía lejano, semejante a una pesadilla casi olvidada.

Sin pensarlo más, se preparó presurosa. Encendiendo de nuevo la vela, metió en su mochila una brújula, un mapa, una caja de cerillas, su porción de alimentos y dos barras de cera para los esquíes.

Colocó los víveres de Hal junto a él, para que pudiera alcanzarlos con facilidad, y se aseguró de que el termo estaba dentro del saco donde pudiera encontrarlo.

El arma... un revólver, se encontraba donde ella lo dejó. Lo examinó cautelosa y luego, rebuscando entre los harapos del anorak de Hal, sacó toda la munición de los bolsillos y la guardó en su propio anorak. Cogiendo de nuevo el arma, intentó averiguar cómo se cargaba y amartillaba. Logró abrirlo. Toda la recámara estaba cargada. Lo cerró de nuevo. Se encajó con un fuerte ruido metálico.

—Ragna...

Volvió rápida la cabeza.

Los ojos hinchados de Hal parpadearon al mirarla por encima del borde del saco de supervivencia. Daba la impresión de estar más despabilado... incluso su aspecto parecía haber mejorado algo.

Ella le sonrió.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Claro que, como quiera que fuese, siempre diría eso. Cogió el termo con agua y le dio a beber. Estaba muy sediento, Ragna deseó haber derretido más nieve.

—¿Cómo está el tiempo? —preguntó Hal.

—Despejado. Y no hay más que un ligero viento.

—Vigila... las nubes... La nieve. Busca un refugio con tiempo.

Ragna asintió.

—¿Tienes el revólver? —le preguntó él.

Ragna se le acercó a gatas.

—¿Podrías decirme cómo se maneja?

Le explicó despacio, jadeante, el sistema de doble acción y que, si te limitabas a apretar el gatillo, habías de presionar muy fuerte, pero que si, en cambio, lo amartillabas antes con el pulgar sería mucho más fácil. Le dijo que el arma recularía algo y que debería contar los disparos para no encontrarse con el cargador vacío en un momento difícil.

—¿Y... la munición? ¿La has cogido?

—Sí.

—Bien —cerró los ojos un momento para abrirlos en seguida—. Lo más probable es que no necesites utilizarlo... pero es más seguro.

Ragna no le habló del aullido.

—Y otra cosa... —frunció el ceño ante una idea perturbadora—. No vayas demasiado de prisa... cualquiera que sea la ruta que cojas. No te arriesgues a... alcanzar a Rolf.

—Ahora ya debe estar a kilómetros de aquí.

Hal jadeó.

—¡No estés tan segura. No estés tan segura! Por favor.

Parecía que fuese muy importante para él.

El peligro de encontrarse con Rolf revestía escasa importancia en comparación con el riesgo de ir demasiado despacio y que estallara otra tormenta sin haber sido capaz de encontrar ayuda. Pero Ragna asintió con firmeza porque sabía que aquello le tranquilizaría.

Pero no le engañó. Sacando la mano buscó el brazo de ella.

—Tienes que mantenerte alejada de él. Tienes que hacerlo. Es capaz de cualquier cosa. Te mataría. ¿Lo comprendes? —se quedó mirándola un momento y luego añadió con amargura—: Mató a Arne.

Ragna quedó perpleja.

—¿Lo comprendes ahora? Di que lo comprendes.

—Lo comprendo —logró decir.

Y así era. Después de la conmoción inicial, le resultaba fácil. Matar a alguien parecía una característica natural de la personalidad de Rolf.

Arne. Pobre Arne...

Logró sobreponerse. No quería irse sin que en su rostro hubiera una expresión de confianza inmovible. Deseaba que Hal quedara convencido de que pronto le llevaría ayuda.

Más aún. Quería dejar a Hal con... con... Sintió que se le oprimía el corazón.

Se inclinó hacia él y apretó su mejilla contra la maltratada cara de él.

—Te amo —le dijo—. Te quiero con toda mi alma.

Hal permaneció callado. Al apartarse Ragna, observó que tenía el rostro contraído por una leve mueca. Lanzó una breve exclamación, mezcla de cariño y exasperación.

—Ragna... —Y abriendo los ojos esbozó una sonrisa—. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

Ella experimentaba ansias de llorar. Tenía un aspecto tan gris, tan débil.

—¿Estás segura de la ruta?

—Segura.

Se hizo un silencio.

—Lo dije de veras —añadió luego Ragna impulsiva.

—¿El qué?

Pero Hal lo sabía.

—Que te amo.

—Dímelo..., cuando estemos de regreso en Tromsö.

—Lo haré. —Apartó la mirada—. Es hora de emprender la marcha —añadió con brusquedad.

—Sí.

—Te he dejado los víveres aquí mismo... Y el termo con agua en el saco junto a ti. Y las cerillas se encuentran al lado de la vela.

—Sí. —La tranquilizó con la mirada.

Ragna se endosó su anorak.

—Dime una cosa antes de que me vaya, cariño —dijo jugueteando con los guantes—. Dime..., qué tuvo que ver Rolf con lo de Pasvik.

Hal no contestó en seguida. Ragna le miró de soslayo. Él frunció de nuevo el ceño.

—Necesito la verdad, Hal —le apremió ella.

Hal, apretando los labios, volvió la cabeza a un lado. Al cabo de un momento tomó una decisión.

—Rolf es..., un espía. Filtró a los rusos lo de Pasvik. Jan... y Mattis... cayeron en una trampa.

## Capítulo XXXVII

El camión de la Policía chirriaba al ascender por la carretera, hasta que, al fin, salió de la espesa niebla que invadía el valle Kaafiord y emergió a una noche clara y estrellada.

Fue Aslak quien primero divisó el turismo y se lo señaló al conductor. Llegaron junto a él. Era imposible saber de qué color era porque estaba completamente cubierto de una gruesa capa de escarcha que relucía en la noche estrellada. Pero Aslak lo reconoció.

—Es el coche de Ragna Johansen —dijo al sargento de Policía.

Forzaron las portezuelas y miraron en el interior. Pero no había nada que ver.

Tres kilómetros más adelante, encontraron el «Land Rover» con igual resultado.

No habían avanzado mucho cuando las condiciones de la carretera empezaron a poner nervioso al policía que conducía y cuando ya divisaban la cabaña junto al lago, se detuvo e hizo girar el vehículo dispuesto a irse por donde había llegado. Aslak y su primo, Erkki Hetta, bajaron del camión, cogieron sus esquíes y mochilas, saludaron con la mano al camión que se alejaba y emprendieron la marcha en dirección Sur, deteniéndose tan sólo a echar un rápido vistazo al interior de la cabaña.

Aslak marcó el ritmo, un ritmo rápido. Si Hal había viajado a toda marcha, Aslak sabía que no tenían la menor esperanza de alcanzarle; pero si, como sospechaba, tuvo que aminorar el avance a causa de sus heridas, si en realidad se encontraba en dificultades, entonces podrían tener alguna posibilidad de encontrarlo.

Aslak recordaba la ruta que trazaron en el mapa antes de que Hal se fuera, y la estaban siguiendo.

Eran las tres de la madrugada, la atmósfera se mantenía clara, con apenas un ligero viento. La temperatura, muy baja, daba lugar a que, bajo sus esquíes, la nieve fuese en polvo y seca. Ideal. Mientras durara.

Thrane se mantenía despierto a base de café muy fuerte y el estímulo de un creciente malhumor. Por fin se había movilizado el Ejército. Una unidad destacada cerca de Skibotn estableció un control en la carretera de Finlandia, y otra se encontraba en los alrededores de Kaafiord, aunque sólo Dios sabía para qué. Era demasiado tarde. Las tropas de choque de montaña estaban perdiendo el tiempo en Skibotn.

Entretanto, Ekeland había llamado desde Oslo para informar que en el frente diplomático las cosas iban muy lentas. Los finlandeses querían saber a toda costa si se había cursado una orden de detención contra Berg y, de ser así en qué se basaba. Tan pronto como recibieran la información, estudiarían la conveniencia de detener al

sujeto. Pero no antes, y eso lo habían dejado bien sentado.

Luego, el ministro de Asuntos Exteriores noruego solicitó la búsqueda oficial de otras dos personas que se creía se encontraban en la meseta. Aquello desconcertó muchísimo a los finlandeses. ¿También estaban reclamadas esas dos personas? ¿Se hallaban relacionadas de algún modo con el individuo Berg? ¿Por qué habían ido a la meseta en aquellas condiciones?

Pero, pese a haber recibido escasas respuestas, los finlandeses aceptaron llevar a cabo una búsqueda aérea con las primeras luces. Por supuesto si el tiempo lo permitía. Para ellos era motivo de orgullo ofrecerse de inmediato a colaborar en las operaciones de búsqueda y rescate sin hacer pregunta alguna.

También habían consentido en enviar una patrulla a la carretera, en dirección a la frontera noruega, para el caso de que los sujetos hubieran llegado tan lejos.

Ekeland preguntó si, por su parte, Thrane tenía alguna noticia. Éste le comunicó lo poco que había para informar, evitando con mucho cuidado mencionar el hecho de que los dos lapones, Aslak Hetta y su compañero, marchaban de camino hacia la meseta. No convenía enmarañar la situación sobre todo habida cuenta de que Hetta estaba decidido a ir allí.

Ekeland colgó. Thrane se dio cuenta de que no había presentado excusa alguna por haber acusado erróneamente a Starheim. En ausencia de Thrane le otorgaba sin duda toda la credibilidad a causa de la identificación de Berg.

A Thrane poco le importaba. Lo que contaba era que, por fin, algo se estaba haciendo. Sin embargo, le atormentaba el temor de que no fuera suficiente.

Recorría sin cesar la habitación, deteniéndose de tanto en tanto para consultar el mapa una vez más, recorriendo y volviendo a recorrer la ruta..., la que él hubiera seguido de haber intentado ir desde Kaafiord hasta Finlandia. Y no sólo hasta Finlandia... Eso era fácil. Sino hasta ponerse a buen recaudo.

Desde la parte alta del Valle de Kaafiord, había un sendero natural que conducía hasta la frontera a través de valles poco hondos; siguiendo el curso de arroyos, se dirigía hacia el Sur durante unos treinta y siete kilómetros, hasta llegar a un pequeño lago. Allí cabía una elección... Torcer en dirección Oeste y encaminarse derecho hacia la carretera, que estaba a doce kilómetros nada más o seguir adelante hacia el Sur hasta alcanzar la carretera desde un ángulo más oblicuo, a una distancia de veinte kilómetros.

Thrane siempre elegía la ruta más corta. Porque la larga no ofrecía ventaja alguna. Ninguna de las dos conducía, ni por asomo, a cualquier lugar civilizado. Cualquiera que fuese la que Berg escogiese, se vería forzado a esperar el paso de algún medio de transporte. Como los finlandeses patrullaban por la carretera, cabía la posibilidad de que le detuvieran aunque fuese durante poco tiempo.

Por otro lado, podía ocurrir que Berg no estuviera interesado en la ruta más corta. Le conduciría a la carretera a sólo unos kilómetros al sur del puesto fronterizo por el que intentó sin éxito atravesar la frontera. Supondría que habría patrullas destacadas

en su búsqueda. Era posible que se mantuviera alejado de la carretera a lo largo de varios kilómetros en dirección Sur. También cabía esperar que..., hiciera cualquier cosa.

Thrane se acercó a la ventana; luego, al escritorio. De nuevo a la ventana, inquieto y desalentado. Lo peor de todo era verse varado allí, limitándose a esperar noticias, cuando las cosas ocurrían tan lejos.

Krog llegó con un emparedado cuyo aspecto era casi tan fatigado como el del propio Thrane, el cual empezó a comerlo malhumorado, sin apenas darse cuenta de su sabor lo que, en realidad, más le valía.

Se detuvo a la mitad y miró a Krog.

—¿Tiene un coche?

—Hummm... ¿Quiere uno? Estoy seguro de que nuestros amigos lo podrán arreglar.

—No. Me refiero a usted. ¿Tiene coche?

—Sí.

—Bien.

Se puso en pie.

—Digo que lo tengo, aunque en realidad pertenece al departamento —se apresuró a aclarar Krog.

—Pero supongo que no llevará escrito por todas partes FO/S.

—No —repuso Krog enrojeciendo un poco.

—En tal caso, lo tomaré prestado. Gracias.

—Pero...

—Usted se quedará aquí montando la guardia. Permaneceré en contacto.

—Muy bien.

—Y si alguien telefona me he ido a Skibotn.

—¿Y si el CO telefona a Skibotn?

—Me habré ido a Kaafiord.

Krog hizo una sonriente mueca. Había captado la idea.

Berg se detuvo impaciente. Con la mano enguantada arrancó las capas de hielo que se le habían formado en la delantera del pasamontañas, donde el aliento se había solidificado sobre la lana. Luego, se frotó los párpados cubiertos de gotitas congeladas. Por último examinó sus esquíes, que se deslizaban de forma peligrosa. No había nieve acumulada sobre ellos, así que llegó a la conclusión de que el frío era el culpable... La superficie se había vuelto dura y granujienta así como un poco pegajosa.

Se ajustó el pasamontañas. La noche se sentía viva, poblada de susurros. Leves crujidos y el rechinar de los helados pantanos que había debajo, como si la propia tierra se estuviera dilatando.

Emprendió de nuevo la marcha aliviado porque el chirrido y raspado de sus esquíes ahogaban los ruidos procedentes del entorno. Aborrecía tener que detenerse, aborrecía el sentido de la quietud y la amenaza de un panorama jamás cambiante. Siempre tenía la sensación de que la nieve iba amontonándose en derredor, intentando tragárselo.

Pero lo que le colmaba de regocijo era estar en camino. Porque ahora ya sabía que nada iba a hacerle fracasar, y menos aquel lugar perdido. El lago no se hallaba lejos y, desde allí, torcería en dirección Oeste y se dirigiría recto hacia la carretera. Que estaba a no más de quince kilómetros. En total dieciocho. Cuatro horas como máximo.

Su optimismo contrastaba con su malhumor durante las largas horas que hubo de pasar inmovilizado en la cabaña. Consumió casi todos los víveres que le quedaban, que ya eran pocos. Se comió una lata de carne medio helada, y una barra de chocolate tan dura que estuvo a punto de romperse un diente. En lugar de agua, se vio obligado a chupar nieve. Incluso dentro de su saco de dormir, el frío había sido aterrador y apenas pudo pegar ojo. Cuando al fin logró caer en un sueño inquieto, fue para encontrarse encerrado en una celda, de apenas dos metros cuadrados, una celda en la que estaba condenado a permanecer durante años..., lo cual significaba para siempre. La sensación de claustrofobia, la desesperación, resultaban abrumadoras; pero aquello no fue nada ante la curiosa emoción que sintió cuando el sueño le permitió mirar a través de las rejas para descubrir que su prisión no estaba en Noruega sino en Rusia.

Cuando se despertó con terrible sobresalto, comprobó que la niebla se había levantado. Estaba claro que hacía ya algún tiempo. Y se maldijo por haber perdido unas horas preciosas.

Pero ahora se hallaba ya en camino a una buena marcha, espoleado por la certeza de que iba a lograrlo. Su única preocupación era qué hacer una vez hubiera alcanzado la carretera. ¿Le estarían buscando? ¿Se encontraría con un comité de recepción? Era de suponer que Hal se lo habría dicho a alguien... A las autoridades noruegas. Lo que Berg no podía comprender era cómo había sabido dónde encontrarle. Era extraordinario. Acaso alguien le había visto dirigirse al Valle Kaafiord. Era lo único que se le ocurría.

Pero incluso si los noruegos iban tras él, ¿estarían de acuerdo los finlandeses en ordenar su búsqueda? Y si lograban encontrarle, ¿le retendrían? Todo dependía en gran parte del motivo que los noruegos hubieran alegado ante los finlandeses para justificar su persecución.

Si hubiera logrado hablar con Niki. Él lo habría arreglado todo.

Y si hubiese conseguido pasar la frontera con el «Land Rover»...

Si al menos..., sí, ahí residía su error garrafal..., si al menos hubiera rematado a Hal en la isla. Entonces todo le habría salido bien.

Eso es lo que ganas mostrando algo de generosidad.

Bien, Hal estaba ya muerto. Si no lo estaba cuando Berg se fue, ahora ya tenía que encontrarse muerto. Nadie puede sobrevivir una noche a la intemperie.

Berg comprobó su orientación. Dentro de un momento, habría llegado al lago. Escrutó delante de él. No había luna y las estrellas que le condujeron desde la cabaña habían desaparecido. Sin embargo no tenía de qué preocuparse. Sólo se trataba de algo de bruma. No existían indicios de que fuera a caer de nuevo la niebla. No obstante, resultaba difícil orientarse. La nieve era como una masa sin perfiles y parecía fundirse con el cielo. Apenas era capaz de distinguir las colinas a cada lado. Cuando el suelo empezó a descender con suavidad, se dio cuenta de que estaba entrando en una especie de barranco.

Sus esquís se desviaron y rascaron sobre suelo rocoso... Lo más probable un arroyo helado. Supuso que desembocaría en el lago. Se sintió aún más optimista.

Tropezó con un pequeño altozano y lo rodeó.

Entonces...

¡Auuú!

Un grito de animal. Cerca.

El eco le devolvió con fuerza el sonido. Sufrió un violento sobresalto, la adrenalina se precipitó por sus venas; intentó coger el rifle con la mano derecha, en un movimiento torpe.

Y, en ese momento se deslizó un esquí.

Se sintió embargado por el miedo.

¡Estaba cayendo!

Agitó los brazos tratando de encontrar algo sólido a que agarrarse. Intentó con desesperación recuperar el equilibrio.

Pero el suelo no estaba allí.

Estaba cayendo, y bajo él no había nada.

Se precipitó muy aprisa, de espaldas. La punta de un esquí se enganchó con algo y lo sintió retorcerse.

Y entonces dio contra el suelo, con la cabeza lanzada hacia atrás, los esquís catapultados hacia arriba, sintiendo como si le arrancaran las piernas y una de ellas le golpeaba con fuerza la cara.

Estaba en el suelo, hecho un ovillo, aturdido; pero en tierra. Sintió una sorpresa y un alivio enormes..., luego, dolor. Sufría espasmos en el estómago, había recibido un buen golpe en el hombro, le escocía la cara. Pero eso era todo. Al parecer, su mochila amortiguó en gran manera el impacto.

Se sentó muy despacio, todavía en extremo aturdido, e hizo recuento de los daños sufridos. En la cara, sólo una rascadura. En el hombro, parecía haberse producido un tirón y le dolía... Y luego estaba el cuello; tras sufrir un bandazo, lo tenía muy envarado. Nada más.

Había tenido suerte.

El rifle estaba perfectamente, por lo que se sentía agradecido, ya que había



abandonado el de Hal para aligerar el peso.

Recuperó el ánimo y miró en derredor. Comprobó que había caído por un declive casi a pico, de unos tres metros. Alargando la mano tocó unos carámbanos largos y gruesos.

Vaya suerte perra. Un maldito salto de agua.

Luego, mientras recuperaba el aliento, recordó aquel ruido. ¿Qué había sido?

¿Un zorro? ¿Un carcajú o un lince? ¿Un lobo de mil diablos?

Pero ahora ya no se oía ruido alguno. Fuera lo que fuese, se había ido.

Se puso en pie con torpeza y volvió a darse un repaso. Bien.

El silencio parecía palpitante. Sintió que empezaba a dominarle el pánico ya familiar. Había llegado el momento de apresurarse.

Inició la marcha. El hombro derecho le dolía mucho, le resultaba casi imposible moverlo. Arrastrando el bastón derecho, ya casi inútil, descargó todo el peso sobre el izquierdo.

Sólo una vez que se hubo abierto camino a través de un buen trecho de densa maleza cubierta de escarcha y pudo salir a la nieve despejada, se dio cuenta de que algo andaba mal en su esquí derecho.

Se inclinó para examinarlo.

Rajado.

Juró en voz alta con virulencia. La sección delantera se había abierto en sentido longitudinal, desde la punta casi hasta la bota. Al levantar el esquí, uno de los lados quedó colgante. Con furia demencial, arrancó la madera suelta, reduciendo así la anchura del esquí a la mitad, y se puso de nuevo en camino con desmaño aunque decidido.

Nada..., nada..., le impediría alcanzar aquella carretera.

Ragna vio que iba a lograrlo. Y aquella seguridad la espoleó.

Al principio había sido difícil. Tenía los músculos rígidos, las piernas le pesaban como plomo, y en los pies se le habían reventado un par de grandes ampollas que le producían un dolor terrible. Llegó a creer que jamás entraría en calor. Pero, poco a poco, con suma lentitud había vuelto a sentirse viva.

En aquellos momentos se encontraba bien, en modo alguno cansada y movía las extremidades con agilidad. Tenía la impresión de que podría seguir así eternamente.

Era asombroso comprobar cómo iba devorando kilómetros cuando los esquís estaban bien encerados y las correas no se aflojaban cada dos por tres. Al cabo de una hora de haber dejado a Hal, había encontrado la cabaña. Y también el rastro de Rolf que se dirigía hacia el Sur.

Ragna siguió las huellas durante un rato, hasta que el cielo se encapotó y ya no pudo verlas. En aquellos momentos se guiaba por su propia orientación. De cuando en cuando se detenía para mirar la manecilla luminosa de la brújula, consultaba su

reloj y calculaba la distancia recorrida. Era emocionante constatar cuán lógico y sencillo era todo aquello..., y lo bien que lo estaba haciendo.

Se sentía embargada por una extraordinaria y rara confianza, que radicaba en su absoluta decisión. Nada ni nadie le impediría llegar a aquella carretera. Ni siquiera los lobos... En realidad, hacía ya mucho tiempo que había dejado de preocuparse por ellos. El hombre les aterraba. ¿No era así? Había leído aquello con frecuencia. No la atacarían a menos que hubieran de hacerlo.

Y tampoco lo haría Rolf. ¡Claro que no! Él sí que debería temerla. ¡Ah! Si tuviera la oportunidad de echarle la vista encima.

Y sin embargo...

Hal tenía razón. Un encuentro con Berg sería desastroso. Había matado a Arne. Y quién sabía a cuántos más.

¿La mataría también a ella?

Era muy probable. Siempre que ella no le matase primero. Aquella idea le proporcionó una satisfacción salvaje. Se imaginaba la escena. Ella tenía un arma, un arma grande, que sostenía con firmeza. Rolf estaba en pie, delante, desarmado. Aunque intentaba distraerla, ella seguía mirándolo fijamente. Rolf se le acercaba, con aquella sonrisa deslumbradora suya, diciendo palabras suaves... y ¡ah!, tan razonables, pensando que ella jamás dispararía... Sin embargo, apretó el gatillo. Así de fácil.

Al cabo de un momento, comprendió la ridiculez de la idea... Jamás sería capaz de matar a nadie. Era poco digno de ella. Con aquellos pensamientos no hacía más que rebajarse al nivel de Rolf. Ya nada podría devolverle a Jan. Nada y, desde luego, mucho menos añadir violencia.

De todas maneras, era de agradecer que Rolf le llevara la delantera y que siguiera así durante todo el tiempo.

Más valía de ese modo.

Transcurrieron otros quince minutos. Sentía los párpados pesados y le costó algo darse cuenta de que los tenía prácticamente cubiertos de hielo. Sin detenerse, se lo quitó. Era como si no tuviese nariz; notaba pinchazos de frío en las mejillas, y los pies le palpitaban de forma dolorosa. Pero nada podía hacerse, tenía que seguir adelante. El lago ya no debía estar lejos. Y desde él sólo había doce kilómetros hasta la carretera.

Empezó a notar cansancio, lo cual la decepcionó. Sólo un poco.

Acaso había ido demasiado de prisa, después de todo.

Calma, calma.

Las colinas parecieron acercarse, el suelo empezó a descender ligeramente. Se encontraba en una especie de valle angosto. El camino se hizo abrupto. Siguió avanzando con sumo cuidado, rodeando en su camino las rocas y montículos medio ocultos por la nieve. Por un sobrecogedor instante, estuvo a punto de lanzarse por un gran saliente; pero logró detenerse a tiempo. Cuando se le calmaron los latidos del

corazón, se dirigió hacia un lado y lo bordeó con gran precaución.

En el fondo del barranco, se encontró con arbustos achaparrados, completamente blancos por la escarcha e invisibles sobre el suave centelleo nocturno de la nieve. Los tenía siempre delante de ella, azotándole la cara, agarrándose a su ropa, hasta el punto de que llegó a pensar, desesperada, que jamás se libraría de ellos.

Pero de repente los matorrales quedaron atrás y de nuevo la nieve se extendía suave y lisa.

Había llegado a orillas del lago.

Volvió a hacer sus cálculos, esta vez sobre el mapa, comprobando que no existía la menor duda.

Hacia el Oeste. Doce kilómetros justos.

Dando la vuelta, se orientó y empezó a avanzar sin pensar en otra cosa que el ritmo de su cuerpo, concentrándose en el paso siguiente..., en el otro..., y en el otro...

¿Era así como pensaba Hal, prestando gran atención a cada avance, cuando tenía un largo camino que recorrer? Sí, como quiera que fuese, estaba segura de que ésa era su manera de pensar, y ello la reconfortó.

Por su mente pasó como un relámpago el solitario refugio en medio de aquella inmensidad vacía. Apretó la marcha, olvidada toda idea de cansancio.

En el interior del elegante deportivo «Volvo», completamente nuevo, se estaba caliente como un tostón. Resultaba difícil de creer que afuera la temperatura fuera de treinta y cinco grados bajo cero. Kari Valta miró a su marido. Tenía el ceño ligeramente fruncido, como si se concentrara para conducir.

—¿Quieres descansar? —le preguntó.

—No, por ahora estoy bien.

Ella miró el mapa que tenía sobre las rodillas.

—Sólo veinte minutos hasta la frontera noruega —observó iluminando con una linterna.

—Entonces hemos hecho un buen tiempo.

—Sí.

Habían salido de su casa, en los alrededores de Helsinki, a las tres de la madrugada del día anterior, y viajado durante veinticuatro horas, haciendo únicamente breves paradas para estirar las piernas y poner cadenas al coche. Eran muy molestas, porque reducían la velocidad y producían un tamborileo de veras desagradable; pero, por otra parte, evitaban los retrasos en las zonas no despejadas de la carretera. Sin embargo y, como regla general, las máquinas quitanieves habían estado haciendo un buen trabajo y, hasta llegar a la última sección sobre la meseta, las vías habían estado bastante despejadas.

—¿Dónde está el próximo caserío? —preguntó Mikko Valta.

—Según esto, hay una especie de casa aislada a unos cinco minutos.

—Entonces nos detendremos allí.

—Sí.

—A menos que creas que debemos seguir.

—Claro que no.

Kari jamás disentía de su marido. Ésa era la razón de que formaran un equipo tan bueno.

Al cabo de unos minutos, comprobó el kilometraje.

—Dentro de un momento a la izquierda —dijo.

Surgió en efecto la forma de una vivienda. Fueron reduciendo la marcha hasta detenerse. La casa parecía estar completamente a oscuras.

—No hay nadie dentro —observó Mikko Valta.

—No.

—De cualquier forma iré a comprobarlo.

—Sí.

Al cabo de dos minutos, estaba de regreso.

—Cerrada —dijo al tiempo que ponía de nuevo en marcha el motor.

—Ya nada hasta la frontera.

—Exacto.

Kari miró ante sí con atención, barriendo con la vista a cada lado de los focos, sin perder la concentración por un solo instante.

Pero no había nada que ver. Al cabo de un rato, volvió a comprobar los kilómetros recorridos.

—Ya estamos cerca de la frontera —anunció.

—Entonces indícame cuándo.

—Algo más adelante.

Al cabo de un instante dijo:

—¡Ahora!

Se detuvo y accionó el freno de mano.

—¿Quieres conducir?

—Claro.

Cambiaron de sitio. Tan pronto como estuvieron instalados de nuevo, trazó un giro de tres puntos con sumo cuidado. No era momento para quedarse atascados en la nieve blanca a cada lado de la carretera, y enfiló otra vez el camino por el que habían llegado.

—Reduciré la velocidad.

—Sí.

Él cogió algo del suelo.

—¿Hambrienta? —preguntó.

—Puedes imaginártelo.

Mikko sacó una gran caja de plástico con víveres y, colocándosela sobre una

rodilla, sacó algunos emparedados, dos manzanas y dos trozos de tarta muy bien envueltos.

Dejó de nuevo la caja en el suelo y, casi sin darse cuenta, pasó la mano por debajo de su asiento para asegurarse de que debajo, la «Luger P08» seguía sujeta y segura. Lo estaba.

Se incorporó y empezó a desenvolver los emparedados.

## Capítulo XXXVIII

La carretera no estaba donde se suponía que debía estar. Ragna se resistía a creerlo. ¡Y después de todos sus minuciosos cálculos!

Permanecía allí, en pie, mirando como una estúpida en derredor, ansiando dejarse caer sobre la nieve y quitarse de la espalda el peso de la mochila.

Eran las ocho de la mañana, había estado caminando durante cinco horas y, según el mapa, debería hallarse allí. Sin embargo, en la adherente oscuridad, sólo podía ver una extensión infinita de nieve ondulante. Todavía peor, delante de ella se alzaba una colina. No era grande. La verdad es que no sería más que un ligero altozano; pero, cansada como estaba, se le antojaba una montaña.

Girando a la derecha para bordear la colina, reanudó la marcha con ritmo pesado, recayendo en la embotada inconsciencia que la había empujado hacia delante durante tanto tiempo. ¿Habían pasado realmente cinco horas? Había perdido la noción del tiempo. Cuando miraba la hora, le parecía que no tenía relación alguna con cuanto la rodeaba. Incluso su actual sufrimiento, apenas definido, parecía ajeno a su cuerpo, sin tener casi que ver con ella.

En sus oídos sonó una nota lejana, semejante a un insecto distante. Aquello también era irreal.

Un zumbido..., un motor.

Miró frenética en torno suyo. Sobre la colina, en el cielo oscuro, apuntaba un punto luminoso que fue aumentando hasta que el borde de la colina se convirtió en una línea negra y dura. La luz se iba haciendo cada vez más intensa, lanzando rayos semejantes a los radios de una rueda; a continuación, desapareció, apagándose con rapidez. Se oyó más fuerte el ruido del motor. Luego, calló. El vehículo invisible había pasado.

Por un instante, Ragna se sintió decepcionada; después, optimista. Ya pasaría otro coche. ¡La cuestión era que había encontrado la carretera!

Abandonando la ruta indirecta se dispuso a descender la pendiente.

Un vehículo oficial. De la Policía o del Ejército. Era imposible saberlo.

Berg observó cómo giraban las luces traseras, adentrándose en la oscuridad, y lo comprendió. Probablemente le estarían buscando a él.

Bueno, al menos lo sabía. No se había lanzado a la carretera pidiendo que le recogieran, y recibiendo una sorpresa desagradable.

De repente se sintió muy deprimido. ¿Qué había hecho él para merecer aquella interminable serie de mala suerte? ¿Acaso no había actuado en círculo alrededor de los maravillosos noruegos durante años? ¿No les había ganado en cada una de las

ocasiones? ¿Por qué..., por qué había salido todo tan mal?

Y Niki. Santo cielo. ¿Acaso no había hecho suficiente por él? ¿Por qué Niki no lo había protegido?

Su ira se mezclaba con un profundo agotamiento. Lo que necesitaba era un largo descanso. Unas vacaciones al sol. Cuanto más pensaba en ello, más le gustaba Australia.

Niki lo estaría arreglando.

Aquel pensamiento le levantó el ánimo.

Todo cuanto había de hacer era salir de aquel condenado lugar. Detener a un coche civil y robarlo; o entrar en una casa, debía haber alguna en alguna parte, y utilizar el teléfono.

Encontraría la manera. Siempre lo había hecho.

Entre tanto, se agazapó de nuevo en la nieve y movió sobre ella el hombro hasta que se le calmó aquel fuerte dolor. Cerró los ojos. Dormiría. Sólo un poco. Luego, se pondría de nuevo en camino.

Hacia el Sur.

Ragna se dejó caer otra vez en la nieve junto a la carretera. Era un alivio inimaginable dejar de sentir el peso sobre las piernas, abandonar la pesada mochila, no tener que hacer ningún esfuerzo más. No estaría mucho tiempo, se había levantado un viento helado que barría la carretera pero por un rato..., nada más que un ratito...

Con la intención de descansar sólo un momento cerró los ojos dejando caer la cabeza hacia delante. Y al punto se sumió en un sueño ligero.

Acabaron despertándola los latigazos del frío, que se aferraba a su cuerpo absorbiendo el calor tan duramente ganado. Se despabiló y miró alrededor. Comprendió que se había quedado dormida algunos minutos.

Miró con más atención para hacerse cargo de la situación. La nieve aparecía iluminada por los primeros centelleos de luz mortecina y era posible ver los contornos de las colinas y la línea de la carretera que, en ambas direcciones, se prolongaba a una distancia infinita y desierta.

¿Cuánto tardaría en pasar otro coche?

Comprendió que podría ser mucho. Ya eran las nueve. De repente se sintió furiosa consigo misma. ¿Cómo era posible que hubiera dejado pasar tanto tiempo! No valía la pena esperar. Tenía que reanudar la marcha.

Sacando el manoseado mapa, lo examinó bajo la débil luz. A algunos kilómetros hacia el Sur, aparecía una casa; pero lo más probable era que estuviera deshabitada en aquella época del año. Sin embargo, hacia el Norte se encontraba la frontera. Ésa, con toda certeza, estaría habitada. Recordaba a los tres guardias y al que llevaba el rifle, así como sus disparos. Aquello parecía haber pasado hacía infinidad de tiempo.

Calculó la distancia... Quince kilómetros. Otras tres horas. Tal vez menos.

Apenas podía imaginar que anduviese durante tanto tiempo. Pero lo haría, porque tenía que llegar a alguna parte y era el único lugar al que podía ir.

Se sacó del bolsillo su última ración de chocolate y, mordiéndolo como las piedras, se puso fatigosamente en pie.

Decidió que iría mucho más de prisa sin esquíes, ya que la nieve de la carretera estaba muy endurecida y en excelentes condiciones para andar, de manera que los dejó en el lindero, llevando consigo los bastones. Se adaptó mejor la mochila a la espalda y, con escalofríos a causa de aquel malhadado vientecillo, inició la larga caminata hacia el Norte.

Era cuesta arriba hasta donde alcanzaba la vista, con una curva a unos ochocientos metros; pero la pendiente era ligera. Sin embargo, dividió en secciones la distancia hasta la cumbre de la colina, a medio camino, tres cuartos..., y se concentró en un mojón kilométrico cada vez.

Con la cabeza baja, los ojos clavados en los metros inmediatos, no se daba cuenta de nada más que de su propio jadeo, del crujido de la nieve bajo sus botas y de los minúsculos copos de nieve endurecidos con los que el escurridizo viento le azotaba las piernas.

No vio el coche. No lo vio hasta que hubo descendido una buena parte de la colina. Entonces su mirada captó las luces y levantó rápidamente la cabeza.

Por un instante, se quedó mirándolo, sin atreverse a creer lo que contemplaban sus ojos.

Luego, lanzó un grito gozoso y, situándose en medio de la carretera, empezó a agitar los bastones en el aire de manera frenética, dando grandes gritos que quedaban sin efecto a causa del pasamontañas.

El coche fue aproximándose, disminuyó la marcha y, por último, se detuvo.

Ragna, acercándose a la ventanilla del conductor, se inclinó.

Una mujer bajó el cristal. En el asiento contiguo iba un hombre. Ambos la miraron con curiosidad.

Apartándose el pasamontañas de la boca, se dirigió a ellos.

—¡Estoy tan contenta de verles! —dijo llorosa.

—¿De dónde viene?

La mujer habló en sueco, el idioma que los finlandeses cultos solían utilizar para comunicarse con otros escandinavos.

—He estado..., he estado... No puedo. —Ragna se llevó una mano a la boca y empezó a hablar de nuevo en sueco trabajosamente—. Por favor..., por favor... ¿Podrían llevarme al sitio más próximo que tenga teléfono...? Es de una urgencia desesperada... Alguien necesita ayuda..., no puedo explicar...

La mujer intercambió miradas con el hombre.

Ragna permanecía inmóvil esperando que ella aceptaría de inmediato, la invitaría



a subir y abriría la portezuela trasera.

En lugar de eso, la pareja empezó a hablar entre sí en voz baja. Ragna no podía creerlo. ¿Cómo era posible que dudasen siquiera un instante? En aquel tipo de tierras inhóspitas nadie discutía acerca de prestar ayuda... Lo hacían de manera automática y sin preguntas.

La mujer se volvió hacia ella.

—¿Quién es esa persona que está en dificultades?

—¿Quiere decir... que necesita su nombre?

—Sí.

Ragna la contempló incrédula.

—¿Qué más da? —gritó.

El rostro de la mujer aparecía inflexible bajo la luz gris.

—Queremos saberlo.

Ragna echó hacia atrás la cabeza sin poder creer lo que oía.

—Se llama Starheim. ¡Halvard Starheim! Y, ahora, ¿va a ayudar a salvar su vida o no?

La mujer volvió a mirar al hombre. Farfulló algo, se interrumpió de pronto y se inclinó hacia delante en su asiento, como si quisiera ver mejor a Ragna. ¿Acaso pensaba que era una demente o algo por el estilo? ¿Supondría que iba..., a qué? Le falló la imaginación.

—¡Por el amor de Dios! —gritó.

Los ojos del hombre quedaban ocultos en las sombras, pero seguía inclinado hacia delante con la mirada fija. La mujer también estaba mirando; pero más allá de Ragna.

¿Más allá?

En su mente surgió una levísima sospecha.

Inició un movimiento para volverse.

Algo la agarró.

Dio un violento salto al tiempo que chillaba.

Un brazo le rodeó el pecho. Con fuerza.

El vigoroso brazo la hizo retroceder, hasta quedarle la espalda arqueada sobre la mochila y el cuerpo sujeto e inmovilizado.

—He estado buscándote por todas partes, cariño —le dijo al oído la voz de Rolf.

Berg dirigió una amplia sonrisa a la mujer del coche.

—Un tiempo terrible para andar por los caminos, ¿no cree?

La conductora no le devolvió la sonrisa. Berg recordó de repente su ojo herido... No debía estar muy presentable.

—Realmente no debes vagabundear así, cariño —dijo en voz muy alta a Ragna—. De veras. Tampoco es tan grave. No hay que ponerse histéricos. No fue más que

una caída —miró a la mujer del coche, que se lo estaba tragando todo—. Nos quedamos varados. ¿Comprende? La cosa más ridícula.

Rolf se dio cuenta de que Ragna estaba reaccionando de nuevo y haciendo acopio de fuerzas, dispuesta a gritar. Le soltó el brazo, después de darle un violento apretón, que acusó dolorosamente en su propio hombro, y sacando el revólver del bolsillo, le hundió el cañón con fuerza entre las costillas.

—Una sola palabra... —le susurró.

Ragna emitió un sonido entrecortado y se quedó quieta.

—Bien. ¿Podrían llevarnos? —preguntó Berg con tono animoso.

La mujer volvió a hablar con su compañero.

—¿Es usted ese Starheim? —preguntó.

Berg calculó con rapidez.

—Sí, soy Starheim.

Y empujando a Ragna hacia la portezuela trasera, le soltó el brazo y accionó la manija. Tenía el seguro echado. ¿Qué se traía entre manos aquella gente?

Asomó la cabeza por la ventanilla delantera abierta.

—¿Hay algún problema?

—Creíamos que era usted otra persona. Buscábamos a un amigo.

¿Que buscaban qué? A Berg se le estaba terminando la paciencia.

—Mala suerte. ¡Nosotros estamos aquí y él no! —dijo con tono tajante.

—Es alguien llamado Harri.

—Bien, pueden... —Berg calló a mitad de la frase y se quedó mirando boquiabierto a la mujer—. Harri... —repitió como un tonto. Luego se sintió invadido por una oleada salvaje de alivio y alegría y empezó a reír, una risa que era una especie de graznido demencial—. ¡Harri! ¡Yo soy Harri!

La mujer parecía algo dubitativa.

—Entonces tenemos un amigo mutuo.

Berg comprendió que querían un nombre. A él sólo se le ocurrió decir:

—¡Niki!

Aquella fue la palabra mágica. La mujer sonrió y, echándose hacia atrás quitó el seguro de la portezuela trasera.

A pesar de que Ragna tenía la mirada fija ante sí, no captaba nada del avance del «Volvo» por la larga carretera blanca. Sólo veía la nuca de Rolf, que se inclinaba hacia delante para hablar con los otros dos. Veía el abundante pelo rubio, aquel pelo que un día le pareció tan hermoso, aquel pelo que había acariciado. Y observó su mano apretando el arma, la mano que había tocado todo su cuerpo, que lo había hecho vivir, la mano que mató a Arne y disparó contra Hal.

No podía apartar los ojos de aquella mano.

Rolf volvía la cabeza para mirarla de tanto en tanto, y mantenía el arma

apuntando en su dirección. La miraba como si ella no estuviera allí.

A Ragna se le ocurrió que planeaba matarla.

—Ésta es —dijo el hombre sentado delante.

Se acercaban a una casa completamente a oscuras que se alzaba algo apartada de la carretera. Ragna sintió en las entrañas un miedo inmenso.

—Está vacía —dijo el hombre—. Lo comprobé antes.

—Muy bien —repuso Rolf—. No tardaré.

—¿Puedes arreglártelas? —dijo la mujer a Rolf mirando en dirección a Ragna.

—Necesitaré ayuda para entrar.

—No hay problema —le aseguró el hombre.

A Rolf le costó quitarse la mochila de los hombros. Ragna se dio cuenta de que mantenía el brazo derecho en una posición extraña, como si estuviera maltrecho, y de que hizo una ligera mueca al moverse. También tenía una gran herida en la cara; daba la impresión de haber sufrido un accidente.

—Abre la puerta, Ragna —le indicó agitando el arma.

Así lo hizo. Bajó del coche y tiró luego de la mochila.

—Espera allí —le dijo Rolf, bajando a su vez.

Ragna anduvo hasta el sitio que él le señaló y permaneció en pie.

Sin dejar de apuntarle ni un momento, Rolf esperó a que el hombre bajara del coche y abriera el maletero, del que sacó una cuerda y varias herramientas. Rolf cogió la cuerda y se la echó al hombro. Luego, se reunió con Ragna.

—Sí. Es imposible que te llevemos con nosotros. ¿Comprendes? —sonrió con aquella sonrisa pausada, con aquella mirada intensa que ella conocía tan bien, a la que recurría cuando quería seducir a la gente. Ragna se quedó mirándolo intentando reconciliar aquella sonrisa con el Rolf que asesinaba con tanta facilidad.

—Entonces, ¿no vas a matarme? —preguntó.

La sonrisa se hizo glacial.

—No. Claro que no.

Parecía ofendido.

—Supongo que debería estarte agradecida.

Berg apretó los labios y, en su mirada, centelleó la ira.

—Yo sólo he hecho lo que tenía que hacer, Ragna.

—¡Ah! —dejó traslucir en su voz toda amargura—. Tenías que disparar contra Hal, ¿verdad?

—Sí. Era él o yo.

—¿Y Jan?

Le cogió por sorpresa. Lo vio en su rostro.

—No tuve nada que ver con aquello, Ragna —declaró con tono dolido—. Hal siempre albergó esa estúpida idea de que fui yo. Siempre. Sólo que no es verdad.

Su mirada era franca y abierta, el tono de su voz invitaba a la confianza y la fiabilidad.

—Ya veo —dijo Ragna.

Y así era en efecto. Veía que era un embustero compulsivo y experimentado.

El hombre se acercó con una palanca en la mano, y Rolf hizo ademán a Ragna en dirección a la casa.

Era un edificio pequeño, de una sola planta y ventanas cegadas. El hombre empezó a manipular en la puerta con la palanca. Se oyó astillarse la madera y el batiente se abrió.

Rolf ordenó a Ragna con un ademán que encabezara la marcha.

Dentro estaba muy oscuro. Alguien encendió una linterna. El foco recorrió las paredes, descubriendo un angosto pasadizo.

—Montaré la vigilancia —dijo el hombre—. Toma.

Y entregó la linterna a Rolf, el cual la enfocó hacia el pasadizo.

—Adelante —dijo a Ragna.

Avanzó por él. Al final había tres puertas. Eligió la que estaba ya abierta, se dirigió hacia la izquierda. Rolf iluminó la habitación en la que había una mesa, dos bancos y un alto aparador.

Ragna entró en la habitación y, dejando su mochila en el suelo, se volvió hacia Rolf.

—Ponte cómoda —le dijo él—. Puede que pases aquí algún tiempo.

Recorrió con la linterna las paredes y, al encontrar un conmutador lo accionó repetidas veces. No funcionó.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella con calma.

—Algunas horas. Tal vez un día.

Seguía examinando la habitación.

—¿Cómo sabrán que estoy aquí?

—Telefonaré.

Ragna había escuchado aquello repetidas veces. Volvió a sentirse acuciada por el miedo.

Rolf lanzó una breve exclamación triunfante, se acercó a la mesa dejó sobre ella la linterna y encendió una cerilla y la aplicó a una vela. El cuarto quedó iluminado por una llama vacilante y amarillenta. Ragna se percató de que había dejado el arma sobre la mesa para encender la vela. Demasiado tarde. La cogía de nuevo.

Tenía que pensar. Tenía que pensar.

Cogiendo el cabo de la cuerda que llevaba sobre el hombro, empezó a manipularla, con torpeza a causa del arma. El rostro de él se mantenía en las sombras.

Disponía de menos de un minuto, transcurrido el cual le habría atado las manos.

La embargó el pánico. Tenía que hacer algo.

Era entonces o nunca.

Parecía que fuera a saltarle el corazón.

Ahora.

Lentamente, con gran cuidado se inclinó y cogió su mochila. Encontró uno de los

tirantes. Lo soltó. El cierre produjo un leve clic.

Al punto se escuchó la voz de él.

—¿Qué estás haciendo?

—Mi saco de dormir. Dijiste que...

—¡Espera! —se acercó y la obligó a apartarse; ella retrocedió—. ¿Llevas algo aquí? —le preguntó—. ¿Algo que no deberías llevar?

—¿A qué te refieres?

—A un arma.

Ragna permaneció muda, moviendo los labios sin emitir sonido alguno y mirando con nerviosismo en dirección a la mochila.

Rolf leyó en su cara a la luz de la vela y lanzó una exclamación de furia.

—Maldición, tú... —dejándose caer sobre una rodilla junto a la mochila, se dispuso a abrir la segunda correa, al tiempo que decía con tono virulento—. ¡Nunca aprenderás, Ragna! —rió sardónico—. Y te disponías a cogerla, ¿verdad? Te hubiera matado en cuestión de un segundo, querida mía.

Manipuló en la correa con la mano sana, pero se le resistía.

—¡Ven a abrirla! —le ordenó con furia glacial.

Ragna se sentía incapaz de moverse, tenía la garganta seca. Sentía ansias de gritar. Dispararía contra ella.

Luego pensó en Hal y se obligó a avanzar. Se arrodilló junto a Rolf y soltó la correa. Todavía arrodillada se enderezó.

Rolf empezó a sacar cosas de la mochila.

Era tan terrible el miedo que sentía que hubo de apretar los dientes para que no le castañetearan.

Le hizo un ademán con el arma, y Ragna comprendió que quería que se alejara de nuevo.

Mientras empezaba a ponerse en pie, deslizó la mano en su bolsillo y agarró con fuerza la voluminosa culata del revólver. Luego empezó a sacarlo. Rolf volvió ligeramente la cabeza. Se quedó paralizada. Pero él volvió a inclinarse una vez más sobre la mochila, hurgando en ella con la mano izquierda. La mano que enarbolaba el arma quedó inerte apuntando hacia el suelo.

Ragna se irguió. Le resultaba imposible sacar el arma del bolsillo. Sentía náuseas, la sangre le golpeaba en las sienes. Intentó hablar, sin lograrlo.

—Está en el fondo —la voz le salió como un graznido.

—¿Qué?

—El arma.

Apretó con más fuerza el revólver.

Rolf lanzó una exclamación de impaciencia y registró en el fondo de la mochila, apartándose un poco.

Ragna sacó el revólver del bolsillo. Ahora. Todos sus sentidos estaban alerta, las piernas le temblaban, se situó veloz detrás de él y, sujetándolo con las dos manos

presionó con el cañón del revólver sobre la nuca de él.

Rolf sufrió un violento sobresalto, ladeó la cabeza, tratando de girar el cuerpo y al propio tiempo llevar el brazo con el arma por encima del hombro izquierdo. El cuello de Rolf empezaba a apartarse. Ragna notó que el cañón del revólver perdía contacto con él. El miedo la aguijoneó. Siguió la trayectoria del cuello y adelantó de nuevo las manos, encontró otra vez el cuello y hundió con más fuerza el cañón en la carne.

El cuerpo de Rolf había dejado de girar, pero el brazo con el arma seguía moviéndose, tratando de apuntar hacia atrás. Buscándola a ella.

Se acercó más a él por detrás, manteniendo el cuerpo de él entre ella y el arma.

—¡No lo hagas!

El brazo, el arma, seguían acercándose.

—¡No-lo-hagas!

De repente Rolf lanzó una exclamación de dolor. El arma permaneció inmóvil. Se sujetó el hombro y bajó la cabeza como bajo el peso de un intenso sufrimiento.

¿Estaría realmente herido? ¿O sería una treta?

Se hizo un momento de silencio, roto tan sólo por sus respiraciones jadeantes. Ragna temblaba con tal violencia que apenas si podía mantener el revólver contra la nuca de Berg.

Rolf volvió de nuevo lentamente la cabeza, intentando mirarla. Tratando de encontrar la forma de hacerse con ella. Los dientes le brillaban a la luz.

—Ragna... —dijo persuasivo.

—¡No-lo-hagas! ¡no-lo-hagas! ¡No! —gritó hundiendo más el cañón en su cuello. ¿Por qué no se callaría de una vez?

—Escucha...

—Te... ¡Te mataré... si... si te mueves! —amenazó ella.

—Ragna...

—No... no te muevas o lo haré.

—Ragna... tú no quieres matarme.

—No te muevas.

Ragna se sentía enferma. ¿Qué hacía ahora? No sabía qué decidir.

—Lo sentirías, lo lamentarías siempre de un modo terrible, amor mío. Soy yo, ¿recuerdas? Yo. ¿Es que no significamos nada el uno para el otro? ¿No nos sentimos bien juntos? Para mí fue algo especial, Ragna. Muy especial.

Su voz era suave y honda. La voz que utilizaba en la cama.

Ragna intentó cerrar los oídos a aquella voz. Pensar... pensar.

—Recuerda cómo hacíamos el amor, Ragna. Era maravilloso ¿verdad? No es que lo fingiéramos. Créeme Ragna, no se me ocurriría por un solo instante hacerte daño. No iba más que a atarte. Todo muy sencillo. Dentro de unas horas, te habrían encontrado. Así que, ¿a qué viene esto, Ragna?

—¡Cállate! ¡Levántate! ¡No! ¡Quédate ahí! ¡No te muevas!

Hundió aún más el cañón del arma en su cuello. ¡Santo cielo! Iba a morir de

terror.

—¿Pero a qué viene todo esto? —repitió Rolf con tono razonable—. ¿Qué pretendes demostrar?

Ragna se quedó rígida. Un ruido en el pasadizo. ¡El hombre! Acudía para ver lo que pasaba.

Se dio cuenta de que Rolf también había oído el ruido.

—Ragna —siguió diciendo con tono cariñoso como si estuviera explicando algo a un niño—. Ahora voy a ponerme en pie, cogeré tu arma y te ataré... con mucho cuidado. Y entonces podremos atenernos al plan original. De esa manera nadie saldrá perjudicado. ¿De acuerdo?

Rolf inició un movimiento.

Ragna le hundió aún más el cañón de su arma en el cuello. Rolf siguió moviéndose.

Nuevos ruidos desde el pasadizo.

—¿Todo va bien? —preguntó una voz.

—Dile que todo va bien —siseó Ragna.

Rolf se ponía despacio en pie.

—¡Díselo!

—Todo va bien —contestó Rolf tras una vacilación.

—No tardes.

Se oyó cómo se alejaban las pisadas.

Rolf empezó a incorporarse.

Ragna siguió apuntándole al cuello. Se sentía paralizada, incapaz de saber qué hacer.

—¡No puedes atarme! —afirmó.

Él se ponía en pie.

—No será por mucho tiempo.

—Tengo que rescatar a Hal.

Una pausa.

—Hal ya estará muerto.

Empezó a darse la vuelta.

—No.

Rolf seguía volviéndose. La agarraría en cualquier momento.

Ragna retrocedió de un salto... distanciándose, distanciándose, y le apuntó al pecho con el revólver, el dedo en el gatillo.

—No lo hagas —y esa vez su tono era como un hondo gruñido.

Rolf vaciló, y luego siguió volviéndose. A la luz vacilante, vio aparecer la mano con el arma, vio aquel rostro hermoso y despiadado.

Y entonces se desvaneció su indecisión como si jamás hubiera existido. Con la sensación de estar fuera de sí, de estar observándose a sí misma desde muy lejos, apretó el gatillo.

Nada. El gatillo no se movió.

Un instante de terror. Luego recordó... Había de apretar el gatillo con mucha fuerza.

Un movimiento repentino. Rolf. Se había dado cuenta. El brazo, el revólver se alzaban...

Apretó con toda su fuerza.

El arma reculó poderosamente, la explosión retumbó por toda la habitación ensordeciéndola.

Abrió los ojos. Rolf caía hacia atrás, hacia atrás. Suavemente, como a cámara lenta, se desplomó en el suelo.

Por un instante, Ragna fue incapaz de moverse, con la mirada fija. Unos sonidos la inmovilizaban... Leves gemidos. Al fin lo comprendió: era ella quien gemía. Anduvo unos pasos hacia delante, se detuvo, anduvo de nuevo. Miró hacia abajo. Y siguió mirando.

Volvió la sensación de irrealidad.

El ojo izquierdo de Rolf había desaparecido prácticamente bajo una masa sanguinolenta. La sangre le caía por la nariz goteando en el suelo.

No podía comprenderlo. Le había apuntado al pecho.

Un ruido en el pasadizo.

El hombre.

Alerta de nuevo, Ragna retrocedió fundiéndose en las sombras de la habitación.

—¡Eh! —llegó hasta ella la voz—. ¡Vámonos! ¡Venga! ¡Vámonos!

«¡Vaya, vaya! Te equivocaste de persona —se dijo Ragna—. ¡Te equivocaste de persona! ¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡Yo lo hice!»

—¿Eh?

Ahora ya era más bien una pregunta. Crujido de maderas. Avanzaba por el pasadizo.

Ragna volvió a aferrarse al revólver. Entonces recordó lo de la doble acción y localizando el percutor tiró hacia atrás con el pulgar.

—¿Eh?

El tono era ya inseguro. Empezó a aparecer por la puerta... un brazo y, por último, una cabeza. Se detuvo a medio camino. Había visto a Rolf.

Miró hacia abajo, luego hacia arriba. Y entonces la vio.

Por un instante permanecieron mirándose. Luego, Ragna, mostrando los dientes apuntó con el arma y disparó.

Desapareció la cabeza del hombre, el disparo sonó estruendoso.

Cuando Ragna abrió los ojos el hombre se había esfumado.

Buscó la protección de la sombra del alto aparador por si acaso volvía a aparecer la cabeza en la puerta. ¡Ahora ya nadie podría cogerla! ¡Nadie! ¡Ahora nadie me detendrá! Y sintió que se enfurecía con deleite salvaje.

Silencio. La furia empezó a abandonarla. ¿Dónde estaba el hombre? Se



despertaron todos sus sentidos vigilantes.

Un motor acelerando. El coche. Se iban.

Tal vez fuera sólo una estratagema. ¡Eso era! ¡Que no creyera que la podían engañar con tanta facilidad! Rió para sus adentros. ¡No era tan estúpida como para caer en esa trampa!

El motor aceleró aún más, alcanzando un tono más agudo, y se alejó perdiéndose rápidamente.

¿Se habrían ido?

Luego, otro sonido. Otro coche. Parándose.

Sintió desvanecerse toda su furia y bajó el arma.

Thrane conducía con la calefacción baja. Era un castigo realmente severo, pues se había quedado casi helado; pero la única manera de asegurarse de que se mantendría despierto.

Desde que dejó atrás la frontera no había visto nada. En realidad no sabía lo que había esperado encontrar; pero no podía evitar sentirse más bien decepcionado. Y ahora empezaba a nevar. ¡Era lo único que les faltaba! Si la cosa empeoraba, los finlandeses cancelarían su búsqueda aérea casi antes de haber empezado.

Había dejado ya atrás el punto que marcó en el mapa, el punto por donde habría salido a la carretera de haber sido Berg. Había aminorado la marcha echando una buena mirada en derredor sin ver nada. Ahora ya se encontraba a más de siete kilómetros de él, dirigiéndose a la segunda marca en el mapa, el otro lugar donde podía imaginar que Berg iba a salir a la carretera.

Al terminar de ascender un ligero altozano, parpadeó tomando nota.

Un coche aparcado en la carretera con los intermitentes encendidos. Cerca de una pequeña vivienda. Escrutó a través del parabrisas.

Viajeros. Pero tal vez valiera la pena hablar con ellos. Acaso podría sacar algo. Nunca se sabe.

Cabía la posibilidad de que hubieran recogido a un pasajero extra.

Jamás se es lo bastante precavido. Se sacó de la chaqueta su «Colt» y lo dejó sobre el asiento junto a él.

El coche era un «Volvo», completamente nuevo. El motor estaba en marcha. Condujo con lentitud, tratando de captar la escena en su totalidad.

Había alguien sentado en el asiento del conductor. La puerta de la casa parecía hallarse abierta.

Thrane se detuvo detrás de él, a unos cuantos metros, y comprobó la matrícula. Finlandés. La memorizó.

La persona que se encontraba en el coche parecía agitada. Una cabeza que miraba continuamente en derredor; luego, la figura gesticuló apremiante en dirección a la ventanilla del pasajero, hacia la casa...

Un hombre salió de ella corriendo veloz. Thrane cogió su revólver, abrió la portezuela y bajó de un salto.

El hombre se lanzó como un bólido al interior del automóvil y, antes siquiera de haber cerrado la puerta, el vehículo se alejó raudo levantando nubes de nieve.

Thrane se quedó mirándolo indeciso. Tenía dos opciones. Registrar la casa o seguir al coche.

Caminó hacia ella bajo la nieve, empuñando el «Colt».

Un movimiento. Thrane se detuvo. En la puerta apareció una mujer con un revólver colgándole inerte de la mano.

Thrane parpadeó. No obstante aquella indumentaria, se parecía a...

Era ella. Ragna Johansen.

Thrane corrió presuroso a su encuentro.

Ragna lo reconoció y su cara se contrajo con una mueca desesperada que quería ser una sonrisa.

## Capítulo XXXIX

Al fin se movía el sistema de altas presiones desplazándose hacia el Este sobre el mar de Barentz. Y a medida que avanzaba, el viento viró lentamente en redondo en dirección Sureste. El resultado fue un ligero y bienvenido ascenso de la temperatura... en la meseta, a cinco grados de máxima y cuarenta bajo cero de mínima. Pero el viento cambiante también llevó consigo algo bastante menos deseable, bancos de nubes cargadas de nieve cerniéndose, procedentes de la llanuras siberianas. Al principio, llegó como un susurro, un velo tenue de pequeños copos, tan ligeros que danzaban y se arremolinaban en el aire. Pero pronto empezaron a adquirir volumen, cayendo con una mayor decisión y quedando depositados sobre la tierra, hasta cubrir la superficie de la meseta, azotada por los vientos, con una capa de nieve blanda.

Y, por una vez, no hubo una aulladora galerna que arrastrara lejos aquella alfombra.

Hacia la misma hora, Aslak y Erkki Hetta llegaron al hito que les marcaba la mitad de su viaje, y decidieron acelerar la marcha antes de que la visibilidad se deteriorara más. Claro que mantenían los ojos bien abiertos en busca de alguna señal de vida; pero el rastro que habían estado siguiendo desapareció tiempo ha bajo la incesante nevada. De cuando en cuando, uno de ellos lanzaba un sonoro grito, un fuerte alarido, por si a través de toda aquella blancura se filtrara otro grito de respuesta.

Pero nada veían ni oían y, a medida que se apresuraban por la tierra desierta, empezaron a desvanecerse sus esperanzas.

Si la nevada hubiera dejado de caer, si la luz hubiera sido algo más clara, habría sido posible que vieran la señalización, los dos esquíes cruzados que Ragna dejó clavados en la nieve junto a la roca. Pero los dos lapones pasaron a unos metros de ellos sin descubrirlos.

Un minuto después, Erkki lanzó uno de sus habituales alaridos; pero, al igual que todos los anteriores, quedó sin respuesta. Como no tenían motivo alguno para sospechar que alguien pudiera estar cerca, los lapones no repitieron la llamada hasta pasados varios minutos y, entonces, la roca había quedado muy atrás.

Aceleraron. Al cabo de unos kilómetros, alcanzaron la segunda cabaña. En ella encontraron una lata vacía de comida y una envoltura de chocolate, que tanto podían haber dejado allí hacía poco... como llevar algún tiempo. Los dos hombres no pudieron determinarlo.

Continuaron su viaje y llegaron a un arroyo. Luego, a un lago. Allí giraron hacia el Oeste, tomando la ruta más corta hacia la carretera, resignados según todas las probabilidades a no hallar a nadie, ansiosos por ponerse a buen seguro antes de que

un viento desatara la ventisca y les obligara a detenerse.

Finalmente, y en la creciente oscuridad, encontraron la carretera, más por casualidad que por otra cosa, y comenzaron un fatigado camino de regreso hacia la frontera. Para su gran alivio, militares finlandeses los encontraron media hora más tarde y los llevaron hasta el puesto fronterizo, desde donde enviaron un informe telefónico a Tromsø. Cuatro horas después, los condujeron a Skibotn.

Fue más o menos por entonces cuando el viento empezó a soplar de firme, un viento cargado de nieve que arrastraba los copos en sentido horizontal a través del paisaje, borrándolo todo, y haciendo que los posibles salvadores se retiraran a lugares cálidos y resguardados.

Los dos lapones fueron las últimas personas en aventurarse por la meseta durante cuatro días.

A Hal le despertó una mezcla de dolor y de sed espantosa.

La sed era la sensación más urgente. Con la mano derecha, tanteó en el interior del saco de supervivencia en busca del termo de agua. No estaba allí. Recordaba de forma brumosa haber bebido de él antes... ¿Cuánto tiempo haría? ¿Y qué habría hecho con el recipiente? No tenía idea. Con un esfuerzo, bajó la cremallera de la parte superior del saco, sacó la mano y registró por la zona cercana a su hombro. Sus dedos tocaron el envase helado. Lo cogió ansioso. El tapón estaba colgando, lo había dejado sin cerrar. Antes siquiera de levantarlo, supo, por su peso, que el termo estaba vacío.

Todas aquellas maniobras le habían agotado. Abandonó el cacharro y volvió a cerrar los ojos.

Le cayó una gota de agua sobre la cara. Gotas... Tenía una vaga idea de que fueron precisamente las gotas las que le habían despertado.

Agua. Tenía que hacer algo en cuanto a la bebida.

Tanteando detrás de su cabeza, tocó nieve. Cogió un puñado. Se lo metió en la boca. Repitió varias veces la operación. El efecto glacial de la nieve en su boca y en su estómago no era nada comparado con la sed.

Descansó de nuevo, pues sentía una debilidad mortal, y trató de calcular cuánto tiempo había transcurrido desde que Ragna se fue. ¿Un día? ¿Dos días? ¿Más? Había estado saliendo y cayendo de manera intermitente en la inconsciencia, así que resultaba imposible saberlo. Pero, por la sed que tenía, supuso que acaso hubieran pasado dos días.

Tenía necesidad abrumadora de volver a dormir; no obstante se resistió. Alargando la mano, tocó la comida y algo más lejos, encontró la vela y las cerillas. Sujetó la caja con los dientes sacó una y la encendió.

Se apagó al punto.

Lo intentó de nuevo. Esta vez lo logró. Volvió penosamente la cabeza, guiñando el ojo sano bajo la luz, y acercó la cerilla encendida a la vela. La mantuvo así durante

varios segundos, hasta que se dio cuenta que la tenía muy lejos del pabilo. Logró prenderlo al tercer intento y finalmente se alzó la llama de la bujía.

Aquello le dejó exhausto y se vio obligado a descansar de nuevo. Miró la roca oscura que planeaba sobre su cabeza. Su superficie estaba cubierta de hielo. Un carámbano goteaba sobre él. Aquello tenía cierto significado; aunque por el momento se sentía incapaz de recordar cuál.

Haciendo caso omiso del zumbido en su oído enfermo, intentó captar los sonidos que pudieran llegarle del exterior, pero nada podía atravesar el techo del refugio.

Consiguió al fin despabilarse y trató de masticar algo de pescado seco. Pronto renunció a ello porque estaba duro como una roca y saladísimo. La lata de carne parecía más apetitosa; más por mucho que lo intentara no podría abrirla. Quedaba descartado el que fuera capaz de calentar algo. Para ello era preciso bombear la cocinilla, cebarla y encenderla, operaciones que le resultaban imposibles. De manera que se contentó con albaricoques secos, no tan duros como el pescado y que no tenían sal, así como con unas tabletas de glucosa.

Al activarse un poco sus sentidos, captó el significado de la roca helada. Ya lo comprendía, no había ventilación. En el refugio no entraba un solo hálito de aire. Lo que probablemente significaba nieve. Un cierre hermético de nieve era lo que podía impedir que entrara el aire.

Alargó la mano por detrás de su cabeza hasta donde la lona se unía a la roca y empujó a través del hueco. Tocó nieve y más nieve. Apartó la lona del lateral y agitó la mano a través de la nieve hasta sentir un ligero goteo en la cara.

Se recostó, aspirando el aire frío y vivificador.

Mejor, mucho mejor.

Pero el dolor permanecía inexorable, un palpar continuo y doloroso en la mano izquierda. No sentía dolor en ninguna otra parte del cuerpo, sólo en la mano. Mientras trataba de masticar aquella comida tan dura, reflexionó sobre la causa del dolor y decidió echarle un vistazo.

Sin embargo, el esfuerzo realizado para alimentarse, pese a la enorme frugalidad, le había agotado y se concedió otro descanso antes de sacar por fin la mano izquierda con mucho tiento del saco de supervivencia. Sabía que tenía que encontrarse en muy mal estado, antes siquiera de quitar el manchado vendaje. Hubo de levantar la última capa muy poco a poco, ya que estaba adherida a la carne. Si se le podía llamar carne. Casi tenía que despedirse de los dos primeros dedos, se hallaban prácticamente desprendidos de la base. Pero no fue eso lo que le desmoralizó, sino ver la hinchazón, la inflamación, el pus amarillento. En pocas palabras, la infección galopante.

Acercándose la mano al ojo sano, examinó los daños desde distintos ángulos.

Pensaba en cosas como cuánto tiempo habría de estar en su cueva de hielo, si se prolongaría mucho, en cómo preferiría morir. Podía elegir entre una agonía rápida por envenenamiento de la sangre y otra mucho más lenta por inanición.

No sabía cuál de ellas era la peor; pero considerando que una de ellas le concedía

tiempo y, por lo tanto, esperanza, y la otra no, la elección no resultaba dudosa.

Alargando la mano, atrajo hacia sí su mochila y sacó el cuchillo de caza de Aslak. Pasó el pulgar por el filo con suavidad. Estaba lo bastante afilado. Aplicó durante unos momentos la hoja del cuchillo a la llama, la dejó enfriar y luego, alzando ambas manos frente a su cara, colocó cuidadosamente la hoja al lado del primer dedo, por debajo de la sección dañada.

Cerrando los ojos inició un movimiento de vaivén.

No pasó un instante antes de que el dolor hiciera presa en él. Apretando los dientes siguió cortando hasta que aquello se convirtió en una atroz agonía. Lanzó un grito y se detuvo.

Jadeante, con el sudor corriéndole por todo el cuerpo, se miró la mano. El dedo índice estaba prácticamente seccionado. Haciendo acopio de todo su valor, manejó el cuchillo una vez más y todo terminó. Arrojó lejos de él el despojo ensangrentado.

Gimiendo en silencio, cerró los ojos hasta que lo peor de los estremecimientos y temblores hubo pasado. Luego, se sobrepuso dispuesto a llevar a cabo el resto del trabajo.

Una vez que hubo vendado toscamente el primer muñón, que sangraba de forma profusa, examinó el segundo dedo. Ése resultaría más fácil, ya que el disparo había arrancado prácticamente el hueso. Decidió intentarlo y acabar con ello a la primera. Fortaleciendo el ánimo, con el rostro contraído ante el inevitable dolor, asestó un violento golpe que, de forma inesperada resultó tan eficaz que a punto estuvo de cercenar también el tercer dedo perfectamente sano.

El dolor tan intenso le hizo jadear y sollozar. Estuvo a punto de perder el conocimiento. Pero sabía que debía hacer un esfuerzo más si quería que toda aquella operación no fuese en vano. Primero apretó con fuerza los ensangrentados muñones para drenarlos de todo el pus que pudiera quedar; luego, hurgando en el bolso de su mochila dio con la parafina que usaba para la cocinilla y la aplicó a las heridas. El fuerte escozor hizo que se le saltaran las lágrimas.

Después de envolverse la mano con un fuerte vendaje de ocasión, volvió a cerrar el saco de supervivencia y, entornando los ojos, cayó en un nebuloso sopor cuya única realidad era el dolor.

Sólo había una palabra que pudiera calificarlo. Cruel. Cinco días. Cinco días enteros nevando de manera casi continua. El primer día había salido una patrulla de búsqueda; pero, al empeorar las condiciones, pronto hubo de regresar. Desde entonces... nada.

Durante cuatro jornadas, Thrane había permanecido esperando en el puesto de mando finlandés, contemplando la lobreguez en el exterior, viendo cómo los copos golpeaban con furia las ventanas.

Ahora ya, en el quinto día, la tensión se estaba dejando sentir. De por sí, era

bastante malo imaginar por lo que estaría pasando Starheim, si es que aún seguía vivo, cosa que Thrane empezaba a poner en duda; pero eso no significaba nada comparado a tener que enfrentarse un día tras otro con Ragna Johansen.

Jamás había visto a nadie desmoronarse ante sus propios ojos. Y tampoco imaginó nunca que el proceso se produjera con tal rapidez. Ragna era como un fantasma, con una terrible mirada fija y las mejillas hundidas. El primer día, al regresar la patrulla de búsqueda sin resultado positivo, al menos había llorado hasta hartarse. Pero ahora ya se limitaba a permanecer sentada con expresión vacua. No comía, apenas dormía y no hablaba con nadie a menos que fuera imprescindible.

Sólo se comunicó con Thrane cuando de nuevo le ofrecieron una habitación en la casa contigua y el médico habló de conmoción y reposo en el hospital; aunque lo único que hizo fue aferrarse a su brazo y, mirándole implorante, suplicarle que procurara por todos los medios que le permitieran quedarse.

Thrane hizo lo que pudo y, hasta el momento, los finlandeses no habían insistido. Pero en vista de que las condiciones físicas de Ragna se iban deteriorando, no estaba seguro de poder mantener aquella situación por mucho tiempo.

Y luego estaba la cuestión de los interrogatorios. La última vez que el servicio de seguridad finlandés le había formulado amablemente algunas preguntas, Ragna había olvidado por completo cuanto se suponía que tenía que decir; había revelado casi todo lo que tenía que callar, y a punto estuvo de hundirse sin dejar rastro, arrastrando consigo a Thrane. Durante los anteriores interrogatorios lo había repetido todo palabra por palabra, toda la historia tal como se la había imbuido Thrane, contando una y otra vez cómo la misteriosa pareja los habían llevado, a ella y a Berg, a la casa vacía y cómo, después de haberla atado y de que ella hubiese disparado contra Berg, se habían ido al oír llegar el coche de Thrane.

Durante el interrogatorio a que fue sometido el propio Thrane, éste lamentó no haber podido ver la matrícula del coche; pero dijo que tenía la impresión de que era finlandesa. No mencionó en momento alguno el revólver, aunque sabía muy bien dónde se encontraba: escondido debajo del asiento de su coche. Tampoco aportó motivo alguno de la muerte de Berg, aunque sugirió que era probable que la pareja misteriosa estuviera trabajando para la misma gente que Berg; o sea, para los soviéticos. Consideraba posible que hubieran surgido diferencias profesionales.

Como explicación de los acontecimientos, resultaba factible, y los finlandeses no tendrían motivo alguno para ponerla en duda... siempre que Ragna confirmara los hechos. Thrane le recordó lo que pasaría si llegara a conocerse la verdad. Su traslado a Helsinki, interrogatorios prolongados, una posible vista judicial. No estaba seguro de que ella fuera capaz de soportarlo. Si la volvieran a interrogar, tenía la desagradable sensación de que les diría toda la verdad.

Y ahora ya se cumplía el quinto día. Y seguían esperando.

Durante toda aquella mañana, trató de no entrar en la habitación donde sabía que Ragna se encontraría sentada. Sólo después de haber acudido al comedor de oficiales,

de haber comido y pasado una buena hora al teléfono hablando con Oslo, fue en busca de ella llevando una bandeja de emparedados, con la esperanza de convencerla de que comiera.

Ragna se encontraba en pie junto a la ventana. Tan pronto como lo vio, corrió a su encuentro y se quedó mirándolo con aquellos ojos enormes y luminosos.

—¡Está parando! —jadeó—. ¡La nieve! ¡Está dejando de nevar!

Thrane miró por la ventana. Desde luego el cielo se hallaba más claro y, aparte de algunos copos sueltos que flotaban en el aire, la precipitación había cesado.

—No abrigue demasiadas esperanzas.

—Pero ahora ya pueden salir a buscarlo... ¡Con toda seguridad!

Su voz era como un gemido, los labios le temblaban. Thrane comprendió que había llegado al límite.

Cogiéndola por un brazo la condujo hasta la silla.

—Desde luego saldrán en cuanto el tiempo lo permita. Quédese aquí. Iré a averiguar qué ocurre.

—Déjeme ir con usted.

Thrane no se opuso... Tenía la impresión de que el más leve motivo haría que se viniese abajo. Por el contrario, la ayudó a levantarse y la condujo hasta la sala de operaciones. El CO finlandés fue a su encuentro.

—Vamos a enviar un helicóptero —les dijo—. Dentro de un momento despegará. Hay sitio para ustedes dos. Y desde luego, *Mrs. Johansen*, nos gustaría que nos acompañara para poder indicarnos el lugar.

Ragna no respondió. Le fue imposible contener por más tiempo el llanto.

Se encontraba sentada detrás del piloto, escrutando por encima de su hombro. Abajo, la nieve se extendía hasta el infinito, un desierto gris e inmenso bajo un cielo denso y metálico. No había nada que ver, ni el más leve rastro de vegetación, ni una sombra, ni un indicio de lagos, corrientes de agua o arroyos. Nada.

El temor que le atenazaba el corazón aumentó cobrando formas más espantosas. Volarían sobre Hal, planearían por encima... ¡Y no lograrían encontrarlo! Dentro de una hora más o menos, estaría demasiado oscuro y el helicóptero se vería obligado a regresar. ¡A volver sin él!

La perspectiva era torturante, se le hacía insoportable. Cerró los ojos y rezó con una mayor desesperación.

Alguien le tocó en el brazo. Era el jefe de navegación. Señaló hacia abajo y luego a la carta de navegación que tenía en la mano. Ragna se inclinó hacia delante y miró hacia abajo sin ver nada. Él le mostró la carta. Señaló un punto minúsculo. La segunda cabaña. ¡Se encontraban sobre la segunda cabaña!

Hizo un ademán de asentimiento, atontada y agradecida. El hombre dio unos golpecitos sobre su reloj y alzó un dedo. Un minuto, un minuto para alcanzar la



posición calculada, para hallar los esquíes cruzados que ella ayudó a señalar en la carta. Miró a Thrane, quien le respondió alzando los pulgares.

El helicóptero redujo la velocidad y empezó a descender. Ragna miraba anhelante a través de la ventanilla.

La nieve salió a recibirles. El aparato se balanceó, prosiguió de nuevo hacia delante, volvió a balancearse y, por fin se posó en la nieve.

Dos soldados que habían permanecido sentados al fondo del pequeño receptáculo, le ayudaron a bajar, escoltándola hasta salir de debajo de las palas. Ragna siguió andando con dificultad sobre la densa nieve, intentando orientarse, dándose cuenta, con una sensación de pánico creciente, de que no reconocía nada... Absolutamente nada.

Thrane y el jefe de navegación se reunieron con ella, esperando en silencio mientras daba vueltas una y otra vez, mirándolos finalmente con embotada desesperanza.

—Recuerde que la nieve hace aparecer todo diferente —le dijo Thrane alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido del vehículo.

¿Pero tan diferente?

—Es indudable que estamos sobre la pista, tal como aparece marcada en el mapa —gritó el navegante—. Si nos encontramos fuera de ella es tan sólo sobre un eje norte-sur. Si puede averiguar si estamos al norte o al sur del lugar, podemos volver al helicóptero y dar otra pasada.

Ragna lo comprendió. Miró el mapa e intentó localizar las ligeras colinas, trató de recordar si habían pasado por allí antes o después de que Hal fuera herido.

Después. Su instinto le dijo que después.

Señaló hacia el Norte.

Volvieron al helicóptero e hicieron un corto vuelo en esa dirección.

Bajaron de nuevo, y Ragna recorrió con la vista, una vez más, el suave y blanco paisaje.

Hacia la parte oeste, tenía una pequeña colina y otra al norte. Algo en la del norte la hizo detenerse. ¿Podría ser la que Rolf le mandó subir? ¿Era posible que el saliente rocoso que ella localizó se encontrara oculto bajo una protuberancia a mitad de camino de la vertiente?

Cuanto más miraba, mayor era su esperanza. Se disponía a vocear la noticia a Thrane, cuando uno de los soldados señaló en dirección Norte. Ragna se acercó a él avanzando con dificultad por la nieve.

—Creo que veo algo allí.

Tendió los binoculares a Ragna, que los enfocó con cuidado hacia la dirección que el soldado le indicaba, mirando con extrema concentración. Algo parecía emerger de la nieve. Muy rígido.

Un esquí. Ragna apenas se atrevía a creerlo.

Nadie habló mientras se dirigían al helicóptero y volvían a subir. El aparato se

puso en marcha, despegó y avanzó lentamente. El que dirigía la navegación habló aprisa por el micrófono; el piloto asintió con la cabeza, miró a través de la ventanilla, asintió de nuevo e hizo descender una vez más el aparato.

Se apearon todos.

Allí, delante de ellos, a unos diez metros, un solo esquí se erguía rígido en la nieve.

Alguien palmeó en el hombro a Ragna. Era Thrane.

Avanzaron en aquella dirección. Los soldados llevaban palas. Cuando estuvieron más cerca, ella se dio cuenta de que el segundo esquí el que formaba la cruz, estaba casi caído del todo en el suelo. Se increpó por no haberlo hundido a una mayor profundidad, hasta que comprendió que aquello ya no tenía importancia.

Acaso ya nada importara.

Se detuvieron frente a aquel montículo de nieve que era la roca. En la mente de Ragna, el blanco promontorio pareció transformarse en una tumba helada y silenciosa. Vaciló, atenazada por un miedo terrible.

Finalmente, uno de los soldados se adelantó y apartó algo de nieve con la mano enguantada. Entonces Ragna vio el tejido de la lona. Sobreponiéndose a su miedo, se unió a los otros, arañando la nieve, trabajando frenética hasta dejar la lona por completo al descubierto.

Fue Thrane quien, acercándose, cortó la delgada cuerda que mantenía la tela sujeta a la roca. Entonces Ragna se quedó atrás. Se sentía incapaz de afrontar los próximos momentos de incertidumbre. Quería que fuese Thrane quien mirara, prefería que fuese él quien despejara la situación. Deseaba que se volviera y afrontase su mirada.

Y entonces lo supo. Lo supo por la mirada de Thrane. Quitaron la lona. Thrane pasó por encima del muro de hielo y descendió al refugio. Se quedó allí durante mucho tiempo. Debió decir algo al soldado, porque éste, con un gesto de asentimiento, pasó presuroso junto a Ragna.

Ella no pudo soportarlo por más tiempo y se acercó.

En ese preciso momento Thrane sacó la cabeza por la abertura.

Y Ragna ya no tuvo dudas.

Las lágrimas le brotaron incontenibles.

—¿Está...?

—A punto. Ha podido hasta sonreír.

Y Thrane sonrió a su vez.

## Epílogo

Durante once meses del año, la casa permanece vacía, el valle desierto. En los inviernos, el viento del Oeste sopla sobre la isla con la misma furia de siempre, arrojando nieve que se amontona junto a las ventanas y puertas, y se queda allí hasta el deshielo de la primavera.

Ningún fuego de chimenea calienta la mansión helada, y tampoco brillan las luces sobre el valle. Hace tiempo que el huerto crece a su capricho, desaparecidas las plantaciones e invadido por una vegetación más primitiva. Los prados están desiertos y el establo desocupado, salvo por un viejo tractor que ha visto mejores tiempos.

Sin embargo, los árboles... Son en verdad notables. Hay que reconocer que hay ciertos trechos de terreno que han quedado despoblados, allí donde el crudo invierno de mil novecientos sesenta y tres provocó bajas; pero, durante los cinco años siguientes, los que sobrevivieron han florecido, al menos en la medida que cabe esperar en el Ártico.

Cerca de la vivienda se alza un bosquecillo de sauces. Y también un lilo solitario al que hacía tiempo se dio por perdido. En la parte de arriba, hay serbales, álamos temblones, fresnos y cerezos silvestres. Más arriba aún, pinos y píceas han crecido por fin lo suficiente para amortiguar algo la fuerza del viento.

Pero tenéis que venir en verano, que es cuando los árboles están en todo su apogeo. Entonces, la repentina abundancia de luz y calor hace que todo el valle rebose de vegetación y colores. Al abrigo de los árboles, florecen los rododendros enanos y la azalea, en las vertientes más expuestas, el brezo blanco y púrpura, minúsculas flores alpinas rosadas y blancas, incluso orquídeas silvestres. Por todas partes se extienden los líquenes y los musgos y, en los prados bajos, la hierba crece alta a la espera de la siega que nunca llegará.

Cuando el valle desborda de exuberancia y belleza, es el momento en que se rompe el silencio de los once meses. Entonces, una embarcación para motores cerca de la playa y un grupo es transportado a la orilla, con equipaje completo y grandes cantidades de provisiones.

El pasado año, el grupo lo formaban cuatro miembros; pero éste son cinco. El más joven, Jan, tiene casi cuatro meses.

Tan pronto como el grupo desembarca, el valle se llena de ruidos, verdaderas tempestades de ruidos, al lanzarse los dos hijos mayores en busca de la aventura. Kris, ya un hombrecito de diez años, se digna dejar entrar en el cobertizo de las embarcaciones a Elise, su hermana menor, y aunque no tiene más que cuatro años, le permite que ayude a apartar la cubierta. Claro que su ayuda no es demasiado eficaz; pero siempre tira voluntariosa y, una vez retirada la protección, se muestra impresionado ante el espectáculo de *Lillebjorn*.

—¡No tiene mástil! —grita Elise.

—¡Claro que lo tiene! —se burla Kris—. Está ahí tumbado. ¿No ves que aquí no hay sitio para ponerlo derecho?

Elise estudia la altura del tejado y frunce el entrecejo.

—¿Se cae? —pregunta al cabo de un rato.

—¿Qué es lo que se cae?

Una pausa.

—La barca.

—¿Qué quieres decir?

Elise lucha por explicar esa cosa tan difícil.

—En el mar. ¿Puede... —se humedece los labios— tirarla el viento?

—No —ríe Kris—. ¡Nunca! —lo dice con ese tono sentencioso que los primogénitos reservan para las hermanas pequeñas—. Hal y yo navegamos con ella durante una galerna en pleno invierno. Y no volcó. ¡Ni por asomo!

Elise había oído antes aquella historia. Y, como siempre, no acaba de entenderla. En especial cuando Kris ha apuntado no hace mucho que los dedos que le faltan a papá y su ojo que no puede ver tienen alguna relación con el episodio de la barca. Sin embargo, mamá le ha dicho que papá perdió los dedos en un accidente con un arma.

Todo aquello es bastante lioso, y se siente contenta con la distracción que le ofrece la reluciente madera de la embarcación. Pasa el dedito con suavidad por ella mientras mira a Kris manejar los cabos de manera experta.

Desde fuera le llega una llamada, y Elise sale corriendo para reunirse con su madre, sentada en el césped con el bebé en la falda, rodeada de equipaje.

—Ya estás aquí —le dice Ragna sonriendo, y luego añade—: Papá ha ido a ver si puede poner en marcha el tractor.

Elise recuerda de modo vago el tractor del año anterior, y cuánto ruido hacía y qué saltos daba. Y también lo asustada y emocionada que estaba al mismo tiempo.

—¿Podré sentarme en tu falda, mamá? ¿En el tractor?

—Hummm.

Un movimiento capta la mirada de Elise, el alegre aleteo de una minúscula mariposa blanca y, olvidando su miedo al tractor, echa a correr para investigar.

Ragna cerró los ojos dejando que el sol le bañara la cara. Adoraba el verano. Adoraba aquellos días sin fin y el sol que nunca se ponía. Le encantaba dejar atrás el Sur durante esas cuatro semanas maravillosas... alejarse del ajetreo diario de alimentar al bebé y cambiarlo, de vestir a Elise, de enviar a Kris a la escuela y despedir a Hal para cumplir con algunos de sus trabajos de asesoría o subir al estudio para escribir. Apartarse de todo aquello para encontrar la paz. Allá arriba no había horarios y tampoco prisas. Con veinticuatro horas de luz incesante, el día pasaba sin que se diera cuenta.

Disfrutaba de ver a los niños correr libres, sucios, desde luego, un poco salvajes... Pero felices, y cuando ya no podían con tanta felicidad, cansados y dispuestos a ir a la cama. Le complacía contemplar a Hal y a Kris salir en expediciones de pesca en *Lillebjorn*, y seguir con la vista las velas blancas deslizándose sobre las tranquilas aguas azules; esperar su regreso e ir a recibirlos a la playa para admirar su pesca.

Ah, la paz, la paz...

Y, sobre todo, adoraba las largas veladas en el porche, acostados ya los niños, cuando Hal y ella se sentaban y hablaban, leían o escuchaban música, que les llegaba a través de las ventanas abiertas de la sala de estar.

De cuando en cuando, no hacían nada de aquellas cosas sino que permanecían sentados en silencio, mirando a través de las aguas tranquilas, semejantes a un espejo, hacia las montañas de cumbres blancas. Y entonces él solía pasarle el brazo por los hombros y ella le cogía la mano y se la apretaba con fuerza.

Jamás trataron de olvidar lo ocurrido, hubiera sido imposible y cuando, alguna que otra vez, sentían la necesidad, hablaban de sí mismos. Y entonces se recordaban mutuamente, aun cuando esa evocación apenas era necesaria, cuántas cosas buenas habían resultado de todo aquello, su nueva vida, tres hermosos hijos y, sobre todo, tenerse el uno al otro. Así como una especie de justicia. Aquello también era importante.

Y Ragna solía reclinarse sobre su hombro y echarle una mirada, contemplando aquel rostro que tan bien conocía, con la nariz rota que nunca llegó a arreglarse, y la cicatriz en una mejilla, al tiempo que pensaba lo muy afortunada que era teniéndolo.

No pasaba un solo día en que no diera gracias por ello.

El silencio quedó roto por el estruendo del motor del tractor que bajaba por el valle.

Ragna lanzó una exclamación de contento y admiración. ¡Había logrado ponerlo en marcha! Pero al cabo de todos aquellos años debía saber ya que siempre lo hacía.

Se levantó y llamó a los niños. El tractor apareció por la cumbre de la colina y descendió por el sendero con el remolque traqueteando tras él.

Hal lo detuvo y saltó.

—¿Dónde están mis ayudantes? —preguntó sonriente a los chiquillos.

Tan pronto como hubieron metido la última maleta, Hal ayudó a Ragna a subir al trailer con el bebé y Elise, y luego saltó él a la cabina con Kris. Mientras ascendían, dando tumbos por la colina el muchacho lanzaba gritos de alegría, Elise se aferraba a los pantalones de Ragna y el bebé se quedó dormido.

Una vez ya en la casa, era una auténtica tarea descargarlo todo, localizar los víveres, guardar los perecederos en el frigorífico, un lujo instalado por Ragna, y luego alimentar al bebé, acostarlo para que durmiera la siesta y preparar la comida para el resto de la familia. Cuando sacó la comida a la mesa, todo el mundo había desaparecido. Se encogió de hombros. Situación normal.

Pero tenía una buena idea de dónde estaría Hal.

Bajó con ligereza los escalones del porche y, dando la vuelta, se encaminó a la parte delantera del viejo huerto. Allí se hallaba, en cuclillas junto al muro, arrancando la hierba alta que había crecido sobre una pequeña parcela marcada con piedras. No le dijo nada hasta que él se hubo incorporado.

—Hola —le saludó.

Hal indicó la parcela.

—Me ocuparé de esto a primera hora de la mañana —declaró—. Y también del letrero.

Lo llevaba en la mano con la inscripción casi tan borrada que apenas podía distinguirse una sola palabra: *Bamse*.

—¿Tenemos la pintura necesaria? —le preguntó Ragna.

—Me parece que sí.

Volvieron a la casa.

—Creo que deberíamos ir a Ringvassoy a principios de la próxima semana —propuso Hal.

—Sí.

Ringvassoy era una gran isla muy cercana donde estaba enterrado Arne. Una vez al año le llevaban flores, arreglaban la tumba y limpiaban la lápida.

—¿Y qué me dices de ir a ver a Aslak? ¿Te has decidido? —le preguntó él.

—Sí —se cogió de su brazo—. Yo no me molestaría. Está tan lejos. Y podemos hablarlo todo tranquilamente por teléfono.

Hal no disimuló su alivio. Había dado a Ragna todo el aliento posible en su constante campaña por los derechos de los tapones, se había sentido orgulloso cuando, a pesar de haber perdido la batalla en lo concerniente al emplazamiento de la instalación Kaafiord, le dieron toda clase de seguridades de que las molestias a los lapones serían reducidas al mínimo posible. No obstante, y pese a haberle prestado su apoyo en todo momento, no le gustaba que la campaña afectara al tiempo que tenían para estar juntos, sobre todo en aquellos momentos, en Brattdal.

Y llevaba razón, reconoció Ragna. No podemos permitir que nada se interfiera en esta perfecta paz. Le apretó el brazo con cariño, desbordada por la maravillosa perspectiva de tenerle a él y a los niños para ella sola durante todo un mes.

Subieron los escalones del porche y, deteniéndose un instante, miraron más allá del valle.

—La comida está en la mesa —murmuró con calma Ragna al cabo de un rato.

Hal volvió la cabeza con una ligera mueca de fastidio, expresión que siempre tenía cuando alguien le hablaba por el lado del oído sordo y no lograba enterarse de lo que decía.

Ragna se lo repitió.

Hal hizo un gesto de asentimiento.

—¿Dónde están los niños?

—¡Ah! Desaparecidos...

—¡Ajá! Situación normal.

—Sí.

Al encontrarse sus miradas, Ragna, echando hacia atrás la cabeza rompió a reír.



Clare Francis (Thames Ditton, Surrey; Inglaterra, 1946). Pasaba las vacaciones de verano en la isla de Wight, donde aprendió a navegar. De familia acomodada, cursó durante cinco años en la Royal Ballet School y posteriormente se licenció en Económicas por la University College de Londres. Adentrada en el mundo del *marketing* y los bailes de cifras, en 1973, después de trabajar en *marketing* durante tres años, hastiada, optó por hacer un paréntesis y se despidió para navegar en solitario por el Atlántico, saliendo de Falmouth en Cornwall y llegando, 37 días después, a Newport, Rhode Island. Después de esto, recibió el patrocinio para participar en la Round Britain Race de 1974 con Eve Bonham. Terminaron en el tercer lugar. En 1975, participó en las carreras de Azores and Back y L'Aurore en solitario; y, en 1976, compitió en la Observer Singlehanded Transatlantic Race en su yate Ohlsson 38 *Robertson's Golly*, que terminó decimotercero, estableciendo un nuevo récord transatlántico para navegantes en solitario femeninos. También participó en la carrera en solitario de L'Aurore de ese año. Durante 1977 y 1978, se convirtió en la primera mujer en capitanear un yate en la Whitbread Round the World Race, terminando en el quinto lugar en su Swan 65 *ADC Accutrac*.

Desde bien pequeña nació en ella el deseo de explorar y transmitir. Y así, en este orden, trazó una carrera que describe un alma inquieta, rompedora y reflexiva, retratada en sus hazañas a lomos de los barcos, primero, y en las tramas de sus libros, más tarde.

Enriquecida por la experiencia, Francis dio otro volantazo: Selló su etapa competitiva, de apenas cinco años, y se zambulló de lleno en el mundo de la



escritura.

Después de escribir tres relatos de sus experiencias mientras navegaba, recurrió a la ficción y es autora de ocho *best-sellers*.

En 1977 dio forma a *Woman Alone* y acto seguido vinieron *Come Hell or High Water* (1977), *Come Wind or Weather* (1978) y *The Commanding Sea* (1981). Todas ellas relacionadas con sus vivencias en el mar.

Reconocida, amplió su catálogo y se consagró definitivamente como una prestigiosa novelista con obras como *Night Sky* (1983), *Red Crystal* (1985), *Wolf Winter* (1987), *Requiem* (1989), *The Killing Winds* (1992), *Deceit* (1993), *Betrayal* (1995), *A Dark Devotion* (1997), *Keep Me Close* (1999), *A Death Divided* (2001), *Homeland* (2003) y por último *Unforgotten* (2008). La mayoría de ellos *best-sellers*.

Francis sufre del síndrome de fatiga crónica y es fideicomisario de la organización benéfica británica Action for ME.